Nilda Guglielmi

Guía para viajeros medievales
(Oriente. Siglos XIII-XV)

Programa de Investigaciones Medievales
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

NILDA GUGLIELMI realizó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es profesora, licenciada y doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires y docteur de l'Université por la Universidad d'Aix-Marseille (Francia). Se ha dedicado a la investigación de historia medieval y europea en general, en sus aspectos institucional y social. Se ha perfeccionado en el exterior, especialmente en Francia, y ha obtenido diversas becas. Ha publicado más de cincuenta artículos en revistas especializadas argentinas y del exterior. Ha publicado once libros, entre ellos *El Fisiólogo* (primer bestiario medieval), *La ciudad medieval y sus gentes, Marginalidad en la Edad Media, El eco de la rosa y Borges, El teatro medieval, Memorias medievales.*

Ha sido profesor en las Universidades de La Plata, del Sur, de Buenos Aires, de Florencia (Italia). Ha sido profesor invitado de las Universidades de Barcelona, Alcalá de Henares y Madrid (Espa-

(sigue en la solapa siguiente)

GUÍA PARA VIAJEROS MEDIEVALES
(ORIENTE. SIGLOS XIII-XV)

Nilda Guglielmi

GUÍA PARA VIAJEROS MEDIEVALES (ORIENTE. SIGLOS XIII-XV)

PROGRAMA DE INVESTIGACIONES MEDIEVALES
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICASY TÉCNICAS
1994

Ilustración de tapa: Polittico Quaratesi Gentile de Fabriano. San Nicola Placa il Fortunale in Mare. Roma, Pinacoteca Vaticana (N. 38) (34 x 62 cm.).
Armado: Hernán Díaz
Producción: Dédalo SRL.

© Nilda Guglielmi, 1994.
© CONICET, 1994.
Hecho el depósito que dispone la ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Impreso en la Argentina.

ISBN 950-692-021-4

Para mi madre, Fermina Velázquez

"...molto gli dobbiate essere ubrigati, e averla sempre nell'animo, come in vero credo che facciate..."
(Lettere di una gentildonna fiorentina...
Florencia, Sansoni, 1877)

"Protege, oh Señor, de las tempestades a tus fieles marineros, guárdalos del naufragio improviso y de las pérfidas tramas de enemigos astutos."
(Oración en la iglesia de San Niccolò del Lido, día de la Ascención, en los esponsales de los dogos venecianos con el mar).

ADVERTENCIA

He excluido a Marco Polo de entre los viajeros seleccionados para que aportasen su testimonio a esta relación.

Su larga difusión y su riqueza expositiva me hicieron suponer que su material superaría el de los demás. No quise incluirlo por temor a que determinara una falta de equilibrio. Pero a pesar de ello, ese desequilibrio se produjo. Otro narrador, fray Félix Fabri, impuso sus descripciones, reflexiones, comentarios... La vivacidad de su relato, lo ajustado y preciso de sus observaciones, hicieron que encontráramos en él la palabra exacta, irreemplazable, necesaria...

Siempre he desconfiado de las protestas de los creadores literarios acerca de la encarnizada presencia de algunos personajes que cobran vida y que luego recorren su camino, ya no de la mano del creador sino por su propia cuenta, imponiendo al autor las actitudes, conductas y gestos que ellos quieran tomar y no los que les hubiera atribuido el escritor.

Siempre desconfié, digo, de tales declaraciones. Las tomé como un artificio literario y, tal vez, como una enmascarada vanidad del creador; su creación era tan fuerte, gozaba de tanta vida, que lo superaba y no obedecía ya a su voluntad y deseos.

Hoy, al enfrentarme a fray Félix ya no desconfío de la misma manera. El monje se me impuso y éste es precisamente su libro, ha dejado a los demás narradores en la sombra.

Pero en mi caso no puedo yo vanagloriarme de haber creado personaje tan poderosamente vital. Se trata de la real vitalidad de alguien que se permite ignorar cinco siglos para acortar distancias y llegar hasta nosotros con una palabra tan fresca como cuando fue pronunciada.

Nota

De ordinario he traducido las citas de los textos utilizados.

De tarde en tarde he realizado alguna en su idioma original.

Consideré que así podía dar idea —aunque fuera en escasa medida— de palabras, giros, sonidos... Recoger la expresión, recrear el ámbito del relato, el gesto del narrador.

Las poesías previas a cada una de las partes del libro han sido tomadas de Damaso Alonso y José Manuel Blecua, *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*. Antología hispánica. Ed. Gredos-José Ferrer S.A., Madrid-Buenos Aires, 1964.

INTRODUCCIÓN

Embarcóse mi amado;
yo iré a buscarle,
por el mar de mis ojos,
si faltan mares

El tema de viajeros que hoy nos ocupa forma parte de nuestra larga preocupación por los grupos marginales. En efecto, el viajero —aun protegido por legislaciones, por tratados, pactos de paz o amistad— al abandonar su lugar natural se convierte en marginal. Su *status* político, si bien no se pierde, se mediatiza, se aleja, conoce un ejercicio improbable, en todo caso, condicionado. Pero además, pierde todo lo que su entorno le ofrece de conocido, de aceptado: gentes y paisajes. Abandonar su ámbito cotidiano implica enfrentarse con lo desconocido o inhabitual que, por serlo, crea curiosidad, temor o rechazo.

Y no olvidemos que ellos también provocan por donde pasan iguales sentimientos, serán examinados, expoliados, abandonados o heridos, acogidos con benevolencia y honra, apresados o conducidos a puerto seguro.

Casi siempre ese grupo es observado, al menos, con curiosidad, es decir que no se desplazan en medio de un ambiente neutro.

Navegan fray Félix y sus compañeros por el Nilo. Llegan a Fuah: "Casi toda la población y sobre todo los niños habían salido de la aldea para vernos, a nosotros, sus huéspedes, un poco como nosotros hacemos a la llegada de los zíngaros, en nuestras regiones"[1].

Esos viajeros han de vivir mil circunstancias para llegar al lugar-objetivo de su viaje, que a veces no conoce determinación alguna, es todo el ancho mundo, que los atrae con misterios presentidos, maravillas posibles

---

* Para hacer más ágiles las menciones de las obras, se ha adoptado el criterio de realizar una indicación completa en la lista *ad hoc*; en las notas nos limitaremos a indicar el nombre del autor y la página en que se encuentra la cita.

Cuando los párrafos de algún autor aparecen mencionados en una lógica consecución, no se repite la mención de la página para no cargar inútilmente el texto de notas.

[1] F. Fabri, t. IV, p. 111.

y que, además, les ofrecerá penurias reales. Cada uno de ellos se propondrá un objetivo principal —a veces sólo declamado— y que esconde otros que, aparentemente secundarios, en realidad responden a su verdadera aspiración de conocimiento.

El viajero se desplaza llevando siempre consigo su propio paisaje. Prueba de ello son las constantes comparaciones a que recurre. La plaza, el edificio, el monumento o las gentes son descriptos tomando como patrón el que ofrece su propia cotidianeidad.

Aun aquéllos que hacen profesión de ecumenidad, como Adorno, están anclados en su occidentalidad y cristianismo. En la dedicatoria al rey de Escocia, Juan Adorno considera tontería de las gentes declarar que su patria es la mejor de las tierras: "Estos piensan... que todas las demás regiones están sumergidas en la oscuridad y rodeadas de sombrías nubes y que ninguna nación, que ningún pueblo ha sido tan favorecido como lo están ellos mismos". Considera que "los hombres que han recorrido el mundo no caen en estos errores estúpidos e ineptos". Para Juan Adorno, la patria es el alma, "la misma para todos, que nos incita a vivir bien o mal"[2]. Este espíritu de humanista que se lanza a la peregrinación hasta los Santos Lugares, pero también al "descubrimiento de diversas tierras y mares y de las múltiples costumbres de los hombres"[3], no puede dejar de ser flamenco y, por supuesto, cristiano. En 1470 abandona —junto con su padre y compañeros de camino— su ciudad natal, Brujas, para comenzar el largo viaje y dice entonces: "La reputación universal de esta ciudad y el temor de ser acusado de parcialidad me impiden describir la belleza, la gracia y la elegancia incomparables, la riqueza y el renombre extraordinario que todos se placen en reconocer"[4]. En estas frases asoma el orgullo nacional que él trata de ignorar. Recoge más allá la opinión de Mahoma respecto de los cristianos, en ella también trasparece la idea de su propia superioridad. El profeta ponía en guardia a los musulmanes contra los cristianos puesto que éstos —según decía— "tienen el espíritu sutil y el cuerpo vigoroso"[5].

Siempre lo propio aparece ensalzado, reconocido como superior, con valores a los cuales corresponde adherir.

Al elegir los relatos de los viajeros que se dirigen a Oriente hemos querido buscar un telón de fondo que permita que esos valores se destaquen más netamente. El ámbito exótico —aun en lo nimio— hace resaltar lo ajeno y permite más fácilmente la comparación y adhesión a lo propio.

---

[2] A.-J. Adorno, p. 27.

[3] *Ib.*, p. 31.

[4] *Ib.*, p. 39.

[5] *Ib.*, p. 75.

Al realizar un libro sobre viajeros corremos el riesgo de detenernos en la anécdota, en la peripecia, en el episodio puntual. Pero aun cuando así lo hiciéramos, nos preguntamos si esa anécdota, ese inconveniente, esa sorpresa, no esconden algo más profundo, una actitud que los comprende a todos. El individuo que viaja sale de su ámbito natural para ubicarse o pasar, para *transitar* por otros que no le son propios. Todos —aun los más cercanos geográficamente— despiertan su curiosidad, su aversión, su rechazo, su simpatía. Todo ello a partir de un análisis —consciente o no—, a partir de sus propios valores.

Cualquiera sea la actitud que adopte —de adhesión o de rechazo— implica una posición crítica y un ahincamiento en pautas determinadas.

Veremos funcionar esas actitudes en todos los viajeros y en todos los ámbitos que recorren. Cuando se hallan en territorio cristiano fundamentan su diversidad política y de costumbres. Cuando se hallan en ámbito musulmán afirman su identidad confesional.

Los caminos fueron para ellos verdaderas vías con hitos determinados y reales pero también significaron la conquista de ciertos valores. En los caminantes que se dirigen a Tierra Santa se dan, además, otros elementos que debemos destacar. Ellos viven un doble tiempo, el real y cotidiano y luego el absoluto y atemporal.

Es decir que los viajeros a Tierra Santa viven dos tiempos y dos espacios diferentes, el espacio y el tiempo míticos y el espacio y el tiempo reales.

En su experiencia vemos cómo se dan dos valores que, a veces, entran en conflicto.

Los peregrinos se lanzan a la búsqueda de la patria espiritual que sería la única patria del cristiano.

Fray Mariano da Siena en el comienzo de su *Itinerario*[6] exhorta a los lectores de su obra para que rueguen a Jesús que le permita retornar a Tierra Santa "de manera que yo deje este mísero cuerpo en aquellos santos lugares y el alma en la Jerusalén celeste".

Este valor habría de hacer olvidar definitivamente el opuesto, la dimensión real, la pertenencia a una entidad política pero, sin embargo, vemos que no es siempre así.

Por tanto, creo que debemos aclarar el significado que pueden recibir los conceptos de *propio* y de *pertenencia* a que hemos aludido pues comportan diferentes matices.

---

[6] M. da Siena, p. 2.

Ciertas acotaciones que nos ofrecen los textos elegidos nos hacen reflexionar sobre esto.

Fray Félix Fabri se encuentra con sus compañeros en lo alto del monte de Santa Catalina. Allí, se sienten embargados de una gran plenitud espiritual. "Experimentamos una alegría singular en ese lugar admirable pues hasta este momento habíamos marchado dando la espalda a nuestra tierra y patria pero a partir de ese lugar deseado, daríamos media vuelta y comenzaríamos a marchar con el rostro orientado hacia nuestro suelo natal, el suelo de la patria, nuestro país. Que esto constituyó una gran alegría o un regocijo extraordinario no lo comprenderá sino quien haya vivido durante mucho tiempo en regiones lejanas, se haya encontrado exiliado en tierras extranjeras, haya frecuentado un pueblo para él desconocido, del cual no comprende ni costumbres ni lengua y haya permanecido durante algún tiempo en medio de una nación de otra religión, de otra manera de vivir y que venera en cierta forma otro Dios. Este —lo afirmo— comprende el dicho del poeta: 'Qué dulce es la tierra natal', que testimonia de la misma manera Hugo [de Saint Victor, † 1441] ese religioso célebre, quien declara: '¿Quién lo ha dicho? lo ignoro. La dulzura de la tierra natal atrae a todos y no se deja olvidar por nadie'"[7].

Es interesante y necesario determinar qué entiende fray Félix por patria. En un comienzo parece sólo referirse al suelo natal, a su originaria Alemania pero, a medida que relata, vemos que aparecen otros elementos de adhesión.

Habla, no de lo propio ni de la pertenencia sino de los otro y lo extraño. Y al hablar de lo que para él es ajeno, delimita sus valores de pertenencia. Veamos cómo se delinean en el párrafo de fray Félix. Los otros —quienes habitan en el ámbito extraño— tienen diversas costumbres, diferente confesión, veneran a otras divinidades.

Es decir que para el escritor hay muchos elementos que determinan su distancia del ámbito al que ingresara y en que se encuentra inmerso circunstancialmente.

Esos elementos no son sólo políticos sino también se trata de diferencias actitudinales y de costumbres, de diferencias lingüísticas y por sobre todo, de diferencias confesionales.

Por tanto, el ámbito que él añora y con el que se identifica excede la forma política que le es propia, a la que pertenece. Podríamos decir que en este párrafo afirma diversos valores de pertenencia que se expresan como círculos concéntricos en los que se integra el individuo.

---

[7] F. Fabri, t. III, p. 466.

Esos valores de pertenencia aparecen más o menos laxos según las circunstancias.

Podemos decir que los viajeros a Oriente tienen un primer ámbito de pertenencia que es la *christianitas*, entendiendo por ello el Occidente cristiano, luego, en segunda instancia, se manifestarán como individuos políticamente identificados y propios de una entidad política determinada.

Decimos que —según las circunstancias— esos valores —de diferente radio— se hacen más evidentes, de una manifestación más urgente y ahincada.

Durante el tránsito europeo hemos dicho que la diferencia se plantea claramente en términos políticos, en el camino asiático, sobre todo en la diferencia confesional aunque también hay otros valores que —aunque menos esenciales— les dan conciencia de su diferencia y extranjería, lengua y costumbres.

La pertenencia confesional se subraya cuando se hallan en territorio extraño y separado por fe.

Fray Félix y sus compañeros se encuentran en Alejandría luego de haber realizado su tránsito hasta Santa Catalina. Se alojan en el *funduk* de los catalanes[8]. Y el religioso explica su alegría de encontrarse en la casa de un cristiano, "hacía tantos días que no habíamos podido hallar hospedaje en casa de un cristiano que nos parecía que nos encontrábamos en las fronteras de nuestro país".

Destacamos en este párrafo que esa frase "las fronteras de nuestro país" puede tomarse al pie de la letra, es decir aludiendo a un ámbito de dimensión política o en un sentido más amplio, ese país a cuyo acceso se está cercano es la *christianitas*, el Occidente unido por una confesión determinada.

Se regocija el fraile poco más allá ante la acogida que les brinda el ama de casa que —según subraya— era "una cristiana"[9].

La llegada de la flota veneciana al puerto de Alejandría, flota en que habrían de embarcar para retornar a su lugar de destino, arranca otras reflexiones: "ante su vista nos alegramos enormemente como si hubiéramos visto alguna ciudad de nuestra patria, un poco como se regocijaría aquel que habita una tierra extranjera que no ama y que ve el caballo o el vehículo que debe reconducirlo hasta el lugar amado de su país natal"[10].

Como vemos, las reflexiones insisten sobre dos temas fundamentales, sobre esos valores de pertenencia que los comprenden en círculos concéntricos

---

[8] F. Fabri, t. IV, p. 149.

[9] *Ib.*, t. IV, p. 150.

[10] *Ib.*, t. IV, 151.

aunque la expresión en que los encontramos palpables no parezcan siempre respetar la jerarquización que este esquema implica, esos valores comportan una precedencia y mayor importancia de uno sobre otro, aunque afloren a veces de manera irregular.

Creemos que la expresión "país natal" puede entenderse de manera más dilatada o más restringida, es decir, es el propio ámbito político o una extensión más amplia y comprensiva.

Las dimensiones que lo propio puede adoptar se modifican según circunstancias de lejanía o proximidad. Cuando los viajeros se hallan inmersos en un mundo extraño, lejano y exótico, "patria" puede ser un ámbito más extenso, coherente en cuanto a confesión, en lo que se refiere a identidad religiosa. Esa "patria" se precisa más a medida que el viandante se acerca al ámbito político a que pertenece.

Fray Félix se aproxima por fin a su Germania natal, de regreso de su segunda peregrinación. Se encuentran en los Alpes que dividen Italia de Alemania. "¡Oh, cómo se alegraba mi ánimo al ver mi Alemania!"[11].

Se siente feliz de "haber superado la locuaz Grecia, de haber dejado atrás la soberbia Italia y de haber aventajado la contenciosa Francia. ¡Qué verdad encierra la frase poética!: '¡Es dulce el suelo natal, para quienes no olvidan lo propio!' Y puede decir: A menudo, de camino, pasé horas de peregrinaje/ de regreso, ya veo los muros de la patria,/ Salve dulce suelo natal, tú, feliz Suevia,/ oh, tú, ínclita ciudad de Ulm, noble palacio.

Y dije a mi compañero: he aquí, señor Juan, ahora veo el confín de mi patria y de mi tierra, pues ambos montes, que aquí distinguimos hacia el mar, mis hermanos los intuyen a través de las ventanas del convento de Ulm y los ven cotidianamente en medio del aire sereno".

Se trata del reconocimiento gozoso ya no sólo de la amplia entidad política sino también de la ciudad propia y del lugar menor, en este caso, el convento que fray Félix saluda como una ansiada residencia.

Alejarse era extrañarse —como hemos dicho— aun temporariamente, de lo familiar, acostumbrado y cotidiano.

En Santa Catalina, Poggibonsi y su grupo encuentran cuarenta peregrinos que él llama "latinos francos", al parecer eran italianos, gente noble que viajaban en grandes camellos y con gran compañía, anota entonces: "Cuando ellos nos vieron y nosotros a ellos, puesto que de lejos nos conocimos, nos sentimos muy alegres y nos abrazamos con gran ternura y hablamos mucho juntos preguntando nosotros acerca de su viaje y ellos acerca del nuestro". Más adelante requirieron a estos viajeros todas las novedades posibles, sobre todo las que habían sucedido en Italia[12].

---

[11] *Ib.*, t. IV, pp. 370-371.

[12] N. da Poggibonsi, p. 56.

Cuando desembarcan en Italia, Roberto da San Severino y sus compañeros, luego de su viaje a Tierra Santa preguntan sobre acontecimientos y personajes, en particular los que atañen a la familia del duque de Milán "pues los mencionados señor Roberto y don Giovanni Matheo estaban ávidos de tener noticias de ellos". En verdad habían transcurrido ocho meses desde que habían partido de Italia "y luego nunca habían escuchado cosa alguna y les parecía que habían llegado del otro mundo"[13].

El otro mundo había quedado atrás, un mundo en que se habían sentido prisioneros, alejados y siempre añorantes del propio ámbito.

De mil maneras se subraya la importancia que reviste la tierra patria para los viajeros, sobre todo para aquellos que han permanecido, como fray Paul Walther de Guglingen, un tiempo largo lejos de su país.

En julio de 1483 llegaron a Jerusalén, donde se encontraba fray Paul, un grupo de alemanes, entre ellos se hallaba fray Félix Fabri quien le aportó cartas de sus hermanos de religión, en ellas encontró un espíritu de caridad que lo emocionó: "Pues, en esas remotas regiones, me consolaron sobremanera espiritual y corporalmente".

El sentimiento de lejanía del lugar natal que experimenta fray Paul ante estas noticias es explicitado con motivo del ofrecimiento de Bernardo de Breydenbach "Es necesario que vayáis con nosotros, yo sé de una buena limosna, legada por el señor landgrave de Hesse, a la cual os quiero promover. El Señor os dará la gracia de repatriaros con nosotros". Ante tales palabras "revivió mi espíritu y mi corazón se exaltó en mí de alegría mientras decía: '¡Ojalá pueda realizarse!'"[14].

En la mentalidad que expresan estos viajeros funcionan todavía —en una coincidencia parcial— valores que informan el pensamiento medieval pero que, poco a poco, van desprendiéndose, marcando el imperio de uno sobre otro.

Uno de ellos es el concepto de ecumenidad que ha incluido a todo el occidente cristiano en los primeros tiempos de la Edad Media y en el que se han sentido comprendidos todos sus habitantes, ecumenidad fundamentalmente confesional que cederá paso a valores particulares en que la tónica estará dada por la unidad política.

De ordinario, los viajeros cristianos constituían grupo de individuos unidos por deseos espirituales y por idéntica nacionalidad.

Italianos o alemanes se ligaban en un propósito inicial y partían para cumplir el peregrinaje o viaje de manera total. Estaban unidos por lazos prietos, determinados por amistad o conocimiento previo, por idénticos

---

[13] R. da San Severino, p. 285.

[14] P. W. de Guglingen, p. 177.

afanes espirituales. Constituyen pues, un endogrupo que se identifica en sus miembros y que se cierra sobre sí mismo para ponerse en relación con el exterior que casi siempre es peligroso o, por lo menos, inquietante. Eso lleva a los miembros del endogrupo a adoptar una actitud prudente, vigilante, hipersensible siempre.

Algunos gestos —que luego veremos por lo menudo— tienen una dimensión inmediata pero también podrían leerse en clave simbólica.

De camino por el desierto, fray Félix y sus compañeros encuentran a árabes quienes se lanzan sobre los camellos y los bagajes, rompen un saco de bizcochos que se apresuran a distribuir entre sus mujeres y niños. Ante la inoperancia de los guías, los peregrinos actuaron: "atrajimos hacia nosotros todo lo que había sido arrojado de los camellos y, con las armas en la mano, hicimos un círculo para defendernos"[15].

El círculo que constituyen los viajeros toma en este momento, realidad pero, por lo demás, los está rodeando constantemente. Es como un límite que los define, que los protege, que no deben transponer si quieren permanecer seguros.

No significa esto que no haya quiebras dentro del endogrupo. A veces hay disputas circunstanciales por una cabalgadura, por la elección de una ruta, por las compensaciones que, reiteradamente, piden guías, camelleros, exactores. Pero para mantenerse a salvo han de unirse y observar una cohesión esencial.

Pero, decimos que hay fronteras entre los endogrupos, fronteras que el temor o la desconfianza hacen más profundas.

Una de esas fronteras puede ser la lingüística.

El grupo en que se encuentra fray Félix se halla en Alejandría, próximo a embarcar de regreso. El fraile compra ramos de palmera para las celebraciones de Pascua.

No encontró lo que deseaba en el mercado, pero uno de los comerciantes comprendió qué quería y lo guió hasta su casa en donde se encontraba la mercadería. Fray Félix se inquietó: "Comencé a preguntarme con temor si este sarraceno no intentaba abusarse de mí, le hice signo de que quería volver sobre mis pasos y me alejé de él. El hombre, al ver esto, se mostró turbado y afligido, dirigiéndome un largo discurso en lengua sarracena de la que yo no comprendía nada y levantando los ojos al cielo, como si tomara a Dios por testigo, de que yo me encontraba seguro con él. Luego me tomó del brazo, tirando de mí, asiéndome de modo que me impedía huir". Luego de la compra, que se realizó sin sobresaltos y sin los peligros previstos por fray Félix, el vendedor quiso acompañarlo de regreso, el fraile se rehusó

---

[15] F. Fabri, t. III, p. 443.

pues pensó que reconocería el camino pero la ciudad meandrosa lo desorientó. Finalmente encontró a un joven musulmán a quien dijo: "¡Oh sarraceno, el *fondacco* catalán!". El interlocutor entendió el pedido y lo condujo a destino en medio de risas y burlas de los circunstantes[16].

Los malos entendidos son frecuentes debido a la diversidad de lenguas y muy grandes las angustias de los viajeros ante gritos y exclamaciones cuyo sentido no comprenden y que los inquietan sobremanera.

Puede hacerse la misma observación en lo relativo a costumbres y gestualidad. Modos y actitudes difieren y los viajeros han de habituarse a ellos y aceptarlos, a menos de romper con códigos estrictos y perentorios.

Veremos más adelante cuántos sinsabores pueden acarrear su ruptura por ignorancia o voluntariamente.

Los viajeros —en confrontación con el ámbito extraño— afirman con gran vigor su identidad, las características que su dimensión cultural ha impreso en ellos. Al parecer, y según sus protestas de pertenencia y sus críticas a lo alógeno, no han cambiado, no se han transformado en la confrontación. Inmutados transitan y regresan. Ante esta afirmación surge, sin embargo, una duda. ¿En todos los casos sería así? Las experiencias vividas, sobre todo las circunstancias que los ponían en relación con otras gentes, otros modos, otras costumbres, suponemos que abrirían para ellos nuevos horizontes. Tal vez esa relación los llevaría, si no a adoptar, por lo menos a comprender con mayor profundidad ese mundo extraño en costumbres y separado por confesión.

Por supuesto, acercamiento y comprensión derivarán de cada individual psicología, del período de permanencia, de los objetivos propuestos...

Diferente sería el resultado que de lo vivido, experimentado y observado aportaran los embajadores, los peregrinos, los que transitaban por simple afán de aventura —aun encubierto—, al de aquellos que se radicaban durante algún tiempo en Oriente con afanes misionales e interés de conocimiento profundo...

No se explicita ruptura alguna. Es posible que no la hubiera pero sí suponemos, en los más reflexivos y profundos una nueva visión integradora.

Uno de ellos puede ser fray Félix. Admira a los árabes del desierto. Elogia sus piernas fuertes y delgadas, la sobriedad de su alimentación, poco pan y agua. Todo ello deriva en buena salud: "no sufren ni de fatiga pulmonar ni de opresión pectoral, ni de cansancio, cosas que nosotros padecemos, pienso, debido a la riqueza de nuestra alimentación cotidiana".

---

[16] *Ib.*, t. IV, pp. 173 y ss.

Ingenuos y amicales se le muestran, realizan una especie de juego persiguiéndolo por el desierto. "Jamás durante todo ese peregrinaje yo había reído con risa tan loca como durante esa marcha desde el Mar Rojo hacia el camino real, los árabes se divertían con nosotros, saltando y picando con sus lanzas"[17].

Pero no sólo los viajeros ofrecerán en las crónicas y relatos que nos ocupan la visión de un endogrupo, que se siente necesariamente unido.

En el transcurso por Egipto, los peregrinos encuentran un endogrupo en que hay adhesiones reales y aparentes a ciertos valores y una lucha —que se nos aparece a veces dramática— por una elección definitiva y satisfactoria.

Ese endogrupo es el de los mamelucos, la guardia esclava mercenaria que substituyó a la dinastía ayyubí en el gobierno de Egipto y, podríamos decir, el grupo de todos los renegados.

De paso por El Cairo, los alemanes en cuya compañía se encuentra fray Félix, son visitados en su alojamiento por los mamelucos "renegados cristianos". El religioso explica el motivo de la visita, habían llegado "buscando compatriotas entre los peregrinos".

Esos mamelucos eran naturales de los más diversos lugares. "Había entre ellos numerosos sicilianos y gentes de Aragón y de Cataluña. No había sino un sólo teutón, de Basilea".

La conversación de fray Félix con el germano nos ilustra sobre las aspiraciones de los mamelucos: "afirmó que deseaba volver a la Iglesia de Cristo y que se sentía incómodo en la secta de Mahoma, como, por otra parte, casi todos los mamelucos quienes maldecían de la secta de Mahoma y declaraban que querían salir [de ella] según se verá".

La difícil identidad que se ofrecía a estas gentes está expresada en el caso de un húngaro que —excepcional guerrero— el sultán trató de atraer a su servicio. Ante sus reiteradas negativas se le hicieron concesiones: "se lo exceptuó de la circuncisión y de la abjuración de Cristo, pidiéndole que, por lo menos, se comportara como sarraceno en su vestimenta y en su manera de actuar"[18].

El párrafo expresa de manera clara cómo se daban identidad y pseudo-identidad.

Muchos de esos mamelucos se islamizaban o aparentaban islamizarse cuando, en verdad, guardaban en sí una diversa fidelidad.

---

[17] *Ib.*, t. III, p. 533.

[18] *Ib.*, t. IV, p. 34.

En todo caso, niegan de manera circunstancial, oportunista y deliberada su primitiva identidad a la que, sin embargo, quieren regresar.

El domingo 12 de octubre, que los alemanes transcurrieron en El Cairo, llegaron a ellos mamelucos húngaros que aportaron regalos, pasaron allí el día, comieron con los peregrinos "y muy contentos, bebieron vino, a pesar de la ley de Mahoma maldiciendo, injuriando y blasfemando a Mahoma"[19].

La conducta de estos renegados no puede ser sino dicotómica, hay una identidad que permanece secreta, que se manifiesta como deseada, como aspiración.

De manera que estos renegados se enmascaran en una identidad y, a la vez, enmascaran otra. Factores imponderables podrían hacernos conocer cuál era la verdadera.

Los viajeros medievales, por supuesto, nos hablan de una experiencia personal e intransferible pero creo que podemos ver en ella algo más que la esencia de anécdotas y aspiraciones individuales. El hombre medieval que —sobre todo a partir del siglo XIII— aspiró a descubrir el espacio y el tiempo como elementos constitutivos de su vida cotidiana, necesitó de esa experiencia para lograr capturar la realidad. Por consiguiente, los viajeros que estudiaremos no constituyen sólo el testimonio de una vida y de una experiencia personal sino también el de toda una época acicateada por ciertas urgencias y necesidades.

---

[19] *Ib.*, t. IV, p. 35.

I. PERSONAJES Y TESTIMONIOS

PERSONAJES

El triste que quiere
partir y se va,
adonde estuviese
sin sí vivirá

Los personajes cuyos testimonios nos guiarán en el largo camino hasta Medio y Extremo Oriente conocen diversas peripecias vitales. Esas diferentes vidas dan características diferentes a su relato, ellas determinan motivaciones, realización y modo de contar. Por ello pienso que antes de utilizar las memorias que dejaron, hemos de conocer —aunque sea brevemente— los hitos de su existencia[1].

Entre esos viajeros podríamos estructurar tres grupos en que se ven reunidos estos personajes por sus motivaciones:

1º) los embajadores
2º) los religiosos con propósito misionero
3º) los religiosos o los laicos que realizan el viaje respondiendo a objetivos de piedad o conocimiento.

En realidad esta separación tan neta no se da de manera estricta. En ocasiones, al objetivo principal se unen otros y con frecuencia el propósito declarado no es el más importante en la apreciación del viajero.

Por supuesto, además de la mencionada clasificación, podríamos intentar otras. No es de escasa importancia, para entender los relatos de estos caminantes, precisar la cronología, ubicarlos en el tiempo en que realizaron su viaje, puesto que las condiciones generales del ámbito recorrido podrían encontrarse transformadas de un momento a otro —tanto en Oriente como en Occidente— en sus dimensiones políticas y sociales. Diferente habría de ser también el conocimiento que de él se tenía.

---

[1] Para delinear esas vidas hemos recurrido en general a los estudios parciales que acompañan las ediciones de los textos de cada viajero. Ofrecemos de ellas, rasgos escuetos, abundamos en cambio en la presentación de las obras respectivas. Sin embargo, hemos limitado tanto biografías como análisis de obras puesto que personalidad y testimonio se pondrán en evidencia en las menciones que —con distinto propósito— haremos en los diferentes capítulos, sobre todo en los que se ocupan de las peripecias de los viajeros.

Entraremos pues en cada una de esas vidas aunque sea brevemente para comprender por qué testimoniaron y por qué el testimonio fue dado de una cierta manera en estructura, en lenguaje, en conocimientos transmitidos por fuentes diversas, adquiridos por propia experiencia...

TESTIMONIOS

Todos estos personajes dejaron sus testimonios, las obras que nos permitirán trazar esta guía para viajeros.

Pero esas obras son tan diversas como diferentes sus autores. Todo depende del propósito que los guía, de la personalidad del escritor, de su formación y cultura. Algunos de esos testimonios han surgido espontáneamente por el simple deseo de dar fe y de servir de guía a futuros caminantes. Otros han sido redactados para satisfacer un pedido. Esos pedidos pueden ser amicales o coactivos.

Juan Adorno, hijo de Anselmo y redactor del *Itinerario* que cumplieran ambos, se dirige al rey de Escocia. Luego de muchas consideraciones acerca del objetivo de su viaje: "Al término de ese viaje, príncipe serenísimo, tu caballero me pidió, a mí, su hijo mayor, dedicar con tu acuerdo la narración a tu Grandeza...". Continúa la loa exagerada del monarca, a quien el narrador supone futuro vencedor de los infieles y paganos, cuyas costumbres expone y cuyas regiones han recorrido[2].

En este caso, el testimonio tiene el claro propósito de agradar a tan alto señor.

Otros viajeros escriben sus memorias de camino con objetivo análogo. Así Santo Brascha, quien las dedica al señor Antonio Landriano, tesorero general del ducado de Milán: "Aceptad pues, magnífico Micer Antonio, padre y protector mío, esta santa obra con el placer y el amor con que os la envío y que conviene a tan devota materia..."[3].

Arnold von Harff escribe su narración, al regresar, como agradecimiento y para ilustración de los margraves de Brandeburgo. Luego de excusarse —empleando un *topos* frecuente en la literatura medieval— de su torpeza y escaso entendimiento para realizar su obra, von Harff espera que su libro se transforme en una verdadera guía, veraz itinerario para futuros peregrinos[4].

En otras ocasiones la información va dirigida al gusto y a la curiosidad de quienes ven en el tránsito ansiado camino espiritual y además, posi-

---

[2] A.-J. Adorno, p. 33.

[3] S. Brascha, p. 45.

[4] A. von Harff, p. 2.

bilidades de conocer gentes y costumbres exóticos. Este es el caso de fray Félix Fabri. Se dirige a sus hermanos a quienes dice: "Estoy empeñado, queridísimos hermanos, en satisfacer vuestra petición...". Pedido que implicaba una narración fiel de su visita realizada a Tierra Santa[5]. El fraile reitera en diversos pasajes la voluntad de los religiosos de contar con su narración de viaje. Ya dispuesto a partir, ya ubicado sobre su cabalgadura, los hermanos que lo rodeaban le pidieron con insistencia que escribiera todo lo relativo a los Santos Lugares "para que, si ellos no podían recrearse corporalmente, por lo menos pudieran hacerlo espiritualmente. Y yo se los prometí"[6].

Los franciscanos embajadores hubieron de escribir su obra como informes dirigidos a los señores por cuya voluntad habían realizado el viaje.

Dice Giovanni del Pian del Carpine al Papa: "Así, todo lo que escribimos para vuestra utilidad, con el fin de que os volváis prudentes, debéis creerlo con mayor firmeza, teniendo en cuenta que hemos visto todas las cosas con nuestros propios ojos..."[7].

Fray Guillermo de Rubruck se dirige a San Luis: "... haré cuanto me habéis ordenado realizar cuando os he dejado y os escribiré cuanto vea en el país de los tártaros; y, como me habéis recomendado, no temeré el escribiros largas cartas; haré lo que me habéis mandado. Sin embargo, con temor y timidez, porque no dispongo de palabras convenientes para escribir a tan alta Majestad"[8]. Fray Guillermo siempre lamenta tener que cumplir con su obligación de informante. No se cree con capacidades para tal desempeño. Al llegar —ya de regreso— al convento de Trípoli, el superior decidió que fray Guillermo permaneciera allí. No dejó sin embargo de enviar, de inmediato, al rey las novedades que éste esperaba del legado. "Yo, no osando pues resistir a la obediencia, he hecho como he podido y como he sabido, pidiendo perdón a vuestra inamovible paciencia de cuanto he podido decir de superfluo o incompleto, o de poco prudente, o incluso de tonto, ya que soy un hombre poco sabio y que no está acostumbrado a narrar tan largas historias"[9].

Por supuesto, aun en los casos en que el destinatario era uno solo, de elevada dignidad —circunstancia que imprimía particular carácter a la narración— ésta se difundía y extendía en círculos que acogían con interés indudable esas relaciones que tomaban nueva dimensión al contar con otros oyentes.

---

[5] F. Fabri, t. I, p. 1.
[6] *Ib.*, t. I, p. 67.
[7] G. del P. del Carpine, pp. 159-160.
[8] G. de Rubruck, p. 237.
[9] *Ib.*, p. 358.

Fray Salimbene de Adam en su crónica (Parma 1221-† post 1295) anota cómo en los conventos de la Orden franciscana se leía la descripción que de su viaje realizara fray Giovanni del Pian. Cuando los Hermanos no entendían un pasaje pedían al viajero explicaciones que, indudablemente, se incorporarían a la redacción definitiva. El mismo fray Giovanni dice que ha pasado por casas de diversas gentes en Polonia, Bohemia, Alemania, Lieja y Champaña quienes han leído lo escrito e, incluso, han sacado copia "antes de que el texto estuviera completo y totalmente corregido porque no teníamos tiempo para terminarlo de manera definitiva"[10].

El relato de los viajeros se preparaba evidentemente aun antes de que se pusiera por escrito. El señor de Caumont —detenido por las tormentas en Sicilia durante un mes— trabó relación con un caballero bearnés. De camino, conversando de mil cosas, su interlocutor lo interrogó sobre su viaje a Jerusalén. Y transcribe las preguntas que le hiciera: "¿Cómo me había sentido, qué tiempo había tenido?"[11].

Suponemos en esa difusión círculos concéntricos. Es decir, que cualquiera fuera el destinatario primero, por muy restringido que fuera el núcleo al cual iba dirigido, pronto, por lectura o *viva voce* se extendía su conocimiento.

Fray Félix en el comienzo de su relato pide que el testimonio que deja sea comunicado "a los demás hermanos de nuestra Orden", en particular a los del convento de Basilea, "entre quienes fui educado e instruido en la religión y letras sagradas". También desea que lo conozcan los de Elchingen, Wiblingen, Blabüren... "para que los jóvenes mediante esa lectura" comprendan más lúcidamente la Sagrada Escritura y les sean de mayor provecho la devoción y la contemplación"[12].

Pero volvamos al señor de Caumont. Al responder al caballero bearnés tal vez ya hubiera organizado su narración, en caso contrario encuentra en esas preguntas un acicate para hacerlo y si ya tuviera escrito o *in mente* su relato, ésta era una manera de echarlo a andar.

En general pues, se deseaba testimoniar sobre lugares desconocidos o poco frecuentados, dejar las experiencias vividas como herencia a los subsiguientes viajeros que se atrevieran por esas rutas.

A veces, se prevé sólo un público de lectores. La narración, en consecuencia, se estructura y presenta para informar pero también para convencer. Es interesante ver cómo fray Félix tiene en cuenta las características psicológicas de quienes reciben el relato. Desconfianza e incredulidad son

---

[10] G. del P. del Carpine, p. 222.

[11] N. de Caumont, p. 107.

[12] F. Fabri, t. I, p. 5.

peculiaridades de los lectores u oyentes. Por tanto, el narrador puede ser tomado a burla por el lector "ya que los dichos y hechos no logren agradarle, ya que el lector sea inexperimentado y no alcance a creer que puedan existir en el mundo otras cosas que lo que él ve desde su propio punto de vista, por fin, que el lector sea curioso o más estudioso que lo conveniente y escrutando atentamente lo que se dice, cuando encuentra algún error no toma sino lo que le place, no atribuyendo al resto atención alguna, salvo con mala intención". Por consiguiente, para precaverse de tan variadas opiniones, el monje ha tratado de escribir para satisfacer a todos: "He expuesto mi peregrinación hasta aquí para tres suertes de lectores, sucesivamente". Puesto en la necesidad de describir la compleja ciudad de El Cairo, es evidente que opta por realizar una mezcla de lo que ha visto y de lo que ha sido dicho y descripto por otros. Elige la forma de sátira, es decir mezcla todos los elementos "tanto a causa de la monstruosa composición de esta ciudad, su extensión insólita y la increíble multitud de su población, como debido a las diferentes opiniones de quienes han escrito y hablado de ella"[13].

Algunos narradores adornan su testimonio con ideas filosóficas y prestan gran vuelo e importancia a su relato. En el caso de Conti, puesto que su experiencia ha sido tomada por un humanista como Bracciolini para hablar de las alternativas de la inconstante fortuna, se presenta esta larga permanencia en Oriente para ilustrar "la gran forza della fortuna" que permitió a un hombre, luego de llegar a los extremos del mundo y transitar durante 25 años por diversas partes, "a través de tantas tierras y mares...", volver a Italia sano y salvo[14]. Al encontrarlo en Italia —Conti se había dirigido a Florencia para solicitar al Papa perdón por haber renegado su fe católica en Oriente— le solicitó que le narrara sus experiencias "y en medio de círculos de hombres doctísimos y en mi casa, le pregunté con cuidado acerca de muchas cosas que me parecieron útiles que fueran escritas para que se guardara su memoria"[15]. Memoria que informara, que guiara a todos aquellos que quisieran aventurarse en esos caminos "e per cagione di commune utilità ho voluto darne notitia ad altri"[16].

Es interesante comprobar cómo puede transmitirse la experiencia y el conocimiento de viaje. Pero Tafur dice que, al encontrar a Conti, lo interroga con mucho interés sobre India. Entonces, el italiano "muchas cosas me dio por escripto de su mano"[17].

---

[13] *Ib.*, t. IV, p. 78.
[14] N. dei Conti, p. 118.
[15] *Ib.*, p. 120.
[16] *Ib.*, p. 196.
[17] P. Tafur, p. 99.

Estructura y procedimiento

Pero antes de proponerse la redacción de la obra, de ordinario se plantean la selección del material y la manera cómo ha de ser utilizado, se preguntan cómo han de estructurar su narración. Suponemos que algunos ofrecen a sus lectores solamente un diario de viaje, es decir, las anotaciones que minuciosamente han llevado. Fray Mariano da Siena dice "escribiré día por día"[18] los acontecimientos, así los entregará a quienes se interesan por sus peripecias.

También fray Niccolò da Poggibonsi recurre a este estilo. Ha elegido la brevedad y se excusa por ella, pero quiere ver y escribir todo. Alude al procedimiento que había empleado para no olvidar lo sucedido en cada jornada: "Todos los días escribía un par de tablillas enyesadas que llevaba conmigo"[19].

Fray Félix —de camino por el desierto— llega con sus compañeros a un campamento y "allí es donde escribí casi toda la narración del viaje de Gaza hasta aquí. Yo había escrito sentado sobre mi asno, las orientaciones y las características de las regiones y de los caminos sobre una tableta de cera que llevaba a la cintura. Recopié allí, pues, todo en un cuaderno y borré lo que había escrito sobre la cera, para poder escribir en ella nuevamente. A menudo había descendido de mi asno para anotar los caminos, las montañas y los valles pues era imposible retener todo de memoria, esto hubiera supuesto un hombre trabajando cada hora del día"[20].

Al parecer, esta segunda redacción se hacía con materiales más perdurables pues sabemos que el fraile llevaba papel y tinta[21].

Este es un método que emplean casi todos, es decir, que aun más o menos elaboradas, las obras conocen la sustentación del borrador diario. Clavijo declara que comenzó a escribir desde que los embajadores llegaron al puerto de Santa María, cerca de Cádiz, es decir, en el comienzo de su larga empresa[22].

Juan Adorno habla de su agenda o *carnet* "en que yo diariamente escribía". En ella anotó todos los acontecimientos hasta que, al llegar al monte Sinaí, "se me acabó el papel". Afortunadamente los hermanos calógeros se lo proporcionaron[23].

---

[18] M. da Siena, pp. 1 a 7.

[19] N. da Poggibonsi, p. 124.

[20] F. Fabri, t. III, pp. 436-437.

[21] *Ib.*, t. III, p. 429.

[22] R. G. de Clavijo, p. 5.

[23] A.-J. Adorno, p. 475.

Fray Félix Fabri dice que no dejó de escribir ni un solo día ni siquiera en medio de la tempestad del mar, en Tierra Santa o en el desierto " a veces escribí sentado sobre el asno o sobre el camello, durante las noches, cuando los otros dormían"[24].

Recoger ciertas precisiones era difícil para los viajeros que querían dejar testimonio de sus andanzas. Las dificultades de la lengua, el espíritu malintencionado o, por lo menos, burlón de los naturales hacía que los datos de que disponían los testigos no fueran siempre ciertos.

Fray Félix, en el campamento de Wadi al-Baroch pregunta al guía por el nombre del lugar, lo que escribe ante la respuesta dada provoca la risa de los árabes. El guía le había transmitido el nombre del caballo de Mahoma y no el del campamento[25].

No quedan dudas de que el escritor-testigo se dirigía a un público que preveía interesado en su narración. Por supuesto el talante, la vivacidad de cada uno, determinaba un diálogo más directo o un alejamiento que implicaba un relato más escueto y seco.

Fray Félix no ignora jamás al personaje que lo lee o que escucha su narración.

Recorre Alejandría junto con sus compañeros y, en las revueltas de las calles, llegan a un lugar "infame que no puedo nombrar sin violar la honestidad"[26].

Ese lugar era un lupanar que el monje describe para mover a piedad hacia esas "pobrecillas". Se excusa, sin embargo, de tocar tal tema que aborda "apelando a la piadosa interpretación de los lectores". Se extiende sobre el asunto, subrayando que los musulmanes tienen incluso casas de efebos. Al concluir, vuelve a insistir que "no habíamos venido expresamente a esta casa, evocada aquí, sólo la habíamos visto al hacer camino"[27].

En el comienzo de la obra que recoge y transmite la narración de Conti, Bracciolini expresa su propósito de llevar al ánimo de sus lectores, a través de ese relato, la noción de la mudable fortuna[28]. Destacamos aquí, pues, que él prevé un núcleo de lectores a quienes va dirigido su mensaje.

Algunos de esos viajeros no se preocupan por la descripción del tránsito completo, sólo realizan la que corresponde a los Lugares Santos. En realidad, no hay fórmulas fijas, cada uno elige la que le parece más oportuna para el objetivo que se propone. En algunos casos sólo quieren edificar a los lectores y, por tanto, omiten todo lo que no se refiera a lo que

---

[24] F. Fabri, t. I, p. 66.
[25] *Ib.*, t. III, p. 429.
[26] *Ib.*, t. IV, p. 168.
[27] *Ib.*, t. IV, p. 170.
[28] N. dei Conti, p. 117.

pueda elevar su espíritu. Otros, en cambio —llevados por gran curiosidad y afán de contar todas sus experiencias— anotan todo lo visto y oído.

A veces, el material que tienen en las manos, que han acumulado a lo largo de tantos caminos, es una selección , no entregan a los lectores sino aquello que consideran más importante. Fray Odorico da Pordenone constantemente alude a "cosas que no es necesario referir"[29]. Fray Niccolò da Poggibonsi dice en su *Proemio* que sólo escribirá sobre Tierra Santa y algo sobre los santuarios de Venecia, por ello su libro se llama *Libro d'Oltramare*[30].

También Poggio Bracciolini dice, al final de la narración recogida de Conti: "Muchas más cosas me refirió que, por tedio, he dejado de lado"[31]. Además explica que, a pesar de su aparente inverosimilitud todo lo consignado debe ser creído pues "no pensé que hubiera razón alguna para mentir (porque [estos hechos] me parecían ciertos)"[32].

Ya antes ha defendido la verosimilitud de lo narrado, el relator contó acerca de todo lo visto "discutió con autoridad (de manera que parecía que no imaginaba sino que refería cosas verdaderas)"[33].

Fray Félix Fabri, antes de comenzar su obra, declara el propósito que lo guía en la composición de la misma y la estructura que adopta.

Cuando, de camino, menciona su llegada a una ciudad, indica —si no realiza en ese momento la descripción consiguiente— que lo hará al retorno. Así, por ejemplo, nos dice que ha descripto todos los lugares desde Innsbruck hasta Venecia porque no entrará en ellos al regreso. "Pero más allá de este lugar no describiré ningún otro en el viaje de ida sino al regresar...". "Y lo mismo en lo que se refiere a la descripción de Treviso y de otras ciudades"[34].

No incorpora a su relato las distancias que separan los diferentes lugares ni las medidas de las rutas y explica el por qué de ese silencio. Hay demasiada diversidad entre los diferentes cánones de mensuración. Además, sería inútil mencionar la distancia de los lugares separados por vía marítima puesto que, según la fuerza y dirección del viento, un punto puede alcanzarse más o menos rápidamente.

Tampoco desea hablar de la cantidad de dinero necesaria puesto que, según las circunstancias, los teloneos y las cortesías cambian, lo mismo que el monto requerido por los patronos de las naves. En lo que se refiere a

---

[29] O. da Pordenone, p. 98.

[30] N. da Poggibonsi, p. 1.

[31] N. dei Conti, p. 195.

[32] *Ib.*, p. 196.

[33] *Ib.*, p. 120.

[34] F. Fabri, t. I, p. 81.

expensas, realiza una reflexión que servirá de consejo a los sucesivos peregrinos: "A mí me consta que una bolsa llena y una mano dadivosa contribuyeron a la paz de esa peregrinación".

Además —aclara— hay otros muchos libritos de peregrinación que proporcionan medidas, detalle de gastos, modo de entenderse con los sarracenos, mencionan las provisiones que son necesarias para atravesar el desierto pero todos esos datos "son inciertos y cambian a cada momento". Por tanto, insinúa a sus lectores que vayan a buscar en esos libros los datos requeridos y que él no proporciona. Dice, sin embargo, que en su obra se encontrará lo substancial y necesario para realizar esa sagrada peregrinación[35].

La descripción del viaje por mar la hará —minuciosamente— día por día. Pero en lo relativo a Tierra Santa, sólo se referirá a los lugares sagrados. Considera que extenderse más sería inútil puesto que hay otras descripciones como "la hermosísima y verísima" salida de la pluma de fray Burchard de la Orden de los Predicadores y que se encontraba en la biblioteca de esa Orden en Ulm. Añade que Bernardo de Breydenbach, decano de la iglesia de Maguncia, su compañero de peregrinación incorporó la descripción de la Tierra Santa de dicha obra de fray Burchard en su propia narración, "en su peregrinación o viaje"[36].

Esta última frase nos lleva a plantearnos el problema de la originalidad de las obras que comentamos. En general, en lo que se refiere al tránsito por Tierra Santa, muy pocos son originales. Sin duda conocen desde mucho antes obras-itinerarios, a cuyo influjo no pueden escapar.

A veces —para los espíritus más esclarecidos— el esfuerzo de quienes los han precedido significa, no tanto datos prácticos cuanto acicate intelectual.

Adorno recuerda a dos viajeros que despiertan su admiración y que, evidentemente, han guiado su tránsito aunque cada uno de ellos haya realizado su camino impulsado por diferentes motivos. Uno es Niccolò dei Conti, veneciano que partiera de su patria para comerciar y luego recorriera los más exóticos caminos. El otro es el genovés Andalò di Negro, experto astrónomo que conoció por experiencia directa "bajo todos los climas y todos los horizontes, el movimiento de los astros y de los planetas que los otros aprenden escuchando a los maestros"[37].

En la galería que ha trazado en un comienzo, en que se suceden los viajeros-filósofos, ocupa papel destacado Marco Polo, "hombre de gran

---

[35] *Ib.*, t. I, pp. 4-5.
[36] *Ib.*, t. I, p. 182.
[37] A.J. Adorno, p. 431.

valor, excelente y prudente, a quien corresponde entre todos los viajeros, la mayor gloria y la corona del triunfo..."[38].

El veneciano es, pues, ensalzado no sólo por el testimonio que dejara sino, fundamentalmente, por sus excelencias morales.

Los viajeros —por lo menos aquéllos más preparados y deseosos de lograr el mayor provecho intelectual del viaje— recogen una serie de datos antes de emprender el camino. Esos datos pueden llegar a ellos de muy diversa manera: escrita u oral. Veamos el carácter y la naturaleza de una y otra información previa.

Decimos que recogían todos los datos posibles para poder realizar un viaje sin tropiezos. Además de la preparación previa que cada uno cuidaba tener y cuya profundidad dependía de su curiosidad y cultura, acopiaban de camino todos los informes que podían serles útiles.

Así, por ejemplo, en Eslavonia, Santo Brascha y sus compañeros encontraron a un anciano fraile quien —puesto que había estado mucho tiempo en Jerusalén— "nos dibujó en un papel la región de Tierra Santa"[39].

Fray Félix se prepara para realizar la peregrinación y la narración consiguiente. En primer término, ahonda en la lectura de las Santas Escrituras "de las cuales llevé una gran recopilación". Luego tratará de realizar una concordancia entre lo que dicen las Santas Escrituras y lo que encuentra en los lugares mismos y viceversa[40].

No sólo se dedicó preferiamente a la lectura y reflexión de los textos sagrados sino que "leí todo lo que trataba de esto, recogí las peregrinaciones de los caballeros, los libros de los peregrinos, las descripciones de la Tierra Santa, Y cuanto más leí, más inquieto me sentí, porque a través de ellos entendí cuán superficial, distraída y confusa había sido mi primera peregrinación".

En tales lecturas y reflexiones pasó un año completo antes de emprender su segundo viaje[41].

Respecto de los lugares que no visitó, anota lo que oyó decir.

En lo que se refiere a Extremo Oriente aconseja la lectura de la narración de fray Odorico da Pordenone "que, deambulando luego de recorrer el Oriente, aseguró bajo juramento que había visto todas esas maravillas". También insinúa que examinen los nuevos mapamundis, dibujados por lós "modernos geómetras y matemáticos", lo mismo que

---

[38] *Ib.*, p. 29.

[39] S. Brascha, p. 57.

[40] F. Fabri, t. I, p. 2.

[41] *Ib.*, t. I, p. 61.

aquellos obra de los antiguos, como Aristóteles, Ptolomeo y Agustín: "Lean e interroguen a éstos y satisfarán su curiosidad"[42].

Como siempre, fray Félix es quien se extiende en mayor medida sobre el sentido y fuentes de su testimonio.

Anota que realiza esa narración por "petitione vestrae, charissimi fratres", según ya hemos dicho. En una palabra, los hermanos han solicitado esta narración que él intentará. Por supuesto, se propone, en primer término, anotar lo que ha visto en tantos lados como ha recorrido. Y se propone hacerlo "diligentemente y con cuidado" para "referirlo fielmente".

Por tanto, "anoté y redacté" lo relativo a todas las cosas que vi en las tres principales partes del mundo, en Europa, en Asia y en Africa"[43].

La narración se presenta con sentido y organización previos que el autor anuncia al lector. Lo relativo a su segunda peregrinación ocupa la mayor parte de la obra. Ese tratado total está dividido en 12 partes, cada una de las cuales se refiere a uno de los 12 meses del viaje, cada tratado o parte tiene tantos capítulos como días hay en el mes[44].

Los franciscanos-embajadores que escriben luego de cumplido todo el camino, eligen bloques temáticos para la presentación de su relato, por cierto era lo indicado para una obra que tenía caracteres de informe.

También Juan Adorno habla del orden y método observados para estructurar su narración, ha establecido capítulos cuya nómina indica y que, dentro de la lógica consecución, introducen temas-ejes, como, por ejemplo, los relativos a reinos o ámbitos determinados, a costumbres o gentes exóticas.

De regreso de su peregrinación, Juan Adorno vuelve a insistir en la organización de su trabajo: "A partir de esta ciudad de Roma, señora del mundo, yo comenzaré a contar los capítulos de este itinerario y en ella concluiré. El resto de la narración, es decir, el texto colocado al comienzo de este viaje o de nuestro itinerario y el texto colocado al final no servirán sino como transición, sin constituir capítulos distintos, según he explicado suficientemente, en el prólogo o luego de él"[45].

Es interesante subrayar además —en esta presentación de Juan Adorno— el propósito estilístico que lo guía. Dice "he adaptado mi narración a un estilo modesto y fácil"[46].

Por supuesto el estilo está en relación con la personalidad del narrador, con su formación y cultura y con el propósito y deseos de difusión que se

---

[42] *Ib.*, t. I, p. 3.
[43] *Ib.*, t. I, p. 1.
[44] *Ib.*, t. I, p. 66.
[45] A. J. Adorno, p. 457.
[46] *Ib.*, p. 33.

propone. A través de la presentación de los personajes, podemos vislumbrar cuál ha de ser el resultado de cada uno de ellos aunque todos se encuentran aunados en una condición de letrados, si bien los religiosos contarán con una formación escrituraria mayor que la de los laicos que ayuda especialmente a su compresión y mejor descripción de ciertos ámbitos, sobre todo cuando se encuentran en Tierra Santa.

Casi todos citan autores clásicos y los religiosos, por supuesto, constantemente aluden a pasajes de las Santas Escrituras o se refieren a las obras medievales más en boga.

Aquí y allá surgen —al pasar— las menciones que una formación clásica y una cultura indudable determinan, se recuerda a las sirenas "que nunca cantan sino cuando hay una gran fortuna [tempestad]"[47], a los diversos linajes de amazonas cuya tierra se encuentra entre Samarcanda y Catay[48], al templo de Venus que se erigió en el monte Gólgota[49]. Aquí nació Avicena[50], allí fue ordenado arzobispo de Jerusalén el piadoso Santiago el Menor[51].

Guillermo de Rubruck confronta sus comprobaciones con las opiniones expresadas por San Isidoro o Solino. Fray Félix, por cierto, conoce las obras de los clásicos y las de San Agustín, San Ambrosio o San Benito pero también cita con frecuencia obras de distinto tipo como el *Speculum historiale* y el *Speculum naturale*, el *Purgatorio de San Patricio*...[52].

Al hablar del lugar donde se dice que está el centro del mundo, menciona a Pietro de Abano. Cuando se halla en donde Santo Tomás dudó de las heridas de Jesús, reflexiona sobre los estigmas de San Francisco o sobre Santa Catalina de Siena que bebió del costado de Jesús. Al llegar a otro lugar sagrado, cita a Santo Tomás, a San Alberto Magno.

Menciona el *De consolatione* de Boecio y *De civitate Dei* de San Agustín, a los Padres de la Iglesia, a Beda, a San Isidoro, a Alberto el Grande o a Boccaccio...[53].

Cultura varia, lecturas múltiples que afloraban cuando las circunstancias del viaje despertaban el recuerdo o la reflexión.

El paso por ciertos lugares determinaban largas tiradas eruditas.

---

[47] P. Tafur, pp. 297-298.

[48] R. G. de Clavijo, p. 212.

[49] F. Fabri, t. I, p. 296.

[50] R. G. de Clavijo, p. 8.

[51] F. Fabri, t. I, p. 273.

[52] *Ib.*, t. III, pp. 471, 482 y t. IV, p. 5.

[53] *Ib.*, t. IV, pp. 43 y ss.

Medita fray Félix sobre la suerte de Sansón al encontrarse en los sitios señalados por el *Libro de los Jueces*. Y al dolerse de ese destino, da rienda suelta a una evidente misoginia fundada en ejemplos clásicos. Para que no se lo acuse de faltar a la verdad, se detiene en una larga enumeración de mujeres que constituyeron la perdición de los hombres que con ellas se relacionaron. La mención implica amplios conocimientos clásicos. Junto a ellos, aparece su bagaje de lecturas medievales pues cita a Godofredo de Viterbo, cronista genealogista del siglo XII († 1191)[54]. Juan Adorno menciona a Virgilio como su preferido entre los autores clásicos[55]. Al hablar de Candia cita a los historiadores y poetas que se han referido a ella, alude a la historia y al mito que explican el pasado de la isla[56]. También conoce las obras científicas recientes, menciona a un "dominus Gripho" quien los acogiera bondadosamente: era autor de una nueva cosmografía ("cosmographiam novam") de Asia, escrita en italiano[57].

Fray Félix recuerda a las autoridades, a veces, con propósitos menos importantes. Cuando llega al sepulcro de San José habla del verdadero aspecto del santo, diferente del que le atribuyen los artistas: "No debemos creer a los pintores que presentan a José como un pequeño hombrecillo, decrépito, encorvado, que debía sostenerse con un bastón, canoso y casi inútil para sustentar tanto a la Virgen como al hijo". Se opone a esta opinión común según el parecer de Gerson en su sermón de la Natividad: "Fue, en cambio, un hombre poderoso por sus fuerzas, gran trabajador, maduro, de mediana edad..."[58].

A veces, realiza la cita con motivo de acontecimientos al parecer nimios. Se encuentran en Trento fray Félix y sus señores, sorprendidos allí por la noche, se hallaban cenando cuando llegó un juglar con su flauta, acompañado por su mujer. Alternaba la ejecución del instrumento con canciones entonadas con grata voz y con gesticulaciones para concitar la risa. Al concluir su entretenimiento, los nobles presentes se cotizaron para compensar al juglar. Pero, uno de ellos, se opuso diciendo que su cura predicaba que la compensación, en tales circunstancias, implicaba daño y pecado mortal. Por consiguiente, "cuando se está decidido a realizar la sagrada peregrinación no se debe hacer una viciosa contribución sino debe darse tributo a los pobres. "Surgió entonces una larga y vivaz discusión entre los presentes quienes, finalmente, pidieron a fray Félix su opinión, éste

---

[54] *Ib.*, t. III, p. 367.

[55] A. J. Adorno, p. 41.

[56] *Ib.*, p. 159.

[57] *Ib.*, p. 479.

[58] *Ib.*, p. 410.

declaró que el juglar debía ser compensado. Por tanto, el flautista y su mujer, recibieron su óbolo. Pero fray Félix había quedado preocupado con su decisión. De manera que —al regresar a su hospedaje— "busqué en los escritos de los doctores si había decidido bien y encontré en Gerson acerca del pecado de avaricia, donde se dice que tales flautistas, juglares, gesticuladores no se hallan en estado de condenación y que pueden decir o hacer tales cosas sin pecado mortal".

Actos y palabras jocosos pueden cumplirse y pronunciarse siempre que quede a salvo la honestidad y mientras no se hagan por disolución, como recreo en las cortes de los príncipes y señores.

Afortunadamente —para aliviar la conciencia de fray Félix— luego supieron que el juglar era artesano en Trento y que no actuaba constantemente como *joculator* sino sólo cuando llegaban personajes importantes. Al conocer el arribo de los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa actuó para obtener la compensación "y para aliviar nuestra tristeza y ansiedad"[59].

Como vemos, las autoridades son consultadas para resolver las más mínimas cuestiones.

Pero también aparece interés por las informaciones recientes. Fray Félix habla de los caminos posibles para la comunicación entre el Mediterráneo y las regiones de Oriente. Entonces señala: "Es verdad que un rey de España se ha esforzado en nuestra época en buscar las rutas para llegar desde el océano occidental, es decir, desde el mar exterior que está más allá del estrecho de Hércules hasta el Océano oriental y el Mar de las Indias. Pero ha hecho en vano ese esfuerzo. Se dice, sin embargo, que ha descubierto islas muy ricas, antes desconocidas"[60]. De manera evidente, se refiere al descubrimiento de las islas americanas realizado por Colón.

Todo lo dicho hasta aquí revela la cultura de cada uno de los narradores, cultura que aflora al paso de los acontecimientos. Pero también, hay una serie de autores y obras consultadas, utilizadas y citadas que tienen un específico carácter puesto que se refieren a caminos, lugares, pueblos desconocidos o poco transitados. Es decir, nuestros autores utilizan una bibliografía de viaje que —consultada y preparada previamente— les es sumamente útil durante la realización de su empeño y que les permite hablar con autoridad y fundamentación en la redacción de su memoria escrita. Pero, también, de la formación y cultura de cada uno de ellos, importa enormemente la actitud que adopten los narradores, ya neutra, ya espontánea, inmediata y personalizada. En algunos casos, es como si no pudiéramos distinguir el rostro del relator, mientras que en otros éste no

---

[59] F. Fabri, t. I, pp. 76-77.

[60] *Ib.*, t. III, p. 536.

desaparece jamás de nuestra vista y se convierte en presencia constante, amical y guiadora.

Entre estos últimos podemos contar a Félix Fabri, Juan Adorno o Pero Tafur.

En estos relatos vemos asomar la alegría, el disgusto, el temor, los mil matices que tan largas peripecias y tan aventurosos caminos determinaban. Fray Félix es quien se caracteriza especialmente por el *pathos* que insufla a su narración, nada le es indiferente. Por supuesto, parte con un propósito que ya nos habla de su espíritu gozador y curioso dado que titula a su recorrido no *pereginatio*, no *iter* sino *evagatorium*, vagabundeo. Su propósito es piadoso pero suponemos en el monje un afán inquisitivo y regocijado que, evidentemente, ha de superar ese objetivo que aunque no deja de lado, le permite curiosear, indagar, alegrarse o disgustarse, llevándonos de la mano.

Veracidad

La alusión al procedimiento empleado por los viajeros para guardar memoria de lo acaecido, la anotación directa y minuciosa día por día, implicaba un testimonio de veracidad. A ella aluden constantemente los caminantes, así como al conocimiento personal o, por lo menos, seriamente testimoniado.

La curiosidad de Poggibonsi lo llevaba a anotar, en las dos tablillas de que habláramos, todos los datos que recogía. Una verdadera ansia de precisión lo guiaba. En Jerusalén "medía los espacios, el largo y el ancho" y "luego, inmediatamente lo escribía"[61].

Fray Giovanni, en el epílogo del libro, dice: "Rogamos a todos los que lean este libro que no mutilen ni agreguen nada a él, porque hemos escrito con la mayor veracidad, sin añadir nada a sabiendas —ponemos a Dios por testigo—, todo lo que hemos visto u oído decir por otros a quienes creemos dignos de fe"[62].

En el comienzo de su obra, ya hemos dicho que amonesta a los cristianos para que se muestren prudentes respecto de los enemigos de la Cristiandad. Para ello, los incita a creer todo lo que ha anotado "teniendo en cuenta que hemos visto todas las cosas con nuestros propios ojos". Algunas noticias las ha obtenido de "cristianos cautivos y dignos de fe". El exotismo y rareza evidentes que implicaría su narración no habría de llevar a falta de

---

[61] N. da Poggibonsi, p. 13.
[62] G. del P. del Carpine, p. 222.

credulidad, "no por esto debéis tratarnos de embusteros", dice al reiterar la propia observación o la veracidad de las fuentes[63].

Hemos de detenernos en esta frase pues plantea dos procedencias del material que emplea el narrador para estructurar su relato: observación y fuentes.

En general, los viajeros llevaban consigo o incorporaban a su memoria las narraciones de quienes los habían precedido en tierras y lugares. Esto se da, sobre todo, en lo que se refiere a los peregrinos a Tierra Santa. Pero no sólo se pedía a esos escritos guía y consejo sino, a veces, se los incluía parcialmente en el propio relato.

Tenemos muchos ejemplos de ello, puesto que algunos escritores así lo declaran. Fray Félix Fabri dice cómo Breydenbach utilizó la descripción de Tierra Santa de Brocardus de Monte Sión[64].

El mismo fraile anota que las líneas dedicadas por Hans Tucher al Santo Sepulcro lo han acompañado en su viaje: "Cuya descripción tuve conmigo en Jerusalén y encontré todo tal cual escribió del Santo Sepulcro. Así pues, la traduje del alemán al latín y la inserté en mi *evagatorium* puesto que era verdadera y realizada por un hombre maduro y veraz"[65].

Estas narraciones que se tomaban prestadas se referían especialmente a descripción de ámbitos y a indulgencias.

Por ello —y porque así conviene al objetivo de este libro— hemos utilizado especialmente los pasajes que corresponden a la experiencia personal más que aquellos en que pueda haber coincidencia por incorporación de trozos de obras anteriores o por inspiración de las mismas.

Como determinar dependencia y correspondencia de unas y otras narraciones no es nuestro propósito, quede aquí establecido que la cronología de cada personaje y el momento de su viaje dará cuenta de influencias e inspiraciones.

Pero continuemos con las protestas de veracidad y directa observación que nos ofrecen los autores.

A veces, en un determinado lugar, los viajeros encuentran que los datos que se les han dado antes de partir o que se les proporcionan en el lugar no corresponden a lo que ven sus ojos. Fray Paul dice que en El Cairo hay 60.000 plazas "que se cierran durante la noche" y "que en cada una de ellas hay una mezquita"[66]. Pero el franciscano no puede avalar estos datos puesto que, tanto él como otros compañeros, han tratado de comprobar el

---

[63] *Ib.*, p. 160.

[64] S. Brascha, Introducción, p. 32.

[65] F. Fabri, t. I, pp. 327 y ss.

[66] P. W. de Guglingen, p. 226.

número de templos, la extensión atribuida a la ciudad, etc. sin poder ratificar los datos obtenidos, "pues examiné toda la ciudad desde el monte y en silencio conté las torres de las mezquitas y no encontré un número tan elevado". Uno de los señores del grupo ordenó que un hombre fuera "tras el trujamán, quien cabalgaba, y calculara en pasos la longitud de la ciudad y logró —según dijo en verdad— sólo 16.563 pasos y 12.200 pasos en lo que se refiere a su latitud". Se hace escrúpulos fray Paul de anotar, por tanto, los exagerados números que se han proporcionado porque, en tal caso, "amplius mentirer" ("mentiría mucho")[67].

Por supuesto, los viajeros no desdeñan dar noticia de lugares, personajes o seres que están dotados de apariencia o condición increíbles.

En esos casos —sin dejar de consignar tales asombros— dejan constancia de que les han sido narrado. Pero Tafur habla del monstruo del golfo de Esclavonia que raptaba mujeres. Luego de apresarlo, lo enviaron a Venecia, salado. Y lo presentaron al Papa. Anota al fin: "Yo no lo vi, pero me contaron..."[68].

Hay algunos temas míticos que se consignan como realidad y cuya presencia o ubicación se quiere precisar. Así, por ejemplo, la montaña en cuya cima se encuentra el arca de Noé, según habla fray Odorico o, por supuesto, el reino de Preste Juan.

En estos relatos aparece la mención y la descripción de naves utilizadas en Medio y Lejano Oriente, sumamente peculiares. Su peculiaridad estriba en que nada en ellas es de hierro, es decir, la trabazón de las maderas que las componen no ha sido realizada con elementos de hierro sino están atadas con cuerdas. Nos asombra la descripción y, más aún, la explicación que nos dan estos viajeros.

Juan Adorno y sus compañeros se encuentran en el Mar Rojo. Dice que han tomado esa ruta porque es mucho más agradable que hacer camino a través de los desiertos. Escribe: "Vimos allí navíos que no tenían ninguna parte de hierro, estaban totalmente hechos de madera y cosidos con un hilo sacado de la corteza de las nueces de India. Este hilo no se rompe sino muy difícilmente y dura mucho tiempo. Esos navíos no están enduidos con pez sino con el aceite extraído de un pescado. No pueden tener ninguna parte de hierro debido a las calamitas que se encuentran en ese mar y que atraen el hierro"[69]. En realidad, muchos son los autores que han hablado de esto. Hemos elegido el texto de Adorno porque es uno de los más detallados pero

---

[67] *Ib.*, p. 227.
[68] P. Tafur, p. 194.
[69] A.-J. Adorno, p. 69.

ya Marco Polo los ha descripto[70]. Al hablar de Ormuz dice: "Sus navíos son muy malos, a menudo se hunden puesto que no están clavados con hierro sino están cosidos con hilo de corteza de nueces de India, es decir cocos, que hacen macerar hasta que llega a ser como crin de caballo. Entonces hacen hilo del que se sirven para coser sus navíos". Más adelante agrega: "No tienen hierro para fabricar clavos, de manera que se ven forzados a servirse de pernos de madera y a coser con hilo. Por tanto, es muy peligroso navegar en esos barcos y, a menudo, naufragan puesto que el mar de la India es, con frecuencia, tormentoso". Jordán de Sévérac habla así: "Los navíos que navegan hacia Catay son muy grandes, contienen en sus flancos más de cien cámaras y a veces llevan más de setecientas personas a bordo. Cuando logran un buen tiempo tienen hasta diez velas desplegadas". Luego de describir la magnitud de esas naves dice: "Son maravillosas pues, a pesar de su tamaño, jamás se arman por medio del hierro sino están unidas merced a la aguja y al hilo hecho de cierta hierba, no están recubiertas y el agua entra en ellas sin cesar, de suerte que siempre hay hombres ocupados en retirar el agua de la bodega".

Adorno-da Santo Stefano hablan de tales navíos. No lo hacen de oídas puesto que han navegado en diversas oportunidades en ellos, naves de 2.000 toneladas unidas con cuerdas y velas de palma o de algodón[71].

Juan Adorno es quien recoge el estado más exacto de otra conseja conexa, la del mar o montaña de imán.

Sobre la montaña de imán habla Giovanni del Pian del Carpine al mencionar las expediciones bélicas de Genghis Khan. Dice que el jefe guerrero partió hacia Occidente a través del país de los kergis, pero no los pudo vencer: "Estos montes, por el lado por que ellos llegaron, son de piedra imán, de forma que atraían las flechas y las armas de hierro"[72].

Arturo Graf en su libro *Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo* nos recuerda que no solamente en los textos medievales cristianos aparece esta leyenda sino además en *Las mil y una noches*[73]. Uno de sus cuentos narra que el hijo de un rey, luego de haber recorrido con diez naves muchísimos mares y tras haber soportado una furiosa tormenta, perdió —junto con sus compañeros— el camino. Ninguno sabía dónde estaban. Un día —en medio de esa incertidumbre— el vigía avista, hacia la proa, una gran mancha

---

[70] Marco Polo en *Voyageurs anciens et modernes ou choix des relationes des voyages* par M. Edouard Charton. Tome deuxième. Voyageurs du Moyen Age, París, Aux bureaux du magasin pittoresque, 1955, p. 282.

[71] G. Adorno-G. da Santo Stefano, pp. 218-222.

[72] G. del P. del Carpine, p. 196.

[73] Arturo Graf, *Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo*, Bolonia, Arnoldo Forni, 1965, vol. II, pp. 363 y ss.

negra en medio de un gran desierto de cielo y agua. Ante este anuncio, el patrono se desespera puesto que piensa que han encontrado el monte de la calamita, el cual, según se sabía, atraía de manera irresistible las naves en razón de los clavos y hierros que componían su armazón. Las naves se aproximaron cada vez más hasta la formidable montaña y se deshicieron puesto que ésta había absorbido los elementos metálicos. Todos los viajeros perecieron en tal desastre, menos el príncipe. Este —único sobreviviente— llegó al monte en cuya cima encontró a un caballero de bronce sobre un caballo del mismo metal. Esta figura metálica era la que determinaba las condiciones mágicas de este ámbito. Pero puesto que el príncipe sabía —porque había sido aleccionado durante el sueño— lo que había de hacer, desenterró un arco y dos flechas que lanzó contra el caballero e hizo que éste se precipitara en las aguas que comenzaron a crecer hasta que llegaron a la cima del monte. Entonces arribó hasta esa cumbre una navecilla conducida por un remero también de bronce y en ella pudo salvarse el príncipe.

En el sexto viaje de Simbad —aunque no se menciona el monte de calamita como tal— la narración se refiere a la atracción irresistible que sufre el navío en las cercanías de una elevación. Recordemos el párrafo: "Y de pronto, el navío se inclinó hacia la montaña y se estrelló y se dispersó en tablas por todas partes". Casi todos se ahogaron, sólo Simbad y unos pocos pudieron salvarse. Describe la elevación, descripción que nos hace suponer que no ha sido casual el naufragio: "Estaba tal montaña situada en una isla muy grande, cuyas costas aparecían cubiertas por restos de buques naufragados y de toda clase de residuos".

Como vemos, en algunas narraciones se habla de mar, en otras del monte constituido por imán. En Occidente, diversos autores se han hecho eco de esta larga tradición. No podía faltar, entre éstos, Plinio, quien menciona dos montes cercanos al río Indo. Uno de ellos tiene la capacidad de atraer el hierro, el otro, de rechazarlo. Y dice que, quien tenga calzado con elementos de hierro no puede levantar el pie en el primero, ni posarlo en el segundo.

La mención de los autores griegos y latinos que han hablado de estos fenómenos y de las propiedades del imán son numerosísimos. Su mención sería extensa y enfadosa. Suponemos que todos ellos han tomado viejas tradiciones orientales que se han trasmitido a lo largo de los siglos. Nos preguntamos, sin embargo, si los viajeros a que hemos hecho referencia han aprehendido esta conseja a través de su formación cultural de hombres occidentales o si la han conocido al hacer camino por Oriente. Y además, nos interrogamos sobre el sentido último de esta tradición. Pensamos que, como todas las formas míticas, no alude sólo a un hecho puntual, a un lugar de accidentado tránsito, a una piedra de peculiares propiedades, supone-

mos que responde a algo más profundo, devela uno de los eternos miedos que acuciaron o acucian al hombre.

Testimonios: objetivos

Los testimonios de los viajeros nos hablan claramente de sus propósitos al emprender tan arriesgada empresa. Como hemos dicho, siempre hay un propósito fundamental y otros secundarios. A veces, no tienen esa valoración en el pensamiento del autor pero el cometido que se les ha impuesto hace que se establezca tal jerarquía. El caso más típico es el de los monjes-embajadores —Carpine y Rubruck— que no quieren titularse tales y a quienes interesa, de manera evidente, más intensamente la obra misional que la labor política y diplomática.

Algunos tienen el propósito simple y único de la visita a los Santos Lugares, así lo declara y estampa el señor d'Anglure[74]. Odorico da Pordenone indica que el motivo de su larga permanencia en Oriente, el acicate de su viaje, ha sido rescatar almas. En una de las versiones se dice que esa santa misión estuvo encargada por el Papa. Pero, de manera evidente, el carácter de la obra que nos ha llegado indica al hombre indagador que, aunque haya tenido como propósito principal el cumplimiento de esa labor misional, no desdeñó la curiosidad que lo llevó a conocer paisajes y gentes nuevas, costumbres exóticas, peculiares hábitos[75].

Fray Riccoldo di Monte di Croce —llevado por su afán principal, la predicación— considera que debe dar razón de las sectas y herejías que se encuentran en esas regiones orientales "para que los hermanos que quieran predicar sepan todo lo que conviene a su labor"[76].

Sabemos que algunos no dejan memoria sino de lo relativo a Tierra Santa, pero, en general, la curiosidad lógica los lleva a anotar también lo peculiar de otros ámbitos por donde pasan en su predeterminado camino o hacia donde se dirigen acicateados por esa curiosidad. Pero Tafur dice que "su viaje le permitió entender lo más provechoso a la cosa pública"[77]. Sabemos que quería averiguar qué había de cierto acerca del parentesco de su familia con la casa imperial de Bizancio. Además, por supuesto, quiere visitar tierras extrañas y —en un casi diríamos desorbitado afán de vanagloria— mostrar quienes fueron sus antecesores y sus propias "fazañas"[78].

---

[74] O. d'Anglure, p. 1.

[75] O. da Pordenone, p. 79.

[76] R. da M. di Croce, pp. 23 y ss.

[77] P. Tafur, p. 2.

[78] *Ib.*, p. 1.

Santo Brascha anota que, desde su infancia, deseaba ir a Jerusalén.

Aunque los Adorno fueron a visitar el Santo Sepulcro y los lugares de Tierra Santa, sin embargo, en la declaración de Juan, no desdeña aludir a su afán de descubrimiento. Dice que ha imitado a esos viajeros —poco antes ha recordado a los de la Antigüedad— yendo al descubrimiento de tierras y mares y de numerosas costumbres de los hombres. Para ello, no eligió el itinerario más corto sino un largo y santo peregrinaje que no sólo le permitió conocer numerosos lugares sagrados de Asia, Africa y Europa sino también le dio ocasión de afrontar numerosos peligros que hacen a los hombres más prudentes y contemplar los lugares santos y sagrados[79].

En ocasiones, el propósito principal queda incumplido por dificultades del camino, a veces surgen objetivos secundarios que pueden o no cumplirse. Pero Tafur quiere llegar hasta la India mayor pero su encuentro con Niccolò dei Conti lo disuade. La narración de las peripecias sufridas, de las penurias pasadas por éste hace que Tafur abandone ese propósito[80].

De todas maneras, estos viajes emprendidos por el acicate de un afán piadoso o por simple espíritu de conocimiento e inquisición, respondían a una inquebrantable voluntad y a un espíritu férreo. Como siempre, fray Félix es el más explícito. Dice que existen tres actos que no deben ser contrariados, el primero, contraer matrimonio, el segundo, ir a la guerra, el tercero, visitar el Santo Sepulcro. Precisamente él encuentra resistencia o temor por parte de sus superiores para cumplir su segunda peregrinación, el prior pidió tiempo para dar respuesta afirmativa al pedido de licencia del monje. Por tanto, fray Félix hizo que hablaran en su favor nobles, el alcalde y los cónsules de la ciudad de Ulm[81].

El deseaba reiterar uno de esos tres actos que, según reflexiona, son buenos pero fácilmente pueden concluir mal[82].

---

[79] A.-J. Adorno, p. 31.
[80] N. dei Conti, pp. 97-98.
[81] F. Fabri, t. I, pp. 63 y ss.
[82] *Ib.*, t. I, pp. 26-27.

APÉNDICE

Girolamo Adorno
Girolamo da Santo Stefano

Se tienen pocos datos de la vida de ambos viajeros.

Girolamo Adorno pertenece a una ilustre familia italiana, décimo tercer hijo de Ambrogio y Brígida Calvi. Adorno murió durante el viaje que nos ocupa.

Sobre Girolamo da Santo Stefano no se tienen datos más que la mención de su nombre en una carta de Cristóbal Colón a Niccolò Oderico en 1502, en la que se habla de su intención de dirigirse a España para ponerse al servicio del rey.

El itinerario que eligieron desde Génova lo cumplieron en parte por tierra y parcialmente por mar, según lo aconsejaran la seguridad y las posibilidades de medios de transporte. Pues no tenemos demasiadas noticias de su vida, podemos remitirnos a lo que dice la narración de su *Viaje*.

Allí se declaran "mercadanti partiti da Genoa"[1].

El relato es escueto, no se detienen en la descripción demasiado extensamente pero sus observaciones son inteligentes y acertadas.

Mencionan productos, mercaderías y medios de transporte, peculiaridades de costumbres. En general, consignan su experiencia pero, por supuesto, no escapa a la fuerza de las tradiciones y consignan viejas consejas como si fueran verdades indudables. Así, por ejemplo, da Santo Stefano dice de Sumatra que "allí hay algunos hombres que nacen con cola de puerco y comen carne de hombres"[2].

---

[1] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 215.

[2] *Ib.*, p. 232.

Su conocimiento de las regiones por las cuales transitan ha sido —de manera evidente— facilitado por la estancia bastante prolongada en muchos de los puntos que tocan. Así, en Calcuta permanecieron durante nueve meses. En Casniya hubieron de quedarse veinte meses, allí murió Adorno. En Sumatra, da Santo Stefano permaneció siete meses. Aunque otros lugares los ven pasar más rápidamente —sólo unos pocos días de estada— han permanecido largo tiempo en Asia como para poder describir *de visu* estas regiones.

Juan Adorno

Juan Adorno es quien relata el viaje realizado por él y su padre a Tierra Santa. Nos importa la personalidad y condición de ambos porque el viaje está determinado y cumplido de una manera particular debido a su alta posición social, pero Juan es especialmente interesante para nosotros —y a él nos volveremos— puesto que es quien consigna el trayecto, quien hace disgresiones, quien establece propósitos en la narración que van más allá del objetivo declarado de informar a su majestad, el rey de Escocia, del viaje realizado.

Estos señores, a pesar de su nombre, no eran italianos sino flamencos. Pertenecían a una familia genovesa pero estaban establecidos en Flandes desde hacía tres generaciones. Su *status* y condición correspondía a la de sus parientes italianos, quienes no se dedicaban ni a la banca ni al comercio sino eran caballeros y cortesanos y gozaban de la concesión de numerosos feudos y burgos fortificados. Encontramos el nombre de los Adorno en relación con empresas caballerescas, muchas de ellas con más características de cortesanía que de empeño bélico: justas, torneos...

Opicino Adorno fue el miembro de la casa que emigró a Brujas pero no conocemos los motivos que lo impulsaron a hacerlo. En Flandes, los Adorno llevaron, como decimos, una vida semejante a la de sus parientes genoveses. En cuanto a Anselmo Adorno, sabemos que obtuvo éxito en numerosas justas. Esta característica cortesana aparece en mayores empeños a partir del año 1467 y siguientes, en que cumple misiones que lo llevan ante el rey Jacobo III de Escocia. El objetivo de sus viajes fue establecer relaciones políticas entre los dos países. En virtud de esas misiones recibió del rey de Escocia el señorío de Corthuy y la orden de San Andrés. Luego realizó su viaje a Tierra Santa, que comprendió los años 1470-71. A su regreso, fue nombrado en 1472 "conservador de los privilegios de los escoceses" en las tierras del duque de Borgoña, cargo que implicaba, al parecer, actividades semejantes a las de un cónsul. Entre 1472 y 1477 Anselmo Adorno se desenvolvió en funciones de relieve, administrativas y políticas, en su país.

Su elevada posición le permitió casarse con María de Baenst, hija de Josse, caballero, señor de Mélissaut y de Gapinghe, gran bailío de Courtrai, consejero y chambelán del emperador Maximiliano, luego de Felipe el Hermoso, por tanto gran señor y cortesano. Su suegro también realizó el viaje a Tierra Santa[3].

En 1475 Anselmo Adorno fue comisionado por el duque de Borgoña para realizar un viaje a Persia, el propósito era lograr —junto con los embajadores venecianos— una alianza contra los turcos[4].

Mientras vivió el duque Carlos de Flandes la vida política de Adorno conoció un ritmo ascendente. Pero, muerto aquél, la reacción de los enemigos de quienes habían ocupado el poder y los cargos dirigentes hasta ese momento, determinó su exilio. Se refugió en un ámbito al cual había estado ligado hasta entonces como embajador y legado, Escocia, adonde lo encontramos en 1477. Pero ese refugio no se mostró menos peligroso para él que su patria. Participó de la lucha política, en ella perdió la vida, cayó asesinado en enero de 1483, en el monasterio de North Berwick.

Si bien el texto del viaje es conocido como *Itinerario* de Anselmo Adorno, quien nos ha dejado tal testimonio ha sido su hijo, por tanto hemos de preguntarnos por la vida de Juan Adorno. Nació en Brujas en 1444, fue el mayor de los doce hijos de Anselmo. Al parecer, los Adorno flamencos continuaban ligados a Italia por lazos familiares o por ansias de retorno puesto que Juan estudió en Pavía durante muchos años, universidad elegida por los genoveses en particular, ya que ésta les proporcionaba "un sólido aprendizaje técnico, en especial en lo que concernía al estudio del derecho civil y del arte del notariado"[5].

También Juan cumplió misiones diplomáticas, perteneció al séquito del cardenal Hugonnet, por quien fue enviado ante los Estados Pontificios y ante el rey de Nápoles. En 1489 recibió una prebenda en la iglesia colegial de Saint-Pierre de Lille. Allí se estableció en 1448, murió en mayo de 1511[6].

Juan Adorno fue, pues, hombre cultivado y esta característica se expresa en su testimonio. Este es más una descripción y una reflexión que una guía o conjunto de consejos prácticos como de ordinario solían ser estas memorias, para uso de los posteriores viajeros. Además, como señala Jacques Heers en su introducción[7], la obra de Juan Adorno no está escrita para servir a las

---

[3] A.-J. Adorno, Introduction, pp. 7 y ss.

[4] *Ib.*, p. 15.

[5] *Ib.*, p. 8.

[6] *Ib.*, p. 9.

[7] *Ib.*, p. 11.

necesidades de los mercaderes italianos que se aventuraban por esas vías. "Los Adorno no dan ningún consejo práctico demasiado preciso para realizar negocios en tal o cual plaza y las indicaciones conciernen antes que nada a los peregrinos". No anotan —dice el editor— como acostumbran otros escritores, sobre todo los que como Marco Polo tienen mentalidad de mercaderes, las precisiones necesarias a los negociantes expresadas en cifras de producción, de habitantes, de distancias, etc.

El viaje parece estar inspirado por deseos de caballeros que aspiran a realizar el camino peregrinal que, por lo demás, gozaba de extraordinario favor no sólo en su época sino también en la familia Adorno. En efecto, sabemos que Pedro Adorno, padre de Anselmo, había fundado en Brujas la iglesia del Santo Sepulcro, que los Adorno pertenecían a la cofradía del mismo nombre[8]. En 1524 otro Juan Adorno actúa como "patrón" de dicha capilla adonde celebran sus ceremonias religiosas los miembros de la mencionada cofradía. Es decir que el viaje está orientado a la visita y honra de los lugares santos. Pero también —anotemos— los Adorno quieren huir del cumplimiento de un viaje demasiado banalizado por los demás grupos numerosos de peregrinos que partían de Venecia, probablemente por ello optan por Génova como punto de partida. Eso ya revela un itinerario particular, pensado y elegido por personajes que tienen un claro objetivo y una formación cultural y espiritual peculiares para cumplir ese itinerario. El regreso, el embarco en Beirut en una nave comercial veneciana y no en una galera de peregrinación, parece aludir al deseo de visitar los puertos de Italia meridional y en ellos los santuarios que guardaban esas ciudades.

Es decir que el viaje y la narración no corresponden a las formas habituales, sino expresan los anhelos de gentes excepcionalmente situadas en el mundo y dotadas con generosidad desde el punto de vista intelectual y moral para realizarlos.

Aparte del indudable objetivo piadoso que guía a los Adorno, existe un afán de conocimiento y de comprensión del mundo y del hombre propios del humanista de fines de la Edad Media.

Ya hemos mencionado el párrafo en que Juan Adorno habla de la estulticia de quienes piensan que su patria es el único ámbito colmado de valores.

Declara que la patria es el alma, que nos incita a vivir bien o mal, según los casos y las inclinaciones.

Ese largo párrafo es sumamente interesante puesto que revela a un hombre de pensamiento clásico —ya que coincide con la teoría de la civilidad universal de los cínicos griegos— y además, a un cristiano que, a pesar de ello, cree en el poder supremo de la fortuna.

---

[8] *Ib.*, p. 12.

Al final de su narración, Adorno reflexiona sobre la inestabilidad y transitoriedad de las cosas. Desdeña la sed de honores y de riquezas que imperan en el mundo que ha recorrido. Los sabios han huido de ese mundo de mentidos valores, entre ellos, Solón, a quien la fortuna había sonreído y quien, para escapar a su movilidad y a su inconstancia, se exilió en Egipto. Entre otros ejemplos cita a Zenón "quien decía, luego de haber perdido todos sus bienes: 'la fortuna me permite ahora filosofar con mayor tranquilidad y sin ningún impedimento'"[9].

Como vemos, a pesar de su condición de cristiano, su capacidad de humanista lo lleva a pensar en el ciego, omnipotente accionar de la fortuna. Esto, como el resto de su formación, lo inclinan a la cultura clásica.

Precisamente su conocimiento de los griegos hace que avale el pensamiento que ha expresado con una frase de Sócrates: "Es por este motivo que Sócrates, a quien le preguntaba cuál era su patria, respondía: 'pertenezco al mundo'. En efecto, él se consideraba ciudadano y habitante del mundo entero y no reivindicaba ninguna patria en particular"[10].

La cultura de Juan Adorno expresa su amplitud a todo lo largo de la obra. Habla de los autores clásicos griegos y latinos y de todos los medievales que de ellos derivaron: Platón, Pitágoras, Solino, Aulo Gelio, San Isidoro, Orígenes, Estrabón, Julio Africano, Dioscórides, Plinio, Rufus, Varrón... No sólo aparecen la mención de sus nombres sino también pasajes de sus obras.

Abunda también el *Itinerario* en cultura escrituraria. Frecuentes pasajes de los Evangelios y de los apócrifos y especialmente del Antiguo Testamento atestiguan de la formación del narrador.

El testimonio que nos ocupa fue escrito inmediatamente después del retorno para ofrecerlo a la consideración del rey de Escocia, como tributo y homenaje. Los recuerdos estaban inmediatos, vívidos, muy presentes. Pero, hacia el final de su vida, Juan Adorno agregó algunas precisiones. Ocho meses antes de su muerte, en el año 1510 escribió una segunda versión de su viaje. Este testimonio no nos es conocido sino por una copia incompleta llamada La Coste. Su nombre deriva de quien la copiara en 1855, Edmond de La Coste, probablemente para contar con material que le permitiera redactar la monografía que publicó con el título de *Anselme Adorno, sire de Corthuy, pèlerin de Terre Sainte*.

Esa copia es incompleta porque es posible que La Coste no pudiera leer correctamente muchos de los pasajes que se le ofrecían y que sorteó con puntos suspensivos.

---

[9] *Ib.*, p. 427.

[10] *Ib.*, p. 27.

Lo que interesa es destacar las partes que separan esta segunda versión de la primera. Al comienzo se agregan capítulos suplementarios que ilustran sobre la parte italiana del viaje de ida y, al final, el camino realizado de Roma a Brujas en la etapa de retorno[11].

En general la narración de Adorno es minuciosa, cuidada y no exenta de vivacidad puesto que las anécdotas, buenos y malos ratos vividos en el transcurso del viaje son narrados sin exageración pero no son ignorados. Los veremos por lo menudo en otro apartado.

Santo Brascha

La vida de Santo Brascha se extiende entre 1444 o 1445 y 1552 (murió el 22 de diciembre de ese año)[12]. Una larga vida de 78 años al servicio de los Sforza, señores de Milán. En efecto, tanto Santo como sus demás hermanos —Tommaso, Giovanni, Erasmo y Ambrogio y su sobrino Silvio, hijo del primero— fueron funcionarios milaneses. El más célebre de todos ellos fue Erasmo.

Durante los años de su desempeño en la corte sforzesca, muchos fueron las misiones y cargos en que le tocó desempeñarse y muchas fueron las alternativas políticas que hubo de sortear. Ya en 1464 entró a formar parte de la cancillería de Francesco Sforza como coadjutor, luego pasó a actuar como canciller. Fue también referendario general y comisario de la sal (1493). Posteriormente lo encontramos como embajador de Ludovico el Moro en Lucca, Génova, Monferrato y Alemania. En este caso como delegado ante Maximiliano I. En los años posteriores (1494, 1495) tiene que dirigirse varias veces a Alemania —solo o en compañía de su hermano Erasmo— para disuadir al emperador que no obstaculizara la entrada de Carlos VIII. Antes de la batalla de Fornovo, Brascha fue enviado como embajador ante Carlos VIII que se encontraba en Piacenza. En 1497 substituyó a su hermano Erasmo como embajador en la corte de Maximiliano, intervino en los problemas que atañían a los estados italianos de Gorizia y Carpi. Luego de derrotado Ludovico el Moro, Santo Brascha fue exiliado junto con su señor (1500) pero pronto lo encontramos desempeñando nuevamente su cargo, que le fuera reconfirmado por Luis XII. En 1512 el rey nombró a su sobrino Silvio como su futuro sucesor.

---

[11] *Ib.*, p. 19.

[12] Para todo esto, ver introducción de la edición S. Brascha

En 1514 se le asignó el cargo de "maestro delle entrate", al año siguiente, 1515, el de consejero del senado secreto ducal. Conocemos varios documentos relativos a rentas de propiedades rurales y su testamento. Dispone en él la fundación de una confraternidad religiosa, que tendría como sede la iglesia de Santa Eufemia. Se trata de una confraternidad de beneficencia pues se estipulan las donaciones que realizara el día de Todos los Santos y el de Pascua destinadas a vestir a los pobres. Las vituallas se entregarán a los menesterosos de Santa Eufemia y de la localidad de Zelo en el Lodigiano donde la familia poseía una villa.

A su muerte, fue sepultado en la capilla de Todos los Santos en la iglesia de Santa Eufemia. Santo había ordenado su construcción en 1502, con motivo de la muerte de su hermano Erasmo.

A los 36 años, cuando ya había ingresado en este *cursus honorum*, Santo realizó su peregrinación a Tierra Santa. Partió de Milán a fines de abril de 1480 y retornó a principios de noviembre del mismo año.

En ese viaje tuvo como compañeros a otros personajes interesantes que han dejado testimonio de su peregrinación. Son ellos, el alemán fray Félix Fabri y el francés —cuyo nombre desconocemos— autor de *Le voyage de la Saincte Cyté de Hierusalem*.

También Santo dejó una narración importante para el conocimiento de esos piadosos viajes que, a veces, agregaban al objetivo religioso otras dimensiones, según lo permitiera la curiosidad y el talento de los viajeros.

Santo Brascha puso, pues, por escrito las experiencias de su viaje a Tierra Santa.

Organiza su narración como diario de viaje, consigna día por día los lugares a los que arriban —él y sus compañeros—, los sitios que visitan, las iglesias o lugares santos que conocen, las oraciones que recitan, las indulgencias que logran. Al final de su relato consigna una serie de consejos útiles para todo aquel que quisiera realizar ese mismo viaje. Hemos detallado esos consejos en otro apartado.

Es importante que piense en dejar por escrito las indicaciones que considera pueden orientar al transeúnte puesto que él también las ha recibido de quienes lo precedieron. En efecto, conoce la obra de otros viajeros anteriores que sirven de guía a su propio relato.

Su narración es vivaz, clara e interesante. Sobre todo cuando no se encuentra en Tierra Santa, en tal caso, alterna el recuerdo bíblico con la descripción de iglesias y sitios y con las oraciones correspondientes.

Constantemente alude a las circunstancias de la navegación por el Mediterráneo.

Emplea términos técnicos para referirse a la navegación.

No desdeña la anécdota, así por ejemplo, en Venecia habla de la mujer castellana que se encontraba en la plaza de San Marcos y que, sin brazos,

comía y bebía auxiliándose con los pies y con ellos realizaba toda clase de tareas, cosía, cortaba, hilaba y devanaba[13].

Brascha menciona los puertos que alcanzan durante su tránsito hacia Tierra Santa, describe con minucia Venecia, sus edificios y sus celebraciones. En los demás lugares hace mención en particular de la situación política y de las reliquias, si las hubiere.

Respecto de la situación política del ámbito mediterráneo podemos saber que era bastante complicada, si nos atenemos a un solo ejemplo. Pensemos lo que dice Santo Brascha de Ragusa: "Esta ciudad es muy rica y está regida por el pueblo pero da censos al rey de Hungría, al rey Fernando, a la *Signoria* de Venecia y al Turco lo que representa un total de 25.000 ducados, poco más o menos"[14].

Si pinta con vivos colores las peripecias que les han sucedido durante su tránsito mediterráneo, sabe reflejar —ya en Tierra Santa— las peculiaridades de ciudades como Jerusalén, de su estructura urbana, de sus habitantes. En los lugares santos —según dijimos— recuerda los textos sagrados, la historia y las alternativas de ese lugar y su aspecto presente. A veces intercala algún gesto personal cuando se encuentra en ellos, como cuando coloca un pan en la hendidura de la Santa Cruz. Pan que transporta en su camino de regreso y que, al llegar a Venecia, encontró "fresco, limpio y bello como si lo hubiera sacado del horno en ese momento"[15].

Habla con pasión cuando se refiere a los musulmanes de Tierra Santa o a los turcos. En Rodas dice, al describir la ciudad: "Fui a ver la destrucción que esos malditos perros turcos provocaron en esa pobre ciudad"[16].

Brascha es hombre esforzado pues no se deja arredrar por los peligros del Mediterráneo. El año anterior —1479— Venecia había firmado un tratado de paz con el Turco, pero a pesar de ello, la navegación no era tan tranquila como pudiera suponerse. Por tanto, al llegar a Corfú, el capitán de la armada de la *Signoria* trató de disuadir a los viajeros para que no continuaran su tránsito hacia Tierra Santa. Sabemos que unos 23 viajeros optaron por el retorno, en cambio Santo Brascha, luego de realizar una serie de consideraciones, decidió pasar adelante[17]. Su viaje —a pesar de tener que sufrir todos los inconvenientes lógicos que acompañaban a ese tipo de peregrinaciones— fue bastante más cómodo que de ordinario, debido a su alto rango, a sus conexiones, a su familia. Sabemos que el patrono lo protegió en todo momento. Durante su permanencia en Tierra

---

[13] S. Brascha, p. 49.
[14] *Ib.*, p. 58.
[15] *Ib.*, p. 117.
[16] *Ib.*, p. 122.
[17] Para todo esto, ver también F. Fabri, t. I, p. 27. Citado en *Peripecias*.

Santa le dijo que quería librarlo de todas esas molestias, para ello le ofrecía lecho y mesa seguros[18].

Otras alternativas de su viaje aparecerán a medida que reunamos las experiencias de todos los viajeros para trazar un cuadro de conjunto.

Piero Casola

Casola perteneció a una noble familia milanesa. Este canónigo nació en 1427 y murió el 6 de noviembre de 1507, cuando contaba con 80 años. Margaret Newett —que ha realizado la edición de su viaje y que nos ofrece una extensa y detallada introducción— proporciona los hitos de su vida[19]. Alude a un rescripto del 3 de agosto de 1467 en el cual aparece este Piero Casola de 40 años que ha sido nombrado por el pontífice como titular de San Víctor en Corbetta, en la diócesis de Milán, teniendo en cuenta un pedido que ha sido apoyado por la duquesa de Milán, Bianca.

Por otra petición —que nuestro escritor dirige a los señores de Milán posiblemente en el período posterior a la muerte de Galeazzo Sforza en 1476 y el gobierno de su hermano Ludovico el Moro— conocemos sus cualidades, disposiciones y servicios a la casa puesto que él mismo las enumera. Solicita que se le permita ejercer sus derechos en la canonjías de San Esteban de Milán y en San Víctor en Corbetta que le habían sido usurpados.

Sabemos que el canónigo Casola fue secretario durante muchos años en la embajada de Milán en Roma. Según señala acertadamente Newett, en muchos pasajes, en el transcurso de su narración, siempre aparece su estrecha relación con Roma, su ciudad y su corte[20]. Así como otros viajeros comparan los monumentos, los ámbitos, los paisajes que encuentran con el propio territorio nacional, nuestro viajero aludirá a palacios e iglesias de Roma, demostrando, de tal manera, que le eran familiares. Cuando se encuentra ante la decoración de la plaza de San Marcos, en Venecia, en ocasión de la festividad de Corpus Christi, alude al bosque de Baccano, situado fuera de Roma.

Otros muchos datos aluden a su carrera religiosa, en 1478 Casola fue incluido entre los canónigos ordinarios de la iglesia metropolitana de Milán, en 1502 aparece como decano de esos canónigos. Por tanto, los testimonios nos hablan de su ilustre nacimiento en la ciudad de Milán, nos

---

[18] S. Brascha, p. 64. Ver *Posadas*.

[19] Ver P. Casola, Introducción.

[20] *Ib.*, p. 16.

dicen del apoyo que consiguió por parte de los príncipes de esa ciudad y de su prolongada permanencia en Roma, como delegado de la misma.

También fue hombre prestigioso por su labor intelectual, realizó obras referidas, sobre todo, al ritual ambrosiano[21]. También preparó diversos breviarios, en 1494 publicó el *Librus Triduanarum rogationum*, es decir, el libro de las letanías triduales que pertenecía exclusivamente a la iglesia milanesa. Pensamos que, para la elaboración de este libro, han sido importantes no sólo sus estudios previos sino también el peregrinaje que hoy nos ocupa puesto que él tuvo oportunidad de observar, en diversos momentos de su viaje, en especial cuando se encuentra en el Santo Sepulcro, las ceremonias celebradas según el rito griego en las cuales se origina el rito ambrosiano.

Ese viaje a Tierra Santa cuyo resultado es la narración que nos interesa, fue realizado en 1494. Inmediatamente, Casola entregó al círculo de sus allegados el relato manuscrito de esta peregrinación.

Según su editora, esta descripción es una de las más agudas y comprensivas que nos ha llegado, una narración que presenta un espíritu moderno y desprejuiciado en mayor medida que otros. Atribuye a Casola la condición de fino observador que recoge experiencias no sólo a través de su óptica como sacerdote sino también como hombre de mundo de amplias lecturas, de gran experiencia vital y con un gran sentido del humor que le permitió soportar muchas dificultades[22]. En general, a través de esa narración, podemos trazar la fisonomía espiritual de Casola. En nuestra opinión, es un narrador cuidadoso y atento pero no demasiado original, no tiene la vivacidad de otros escritores del mismo género. No es, sin embargo, impersonal como otros, de tanto en tanto aparece una nota individual, un comentario, una frase que lo delatan, en que se lo ve siempre presente. Pensamos, además, que el relato lo revela incluso en descripciones y comentarios, sobre todo como piadoso viajero y como sacerdote.

Desde las primeras frases sabemos que se trata de alguien que acometerá este viaje con un verdadero sentido espiritual puesto que constantemente habla de ese "santo viaje".

Uno de sus conciudadanos lo invita a hacer ese sagrado peregrinaje. Ese fue el primer acicate. Lamentablemente, en tal ocasión, no puede realizarlo puesto que su presunto compañero cambia de propósito. Pero este deseo se ahincó de tal manera en nuestro protagonista que, a pesar de su edad avanzada, no hesita en cumplir el viaje. Dice: "Yo hice un voto conmigo

---

[21] *Ib.*, p. 17.

[22] *Ib.*, p. 20.

mismo de ir a toda costa, aunque entonces, me encontraba entre los 60 y 70 años de edad"[23].

No lo alienta, sin embargo la perspectiva de ir solo, se alegra —cuando lo intenta definitivamente— de hacerlo junto a algunos monjes y conciudadanos. De tal manera, contaría con amplia y agradable compañía.

Pero Casola es perseguido por la indecisión de sus camaradas de viaje. Estos también desisten en el momento de la partida luego que nuestro protagonista ya había preparado y puesto en orden todas sus cosas. Comenzaron a mostrarse indiferentes al proyecto, por tanto, decidió ir solo a Tierra Santa.

Según veremos, encontrará luego a otros personajes que serán de su agrado, entre ellos al santo predicador fray Francesco Trivulzio. Pero esta será una compañía que encuentre *a posteriori* de su partida. En realidad, se duele de viajar solo y espera zarpar con mucha ansiedad puesto que teme que su edad avanzada se lo impida. En Venecia todavía tiene esperanzas de hallar algún compatriota pero, como estampa en los primeros párrafos de su libro, "en ese momento no pude encontrar ni a un solo milanés".

Pasó la lógica espera hasta la partida de la galera predicando constantemente el viaje peregrinal a Tierra Santa. También transcurre ese tiempo junto a sus amigos de Venecia, informándose y preparando lo necesario para el viaje, de acuerdo a las instrucciones de aquellos que lo habían realizado en años anteriores[24].

Al parecer, los consejos que dejara en su obra Santo Brascha fueron sumamente útiles a Casola quien, por consiguiente, lo había leído con cuidado.

Como a todos los viajeros, la realización de esta empresa le comporta conmoción y preparación espiritual. En la catedral de Milán, antes de partir, recibe la bendición del arzobispo de la ciudad, don Guidantonio Archimboldi.

En general, es viajero que cuenta en forma ordenada, realiza su narración de manera suscinta y escueta, describiendo las ciudades por las cuales pasa de acuerdo a las pautas o *topoi* que todos los viajeros utilizan. La ciudad es descripta en su urbanística y edilicia, destacando los monumentos o palacios más importantes, detallando aquellas particularidades tanto de la ciudad como de sus habitantes o de la labor de los mismos. Así, en Verona, se refiere al coliseo o Arena, en Vicenza al gran comercio de seda que allí se realiza.

---

[23] P. Casola, p. 115.

[24] *Ib.*, p. 116.

Como todos los viajeros, tratará de aposentarse y apoyarse en los compatriotas que encuentre en los diversos lugares. En Padua, por ejemplo, como decimos en otro apartado[25] es aposentado por el maestro-correo de los mercaderes milaneses[26].

Casola marca su relato con detalles personales. En Venecia —cuya descripción mencionamos en otra parte— nos dice que quiso contar el número de embarcaciones que allí se encontraban y que hubo de desistir de su propósito puesto que eran innumerables.

Podemos decir que es un observador cuidadoso y que describe con minucia, son ejemplares la descripción de la ciudad de Venecia y su detalle de la galera que aborda y de sus tripulantes.

Sin embargo, su narración no es de las más entretenidas con que contamos en este género de relatos.

Nompar de Caumont

El viajero que nos ocupa era Nompar II de Caumont, miembro de la casa de Caumont-La Force, de Guyena.

En esta familia se distinguían dos ramas, la principal o casa de Caumont y otra, secundaria, la de Lauzun. En ambos linajes el nombre más común era el de Nompar. El viajero-narrador de que tratamos pertenece a la primera y era hijo de Guillaume Raimon II.

Su alta aristocracia le permite desplegar la bandera con sus armas en el Santo Sepulcro, tres leopardos de oro con uñas de gules y coronados de oro, "la quelle fut mise au costé dez armes du roy d'Angleterre"[27].

Algunos críticos han atribuido a Guillaume Raimon *Les dits et enseignements* redactados para educación y guía de sus hijos. Pero, en la actualidad, se considera que Nompar II es el autor tanto de este ensayo didáctico como del viaje a Ultramar que ahora nos ocupa.

Nompar II nació en 1391, fue educado en casa del conde de Foix, su primo. Las alternativas de la guerra de los Cien Años encontraron a los Caumont ya en uno, ya en otro partido. Guillaume Raimon se alió con los ingleses pero Nompar, por el tratado de 1405, volvió a la obediencia de Carlos VI.

Nompar II casó pronto, aunque no se conoce el nombre de su primera esposa. En 1417 emprendió un viaje a Santiago de Compostela, al año

---

[25] Ver *Posadas*.

[26] P. Casola, p. 123.

[27] N. de Caumont, p. 52.

siguiente partió para Tierra Santa. Antes de alejarse de su señorío dejó instrucciones para su gobierno.

A su vuelta de Jerusalén, Nompar II se vio en difícil situación puesto que halló victoriosos a los ingleses, él había abrazado el partido del duque de Guyena, de quien era vasallo y del rey Carlos VI, de quien era súbdito.

El editor de la crónica, marqués de La Grange, no conoce la actitud adoptada por Nompar II pero supone que se volcó al partido inglés. En esa posición se mantenía cuando, en 1434, casó por segunda vez con Jeanne de Durfort. Recién en 1442 su hijo menor, Brandelis, realizó acto de sumisión a Carlos VII, por él se aseguraba la sucesión del señorío de todas las plazas, tierras y castillos que poseía su padre.

Este —ante la derrota inglesa— no tuvo otra alternativa que exiliarse en Inglaterra donde murió en 1446. Fue sucedido por su hijo menor, Brandelis, el 25 de mayo de 1447, quien obtuvo en 1463 permiso del rey Luis XI de restablecer las fortalezas arrasadas por su hermano mayor.

El *Voyage d'Oultremer* es el testimonio que ha dejado Nompar II, señor de Caumont, de su viaje realizado a Tierra Santa en 1418, cuando contaba 27 años.

Según hemos dicho, el relato del viaje está precedido por las disposiciones y ordenanzas que: "je lessay en ma terre à mon peuple avant mon département"[28].

Siguen a estas instrucciones los acuerdos establecidos entre el señor de Caumont y los escuderos que lo acompañaban en su viaje. Estos juran a su señor acompañarlo bien y lealmente, no abandonarlo nunca, brindarle buena compañía y tener paz entre ellos. A su vez, Nompar II promete no abandonarlos a su suerte en caso de que cualquier accidente o enfermedad les acaeciese[29].

Luego, relata su peregrinación anotando, día por día, los puntos que alcanza e indicando, sobre todo, la distancia que separa un lugar de otro. Al final, coloca una lista de joyas que ha traído desde Tierra Santa. Algunas son simplemente telas ricas (camelote negro, satén blanco, "une pièce de tele fine")[30], pero en general se trata de anillos, cordones, cruces que han tocado el Santo Sepulcro o que han estado en contacto con diversas reliquias y lugares santos[31].

El viaje duró un año, un mes y 15 días. El relato es seco y escueto, sin demasiadas anécdotas. Cuando menciona algún particular personal o algún imprevisto del viaje lo hace con tono neutro y discreto. Precisamente,

---

[28] *Ib.*, p. 1.

[29] *Ib.*, pp. 13-14.

[30] *Ib.*, p. 136.

[31] Ver clenodias en *Los caminos*.

luego de las ordenanzas, explica por qué elige el puerto de Barcelona para embarcar y dice que siguió el consejo del conde de Foix quien le insinuó que no continuara el camino hasta Venecia "par cause dez guerres"[32].

Incluso cuando anota molestias y peripecias en Tierra Santa lo hace con discreción, dice "que les pélegrins ne trouvoient à boire ne à menger: et tant pour cella que pour les chaleurs, mouroient par lez chemins"[33].

Es decir que se interesa más por la pintura exterior, de paisajes, producción, distancias y dominios políticos que por expresar sus propios sentimientos.

Es verdad que en algunos pasajes rompe este tono neutro. Por ejemplo, al comienzo, alude a su esposa con palabras sumamente tiernas, la encomienda a la guarda de sus súbditos: "Et molt bien chiérement vous prie que vous ayes par recommandés ma trés chère et ma trés bien amée m'amye et m'amour vraye, et mes petis enfants aussi que je vous lesse par bien entiegrement recommandés..." lo mismo que las fortalezas, castillos y posesiones.

Palabras muy afectuosas semejantes a éstas, también con relación a su esposa, anota cuando tiene que esperar un mes en Sicilia la continuación de su viaje de regreso, la llama mi "très-chière et bone amye"[34].

Aun en los sobresaltos lógicos de la navegación, al atravesar tormentas y pasos difíciles, su estilo no es dramático sino simplemente narrativo.

Se dirige a Tierra Santa por un afán de paz interior. Evidentemente, su espíritu se siente perturbado por los acontecimientos, según declara en las primeras páginas de su relato: "Item, mes bons vray amix, comme vous savez, le monde est aujourduy plein de tribulacions; et aucune fois, quant l'on pense estre en paix et bonne tranquillité, aucuns débas et discrecions sourdent par le païs tant par enviez, par malvais repors, que aultrement en pluseurs diverses voyes et manières voulentaires"[35].

Puesto que lo guía un auténtico afán de purificación y de penitencia, anota cuidadosamente todas las indulgencias que se pueden obtener en Tierra Santa.

En esto, posiblemente, ha seguido los datos de otros viajeros anteriores a él. Por ello, rescataremos en especial los pasajes en que asoma el caballero de Caumont, más allá de influencias y tradiciones.

---

[32] N. de Caumont, p. 27.
[33] *Ib.*, p. 58.
[34] *Ib.*, p. 110.
[35] *Ib.*, pp. 5-6.

Ruy González de Clavijo

Pocos son los datos biográficos ciertos que nos han llegado de Ruy González de Clavijo, jefe de la expedición diplomática que el rey de Castilla, Enrique III, enviara ante Tamerlán. Los demás miembros de la misión eran: fray Alonso Páez de Santa María, maestro en teología, Gómez de Salazar, Alonso Fernández de Mesa y otros servidores suyos. A ellos se agregó Muhamad Alcaxí que había llegado a la corte acompañando a anteriores emisarios.

Por los críticos, sabemos que el noble pertenecía a esclarecida prosapia[36]. En el *Tratado de linajes* atribuido a Pedro López de Ayala hay noticia de esa familia, cuyos miembros se califican de "fidalgos e caballeros nobles". En otras memorias también se menciona esta casa. Por ejemplo, en la *Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza* por el licenciado Gerónimo de Quintana.

Ruy González de Clavijo muere —según testimonio de León Pinelo en sus *Anales* en 1412[37]. Son conjeturables, pero no ciertos, los límites de su vida, que transcurrió, cortesana, al servicio de los reyes Enrique II, Juan I y Enrique III. Su vida habría superado pues el reinado de Enrique III y habría alcanzado el de Juan II, porque, según decimos, murió en 1412.

Clavijo era, por lo tanto, cortesano, avecinado en Madrid, ya que, la familia se supone originaria de Toledo[38].

Su misión como embajador fue, no sólo muy noble encargo, parece, además, que fue cumplido honrada y dignamente, de acuerdo a los elogios que de Clavijo se hacen en diversas obras. Gonzalo Fernández de Oviedo, en la *Quincuagenas* dice: "...fue muy onrrado Cauallero e natural e vezino de los principales de Madrid, e principal official en la Casa e Camarero del Rey Enrrique 3". También recibió elogios de parte de Quintana quien en su *Historia de Madrid*, destaca que por su gran elocuencia y facundia recibió el nombre de orador "por ser vno de los mayores de su tiempo"[39].

Se supone que —de regreso a Madrid— transcurrió en la corte el resto de sus años. Se sabe que, luego de asistir al rey Enrique III, gravemente enfermo, decidió la construcción de la capilla mayor del convento de San Francisco de Madrid, para que sirviera de sepultura para sí y para sus descendientes. Sus restos fueron, en verdad, sepultados allí pero no fue éste el lugar de su último reposo puesto que fueron retirados en 1573 para dar

---

[36] Para todo esto, ver la edición de R. G. de Clavijo y también Bárbara W. Fick, *El libro de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile, Seminario de Filología Hispánica, 1976.

[37] R. G. de Clavijo, introducción, p. LXXXII.

[38] Fick, *ob. cit.*, p. 46.

[39] R. G. de Clavijo, introducción, p. LXVII.

lugar al sepulcro de doña Juana, mujer de Enrique IV[40]. Sus restos parecen haberse perdido para siempre.

La narración de Clavijo es minuciosa, realizada cronológicamente, tal como se desarrollan los acontecimientos. Se mezclan en ella peripecias, descripciones, observaciones, síntesis históricas, anota acontecimientos y alternativas.

En el comienzo, Clavijo da razón de la memoria de viaje que escribe: "por quela dicha enbaxada es ardua e aluenes tierras es neçesario e cunplidero de poner en escripto todos los lugares e tierras por do los dichos enbaxadores fueren".

En general, emplea la tercera persona plural y habla del grupo como *los embajadores*, sólo en un momento anota: "comencé a escriuir desde el día quelos enbaxadores llegaron al puerto de Santa María, çerca de cáliz..."[41].

Como decimos, la narración se realiza según se cumple su itinerario y aparece estructurada como un diario. Son interesantes las observaciones sobre paisajes, gentes, costumbres de todas las tierras por donde pasan. A este propósito, recordemos que el itinerario de Clavijo y sus compañeros es singular puesto que tienen el propósito de alcanzar la corte de Tamerlán, llegarán hasta Samarcanda.

Su visión es pues la de un viajero y un cortesano-diplomático y su viaje reviste la mayor importancia que muestra los esfuerzos de un reino occidental por relacionarse y conocer una potencia tan lejana como peligrosa para la Cristiandad.

Niccolò dei Conti

Conti era veneciano, nacido en Chioggia[42]. Su padre, conocido como Giovanni de Venecia, había sido, por tanto, natural de esa ciudad, de sus alrededores o de algunas de las pequeñas ciudades cercanas.

La familia Conti era prestigiosa y fue llamada a ocupar cargos y a desempeñar funciones en beneficio de su ciudad.

No conocemos la fecha de nacimiento de Niccolò —algunos creen que ocurrió antes de 1385— pero se supone que su muerte puede ubicarse en 1469.

Estas fechas surgen de datos a veces indirectos, por ejemplo del momento en que Conti encontró a Tafur, probablemente en 1437. Tafur cree que el veneciano ha nacido en 1379.

---

[40] Fick, *ob. cit.*, p. 49.

[41] R. G. de Clavijo, p. 5.

[42] Para todo esto, ver edición G. Adorno-G. da Santo Stefano, pp. 11 y ss.

En realidad —como dice Longhena— las únicas fechas ciertas que conocemos referidas a la vida de Niccolò dei Conti son las posteriores al año 1449[43]. Y, por supuesto, las relativas a su testamento y muerte.

Al regresar de su viaje se dedicó, sin duda, a negocios y a cumplir funciones como delegado del gobierno veneciano, pues "los viajes cumplidos le habían procurado buena fama y no poca consideración..."[44].

No se sabe si Conti pasó 25 años en ese largo viaje o 40, como dice Tafur. Longhena se inclina por lo primero puesto que considera que nuestro autor no siempre anota con certeza y seguridad fechas y lugares y que, además, escribe su narración 15 años después de cumplido su tránsito.

Cree, incluso, que Tafur ha mentido sobre el encuentro con Conti, que en verdad no lo halló en Oriente sino en alguna de sus estadas en Italia y que allí conoció o pudo conocer las narraciones de Conti.

Longhena considera que los viajes de este último tuvieron lugar entre 1415 y 1439. Acepta también como dato cierto que entre 1439 y 1449 permaneció en Venecia, a excepción de un viaje a Florencia para lograr la readmisión en el seno de la Iglesia puesto que se había visto obligado a abjurar de su fe en Oriente.

Conocemos el viaje de Conti a través de la versión de Poggio Bracciolini, importante humanista.

Poggio había nacido en Valdarno Superior en 1380, en el seno de una familia que, por problemas de fortuna, residió en Arezzo y en Florencia. Bracciolini desempeñó cargos en la corte papal.

Ingresó en la curia pontificia bajo Bonifacio IX (1389-1404) y continuó con su desempeño durante los siete papados siguientes. Inclusive actuó como secretario en los concilios de Constanza, Ferrara y Florencia.

Murió en 1459, a los 79 años, fue sepultado en Santa Croce, en Florencia.

Gozó de gran predicamento sobre todo durante el pontificado de Nicolás V (1447-1455, Tommaso Parentucelli). El 27 de abril de 1450, Poggio Bracciolini dejó la corte papal para asumir al cargo de canciller de Florencia; antes de alejarse se le concedió el título honorífico de canciller de la corte papal. Poggio recoge en su obra *De varietate Fortunae* la narración de los viajes de Niccolò dei Conti.

La obra fue compuesta, sin duda, en 1447, poco después de la elección de Nicolás V, a quien está dedicada la obra.

Es decir que este viajero no nos ha dejado su testimonio de manera directa. Hemos de pensar que aunque Poggio Bracciolini haya recogido lo más fielmente posible el recorrido y las impresiones del viajero, su transcripción ha de adolecer, naturalmente, de inexactitudes. Inexactitudes

---

[43] *Ib.*, p. 20.

[44] *Ib.*, p. 22.

lógicas puesto que está narrando experiencias que no son directas, que no las ha vivido personalmente. Y, por otro lado, podemos suponer que cuando describe lugares, personajes y costumbres, el humanista familiarizado con tantos autores clásicos ha podido mezclar el recuerdo del viajero con su propio conocimiento literario.

El testimonio transmitido por interpósita persona ofrece siempre menor confianza porque —aunque involuntariamente— quien transcribe puede modificar impresiones y datos.

Ogier d'Anglure

Ogier VIII, señor d'Anglure, protagonista de un viaje a Tierra Santa en el año 1395, pertenecía a familia noble.

Esa casa se originó en los antiguos señores de Saint-Chéron (Sanctus Caraunus), lugar situado a 15 leguas al E. de Anglure. El personaje cabeza del linaje fue Ogier de Saint-Chéron quien vivió en la segunda mitad del siglo XII.

Los editores de la crónica que nos ocupa nos proporcionan los datos de ese Ogier: era vasallo del conde de Champagne en la castellanía de Rosnay. Tomó parte dos veces en las Cruzadas y, al parecer, permaneció bastante tiempo en Tierra Santa, en compañía del conde Enrique II de Champagne quien había ido junto a sus tíos, los reyes de Francia y de Inglaterra. También se refiere a esa permanencia en Siria una leyenda conectada con las particulares armas de la casa. Esa conseja pretende que —prisionero el señor de Saint-Chéron por Saladino— éste lo dejó en libertad con la condición de que llevara como escudo de armas un campo de oro cubierto de cascabeles de plata sostenidos por medias lunas de gules y que todos los primogénitos de la casa llevaran el nombre de Saladino. También se supone que el grito de guerra de la casa: "¡Damasco!" está relacionado con esta leyenda[45].

Sus sucesores tuvieron importante papel en la vida política del reino.

Ogier VIII fue hijo de Ogier VII y de Isabeau de Châtillon. Nació hacia 1360, casó en 1379 y en ese momento, su padre le concedió la *avouerie* de Térouanne. Sucedió a su padre en 1383, ya armado caballero, recibió entonces el título de "Monseigneur d'Anglure", aunque no entró en posesión directa de esa tierra hasta el 13 de junio de 1384, puesto que se trataba de posesiones de su madre, a quien rindió homenaje ese año. Un segundo matrimonio de ésta (1385) con Simón de Sarrebruck, señor de Commercy, no modificó la posesión del señorío d'Anglure por Ogier VIII. Una serie de

---

[45] Ver edición O. d'Anglure, introducción, p. XXXI.

documentos nos hablan de los servicios cortesanos y militares de Ogier a Carlos VI y de su actividad en sus tierras. En este último caso aparece actuando con su madre, quien lo sobrevivió. Ogier VIII murió en 1412. Su mujer, Alix de Toucy, aportó a la casa d'Anglure una serie de posesiones y señoríos. Sus hijos fueron tres: Etienne, Jean-Saladin y Ambroise.

El viaje de Ogier a Tierra Santa se extendió entre el 16 de julio de 1395 y el 22 de junio de 1396, es decir tuvo una duración de casi un año.

El testimonio del señor d'Anglure está redactado a la manera de un diario de viaje, es decir anota, día a día, los lugares por donde pasa y los acontecimientos que suceden. Hasta llegar a Venecia prácticamente sólo realiza la mención de topónimos que señalan los hitos de su camino.

Es una narración que adopta tono neutro, al mencionar cada lugar que la nave toca o avista alude a sus características físicas y a su dependencia política.

Menciona cuidadosamente los lugares santos tanto de la ciudad de Jerusalén como de las demás ciudades de Tierra Santa, describe iglesias y lugares y la ubicación relativa de unos respecto de otros. Trata de dar razón de los diferentes grupos de habitantes describiendo su apariencia externa y vestimentas. Llega a Santa Catalina, por tanto describe la naturaleza de los desiertos que atraviesa.

Es una narración en que no se incorporan demasiadas anécdotas. El lenguaje no revela emoción aunque no deja de mencionar los peligros e inconvenientes que sufren. Así, por ejemplo, cuando explica los motivos de su entrada en El Cairo durante la noche[46].

Al hablar de los graneros del Faraón y del camino que hay que realizar para llegar a ellos dice: "est le chemy assez hayneux a y aler"[47]. Siempre se muestra equilibrado aun cuando narra lo que les sucede cuando se dirigen a través del Nilo y se ven asaltados en su barca por musulmanes en medio de la noche[48]. Anota con discreción los inconvenientes que presenta el tramo del viaje que los lleva hasta las tres abadías de San Antonio.

"Sachiés que ce voyage dont nous parlons n'est pas si seur comme est le voyage de Saincte Katherine, car il y a à présent par celledicte riviere du Nil tant d'Arrabois robeurs qu'à peine y peult nul passer qu'il ne soit desrobés"[49].

Cuando muere el señor de Sarrebruck en Chipre describe con palabras medidas el dolor que tal muerte provocó en los demás: "moult doulens et

---

[46] *Ib.*, p. 59.

[47] *Ib.*, p. 65.

[48] Ver *Peripecias. Piratería.*

[49] O. d'Anglure, p. 74.

moult courroucez, comme ceulx qui avoient perdu leur seigneur et leur maistre"[50].

Una narración sin demasiados matices, por tanto, a través de la cual aparece una peripecia verdadera.

Fray Félix Fabri

Fraile dominico. Se supone que su verdadero apellido era Schmidt —Fabri sólo sería la traducción latina del mismo— y que pertenecía a una noble familia cuyas armas estaban constituidas por una esfera de plata en campo de *sable*.

Se sabe poco de su vida. Nació en Zurich en 1441 y se crió en el convento dominico de Basilea. Al parecer, profesó, siendo niño aún, luego de un año de noviciado, en 1453.

En su *Evagatorium*, él pide que ese relato sea comunicado "a los demás hermanos de nuestra Orden, en particular a los hermanos de mi especialmente querido convento de Basilea, entre quienes fui educado, cuando niño y donde fui instruido en las Sagradas Escrituras"[51].

Se pueden fechar algunas estancias del fraile en diversos lugares de Europa —antes y después de sus viajes a Tierra Santa—. En 1457 se halla en Pforzheim, en 1467 en Aix, en 1476 en Roma, hacia la misma época predicaba en Ulm. Se encontraba en 1486-87 en Venecia, en el capítulo general de la Orden de los dominicos. Murió en 1502.

Sus estudios lo llevaron a ahondar en las Santas Escrituras y en sus comentarios. Practicó también la jardinería, por ello en las páginas de su *Evagatorium* encontramos minuciosamente descriptas plantas y flores.

Además del libro que nos ocupa, escribió las siguientes obras: *Tratado sobre la ciudad de Ulm* (descripción de la ciudad y mención de las familias nobles y comerciantes), *Historia Suevorum. De monasterio Offenhusano*, también —según algunos autores— una narración de su permanencia en Venecia en 1480, con motivo de su primera peregrinación y de su viaje hasta Corfú, narración diferente de la que se encuentra en el *Evagatorium*.

Si bien conocemos poco de la vida de fray Félix Fabri, en cambio podemos descubrir mucho de él a través del testimonio que ha dejado después de haber realizado su segunda peregrinación, en él resume su primer viaje (1480) y narra con detalle el que cumpliera posteriormente (1483).

Todos los críticos que se han ocupado de esta narración han llamado la atención sobre el título que lleva. En efecto, su autor ha preferido el de

---

[50] *Ib.*, p. 88.

[51] F. Fabri, t. I, p. 5.

Evagatorium y no los de *Peregrinaje*, *Viaje*, etc. que aparecen, de ordinario, en las narraciones de otros autores.

Tal vez ha elegido este término para darle un carácter menos solemne, un título que permitiera mezclar cosas serias y santas con anécdotas jocosas, con observaciones placenteras y menudas. El ha prometido este relato a sus hermanos de religión —según dijimos—, para aleccionarlos sobre posibilidades y peligros, para narrar las experiencias místicas, la emoción espiritual que experimentara en los Lugares Santos, pero también para entregarles el recuerdo de detalles y anécdotas de todo lo que le sucediera.

Dice que su viaje constituyó un "evagatorium mentis et corporis" ("un vagabundeo de la mente y del cuerpo")[52].

"Recibid —dice más adelante— este *Evagatorium* que os prometió fray Félix y leedlo tan sólo como solaz" ("Accipite ergo, mei desideratissimi, hunc vobis promissum fratris vestri Felicis Evagatorium, et pro solatio duntaxat in eo legite")[53].

Recomienda esa lectura para la época de vacaciones para que lean la narración con alegría y gozo ("ut tempore remissionis fructuosioris studii et vacantiarum diebus pro vitando otio et recreatione sumenda, cum hilari jucunditate eum, si vacat, legatis").

Declara que ha intercalado entre las cosas "magna et vera, sancta et seriosa" ("grandes y verdaderas, santas y serias"), otras "puerilia, apocrypha et facetica" ("infantiles, apócrifas y graciosas") narradas con buena y sana intención, sin atentar "bonis moribus" ("contra las buenas costumbres")[54].

No vamos a abundar ahora en la mención de esas anécdotas ni en su resumen. Ni en el tono general de la narración, puesto que los ejemplos surgirán a medida que hablemos de las peripecias que deben enfrentar los viajeros en su camino.

Es expresivo, jocundo, gozador de todos los momentos, de todas las alternativas que se le presentan. No desdeña ni siquiera los detalles escatológicos, los consejos que pueden dirigirse al cuidado inmediato del cuerpo y de la salud de los viajeros.

Su lenguaje es claro, directo y el narrador jamás desaparece. De ordinario, él mismo participa —como protagonista— de las innumerables anécdotas que incorpora.

Esa minucia en la descripción de paisajes, circunstancias y alternativas —sobre todo estas últimas— hace que su relato se extienda a través de tres

---

[52] *Ib.*, t. I, p. 3.

[53] *Ib.*, t. I, p. 4.

[54] *Ib.*, t. I, p. 4.

largos tomos que constituyen una 1.500 páginas en total en la edición que mencionamos.

Escribió su narración en latín. Se propone adoptar un estilo sencillo y sin ornatos retóricos, tales "Rethoricis floribus" ("flores retóricas") no serían apropiadas en esta narración ("Talibus Evagatorium nostrum fastidiorum erit").

Al presentar la narración a sus hermanos dice que lo hace para que su relato sea "examinado, corregido", aunque considera que la poquedad y modestia de su obra no merece siquiera la corrección. Reirán quienes gusten de Virgilio o Tulio "et in pompa rethoricorum verborum gaudent" ("y alegran con la pompa de las palabras de los retóricos")[55].

En su segunda peregrinación tuvo como compañeros a Breydenbach y a fray Paul Walther.

Según A. F. M. Prescott, von Breydenbach —canónigo de Maguncia— hace redactar un libro con sus impresiones de viaje. Lo escribe el monje Martín Roth. Libro ilustrado puesto que von Breydenbach se hizo acompañar por Erhard Rewich para que dibujara y reprodujera lo que pudiera interesar. Como resultado, se logró un libro con grabados en madera, grabados que representaban los principales puertos del itinerario de los Santos Lugares y algunos tipos raciales o religiosos de Palestina. Fray Félix menciona a este personaje y a su obra.

No aludiremos aquí a la estructura del libro de fray Félix puesto que ya lo hemos tomado como modelo en las consideraciones generales sobre los testimonios.

Digamos solamente que la obra del dominico es uno de los más jugosos, agradables y deliciosos libros de viajes que podamos encontrar[56].

Leonardo Frescobaldi

Una sola fecha nos presenta reunidos a varios personajes, viajeros a Tierra Santa que además nos dejaron testimonio de su tránsito. En efecto, en agosto de 1384, trece toscanos emprendieron una peregrinación a los Santos Lugares. Al regresar a su patria en mayo de 1385, tres de ellos escribieron —separadamente— sus recuerdos de viaje.

Esos romeros-escritores fueron: Leonardo Frescobaldi, Giorgio Gucci y Simone Sigoli.

---

[55] *Ib.*, t. I, p. 6.

[56] Para todo esto, ver H. F. M. Presscott, *Le voyage de Jérusalem au XVe s.* trad. de Thomas Le Brévine, París, Arthaud, 1959.

Sólo diez miembros de la compañía primitiva retornaron a la patria, entre ellos se contaban nuestros tres viajeros-cronistas.

Nos ocupamos de Giorgio Gucci y de Simone Sigoli en el lugar respectivo. Ahora trataremos de Leonardo Frescobaldi, hijo de Niccolò, tal vez el más importante de estos narradores.

Pertenecía a una noble familia florentina en la cual se dieron dos poetas. Uno, Dino di Lambertuccio (Siglo XIII) y el otro, Matteo de Dino (Siglo XIV).

Leonardo, al comenzar su narración, habla de su partida de Florencia. Dice que cenó en un lugar fuera de la puerta de San Gallo con Guido de micer Tommaso di Neri, quien también hubiera deseado realizar el viaje. No lo pudo efectuar ya que "estaba profundamente ocupado en la atención de los asuntos de nuestra Comuna y en sus asuntos privados, en los relativos tanto a sí mismo como a sus amigos y también en razón del escaso tiempo transcurrido desde la muerte de su padre". Como vemos, los amigos de Frescobaldi tenían a su cargo el regimiento de la comuna. En ese gobierno había participado también él, puesto que recuerda que junto con Guido di Neri han sido embajadores de la comuna de Florencia ante el regente de Arezzo por el rey Carlos, en razón de la retirada de la compañía del conde Alberigo da Barbiano[57].

Frescobaldi —como miembro de familia de alta burguesía— tiene en gran consideración su clan familiar. Al mencionar el agasajo que le ofreciera Guido di Neri dice que participaron de él muchos "de mis parientes y amigos".

Al parecer, Frescobaldi ha tomado parte en diversas batallas, en el texto alude a esas intervenciones bélicas. El rey Carlos le hace conocer su deseo de que observara —en el transcurso de su viaje— todos los puertos y regiones que encontrara, de manera de poder informar —a su regreso— de la existencia de "un puerto conveniente para [el desembarco] de hombres de armas y que estudiara los ríos y lugares y los campos y terrenos propios para campo de batalla y aunque yo no soy experto en tales materias, por mis pecados, me he encontrado en siete batallas"[58].

Todas estas actividades esbozan, pues, al hombre de la oligarquía burguesa, a quien se confiaban misiones diplomáticas y que participaba de empresas bélicas. A su regreso de Tierra Santa, en 1385, fue nombrado gobernador de Castello, y en 1390 logró la señoría de Montepulciano, en los alrededores de Florencia. En 1398 fue nombrado embajador ante Bonifacio IX. Se contó entre los florentinos que sitiaron Pisa en los años 1405-1406[59].

Al parecer —de acuerdo a las referencias que se deslizan en su narra-

---

[57] L. Frescobaldi, p. 31.

[58] *Ib.*, p. 32.

[59] Para todo esto, ver *préface*, *ed. cit.*, pp. 2-3.

ción— antes de embarcarse en Venecia visitó diversos lugares de Italia: Ancona, Ravenna, el lago de Garda, etc., además de la misma Venecia.

Según convenía a su condición, iba acompañado por un servidor, Andrea de Pescia, así llamado por su aldea natal, situada entre Lucca y Florencia.

Sus demás compañeros fueron: los mencionados viajeros-cronistas Giorgio Gucci y Simone Sigoli, Andrea de micer Francesco Rinuccini, Santi Del Riccio, Antonio Mei, Bartolomeo, prior de Casentino o Castel Focognano, quien murió a poco de embarcar y fue enterrado en Modone. También murió en Oriente Andrea Rinuccini (Damasco, 29 de diciembre de 1384) quien había participado del regimiento de su ciudad.

Al mencionar a Giorgio Gucci y a Andrea Rinuccini, el autor los califica de "nuestros honorables ciudadanos"[60].

Santi Del Riccio era un mercader en vinos, miembro de principal familia florentina.

Antonio Mei, hijo de Paolo, cardador de lana. En el escrutinio de 1381 fue elegido representante de las artes mayores del barrio de Santo Spirito. Los restantes miembros de la comitiva son servidores. Además del mencionado Andrea de Pescia, se cuentan Pedro y Cristóbal que acompañaban a micer Andrea Rinuccini, Pietro Tedesco que atendía a Giorgio Gucci, Pietro también se llamaba el servidor de Santi Del Riccio, recibía el sobrenombre de Bolognino y falleció en Damasco el 16 de enero de 1385, Niccolao da Firenze acompañaba a Antonio Mei.

En general la narración de Frescobaldi es minuciosa y descriptiva, tiene buen cuidado de anotar las características de las regiones por las que transita, según le había sido solicitado. Se detiene, por ejemplo, en la descripción de Alejandría y de su potencial militar, menciona la audiencia que les concedió al-Melek de Alejandría[61].

Destaca en todos los lugares por donde pasa sus realidades y posibilidades militares. Así, por ejemplo, la carencia de murallas de Jerusalén (cap. 44), en cambio destaca las que rodean a Damasco (cap.55). De Beirut dice que tiene murallas poderosas y que custodia al sultán una gran fuerza de hombres de armas "...aunque el castillo no es tan fuerte que no pudiera ser tomado en un ataque cuerpo a cuerpo por nuestros soldados" (cap. 58)[62]. Anotaciones de este tipo son numerosas en el relato.

Cuando tiene que realizar la pintura de ciudades o ambientes recurre a los datos que su propia patria le proporciona.

De camino hacia Beirut, habla de una "áspera montaña, tal como los Alpes y en la cual hay nieve durante casi todo el año". Poco más allá,

---

[60] L. Frescobaldi, p. 31.

[61] *Ib.*, p. 39.

[62] *Ib.*, p. 20.

menciona el bosque de pinos, "tan extenso como los nuestros o, diría yo, semejante a la foresta de pinos de Ravenna, en Romagna"[63].

Al citar la nueva Alejandría dice "que es tan amplia como Florencia"[64].

Describe El Cairo y dice que "tiene doce barrios lo que se llama en Florencia cuatro *quartieri*"[65].

Al hablar del mar de Galilea subraya que no tiene agua salada, sino "dulce, fina y buena para tomar, casi como la de los lagos de Italia"[66].

Menciona las calles de Damasco y compara: "muchas calles estaban llenas de gentes como se ven en Florencia cuando se corre el Palio de San Juan".

Allí —dice— se encuentran, entre otras flores, violetas y rosas "más odoríferas que las nuestras"[67].

Con cuidado anota los productos que se acumulan en esas ciudades comerciantes. Al hablar de la nueva Alejandría dice que "es una ciudad comercial, especialmente [en lo relativo] a especias, azúcar y seda"[68]. Cuando se detiene en El Cairo enumera con cuidado los productos que en la ciudad se acumulan y comercian.

Al hablar de Gaza dice que es "muy industriosa, allí se realizan las más finas piezas de vidrio"[69].

En general, el tono de su narración es neutro, no se muestra tan inclinado a la anécdota como otros cronistas pero, a pesar de ello, no deja de intercalar algunas circunstancias particulares a las cuales da mayor dramatismo por medio de parlamentos[70].

También aparece su dimensión personal en diversos momentos, por ejemplo, cuando —antes de embarcarse— menciona a los hijos que deja, seis —niñas y varones— "y mi esposa que estaba embarazada"[71]. O cuando —al regresar a su patria— encontró a su hijo Francisco atacado de sarna en una pierna y le aplicó una reliquia que traía de Oriente, con lo cual logró la curación[72].

En general, Frescobaldi ha sido elogiado por su estilo, del que se ha destacado la elegancia y la pureza[73].

---

[63] *Ib.*, p. 88.
[64] *Ib.*, p. 40.
[65] *Ib.*, p. 45.
[66] *Ib.*, p. 82.
[67] *Ib.*, p. 86.
[68] *Ib.*, p. 40.
[69] *Ib.*, p. 68.
[70] *Ib.*, p. 65.
[71] *Ib.*, p. 32.
[72] *Ib.*, p. 85.
[73] Introducción, p. 20.

Giorgio Gucci

Otro de los viajeros-cronistas del año 1384 es Giorgio Gucci, *popolano* de Florencia, perteneciente a una familia que dio gentes de regimiento a la comuna. En efecto, su hermano fue confaloniero de justicia y uno de los "ocho santos" en la guerra de 1378, proclamado "el más leal de toda la ciudad". Otros miembros de la familia formaron parte de los cuerpos colegiados que gobernaban Florencia[74]. Giorgio Gucci siguió en esto la tradición familiar, se contó entre los prepósitos que gobernaron Florencia en enero y febrero de 1379, en 1383 fue embajador de su ciudad en Roma, tuvo que defender en esa oportunidad al obispo Agnolo Ricasoli de una acusación que se había presentado contra él, como resultado de su excelente gestión, el prelado fue nombrado obispo de Faenza.

Antes de su viaje a Tierra Santa parece que sólo había visitado Roma y las ciudades toscanas de Fiesole y Prato.

El relato de Gucci es mucho más minucioso que el de Frescobaldi. Anota con detalle distancias, precios, costos, temperaturas. En este sentido, su recuerdo de viaje ha de haber sido de la mayor utilidad para los futuros viajeros, en particular la precisa lista de gastos que anota al final de su relato. Por tanto —como dice el editor— desde el punto de vista práctico es más eficaz aunque descuide el aspecto histórico[75].

Su estilo es —como el de Frescobaldi— claro y correcto. No hay en la narración *pathos* sino afán de explicación, no sentimos en ella vibración alguna, simplemente consigna los hechos. Comprobamos esto, por ejemplo, cuando habla de la muerte de dos de sus compañeros.

Es decir que el relato es explicativo, estructurado claramente para guía de futuros viajeros, sin dimensión subjetiva, tiende a ser una narración con pocos relieves.

Paul Walther de Guglingen

Fray Paul Walther de Guglingen —Guglingen es el topónimo de su localidad natal— realiza su viaje a Tierra Santa cuando cuenta 41 o 42 años y luego de 23 de vida religiosa.

Conocemos sus rasgos físicos y espirituales pues es uno de los pocos viajeros que nos han dejado un retrato completo de sí mismo, sin que tengamos que inferirlo por datos indirectos. Cuando pide licencia para

---

[74] *Ib.*, p. 3.

[75] *Ib.*, p. 21.

viajar a Tierra Santa escribe al vicario general: "Pues aunque soy pequeño y feo de cara, soy sano de cuerpo, de ánimo pronto, de firme voluntad, de mente sólida, de grande y fuerte fe, constante en las obras, competente en las letras. Por tanto, puedo sufrir —con la ayuda de la gracia divina de la que todas las cosas dependen— pobreza, penuria, hambre, sed, trabajos y otras incomodidades que Dios permita que caigan sobre mí. Pues soy de esos alemanes de los cuales un sumo pontífice, en una epístola que escribió contra un rey de los turcos, dijo así: "Tengo generosos hombres alemanes, llamados suevos, que osan exponer cuerpo y vida por N. S. Jesucristo e intrépidamente afrontar la muerte"[76].

Es posible que sus propósitos fueran firmes pero su espíritu no aparece alejado de temores y ansias. Constantemente, en el transcurso del viaje, teme. Cree que las enfermedades o dolencias que lo agreden de camino siempre lo ponen en trance de muerte[77]. Es timorato y egocéntrico, considera que todas las desdichas caen en especial sobre él —y se conduele de sí— pero también cree en la intervención constante del Altísimo para solucionar los problemas en que se ve envuelto.

Se muestra siempre prudente en extremo y no desafía temerariamente a los musulmanes ni a los representantes de otros grupos religiosos.

En octubre de 1482 se encuentra en un monasterio de monjes calógeros griegos que observaban la regla de San Basilio, a unas 12.000 millas de Jerusalén en dirección del Mar Muerto y hacia el desierto.

Fray Paul se refiere a ellos con las siguientes palabras: "que apestan grandemente por las herejías de los griegos, niegan que el Espíritu Santo proceda tanto del Hijo como del Padre, herejía que defienden con pertinacia..."[78]. Agrega que se oponen a los católicos ya que éstos defienden la Santa Trinidad. En ese año de 1482, fray Paul y otros sacerdotes llegados del monte Sión y de Belén habían dispuesto celebrar misa allí. En esas circunstancias "el superior [de los calógeros] suscitó una sedición del pueblo contra nosotros, puesto que ese día una gran multitud de cristianos griegos y de otras naciones confluyó y nos insinuó que si nosotros al día siguiente queríamos cantar el oficio en la iglesia como hasta ese momento habíamos realizado, él tenía el propósito de abandonar la iglesia con sus monjes y no celebrar oficio alguno. Nosotros, ante esto, nos sentimos perplejos, puesto que no había allí ningún laico católico sino todos pertenecían a otras naciones". Fray Paul se aprestó, sin embargo, a cantar misa en la iglesia al día siguiente. Preparó sus ornamentos pero cuando se dirigió a la iglesia, la encontró "repleta de gentes de uno y otro sexo". Fray Paul se

---

[76] P. W. de Guglingen, pp. 42-43.

[77] Ver *Enfermedades*.

[78] P. W. de Guglingen, p. 131.

dirigió al altar, ante ello los monjes enviaron contra él a "paganos árabes que son más crueles que los otros". Estos le dijeron: "No cantéis misa puesto que, en tal caso, recibiréis mal". Ante esto se retiró el franciscano y quiso abandonar el lugar. Logró hacerlo no sin algunos inconvenientes. Se levantó un clamor entre los presentes, disputaban entre sí puesto que algunos deseaban que celebrara el oficio, otros, en cambio, se oponían a ello: "Nosotros permanecimos cerca de la puerta, en peligro, cerca de media hora, antes que pudiéramos salir. Y, abierta la puerta, salimos con nuestros asnos y así, en nombre de Dios, evadimos el peligro, puesto que no era causa suficiente para sufrir el martirio"[79].

Como vemos, era hombre temeroso. Su prudencia excesiva también se pone de manifiesto cuando, con su grupo, se halla en el valle del Ebrón y encuentran una mezquita que se proponen visitar. Sin embargo, fray Paul, cuando se le anunció que no era posible realizar esa visita se alegró ya que recordaba lo que con frecuencia escuchara en Jerusalén: "si algún cristiano entrase en un templo de paganos, caería en una pésima opción puesto que, de inmediato, habría de renegar de su fe, hacerse pagano y recibir la circuncisión o inmediatamente sería muerto". A pesar de ello, el grupo en que se encuentra insiste en la pretendida visita, ofreciendo dinero para lograr su propósito. "Yo, al oír esto, sentí dolor en mi corazón y comencé a entristecerme, al considerar el peligro que había en este hecho para el alma y el cuerpo...". El huésped que los alojaba obtuvo finalmente el permiso de entrada mediante el pago de un ducado y medio; habrían de penetrar en el santuario a oscuras, para no ser reconocidos. Ante esta posibilidad, fray Paul "considerando el peligro para nuestras almas y cuerpos" se presentó ante el padre guardián: "¡Reverendo padre! No quiero exponer mi alma al peligro de condenación y ésta es la razón: pues si nos vieran por casualidad los religiosos que se encuentran allí orando y se extinguieran las lámparas sería imposible que no dijeran: "¿por qué se apagan las lámparas?" Y cuando nos descubran a nosotros, cristianos, se levantarán y nos apostrofarán y llegará gran concurso de paganos y nos aprehenderán en el templo, entonces nos darán una pésima opción, puesto que no podremos evadirnos, o renegaremos de nuestra fe o inmediatamente nos matarán. Y pongo por caso que no nos maten, sin embargo nos golpearán sin duda y nos expoliarán y luego nos llevarán a la cárcel de donde no saldremos a menos que les demos por lo menos 300 ducados. ¿Y quién me liberará a mí? ¿Cuál no sería, pues, mi tontería? ¿De qué manera puedo, con la conciencia limpia, acceder a tal peligro?". Tras otras consideraciones, agrega fray Paul: "Y lo digo por mí: si entrara, más sería por curiosidad que por devoción. Por tanto, reverendo Padre, con estas consideraciones indico que

---

[79] *Ib.*, pp. 131-132.

ésta no es causa suficiente para exponerme a la corona del martirio. Los demás pueden decir y hacer según su conciencia"[80]. Ante palabras tan prudentes, todos se abstuvieron de la aventura.

Fray Paul se opone, en actitudes, al osado fray Félix Fabri.

Decimos que cuando se traslada a Tierra Santa ha pasado ya muchos años en religión.

En primer término, profesó en la Orden de San Agustín, estuvo en ella 18 años pero, según su declaración, "los pasé en vanidades mundanas e inútilmente viví"[81]. Supone que la gracia lo condujo entonces a la Orden de los Hermanos menores "y en ella llegué a la vida de perfección"[82].

Al cabo de tantos años, "en medio de la amargura de mi corazón, brilló la luz en el habitáculo de mi corazón..." y el Señor lo impulsó a realizar el santo peregrinaje.

En verdad, no es un viaje que tenga como único objetivo visitar los lugares de Tierra Santa y luego volver de inmediato. Fray Paul permanecerá durante un tiempo largo en un convento de Jerusalén; además, se plantea la posibilidad de residir allí para ejercer su labor religiosa.

Luego de visitar Tierra Santa, "reflexioné qué era mejor, rogando devotamente a mi Señor Jesucristo qué debía hacer, dónde había de estar para extender su voluntad, si debía permanecer en Tierra Santa algún tiempo, o quedarme en Italia o en mi tierra nativa". Fray Paul no logra decidirse inmediatamente y, por tanto, dispone quedarse en Jerusalén hasta que Jesús "con su sabiduría ordenase y dispusiese de mí lo que más grato y mejor fuese para El; yo quise pues libremente entregarme a su beneplácito". El Padre Guardián lo acogió benévolamente, fue recibido como fraile en el convento del monte Sión. Se alegra fray Paul pues "gracias a Dios estaba sano de cuerpo. Y, de tal manera, pensaba permanecer en Tierra Santa y no volver de inmediato"[83].

Conocemos también la labor que desarrolló durante el largo año en que permaneció en Jerusalén y en los Santos Lugares ("anno et tempore"). Ya realizó los más diversos y humildes trabajos ("lavando escudillas, acarreando leña, trabajando y plantando coles en el huerto y otras cosas semejantes..."), como se dedicó a trabajos intelectuales. En efecto, su segundo ejercicio, como lo llama, consistió en recoger material para establecer la genealogía de Cristo "desde Adán hasta Cristo", de toda la doctrina y vida de Mahoma y de todas las naciones que moran en Tierra Santa, de sus errores y sectas de los mismos, de las maravillas del mundo y de los

---

[80] *Ib.*, pp. 159-160.

[81] *Ib.*, p. 2.

[82] *Ib.*, p. 3.

[83] *Ib.*, p. 122.

variados hombres...". Todo ello lo redacta partiendo también de la lectura "de varios libros" y mediante el testimonio "de hombres expertos y dignos de fe y según la experiencia cotidiana". "Y de propia mano, con gran trabajo, redacté y escribí"[84].

Es hombre de letras aunque, en su obra dedicada a la narración de su viaje y permanencia en Tierra Santa, no realiza citas frecuentes como hacen otros autores. Su estilo no es de una excesiva sequedad, trata de narrar su experiencia y no sólo de hacer un elenco de los lugares visitados y de sus virtudes salvíficas pero, evidentemente, fray Paul no tiene ni la chispa ni el encanto de la narración de fray Félix y es más breve y escueta que ésta. Ambos relatos coinciden en una serie de anécdotas y detalles que atestiguan la veracidad de ambas fuentes.

Fray Paul estructura su libro en dos partes, la primera es una narración lineal de acuerdo a la sucesión de los acontecimientos, en una segunda parte intenta la descripción minuciosa de los Lugares Santos de Jerusalén. Concluye con una meditación sobre la pérdida de Tierra Santa, sobre sus habitantes, recuerda los 283 años de cautiverio de los Santos Lugares en manos de los infieles y exhorta a su liberación, a ejemplo de Godofredo de Bouillon. "Acudid a defender el honor de vuestro Dios, apresuraos a liberar vuestra heredad, venid confiadamente a expulsar a los perros inmundos y el Señor estará con vosotros"[85].

Arnold von Harff

Arnold von Harff es caballero perteneciente a una ilustre familia de Harff a. d. Erft, cerca de Colonia. A los 25 años, en 1496, comienza su peregrinaje. Regresará en 1499 y ocupará en la corte honorables cargos heredados. Gozará de fortuna y de posición social.

Dedica la obra en que recogerá las anotaciones surgidas de ese peregrinaje a los príncipes reinantes, Guillermo y Sibila, margraves de Brandeburgo, duque y duquesa de Jülich y Berg...

Esas notas de viaje constituirán lo que él quiere que sean, una guía para viajeros, según hemos dicho.

Hace protesta de veracidad, veracidad que puede ponerse en duda con fundadas razones. Para comprobar esto, podemos analizar el itinerario que, sucintamente, nos hace conocer al comienzo de su narración y que luego desarrollará por lo menudo.

Luego de partir de Colonia se dirige a Roma para obtener indulgencias

---

[84] *Ib.*, p. 181.

[85] *Ib.*, p. 308.

y el permiso del Santo Padre para atravesar el mar. Ya en Oriente, visita el santuario de Santa Catalina luego de ver El Cairo. Desde el monte Sinaí se dirige a la tumba del apóstol Santo Tomás, desde allí hasta las fuentes del Nilo que, se dice, surge del paraíso. Posteriormente, por el Nilo hasta El Cairo, desde allí a Jerusalén. De esta ciudad a Beirut, más tarde a Antioquía. Visitó Constantinopla donde vio al emperador turco. De San Antonio de Vienne a Santiago de Compostela en Galicia. La lista de lugares visitados continúa con Mont Saint-Michel, *a posteriori* el Purgatorio de San Patricio, el agua de la Sagrada Sangre. De regreso hacia Colonia visitó el lugar donde están sepultados los tres Reyes Magos. Declara inmediatamente que —aunque incluidos en el itinerario— no ha podido visitar los lugares denominados Purgatorio y Sagrada Sangre. Aunque esta aclaración indica que no pudo realizar todo el peregrinaje anunciado, sin embargo los críticos piensan que tampoco visitó otros lugares mencionados en su lista. Según su editor, Malcolm Letts, no visitó India, Madagascar y Africa Central, no fue a las montañas de la Luna, no llegó hasta las fuentes del Nilo.

Por tanto, nos encontramos con un testimonio falseado. Y nos preguntamos por el motivo de ese falseamiento y, a la vez, si el resto de la narración puede ser considerado veraz.

Letts acepta la veracidad de la mayor parte del libro e intenta una explicación de la inclusión de lugares a los que no ha llegado. Piensa que, al compilar von Harff su narración, se dio cuenta que había lagunas que podían desilusionar a sus lectores. Por tanto, colmó esos vacíos con datos que recogiera en algunos lugares de Oriente y con bibliografía importante y de reciente aparición en ese momento, como, por ejemplo, la narración de fray Odorico da Pordenone que, aunque no editado hasta 1513, sin embargo, circulaba en diversos manuscritos. Letts señala también que en 1477 y 1481 hubo ediciones de Marco Polo en alemán. También Mandeville había conocido por entonces traducciones que pudieron llegar a nuestro viajero[86]. Estos y otros narradores aportaron, pues, los elementos necesarios para que von Harff pudiera redactar los capítulos que atañían a lugares que no había visitado pero que deseaba presentar a sus lectores.

El relato está ordenado de acuerdo a los sitios visitados, luego de dar algunos datos previos como indicación de itinerario y sistema de medidas.

En general, —nos referimos a los lugares que en verdad ha tocado— describe de manera sintética y exacta, incluyendo, de ordinario, detalles curiosos o que han atraído su atención. Es decir que describe *de visu* y de acuerdo a sus reales intereses. Como bien subraya Letts, en su relación

---

[86] A. von Harff, Introducción, p. XVI.

sobre el arsenal de Venecia, por ejemplo, aparece su condición de caballero, interesado en menesteres guerreros puesto que consagra especial atención a los pertrechos de guerra[87]. Las ciudades de Italia aparecen delineadas con cuidado. Destaca la existencia de alemanes en la Universidad de Boloña[88]. Detalla las variedades de telas de seda en Florencia[89].

De manera evidente, ha visitado la catedral de Siena puesto que dice que "el pavimento de esta iglesia es el más ricamente adornado"; las pequeñas piezas de mármol de que está constituido permiten narrar "toda clase de antiguas historias". Subraya que en la Universidad o *studium* de Siena "hay muchos alemanes de nuestra región"[90].

La ciudad de Roma recibe especial atención por parte de von Harff, en particular iglesias y reliquias. Sin duda, el viajero se ha informado en numerosas obras que han podido proporcionar todos estos datos, obras del tipo *Mirabilia*[91]. Constantemente recuerda las leyendas virgilianas que circulaban en la Edad Media en relación con diversas ciudades de Italia, en particular Roma y Nápoles[92].

La estada en Roma implica también la entrevista de von Harff con el Papa. Dada la importancia del caballero —recibido honorablemente en todas partes— obtuvo muchos privilegios del pontífice.

Todo refleja una verdadera estancia. Von Harff consigna, por ejemplo, el odio de los habitantes de Roma contra el Papa, debido a su guardia de españoles[93].

Como decimos, muchos detalles indican un conocimiento *de visu*. Entre ellos se cuenta, la mención del parque zoológico del duque de Urbino. Hay otras ciudades bien descriptas, tales como Venecia o El Cairo[94].

A veces, utiliza las frases acostumbradas por todos los narradores para probar su veracidad: "Sé por haber oído decir...".

En general, su descripción sigue el estilo acostumbrado por los testimoniadores de viajes: descripción de ciudades (con sus costumbres, etc.), descripción de ámbitos no urbanos y algunas peripecias que no difieren demasiado de las vividas por otros peregrinos y viajeros. Sólo se muestra original al elegir, en un comienzo, la compañía de mercaderes para realizar

---

[87] *Ib.*, p. XXI.

[88] A. von Harff, p. 12.

[89] *Ib.*, p. 89.

[90] *Ib.*, p. 14.

[91] *Ib.*, p. 16, nota 1.

[92] *Ib.*, pp. 30-31.

[93] *Ib.*, p. 42.

[94] *Ib.*, pp. 50 y 101.

su camino, ya que "es bueno viajar" con ellos puesto que conocen lenguas y rutas[95].

Según Letts, no ha redactado su carnet de viaje a medida que éste se desarrollaba sino lo compuso luego de regresar, circunstancia que determinó posiblemente algunas inexactitudes sobre todo en lo que se refiere a fechas[96].

No es un narrador demasiado vivaz, sin embargo no faltan en su obra observaciones personales, algunas no exentas de humor como cuando dice, al hablar de la desnudez de los pueblos negros que encuentra en Oriente, "si pasaran un invierno en mi país no imitarían a Adán y Eva[97].

Fray Riccoldo di Monte di Croce

Riccoldo di Monte di Croce —acerca de cuyo nombre mucho han discutido los críticos, aunque al parecer hay que fijarlo en Riccoldo y no en Accoldo ni en Ricardo— era religioso dominico. Nació en 1240, miembro de una rica y honorable familia. Su padre llevaba el nombre de Pennino, habitaba en el *popolo* di S. Pier Maggiore, aunque era oriundo di Monte di Croce, situado en la región de Mugello.

El joven Riccoldo se dedicó en un principio a las letras y a la filosofía, para consagrarse a ellas realizó muchos viajes. Al regresar a su patria, a la edad de 25 años, tomó el hábito de Santo Domingo, en 1265. Poco después de su ingreso, fue ordenado sacerdote. Pasó como lector de artes al convento de Santa Catalina de Pisa, luego estuvo en Siena, en Roma, enseñando filosofía y teología. Defensor de la escuela tomista, se labró bien pronto una gran reputación de predicador. A la prédica se dedicó apenas hubo concluido su obra titulada *Lezioni*. "Era considerato uno de' piu ferventi declamatori del suo tempo" y gozaba del favor popular. En 1294, con las indulgencias del Papa y del Maestre General de su Orden pasó a Tierra Santa. Una vez allí se le propuso que visitara esas regiones. Entonces escribió el *Itinerario* que ahora nos ocupa. Pero su estada en Tierra Santa no fue transitoria, implicó una definitiva actividad posterior, se propuso conocer las lenguas orientales, tradujo al latín el Corán y escribió un opúsculo para contradecir sus proposiciones. Ese tratado se tituló *Propugnaculum toti Christianae Religioni adversum mendacia et deliramenta Saracenorum Alcoran praecipue maxime utile*, fue impreso en Venecia en 1609.

Fray Félix Fabri recuerda su permanencia en Bagdad: "Cierto hermano

---

[95] *Ib.*, p. 4.

[96] *Ib.*, introducción, p. XXI.

[97] *Ib.*, p. 167.

de la Orden de los Predicadores, llamado Riccoldo residió largamente —no sé por qué motivo— en Baldach donde lo esencial de los estudios de los sarracenos consiste en el estudio de la ley de Mahoma"[98].

Su labor de teólogo y predicador se hizo más activa con el contacto de musulmanes y judíos en Tierra Santa. Disputó con doctores musulmanes y escribió un tratado *contra errores Iudeorum*. Otros tratados suyos, escritos posteriormente, cuando ya era prior en el Convento de Santa Maria Novella, expresan sus intereses dominantes: *Libellus contra Nationes Orientales, De discrimine inter Iudeos, Gentiles et Mahumethanos*. Por supuesto, en Tierra Santa encontró amplio campo para la predicación y la discusión con cristianos separados: nestorianos, armenios, coptos, jacobitas. Por ello fue llamado *el martillo de los sarracenos*.

Aunque trató de presentar su obra y aspiraciones ante el Papa Clemente V, no llegó hasta Avignon por motivos que desconocemos. Permaneció en Italia, proyectando siempre retornar a Oriente y ejerciendo el priorato del convento de Santa Maria Novella.

Murió anciano, cerca de los 81 años, el 31 de octubre de 1320.

Hemos dicho que Fray Riccoldo es fundamentalmente un predicador y que realizó su labor en Tierra Santa. Precisamente titula el libro que redacta a su retorno: *Itinerario o Libro della predicazione ai paesi orientali di Fra Riccoldo da Monte di Croce*.

En el primer párrafo nos hace conocer el objetivo que lo guió al compaginar su obra. Dice que hablará —brevemente— de todos los reinos, de la leyes, de las sectas y las herejías de Ultramar. Esto nos indica su propósito primordial aunque también —agrega— dará cuenta de las "maravillas". Todas sus descripciones tienen un objetivo fundamental, ilustrar a los religiosos que posteriormente quisieran realizar en Oriente una labor de predicación, sobre las características de esas regiones. Esa es, pues, "la cagione la quale mi mosse a scrivere questa"[99].

Insiste en los párrafos siguientes en la necesidad de que su predicación fuera conservada para utilidad de los futuros religiosos. Por ello, se ha esforzado por escribir lo vivido por él en Tierra Santa. En verdad, aunque insiste en que dejará por escrito su obra de predicador, lo que constituye el contenido de ese *Itinerario* es, precisamente, la mención, con pocos detalles personales, de los lugares santos por los cuales ha pasado fray Riccoldo y los peregrinos que lo acompañan en Tierra Santa. No sabemos si ha llegado a Oriente con ellos y cuál puede haber sido su condición, si eran laicos o eclesiásticos. Tal vez, simplemente, se agregarán a él en Tierra Santa,

---

[98] F. Fabri, t. IV, p. 90.

[99] R. da M. di Croce, p. 24.

ignoramos también si fray Riccoldo estaba acompañado por algún miembro de su Orden. En todo caso, emplea la primera persona cuando da cuenta de su llegada a Medio Oriente: "Luego que hube atravesado el mar, llegué a Acre"[100].

El religioso plantea ese itinerario como un programa de vida. Así lo dice en las primeras páginas de su obra. Puesto que el Señor lo eligió para que "io fossi il suo testimonio, e suo predicatore in questo mondo"[101] consideró que no podía mantenerse ocioso y emprendió una larga peregrinación. En verdad, ya la había emprendido, sin saberlo exactamente, cuando era laico, puesto que posteriormente —en su misión religiosa— pudo utilizar, para cumplir su labor, la experiencia que había acumulado en esos largos viajes realizados antes de entrar a la Orden dominicana. Lo dice taxativamente, en ese itinerario volcó todas sus experiencias, incluso aquella "que yo llevaba en la memoria de mi mente, pues cuando era seglar y estaba en el mundo, había realizado muchas y fatigosas peregrinaciones y viajes..."[102]. El que emprende a Tierra Santa con el permiso del Maestre general de la Orden tiene como propósito "ver corporalmente" los lugares en que vivió Nuestro Señor. En esos lugares habría de encontrar "la fortaleza y el fundamento [necesarios] para predicar y amonestar..."[103]. Lo guía, pues, el santo propósito de transformar su alma para poder transmitir su verdad. Apenas llegado a Tierra Santa "allí rogué a N. S. J. C. que El convirtiese el agua de mi ignorancia en deseos de conocimiento divino..."[104].

La estructura de su narración es —como decimos— lineal y expresa sobre todo —además del recuerdo bíblico que se refiere a cada lugar— las emociones que experimentan los viajeros y, en particular, el narrador. Constantemente aparecen descriptas las acciones que se cumplen en los lugares santos "con gran letizia e con lagrime"[105], "e indi piangendo e lagrimando insieme" son frases que aparecen con frecuencia[106]. Aunque no conocemos el contenido de las predicaciones que realiza en Tierra Santa, sabemos que lleva su palabra a sus compañeros de camino en cada lugar sagrado que alcanzan. Constantemente anota: "Y allí está el Altar, en el cual celebramos y predicamos muy turbados y llorosos..."[107], "y allí, donde se produjo la tentación de Cristo, también cantamos y predicamos el

---

[100] *Ib.*, p. 28.

[101] *Ib.*, p. 25.

[102] *Ib.*, p. 26.

[103] *Ib.*, p. 27.

[104] *Ib.*, p. 29.

[105] *Ib.*, p. 31.

[106] *Ib.*, p. 32.

[107] *Ib.*, p. 42.

Evangelio"[108]. No vale la pena citar todas las frases del mismo tenor que aparecen pues constituyen casi una fórmula.

En realidad, fray Riccoldo quiere recrear el tiempo en que la acción primordial tuvo lugar, quiere ingresar en el tiempo mítico y trata de lograrlo realizando —reiteración propiciatoria— aun los más simples actos, cumplidos de la misma manera que los antiguos. Así por ejemplo, cuando en el lugar de la multiplicación de los panes, luego de recitar el pasaje del Evangelio "nos sentamos ordenadamente sobre la hierba y el heno que crecía allí y, rompiendo el pan que teníamos para comer..."[109].

Al respecto, es interesante otro episodio que tiene lugar en Belén. Allí los viajeros encuentran en el pesebre a un niño pequeño, "hijo de una criatura pobre, que habitaba al lado de la iglesia". Los peregrinos se alegraron ante esta escena, que recordaba al divino Niño nacido en ese lugar, le ofrecieron dones "a modo che feciono i Magi"[110]. En este caso, también reviven una escena bíblica y no toman en consideración la falsedad de la situación porque se encuentran reactualizando momentos anteriores.

El itinerario implica, pues, la mención de los lugares santos por donde pasa la comitiva de la que forma parte fray Riccoldo, el recuerdo de los textos bíblicos a ellos conexos, observaciones sobre el estado de conservación de los mismos y descripción de los sentimientos que asaltan a los viajeros-peregrinos en cada caso. Hay pocas observaciones sobre paisajes, sobre las condiciones de vida durante la peregrinación, respecto del estado de las iglesias o ciudades santas, sobre las gentes que encuentra a su paso y que pueblan las regiones recorridas.

Realiza también algunos comentarios sobre los turcos e incorpora la anécdota de una mujer musulmana que, grávida, seguía a pie los camellos de una caravana[111].

Tampoco conocemos nada sobre su travesía por el Mediterráneo, nada sobre el puerto de embarque y los puertos que lo han acogido en ese mar hasta llegar a su meta.

Es decir que su recuerdo y narración tienen un solo objetivo, transmitir al lector u oyente una visión vivificada de la palabra evangélica, actuada en los Lugares Santos.

Su recorrido a través de Tierra Santa difiere del camino acostumbrado pues no visita en primer término Jerusalén sino se interna por las vías de Galilea. Alude al paisaje y a la producción de los campos vecinos al río Jordán y a Jericó, en donde ve muchas plantaciones de caña de azúcar,

---

[108] *Ib.*, p. 48.

[109] *Ib.*, p. 31.

[110] *Ib.*, pp. 52-53.

[111] *Ib.*, p. 73.

muchos molinos que se utilizan para triturarlas y otras plantas que menciona pero que no describe[112].

Destaca la imagen de Cristo que se encuentra en el Monte Calvario y dice que es obra de mosaico[113].

Al hablar de los habitantes musulmanes, hace alusión a la secta de los asesinos recordando que matan "pensando que gozarán de muchos placeres"[114].

Se ha destacado —como el aporte más original de su obra— una serie de leyendas y milagros referidos a los lugares santos que aparecen en su texto por primera vez, luego repetidos por fuentes posteriores[115].

Fray Giovanni del Pian del Carpine

Giovanni del Pian del Carpine es el primero de los enviados ante el Gran Khan luego de la invasión mongola a Europa realizada en el año 1241. El viaje que cumple fray Giovanni se extiende entre 1246 y 1247 y dejará testimonio de ese tránsito en su *Historia mongalorum*. Es franciscano. Sabemos de su personalidad, de su obra y de su paso por los conventos de la Orden a través de menciones de fray Salimbene de Adam. Dice: "Ojalá que el Papa envíe siempre embajadores como el Hermano Giovanni que retorna de entre los tártaros".

Antes de partir, pasa por el convento de Cluny: "Otros enviados toman todo lo que pueden llevar, en cambio fray Giovanni no quiso aceptar nada, salvo una tela para una túnica de su compañero"[116].

Su misión es la de monje-embajador, puesto que es enviado por el Papa Inocencio IV para presentarse ante los soberanos mongoles que han realizado la invasión de Europa aunque luego se hayan retirado. En verdad, el cometido fundamental de fray Giovanni —como de fray Guillermo de Rubruck— es ser informantes, proporcionar los datos necesarios a la Cristiandad para que ésta pueda precaverse ante otros posibles ataques de los mongoles.

Pero además, fray Giovanni —lo mismo que fray Guillermo— al ser monje, tiene un objetivo personal que está expresado por su afán misionero. Bien dice fray Giovanni que "a pesar de que temiéramos ser asesinados"

---

[112] *Ib.*, p. 47.

[113] *Ib.*, p. 63.

[114] *Ib.*, p. 71.

[115] Alberto Gregorini, *La relazioni in lingua vulgare dei viaggiatori italiani in Palestina nel secolo XIV*, Pisa, Studio bibliografico Adelmo Polla Avezzano, 1896, ed. anast.

[116] Salimbene de Adam, *Cronica* (ed. G. Scalia), Bari, Laterza, 1966, v. I, p. 306.

penetra en esa tierra extraña para rendir servicio a los cristianos: "todo lo que escribimos para vuestra utilidad, con el fin de que os volváis prudentes, debéis creerlo con la mayor firmeza"[117].

Nosotros sabemos —él lo dice taxativamente— que tiene orden del Papa de verlo todo y de anotarlo diligentemente[118]. "Así lo hemos hecho con extremo cuidado, tanto nosotros como el Hermano Benito de Polonia de la misma Orden que fue compañero de nuestras tribulaciones y nuestro intérprete".

Evidentemente, su afán es rendir servicio a la Cristiandad que considera amenazada por esta invasión de los mongoles cuyas intenciones no están demasiado claras para los occidentales quienes temen una nueva agresión.

Fray Giovanni —como fray Guillermo— son franciscanos y esto dará una característica especial a su actitud. Según los críticos, los franciscanos son mucho más osados en la realización de las empresas a Oriente que les son encomendadas y se adaptan con mayor facilidad a las costumbres de los lugares por donde pasan. En cambio los dominicos son más rígidos y, por lo tanto, no logran siempre el mismo resultado positivo en su tarea. Nosotros conocemos la embajada de Ascelino de Cremona (1245) quien, por negarse a realizar la prosternación solicitada ante el soberano mongol, casi sufrió la pena capital. Además toda la Orden franciscana —y estos enviados por consiguiente— tiene un gran sentido de la Naturaleza, lo que determina que sus miembros sean grandes, buenos y precisos observadores.

Sabemos que Giovanni del Pian del Carpine era un italiano que había nacido a 20 kms. de Perugia. Salimbene lo presenta como: "familiaris homo, et spiritualis, et litteratus, et prolocutor, et in multis expertis"[119].

Cuando realiza su viaje, ya ha ocupado en la Orden de los Hermanos Menores dignidades importantes. Ha sido Hermano predicador en la Alemania renana, ha tenido la custodia de Sajonia, ha sido provincial en esta región, en Alemania y en España. En 1230 funda un convento de la Orden en Metz. Ha viajado mucho, en realidad ha transitado por toda Europa desde Escandinavia hasta España, lo cual, por cierto, le proporcionará una gran ductilidad para la observación que se le ha encomendado. Luego de retornar de su viaje asiático, ocupa la sede episcopal de Antivari, en Dalmacia, que ejercerá hasta su muerte en 1252.

La misión de del Pian del Carpine dura un año y cuatro meses, parte de Kiev el 3 de febrero de 1246, llega a la corte mongola el 22 de junio de ese mismo año, a menos de 6 meses de su partida, luego abandona Karakorum el 13 de noviembre de 1246, llega a Kiev el 9 de junio de 1247.

---

[117] G. del P. del Carpine, pp. 159-160.

[118] *Ib.*, p. 60.

[119] Salimbene de Adam, *ob. cit.*, p. 297.

Al llegar a la corte mongola tiene la fortuna de poder asistir a la reunión del *kuriltai*, la asamblea de los príncipes mongoles que elegirán nuevo soberano ante la muerte del anterior. El 24 de agosto de 1246 tiene lugar la entronización del elegido, Kuyuk.

La narración de fray Giovanni del Pian del Carpine —la *Historia Mongalorum*— está realizada como un informe que leerá el Papa que lo ha enviado, Inocencio IV. Por supuesto, servirá como testimonio para toda la Cristiandad, porque, dice al final, que ha contado todo lo que ha visto con la mayor veracidad y —según ya hemos dicho— "he pasado por casas de gentes de Polonia, Alemania, Lieja, Champagne que han leído lo que he escrito y han sacado copia"[120].

Por consiguiente, además de sus peripecias personales se dedica —ordenadamente y a través de apartados— a narrar las costumbres de los tártaros y también —puesto que esto es importante para la defensa de Occidente— a aquilatar su fuerza militar y las tácticas de combate empleadas por los asiáticos.

La invasión de 1241 ha hecho temer a los occidentales que se repitiera y, por tanto, esta misión tiene como propósito conocer los designios políticos de los mongoles.

Considera que su meta es subyugar el mundo entero y, según lo que ha oído, combatirán enviando un ejército por Hungría y otro por Polonia. Tardarán tres o cuatro años en llegar a Cumania y desde allí atacarán[121]. Pero, en ese momento, es cuando muere el emperador Ogadai, supuestamente envenenado.

Indica incluso cómo se debe responder a su táctica de combate, elegir como lugar de encuentro una llanura, enfrentarlos con varios ejércitos, rodear los enemigos, no correr tras ellos, guardar el trigo y la semilla, el grano y la paja.

El informe de fray Giovanni es una ordenadísima narración estructurada según se realiza su tránsito y, como dijimos, responde separadamente, por tópicos, a los supuestos interrogantes que acucian a los cristianos. Hay frases vivaces, como la que ya hemos recordado, "a pesar de que temiéramos ser asesinados", que "temiéramos sufrir calor, ultrajes y fatigas..."[122].

Habla de manera directa y constantemente —como casi todos los cronistas medievales— hace protestas de veracidad: "debéis creerlo con mayor firmeza teniendo en cuenta que hemos visto todas las cosas con nuestros propios ojos..."[123].

---

[120] G. del P. del Carpine, p. 222.

[121] *Ib.*, pp. 215-216.

[122] *Ib.*, p. 159.

[123] *Ib.*, p. 160.

Pero si fray Giovanni describe de manera exhaustiva e inmediata las características de los mongoles o de los pueblos por cuyo *habitat* transita, también menciona a otras gentes, muchas veces con aspecto y rasgos inverosímiles pero, en tales casos, tiene buen cuidado de especificar que no ha visto directamente esos peculiares seres sino ha recogido las tradiciones que circulaban[124].

A pesar de estas consejas, a las que alude con toda cautela, trata de ser objetivo en su narración, aunque por cierto aparece fascinado por esos seres imaginados. Busca —para fundamentarlas— el testimonio y autoridad de escritores indiscutidos en la época.

Es decir, responde realmente a la orden ya mencionada del Papa, verlo todo diligentemente y estructurar un informe que sea claro, comprensible y que alerte a la Cristiandad.

Niccolò da Poggibonsi

Los hitos de la vida de este viajero —que nos dejó la narración de su experiencia en el *Libro d'Oltramare*— son poco conocidos. Sólo escasas fechas, algunas intuidas, constituyen el bagaje con que podemos reconstruir su existencia. En realidad, los datos más directos y ricos surgen de la lectura de su obra que nos da razón de una interesante personalidad. Se supone —o mejor, se deduce del acróstico que incorpora en los capítulos XIII y LXXXVI de su libro— que el nombre de su padre era Corbico o Corbizzo y que su familia era toscana[125]. Ingresó en la orden franciscana y —ya ordenado— en 1346 decidió realizar un viaje a Tierra Santa. Al parecer, antes del viaje a Ultramar visitó Toscana y, tal vez, Roma.

Su viaje a Medio Oriente no fue —como acostumbraban los peregrinos— un tránsito ininterrumpido, sino conoció varios paréntesis prolongados. En Chipre permaneció durante seis meses como capellán en la corte de Hugo de Ibelin y en Jerusalén estuvo durante cuatro meses al servicio del Santo Sepulcro. Luego de peregrinar por Palestina, en 1347 se decidió a visitar Siria, de allí quiso dirigirse a Babilonia pero debió interrumpir su viaje en Bagdad. En 1348 se embarcó desde Beirut hacia Egipto, visitó Alejandría, El Cairo, ascendió al Sinaí y se dirigió a Gaza. De allí pasó a Chipre donde permaneció un tiempo hasta que se embarcó definitivamente para Venecia —que había sido su puerto de embarque— adonde llegó en Navidad. En enero de 1350 parte para Toscana, se detiene en Ferrara y —finalmente— en marzo o abril de ese año llega a su residencia.

---

[124] Ver *Las tierras y las gentes extrañas*.

[125] Para todo esto, ver ed. N. da Poggibonsi, Introducción.

No todos esos altos en el camino estuvieron determinados por su voluntad. La permanencia en Chipre —entre el 1º de junio de 1346 a febrero de 1347— parece haber estado determinada por falta de dinero, según dice en el cap. CLVIII: "encontrándome en Chipre, yo no podía avanzar ni retornar pues estaba a 3.000 millas y no tenía dinero ni los demás [lo poseían] para mí".

Los demás hitos de su viaje-peregrinación han sido deducidos por los críticos de las afirmaciones que aparecen en la narración.

Frases que —escritas al pasar— indican en qué momento del año se encontró en uno u otro de los ámbitos que recorrió. En algún lado se refiere al "calor excesivo" que sufrieron en el viaje al Sinaí, en otro pasaje se refiere al "enorme frío" que sintieron en el Monte de Santa Catalina. En Egipto asistió a la invernada de las golondrinas y a su retorno a Europa (cap. CLXXVIII). Los editores deducen que pasó un año en Siria puesto que, en un momento de su narración, habla del frío de Damasco y en otro, de la conservación de la nieve en la misma ciudad para refrescar las bebidas (cap. CLIII). El viaje a Beirut lo realiza en invierno ya que, según anota en el cap. CLX, encontró "tanta nieve que sólo pudimos pasar con gran esfuerzo".

En el *Proemio* dice que "para ver todas las cosas yo empleé más de cuatro años", comprendiendo en ese cálculo los términos extremos de su partida de Toscana y el regreso a su residencia.

En realidad, él menciona claramente su propósito al emprender el camino: "decidí visitar todos los lugares y, de lo contrario, no retornar a mi país".

Por tanto, lo que conocemos en mayor medida de la vida de Fray Niccolò es su viaje. Y, a través de este relato, podemos lograr una idea de su carácter.

El P. Golubovich lo califica de "osado" puesto que se atrevió a internarse por caminos que no habían transitado los demás viajeros; intentó, en efecto, visitar Caldea aunque, las grandes dificultades determinaron su retorno, sufrido también, ya que tuvo que luchar en su tránsito con contrariedades sin cuento, porque hubo de atender a sus necesidades sin tener dinero y tuvo que asistir a la muerte de cuatro de sus compañeros[126].

Parecería que su propósito principal y conductor, la descripción de los Lugares Santos, podría expresarse en un relato seco y árido o, por lo menos, impersonal. Pero, aquí y allá, asoma el monje que habla de sus peripecias, que narra sus anécdotas.

Se lo ve constantemente asaeteado por la falta de caudales. Ya hemos dicho cómo hubo de residir en Chipre más de lo que deseaba puesto que no

---

[126] *Ib.*, p. IX.

tenía dinero para pasar a Tierra Santa. En su narración aparece constantemente un término que expresa su estado de ánimo y que parecería contrario a la valentía o al espíritu aventurero que demuestra al querer internarse en regiones desconocidas o poco transitadas por los demás viajeros. Ese término es: temor. Con frecuencia lo anota en su narración. Bien es verdad que las circunstancias determinaban que hubiera de sufrir temor, lógicamente. Atraviesa por las peripecias de casi todos los viajeros pero esas circunstancias aparecen descriptas por fray Niccolò con vívidos colores, con *pathos* evidente, muy profundo.

Son muchas las circunstancias en que pasa grandes sustos y en que cae presa de temor. Uno de esos momentos es cuando llega a Jerusalén. Allí, el gobernador pide dinero. Como el intérprete declara a los oficiales que los frailes —por ser tales— no tienen dinero, es castigado. Sigue una situación sumamente tensa que el monje vive con mucha ansiedad porque anota: "Yo, en verdad, en ese momento no podía mantenerme erguido debido al temor"[127].

Todos los sentimientos que experimenta durante el viaje son cuidadosamente anotados.

Este monje que —a pesar de sus temores ha sido calificado de osado— no nos ha dejado descripción alguna de las ciudades visitadas en tierras europeas puesto que —precisamente— ha titulado su narración el *Libro d'Oltramare*; sólo le interesa dejar testimonio de estas regiones. En realidad, él enfoca su narración como una guía de peregrinos y, fundamentalmente, desea que esos romeros tengan un conocimiento previo de las alegrías y de los inconvenientes que podrán experimentar y sufrir en ese tránsito por Tierra Santa, del dinero que han de prever para pagar los tributos, de las indulgencias que han de lograr... Ya que este piadoso propósito es el que guía su narración, se dedicará fundamentalmente a la descripción de iglesias. Los críticos de la edición mencionada se han preguntado si, para hablar de los Lugares Santos, para aludir a las tradiciones religiosas, ha tomado en cuenta solamente la Biblia y fundamentalmente los Evangelios. Y llegan a la conclusión de que hay elementos diferentes a éstos. Ciertamente está influido por una larga tradición medieval que incorpora el material de los Evangelios apócrifos y de las obras de Pedro Comestor y de Jacopo da Voragine[128].

A propósito de la influencia de los Evangelios apócrifos recordemos su descripción del pesebre, allí se indica el lugar en el que está el comedero para el buey y el asno donde —dice— "Cristo fue colocado"[129]. Esto es —

---

[127] N. da Poggibonsi, pp. 9-10.

[128] *Ib.*, Introducción.

[129] *Ib.*, p. 61.

evidentemente— influencia de los Apócrifos. Por otro lado, para no dar sino algún ejemplo, incorpora la leyenda del que llama el *hombre fortísimo*[130]. Nos preguntamos si la descripción de este hombre de fuerzas sobrehumanas y que realiza proezas sin cuento no está en conexión con la leyenda que recoge Jacopo da Voragine sobre San Cristóbal.

Por otra parte, habla preferentemente de los lugares —ya sean iglesias, residencias, también de los objetos...— relacionados con la devoción que comienza a manifestarse, cada vez en mayor grado, respecto de la Virgen.

Por supuesto, también se cuenta, dentro de sus propósitos religiosos, el logro de reliquias como pueden ser las piedras del Santo Sepulcro, el aceite del mismo lugar, el agua del Jordán o del pozo de la Samaritana, etc. que ya habían sido puestos en boga por los peregrinos desde el siglo IV y que se acrecentaron con el transcurso del tiempo.

Su piadoso afán personal, también dedicado a servir a quienes lo continúen en su viaje de peregrinación, hace que anote constantemente las indulgencias simples o de "culpa y pena". Esta última fórmula sería sinónimo de indulgencia plenaria. Los editores se han preguntado si, en el viaje de 1347 de Poggibonsi, estaban determinados los lugares en donde, en cada caso, se lograban los perdones plenarios o parciales. No es oportuno hacer aquí un estudio al respecto puesto que ya ha sido intentado por muchos estudiosos, incluso los editores mencionados. Se sienten absortos por la falta de indicación de perdones que aparece en otros viajeros que han hecho posteriormente la peregrinación, por ejemplo, en 1384, se realizan los viajes de Sigoli, Frescobaldi y Gucci; en los dos primeros casos hay pocas menciones, en el tercero, ninguna[131]. Pero, a pesar de ello, evidentemente ya desde el siglo XII están estructuradas las indulgencias, por lo menos desde el 18 de julio de 1163 en que el Papa Alejandro III concedía a los reyes y a los príncipes del norte que, aquéllos que se dirigieran confesados con afán de penitencia al Sepulcro del Señor, obtuvieran la remisión de los pecados[132].

Hemos dicho que las iglesias descriptas han sido elegidas de acuerdo a ciertos afanes piadosos y particularmente orientados. Pero, en esa mención y descripción, no solamente encontraremos expresada la piedad de nuestro narrador sino también un cierto sentido estético porque constantemente habla de las obras de mosaico, es decir, realiza una descripción lo más exacta posible. Acerca de la gran iglesia de Jerusalén dice que, realmente, no se la podría describir ni dibujar tal como se ve en ese momento, hasta tal punto es grande el trabajo artístico que presenta. Y que quien no la ha

---

[130] *Ib.*, p. 139.

[131] *Ib.*, Introducción, p. XXIV.

[132] *Ib.*, p. XXVII.

podido ver no logra comprender su aspecto[133]. No deja de anotar todos los detalles, pues dice más adelante, "dentro, la iglesia es húmeda y fría y poco iluminada puesto que no hay ninguna ventana que permita pasar la luz, salvo la que se encuentra sobre la tumba del Santo Sepulcro".

Como hemos dicho, el primer propósito del libro es servir de guía a los futuros peregrinos y constantemente anota los datos necesarios para ello. Es su deseo "visitar ordenadamente los santos lugares"[134]. En esto, sigue lo que su Orden ya ha elaborado. Sabemos que, a partir del momento en que se instalan los franciscanos en Tierra Santa, se establece lo que se dio en llamar el "santo circolo", es decir, el santo circuito, una visita ordenada a través de los lugares sagrados. En realidad, los editores han establecido a partir de los datos de los viajeros posteriores a la llegada de los franciscanos, una reiteración de ese recorrido. Puesto que su obra debe servir de guía, la ha elaborado según los pasos sucesivos, tal como se ha realizado su peregrinación.

Por otro lado, la descripción es siempre vivaz aunque se detenga menos que otros viajeros en la anécdota y en la contingencia circunstancial. Su vocabulario es expresivo en todos los momentos. Cuando sobrevienen acontecimientos difíciles, lo vemos aparecer en primer plano apresado por el temor.

Además, otro recurso que da gran vivacidad al relato es, en esas situaciones extremas, estructurar, de ordinario, las reflexiones que se hace a sí mismo como si fuera un parlamento o imaginar los diálogos, los gritos, las exclamaciones que se han sucedido en esas circunstancias.

En el episodio del intérprete castigado por el gobernador de Jerusalén, las órdenes del oficial aparecen como si fuera un parlamento. Cuando menciona al *panfilo* que desde Berbería se llegaba a ellos para robarlos, pone la frase que supuestamente pronuncia el patrono dando órdenes al timonel: "Tenlo bien fuerte, no pierdas el vigor y golpéalo [al otro navío] puesto que nuestra nave es más nueva y más fuerte que la de ellos, de tal manera seguramente tú destrozarás su *panfilo*"[135].

En las descripciones que realiza, recurre, a veces, a ciertas figuras que son ingenuas pero, no por ello, menos expresivas.

Al hablar del monte Calvario dice: "El monte es totalmente blanco, como de ricota"[136].

Su afán de diálogo y de mensaje directo es evidente, se dirige sin interpósita persona a quienes han de seguirlo en el camino de peregrinación.

---

[133] *Ib.*, p. 25.
[134] *Ib.*, p. 27.
[135] *Ib.*, p. 6.
[136] *Ib.*, p. 22.

Al describir el descenso del monte Sinaí dice que es muy ríspido y que, al bajar, hay que tomar "mucho cuidado, te digo"[137].

Aunque las reseñas principales sean las consagradas a las iglesias, no se limita solamente a ellas sino, también, se ocupa de las gentes extrañas que conoce, cuyas palabras intenta describir[138]. Sobre todo, aporta interesantísimas descripciones de los animales exóticos que le llaman la atención en esas regiones, como pueden ser: la jirafa, peculiares cabras y monos, el avestruz, el elefante[139].

Puesto que su afán es piadoso, también se interesa especialmente por la descripción de los sacrificios, es decir por las formas cultuales de las diferentes confesiones que encuentra en Tierra Santa, a saber, de los griegos, de los jacobinos, de los nestorianos, de los georgianos... Su afán de análisis minucioso se expresa en todo momento. Ya hemos mencionado con qué cuidado estipula las medidas de los templos, además indica lo que se tiene que entender por brazo, codo, etc.[140].

Ya hemos visto cuán minuciosamente anota todos los acontecimientos[141].

En suma, un relato de propósito piadoso, de tono vivaz, con un narrador siempre presente que echa mano de recursos estilísticos que atraen la atención del lector-oyente.

Odorico da Pordenone

Odorico da Pordenone es monje franciscano, nativo del Friul. Se supone que el origen de su familia era bohemio. El nombre que lleva es, evidentemente, extraño en Italia. Está relacionado con San Ulderico o Uldarico cuya vida se extendió entre fines del siglo IX y el año 973 y que fue arzobispo de Augsburgo y contemporáneo de Otón el Grande. Se cree que la implantación de los antepasados de fray Odorico en Italia se relaciona con la guarnición que Ottokar II de Bohemia llevó desde Bohemia a Pordenone. Su patronímico no corresponde a un nombre familiar sino a un topónimo, el de su nacimiento. Algunos críticos han creído descubrir el verdadero nombre familiar, piensan que era Matiussi.

Tampoco se sabe con seguridad si el lugar de su nacimiento fue Pordenone, otras ciudades se disputan ese privilegio. Lo cierto es que ha

---

[137] *Ib.*, p. 131.

[138] *Ib.*, p. 135, nota 4.

[139] *Ib.*, p. 108. Ver *Las tierras y las gentes extrañas*.

[140] *Ut supra*.

[141] Ver *Estructura y procedimiento*.

pasado a la historia con el nombre de esta ciudad de la provincia de Udine, situada entre Conegliano y Codroipo.

Muy pronto sintió el llamado de su vocación religiosa y eligió una de las dos órdenes que estaban establecidas en el Friul, los dominicos habían llegado hacia mediados del siglo XIII, poco antes lo habían hecho los franciscanos.

Entró en religión en el año 1300, a los quince de edad. Pronto, su nombre apareció aureolado por fama de santidad, la tradición le atribuyó —antes de la realización de sus viajes— el logro de sus primeros milagros.

Su vida se extinguió en enero de 1331, un año después de haber regresado de su largo viaje o, mejor dicho, de su estancia en Oriente que había iniciado en 1316 o 1318. Por tanto, pasó por lo menos doce años de su vida en Asia. Por ello, pensamos que no podemos hablar de viaje sino, más bien, de viajes puesto que período tan extenso, evidentemente, no ha de haber correspondido a un solo largo deambular, el monje se ha de haber detenido en algunos lugares, entre los que se encontrarían, de manera evidente, las casas de la Orden que ya habían comenzado a surgir en Oriente.

A pesar de la opinión que veía en él a un santo, su beatificación llegó mucho tiempo después. Recién en 1755 su culto fue aceptado por la Curia romana. Sin embargo, su tierra natal lo había honrado desde mucho tiempo antes. Ya en 1332 se había cumplido la traslación de su cuerpo al monumento que las autoridades habían hecho levantar en Udine. Más tarde, fue llevado a la iglesia de los franciscanos.

La obra en que documentó ese largo camino de doce años es conocida como *Relación de viaje*.

Es el testimonio del recorrido que cumplió fray Odorico desde el año 1316 o 1318, en que partió de Italia, hasta su retorno a la patria en 1330. No fue un viaje continuado, aunque así se presenta en el plan de la narración.

El itinerario de fray Odorico —si es que podemos pensar de manera lineal lo que en verdad fue una permanencia quebrada por viajes parciales— lo llevó a Persia, India, Insulindia, China...

En su tránsito, destacamos su visita a Persépolis, su llegada a Ararat, lugar del supuesto emplazamiento del arca de Noé, su permanencia en India, donde recogerá los restos de cuatro franciscanos recientemente martirizados. Su camino lo lleva a Pekín. Se cree que allí permanece tres años en una de las residencias franciscanas fundada por Giovanni de Montecorvino. Al parecer, llega a penetrar en el Tibet. Este dato sería sumamente interesante —si dice verdad— puesto que se trataría del primer europeo que habría logrado penetrar en esta región tan secreta, desconocida e inaccesible hasta ese momento.

La obra que recoge su experiencia de tan largos años de permanencia en Oriente es una suerte de *Mirabilia*. Veamos ahora sus características generales, los detalles aparecerán en otros apartados[142].

La narración de fray Odorico insiste, pues, en lo extraordinario, increíble y extraño que encuentra en su camino. Además, se siente atraído por la abundancia de productos, por la riqueza natural que presentan las regiones que recorre. A pesar de que algunos pasajes aparezcan sólo como producto de su imaginación, al ahondar, descubrimos una verdad ínsita y un conocimiento real de las circunstancias. En el capítulo VII alude a una extraña enfermedad que sufren los hombres Ormuz y que determina el extraordinario tamaño de su miembro viril. Esto que, aparentemente, es una exageración del cronista ha sido atestiguado luego por la medicina. En lo referido a costumbres, menciona muchas que, en la actualidad, son conocidas y tenidas por comunes pero que no era así en su momento. Es decir, que comprobaciones y conocimiento posteriores han dado la razón a una aparente fábula. Entre otras cosas, habla de los pies pequeños de las mujeres chinas y de las largas uñas que se estilan en esa región; habla de la pesca con el cormorán. Conoce la naturaleza y los productos de las regiones por las que pasa, así por ejemplo, sabe de la existencia de perlas en Ceylán, del gallo lanudo de Fu-kien, del ánsar de Cantón. De manera evidente, ha conocido las formas de cultivo de ciertos vegetales como la pimienta, la existencia y cultivo del ruibarbo, por ejemplo.

Precisa costumbres y ceremonias religiosas y boatos principescos, sobre todo los de la corte del emperador de China, cuya magnificencia describe con minucia.

Es decir que el Oriente por él recorrido aparece con bastante precisión, no podemos dudar que muchas cosas fueron comprobadas *de visu* aunque algunas otras suponemos que son consejas recogidas en obras anteriores o en los ámbitos por los cuales pasaba. Entre ellas, se contaría la anécdota del hombre que era alimentado como un pajarito, dándole la comida en la boca, cuento que aparece en Marco Polo.

En el desequilibrio evidente de la narración hay otras cosas que calla o a las cuales no les otorga importancia. Por ejemplo, no encontramos en sus páginas mención alguna de las casas de su Orden, de la labor misional de los Hermanos Menores o de los dominicos. La única alusión a esa empresa religiosa es el pasaje en que menciona el martirio de los franciscanos en Tana o el capítulo (XXXVI) en el que habla de la manera en que los frailes menores expulsan en la Gran Tartaria a los demonios del cuerpo de los

---

[142] Ver *Las tierras y las gentes extrañas*.

obsesos[143]. Concluye ese pasaje diciendo: "Así nuestros frailes bautizan a muchas gentes en estas regiones"[144].

El mismo es un personaje que se oculta. A través de los detalles de la narración no se expresa sino por medio de la admiración hacia el exterior, él se retrae. En muy contadas ocasiones hay alusiones personales. Dice, cuando llega al monte Ararat: "Yo hubiera ascendido con gusto si mis compañeros hubieran querido esperarme"[145]. En este caso, aspiración y propósito revelan un ansia personal que, de ordinario, no se manifiesta.

A pesar de ser un viajero asombrado y curioso no parece exhaustivo puesto que, con frecuencia, aparecen en la conclusión de un capítulo, como corolario de las páginas en que ha tratado de una región, frases como las siguientes: "Hay otras muchas cosas que se ven allí pero de las cuales sería muy largo hablar"[146]. "En esta ciudad se ven otras muchas cosas que, sin embargo, no es necesario referir"[147].

Su libro es, pues, resumen de las maravillas —tan extraordinarias que pueden, a veces, parecer imaginadas— que su largo deambular por Oriente le permitiera recoger.

Fray Guillermo de Rubruck

Fray Guillermo de Rubruck es uno de los franciscanos que tiene como misión presentarse ante el khan mongol; es delegado del rey san Luis de Francia.

Su viaje se cumple entre 1253 y 1255 o sea que es posterior al de fray Giovanni del Pian del Carpine. Dejará un testimonio —que es a la vez un informe para el monarca que lo ha comisionado— una obra titulada *Itinerarium*.

Fray Guillermo es flamenco, ha nacido en una localidad de los confines franco-belgas actuales, cerca del monte Cassel.

No conocemos nada de él antes de realizar su misión. Posiblemente vivió muchos años en París, en su *Itinerario* hace frecuentes alusiones y comparaciones con el Sena, con el barrio de Saint-Denis, etc.

Se supone que tuvo acceso frecuente a palacio porque lleva un libro de Salmos, iluminado, que le ha confiado la reina y que habrá de dejar a uno de los príncipes mongoles.

---

[143] O. da Pordenone, p. 241.

[144] *Ib.*, p. 242.

[145] *Ib.*, pp. 87-88.

[146] *Ib.*, p. 94.

[147] *Ib.*, p. 98.

Es familiar de san Luis y lo acompaña a Oriente. Precisamente en San Juan de Acre el rey le confía esa misión. Al regresar, es nombrado lector en el convento franciscano de Acre. En ese lugar se le impone la redacción de este *Itinerario* dedicado a san Luis. Luego el monarca le pide que retorne a París, allí encuentra, en el colegio de la Sorbona, a Roger Bacon a quien Rubruck comunica muchos datos geográficos. Precisamente, en su *Opus Majus* Bacon dice: "He leído con atención, he sostenido conversaciones con el autor"[148].

Cuando fray Guillermo realiza su viaje tiene unos 30 o 35 años, es decir, es mucho más joven que fray Giovanni.

El también tiene dignidad de embajador pero, lo mismo que su antecesor, considera que habrá de cumplir su misión de legado, es decir, representar a un soberano —espiritual o político— llevar cartas y palabras de buena voluntad, conocer y mirar diligentemente todo lo que le rodea pero, además, cumplir una obra misional, una labor de predicación cristiana que —aunque no configure su misión— es lo que le atrae y lo que desea realizar.

En algún pasaje fray Giovanni dice: "yo había manifestado públicamente, el Domingo de Ramos, en Santa Sofía, que no era vuestro mensajero ni de nadie sino que iba a predicar a los incrédulos según las reglas de mi Orden"[149]. Ante tal declaración, los mercaderes le aconsejaron que obrara con prudencia y que asumiera su condición de embajador, que esto era mucho más conveniente para él ya que, en caso contrario, los mongoles no lo dejarían continuar su camino.

Pero, aunque haya una legación muy determinada, los franciscanos intentan siempre hacer una labor misional.

Así como fray Giovanni ha obtenido información, también fray Guillermo la ha logrado. Para él, es de la mayor importancia el relato que ha dejado su compañero de Orden. Nosotros sabemos que el viaje de fray Giovanni pronto se popularizó en Europa, al extenderse su relato, sobre todo en los conventos de la Orden. No se sabe de cierto si nuestro autor ha visto a fray Giovanni, se supone que no.

Por consiguiente, fray Guillermo utiliza la experiencia de su antecesor y también la de las misiones que se sucedieron entre el regreso de fray Giovanni y su viaje mismo, entre 1247 y 1253. Muchas de esas experiencias fueron intentadas, no por franciscanos sino por dominicos. Así, la misión enviada también por el Papa Inocencio IV —la de Ascelino da Cremona— constituida por hermanos de esa Orden. Tenía que entrevistar a Batu que

---

[148] Michel Mollat, *Grands voyages et connaissance du monde du milieu du XIIIe siècle à la fin du XVe*. Première partie: Voyages en Asie (XIIIe-XIVe s.), París, Centre de Documentation Universitaire, 1966.

[149] G. del P. del Carpine, p. 239.

dominaba la Transcaucasia. Pero sabemos que los dominicos eran menos condescendientes. Fray Ascelino se niega a realizar la prosternación ante el Gran Khan, según hemos dicho[150]. Esta negativa casi le acarrea la muerte, sólo lo libra de ella su condición de embajador. Ascelino no ha dejado relación de su viaje, no ha dejado testimonio. Su compañero, Vincent de Saint-Quintin redactó la experiencia que fue incorporada por Vincent de Beauvais en su *Speculum historiale*.

Otro viaje intermedio fue el de André de Longjumeau, otro dominico, cabeza de un grupo constituido por franceses. Parte de Nicosia en 1249, por el continente llegan a Mosul y se encuentran con un jefe mongol en Arzeibaiján. No hay narración de esta legación sino indicación en nuestros autores, por ejemplo, en fray Guillermo de Rubruck. Interesa ese viaje porque es uno de los raros caminos que llevan a la ribera sureste del Mar Caspio. No tiene éxito porque acaba de morir el khan Kuyuk, a quien ha visto entronizar Guillermo de Rubruck y que ha gobernado entre 1248 y 1251. Su viuda y regente no quiere aliarse con san Luis hasta que se realice el siguiente *kuriltai* que elegirá al khan soberano. A través de esa misión, llegan datos ciertos junto a otros fantásticos, por ejemplo, la localización de los pueblos de Gog y Magog. También se pretende que André de Longjumeau habría encontrado al Preste Juan.

Durante ese período, habían llegado a Occidente legados de los príncipes mongoles. Dos de ellos que acompañaran a Ascelino da Cremona, fueron acogidos por Inocencio IV en julio de 1248. También el rey san Luis recibió ese mismo año a dos nestorianos que se decían enviados por el Gran Khan de Transcaucasia y Persia.

Sabemos que el Occidente cristiano se interesaba en el imperio mongol debido al ataque que éste había llevado a tierras europeas, sorpresivamente en el año de 1241 pero también se decía que los soberanos mongoles pretendían convertirse al cristianismo. Si no era verdad, por lo menos los mongoles —e incluso los tártaros sinizados, es decir los soberanos de China de origen mongol— se mostraron siempre sumamente curiosos e incluso benevolentes respecto de todas las confesiones religiosas y acogieron junto a sí a los sacerdotes de todas ellas aunque luego se decidieron ya por una, ya por otra. Los de China optaron finalmente por el budismo con Kubilai.

El viaje de Guillermo de Rubruck dura dos años y un mes. Parte de Constantinopla en mayo de 1253, llega a la corte en diciembre de ese mismo año y luego parte de Karakorum en junio de 1254, llega a Chipre en junio de 1255. Rubruck, por tanto, sufrirá dos inviernos, permanece en la corte

---

[150] Ver *Giovanni del Pian del Carpine*.

seis meses, más tiempo que fray Giovanni. Conoce a otro khan, Mongu, quien reinará entre 1251 y 1259.

Se han comparado los itinerarios de los dos franciscanos y se ha visto que coinciden casi totalmente hasta llegar al Volga. Fray Guillermo se detiene bastante tiempo con Batu quien se encuentra nomadizando a lo largo del Volga. Se interna luego en el corazón del Asia, llega al lago Balkash y a las montañas nevadas del norte.

De ordinario, el viaje de retorno no se hacía por las mismas rutas que se habían transitado a la ida, lo impedían las supersticiones de los tártaros. Por lo tanto, los itinerarios no dependían de los viajeros sino de los guías mongoles que eran, en general, quienes elegían las rutas. Guillermo de Rubruck opta por el camino más rápido. El emperador le propone dos posibilidades, o el que ha tomado anteriormente u otro, más meridional que pasa "por donde se encuentran ciudades". Prefiere el primero, atraviesa las regiones de Batu y Sartach, ha de recoger a sus compañeros retenidos a título de rehenes. Empleará dos meses y medio desde Karakorum hasta la corte de Batu, en medio del calor del verano. Llega ante este príncipe un año después de su primer encuentro. A partir de allí, su itinerario coincide con el de Giovanni del Pian del Carpine. Rubruck desciende hacia el sur, pasa por el oeste del mar Caspio en dirección del Cáucaso, franquea el desfiladero de Puerta de Hierro, llega a Georgia, pasa por Erzerum, al iniciarse la Cuaresma se halla en Arzeibaiján, allí halla a dominicos enviados por el Papa ante el Khan quienes le preguntan sobre las condiciones necesarias para abordar los caminos que los esperan, ya recorridos por Rubruck.

Este continúa su viaje por Armenia, Anatolia, encuentra a franceses e italianos, incluso a un genovés llegado de San Juan de Acre y a un veneciano al que habían comprado la producción de alumbre, alcanza el Mediterráneo en la costa de Cilicia, se dirige a Layas (Lajazzo, hoy Ayas o Yumurtalik), gran emporio comercial italiano, llega, por fin a Nicosia. El se ha dirigido a Chipre porque cree que allí se encuentra el rey san Luis pero éste ya está en Francia.

El franciscano no se queda allí, pasa a Antioquía, Trípoli y San Juan de Acre. Quiere dirigirse a Francia pero su provincial lo obliga a quedarse, tal vez porque lo encuentra fatigado. Además le pide que escriba la narración de su viaje que enviará al rey san Luis.

A pesar de ser joven y robusto, el viaje lo ha extenuado. Conocemos esa robustez, tal vez excesiva, por su relato mismo. Constantemente se lamenta de la falta de comida o de su escasez, también le pesa el hecho de que no le proporcionen caballos bastante fuertes como para sustentarlo. En realidad, se queja en mayor medida que fray Giovanni de las penurias que tiene que soportar tanto él como su compañero a quien vemos agobiado por el peso de las pieles. Su acompañante prefiere quedarse en la corte mongola antes que

intentar el retorno, sin duda el viaje ha sido sumamente duro, conocemos esas desdichadas experiencias[151].

El testimonio de fray Guillermo de Rubruck tiene como antecedente —incluso en la estructura— los relatos de viajes anteriores, en particular, el de fray Giovanni. En todo caso, su libro está escrito a manera de diario de viaje, día por día; va anotando todas las peripecias y dentro de ese relato intercala las condiciones del paisaje, del suelo, todo lo relativo a creencias, a los modos de vida de los mongoles y de los pueblos que encuentra de camino.

Considero que su narración es más personalizada que la de fray Giovanni del Pian. Parece haber sufrido en mayor medida, ya sea por las condiciones que ha tenido que soportar o por su propio físico pero, ciertamente, lo vemos quejarse con más frecuencia tanto de las condiciones de vida como de los guías que colaboraban en escasa medida, que estaban muy mal preparados para servir de auxiliares. Sabemos además que guías, intérpretes y oficiales que se encontraban de camino, presionaban a los viajeros para obtener dinero u obsequios.

El testimonio de fray Guillermo es realmente importante, lo ha escrito —como hemos dicho— en Trípoli en el convento de los franciscanos, pidiendo excusas porque no está acostumbrado a narrar tan largas historias[152]. A pesar de todo, su relato es sumamente entretenido y fundamental porque significa una narración *de visu*. Inclusive da una serie de consejos para todo aquel que intente ese viaje nuevamente, sobre todo para los enviados papales o religiosos. Según su opinión, no es oportuno enviar otro fraile, sino delegar a un obispo, es decir, a un personaje de mayor jerarquía. Además, alguien que vaya acompañado de uno o de varios intérpretes y que tenga mucho dinero para gastar.

Siempre toma como punto de referencia Occidente, constantemente compara ciertas distancias con las de las regiones conocidas. Cuando cabalgan por el país de los cangles dice: "diariamente hacíamos tanto camino como el que hay entre París y Orleans"[153]. Realiza otro tipo de comparaciones que hablan de su mundo occidental. Por ejemplo, habla de un ídolo que es tan grande como una estatua de San Cristóbal. Alude constantemente —como producto occidental— al vino, probablemente lo añoraba. Aunque dice que el *cosmos* en un principio le repugnó, luego se

---

[151] Ver *Los caminos*.

[152] G. de Rubruck, p. 358.

[153] *Ib.*, p. 276.

acostumbró e, incluso, le resultó grato[154]. En la corte del Gran Khan[155] le trajeron cerveza de arroz en largas botellas de cuello estrecho, "nuestro mejor vino de Auxerre no se diferencia de ella sino por el olor"[156]. En otra ocasión, le dieron de beber cerveza de arroz mezclada con vino tinto, como el de la Rochelle. En un pasaje anota que Catay no produce vino sino que en ese momento se comienzan a sembrar viñas y que sus habitantes hacen una bebida con arroz. Ya al regresar a la casa de Batu dice "me dio a beber vino, él bebía *cosmos* que yo hubiera tomado con gusto si me lo hubiera ofrecido". Como vemos, sus gustos han cambiado durante su larga permanencia en tierra de tártaros.

Cuando llegan a la corte de Mangu Khan les dan un pellejo de vino, porque el agua "que teníamos era de hielo o de nieve fundida que es la peor clase de agua que hay".

En cuanto a los alimentos, no sabemos si alude a una suerte de fideos cuando dice que en la corte del Emperador "no teníamos sino pan cocido bajo ceniza y pasta cocida en agua para hacer potaje"[157].

Habla de moradas, de costumbres, de hábitos alimenticios, repite lo que conocemos ya, según el relato de fray Giovanni del Pian del Carpine.

El rigor del clima es tan extremo que los franciscanos tienen que modificar sus vestimentas, a pesar de la prohibición de la Orden. Sabemos que no podían cambiar prenda alguna de su atuendo a menos que tuvieran la licencia necesaria.

En este caso, el frío hará que deban quitarse las sandalias, cambiarlas por zapatos y aceptar las pellizas que se les ofrecen.

Así pues, el relato de peripecias sin cuento en medio de gentes exóticas, de que luego nos ocuparemos[158], es vivaz y nos ofrece importantes datos para conocer el corazón de Asia a través de la palabra de un acongojado viajero y de un coaccionado narrador que, a pesar de sus supuestas limitaciones, logra su cometido de informante veraz.

Roberto da San Severino

Roberto da San Severino nació, en 1417, de alta y noble familia[159]. Su madre fue Elisa Sforza, hermana del duque Francesco, señor de Milán. Su

---

[154] *Ib.*, p. 255.

[155] *Ib.*, p. 291.

[156] *Ib.*, p. 304.

[157] *Ib.*, p. 313.

[158] Ver *Las tierras y las gentes extrañas*.

[159] Ver ed. R. da San Severino, Prefazione.

padre, el príncipe Leonello, señor de Caiazzo. Muy pronto quedó huérfano —hacia 1420— y tomó el título de duque de Caiazzo.

Su vida se desarrolló ligada al destino de los Sforza, a cuya corte se incorporó bajo el gobierno del duque Francesco. Recibió entonces feudos, títulos y cargos. Una carta dirigida al duque Francesco expresa su posición en ese momento. Su firma está precedida por los calificativos de "servitor et nepos"[160].

Participó activamente en las intrigas cortesanas y en las luchas que siguieron a la muerte de Galeazzo María Sforza ya apoyando, ya enfrentándose con la regencia de Bona di Savoia. Intrigó contra la duquesa, incitando la acción de Génova contra Milán (1477). Más tarde, se alió con el Papa Sixto IV en contra de los florentinos federados con Milán. Luego de un enfrentamiento fallido con los florentinos, se fortificó en las montañas situadas entre Parma y Génova, aliado con los Sforza ("gli Sforza" o sea los hijos del difunto duque Francesco: Sforza Maria, Ludovico el Moro, Ottaviano, Ascanio) contra florentinos y milaneses[161]. Desde ese lugar, llevaron a cabo una ofensiva que les proporcionó Tortona y 42 castillos; con la fuerza que les otorgaba el partido que habían constituido, entraron en Milán en 1479, al año siguiente elevaron al poder a Ludovico el Moro. Este, sin embargo, dejó de lado a sus partidarios, tratando, en cambio, de atraerse a sus antiguos oponentes. Sanseverino, airado ante esta actitud, se alejó de Milán sin solicitar la anuencia de su príncipe y fijó su cuartel general en Castelnuovo Tortonese, desde donde comenzó a intrigar contra el Moro. El príncipe envió entonces emisarios para persuadirlo a la obediencia. Ante su negativa, mandó tropas que asediaran el castillo. Este se rindió en un momento de ausencia de Sanseverino, quien se refugió entonces en Siena.

En el mismo año fue nombrado capitán general de los venecianos. Estos eran aliados del Papa, de los Malatesta de Rímini, de los genoveses y de los sieneses, enfrentados contra el duque de Ferrara quien contaba a su vez con el apoyo de napolitanos, florentinos, boloñeses, mantuanos y milaneses. En la campaña se mostró activo y victorioso capitán, pero los éxitos obtenidos quedaron anulados ante la política pactista del pontífice.

Los años siguientes lo encuentran como hábil político y excelente guerrero. Volvió a Milán luego de haber reconquistado la benevolencia de Ludovico el Moro. Sanseverino fue propuesto en 1484 como capitán general de la liga que aunaba a Milán, Venecia, el Papa, el rey de Nápoles, los florentinos y el duque de Ferrara, pero el pontífice se opuso a ese nombramiento.

---

[160] *Ib.*, p. XXI.

[161] A. Bosisio, *Storia di Milano*, Milán, Martello, 1958, p. 213.

Su actividad guerrera continuó, sin embargo. En 1485, los venecianos realizaron una campaña contra el rey de Nápoles y en apoyo del Papa Inocencio VIII. Esta expedición no fue feliz puesto que encontró la clara oposición del duque de Calabria quien lo rechazó hacia Roma y, además, porque se lo sospechó de traición contra el pontífice.

En 1487 murió en una campaña al servicio de la *Signoria* en la lucha que, por una disputa de límites, la enfrentara con el duque del Tirol.

El 9 de agosto, el *condottiero* cayó en una emboscada. Su cuerpo fue sepultado primero, en Trento y luego, llevado a Milán y depositado en la capilla que había hecho construir para sí en la iglesia de San Francisco.

El viaje que el señor da San Severino, político y *condottiero*, hombre de vida aventurera, realizara a Tierra Santa tuvo lugar entre el 30 de abril de 1458 y el 19 de enero de 1459.

El editor del texto empleado por nosotros se pregunta por las causas que lo impulsaron a ese piadoso viaje[162]. Sospecha que no sólo lo guiaron motivos religiosos o, por lo menos, que no fueron los únicos. Para justificar su aserto, transcribe una carta de da San Severino al duque Francesco, fechada en Ragusa a 24 de mayo de 1458 en la que se lee la siguiente frase, altamente significativa: "perchè so la S. V. è desideroso sentire de li progressi del turcho..."[163].

En verdad, del relato no surge un propósito de observación político-militar. Su narración es lineal, estructurada como casi todas las obras dejadas por los viajeros a Tierra Santa. En ella, cuenta la realización de un tránsito que transcurre por los ámbitos previstos y acostumbrados con las sólitas tormentas, las lógicas penurias y en que recibe —por ser quien era— las más calurosas recepciones y acogimientos en los lugares de la Cristiandad. Es verdad que esas recepciones le permiten conocer, por lo menudo, ciudades y fortificaciones de camino, pero se trata de ámbito cristiano, su transcurso por lugares musulmanes no difiere de la observación que se permiten los demás viajeros, curiosos, en verdad, pero carentes de propósitos políticos.

El objetivo expresado en las primeras líneas de la narración —que podemos o no aceptar como cierto— es visitar los Santos Lugares y dejar testimonio de ellos y de las condiciones del viaje. No desconoce, el señor da San Severino, que otros muchos peregrinos han dejado testimonio pero desea escribir sus propias observaciones: "forse non mancho claramente se intenderà da essi per questa opera che da altri, perchè con ogni diligentia possibile deliberauano tuto vedere et intendere"[164].

---

[162] R. da San Severino, Prefazione, p. XIX.

[163] *Ib.*, p. XX.

[164] *Ib.*, p. 7.

Si comparamos esta narración con otras, se nos aparece escueta y sucinta, preocupado el escritor por dar cuenta del itinerario y de los acontecimientos sin un detenimiento excesivo.

Mariano da Siena

Fray Mariano da Siena nació en esa ciudad, hijo de Nanni o Giovanni da Siena[165]. Poco sabemos de su vida aparte de esto; fue párroco de San Pietro a Ovile, iglesia de su ciudad, además de ocupar otros cargos eclesiásticos. Viajó tres veces a Tierra Santa. Luego de su tercer viaje —que tuvo lugar en 1431— testimonió de sus experiencias en esas regiones.

Llamó a su narración *camino* o *itinerario*, puesto que, en su intención, la estructura de su obra habría de conformarse anotando día por día sus experiencias. Habla con precisión y escuetamente de su camino italiano, da indicaciones interesantes acerca de condiciones del tránsito y de sus peripecias.

Realiza su viaje con extraordinario espíritu religioso y, por ello, la mayor parte de su libro está ocupado con el recuerdo de los pasajes bíblicos, con las oraciones recitadas y la mención de indulgencias.

Hay, por tanto, mayor cantidad de información piadosa que de cualquier otro tipo. Pero el fraile aparece, de tanto en tanto, en una frase cualquiera haciéndose presente. En un determinado momento —cuando habla del huerto de Getsemaní y de sus alrededores— menciona la piedra junto a la cual habían de velar los apóstoles. "Qui presso una gittata de pietra (io ve la gittai)...". El gesto cumplido por el curioso monje nos aleja un poco del místico tono que es, en general, el que predomina sobre todo en la parte dedicada a Tierra Santa que cubre la mayor parte de las páginas de la obra total.

El editor alaba la simplicidad del estilo, su llaneza y naturalidad y lo encuentra semejante al de Santa Catalina de Siena.

Su procedencia está atestiguada por las palabras dialectales sienesas que aparecen en su prosa.

Por tanto, nos encontramos con una narración que apunta especialmente a los sentimientos piadosos, con una guía de romeros. Para nuestro propósito rescatamos, en particular, la parte de camino que no se realizara en los Lugares Santos, en esos párrafos encontramos breves pero expresivas descripciones de situaciones y paisajes, de experiencias, de impresiones pasajeras.

---

[165] Ver M. da Siena, Introducción, pp. XXXIII y XX.

Simone Sigoli

Simone Sigoli es uno de los trece florentinos mencionados que partieron en 1384 para realizar su viaje a Tierra Santa. En el grupo se contaban Frescobaldi y Gucci.

Simone era hijo de Gentile y pertenecía a una antigua y noble familia florentina. A pesar de ello, no existe memoria de que Simone ni Gentile hayan ocupado cargos públicos[166].

La narración de Sigoli sigue las escalas que les ha impuesto el viaje. Está escrita en italiano y fue concluida —según la frase final de Sigoli— "el martes 4 de octubre de 1390"[167].

Es minucioso en la descripción de los ámbitos por donde pasa y, en particular, habla con detalle de las costumbres de los nativos, especialmente si se trata de musulmanes. Aunque esto lo veremos con mayor cuidado en otro apartado[168] mencionamos aquí de qué manera se detiene al llegar a El Cairo para hablar de las creencias, costumbres, vestimentas de los musulmanes. Dedica largos párrafos a las bodas, detalla regalos, vestidos y danzas nupciales. Recoge anécdotas desagradables como la equivocación de los guías en medio del desierto, de regreso de Santa Catalina; lo hace personalizando pero sin expresar sentimientos excesivos, como otros testimoniadores. Dice, en efecto, al mencionar tal episodio: "Pensa como ci parea stare, percocchè la vettuaglia ci cominciava a mancare"[169].

Como vemos, emplea formas coloquiales, se dirige de manera directa a sus posibles lectores —futuros peregrinos— presentándoles de manera vívida los probables riesgos de la empresa. Los anota sin demasiada pasión ni dramaticidad. Como cuando dice que "en Gaza la mayor parte del tiempo estuvimos en casa, porque están poco acostumbrados a ver a nuestros semejantes y nos hacen grande villanías"[170].

Al mencionar la entrada del grupo en Damasco dice que "cayó sobre nosotros una pedrea grande y densa como si hubiésemos sido perros"[171]. Ya de retorno de la peregrinación, una tempestad los sorprende en alta mar "que se calmó frente a las costas de Berbería" y si el azar nos hubiese llevado hasta allí —a menos que Dios nos hubiera ayudado— hubiésemos sido

---

[166] S. Sigoli, Introducción, p. 3.

[167] S. Sigoli, p. 194.

[168] Ver *Las tierras y las gentes extrañas*.

[169] S. Sigoli, p. 129.

[170] *Ib.*, p. 133.

[171] *Ib.*, p. 137.

convertidos en esclavos". Da gracias a Dios por el peligro pasado pero no se encuentran en él —como decimos— los angustiosos acentos que aparecen en otros narradores.

En otro pasaje —al hablar de Jerusalén— dice "de cualquier punto desde el que tú llegues te conviene subir de preferencia por estas tres partes". Nuevamente se dirige a un presunto interlocutor. Luego de mencionar la fatiga que implica el ascenso y el descenso del monte Sinaí, se vuelve al lector y le dice: "Ora ti parti e vattene per lo diserto di Babilonia per ispazio di dodici giornate..."[172] empleando una fórmula que aparece constantemente y un modo directo de dirigirse a su lector.

A veces, ilustra las historias que incorpora por medio de imaginados diálogos, como cuando menciona los parlamentos entre el Sultán y el amigo a quien traiciona[173].

En ocasiones recurre a imágenes sumamente vívidas aunque sean ingenuas. A tal punto lo impresiona la riqueza de Damasco, la cantidad de productos que se ofrecen en sus tiendas, que dice: "son tan nobles y ricos los trabajos que encuentras allí, son tan ricos, nobles y delicados los trabajos de cada región que si tú tuvieras los dineros en el hueso de la pierna, sin duda te la romperías para comprar aquellas cosas pues no podrías imaginar nada que allí no se encontrara y que no esté hecha como corresponde"[174].

Se dirige a sus imaginarios interlocutores para alabar y resumir su impresión sobre Damasco: "Ahora bien, pensad qué noble cosa debe ser ver todo esto; [algo] que la lengua no podría describir ni pensar el corazón"[175].

Por supuesto —como casi todos los narradores— trata de dar una imagen viva de los lugares recorridos merced a comparaciones con los que les son conocidos en su propia patria. Así, por ejemplo, en el episodio mencionado dice que la de Jerusalén "es una región tan amplia como Pistoia, buena y abundantemente provista de casas y que posee gran cantidad de gente y en verdad es mayor que Pistoia"[176].

Al hablar de Damasco, menciona las muchas gentes que la pueblan "a tal punto que las calles y vías de Damasco están siempre colmadas de gente como cuando se corre el palio de San Juan en Florencia o más, tal vez"[177].

El detalle, con que Sigoli ilustra su recorrido, hace que no sólo se demore en descripciones que luego recogeremos más extensamente sino también

---

[172] *Ib.*, p. 184.
[173] *Ib.*, p. 121.
[174] *Ib.*, p. 141.
[175] *Ib.*, p. 143.
[176] *Ib.*, p. 136.
[177] *Ib.*, p. 143.

que anote precios con precisión y minuciosidad. No pondremos más que un ejemplo: "En verdad, en Beirut hay gran abundancia de todo y grandes cantidades de pan y de vino, que es el mejor del mundo, y podrías comprar el barril del mejor vino trebiano del mundo por 20 sueldos de nuestra moneda. La libra de mujoles marinos y de otros peces de mar costaría dos sueldos —o menos— de nuestra moneda; hay grandísimo comercio de toda clase de carne..."[178].

No sólo se ocupa del costo de las mercancías sino también del monto del alquiler de las cabalgaduras: "Una carga de camello costará cinco florines de nuestra moneda, lo que harían dos grandísimas cargas de asno..."[179].

Como Frescobaldi, Sigoli es uno de los viajeros que detalla cuidadosamente la virtud de las reliquias que se encuentran en los diversos lugares santos y las indulgencias que se obtienen en esas visitas.

Es —además— un coleccionista de esas reliquias aunque sospechamos que, a pesar que él los crea lícitos, no lo son, en verdad, todos los procedimientos que emplea para obtenerlas. Habla de la piedra en la cual reposó el cuerpo de Cristo "y cada uno de nosotros tomó la partecilla que Dios le concedió, aunque fuera muy dura de desprender"[180]. De manera evidente cada uno tomaba un trozo para llevarlo como reliquia.

Ludolf de Sudheim

Muchas hipótesis se han elaborado acerca del libro de Ludolf de Sudheim, sobre la peregrinación a Tierra Santa y sobre la personalidad de ese autor. No corresponde aquí que veamos, por lo menudo, todas esas hipótesis. Daremos pues, un resumen y un reflejo de las conclusiones del prof. Neumann de la Orden cisterciense volcadas en el prólogo a la edición que hemos empleado[181].

Podemos decir que Ludolf de Sudheim permaneció en Oriente entre 1336 y 1341 y que describe el estado de esa región, tal como se encontraba en esa época. Al parecer, la redacción de la obra —síntesis de su permanencia— es bastante posterior, de 1348 o 1349, unos 7 u 8 años después de haber regresado de Asia. Por ello, el crítico mencionado considera que los recuerdos de Ludolf de Sudheim ya se encontraban bastante oscurecidos y,

---

[178] *Ib.*, p. 148.

[179] *Ib.*, p. 149.

[180] *Ib.*, p. 182.

[181] Ver ed. L. de Sudheim.

por consiguiente, hubo de echar mano a diversos recursos para redactar esa obra, es decir utilizará libros y narraciones de otros.

Si seguimos con el decurso de la vida del autor digamos que, a su retorno de Tierra Santa, fue rector de la iglesia parroquial de Sudheim. Esto estaría en relación con la estancia misma de este personaje en Oriente porque —aunque para algunos ha parecido absurdo que hable de reyes, de príncipes en cuya comitiva o en cuya intimidad puede estar— esa aseveración no es absurda si pensamos que estuvo al servicio —como capellán— de algún noble alemán o armenio. El prologuista se inclina a pensar que Ludolf ha partido para Tierra Santa y Egipto con un noble alemán de la región del Rhin. Esta circunstancia explicaría también su larga permanencia pues él ha pasado allí cinco años lo cual no es ordinario ni acostumbrado para los que realizan la peregrinación.

La circunstancia de que en la obra aparezcan algunas inexactitudes estaría explicada, precisamente, porque él recoge, resume e incorpora en ella, libros de peregrinación de otros momentos y de otros autores. Por ejemplo, las frases que aluden a la paz de Damasco serían inexactas si nos atenemos al momento en que él viaja.

Sudheim redactó una versión latina primero, luego una alemana. Ninguna de las dos fue demasiado popular ni extendida en Alemania. Supone Neumann que, hacia fin del siglo XIV, alguien de la región de Osnabruck, tal vez un monje, tradujo al latín —un latín bastante defectuoso por lo demás— la obra alemana de Ludolf, quizá para hacerla conocer. Se habría interesado en esta obra al ver mencionada con mucha frecuencia la región de Osnabruck.

Ese monje no se habría limitado solamente a traducir el relato de Ludolf sino, además, en algunos pasajes habría colmado ciertas lagunas, por ejemplo, las referidas a frutos y producciones mediante la incorporación de algunos capítulos de Thietmar de Meserburg. De todo esto habría salido una compilación que luego habría sido abreviada en su *Notabilia Terrae Sancte* por Nicolás de Hude, monje cistercense que agregó lo que se decía en su monasterio. La estructura que ha llegado hasta nosotros habla de los itinerarios primero, luego, a partir de la isla de Rodas, menciona con cierto detalle el paisaje, las producciones, las formas políticas que tienen cada uno de los lugares que tocan, luego sigue la descripción de Tierra Santa, de las antiguas ciudades de Siria y, posteriormente, de los lugares santos propiamente dichos. Intercala la mención de algunas producciones, por ejemplo, del bálsamo. En la segunda parte, realiza una descripción geográfica y etnográfica, es decir que no sólo presenta el panorama de los diversos lugares que ha recorrido sino habla también sobre los habitantes, sus

vestimentas, sobre los frutos y también, determina la condición de sus habitantes de acuerdo a los ritos que practican.

Estamos pues, en presencia de una obra no directa, el texto que nosotros estamos trabajando es resumen de una obra, ya que en algún pasaje anota: "y has de saber que el autor dice que vio cuatro gemas, a saber: carbunclo, zafiro, una perla y una esmeralda que fueron vendidas para el sultán en 60.000 florines"[182]. Es decir, el redactor de esta obra ha utilizado los datos que ha proporcionado Ludolf, por tanto, lo que nosotros tenemos en la mano es un resumen con interpolaciones y agregados de la obra del capellán de Sudheim que, a su vez, fue redactada unos cuantos años después de su estancia en Oriente.

Se adaptó pues la obra de Sudheim a gustos contemporáneos según se dice en el prólogo: "Puesto que los modernos gustan de la brevedad, un fraile de Huda, llamado Nicolás se esforzó por abreviar este escrito de esta manera"[183].

Creemos que, a pesar de todo, la larga permanencia de Sudheim en Tierra Santa puede darnos datos de credibilidad en cuanto a costumbres y características generales aunque entendamos que los datos referidos a circunstancias políticas pueden estar modificadas por la perspectiva y la lejanía entre el acontecimiento y el recuerdo del narrador.

Pero Tafur

Pero Tafur es personaje singular[184]. Pertenecía a un noble linaje sevillano que desapareció a comienzos del siglo XIII por falta de descendencia masculina, el mayorazgo pasó a los marqueses de la Guardia y de Santa Eufemia.

Nació en esa ciudad en 1401 (c) y eligió Córdoba como residencia. Allí murió en 1480.

Al parecer, perteneció al círculo cortesano de Juan II. Fue señor principal; de su ánimo y pretensiones nos da cuenta su relación de viaje. Su propósito es conocer el mundo pero también desea saber, de cierto, si su linaje tenía raíz noble bizantina.

Su viaje es prolongado —desde noviembre de 1345 a marzo-abril de 1349— durante un período de la lucha con los musulmanes que, por cierto, lo ha ocupado como empresa que corresponde a su alta dignidad.

---

[182] *Ib.*, p. 337.

[183] *Ib.*, p. 329.

[184] Ver ed. P. Tafur, B. Fick, *ob. cit.* y mi trabajo sobre el autor en: *Estudios en homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, Facultad de Filosofía y Letras, 1986, t. IV, pp. 219-313.

El libro de Pero Tafur recoge las experiencias de un largo viaje y de muchas andanzas que ocuparon cuatro años de su vida.

Escribió su relato unos 14 o 15 años después de regresar a su país, circunstancia que puede haber modificado la óptica con que viera los acontecimientos y, tal vez, puede haber oscurecido el recuerdo de esa ya lejana peripecia.

El hidalgo estructura su narración de acuerdo al orden en que sucedieron los acontecimientos, es decir, desde su partida de España hasta su retorno a la península. Es una narración vivaz, realizada por un observador atento y curioso. Precisamente los desvíos que conoce su tránsito a Tierra Santa, su deambular por Europa al retorno de su peregrinaje, indican que no viajaba sólo movido por acicates espirituales sino también por curiosidad. Precisamente esa curiosidad es lo que otorga vivacidad al relato, detalle a las descripciones, colorido al lenguaje.

Su viaje, además, es documentado, él puede conocer mejor y más profundamente tierras y gentes ya que es recibido y hospedado por príncipes y gobernadores, allí por donde pasa; así lo determinaba su alta condición[185].

No desdeña la anécdota y no desaparece tras una narración neutra. Podemos adivinar su jerarquía y personalidad a través de diversos personajes del relato. Aunque no supiéramos que es español lo conoceríamos por diversos pasajes. En Nicosia encuentra a Mosén Suárez —natural de Segovia— almirante de Chipre y de quien Pero Tafur dice "castellano como yo"[186].

En Bafa se aposenta en casa de Diego Tenorio, "escudero castellano"[187]. Son constantes sus alusiones a costumbres y usos españoles, a las características de la naturaleza peninsular. En un pasaje dice que, en el Nilo, quienes matan a los cocodrilos piden una recompensa como se acostumbra a dar en Castilla a quien mata el lobo[188]. Habla, en el mismo lugar, de la abundancia de codornices que "á la manera de Castilla" venderían a diez piezas por maravedí. Al llegar a Alejandría es hospedado por el trujamán renegado judío, natural de Sevilla[189]. Al arribar a Constantinopla, Juan Caro, natural de Sevilla y algunos castellanos que allí residían salen a recibirlo. Y, ya en la ciudad, se aposenta en casa del patrono castellano[190]. En ella recibe la visita de sus connacionales residentes en Pera. Por

---

[185] Ver *Posadas*.

[186] P. Tafur, p. 68.

[187] *Ib.*, p. 72.

[188] *Ib.*, p. 75. Ver *Fauna exótica. Cocodrilo*.

[189] *Ib.*, p. 78.

[190] *Ib.*, p. 138.

intermedio de uno de ellos —escudero del rey don Juan quien había llegado a Bizancio con los embajadores del Concilio— solicitó que el emperador lo recibiera. Pero Tafur suponía que su familia llevaba sangre imperial bizantina y deseaba conocer la verdad. El emperador recibió con benevolencia su pedido e hizo revisar los documentos que pudieran probarlo. En esa indagación surge la confirmación de su linaje griego[191]. Al parecer, tampoco faltaban en la corte gentes de su nación, pues para entenderse con el soberano, Tafur pidió un intérprete que hubo de ser Juan de Sevilla quien solía cantar romances españoles en su laúd para solaz del emperador.

Constantemente —como decimos— se alegra de encontrar a sus compatriotas o compara los usos y paisajes de las tierras a que arriba con los de su lejana patria.

Al llegar de regreso a Venecia, ya estaba aprestada la galera del Santo Sepulcro, es decir, el navío que llevaba peregrinos a Tierra Santa. Consigna Tafur que "en aquel día y en aquella hora hacía dos años que yo había partido para Jerusalén"[192]. Preguntó, con nostalgia, si en la comitiva pronta a partir se hallaba algún castellano. En efecto, encontró a muchos "con los quales y uve muy grant plaçer, é no menos ellos conmigo, porque lo á que yvan á Jerusalem les era menester conformarse de mí de la manera que avían de tener, é yo les dixe cómo avían de fazer; é quánto les avía de costar el camino; é paresçiome como que ellos yvan desacordados, é cada uno yva en su navío, é trabajé por los concordar, é nunca pude..."[193].

La comparación de las ciudades y lugares por los cuales deambula siempre tiene como término de referencia algún ámbito hispánico. Ferrara, ciudad gentil, es del tamaño de Valladolid[194]. También similar a Valladolid es Buda[195], compara con Sevilla a Padua y a Palermo. Se demora en la descripción de costumbres y tocados de los turcos "muchos dellos se cubren las cabeças con lienços, é otros con sombreros fechos al modo del tocado de las huelgas de Burgos..."[196]. Le asombra el número de caballos que allí ve —aunque no sean bestias lozanas ni lo bastante garridas como para soportar con dignidad a sus jinetes— pero piensa que "segunt las bestias que ay en Castilla ansí roçines en Galliçia, como en las montañas é en toda Castilla, é azémilas é mulas é áun asnos..." el reino ibérico puede exceder a ese gran número[197].

---

[191] *Ib.*, p. 146.

[192] *Ib.*, p. 195.

[193] *Ib.*, p. 196. Ver *Compañía*.

[194] *Ib.*, p. 223.

[195] *Ib.*, P. 284.

[196] *Ib.*, p. 155.

[197] *Ib.*, pp. 155-156.

Cuando debe realizar el cálculo de una distancia determinada, le parece lo más acertado referirse a su propio ámbito. Alude a menciones de otros embajadores castellanos ante Tamerlán "é dexíeme á mí Alfon Frrms (¿Fernández?) de Mesa, que avíe tamto desde allí á lo postrero que andubo, como de allí á Castilla..."[198].

Ha topado, pues, con castellanos prominentes en su camino, que lo han aposentado o que le han proporcionado ayuda, personajes que le ofrecen asistencia o que hacen que se sienta honrado por ellos. También menciona a los humildes que encuentra a su paso. Así habla de dos ciegos naturales de Castilla que se ganan la vida en Brabante tañendo vihuelas de arco y a quienes luego Pero Tafur encontrará en Castilla[199].

Su sentimiento peninsular no se desmiente en ningún pasaje de su relato. Al hablar de Brujas, no deja de mencionar entre otras mercaderías que allí se comercian, las naranjas y limas de Castilla "que paresçe que entonçes las cogen del árbol"[200]. Allí también dice que encontró gentes de muchas naciones, pero sólo individualiza a los castellanos, sus compatriotas.

También su relato testimonia de su alta alcurnia. Es recibido por el emperador de Constantinopla[201] también por el Gran Turco, es tratado con consideración y estima a través de todo su trayecto, goza de buenos alojamientos y los soberanos lo cubren de mercedes[202]. Ya de vuelta de su viaje a Oriente, se dedica a recorrer y a describir Italia. Camino haciendo, llega a Ferrara donde es recibido —acompañado por otros castellanos— por el Papa Eugenio IV. El monarca griego lo acogió con grandes muestras de amistad, Tafur le entregó cartas de su mujer y de su hermano, el déspota "el qual me rescibió muy alegremente, diziendo que como a pariente é onbre de su tierra, é allegóme mucho a sí, é fízome asentar allí baxo çerca de sí, preguntándome por las nuevas de su tierra...". Inclusive le ruega que lo visite diariamente "aunque mayor plaçer le faría si me viniese á posar con él"[203].

En ese momento también afirma su nacionalidad. Puesto que "por ruego de los castellanos" se quitó la barba que llevaba muy larga. Al día siguiente "vestido a la manera nuestra" concurrió a visitar al emperador quien se dolió de que se hubiera rasurado, pues la barba "es la mayor onrra é el mayor bien que los onbres tienen"[204]. Respondió entonces Pero Tafur que

---

[198] *Ib.*, p. 165.

[199] *Ib.*, p. 248.

[200] *Ib.*, p. 254.

[201] *Ib.*, pp. 150-151.

[202] Ver *Posadas*.

[203] P. Tafur, p. 220.

[204] *Ib.*, p. 221.

era lo contrario en su tierra "que sinon por grant dapño jamás nunca la traemos...".

De regreso a Constantinopla —luego de un periplo por la Mar Mayor (Mar Negro)— Pero Tafur se topó con la orden de que las naves no habían de entrar en Constantinopla ni en Pera puesto que traían pestilencia. Se había previsto un desembarcadero a dos leguas de Constantinopla para descargar todas las mercaderías y las gentes que quisieran permanecer allí, a menos que desearan continuar su camino. Su alta condición hace que Tafur pueda liberarse de la necesaria permanencia en tal lugar, hace conocer al déspota su paradero, quien lo envía a buscar "con una barca bien aderezada" y goza de la buena acogida que el príncipe le dispensa[205].

Constantemente, en su camino por Europa, es recibido con respeto. Así, por ejemplo, por el duque de Borgoña[206].

No corresponde que indiquemos por lo menudo las ocasiones en que es recibido, alojado, distinguido con condecoraciones a lo largo de su trayecto.

Hemos dicho que su narración es vivaz, en ella aparece siempre el narrador en primer plano, no se oculta jamás, a él le "suceden" los diversos acontecimientos dolorosos, difíciles o gozosos que en el relato se recogen.

La anécdota es una de las maneras de presentarse con mayor vigor al lector o al oyente de su relato. No mencionaremos con detalle todos los lances en que su persona corre peligro o sufre alternativas porque muchos de esos pasajes serán objeto de otro capítulo[207]. Si pasamos revista a algunos de ellos, recordemos que sufre inconvenientes: en algún momento es atacado por un fortísimo dolor de cabeza que le hace temer por su vida[208], en otra ocasión se cae del caballo[209], en una pelea con turcos es herido en un pie[210], herida que ha de curar en baños termales en su paso por Alemania[211]. De camino por Moravia, él y sus compañeros fueron asaltados por "çiertos fidalgos pobres de la tierra", a los que encuentra luego en la posada y ayuda con una pequeña limosna[212]. Es apresado entre Basilea y Maguncia[213].

No siempre sus experiencias fueron desagradables, a veces la anécdota es sólo curiosa, informativa o agradable. Desde los baños de Alemania

---

[205] *Ib.*, p. 170.

[206] *Ib.*, p. 243.

[207] Ver *Peripecias*.

[208] P. Tafur, pp. 66-67.

[209] *Ib.*, p. 154.

[210] *Ib.*, p. 187.

[211] *Ib.*, p. 234.

[212] *Ib.*, p. 281.

[213] *Ib.*, p. 262.

parte acompañado por una señora que ha encontrado en los mismos[214]. Al hablar de Babilonia menciona el mèrcado de esclavos y cómo se efectúa su compra. Cómo, en la posada, les ofrecían "moças vírgenes por un açumbre de vino..."[215].

Tafur es viajero atento y gozador, y por ello puede darnos una visión inmediata de su peripecia.

---

[214] *Ib.*, p. 234.
[215] *Ib.*, p. 164.

II. LOS CAMINOS

Mal haya la barca
que acá me pasó
que en casa de mi padre
bien m'estaba yo

Nos preguntamos cómo se preparaban los viajeros para realizar un camino que, aun al menos avisado, se presentaba, si no más, inquietante. Sabemos que algunos de esos caminantes tenían un marcado objetivo político, otros, en cambio, sólo respondían a una motivación espiritual, por fin había quienes agregaban a ese viaje piadoso todos los estímulos que surgían de una ávida curiosidad y de un espíritu aventurero que no hesitaba en enfrentar las muchas asechanzas del camino.

A pesar de establecer estas distinciones pensamos que todas ellas se imbricaban.

Los viajeros pues —aunque en mayor medida los peregrinos— habían de encarar el camino con un espíritu puro y libre de pecados.

Santo Brascha habla del propósito que el peregrino debe albergar en su corazón. Este debe ser el de "realizar el viaje sólo con la intención de visitar, contemplar y adorar con gran efusión de lágrimas esos santísimos [lugares del misterios...". "Y no con ánimo de ver el mundo o por ambición o por el ansia de decir: he estado, he visto, etc., para ser alabado por los hombres como a veces hacen algunos..."[1]. Antes de ponerse en camino ha de perdonar las injurias y poner su alma en paz.

Como dice fray Félix Fabri: "El peregrino a Tierra Santa debe tener —y es oportuno que lo tenga— el propósito de peregrinar"[2].

Todos los viajeros —sobre todo los peregrinos— se refieren a los oficios religiosos que preceden la partida. Santo Brascha oye misa al abandonar su ciudad natal, el sábado 29 de abril de 1480[3]. Ya en Venecia, pasa el tiempo que lo separa del comienzo de la navegación visitando las reliquias que allí se encierran. Menciona las que poseen las iglesias y que ve en esos días. El 5 de junio embarca, luego de haber comulgado en la iglesia de los

---

[1] S. Brascha, p. 128.

[2] F. Fabri, t. I, p. 9.

[3] S. Brascha, p. 46.

frailes observantes de San Francisco[4]. En general ésta es la conducta seguida por todos. Como siempre, el más parlero al respecto es fray Félix Fabri. Debido a problemas de navegación tienen que permanecer en Venecia durante un mes completo antes de emprender la peregrinación. "Y puesto que estábamos rodeados de agua era evidente que no podíamos solazarnos y pasar nuestro tiempo yendo hacia huertos floridos y campos amenos y a umbrosas selvas o a verdes prados o a voluptuosos vergeles de árboles, de flores, de rosas y lirios ni podíamos dedicarnos a la caza ni correspondía interesarnos en torneos o en reuniones[5]. Por tanto, fray Félix aconsejó a sus camaradas que, mientras estuvieran allí, diariamente se dedicaran a visitar las santas reliquias que la ciudad guardaba, como si estuvieran en peregrinación. Así lo hacen.

Ya comienzan a enriquecer sus *clenodias* al ponerlas en contacto con los santos lugares o con los preciosos despojos. Las *clenodias* eran anillos de oro o plata, a veces adornados con piedras preciosas. También recibían el nombre de *clenodias* los rosarios, cruces y otros objetos que llevaban los viajeros. Algunos eran propios, otros pertenecían a sus parientes que se los confiaban para que, tanto en Venecia como en Medio Oriente, los peregrinos los apoyaran en los monumentos de los lugares santos. Por supuesto — reflexiona fray Félix— esos objetos preciosos se hacen más ricos aún al ser cargados con la sacralidad que les da ese contacto[6]. El fraile pasa revista a las *clenodias* que él mismo lleva, algunas de real valor.

En el monasterio de Santa Catalina, luego de las ceremonias, los viajeros enriquecieron sus *clenodias* acercándolas a la tumba de la santa: "nuestros nobles me dieron todas sus joyas de oro y de plata para que yo les hiciera tocar las santas reliquias. Tomé, pues, las joyas que mis amigos me habían confiado en Ulm, así como las de los señores caballeros, mis compañeros, y coloqué cada una sobre el sarcófago aplicándolas en la extremidad de la sagrada cabeza de la ilustre virgen[7].

Esas clenodias eran preservadas como objetos valiosísimos, no importaba su material sino la riqueza espiritual de la que se habían cargado. Por ello, los viajeros las ocultaban cuidadosamente a fin de que los custodios y funcionarios musulmanes no se apoderaran de ellas o no las trataran con frivolidad o irreverencia.

Al entrar en Alejandría, fray Félix las esconde en un saco de harina de avena. Allí ocultó "los objetos preciosos de oro y de plata en forma de anillos, de pequeñas cruces y de medallas...".

---

[4] *Ib.*, p. 51.

[5] F. Fabri, t. I, p. 93.

[6] *Ib.*, t. I, p. 94.

[7] *Ib.*, t. III, p. 491.

De tal manera, el monje se duele de que, a pesar de estar "libre de esas preocupaciones [la ocultación de dinero y productos al pasar la aduana] pues desde hacía poco ya no tenía más dinero", todavía había de cuidar tan preciados objetos[8].

El señor de Caumont compra en Tierra Santa una serie de objetos preciosos para regalar a su mujer y a las damas y señores de su señorío[9]. Entre esas ricas prendas se cuentan algunas *clenodias*; un pater noster de marfil blanco, seis pater noster de almizcle negro, cuatro cuerdas de pater noster de casidonia y cristal, cuatro cintas de seda blanca y de hilo de oro con las medidas del Santo Sepulcro de Nuestro Señor, veintitrés anillos de plata que han tocado esa santa tumba y luego una serie de objetos que han sido sacralizados de la misma manera: doce cruces de plata sobredorada y una piedra engarzada en plata, una piedra preciosa engarzada en oro y otra apropiada para el momento de la imposición de los Santos Oleos, una gruesa cruz dorada, cinco piedras serpentinas —de diversa coloración— buenas contra el veneno, veintisiete cruces de perlas, seis anillos de casidonia amarilla, para detener la sangre, veinte anillos de serpentina[10].

Los peregrinos trataban de visitar en su tránsito el mayor número de lugares en que se guardaban reliquias pues deseaban aprovechar de su capacidad para transmitir gracias y dones —positivos para el cuerpo y el espíritu— y de las indulgencias que esa visita llevaba aparejada.

Llegado el navío de fray Félix a Chipre, encontraron una iglesia latina, en cuyo tesoro descubrieron el brazo de Santa Ana, montado en plata, también un clavo con apariencia de plata que, según se dice, era uno de los clavos de Cristo: "Besamos las reliquias y aplicamos allí nuestras *clenodias*"[11].

Por cierto, los viajeros trataban de regresar de Tierra Santa con recuerdos sacros, algunos de los cuales pueden titularse reliquias y otros, sólo testimonios piadosos.

El señor de Caumont no sólo aporta de su viaje las *clenodias* mencionadas poco más arriba sino también elementos que forman parte de los ámbitos sacralizados por la divina persona o por santos: "reliquias de la tierra santa de Jerusalén, entre ellas [un trozo] de la columna santa en la que Jesucristo fue atado, castigado y flagelado en la mansión de Pilatos; [tierra] del monte Calvario en donde Jesucristo fue crucificado. Item, de la cueva en la cual

---

[8] *Ib.*, t. IV, p. 147.

[9] N. de Caumont, pp. 137-138.

[10] *Serpentina*. Piedra de color verdoso, con manchas o venas más o menos obscuras, casi tan dura como el mármol, tenaz, que admite hermoso pulimento y tiene mucha aplicación en las artes decorativas. Es un silicato de magnesio teñido por óxidos de hierro.

[11] F. Fabri, t. I, p. 173.

Nuestro Señor fue colocado entre el buey y el asno. Item, del lugar en que fue hallada la Vera Cruz. Item, del sepulcro en que mi señora Santa Catalina fue sepultada. Item, de la puerta dorada por la cual Jesucristo entró a Jerusalén el día de Ramos. Item, [parte] de los huesos de San Bernabé y de las 11.000 vírgenes"[12].

Fray Félix recoge espinas en Jerusalén, con ellas confecciona una corona que lleva consigo a Ulm[13].

Algunos peregrinos adquirían u obtenían, de manera no siempre correcta, reliquias más importantes.

La permanencia de los peregrinos en el Santo Sepulcro estaba limitada y vigilada. Muchos motivos había para esta limitación. Citemos la que aquí nos interesa: "Otra razón... es la indiscreta devoción de los fieles a quienes ningún precepto ni prohibición impiden que tomen partículas de los lugares santos, si pueden"[14].

El interés por obtener reliquias por parte de los peregrinos se expresaba de múltiples maneras. En el *Evagatorium*, razona el religioso mientras se halla en la gruta donde están sepultados los cuerpos de los santos Inocentes. Dice que, aunque se encuentran allí, los fieles llevaron una serie de ellos a otros lugares, de manera que sus reliquias están dispersas por todas las iglesias del orbe. "Pues en Venecia, en Murano, hay cerca de 100 cuerpos de inocentes, en Nuremberg en el convento de los Predicadores vi un cuerpo íntegro de inocente, en Estrasburgo [también] los Predicadores tienen un cuerpo de ellos, en Basilea, los Predicadores tienen una preciosa muestra de mano, en Ulm una pequeña camisa sanguinolienta y perforada por las espadas". Se asombra del afán de los nobles que, al encontrarse en Jerusalén, quieren lograr reliquias de esos santos inocentes, "no sé por qué razón". "Yo he visto pagar 100 ducados por un cuerpo, he oído que los sarracenos los poseen y los venden". Fácilmente entendemos a cuántos engaños daría lugar este comercio. Precisa fray Félix que "esto lo oí de un caballero que pensaba ir a Santa Catalina para comprar, a su regreso, un niño en El Cairo" y agrega "pero yo considero que este mercado es doloso e injusto". Explica luego cómo preparan los musulmanes las tan deseadas, requeridas y costosas reliquias. "Porque me dicen que los sarracenos y mamelucos reciben los cuerpos de los niños abortados recién nacidos y muertos, los hieren con cuchillos y preparan esas heridas con bálsamo, mirra y otras materias que permiten la conservación". Resume todas estas experiencias diciendo "por tanto no tienen mucho valor las reliquias

---

[12] N. de Caumont, p. 138.

[13] F. Fabri, t. I, p. 292.

[14] *Ib.*, t. I, p. 334.

traídas de los lugares transmarinos porque son vendidas por sarracenos y falsos cristianos orientales"[15].

A pesar de ello suponemos que todos —y en especial los viajeros ricos que disponían de dinero para poder adquirir reliquias tan cotizadas— intentarían traer de su piadoso peregrinaje un recuerdo que, además, tuviera virtudes especiales. Sabemos que Frescobaldi obtiene en el santuario de Santa María de Seidenaya un pequeño frasco conteniendo un líquido milagroso que había manado de la imagen que allí se encontraba[16]. Poseía virtudes excepcionales que calmaba las tormentas y tenía capacidad de sanar ciertas pestilencias. Precisamente el viajero descubre en su mejilla, debajo del ojo derecho, un grano que desaparece por completo al tocarlo con el mencionado líquido. Pero mayor demostración de sus virtudes curativas manifestó en el hijo de Frescobaldi. Al llegar el peregrino a Florencia —como hemos dicho— encontró a Francesco con la mitad de la pierna destrozada por la sarna[17]. Se la ungieron con tal medicina e inmediatamente quedó tan sana como la otra[18].

Si volvemos a la permanencia de fray Félix en la ciudad de Venecia, recordemos que allí no sólo realizan visitas a las iglesias sino también participan de solemnidades en las cuales tienen ocasión de acrecentar su espiritualidad y de obtener indulgencias antes de dirigirse a los santos lugares de Oriente. Recordemos algunas. El 29 de junio, fiesta de San Pedro, fray Félix y sus compañeros asistieron al solemne oficio que se celebró en el convento de la Orden de los Predicadores. Había mucho concurso de gente que participó de la tradicional ceremonia del agua. Todos los habitantes de la ciudad —y por supuesto los transeúntes y viajeros— luego del oficio y tras besar las reliquias, bebieron el agua de San Pedro que es llamada así porque, luego de haber sido bendecida en el nombre de Dios, es tocada con las reliquias y —así consagrada— devuelve la salud al alma y al cuerpo. Cuando se la proporciona a las mujeres en trance de parto, inmediatamente se ven aliviadas, de la misma manera libera de las fiebres. Con ella se acondiciona el agua que se lleva en la galera. Los marineros echan un vaso de esta agua en cada tonel que transporta la nave para uso de los tripulantes. Tiene la virtud —según el relato de nuestro viajero— de conservar perfecta e imputrescible el agua que se transportaba en los navíos[19].

---

[15] *Ib.*, t. I, p. 452.

[16] L. Frescobaldi, pp. 84-85.

[17] *Ib.*, p. 51.

[18] *Ib.*, p. 85.

[19] F. Fabri, t. I, p. 87.

Es posible que todos estos poderes estuvieran acrecentados por las fiestas religiosas con que coincidían ceremonia y partida.

La partida más importante de la galera de los peregrinos se realizaba después de la fiesta de la Ascensión en el mes de junio aunque los peregrinos podían viajar en diversas épocas del año[20].

Según el señor d'Anglure, Venecia envía anualmente cinco galeras a Tierra Santa "y llegan todas al puerto de Beirut que es el puerto de Damasco en Siria". Evidentemente, éstas eran las galeras comerciales puesto que luego indica que "de allí parten las dos que llevan a los peregrinos al puerto de Jaffa que es el puerto de Jerusalén y de Rama"[21].

Según el *Capitulum Peregrinorum* había dos viajes anuales para peregrinos. Uno era el viaje de Pascua que volvía a Occidente el 8 de mayo, otro el de invierno —en realidad se realizaba en el otoño— que abandonaba Siria en el mes de octubre[22].

Pero Tafur, al regresar a Venecia, encuentra varios navíos esperando hacerse a la vela "entre los quales estava la galea del Santo Sepulcro, é conosçímosla en las banderas, é preguntamos, que cómo estavan ansí prestos; dixeron que era día de la Açensión, é que despues de misas é avida la bendiçion, avían de partir uno do avía de fazer su camino"[23].

El mismo viajero había anotado que, llegado a Venecia, "me informé bien del pasaje de Ierusalem, é supe que non lo podía fazer dende tres meses, por que acostumbran los navíos, que fazen el pelegrinaje, non partir fasta el dia de la Açension, que es el mes de Mayo"[24].

A pesar de esta afirmación, las fechas de partida eran variables. Cuando la galera partía después de la fiesta de San Pedro, toda la ciudad de Venecia se reunía en la celebración y, por supuesto, en esa multitud se contaban también los peregrinos. Se realizaba una solemne procesión precedida por el *dux* en la plaza de San Marco, en ella participaban no sólo las dignidades eclesiásticas sino también los miembros del senado veneciano, acompañados por las fraternidades o gremios de la ciudad. Los religiosos eran precedidos por músicos y cantores que también ofrecían toda clase de juegos y espectáculos. "Allí no apareció ningún colegio, ningún monasterio, ninguna fraternidad sin [ofrecer] algún espectáculo singular que admirara y deleitara a todos. Los frailes predicadores de San Juan y San Pablo alegraban toda la procesión artísticamente con espectáculos festivos". Se

---

[20] Jules Sottas, *Les messageries maritimes de Venise aux XIVe et XVe siècles*, París, Société d'éditions géographiques, maritimes et coloniales, 1938.

[21] O. d'Anglure, p. 99.

[22] P. Casola, Introducción, p. 25.

[23] P. Tafur, p. 195.

[24] *Ib.*, p. 20.

asombra el peregrino de la magnificencia que acompaña esta procesión: "allí vi tanto oro, tanta plata y piedras preciosas, tan ricas vestimentas que no las puedo estimar".

Se detiene en la descripción de los espectáculos que se ofrecen a la tarde de ese día. Los franciscanos de tres conventos: de San Juan y de San Pablo, de Santo Domingo y de San Pedro mártir hicieron un hermosa procesión de Corpus Christi a lo largo del canal "con muchos espectáculos". Fray Félix se inquieta porque tal devoción concita también a gentes que no tienen un gran espíritu religioso. "En estas pías solemnidades religiosas, cuántas vanidades y ornamentos se vieron allí, adornos femeninos extemporáneos y disoluciones de cosas seculares y vagabundeo de religiosos y clérigos..."[25].

El religioso que emprendía la peregrinación, había de contar para ello con el permiso eclesiástico. Fray Félix menciona los propósitos que concurren para realizar un virtuoso romeraje. El tercero de ellos nos dice que el viajero debe tener la libertad y la facultad de peregrinar[26]. En el caso de religiosos la anuencia era, pues, condición *sine qua non*. Ni el Cardenal ni el legado pueden dar licencia, tampoco el Maestre General de la Orden, a menos de contar con la licencia papal. Sólo han de concederla el Papa o el Penitencial supremo[27].

Cuando se trata de laicos, también han de obtener la licencia consiguiente que es otorgada de manera directa y solemne en el caso de personajes importantes.

Los Adorno se encuentran en Roma durante la Semana Santa de 1470, próximos a emprender su peregrinación[28]. La calidad de Anselmo Adorno determina su actuación en la corte papal y la bendición que recibe. Es elegido para portar el palio del Santo Padre. La mención de los nobles señores presentes indica la dignidad que se les concedía; entre otros, se encontraban allí dos hijos del déspota de Morea, hermano del emperador de Constantinopla. En las ceremonias efectuadas, el pontífice, personalmente, dio la comunión al señor Adorno como a los demás aristócratas presentes "y los hizo beber de su propio cáliz que les era presentado por un cardenal, cuya mejilla izquierda todos besaban, luego de haber bebido"[29]. Continúa Juan Adorno con la mención de las ceremonias realizadas. El pontífice —en lo alto del pórtico de San Pedro— declaró la remisión de los pecados y luego de haber sido saludado por la multitud que se encontraba ante dicho pórtico, volvió a su palacio. "Este [el Santo Padre] al llegar a su

---

[25] F. Fabri, t. I, p. 106.

[26] *Ib.*, t. I, p. 9.

[27] *Ib.*, t. I, pp. 12-13.

[28] A.-J. Adorno, p. 457.

[29] *Ib.*, p. 459.

cámara privada, hizo con la mano signo a mi padre de que se aproximara. Entonces le dio bendición y la autorización de visitar los lugares santos y las tierras de los paganos infieles situados en Ultramar. Le colocó en el cuello, con sus propias manos, un *agnus Dei* ornado y decorado con perlas y piedras preciosas"[30]. Como vemos, éste es un caso particular dada la importancia del noble flamenco.

Fray Félix recibe especiales bendiciones al abandonar su convento. El Padre Ludovico lo bendice mientras el monje —postrado en medio del coro— comulga y llora emocionado. Se despide encomendándose a las oraciones de sus hermanos[31].

La preparación espiritual, el estado de confortación con que se emprendía el viaje había de perfeccionarse en el transcurso del mismo merced a las indulgencias que se lograban con la visita a los diversos lugares santos y las oraciones consiguientes. Es interesante hacer notar que tales gracias podían ser aplicadas no sólo a la intención de quien realizaba la penitencia o la visita sino también a otro, inclusive a alguien que fuera compañero de camino.

Micer Guido di Neri se agrega a último momento al grupo que se dirige a Tierra Santa con Leonardo Frescobaldi, previo permiso de quienes actuaban como jefes de la compañía. Y anota el narrador: "nos pidió el tercio de las indulgencias de nuestro viaje, cada uno se las dio de buen grado"[32].

El estado de ánimo con que se pone en camino el peregrino le permitirá lograr el provecho espiritual que espera de su romeraje. Por no haber logrado ese objetivo espiritual se muestra entristecido fray Félix al regreso de su primera peregrinación. "Luego de haber cumplido mi primer viaje... volví sano de cuerpo a Ulm y me mostré en apariencia contento y alegre; sin embargo estaba triste e inquieto tanto en el ánimo como en el corazón, debido a la necesidad y preocupación que sentía en mí, [deseaba realizar] otra peregrinación y retorno a Tierra Santa y Jerusalén; así me lo propuse al abandonar la ciudad santa, propósito que no manifesté a hombre alguno". Hay muchos motivos para que fray Félix vuelva disgustado de su primera romería "pues fue rápida y breve" y "corrimos por los Lugares Santos sin entendimiento y sin sentimiento". Se queja, en efecto, de que no se les había dado tiempo para visitar algunos lugares sacros tanto en Jerusalén como fuera, ya que se les había permitido recorrer sólo una vez el Monte de los Olivos. Belén y Betania sólo las pudieron ver en medio de

---

[30] *Ib.*, p. 459.

[31] F. Fabri, t. I, p. 67.

[32] L. Frescobaldi, p. 31.

las tinieblas. Todo este apresuramiento, todo este escaso tiempo para la meditación, o para el necesario recogimiento, hacen que fray Félix vuelva con la impresión de un confuso recuerdo de los lugares que acaba de visitar, como si los hubiera visto "envueltos en una oscura niebla y como en sueños".

Por tanto, fray Félix se duele de haber pasado tantas miserias, angustias y trabajos, de haber gastado tantos dineros, de haber perdido tanto tiempo "sin fruto, sin consolación, sin conocimiento"[33].

El peregrino se preparará, pues, espiritualmente para recoger un fruto que esperaba y, de hecho, lograba en los lugares santos; cuando no lo alcanzaba, se sentía árido y decepcionado y deseaba —como ocurre a fray Félix— repetir la experiencia con tiempo y debido recogimiento para alcanzar esa renovación espiritual que ansiaba.

En segundo término, los viajeros habían de elegir el itinerario correspondiente, el más oportuno para llegar sanos y salvos a destino. Por supuesto, quienes aspiraban a alcanzar Tierra Santa y a visitar esos lugares sagrados, conocían de antemano con mayor precisión cuál era el itinerario que debían preferir, tenían noticia detallada de los peligros, inconvenientes y asechanzas que les esperaban. Los embajadores, en cambio, aunque aprovechaban la experiencia de quienes les habían antecedido en ciertos tramos, tendían a innovar en mayor medida.

Ludolf de Sudheim aconseja, acerca del itinerario, a quienes desean llegar a Tierra Santa. Plantea dos posibilidades, pues se dirige al que quiere viajar por mar —en naves o galeras— o a quien quiere hacerlo por tierra. Dice que quien elija la ruta marítima ha de ir a Venecia o Marsella u otra ciudad de Galia o de Italia. Habla luego de las provisiones que habrá de llevar, sobre esto trataremos luego[34].

Según Santo Brascha, el puerto más conveniente es Venecia "porque allí se encuentra el más cómodo camino que ofrezca cualquier ciudad en el mundo, anualmente hay una galera destinada solamente a este servicio. Recomienda este tipo de embarcación por sobre todos los demás navíos. Ha de preferirse este transporte a la nave aunque embarcándose en ésta pudieran ahorrar algunos dineros. Por supuesto, una vez elegida la embarcación con que se hará la travesía, el viajero habrá de acordarse con el patrono[35].

Otros viandantes preferirán la vía terrestre. Sudheim menciona un posible camino: desde Teutonia se alcanzará Livonia, desde allí irá al Mar Póntico y al Helesponto.

---

[33] F. Fabri, t. I, p. 61.

[34] L. de Sudheim, pp. 329-330.

[35] S. Brascha, p. 28.

Otros viajeros podrán elegir un transcurso que deberá cumplirse parte por tierra y parte por mar. Los que resolvieran esto tomarán el camino que los lleve a través de Hungría y Bulgaria hasta alcanzar Constantinopla, desde allí llegarán a Tierra Santa a través de Frigia y Azyan.

Otra posibilidad era partir de España, atravesar el estrecho, llegar a Marruecos y tocar los demás reinos de Africa y, desde Alejandría, alcanzar Tierra Santa. Esta vía —según nos aclara Sudheim— es peligrosa para los cristianos debido al calor y a los bárbaros que los acechan.

Anota también a continuación algunas teorías geográficas pues dice que Europa y Africa están separadas por el río que se encuentra entre Biterria y Narbona "y según muchos, los reinos de Hispania no pertenecen a Europa sino a Africa"[36].

Analiza luego el itinerario que deberá seguirse, indicando algunos detalles de las condiciones imperantes y de la historia y tradición de los lugares.

Nuestro cronista se extiende también en apreciaciones sobre las condiciones de cada uno de los lugares que se encontraban de camino, según fuera el itinerario preferido.

Decir que se elegía un itinerario implica asegurar que siempre se predeterminaba al iniciarse el viaje. Pero no hemos de creer que siempre era así. Dejamos de lado las excursiones que los viajeros improvisaban cuando habían de prolongar su estada en algún puerto[37].

A veces, la curiosidad, el inquieto espíritu de un viajero, determinaban un desvío en el camino.

En ocasiones, la prudencia desaconsejaba esa modificación de lo preestablecido pero no por ello dejaba de existir la tentación. Los musulmanes cumplen el peregrinaje a La Meca así como los cristianos visitan los Santos Lugares. "A menudo, lo confieso, me sentí tentado de visitar ese sepulcro y si hubiera encontrado un compañero, me hubiera contenido con dificultad"[38].

En algunos casos, el espíritu aventurero —acompañado por tiempo, dinero, disponibilidades y voluntad— modificaba el itinerario previamente trazado.

Pero, de ordinario, éste se cumplía según se había estipulado.

En general, era Venecia el puerto elegido para partir. Los Adorno prefieren, sin embargo, Génova. Se encuentran el 23 de abril de 1470 en la

---

[36] L. de Sudheim, p. 330.

[37] Ver *Espera en puerto*.

[38] F. Fabri, t. III, pp. 540-541.

ciudad de Roma para dirigirse a Génova, debían abordar la carraca en que habían reservado pasaje para Túnez pero temían no hallarla en puerto. Lograron alcanzarla pero, en cambio, el señor Anselmo, orador del rey de Escocia que deseaba hacer el viaje en su compañía, al llegar a Génova se encontró con que la nave hacía dos días que había partido. Explica el narrador que "los grandes navíos como ése —sobre todo cuando están cargados— esperan el viento favorable y desde el momento en que se levanta, izan las velas y aparejan sin esperar nada en razón de los intereses en juego". En Roma se separan los Adorno de otros compañeros, el señor Antoine de Francqueville y los señores Omer y Daniel quienes los habían acompañado hasta allí pero que no deseaban embarcar en Génova pues el puerto de Venecia era el más apropiado para su propósito. Habían intentado convencer de ello al señor Anselmo Adorno. "Consideraban la ruta de Venecia más segura y frecuentada". Ambos Adorno se inclinaban claramente por el puerto de Génova, pues —reflexiona el joven Juan Adorno— que si la opinión de su padre hubiera sido torcida por sus amigos, él hubiera intentado persuadirlo de lo contrario, ya que "yo estaba ávido de visitar y recorrer numerosas regiones". Como vemos pues, aunque el puerto de Venecia era el más frecuentado y elegido de ordinario, había opiniones divergentes sobre todo en virtud de los propósitos secundarios que se agregaban al primero, propósitos que muchos viajeros no consideraban aceptables[39].

Una vez desembarcados, los viajeros podían encontrar cursos de agua o lagos. En tales circunstancias utilizaban ya no naves sino una especie de balsas para pasar tanto personas como caballos.

Cada uno de los viajeros elige, pues, un camino cuya realización efectiva, con las peripecias lógicas, analizaremos luego. Decimos que eligen, tendríamos que decir también que esa vía se les impone a veces por curiosidad, por alternativas bélicas, por circunstancias imprevistas de todo tipo.

Elegida pues la vía a tomar, es necesario, luego de prepararse espiritualmente, prevenirse también materialmente.

En primer lugar, hablaremos de los preparativos que se hacían al iniciar el viaje total, pero también aludiremos a los preparativos materiales que correspondía realizar al comenzar un camino parcial, una excursión breve, una visita.

---

[39] A.-J. Adorno, p. 461.

Santo Brascha, aconsejando a quien quiere peregrinar dice que debe llevar dos bolsas, una cargada con dinero, la otra con paciencia. Ambas eran de fundamental importancia en la realización del viaje.

Los dineros —según este autor— han de ser doscientos ducados venecianos o, por lo menos, 150 "porque ciento se gastan en el viaje por persona y no menos para el hombre que guste vivir bien y que esté acostumbrado a vivir delicadamente en su casa; los otros cincuenta [han de llevarse] para una enfermedad o cualquier otro imprevisto que pudiese sobrevenir". Sabemos que los imprevistos que habían de cubrirse con dinero son numerosos. Más adelante veremos cuáles son esas circunstancias[40].

Frescobaldi hace cálculo total del dinero con que su grupo emprendía el viaje[41]. El, personalmente, llevaba consigo 200 ducados de *grossi* venecianos de plata y 100 de oro[42]. Además, en el trayecto cobraría mayores cantidades, hasta llegar a un total de 700 ducados por persona porque llevaban letras de cambio para Alejandría. Las entregarían a Guido de Ricci —representante de los Portinari— y a Sinibaldo da Prato, factor de la misma casa en Damasco. Según Mariano da Siena —cuando menciona los gastos que corresponden al tránsito en Tierra Santa— "los patronos toman esos dineros" y tanto paga el pobre como el rico. No vaya nadie si no puede pagar"[43]. Más adelante agrega:

---

[40] S. Brascha, p. 128. Acerca del costo de la peregrinación ver el artículo de Giuliano Pinto, "I costi del pellegrinaggio in Terrasanta nei secoli XIV e XV (dai resoconti dei viaggiatori italiani)", en A.A.V.V., *Toscana e Terrasanta nel Medioevo*, a cura di Franco Cardini, Florencia, Alinea, 1982, pp. 257-284. El autor mencionado no sólo consigna montos sino también realiza cálculos comparativos entre el costo del viaje peregrinal y los salarios en los siglos XIV y XV. De ello deduce que el viaje era sólo para algunos pocos. Sin embargo, explica la presencia de muchos caballeros en esos viajes peregrinales no tanto por las posibilidades económicas —evidentemente necesarias— sino por un renacimiento de ideales caballerescos en el siglo XV. Sabemos que Guillaume de Châlon, príncipe de Orange, realizó una peregrinación a Tierra Santa en 1453. Su propósito era ser armado caballero en el Santo Sepulcro. Habría dicho: "c'est que je ne veux pas, entends-tu, être un chevalier de cartes, mais de la bonne et vraie chevalerie! Aussi j'ai délibéré d'en recevoir l'ordre sur le Saint-Sépulcre...". Así ocurrió en efecto. El dinero necesario para realizar la expedición había sido solicitado a sus súbditos" "il fit par ses gens et receveurs faire provision de ducats dans toutes ses terres pour le saint voyage". (Emile Travers, "Deux pèlerinages en Terre Sainte au XVe siècle", dans *Revue historique, nobiliaire et biographique* (Recueil de Mémoires et documents), janvier, 1869, n° 1, París, Libr. de la Soc. des Antiquaires de France).

[41] L. Frescobaldi, p. 35.

[42] *Grosso*: el *grosso* de plata tenía un peso ordinario de 2,18 con el tipo de 0,965 de plata pura. Una lira de *grossi* correspondía a 240 de estas grandes monedas de plata. El ducado veneciano o "zecchino": moneda de oro, de 3,5 gr. de oro casi puro (0,997 de fino), mantenido desde la primera emisión de 1284 hasta después de la caída de la República en 1797. *St. di Venezia*, pp. 177-179.

[43] M. da Siena, p. 23.

"lo cortarían por la mitad". Y además, los restantes peregrinos "habrían de pagar por él"[44].

Los viajeros no siempre llevaban ese dinero consigo sino que lo recibían de comerciantes o factores de casas comerciales ante quienes presentaban los documentos pertinentes. Veremos que, más de una vez, había inconvenientes para hacer efectivas las sumas que necesitaban pero, en general, era procedimiento acostumbrado[45].

Sabemos que había que cambiar en ducados venecianos, nuevos de "zecca" o sea, recién acuñados.

Esa transacción la realizó von Harff en Venecia "merced a la ayuda de los comerciantes alemanes". Obtuvo letras de cambio para Alejandría, Damieta, Damasco, Beirut, Antioquía, Constantinopla y otras ciudades. Su garantía consistía en el depósito que tenía en Colonia, en el banco de Antonio Paffedorpp. Esas letras de cambio fueron respetadas en todos lados aun cuando quien la presentaba no pudiera entenderse con el banquero dada la diversidad de lenguas. En tal caso, von Harff se enfrentaba con su pagador e "inclinaba la cabeza y besaba mi dedo para mostrar mi respeto". Cuando se le entregaba la suma, se le indicaba que había de escribir debajo el monto que había recibido[46].

---

[44] *Ib.*, p. 129.

[45] Ver *Los caminos, ut supra*.

[46] A. von Harff, p. 71.

1. APRESTOS DE VIAJE

Indica Santo Brascha cuáles han de ser las vestimentas que el viajero ha de procurarse para realizar el camino con cierta comodidad. Llevará un vestido cálido "para ponerse cuando haga frío. Igualmente bastantes camisas para evitar, lo más que se pueda, los piojos y otras clases de inmundicias". A estas vestimentas se agregarán otros elementos para la vida cotidiana: "servilletas de mesa y toallas, sábanas, fundas y cosas similares".

Sigamos examinando los elementos que el peregrino ha de llevar para cumplir el recorrido. Se trata de vestimentas y provisiones. En primer término nos referiremos a esas vestiduras.

El peregrino ha de hacerse un gabán largo que llegue hasta el suelo "para dormir al aire libre", agregará a esto una capa también larga, comprará un asiento plegadizo que haga las veces de lecho[47].

Fray Félix dice cómo, antes de embarcar, fueron al mercado y compraron todo lo necesario para la navegación: cobertores, lechos, almohadas, sábanas, mantas, esteras, ánforas y todo lo demás, necesario para cada *cumba*. "Yo compré para mí un colchón relleno de pelos de vaca a los que agregué pedazos de lana que había traído conmigo desde Ulm, para dormir en la galera de la misma manera que en la celda, porque yo juzgaba que era indigno utilizar una cama más muelle en la nave que en la celda"[48].

Casi todos los viajeros compran elementos de cama y vestiduras apropiados. Dice Frescobaldi que en Venecia adquirieron colchones y las ropas necesarias para el mar y el desierto. Los lechos transportables les permitían desplazamientos durante el viaje[49]. En El Cairo, fray Félix y un compañero tomaron sus lechos y pasaron la noche "al lado de la fuente sagrada",

---

[47] S. Brascha, p. 128.

[48] F. Fabri, t. I, p. 97.

[49] L. Frescobaldi, p. 32.

dedicada a la Virgen María, tranquilos y en paz pues "el lugar estaba bien cerrado con cadenas"[50].

En cuanto a la vestimenta y aspecto del peregrino sabemos que, en general, era peculiar. Fray Félix dejó crecer su barba y vistió una capa con cruz roja, llevaba escapulario y otros signos de peregrino[51].

El religioso sistematiza los signos del peregrinaje, algunos voluntarios y previstos, otros que derivan de las muchas alternativas —no siempre agradables— que viven los caminantes.

1) Llevar una cruz roja sobre vestimenta gris.
2) Tocarse con un birrete negro o gris.
3) Llevar barba larga, que aparecerá "en una cara cerosa y pálida debido a los trabajos y peligros".
4) Un saco sobre los hombros donde se colocan las vituallas y un frasco para la bebida, "no para delicias sino para sustentar la vida".
5) Un báculo del que se servirán cuando sea necesario incitar al asno que deberán cabalgar en Tierra Santa.

Como vemos, algunos de los elementos que expresan la condición del peregrino son sólo signos o señales, otros tienen un sentido práctico evidente.

Frescobaldi habla de las señales que llevaban sus compañeros, "quienes habían prometido el viaje, llevaban la figura de un navío sin armas sobre la parte izquierda del pecho, los caballeros lo portaban de oro, los demás, de plata. Luego de cumplida la peregrinación podían llevar la imagen de una nave con armas"[52].

Otros viajeros son más parcos en la descripción de las vestimentas. Llegado el momento de la partida, dice Roberto da San Severino: "cada hombre del grupo vistió vestimentas oscuras, que acostumbran a usar aquellos que desean realizar ese santo viaje, en memoria y por devoción de la Pasión"[53].

Casola, antes de abandonar Milán, rogó al reverendo arzobispo de Milán, don Guidantonio Archimboldi que bendijera los emblemas de peregrinaje, a saber: la cruz, el bastón de los peregrinos y la mochila[54].

---

[50] F. Fabri, t. IV, p. 4.
[51] *Ib.*, t. I, p. 65.
[52] L. Frescobaldi, p. 32.
[53] R. da San Severino, p. 7.
[54] P. Casola, p. 117.

Los viajeros se preparaban, pues, desde todo punto de vista para realizar largos, fatigosos viajes por ámbitos extraños, a veces también desconocidos o poco frecuentados. Para enfrentar tal empresa utilizaban la experiencia de los que antes que ellos habían cumplido esos recorridos o se asesoraban con quienes les proporcionaban conocimientos indirectos.

Esto lo vemos muy claramente en el caso de los viajeros a Tierra Santa. Muchos de los libros de viajes que utilizamos han sido escritos con ese objetivo, para dejar consignadas sus experiencias para utilidad de quienes los imitaran.

Santo Brascha anota así: "Escribiré ahora para mayor claridad de Vuestra Magnificencia y de aquellas devotas personas que quieran hacer este santísimo viaje, el modo en que se ha de realizar y todos los gastos necesarios, tanto para el trayecto de ida, para la permanencia y el retorno, tanto para el alquiler de la galera como acerca de toda obligación pecuniaria impuesta, tanto por los fieles como por los infieles; esa instrucción se hallará al final de este tratado mío"[55].

Pero no siempre esa experiencia se transmitía por escrito, en gran medida corría *viva voce*.

Frescobaldi, al mencionar los elementos que llevan para cruzar el desierto, dice "esto nos habían aconsejado quienes habían hecho el viaje"[56].

Por supuesto, quienes debían recorrer un camino previo hasta alcanzar Venecia también tenían que procurarse vituallas para ese recorrido. Esto planteaba menos problemas que en otros ámbitos en cuanto a la obtención de alimentos propiamente dichos pero, de manera evidente, implicaba un gasto que había que tener en cuenta. Así, por ejemplo, Santo Brascha se detuvo en Pavía para hacer preparar la barca y aprovisionarse de víveres hasta Venecia[57].

Pero Tafur es beneficiado por un conde de la casa Malatesta. En un primer momento se presenta como "pobre hombre", luego se declara gentilhombre. El conde le pregunta qué necesita. A pesar de la respuesta negativa de Tafur —puesto que "yo traya asaz para mi camino"— y la explicación de que se había presentado como necesitado sólo por hablar con él, el conde lo hospedó durante dos días y luego ordenó que un escudero lo acompañara hasta Rímini pagando todas sus expensas, que allí se le diera "navío e todas las cosas pagadas fasta meterme dentro de Veneja"[58]. Antes de partir, le obsequió ropa[59].

---

[55] S. Brascha, p. 45.

[56] L. Frescobaldi, p. 52.

[57] S. Brascha, p. 2.

[58] P. Tafur, pp. 38 y ss.

[59] *Ib.*, p. 39.

La voluntad del conde se cumplió. "El escudero aparejó el navío é las vituallas e pagólo todo fasta entrar en Veneja", además, en el momento de despedirse de Tafur, le quiso entregar cien ducados de parte de su señor, obsequio que Tafur —puesto que estaba abastado— declinó[60].

Todos los viajeros que debían hacer la travesía por mar embarcaban mercaderías para alimentarse durante el trayecto. Algunas provisiones no perecederas podían ser llevadas en gran cantidad, otras, en cambio, no admitían un prolongado estacionamiento y, por tanto, el almacenaje había de ser renovado en cada puerto. Dice Frescobaldi que embarcaron en Venecia un barril de buen vino de Malvasía que Filippo di Jacopo Filippo les había traído y además "otras cosas necesarias". Entre ellas, cita cucharas de plata y añade algunos elementos que no cubrían necesidades de tipo material sino espiritual: "libros de la Biblia, de los Evangelios y las Moralia"[61].

Según Santo Brascha el peregrino debe llevar dos barriles, uno de agua y otro de vino. Además había de proveerse de "buen queso lombardo" y de salchichas, lenguas y salames de todo tipo a los que se agregarán bizcochos blancos, algunos panes de confituras y otras golosinas. No en gran cantidad pues "se estropean pronto". Recomienda que se lleve sobre todo almíbar "porque es lo que mantiene vivo al hombre en medio de esos extremos calores". Y también jarabe de jenjibre para tranquilizar el estómago cuando estuviese estropeado por los muchos vómitos "aunque —agrega— es necesario emplearlo en pequeñas cantidades ya que es demasiado cálido. Los dulces constituían parte muy importante de los elementos que sustentaban a los viajeros pues —añade— también [se ha de llevar] dulce de membrillo sin especias ni aromas, con perfume de rosa y de clavo y también buenos electuarios"[62].

Todos los viajeros hablan de los dulces, Mariano da Siena menciona —entre las provisiones— el azúcar y el jenjibre, además de otras especierías y la mejor malvasía que se hallara en Venecia[63].

En ocasiones, los amigos, parientes o protectores de los viajeros ofrecían víveres que se podían conservar.

Santo Brascha recibe como obsequio, al partir de su patria milanesa, "buenos vinos de malvasía y otras vituallas"[64].

---

[60] *Ib.*, p. 40.

[61] L. Frescobaldi, p. 35.

[62] S. Brascha, p. 129.

[63] M. da Siena, p. 6.

[64] S. Brascha, p. 46.

Fray Félix dice que el barón Johannes Wernher de Cymbern precedía al grupo para realizar una buena provisión[65].

Antes de embarcar, también Arnold von Harff prepara el ajuar para el viaje, que adquiere en Venecia asesorado por el trujamán que contratara en esa ciudad[66].

Compraron "en primer término un traje pagano (bárbaro) con un velo azul para envolver la cabeza, tal como los cristianos usan en las regiones paganas. Además un gabán, que es una capa blanca hecha de fieltro delgado para tenderse en el barco [y que protege] contra los vientos fríos y la lluvia. Asimismo, dos pares de pantalones que pueden ser atados con cordones al cuerpo, para ser usados durante el gran calor ya en la nave, ya en tierra. También ocho camisas (camisolas) y dos toallas para secar cara y manos, que son verdaderamente útiles en el barco. Compró para mí un colchón, que es un lecho relleno con lana para dormir en el barco, además, una almohada y dos sábanas. También una caja de hojalata en la cual podían guardarse todas las pertenencias puesto que los marineros del barco son grandes ladrones. Además, adquirió dos barriles de vino italiano que son pequeñas pipas, para llevar 30 o 40 cuartos, puesto que el vino con que se cuenta para beber en el viaje es muy fuerte. También dos barrilitos vacíos para poner agua fresca en cada puerto, que se necesita mucho en los barcos. Además, una bacía para manos en la cual escupir cuando se enferma a bordo, también algo con que limpiarse los pies. Asimismo compró para mí dos libras de cera y mucha yesca. Además, un ducado de jamón salado. También medio ducado de lenguas saladas. Y medio ducado de salchicha. Un ducado de buen bizcocho blanco que es un pan cocido dos veces, que se mantiene bien a bordo del barco. Además, compró para nosotros un gallinero, así que cuando llegamos a un puerto y compramos gallinas, podemos ponerlas allí. También algunas clases de píldoras y otras confituras que son necesarias a bordo del barco, pues se corre el riesgo de constipación en el mar o, por el contrario, ir a menudo al lugar de la purgación del cuerpo, cosa que frecuentemente me ha sucedido a mí en regiones extrañas y en climas frescos. Por esta razón, cada peregrino debe precaverse y tomar medidas contra esto o correrá peligro de acortar su vida"[67].

Sabemos que el contrato establecido entre el patrono y los viajeros preveía tocar puerto —si no todos los días— por lo menos con la periodicidad necesaria para comprar las vituallas que, por ser perecederas, no podían

---

[65] F. Fabri, t. I, p. 70.

[66] A. von Harff, p. 69.

[67] *Ib.*, pp. 69-70.

llevarse en grandes cantidades. Santo Brascha aconseja: "Y cuando descienda a tierra ha de procurarse huevos, pollos, pan, confitura y frutas"[68].

A medida que se desarrolla la navegación, tenemos noticia de los aprovisionamientos parciales. De tal manera, conocemos la fertilidad y abundancia de ciertos lugares y la esterilidad de otros. Así, sabemos que en las islas Assaro no había ni una gota de agua potable[69]. En Modón (hoy Methoni), los viajeros se dirigieron "a la casa de los hornos donde se cuecen las galletas para los navegantes". De ellas se aprovisionaron los peregrinos.

En ocasiones, la nave recala para buscar materias primas o elementos con qué atender a las necesidades generales. Así, en Chipre desembarcan los galeotes "para buscar leña para la cocina"[70].

Aun ciertos elementos que parecen estar, a nuestros ojos, menos sujetos a descomposición, debían ser preparados para que tal accidente no ocurriera en el mar.

Frescobaldi nos habla de esto. Al llegar a Modón en época de vendimia, "no encontramos vino viejo y nos dieron un barril de vino con resina porque si no hacen eso, el vino se corrompe y de estas dos cosas no sé cuál será la peor. El uno [hace mal] a los ojos y el otro al gusto"[71].

Al desembarcar fray Félix y sus compañeros —antes que se les permitiera el tránsito por Tierra Santa— hubieron de comprar vituallas a los naturales que acudieron a realizar su negocio. Esto lo analizaremos en detalle más adelante[72].

Las provisiones de camino no siempre eran buenas, los viajeros habían de acomodarse a lo que encontraran. Al recalar en las islas Assaro intentan comprar panes frescos y huevos en alguna aldea. Magro resultado les proporcionó su recorrido puesto que sólo hallaron una habitación de naturales que fray Félix llama "domunculam" (casita) en la cual encontraron unos "pobrísimos hombres eslavos" que nada tenían en su casa a excepción de unas raíces que secaban al sol y que luego —ya endurecidas— molían para hacer harina, con ellas confeccionaban panes que hubieron de gustar los viajeros pero que "era insípido y negrísimo". El narrador subraya que ésa era la única posibilidad que se les ofrecía: "y en la isla no había otra habitación sino ésa"[73].

---

[68] S. Brascha, p. 129.
[69] *Ib.*, p. 160.
[70] *Ib.*, p. 120.
[71] L. Frescobaldi, p. 36.
[72] F. Fabri, t. I, p. 197.
[73] *Ib.*, t. I, p. 156.

En Tierra Santa también deben procurarse los alimentos, pero allí los mercaderes y vendedores ya están preparados para recibir a los viajeros. En Jerusalén, fray Félix y sus compañeros encuentran comercio de alimentos y otras muchas mercancías. Se ocupaban de su venta "sarracenos, judíos, heréticos, cristianos orientales". Menciona el narrador los alimentos que se les ofrecían: "pollos y gallinas cocidas, leche cocida, un plato de harina y arroz con leche cocida, óptimos panes, huevos, uvas y racimos dulcísimos, granadas, manzanas, frutas en general, limones, higos grandes y pequeños, golosinas de almendras y miel y agua fresca"[74].

Cuando se trata de peregrinos o de viajeros que cumplen la mayor parte de su camino por mar, al tocar el puerto de llegada tienen que realizar nuevo abastecimiento, así como cuando intentan peregrinaciones secundarias. Estas casi siempre comportan difícil tránsito por lugares desiertos o escasamente poblados.

Mariano da Siena dice que para dirigirse de Belén a Judea "es necesario ir aprovisionado pues no se encuentra ni siquiera agua"[75].

Frescobaldi habla de sus preparativos para el viaje al Sinaí. Están en El Cairo. El gran trujamán del sultán los despoja del barril de malvasía que poseían. Les deja solamente dos barriles pequeños "que hacen un barril y medio de los nuestros"[76]. Dice luego que se aprovisionaron para cruzar el desierto con dos *bushels* de treinta y cinco litros cada uno, con bizcochos de acuerdo al número de personas que era, en total, —entre domésticos, intérpretes y camelleros— dieciocho bocas[77]. Se proveyeron de vinagre, de azúcar y queso para algunos días. Aclara que llevaban más bizcochos de los que podían necesitar para dárselos a los monjes del monte Sinaí, además, para apaciguar a los árabes que encontraban por el camino, "para que no nos trataran mal"[78].

Juan Adorno habla de los víveres necesarios para cruzar el desierto, sobre todo agua fresca en odres nuevos. El agua puede beberse con azúcar candi y azúcar rosado que también había que llevar. Además, habrán de aprovisionarse de vino pero se tomará en poca cantidad, sólo si fuera necesario por enfermedad. Se utilizará el vinagre con aceite en la comida pues excita el apetito[79].

Von Harff compra personalmente todo lo necesario para el viaje, entre

---

[74] *Ib.*, t. I, p. 218.

[75] M. da Siena, p. 102.

[76] L. Frescobaldi, p. 52.

[77] Medida de áridos, su capacidad, en efecto, es de 35 litros.

[78] L. Frescobaldi, p. 52.

[79] A.-J. Adorno, p. 213.

otras cosas, bizcochos blancos, queso blanco, harina y agua, una caja de madera cubierta de tosca piel a la manera de un gran sombrero para el sol[80].

Las provisiones servían para saciar a los viajeros pero, también, para calmar las expectativas y exigencias de los naturales o de los guías. Juan Adorno habla de ello en el mismo pasaje: "nos pedían constantemente de comer, aun cuando nuestras provisiones apenas bastaban para nosotros"[81]. Ante la negativa de los viajeros, los guías los amenazaban con abandonarlos, con no proseguir más allá. La situación se hacía angustiosa ante tales presiones. Para dormir tranquilos, los viajeros amontonaban todas sus pertenencias, se situaban alrededor, de tal manera, los despertaría la llegada de cualquiera. Sobre todo, ocultaban el vino que podía suscitar las iras o la codicia de los musulmanes. Para evitar mayores tensiones, los Adorno y sus compañeros habían acordado con los guías entregarles golosinas e incluso un poco de harina para que hicieran pan a la manera árabe, cuando encontraran madera o los excrementos de camello necesarios para encender fuego[82].

En el camino al monte Sinaí "encontramos un árabe que, como los otros, nos pidió víveres que le dimos". En la misma expedición, un camellero les anunció que iría a visitar a algunos árabes amigos de las proximidades. Les pidió que le entregaran algo para llevar como presente. "Fue necesario aceptar, a despecho del temor que teníamos de que nos tendiera emboscadas"[83].

Adentrarse en el desierto implicaba una aventura peligrosa, esperaban al viajero muchas peripecias que debía enfrentar con indomable espíritu y con las previsiones que estuviera en su mano realizar.

Los alimentos eran esenciales pues, como dice fray Félix, realizar ese viaje era más peligroso que una travesía por mar "porque en el trayecto marítimo siempre hay un puerto mientras en este caso no hay tienda ni hospedería y, además, no se puede contar con maná del cielo"[84].

Fray Félix se encarga de comprar lo necesario para toda la comitiva. Tiene inconvenientes para realizar el encargo puesto que mientras se encuentran allí los mamelucos, todos los puestos permanecen cerrados ya que los renegados toman las mercaderías sin pagarlas luego.

Por fin puede realizar la compra necesaria, las provisiones están calculadas como si cada viajero hubiera de comer por tres pues han de llevar

---

[80] A. von Harff, p. 135.

[81] A.-J. Adorno, p. 215.

[82] *Ib.*, p. 217.

[83] *Ib.*, p. 225.

[84] F. Fabri, t. III, p. 374.

lo necesario para ofrecer a los árabes. Toman jarras de vino, odres nuevos para el agua, grandes cestos para transportar las marmitas y todo lo concerniente a la cocina, trébedes, parrillas, etc.

Compran tres jaulas de pollos y un gran gallo blanco para que les indicara las horas, cestos con vasos, platos, pequeños cestos "donde conservaríamos otros alimentos no líquidos para llevar en la silla del asno", sacos para comidas secas. Además, los elementos para preparar las comidas: queso, manteca, vinagre, trigo triturado para los guisados, cebollas, arroz, almendras, salazones, confituras diversas, cosas dulces y amargas para los enfermos, medicinas, antorchas, zapatos, dos cestos llenos de huevos y cosas semejantes[85].

Los monjes —dada su carencia de dinero— eran auxiliados con frecuencia en todo lo que atañía a los gastos de viaje. Al partir para el monasterio de Santa Catalina, fray Paul Walther y su compañero, el padre guardián del convento de Jerusalén pagó el precio del viaje de ambos peregrinos, veinte ducados, mientras que los demás viajeros pactaron en veinticuatro ducados por persona. Además, el padre guardián les entregó "dos frascos con excelente vino, un gran saco con óptimo pescado, carnes ahumadas, queso, aceite, arroz, almendras, pasas de uva grandes y pequeñas, vinagre, sal y gran cantidad de otras cosas necesarias en gran cantidad". Además de recibir todo esto, llevaban una orden para el monasterio de Monte Sión, por ella se les daría, en caso de necesidad, una limosna en dinero, ofrecida por uno de los peregrinos[86].

Destaquemos que entre los elementos que se compran y que se consideran fundamentales se cuentan los zapatos. Las rutas ásperas, los ascensos a ríspidas cimas consumían con facilidad el calzado. Por tanto los viajeros necesitaban proveerse de varios pares.

Al descender del monte Sinaí —descenso que habían logrado "luego de fuerza, fatigas y penas"— los peregrinos compañeros de fray Félix, además de cansados, llegaron casi descalzos. Muchos caballeros habían de volver a El Cairo luego de cumplido el viaje, con los zapatos "deshechos y sin suelas".

Un par de zapatos nuevos apenas bastaba para realizar el ascenso y el descenso de esos dos montes y "nosotros no habíamos hecho bastante reserva para esto". Fray Félix se consideraba afortunado pues había recibido de uno de los caballeros —que había permanecido enfermo en el monasterio de Santa Catalina— un par de zapatos nuevos "de cuero color leonado o ceniciento" que había adquirido en Jerusalén. Eso le había

---

[85] *Ib.*, t. III, p. 374.

[86] P. W. de Guglingen, pp. 187-188.

permitido abandonar sus zapatos, un "viejo par casi totalmente descosido que no hubiera ciertamente resistido el ascenso de la primera montaña"[87].

Los monjes embajadores tienen que soportar las exigencias de los oficiales, de los guías, de los naturales de las regiones por donde pasan. Se les pedía dinero o alimentos.

Fray Guillermo de Rubruck dice cómo, llegado a la corte de Shagatay, un intérprete les solicitó víveres y un vestido a cambio de los servicios que les prestaría al traducir sus palabras. Los monjes-embajadores le entregaron parte de sus alimentos[88].

Estos legados que se internaban en el corazón del Asia, rumbo a la corte transhumante de los khanes, podían prever escasamente lo necesario para el camino. No llevaban dinero por ser religiosos y quedaban, por tanto, merced de lo que los soberanos quisieran proporcionarles y a lo que quisieran cumplir sus enviados, no siempre diligentes en concretar la voluntad de su señor.

De camino por Turquía fray Guillermo de Rubruck, el gobernador informó a los viajeros que se le había ordenado que no diera alimento a ningún franco, a excepción de algunos embajadores. Por tanto, al cabo de unos días, hubieron de comprar alimento. El guía tampoco se comportaba bien con quienes debían ser sus protegidos puesto que, aunque les proporcionaba caballos, guardaba para sí el dinero que tenía asignado para procurarles alimentos.

Cuando el soberano se encontraba cerca, sus órdenes se cumplían con mayor efectividad.

El mismo viajero recuerda las penurias que para comer experimentaron en Karakorum en cuanto a alimentos puesto que poco y malo era lo que tenían: pan cocido bajo la ceniza y pasta cocida en agua, el agua de que disponían era mala pues era agua de nieve o de hielo fundido. Al quejarse ante el hijo del khan se les proveyó mejor, se les envió vino, harina y aceite. Lo que destaca con mayor complacencia es que les dieron un pellejo de vino[89].

Cuando el grupo de Roberto da San Severino parte de Acre, no van abastados de provisiones, no han podido encontrar lo necesario ni en la ciudad ni en sus alrededores. Lograron al fin "Bizcocho y pan, hecho a la manera siria o mora, es decir, sin levadura, algunos huevos, pollos, algo de carne bovina, uvas frescas, algunos frutos, aceite y vino nuevo"[90].

---

[87] F. Fabri, t. III, p. 475.

[88] G. de Rubruck, p. 255.

[89] *Ib.*, p. 316.

[90] R. da San Severino, p. 191.

Se asombraban los viajeros puesto que habían pedido que se les enviaran provisiones desde Damasco o de Beirut, habían logrado respuesta afirmativa de don Antonio Loredano —uno de los cónsules venecianos en Damasco[91]— habían insistido ante él una y otra vez para que les enviase las vituallas "senza exceptione et dimora alchuna"[92]. Enfermos como estaban, se veían necesitados de azúcar y "confecti" o de alguna otra cosa apropiada "per poterse medicare o restaurarse".

Nada de eso logran conseguir antes de partir, lo hacen poco provistos con "catiuo biscotto", es decir pan sin levadura. Si ellos lo habían logrado malo "lo patrone n'aueua pezore cioè vechio e pieno di vermi"; el agua que llevaban estaba descompuesta puesto que era la que el patrono había tomado en Venecia o en la crecida del río de Acre; poco vino y el que tenían "era vinazo remaniato grande mischolato con maluasia" de horrible gusto y peor olor ("puzaua di rasa et pegola"). Uno de los marineros llevaba vino rojo, tan oscuro y espeso "ch'el se saria potuto tallare col cortello". Si alguien aceptaba tomarlo había de actuar como quien bebe una pócima ("come quelli che receuano medicina di reubarbaro o d'altra cossa più fetida"), había de ponerse bajo la nariz algo que oliera bien y luego lavarse la boca.

Tan malos eran los vinos con que contaban que hubieron de recurrir al vino nuevo, que habían comprado en las montañas de Acre. Las demás provisiones no eran mejores, no tenían golosinas, sólo unos "pulli stentati" y uva ya estropeada.

Si no tenían agua para beber, también carecían de ella para cocinar. Los servidores del señor da San Severino habían de mendigarla "cossi trista et puzolenta come'l era", tampoco contaban con demasiada leña para el fuego. También iban faltos de ajuar. No tenían vasos, de manera que, en ocasiones, se vieron forzados a emplear los "che vsauano per monstrare li signi al barbero"[93].

Tampoco tenían toallas, les fue prestado un pedazo tan negro y sucio que —según la imagen del narrador— no se encontraría manta de caballos ni delantal de marmitón o tripero "così bruto et stomachoso" ("tan feo y nauseabundo"). Ante tal suciedad hubieron de emplear como toallas los paños que usaban para enjugar el rostro y rascarse la cabeza.

Tampoco habían encontrado en Acre candelas de cera o de sebo, por tanto carecían de luz para cenar, cuando se disponían a dormir o para toda otra necesidad habían de contentarse con una lucerna, es decir con un cuenco con aceite, "come feno le pouere femine vechiarelle de villa". Y

---

[91] *Ib.*, p. 180.

[92] *Ib.*, p. 192.

[93] *Ib.*, p. 197.

además, empleaban una a la vez[94]. Si deseaban tajos de cocina también habían de pedirlos por favor y, como no había tantos, debían emplearse una y otra vez sin limpiarlos demasiado pues —por la falta de agua— no podían lavarlos, de manera que era necesario dejarlos secar al fuego o al viento y luego rasparlos con cuchillos para quitarles la suciedad.

En verdad soportaron muchas privaciones, muy otra había sido la realidad de su viaje hasta Venecia cuando habían podido gozar de los buenos vinos de Lombardía, de excelentes bizcochos azucarados, de jarabes y de diversas medicinas, "ch'el seria bastato ad vna bona spitiaria" ("que hubiese bastado para una buena botica"). No sólo de alimentos habían gozado entonces sino de todo un completo ajuar: "lenzoli, thouaglie, mantili et altri fornimenti da lecto, da tauola et da cuxina" ("sábanas, toallas, manteles y otros ajuares de lecho, de mesa y de cocina")[95]. En el viaje de ida nada les había faltado pues se habían abastecido en tal cantidad que estaban provistos —para hacer frente a la salud o a la enfermedad— "come se fussero stati in vna cità"[96].

---

[94] *Ib.*, p. 198.

[95] *Ib.*, p. 199.

[96] *Ib.*, p. 200.

2. EL MAR Y LAS NAVES

Una de las principales preocupaciones de los viajeros era elegir los medios de transporte merced a los cuales cumplirían su recorrido con la mayor comodidad posible. Algunos de esos medios de transporte eran previsibles desde el comienzo del viaje, la necesidad de utilizar otros surgía de camino.

Cuando se trataba de llegar a Tierra Santa o al lejano Oriente, ya hemos dicho que la primera elección era la de la vía, marítima o terrestre. Ambas presentaban asechanzas e inconvenientes sin cuento, como veremos en el apartado que habla de la realización misma.

El mar, de ordinario, atemorizaba a los viajeros y es por ello que algunos —que preparaban el tránsito con mayor cuidado— trataban de conocerlo y, por supuesto, de enumerar sus peligros y modos de sortearlos.

Fray Félix menciona los diversos mares y sus características. La descripción que realiza está avalada por autores medievales que han recogido la tradición clásica. En primer término habla del Mediterráneo que llama también *mare magnum*, en el cual desembocan tantos ríos[1].

El nombre de *magnum* que recibe deriva de la circunstancia de que es mayor que cualquier otro lago o mar. También es llamado *mare nostrum* porque "está cerca de nosotros y es el mar ordinariamente transitado". Recibe el nombre de *Mediterráneo* porque "separa y distingue las principales partes del mundo, es decir, Europa, Asia y Africa..."[2].

En ese mar se encuentran cavernas amplias, en las cuales se aloja lo que el viajero llama "spiritus procellarum" ("el espíritu de las tormentas"). De ellas —nos informa fray Félix— habla Vincent de Beauvais en su *Speculum Naturale*[3].

El segundo es el Ponto, *mares majus* o *ponticum*. Recibe el primer cali-

---

[1] F. Fabri, t. I, pp. 107 y ss.

[2] *Ib.*, p. 109.

[3] *Ib.*, p. 108.

ficativo a pesar de que "no es mayor que el *mare nostrum*"[4]. El término de *póntico* comporta reminiscencias clásicas. El fraile también recuerda el nombre de *Euxinus* y lo explica según la tradición de Ptolomeo, recogida por San Isidoro[5].

Por fin, menciona el *mar máximo*, llamado también *océano*. Lo define como "exterior [pues], a manera de circuito, rodea todo el orbe de la tierra y lo abraza"[6]. En este caso, también se dedica a establecer etimologías.

Luego esboza explicaciones generales acerca de las condiciones del agua salada. Todos los mares —dice— tienen "aguas saladas, amargas, insípidas, malsanas y no aptas para ser bebidas y abominables tanto para los hombres como para las bestias, más que la orina".

Intenta explicar esa condición —aunque acota que "salsedinis causa est occultissima" ("la causa de esa salazón es misteriosísima")[7]— recurriendo a los autores clásicos, como Aristóteles[8]. Se extiende luego en las características de esa agua "multo gravior et spissior dulci" ("más pesada y más espesa que la dulce").

Luego de esta distribución de mares —que fray Félix esboza de acuerdo a sus conocimientos clásicos— habla largamente de los múltiples peligros de la navegación, que detallamos en otro capítulo.

El mar era, pues, uno de los caminos que podían elegir los viajeros. Pero, a veces, la elección inicial se modificaba en razón de acontecimientos imprevistos.

Los Adorno se encuentran en Ramleh. Deseaban embarcar pero puesto que naves piratas rondaban dichas costas, "el temor hacia aquellos que ciertamente nos hubieran despojado, nos impidió tomar la vía marítima que nosotros pensábamos más segura que la terrestre, reputada como más azarosa debido a los árabes"[9].

Sabemos que ninguno de los caminos elegidos era seguro ni estaba libre de peligros[10]. Este pasaje es ejemplo no sólo de esas asechanzas sino también de cómo el medio de transporte considerado como conveniente debía ser reemplazado por otros más apropiados o existentes en el lugar.

Los peregrinos casi siempre elegían la vía marítima. Ya hemos dicho que el puerto de Venecia era aquel desde donde salían anualmente las

---

[4] *Ib.*, p. 107.

[5] *Ib.*, p. 109.

[6] *Ib.*, p. 107.

[7] *Ib.*, p. 111.

[8] *Ib.*, p. 112.

[9] A.-J. Adorno, pp. 305 a 307.

[10] Ver *Peripecias*.

galeras con destino a Tierra Santa. Allí se congregaban quienes deseaban realizar el viaje, a la espera de la partida. Por supuesto, no todos los navíos ofrecían las mismas comodidades ni seguridades. Y, por consiguiente, variaba el monto exigido por los patronos para realizar el traslado[11].

Muchos peregrinos, al redactar sus memorias de viaje, que incorporaban consejos para aquellos que emprendieran tan piadoso camino, indicaban cuáles eran los mejores tipos de navíos, las comodidades y seguridades que podían ofrecer, las exigencias que habrían de plantearse al patrono, el contrato que había de firmarse con éste.

Pero Tafur nos dice que, al llegar a Venecia se hospeda en casa de Carlo Morosin, durante treinta días, en espera de la partida de la galera, el día de la Ascensión[12]. Establece un contrato con el patrono de la nave que los transportará. Nos hace conocer las condiciones y los montos: "Yo me igualé con el patron de la galea, segunt la costumbre ellos an, por el nolito del navío é por el comer abastadamente, con la colaciones de muchas é buenas conservas ansí á la mañana como á la tarde é noche, yda e venida fasta Veneja treynta é cinco ducados por cada persona; é yo, por que ygualé que me dexasen en Ierusalem, díles por mí é dos escuderos mios sesenta ducados, á cada veynte por persona"[13].

Fray Félix Fabri es quien nos hace conocer con mayor detalle en qué manera se hacía el pacto con el patrono y cuáles eran las condiciones requeridas para el aposentamiento en la nave. El y sus nobles señores se encuentran en Venecia a fines de abril de 1483. Ese día 29 de abril se dirigen hasta la plaza de San Marcos y desde allí van al canal grande para visitar las dos galeras que se ofrecían al pasaje. En primer término se llegaron hasta la de don Pedro de Lando que fue del agrado de los viajeros puesto que "era trirreme, grande y ancha, nueva y limpia". Fueron recibidos con suma reverencia por el patrono quien, en el castillo de la nave, los agasajó con una colación ofreciéndoles vino de Creta y dulces alejandrinos, además de diversos chacinados. El grupo alemán estaba constituido por doce personas. Por tanto el patrono los condujo a la *carina*, es decir a la cámara destinada a dormitorio de los pasajeros y les dijo que eligieran el lugar en donde les gustaría aposentarse. Inspeccionada que fuera la galera por los presuntos pasajeros, se despidieron y pasaron a la que pertenecía a don Agustín Contarini, quien también trató a huéspedes tan ilustres con extremada consideración. Les hizo examinar la galera y los lugares que podrían ocupar y también les ofreció una colación constituida por vino y

---

[11] J. Sottas, *ob. cit.*, p. 141.

[12] P. Tafur, p. 36.

[13] *Ib.*, p. 41.

chacinados. Aseguró su buena fe y puso a fray Félix como testigo de ello puesto que en viaje anterior había navegado en su navío. La nave de Contarini era menos apropiada y cómoda, era birreme, menos amplia que la de Lando "y aun más vieja y fétida que aquélla en la cual atravesé el mar la primera vez e incómoda en muchas cosas"[14].

Muchas circunstancias se conjugaban en la elección de la nave en que se hacía el viaje a Tierra Santa y en que se desandaba el camino de regreso a la patria.

El señor da San Severino con sus compañeros hesitan en visitar Beirut —para lo cual habían de cambiar de nave— o renunciar a esta etapa y regresar con la que les ofrecía inmediato viaje a Venecia. Se decidieron por lo último —recordando la palabra de otro viajero— "pues la mencionada nave era casi nueva y segurísimo navío en el mar y tenía como patrono a un veneciano muy noble, así como todos los oficiales de la nave, y que estaba muy provista de bizcochos, vinos y vituallas y de todas las cosas necesarias, tanto para el gobierno de la nave como para la manutención de quienes estuviesen a bordo"[15].

Como vemos, a las condiciones de la nave se agregaban la consideración de las virtudes de su tripulación y abastecimiento.

La elección de la nave no sólo había de prever la comodidad sino también la supervivencia. Esos navíos habían de soportar duras tormentas y —como anota el señor da San Severino— luego de sortear una de esas tempestades "y si la nave mencionada no hubiera sido buena y nueva, como era, suponemos que hubieran perecido sin duda..."[16].

Retornemos a fray Félix y a sus compañeros.

Vueltos a su hospedaje, los viajeros deliberaron acerca del partido a tomar. Se decidieron por el trirreme de Pedro de Lando. Reflexiona fray Félix: "A mí me gustaba más el otro patrono, Agustín, pero su birreme fue desechado por sus grandes miserias"[17]. Por supuesto, la decisión de realizar el viaje con Pedro de Lando implicaba ponerse de acuerdo con el patrono acerca de una serie de obligaciones y deberes. De tal manera redactaron veinte artículos que sometieron a la consideración del patrono para que éste los refrendara o los modificara:

1º) Trata del tiempo a emplear en la navegación entre Venecia y Jaffa. Habría de realizarse en catorce días.

---

[14] F. Fabri, t. I, p. 98.

[15] R. da San Severino, pp. 183-184.

[16] *Ib.*, p. 211.

[17] F. Fabri, t. I, p. 89.

2º) Que la galera estuviera provista de expertos marineros "que conozcan el arte de la navegación con todo viento". También se pide que la galera esté bien provista para defenderse de los piratas o de los enemigos"[18].

3º) Que el patrono no llegue a puertos inhabituales o extraños, que toque con el navío sólo aquellos a que se acostumbra a arribar. Los peregrinos alemanes piden, además, que no se detenga en el reino de Chipre, si fuera necesario llegar a él que no permanezca más de tres días, puesto que el aire de Chipre es —según la tradición de los antiguos— pernicioso para los teutones.

4º) Trata de comidas que el patrono debe ofrecer diariamente al pasaje. Deberán ser dos sin excusa para no proporcionarlas.

5º) Desde Venecia hasta Tierra Santa los alimentos de que el patrono debe proveer a los viajeros serán buenos panes y galletas, buen vino, dulce agua fresca, carnes y huevos y cosas semejantes.

6º) Que siempre a la mañana, antes de la comida, ofrezca vino, a cada pasajero se entregue un vaso, o un pequeño frasco, según la costumbre que se estila en las naves[19].

7º) Si los peregrinos por alguna causa justa, por ejemplo, para buscar agua o alguna medicina o alguna otra cosa necesaria pidieran que se enviara a alguien al próximo puerto en el cual la galera, de ordinario, no tiene que recalar, debe serles concedida una barca con barquero para cumplir tal propósito.

8º) Si el patrono llegase a algún puerto estéril, en el cual los peregrinos no pudieran encontrar lo necesario, tiene que llevarlos a un buen puerto en donde puedan proveerse.

9º) El patrono debe proteger a los peregrinos tanto en la galera como fuera de ella. Inclusive debe cuidar que sobre la galera no sean tratados rudamente por los galeotes, por ejemplo que no los echen de los lugares en que los peregrinos quisieran permanecer, que no los molesten en tierra o que no pongan ningún impedimento en sus cámaras (*cumbis*).

10º) Que el patrono permita a los peregrinos permanecer en Tierra Santa el tiempo oportuno, que los acompañe y que vaya personalmente con ellos a los lugares acostumbrados. Sobre todo tiene que acompañarlos al río Jordán puesto que siempre, en ese lugar, los peregrinos sufren dificultades y vejaciones por parte de los infieles.

11º) Al patrono le corresponde pagar todos los peajes, el dinero del salvoconducto que permite transitar por Tierra Santa, el alquiler de

---

[18] Ver *Peripecias. Piratería*.

[19] F. Fabri, t. I, p. 89.

los asnos, cabalgaduras de los viajeros durante su trayecto por tierra y todas las demás obligaciones, incluso las propinas o compensaciones importantes, las modestas debían ser provistas por los viajeros.

12º) El peregrino pagará al patrono por sus servicios 40 ducados nuevos, recién salidos de la ceca. La mitad de esa suma será entregada en Venecia, el resto al llegar a Jaffa.

13º) Si algún peregrino muriera, el patrono no se apoderará de los bienes que dejara sino los entregará intactos a quien el difunto los legase[20].

14º) Si algún peregrino muriera antes de llegar a Tierra Santa, el patrono deberá restituir la mitad del total que le ha sido entregado. Dispondrá de esa suma de acuerdo a las mandas testamentarias.

15º) Si algún peregrino muriera, que su cuerpo no sea arrojado al mar de inmediato si pudiera ser llevado a tierra y sepultado en algún cementerio. Si, por el contrario, estuvieran lejos de la tierra de manera que fuera muy difícil conservar tanto tiempo el cuerpo en la galera o si los compañeros del difunto así lo aceptaran, que sea arrojado al mar.

16º) Si algunos peregrinos quisieran ir hasta Santa Catalina, en el monte Sinaí, el patrono pedirá a éstos, otros 10 ducados que deberán serle entregados antes del retorno a Jerusalén.

17º) El patrono, antes de volver a Jerusalén, ha de ayudar de buena fe a los peregrinos que quieran ir a Santa Catalina y debe establecer un pacto pacífico entre ellos y el trujamán correspondiente.

18º) Que el patrono asigne a los peregrinos un lugarcito conveniente para

---

[20] En el viaje a Tierra Santa realizado por Alessandro Rinuccini (1474) murió un sacerdote húngaro. El patrono de la nave desconoció todas estas disposiciones. El texto dice: "Andrea Bono sollecitamente no attendendo alle parole di quello che era restato executore del testamento del defunto, né ad altro che detto li fusse, a furia lo fece spogliare d'una giubetta e ischucirla e chavarne ducati centocinque che drento v'aveva chuciti e chosì restò quivi il corpo con una ghonnella e j° ghonnellino e le chalze e una scharpetta e il chappello". Cit. por Andrea Calami, *Il viaggio in Terrasanta di Alessandro Rinuccini en Toscana e Terrasanta nel Medioevo*, a cura di Franco Cardini, Florencia, Alinea, 1982, p. 247.
También existían los *misselae*, quienes "intervenían en la redacción de los contratos que debían firmar y hacer registrar en la oficina de los *cattaveri*. Eran remunerados oficialmente y se les prohibía recibir compensación alguna de patronos o peregrinos. Destaca Sottas que la labor de estos oficiales públicos sufría la concurrencia de los hospederos. Esta actividad de intermediarios les fue prohibida en 1407.
También los patronos de los navíos intentaban eludir a los oficiales públicos en su relación y trato con los peregrinos, según hemos visto en los ejemplos dados en el texto. Se los obligó a inscribir su nombre en el registro de los *cattaveri*. Era una manera de controlar su actitud respecto de los viajeros. Sobre todo se trató de asegurar el respeto del contrato que se establecía entre las partes. Durante el transcurso del viaje los patronos habían de dar razón de ese cumplimiento a los gobernadores y delegados venecianos.

sus pollos o gallinas y que sus cocineros compartan el fuego con los cocineros de los peregrinos al mismo tiempo, si así les place.

19º) Si algún peregrino enfermase tan gravemente que no pudiera permanecer en medio de los hedores de la *carina* [la cámara de los viajeros] o los demás no quisieran sufrir su dolencia, el patrono ha de asignar a éste un lugar ya en el castillo, o en popa o en otro banco. Sabemos que esto le ocurrió en verdad a Frescobaldi antes de comenzar su recorrido. Cayó enfermo en Venecia. A pesar de la oposición de los médicos, insistió en embarcar: "Al ver mi determinación el capitán de la barca me ofreció su cabina que estaba al lado del timón y yo le tomé la palabra"[21].

20º) Si algo no estuviera claro o previsto con bastante detalle en esta convención, que, de acuerdo a lo establecido y según la costumbre, lo establezca el patrono y lo haga insertar en el presente enunciado[22].

Como vemos, en el contrato que se establecía con el patrono (parágrafo 4) éste se comprometía a ofrecer a los pasajeros alimentos durante la navegación, a pesar de ello, el dragomán que contratara von Harff en Venecia, creyó oportuno proveerse de comestibles y bebidas "de tal manera nosotros podríamos confortarnos luego de las comidas, si —como a menudo ocurre— el patrono no hace preparar los alimentos de acuerdo a nuestra costumbre"[23].

Establecidos estos artículos de común acuerdo, los viajeros convocaron al patrono a su hospedería para exponerlos a su consideración y aprobación. Don Pedro de Lando tomó el papel con los artículos y lo leyó atentamente. Y luego introdujo algunas modificaciones. En lo relativo al tiempo establecido en la primera cláusula dijo que no podía aceptar. Alegó las razones que se lo impedían, mostró que la navegación era más dificultosa en el mes de mayo. Por tanto el tránsito no podría realizarse en los catorce días pedidos por los peregrinos, ni siquiera en veintiséis, el patrono

---

[21] L. Frescobaldi, p. 34. Ver también *Enfermedades*.

[22] Otros viajeros nos indican la existencia de pactos semejantes aunque no los mencionen con tanto detalle. Fray Paul Walther de Guglingen dice que por 40 ducados el patrono —Agustín Contarini— se comprometió a dar a los viajeros, durante el viaje por mar, buenas vituallas, y, además, a pagar todos los tributos y el salvoconducto y el alquiler de los asnos, las propinas necesarias...
Pero —reflexiona el monje— "no cumplió con todas estas cosas". Puesto que "los retuvo en Venecia más allá de lo prometido, a saber, 18 días contra su voluntad". Fray Paul, *ed. cit.*, p. 69.

[23] A. von Harff, p. 70.

consideraba que habría de calcularse más de veintiséis días siempre que el viento fuera propicio. Respecto al contenido del artículo 12 dijo que no podía cobrar a cada peregrino menos de 45 ducados "alegando muchas razones". Sobre lo establecido en el artículo 15 dijo que él conservaría de buen grado al muerto en la galera pero que el mar no puede soportarlo y que impediría nuestra navegación. "De los restantes artículos se mostró satisfecho"[24].

El pacto final se establecía con toda solemnidad. En el caso de fray Félix y compañeros sabemos que fue realizado en el palacio ducal ante los protonotarios de la ciudad. Estos inscribieron los nombres, estado y condición de los viajeros en un gran libro y "así fue ratificado nuestro contrato y nuestra conversación"[25]. Algo análogo nos cuenta Casola cuando dice que, al llegar a Venecia, se entrevistó con don Agustín Contarini, patricio de la ciudad y patrono de la galera de Jaffa, es decir la galera de los peregrinos[26]. El libro mencionado era el registro de los contratos entre el patrono y los viajeros conservado en el despacho de los *Cattaveri* o sea los funcionarios de la *Signoria*[27].

Pero ante circunstancias especiales, el pacto podía romperse.

El señor de Caumont —de retorno de su viaje a Tierra Santa— llega con su navío a la isla de Sicilia. Allí consideró que el mal tiempo —ya había llegado el invierno— provocaría tormentas, muy duras de soportar en el mar. Se aconsejó con sus escuderos y servidores a quienes "les parecía que yo no debía ir sobre esa nave ni en tal tiempo de invierno por el mar". Por consiguiente, decidió esperar en la isla el buen tiempo. Pidió opinión entonces al patrono de la nave que lo transportaba quien coincidió con el consejo de los escuderos[28].

Permaneció entonces en la isla, recorriendo y describiendo paisajes y arquitectura con admiración y curiosidad. El señor de Caumont era huésped del castellano de Lazenello. Aunque tratado honorablemente, deseaba retornar cuanto antes a su patria, por lo que "yo había ordenado al gobernador del castillo del mar que tan pronto como llegara una nave a

---

[24] F. Fabri, t. I, p. 91.

[25] *Ib.*, t. I, p. 92.

[26] P. Casola, p. 124.

[27] *Ib.*, pp. 38-39. Sottas, *ob. cit.*, pp. 139 y ss. Los *Tholomarii* eran los ocho guías de la Piazza, instituidos (ya se los menciona en 1387) por los cónsules de los Mercaderes, dependían de los *Cattaveri*. Acompañaban a los viajeros por la ciudad para que realizaran compras, cambio de dinero, etc. Sólo ellos podían presentar los peregrinos a los patronos de las naves, por lo menos en teoría. No cobraban nada por sus servicios a los viajeros, quienes les daban voluntariamente lo que bien les pareciera. Recibían una participación —ya establecida— por cada pasajero que presentaran a los patronos.

[28] N. de Caumont, p. 101.

Palermo, luego que pasara el mes de enero, que inmediatamente me lo hiciera saber, allí donde yo estaba"[29].

En el tiempo indicado llegó una gran nave que arribaba de Nápoles y cuyo itinerario futuro preveía alcanzar la ciudad de Barcelona. El castellano habló con el patrono catalán, haciéndole conocer el propósito del señor de Caumont y solicitándole que lo esperara, a lo que accedió el catalán. "Al ver que este mal invierno había pasado y que había llegado el buen tiempo de la primavera con toda la dulzura que trae esa época, me alegré mucho con esas novedades y partí del mencionado castillo en que yo había permanecido los meses de diciembre y enero y el mes de febrero hasta el día 10"[30].

Aunque no está explícitamente indicado, de manera evidente M. de Caumont ha debido formalizar —si no un acuerdo tan cuidadoso como cuando se trataba de un viaje tan largo como el que llevaba a los viajeros a Tierra Santa— ciertamente un pacto con el patrono de su nuevo transporte que, según dice, era una nave "bella y grande"[31].

Pero volvamos al contrato que establecían los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa.

Estipulado de tal manera, correspondía a los viajeros elegir los lugares que ocuparían. Suponemos que, en este caso, el patrono usaba de especiales consideraciones respecto de los señores alemanes de quienes era capellán fray Félix, dada su importancia y condición. Los peregrinos eligieron en el lado izquierdo doce lugares, el patrono "escribió con tiza los nombres de cada uno de nosotros para que nadie ocupase esos lugares". Se alegra fray Félix puesto que dice que a él le correspondió el mejor sitio. Y pasa a describir lo que entiende por *cumba*. "Es el lugar que se asigna a cada hombre, que tiene la longitud necesaria para que allí se extienda. Ese lugar se le asigna para dormir, para estar sentado, para permanecer en salud y enfermedad"[32].

La observancia de lo establecido en el pacto debía ser rigurosa según nos lo dice el mismo narrador. El 5 de mayo todavía no han abandonado Venecia. Luego del almuerzo navegaron hasta la galera y encontraron que el patrono había introducido modificaciones en sus estancias o lugares reservados. En la parte inferior de las mismas "había hecho poner planchas para que colocásemos nuestros pies, donde debían ubicarse nuestros calzados y orinales". Los viajeros dijeron entonces a los custodios de la

---

[29] *Ib.*, p. 110.

[30] *Ib.*, p. 110.

[31] *Ib.*, p. 118.

[32] F. Fabri, t. I, p. 92.

galera que, si al día siguiente no se sacaban esas tablas, estaban dispuestos a anular el pacto establecido puesto que tal modificación iba en contra del artículo noveno[33].

Como decimos, fray Félix es uno de los viajeros que nos hace conocer con mayor detalle lo estipulado con el patrono, pero muchos otros aluden al mismo tema pues era de capital importancia.

Ya hemos transcripto el párrafo de Pero Tafur[34]. Santo Brascha indica que, de ordinario, el patrono pide por sus servicios entre cincuenta y sesenta ducados. Esos servicios son los mismos enumerados por fray Félix: "está obligado a proporcionar el pasaje, a realizar los gastos de alimentos a la ida y al retorno, menos los de tierra, a pagar las cabalgaduras en Tierra Santa y también pagar todas la daciones y tributos"[35]. En realidad, Santo Brascha considera lo pagado al patrono como una parte de lo que ha de gastar quien emprenda tal viaje". "Y considera los gastos del patrono como cosa de nada, porque éste es un viaje en que no se ha de mantener cerrada la bolsa"[36].

Mariano da Siena también habla de la elección entre varias naves. Al llegar a Venecia "nos dijeron que había dos galeras grandes para el viaje a Jerusalén". Eligen la que pertenecía a un gentilhombre veneciano, Luigi Valaresi, pues era una galera "grande, buena y bella", todavía no había realizado ningún viaje. Se acuerdan en treinta ducados de oro por cabeza, monto que pagaría el transporte, los gastos sobre la galera pero "cada vez que estuviéramos en puerto nosotros correríamos con los gastos"[37].

No dice Mariano da Siena que se los haya invitado a elegir ubicación en la cámara de los peregrinos, simplemente escribe: "nos fue asignado un lugar junto a la bodega". La descripción nos hace suponer una gran incomodidad: "tenía un brazo —o algo menos, de ancho—, de largo, apenas nos podíamos extender"[38]. Añade que alguna vez podían ir hasta popa.

Para todos los viajeros la posibilidad de elegir una *cumba* confortable era privilegio y fortuna.

Al embarcar en Alejandría, fray Paul y su compañero prefirieron la galera de micer Marco Loredano quien les asignó un lugar "donde permanecimos tranquilos" aunque la galera se veía colmada y cargada totalmente por los mercaderes y las mercaderías que llevaban[39].

---

[33] *Ib.*, t. I, p. 97.
[34] P. Tafur, p. 41.
[35] S. Brascha, p. 128.
[36] *Ib.*, p. 129.
[37] M. da Siena, p. 5.
[38] *Ib.*, pp. 5-6.
[39] P. W. de Guglingen, p. 249. Cf. con F. Fabri, t. III, p. 176.

No sabemos si, en este caso, los monjes habían sido afortunados en la compensación que debían pagar para ser transportados pues el patrono los había saludado en la ciudad con generosas palabras: "¡Padres míos! Yo quiero de buena gana conduciros y proveeros tanto de vituallas como de buenas estancias. ¡Sólo orad por mí!"[40].

Como vemos, en las galeras eran aceptados los viajeros de cualquier nacionalidad. Sin embargo, en ocasiones se limita la aceptación de pasajeros. En 1398 el Senado determina que, en razón de los escándalos sobrevenidos en las naves ("Cum sicut est notum multa scandala et errores annis elapsis occurrerunt super galeys nostris Alezandrie et Baruti, propter peregrinos, qui cum eis vadunt ad Sanctum Sepulcrum..."), en las galeras que partan con ese destino —Alejandría y Beirut— "nullo modo possint ire nec redire peregrini cuius vis lingue et partium existant, exceptis Venetis et subditis nostris, pro eundo Sanctum Sepulcrum, nec in aliquam aliam parte..."[41].

En ocasiones, los viajeros se mostraban más originales en la elección de su itinerario, es decir, no seguían los pasos establecidos. Ello implicaba también problemas en los medios de transporte elegidos. Frescobaldi dice que encuentran en Venecia peregrinos franceses y algunos venecianos. A ellos se agregan florentinos. Aclara el narrador que "todos esos peregrinos querían ir al Santo Sepulcro de Jerusalén sin pasar por Santa Catalina o Egipto excepto tres de nosotros... Todos deseaban hacer el viaje en galeras para alcanzar puerto cada tarde". Entonces Frescobaldi y otros compañeros decidieron dirigirse a Alejandría para comenzar allí el circuito alquilando una barquilla de doce toneles y pagando diecisiete ducados por cabeza". Al ver los peregrinos florentinos que nosotros deseábamos realizar un gran circuito por Ultramar comenzando por Alejandría, su coraje creció y, uniéndose a nosotros, decidieron hacer lo mismo"[42].

Frescobaldi quiere pasar luego desde Famagusta a Jaffa puesto que "Sta alla marina" ("se encuentra al lado del mar"). Y allí permaneció hasta hallar nave apropiada, "al cabo de algunos días encontramos una saetía que se proponía dirigirse a Jaffa"[43].

Habla inmediatamente del acuerdo que se establece con el patrono. En este caso —escuetamente— sólo dice que se acordaron en cuatro besantes.

En algunos tramos del camino intentado, los viajeros no se desplazan

---

[40] P. W. de Guglingen, p. 247.

[41] P. Riant, "Pièces relatives au passage à Venise des pèlerins de Terre Sainte", en *Archives de l'Orient Latin*, París, E. Leroux, 1884, p. 240.

[42] L. Frescobaldi, p. 34.

[43] *Ib.*, p. 7.

por mar pero no por ello abandonan la vía acuática. En Egipto tienen que hacer camino a través del Nilo. La narración del señor d'Anglure alude, en diferentes pasajes, a las barcas que alquilan para ello.

En las diversas circunstancias de tránsito marítimo —pero sobre todo cuando el camino era largo— la elección del navío era de la mayor importancia.

Entre los peligros que fray Félix señala como propios de la navegación se cuentan las precarias condiciones de las naves que se elijan para realizar el viaje. Habla de la "debilidad e insuficiencia de las mismas" y señala que no es oportuno entregarse a navíos "pequeños o frágiles, quebrados o viejos" porque "debido a su pequeñez pueden ser superados por las olas y, anegados o porque en razón de su fragilidad pueden ser quebrados por el ímpetu de los vientos y de las aguas o porque la impericia de los pilotos los lleven a puerto con lentitud"[44].

El viaje de ida y vuelta a Tierra Santa se hacía en el mismo navío siempre que no hubiera modificaciones en el recorrido.

Cuando esas modificaciones se producían, era necesario buscar nuevos transportes y, por supuesto, establecer nuevos contratos.

Como veremos, se cree que, de ordinario, los peregrinos no empleaban los navíos mercantiles. Pero muchas circunstancias determinaban que los viajeros hubieran de recurrir a ellos. Antes de partir para Santa Catalina, fray Félix y su grupo indagan si habían llegado navíos cargados de especias desde India y si esas naves habrían de llegar hasta Alejandría. "Hacíamos esta pregunta puesto que esperábamos aprovechar de esas mercaderías para realizar el viaje, también nosotros, desde Alejandría a Italia"[45].

Los mismos viajeros, luego de haber realizado la peregrinación hasta el monasterio de Santa Catalina esperan embarcar en el puerto mencionado.

Alojados en la ciudad, estaban informados que habrían de llegar navíos venecianos, que transportaban mercaderías, según veremos.

En ocasiones, el Arsenal preparaba alguna galera *grossa* para algún peregrino ilustre. Lane recuerda al duque de Lancaster, luego Enrique IV. Esto ocurrió en 1302. El documento del archivo veneciano habla de cómo Enrique de Lancaster y el duque de Austria "per suas literas nos rogaverit quod complaceamus eidem de corpore unius galee, fulcite omnibus corredis necessariis, quam vult armare suis expensis, ut possit ire ad visitandum Sanctum Sepulcrum et Terras Sanctas" ("Por medio de sus cartas nos rogaron que les proporcionáramos una galera con todos los aparejos

---

[44] F. Fabri, t. I, p. 116.

[45] *Ib.*, t. III, p. 552.

necesarios pues quería armarla a sus expensas para poder ir a visitar el Santo Sepulcro y la Tierra Santa")[46].

El Senado accedió con la condición de no cargar mercadería por circunstancia alguna ni llevar pasajero "fuera del número de la comitiva de dicho conde tanto a la ida como a la vuelta"[47].

En 1399 el Senado alquila una galera al duque de Norfolk a pedido de Ricardo II, rey de Inglaterra: "et quia requirit a nobis nutuo unam ex nostriis galeys, occasione predicta, complaceatur de mutuando ei dictam galeam cum suis furnimentis, prout aliis in simili casu factum est..." ("y puesto que nos solicitó en alquiler una de nuestras galeras, lo complacimos alquilándole la galera mencionada con sus aparejos, tal como se ha hecho en casos similares...")[48].

Sabemos que, en ocasiones, el Estado aceptaba que un grupo de peregrinos alquilase una nave veneciana para poder realizar su viaje a Tierra Santa: "quod possint naulicare unam nostram navim, vel navigium, aut galeatiam buttarum trecentarum...". La única condición que se les impone es no cargar mercaderías[49].

Fray Félix y sus compañeros quieren embarcar en Alejandría luego de haber realizado la peregrinación hasta el monasterio de Santa Catalina.

Alojados en la ciudad, estaban informados que habrían de llegar navíos venecianos.

"El 30, al llegar la aurora, escuchamos un ruido del lado del mar y comprendimos que habían llegado algunos navíos".

Ante tal circunstancia, los viajeros consultaron con el cónsul para prever una serie de detalles: acerca del contrato a establecer con los patronos, sobre la conveniencia de viajar todos juntos o separados en tres grupos.

El cónsul les advirtió que había escasas posibilidades de que embarcaran todos juntos, "a causa de la cantidad de mercaderías cargadas en cada uno de los navíos". Incluso no creía que pudieran embarcar en grupos, lo más sensato era tratar de lograr un navío de manera individual e intentar establecer un buen pacto con los patronos, "muy duros en cuanto al contrato".

Pronto comprobaron los peregrinos que las exigencias de los patronos eran reales: "Los encontramos ávidos de ganancia, abusivos en sus exigencias acerca del precio de la navegación más que los sarracenos o los árabes"[50].

---

[46] Frederic C. Lane, *Storia di Venezia*, Turín, Einaudi, 1978, p. 400.

[47] P. Riant, *ob. cit.*, p. 238.

[48] *Ib.*, p. 243.

[49] *Ib.*, p. 244.

[50] F. Fabri, t. IV, p. 171.

En verdad, el monto que proponían era exagerado, 50 ducados por persona. Ante el asombro de los viajeros por precio tan exorbitante, uno de los patronos "declaró de manera arrogante que, por su parte, no aceptaría menos de doscientos ducados por cada uno. De tal manera, se burlaba de nosotros y nos humillaba".

A pesar de tan grandes exigencias, un grupo de nobles señores establecieron contrato con Sebastián Contarini. A despecho del alto precio exigido, firmaron el acuerdo puesto que el viaje les urgía: uno de ellos Johan, conde de Solms, se encontraba gravemente enfermo y pedía insistentemente embarcarse pues pensaba recobrar la salud en la galera. Los miembros de los otros dos grupos se mostraron inquietos ante la firma del acuerdo puesto que temían verse obligados a aceptar condiciones igualmente duras.

El primer grupo que había establecido su contrato quiso tomar posesión de los lugares en que habrían de realizar el viaje. Como representante, Bernardo de Breydenbach se dirigió, junto con fray Félix Fabri, a la galera contratada. El monje se quedó maravillado. "Esta galera me plugo enormemente. Me parecía que no había visto jamás otra más hermosa. Era nueva, de grandes dimensiones, muy bien arreglada y adornada; los servidores eran amables y el capitán de la flota que allí residía, era un hombre prudente y bueno".

Deseó entonces fray Félix regresar en tan espléndida embarcación, logró su objetivo puesto que ocupó el puesto de capellán que acompañó al primer grupo de señores[51].

Galeras

Como se ha visto, en general los peregrinos partían en galeras para realizar su piadoso viaje a Tierra Santa. Algunos autores ponen en guardia a los viajeros para que no acepten realizarlo en ningún otro tipo de embarcación.

Pero, por supuesto —aun dentro de un género común— había tipos diferentes. Fray Félix determina la existencia de grandes, medianas y pequeñas. Dentro de esa clasificación hace inclusive una diferencia histórica. Dice que en la navegación mediterránea primitiva, sólo se empleaban las naves pequeñas y pone como ejemplo el de los Argonautas. De manera evidente, el transporte común para los peregrinos a Tierra Santa era la galera pues dice taxativamente: "Sólo pretendo hablar de esa especie de

---

[51] *Ib.*, t. IV, pp. 171-172.

naves en la cual los peregrinos suelen atravesar el mar, que es llamada galera"[52].

Las galeras empleadas son naves medianas, birremes o trirremes, según tengan dos o tres remeros por banco[53].

Según fray Félix, su nombre derivaría de la forma que presentan pues su proa se asemeja a un casco o yelmo. "Y a manera de un hombre armado avanza por el mar"[54]. "La galera es una nave oblonga, impulsada por remos y velas"[55].

Describe la embarcación en que realizó su segunda peregrinación. Ya hemos dicho que, luego de examinar los transportes que se les ofrecían, él y sus compañeros eligieron aquella galera cuyo patrono era Pedro de Lando "pues era trirreme, grande y ancha, nueva y limpia"[56].

---

[52] *Ib.*, p. 117.

[53] Para las características de las trirremes: sus mayores dimensiones, mayor capacidad y época de aparición (1290-1310) ver Frederic Lane, *Le navi di Venezia*, Turín, Giulio Einaudi, 1983, pp. 45 y ss. Dalle biremi alle trireme [Id.], *Storia di Venezia*, Turín, Einaudi, 1978, p. 144. Para birremes: Lane, *Le navi...*, p. 217. Anna Momigliano Lepschy [*Viaggio in Terrasanta di Santo Brascha 1480 con l'Itinerario di Gabriele Capodilista 1458*, a cura di A. M. L., Longanesi et C., Milán, 1966, p. 28] menciona dos citas contradictorias acerca de la *Contarina*. Fray Félix Fabri que hizo su primer viaje sobre este navío dice que era birreme, Ambrogio Archinti (carta al final del *Viaggio* de Brascha) habla de la misma embarcación como trirreme. Supone que en esto hay sólo una aparente contradicción pues el nombre que se daba normalmente a las galeras en esa época era *trirremi* "pero podían tener dos o tres remos por banco".
Ver también M. Newett, *Canon Pietro Casola's Pilgrimage to Jerusalem in the year 1494*, pp. 56 y ss.
Tomamos en cuenta las indicaciones de Lane entendiendo que "raramente los peregrinos viajaban sobre galeras mercantiles del Estado..." [Lane, *St. di Venezia*, p. 400]. Sobre las características de las diversas naves comerciales y de pasajeros, ver Sottas, *Les messageries maritimes de Venise*, cap. IV, pp. 52 y ss.

[54] F. Fabri, t. I, p. 118.

[55] *Ib.*, t. I, p. 188.

[56] *Ib.*, t. I, p. 88. La descripción de Casola es una de las más completas aunque no tan matizada con elementos personales como la de fray Félix. "Hay fuera del puerto un lugar llamado 'Fuera de los Dos Castillos' que, se dice, dista de Venecia 5 millas. Y allí llegamos a bordo de la galera, que era llamada la Galera de Jaffa.
Por fuera tiene la forma de las restantes galeras venecianas. De ochenta brazos de largo, de ancho sólo tiene veinte brazos. Posee una plataforma redondeada, que sobresale, del cuerpo de la galera, más de un brazo, sostenida por numerosas ménsulas ligadas al cuerpo de la galera. En esa plataforma se almacenan muchas balas de mercaderías y también muchos barriles y pipas de vino. Hacia la parte inferior es casi redondeada y disminuye [de tamaño] de la mitad hacia abajo.
Desde la mitad —desde donde comienza a empequeñecerse hacia abajo— tres de las cuatro partes están llenas de arena y grava de manera que la galera pueda mantenerse sobre las aguas y permanezca firme. En la arena se encuentran muchos barriles y pipas de vino colocados [allí] por la mayoría de los peregrinos.

Esta tenía sesenta escaños, en cada uno de los cuales se encontraban tres remeros.

En caso de que la galera fuera de presa, en cada banco había, además, un arquero armado. La longitud del navío que lo transportara —medida de proa a popa— era de treinta y tres codos. Aclara lo que entiende por codo:

Sobre la mencionada arena hay un piso de tablas que puede levantarse si es necesario. Sobre dicho piso se ha construido una especie de salón de unos sesenta brazos de largo, que se estrecha desde el mástil central hacia la proa. El techo de esta sala, entre una y otra extremidad, está sostenido por fuertes columnas, esto constituye la cubierta de la galera. La mencionada cubierta está formada por planchas fuertes y bien embreadas, de manera que el agua de lluvia y el agua de mar no pueda penetrar en el cuarto de abajo.

La cuarta parte de la galera —esto es desde el mástil del centro hacia atrás— está dividida, primero se encuentra un lugar llamado popa, que tiene tres divisiones. La de más abajo es llamada el *pizolo*— un lugar destinado para que duerman los hombres distinguidos y también reservado para almacenar provisiones y mercaderías pertenecientes al capitán y a otros, a discreción del capitán. En mitad de la zona, que es llamada popa se despliegan las mesas para los alimentos. También hay un pequeño altar donde el capitán celebra la Misa seca. A la noche se extienden allí muchos colchones para dormir de acuerdo a la distribución de los lugares entre los peregrinos u otros pasajeros. Muchas armas también están colgadas en el techo de dicho lugar —ballestas, arcos, espadas y otras clases de armas— para defender la galera en caso de necesidad y en este lugar se hace todo el aparejo de la galera. Sobre la mencionada popa se encuentra un lugar llamado el Castillo, donde, en general, vive el capitán y también todas las personas importantes que pueda haber a bordo. Tiene un piso de planchas alquitranadas, de manera que aunque llueva mucho, el agua no entra en la popa. En el castillo se conserva el compás de la navegación. Durante el viaje este castillo se cubre primero con lona y luego con una tela roja en la cual están bordadas la insignia del Sepulcro y también las armas de la familia Contarini.

Detrás del mencionado castillo hay un lugar para manejar el timón de la galera que es movida sólo por brazos de hombres. A veces, cuando hay una gran tormenta en el mar, son necesarios más de dos hombres para manejarlo y es movido por medio de una gruesa cuerda. Más allá, se encuentra un lugar con dos vasijas de terracota llenas de agua y también un sitio necesario para purgar el cuerpo. Estos se proyectan fuera de la galera, las maderas [están] bien embreadas y bien unidas unas con otras. No puedo describir el gran tamaño y peso de este timón pero puedo decir que cuando estuvimos en el puerto de Rodas y fue preciso repararlo, se necesitaron varios hombres para arrastrarlo a tierra y al mirarlo se veía que era un gran instrumento.

A unas diez *braccia* de la popa hay un mástil fijo —es decir que nunca se mueve— cuyo ancho es tal que podría ser abrazado por un hombre alto, la verga está ligada a él por medio de la vela llamada la *mezzana* (la vela media) y hay cuerdas a ambos lados que empujan a la vela de acuerdo con la dirección del viento. Más allá del mástil mencionado, a la derecha, se encuentra la cantina del capitán, donde se guarda no sólo agua sino toda clase de vino. Y en el mismo lugar hay un almacenaje de quesos y embutidos de todo tipo —es decir, de carne y también de pescado—. En el lado opuesto a la puerta de la mencionada cantina, se encuentra la cocina llamada el *foghone* (el fogón) que se extiende al costado de la galera y contiene muchos y necesarios utensilios para cocinar.

Hay cantidad de calderos, de sartenes, de marmitas —no sólo de cobre sino también de barro— asadores y otros utensilios de cocina. Más allá, de este lado, hay dos lugares, uno sobre el otro,

la medida que un hombre puede comprender extendiendo ambos brazos ("accipiendo cubitum, quantum homo potest extensis ambobus brachilis comprehendere..."). La longitud se calculaba de proa a popa, el ancho

---

donde se conservan animales vivos que son sacrificados en caso de necesidad, cuando en tierra no puede obtenerse carne fresca.
Estos [animales] reciben cebada pero muy espaciadamente de manera que, al final del viaje, son más piel que carne. Desde este lugar hasta el extremo de la galera se han fijado muchos bancos, llamados *balestriere*, entre uno y otro banco hay un espacio para dos remos que en verdad son poco usados.
Desde el centro de la galera hacia abajo, yendo hacia la proa, hay un gran mástil fijo, que en su parte inferior sólo podría ser abrazado por tres hombres y que llega hasta el fondo de la galera. El maestro que lo había comprado dijo que tenía un tamaño de más de sesenta *braccia*. Hay una jaula en la parte superior y debajo de la jaula penden las vergas, constituidas por tres piezas. Una gran vela llamada el *artimone*, hecha enteramente de lona blanca, de ordinario es enarbolada allí. Muchas cuerdas cuelgan del mencionado mástil y a cada lado hay doce cuerdas sujetas al costado de la galera que se tiran del lado opuesto de la vela de acuerdo al tiempo y a los vientos. El mencionado mástil tiene también otra cuerda verdaderamente grande que pende y otra más, llamada el *ángel*, que a menudo se usa para izarla en lo alto del mástil. Hay otra vela llamada la *cochina*. La *artimone* y la *mezzana* son puntiagudas, ésta es cuadrada y sólo se usa durante una gran tormenta. En la cabeza de la galera —es decir, en la proa— hay un pequeño mástil con una vela cuadrada; es llamada *trinchetto*, a veces está izada y a veces, pende.
En la galera mencionada hay muchos gruesos cables llamados *gomene* usados para variados destinos y también otros de tamaño mediano, que ellos valúan en 1.000 ducados, de acuerdo a lo que me dijeron. Puedo creerlo fácilmente porque cuando hablé con el capitán me dijo que había pagado 150 ducados por un solo cable para arrojar el ancla al mar. Y él posee otros dos. Es enormemente grueso y tiene 625 pies de largo. Dudo si dos carros milaneses con dos pares de bueyes para cada carro podrían arrastrar todas las cuerdas que hay en la mencionada galera.
En el costado izquierdo de dicha galera, comenzando desde la popa y dirigiéndose hacia la proa —quiero decir sobre cubierta— no hay otro impedimento a excepción de los bancos llamados *balestriere* con los remos que he mencionado antes —y esto se encuentra lejos de la proa—. En la cubierta de la mencionada galera, comenzando desde la popa, lejos del mástil principal de la nave, hay una hilera de grandes cajas colocadas en el centro, cada una de las cuales tiene dos *braccia* de ancho, por dos *braccia* de largo y dos *braccia* de alto. Y están bien embreadas por fuera de manera que el agua no puede perjudicarlas. Están muy bien apiladas una sobre otra de manera que forman una plataforma elevada en el centro de la galera llamada *corsia*. Hay otras cajas similares desde el mástil principal hacia la proa, pero éstas están cubiertas con pesados cables para echar las anclas. Alrededor del mencionado mástil algunas de las cajas están dispuestas de manera que constituyen una pequeña plataforma llamada *extimaria*; y allí, los oficiales designados para ello, administran justicia a los *galeotti*.
En la mencionada galera hay seis anclas, la más ligera pesa 1.200 libras. Para la defensa de la mencionada galera hay treinta y seis piezas de artillería y una buena provisión para ellas —es decir, pólvora y piedras—. Hay también muchas piedras entre los pertrechos debajo y sobre cubierta". Casola, pp. 155 y ss. A propósito del ataque que sufriera a manos de los turcos un navío cargado de peregrinos, el Senado veneciano ordenó en 1408 que en adelante las naves habrían de ir armadas. Especifica el armamento. (Pièces rel. au passage à Venise de pèlerins de Terre-Sainte. Archives de l'Orient latin..., p. 246-247. XVII, 1408, 28 septembre).

alcanzaba siete codos, mensurando la embarcación por la parte central, en el sitio en que se levanta el mástil. La altura total llegaba a dieciocho codos.

Aclara fray Félix que todas las galeras —"como los nidos de golondrinas"— son iguales, por lo menos las venecianas. A tal punto que sólo puede diferenciarse una de otra al ver la tripulación que transita por ellas.

La descripción del dominico es minuciosa. Habla del material con que se las fabrica. Están realizadas solidísimamente en madera, bien unidas por medio de clavos, cadenas y elementos de hierro. La proa aparece a manera de un dragón de abiertas fauces[57]. A una y otra parte de la proa se ven dos agujeros "por los cuales un hombre puede pasar la cabeza", a través de ellos se deslizan las cuerdas que manejan las anclas, el mar no puede entrar por allí a menos que se trate de grandes tempestades. La proa tiene su vela propia llamada *dalum*, que vulgarmente se denomina *trinquete*. Debajo de ella se encuentra una pequeña cámara en la cual se colocan cuerdas y velas. Es un lugar de pobres y miserables a quienes los servidores de proa reúnen allí. A uno y otro lado de la proa penden grandes anclas de hierro "que se arrojan al mar en el momento oportuno". La popa que —como señala fray Félix— "es la extremidad posterior de la galera, no es aguda hacia el mar como la proa ni tiene espolón sino es plana y recurvada y mucho más alta que la proa". En ella se levanta un edificio alto llamado castillo. En el compartimento que lo constituye se encuentra el piloto que tiene a su cargo el timón. El castillo tiene tres niveles: en el superior está el piloto y desde allí mira la disposición de la estrella del mar, la examina y toma cuenta de los vientos que señalan las vías marítimas. En el nivel intermedio se halla la cámara del patrono, de los nobles que son sus compañeros y comensales. En el inferior se encuentra el dormitorio de las mujeres nobles y, además, está reservado para los tesoros del patrono. En este lugar no penetra sino la luz a través de los huecos del piso superior.

A uno y otro lado de la galera penden barcas —unas grandes, otras pequeñas— que sirven para alcanzar los puertos. Pero como el tránsito hasta esas barcas puede ser peligroso, en el costado derecho de la nave hay escalones que permiten descender a las barcas con mayor comodidad y menor riesgo. La popa tiene su vela propia, mayor que las de proa, se denomina vela media, en latín se la llama *epidromus*. En este lugar del navío siempre hay un estandarte "para ver de dónde soplan los vientos"[58]. Fuera del compartimento de popa —luego de los dos bancos— hacia el lado derecho, se halla la cocina y —debajo de ella— el celario. Al lado de la cocina está el establo de las bestias a sacrificar. En él se encuentran ovejas, cabras,

---

[57] F. Fabri, t. I, p. 118.

[58] *Ib.*, t. I, p. 119.

terneros, bueyes, vacas y puercos. En el lado izquierdo —de proa a popa— se hallan los bancos de los remeros con el arquero. Entre dos bancos —sobre el costado de la nave— pende, sostenida por medio de un hierro bidente una bombarda y, a uno y a otro lado, hay una bombarda que arroja piedras si es necesario.

En medio de la nave se encuentra el mástil, es un árbol alto y fuerte, que sustenta una antena con una gran vela. En la parte superior del mástil se halla el compartimento que los alemanes llaman *sportam* y los italianos *keban* y al que los latinos daban el nombre de *carceriam*. Al pie del palo mayor se halla un hueco —"el agujero de la galera"— junto al cual se reúnen los hombres para conversar. La vela que se iza en el palo mayor tiene 54 paños de lado. Por supuesto, fray Félix nos informa que —según los diversos tiempos— se levantan velas diferentes. En las tempestades se coloca una vela cuadrada y gruesa llamada papahigo. En la parte superior de la galera —que el fraile acaba de describir— habitan los oficiales del navío. Y también los galeotes, aunque éstos están limitados a sus bancos, en los cuales comen, duermen y trabajan. Entre los bancos, que se encuentran a uno y otro lado, hay un espacio, bastante amplio, en el cual se hallan grandes cestas llenas de mercaderías. Y entre esas cestas hay lugar para transitar de proa hacia popa, por allí corren quienes incitan a los remeros durante la navegación.

Fray Félix vuelve a mencionar el agujero que se encuentra junto al palo mayor. A través de él, se desciende, por medio de siete escalones, hasta la *carina*, que es el lugar de aposentamiento de los peregrinos en las galeras de transporte o en que se acumulan las mercaderías, en las de carga. Esta cámara es grande y espaciosa, se extiende desde el celario de popa hasta la pequeña cámara de proa, su ancho va de una a otra pared de la nave. Aunque es amplia, no está demasiado aireada ni iluminada pues sólo recibe luz a través de cuatro agujeros. En esta cámara —cuando oficia de dormitorio y lugar de estar de los peregrinos— cada uno de éstos tiene su lugar asignado: es lo que se llama la *cumba* o *locellus*[59]. Ya hemos visto la definición que nos proporciona el monje[60]. Estas *cumbae* están ordenadas de tal manera que una se encuentra al lado de la otra, la cabecera se halla junto a las paredes de la nave y los pies del durmiente se extienden frente al que está acostado en la parte opuesta pero, ya que la *carina* es ancha, en medio de las *cumbae* se pueden colocar cestas o cajas en las cuales los peregrinos guardan sus efectos personales. Hacia esas cestas se extienden los pies de los viajeros.

---

[59] *Ib.*, t. I, p. 120.

[60] *Ut supra.*

No conocemos las comodidades que se reservaban a los nobles y señores principales pero suponemos que diferían de las *cumbae* que ocupaban los peregrinos y pasajeros en general.

En Melio, Roberto da San Severino y compañeros encontraron la galera del Cardenal legado quien los invitó a visitarla: "la qual cosa non se poria dire quant'era bella pollita ornata parata et ben fornita d'ogni cossa, in modo che la non pariua gia vna camera di galea, ma del più bel palazo del mondo, et era dicta Galeaza cossi bene ordinata e partita, che quelli gli erano suso pocho meglio sariano potuto stare in vna bella caxa in terra firma"[61].

Debajo de la cámara de los viajeros existe una gran concavidad que es llamada el vientre de la galera. En el caso de esta nave, no es ancho como en otras embarcaciones sino agudo desde la proa a la popa. Por ello, la nave no puede mantenerse erguida en tierra, necesariamente cae hacia un costado. Esta concavidad de la embarcación está llena de arena, que la ocupa hasta la altura de las vigas sobre las cuales yacen los peregrinos. Luego de levantar previamente esas vigas los viajeros entierran en esa arena sus vasijas. En ellas llevan el vino, también entierran allí huevos y otras cosas que necesitan temperatura fría. En la parte inferior al lugar de los peregrinos —y hasta el mástil— está la sentina "que no sólo recoge las inmundicias de los hombres sino todas las humedades y aguas —ocultas o evidentes— que entran en la galera". De allí que la sentina exhale horrible hedor "mayor que el de cualquier letrina de humanas inmundicias". Se evacúa diariamente, pero cuando se mueve el mar, sin cesar las aguas van hacia arriba con el consiguiente desagradable resultado. Indica fray Félix que "a los costados de la galera hay lugares propios para la purgación del vientre".

Para evitar la corrupción, la nave —por dentro y por fuera— está recubierta de pez, lo mismo que las cuerdas y las vigas. Las cuerdas de las velas y las anclas ocupan la mayor parte de la galera, tal es su cantidad. "Es admirable ver la multitud de cuerdas, sus ataduras y las características de cada una".

Continúa fray Félix con la descripción del navío. Dice que "la galera es casi un claustro pues el lugar de oración está junto al palo mayor". Los peregrinos comían en común, el refectorio que los reunía se encontraba en la parte media de la popa.

Las cárceles se encuentran debajo del pavimento de proa y de popa. El celario y la cocina están arriba. "Esta es —brevemente— la imagen de la galera"[62].

---

[61] R. da San Severino, p. 224.

[62] F. Fabri, t. I, p. 121.

Fray Félix —de manera evidente— elige y propicia la elección de la galera trirreme. Juan Adorno en cambio, no acepta esta elección para todo tiempo. Prefiere la posibilidad que le ha sido sugerida por "nuestros amigos y protectores, los nobles e ilustres ciudadanos de Génova". Según esa opinión, les fue recomendado "navegar en verano sobre una gran nave antes que sobre un trirreme". En cambio en invierno, en el momento en que el mar se ve perturbado por la acción de múltiples borrascas y en el cual se producen numerosas tormentas, "las galeras son más seguras puesto que, en caso de peligro, pueden refugiarse en un puerto". Por el contrario, las grandes naves, en medio de las fuertes tempestades no ganan los puertos sino se conservan al largo para su mayor seguridad[63].

En verano, los peligros del mar no son frecuentes y, si sobrevienen, son de corta duración. Por esa razón —dice Adorno— en verano es preferible elegir las grandes naves "a bordo de las cuales gozará de un gran espacio para todas sus necesidades y podrá distenderse y pasear"[64]. En efecto, la nave genovesa —de la que se trata en este caso— era el mayor navío de la época pues podía cargar mil toneladas métricas de mercaderías[65].

Por tanto, Adorno indica las distintas posibilidades de las naves o de los trirremes según las estaciones. Pero lo que desaconseja el narrador es viajar en las galeras de peregrinos que parten de Venecia.

No cree conveniente ese viaje ya por "la estrechez y exigüidad de los locales, ya por el número de gentes de diversas naciones que se contagian enfermedades unas a otras a través del aliento". Menciona a los cuarenta y nueve peregrinos de su compañía que murieron en esas circunstancias por no haber querido acompañar a los Adorno, prefirieron "el pasaje más común y más frecuentado"[66].

Roberto da San Severino menciona en diversos lugares de su obra un navío que llama *galea sottile*[67].

Había, en efecto, dos tipos de galera, la *grossa* y la *sottile*, cada una de ellas correspondía a esa calificación aunque estos tipos no eran absolutos.

Diferían según fueran venecianas o genovesas. La *grossa* genovesa se llamaba también *bastarda*, más pesada que la veneciana y más apropiada para la guerra[68].

Al parecer, hay otra embarcación semejante a la galera, según la descripción

---

[63] A.-J. Adorno, p. 53.

[64] *Ib.*, p. 55.

[65] *Ib.*, p. 53, nota 5.

[66] *Ib.*, p. 55.

[67] R. da San Severino, pp. 217, 225, 234, 239, 245.

[68] J. Heers, *Gênes au XVe siècle*, s. l., S.E.V.P.E.N., 1961, p. 271.

de Tafur puesto que se le concede para realizar su viaje a Babilonia "un navío... que llamaban gerba, que son tan luengas como una grant galea é todo fecho á cámaras de un cabo é de otro para aposentamiento, é llanos de carena, porque naden en poca agua; levan grandes cargos, traen la vela tan alta como una carraca, salvo que es angosta e latina como de galea; é muchas veçes acaesçem en el tiempo de la cresçiente del rio, yr á la vela é á remos é non poder yr un paso adelante, si non buscan algunt remanso ó echan la gente en tierra, para que la remolquen con las cuerdas luengas..."[69].

Naos

Las naos o naves y carracas eran más pesadas que las galeras, según dicen otros viajeros[70].

Clavijo —luego de hablar de esto— dice, al describir Pera, que las naos o carracas pueden llegar a puerto como si fuesen galeras[71].

Juan Adorno —al tratar de Génova— alude a la potencia de la ciudad, ejercida sobre todo en el mar. Más poderosa en él que cualquier otra nación, ha logrado ese predominio debido a su flota. "Los genoveses poseen, en efecto, carracas que se mantienen sobre el mar como si fuesen castillos y que son conducidas con habilidad y prudencia por marinos sobrios y que se contentan con poco, adiestrados desde su juventud en el arte marítimo"[72].

Carracas

Las carracas eran navíos de gran capacidad. La etimología así lo dice pues el término deriva del árabe *harraqa*, nave grande. Al parecer su tonelaje llegaba a 2.000 toneladas y eran originarias de Italia. Eran utilizadas en gran medida por los genoveses. Siempre las carracas aparecen fletadas por patronos de esta nacionalidad. Pero Tafur dice —al partir de España—: "E yo aderesçé mis cosas como las tenía aparejadas, é metíme en una carraca de Gerónimo de Voltrajo, que estaba con otras dos, una de Esteban Doria, é otra de Gerónimo Dória, todas de Génova...". Al llegar a Ceuta saben del arribo de dos carracas "é venían de Génova..."[73].

---

[69] P. Tafur, pp. 76-77.

[70] R. G. de Clavijo, p. 19.

[71] *Ib.*, p. 58-59.

[72] A.-J. Adorno, p. 469.

[73] P. Tafur, pp. 6-7.

No sólo era navío de transporte sino también podía servir de buque de guerra.

Seguramente era nave de gran calado puesto que Tafur —al hablar del lago de Constanza, lago de agua dulce de cinco o seis leguas de largo y otras tantas de ancho— dice que tiene "muy grant fondo, donde podríe nada qualquier valiente carraca..."[74].

A través de las menciones que hemos hecho, vemos que muy diversos eran los tipos de las embarcaciones que recorrían, en los siglos XIV y XV, toda la extensión del mar Mediterráneo y el mar Báltico.

Pero Tafur, al hablar de Brujas[75], dice que en su puerto se reúnen carracas, naos y urcas de Alemania, galeras de Italia y otros navíos[76].

Galeota. Coca. Nave. Bergantín

A la enumeración de este autor podemos agregar las menciones que aparecen en otros viajeros. Clavijo habla de galeotas[77] y Sigoli menciona la coca[78].

El primero de ellos también alude a la nave, transporte con dos árboles[79] y dice cómo al partir de Egipto, tomaron un *brigantino* —es decir, un bergantín— para ir a Chipre[80]. En el relato de Poggibonsi también se menciona al *bergantín* con el nombre de *grepperia*. Se encontraban en Egipto y deseaban pasar por Chipre. Utilizaron para ello una *grepperia*[81]. Al de-

---

[74] *Ib.*, p. 267.

[75] *Ib.*, p. 255.

[76] *Urca* deriva del término neerlandés *hulk* y designa una "embarcación muy ancha en el centro y que sirve para el transporte de granos y otros géneros". *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1960 (19ª ed.), p. 1.315.

[77] R. G. de Clavijo, p. 70. Galeota. Del lat. *galea*. "Galera menor, que constaba de 16 o 20 remos por banda y sólo un hombre en cada uno. Llevaba dos palos y algunos cañones pequeños". *Dicc. de la lengua española*, ed. cit., p. 648. La que utilizan los embajadores en el testimonio de Clavijo constaba de 19 bancos. R. G. de Clavijo, Vocabulario, p. CLXXXVII.

[78] N. da Poggibonsi, p. 3; S. Sigoli, p. 150. Coca. Del lat. *concha*, concha. "Cierta embarcación usada en la Edad Media". *Dicc. de la lengua española*, ed. cit., p. 313. Sobre las *coccas*, ver Lane, *Le navi di Venezia*, ed. cit., pp. 213 y ss. Ver también nota 10 de la misma página. *Ib.*, *Storia di Venezia*, ed. cit., pp. 145, 159 y ss.

[79] N. da Poggibonsi, p. 3.

[80] *Ib.*, p. 149.

[81] *Ib.*, p. 149.

tenerse el monje en Parenzo —luego de haber extraviado a su compañero— lo reencontró allí: "y mi compañero vino por mar, sobre una *grepperia*"[82].

Carabelas

Pero Tafur menciona carabelas[83]. Casola recuerda una nave y una carabela apresadas por piratas turcos, cargadas con valiosas mercaderías, lo que significa que eran navíos empleados para comerciar[84].

Gripos

En Clavijo se dice cómo los embajadores quisieron partir de la isla de Tanio o Tenio y, debido al viento contrario, no pudieron realizar su propósito durante varios días. En esa forzada espera tuvieron noticias del ámbito que los rodeaba merced a un gripo que —originario de Gallípoli— llegaba cargado de trigo desde Constantinopla[85].

Tafur alude al *gripo* como nave de pasaje y carga. Se encuentra en Chipre, en Cerinia o Kerinia. "E allí fallé presto un gripo que el Rey me avía mandado aparejar, para que me llevase á Rodas, é otro gripo estava con él en compañía, que levava mercaduría"[86].

El gripo era una "especie de bajel antiguo para transportar géneros"[87].

Saetía

En ocasiones, la modificación del itinerario, impuesta por la voluntad y la curiosidad del viajero, determina cambiar de transporte marítimo que a veces respondía a lo que deseaba y programaba y otras a lo que las circunstancias le ofrecían. Ya hemos dicho que fray Niccolò da Poggibonsi

---

[82] *Ib.*, p. 156.

[83] P. Tafur, p. 7. Carabela. Del port. o gall. *cavela* y este del lat. *carabus*, embarcación "Antigua embarcación muy ligera, larga y angosta, con una sola cubierta, espolón a proa, proa llana, con tres palos y cofa sólo en el mayor, antenas en los tres para velas latinas y algunas vergas de cruz en el mayor y en el de popa". *Dicc. de la lengua española*, ed. cit., p. 255.

[84] P. Casola, p. 204.

[85] R. G. de Clavijo, pp. 30-31.

[86] P. Tafur, p. 123. También P. Casola, p. 188.

[87] R. G. de Clavijo, Vocabulario, p. CLXXXVIII.

se encuentra en Famagusta puesto que desea ir a Tierra Santa desde allí. Encuentra entonces una saetía para ir a Jaffa[88].

La saetía era una especie de nave delgada y ligera como está indicado en su nombre. La llamamos con un término derivado del árabe *sattiya* o *saytiyya* que en verdad se origina en el latino *sagitta*, es decir, saeta. Este navío avanzaba merced a velas y remos. Según dice Poggibonsi, a pesar del viento contrario, la saetía logró alcanzar el puerto pues tenía remos. En efecto, según la definición, la saetía era "una embarcación latina de tres palos y una sola cubierta, menor que el jabeque y mayor que la galeota, que servía para corso y para mercancía"[89]. Otra definición nos dice que la saetía es una nave ligera y delgada[90].

Fusta

Ruy González de Clavijo y sus compañeros quieren partir de Quíos. Dice el texto que no hallaban fusta que los transportara[91]. Sabemos que la fusta era un "buque ligero de remos y con uno o dos paños, que se empleaba con frecuencia como explorador"[92]. Otros autores dicen que es una especie de galera pequeña, "vaso ligero que vsan los corsarios que andan por robar por la mar" (Cov.)[93].

En Chipre, Tafur y sus compañeros ven venir contra ellos "una fusta que los catalanes avían tomado de turcos sobre el puerto de Chypre"[94].

Cuando se halla en Bafa, al aludir a la fusta, describe sus características. La que toma para ir a Damieta tiene 18 bancos de remeros. Pero para continuar su viaje tiene que solicitar un cambio en su navío, pide al Adelantado de Egipto que, puesto que se proponía presentarse ante el Sultán, ordenara le diera otra fusta "que la mía no era para navegar por agua duçe"[95].

Por consiguiente, la fusta podía tener diferente calado y diversas características.

También alude a la ceremonia de desposorios del dux de Venecia con el

---

[88] N. da Poggibonsi, p. 7.

[89] *Diccionario de la lengua española*, ed. cit., p. 1.168.

[90] N. da Poggibonsi, p. 7, n. 7.

[91] R. G. de Clavijo, p. 25.

[92] *Diccionario de la lengua española*, ed. cit., p. 643.

[93] R. G. de Clavijo, Vocabulario, p. CLXXXVII.

[94] P. Tafur, p. 123.

[95] *Ib.*, p. 73.

mar: "é el Duçe é los señores van en una fusta que se llama Viçentoro, é es un terçio más larga que una galea é dos tantos más ancha, é los que bogan van so sota; que non paresçen...". Por supuesto, esta es una embarcación de ceremonia y aparece adornada como corresponde: "é va toda toldada de muy ricos paños de oro, é el suelo de buena tapetería...". No es la única fusta que se interna en el mar "é paresçe que la mar non se dexa ver, tan llena va de fustas..."[96].

Panfilo

Otra de la embarcaciones que transitaban por el Mediterráneo, era el panfilo, llamado por Poggibonsi *panfano* y que aparece, en su descripción, como "un legno armato molto lungo"[97].

Barcas

Por supuesto, cuando se cumplen trayectos menores, se pueden emplear embarcaciones más pequeñas y ligeras —balsas o barcas—, según dijéramos. Así como cuando es necesario recorrer el Nilo o realizar los tramos que por río llevaban a los viajeros a través de Italia para alcanzar el puerto de embarque a Tierra Santa y los devolvía —ya de regreso— a su lugar de origen. Dice Santo Brascha que, al llegar a Parenzo y ser sorprendidos por el siroco, abandonó la galera y tomó una barca que lo llevó a través del Friul desde Parenzo a Venecia[98].

Al parecer, este tramo se acostumbraba a realizar en barca. También Poggibonsi dice que cumplió ese trayecto en una barca: "por pocos dineros nos llevaron y nos depositaron en Venecia"[99].

Frescobaldi ilustra la manera de visitar Egipto cuando indica que "decidimos alcanzar Alejandría y, desde allí, comenzar nuestro circuito a través de Egipto alquilando una barquilla de doce toneles y pagando 17 ducados por cabeza"[100].

Poggibonsi y sus compañeros, al llegar a la ciudad de Thenesi (Tanis, hoy Samnah, Egipto), no pudieron desembarcar en el puerto directamente

---

[96] *Ib.*, pp. 198-199.

[97] N. da Poggibonsi, p. 6.

[98] S. Brascha, p. 84.

[99] N. da Poggibonsi, p. 156.

[100] L. Frescobaldi, p. 34.

ya que la galera no podía acercarse pues el mar alterado no lo consentía. Entonces hubieron de utilizar, para llegar a tierra, una barca de musulmanes —que el escritor llama *giarma*, traduciendo indudablemente la palabra árabe—[101].

De manera evidente, esa barca era el medio de transporte acostumbrado para transitar por el Nilo. También Frescobaldi y sus compañeros abordan una "jarma sarracena, es decir, una barca en el ya mencionado canal del Nilo"[102].

Por supuesto, las barcas —además de servir para desembarcar de las grandes naves— también se utilizaban para enviar mensajes desde tierra.

Cuando los Adorno y sus compañeros embarcan en Beirut para dirigirse a Rodas tratan de huir de las asechanzas del emir y de sus hombres. Atemorizados "bogamos en la pequeña barca hacia el navío" dando gracias a toda la corte celestial por haberlos liberado de la región de los moros[103].

Decimos que las barcas también se utilizaban para enviar mensajes. Precisamente al encontrarse la nave de Poggibonsi sobre la isla de Sapienza (costa de Mesenia) conoció el peligro que se cernía sobre ella.

El mensaje les llegó, enviado por el guardián del mar "y hasta nosotros llegó una barca e hizo llamar al patrono y a los comerciantes y dijo..."[104].

A más o menos una milla y media de Alejandría, Sigoli y sus compañeros encontraron un canal a recorrer en barca[105].

Esa barca servía no sólo para realizar el tránsito sino también como alojamiento circunstancial. Puesto que, según el relator, al llegar a la villa de Fua "istemmo la sera e mangiammo in barca..."[106].

El señor d'Anglure y sus acompañantes se encuentran en el puerto de Castel Rouge (Miss-adassy, Armenia). Muchas fueron las alternativas que sufrieron al salir de él, debido a las tormentas que los asaltaron. Finalmente hubieron de refugiarse en un puerto de Turquía. Mientras estaban allí pasó una barquilla que llegaba desde Castel Rouge y que llevaba sal a Turquía. Tanto suplicaron a los tripulantes que éstos, luego de descargar la sal, retornaron a buscarlos, "en esta barca entramos los peregrinos con nuestro equipaje"[107].

De manera evidente, realizar el trayecto en barca no era lo más cómodo

---

[101] N. da Poggibonsi, p. 98. Ver también *Peripecias*.

[102] L. Frescobaldi, p. 42.

[103] A.-J. Adorno, p. 351.

[104] N. da Poggibonsi, p. 152.

[105] S. Sigoli, p. 89.

[106] *Ib.*, p. 80.

[107] O. d'Anglure, p. 90.

puesto que el señor d'Anglure dice que su tránsito a través del Nilo es muy mal camino "porque es necesario atravesar el agua en barca en muchos lugares"[108].

A veces, esas barcas no se utilizan para realizar un trayecto determinado sino simplemente para atravesar un curso de agua. Así por ejemplo, Clavijo en su viaje a la corte de Tamerlán ha de pasar el río y lo hace en barca[109].

El señor d'Anglure y sus compañeros hubieron de atravesar el Lago Mayor en Suiza "en deux barques", iban en ellas los peregrinos junto con sus cabalgaduras ("et nos chevaulx")[110].

Los monjes-embajadores ante los khanes también utilizaron barcas para atravesar los ríos que encontraban en su camino. Guillermo de Rubruck y sus compañeros para cruzar el Don —tan ancho como el Sena, dice— debieron recurrir a las barcas del puesto de guardia de los rusos. Allí conocieron una serie de inconvenientes. Lo cierto es que hubieron de permanecer en la inquietante espera durante tres días[111].

Los viajeros también aluden a barcas que no son utilizadas por ellos para su tránsito pero que constituyen elementos comunes en el Mediterráneo. Adorno alude a los *lembi* con los cuales pescaban los habitantes de Cerdeña. Con ellos se dedicaban a recoger coral, al punto que, anualmente, lograban 500 cántaras[112]. El *lembo* era —en Génova— un navío pequeño y en Marsella se aplicaba ese nombre a una especie de barca sin puente de unos 8 a 10 metros de largo[113].

Las barcas también servían como intermedio entre la tierra y los grandes navíos. En el puerto de Alejandría, luego de haber pasado la inspección aduanera, los sacos de mercaderías fueron cargados en las barcas que los llevaron hasta las galeras[114].

Los viajeros elegían o aceptaban diversos medios de transporte en su travesía por agua. A través de diferentes menciones sabemos que no siempre los navíos que utilizaban eran transportes exclusivos de peregrinos, embajadores o turistas.

Estos habían de acomodarse muchas veces en transportes de mercaderías.

---

[108] *Ib.*, p. 65.

[109] R. G. de Clavijo, p. 219.

[110] O. d'Anglure, p. 100.

[111] G. de Rubruck, p. 260.

[112] A.-J. Adorno, p. 63.

[113] *Ib.*, p. 63, nota 3.

[114] F. Fabri, t. IV, pp. 170-171.

Fray Félix y sus compañeros de camino en el desierto, interrogan al guía sobre navíos de especias que podrían llevarlos de Alejandría a Italia[115].

Apresuraron su marcha pues temían que los navíos partieran; eso los hubiera obligado a pasar el invierno en Alejandría. Había que tomar en consideración época y oportunidad de tránsito pues en ciertos momentos la navegación no era posible.

La elección del navío en que se realizaba el tránsito era —como vemos— de la mayor importancia. Aun cuando dicha elección fuera acertada, acontecimientos inesperados o previstos, casi siempre temidos, hacían que el viaje por mar se convirtiera en una dura experiencia.

Puertos

Siempre que se alaba la capacidad de un puerto se mencionan las posibilidades de permitir la llegada de los diversos navíos. Así por ejemplo, Pero Tafur menciona el río que lleva a Pisa y dice "é pueden entrar galeas con creciente fasta allí"[116].

También los ríos se definen por su capacidad navegable. El Nilo "es tan grande que las naves y las galeras van por el río unas cuantas millas, hasta el puerto de Thenesi (o Tanis, hoy Samnah, Egipto)[117].

Juan Adorno habla de Manfredonia, que no posee puerto sino rada. Dice que, a pesar de ello, "los navíos hallan seguridad suficiente a causa de la montañas de alrededor que detienen los vientos violentos"[118]. El mismo autor alaba el puerto de la ciudad que dice es "de una extensión y de una profundidad asombrosas". Debido a ello, puede recibir los mayores navíos que llegan, incluso a los costados de los muelles. Posee tres muelles —construidos en mármol y piedra tallada, con gran trabajo y mucha habilidad— que penetran en el mar. En uno de ellos se encuentra el faro. Otro se levanta en el promontorio rocoso llamado Capo del Faro que enfrenta el puerto[119].

El puerto de Brujas —la Esclusa— es, según Pero Tafur, de difícil

---

[115] *Ib.*, t. III, p. 136.

[116] P. Tafur, p. 16.

[117] N. da Poggibonsi, p. 98.

[118] A.-J. Adorno, p. 395.

[119] *Ib.*, p. 49.

entrada pero, luego de penetrar, los barcos se hallan seguros pues quedan en un arenal grande y hondo[120].

Félix Fabri, al describir la ciudad de Jaffa, dice que no se puede lograr fácilmente el acceso a su puerto, por tanto no pueden llegar a él naves grandes[121].

Alejandría tienen dos puertos, uno mayor y más seguro en donde se albergan sólo los navíos musulmanes, el segundo, destinado a las naves cristianas, de peligrosa entrada, muy estrecho, en donde hay edificios antiguos ocultos por el agua. En la ocasión descripta por Adorno el navío tocó fondo por tres veces, con tal violencia, que "pensamos que el navío se quebraría"[122].

La entrada de las naves a puerto no siempre estaba determinada por la capacidad de éste, en ocasiones las circunstancias de tormenta o bonanza condicionaban las posibilidad de allegarse a puerto[123]. Ruy González de Clavijo habla de cómo la calma excesiva impidió a su carraca penetrar en puerto, cuando se encontraban sobre la isla de Sicilia"[124].

El viento contrario dificultó el arribo de la nao de Clavijo al puerto de Pera, por tanto el emperador envió por ellos y hubieron de trasladarse a tierra en barca.

A pesar de esto, el autor alaba el puerto. "E tengo que sea el mejor, e más fermos, e el más seguro, ca es seguro de tormenta de todos vyentos". Además dice que es hondo, claro, al punto que la mayor *nao* o carraca puede llegar hasta el muro como si fueran galeras[125].

De ordinario, los navíos que transportaban peregrinos estaban exclusivamente dedicados a ellos. Por lo general, los comerciantes no deseaban contar con compañía tan heterogénea y que podía originar conflictos y perturbaciones.

Sin embargo, a veces el pasaje era mixto. Frescobaldi lo dice claramente cuando menciona la partida desde Venecia a Alejandría, aunque en este caso podría argüirse que se trata de un viaje menos prolongado. Lo cierto es que en ese navío se cargaron telas lombardas, plata en barras, cobre, aceite y azafrán[126].

---

[120] P. Tafur, p. 256.

[121] F. Fabri, t. I, pp. 205-206.

[122] A.-J. Adorno, p. 159.

[123] Ver *Tormenta*.

[124] R. G. de Clavijo, p. 16.

[125] *Ib.*, p. 59.

[126] L. Frescobaldi, p. 35.

La complejidad del pasaje está resumida en la mención del autor. "De tal manera los mercaderes, peregrinos, soldados y los tripulantes de la nave aparecían como una respetable multitud"[127].

Tripulantes

Las menciones respecto de las naves, que hemos transcripto, aluden a su aspecto exterior, a su potencial, a su capacidad de tonelaje. Pero —aparte de escasas alusiones, sobre todo al patrono— los viajeros no nos hacen conocer cómo funcionaba el navío, el número de tripulantes que lo atendían, las funciones de los mismos. Uno de los escritores que nos hablan de ello con mayor detalle es fray Félix Fabri. Alude a diversas comunidades; distingue: primero, la constituida por el esposo y la esposa, la segunda, por señores y siervos, la tercera, por padres e hijos. La casa naval —dice— no expresa a la primera; a la segunda, la traduce de manera perfecta; a la tercera, en forma analógica. Pues "allí hay un señor con muchos siervos y este patrono es padre y tutor de los peregrinos que son casi sus hijos". Pues él es el motor y preceptor de los demás, es "como un rey inmutable". Su gobierno —según fray Félix— no surge de su experiencia y capacidad en el arte de la navegación, del cual de ordinario no se preocupa ni lo conoce, puesto que hay para ello oficiales especializados.

Suponemos que el patrono respetaría, por lo general, las disposiciones que daban los pilotos avezados pero nos cuesta creer que, luego de tantos años de navegación, no conociese técnicas y rutas.

La tormenta que sufre la nave de Casola sobre las costas de Apulia asombra también al capitán. Dice que, a pesar de haber pasado 42 años en el mar, "nunca había experimentado una tormenta semejante ni que durara tanto..." Esta declaración confirma lo que acabamos de decir[128].

Continuamos con la mención de fray Félix. Su misión —continúa el fraile— es ordenar el buen gobierno de la nave y solucionar los pleitos y diferencias que sobrevinieren entre peregrinos y galeotes. "No se constituye patrono en ninguna galera —especialmente de caballeros peregrinos— a menos que sea noble, poderoso, rico, prudente y honorable[129].

---

[127] *Ib.*, p. 35.

[128] P. Casola, pp. 182-183.

[129] Conocemos las autorizaciones expedidas por el Senado veneciano a favor de ciertos nobles: Cristoforo Contarini, Jacobo Romano, Marco Giustiniani, Nicolao Lombardo, Nicolao y Paolo Donato para armar —por dos años ("que quidem concessio duret per duos annos et non plus...")— una galera "ad loca solita peregrinos volentes visitare Sanctum Sepulcrum...". P. Riant, Pièces relatives au passage à Venise des pélérins de Terre Sainte en *Archives de l'Orient latin*, t. II, pp. 242-243. VII-X, 1399, 14 janvier.

Una vez elegido, trata de cumplir su cometido de la mejor manera posible. Para ello, "elige amigos valientes y expertos con los cuales poder aconsejarse y a quienes hace conocer sus pensamientos"[130].

Suponemos que la capacidad de los navíos elegidos —ya fueran grandes o pequeños— determinaba el número de pasajeros aunque tal vez la codicia del patrono o el afán de los viajeros por realizar el viaje hiciera rebasar esa cantidad.

Fray Mariano da Siena dice que eran 300 hombres entre peregrinos y tripulantes "et altri e tanto erano in su l'altra Galea"[131].

---

[130] F. Fabri, pp. 122-123. Las jerarquías de mando se transformaron con el tiempo. Lane nos da estos datos referidos a los navíos mercantiles: en el siglo XII los oficiales principales del siglo XII eran el capitán (*nauclerus*) y el escribano (*scribanus*) [Lane, *Storia di Venezia*, p. 61]. Por la codificación del derecho marítimo veneciano promulgada por el dogo Rainieri Zeno (1255) se determinó que uno de los armadores "asumiera responsabilidades que lo convertían de hecho en capitán de la nave" [Lane, *St. di V.*, p. 65]. De tal manera el *nauclerus* ("nocchiero") se convertía en el segundo de a bordo. Casola también se detiene en la mención de tripulantes y de sus funciones. "En la dicha galera el mencionado magnífico don Agostino Contarini, un patricio veneciano, es el principal *Patrono* y tiene cuatro jóvenes a su servicio. A su lado hay dos caballeros venecianos que la Señoría le ha asignado, los conserva junto a sí a lo sumo un mes y los recibe a su mesa. El mencionado capitán tiene un oficial llamado *comito*, quien, luego del capitán, es obedecido por todos, en lo que concierne al gobierno de la galera. Hay también otro oficial llamado *parono*, quien cuida el aprovisionamiento de la galera y que, de ordinario, es el primero que deja la galera cuando algo debe ser hecho. Hay también otros ocho compañeros [los *balestrieri* patricios, diferentes de sus compañeros no nobles. Nota 2 de p. 160], a quienes está confiada en mayor medida que a otros el gobierno de la galera, junto con algunos otros, que son llamados *balestrieri*. Por fin, hay otros hombres llamados *galeotti* y además, para el manejo y la defensa de la galera, hay 140 personas. Entre estos hay hombres de todo tipo de comercio y oficio y, cuando en el mar no hay tormenta, continúan con sus negocios. La mayoría de ellos y especialmente los marineros experimentados son eslavonios y albaneses. También hay algunos pocos lombardos pero no muchos. No hay un solo hombre de entre ellos que no lleve alguna suerte de mercancía según los términos del acuerdo realizado cuando fueron empleados. Cuando la galera entra a puerto sacan la mencionada mercadería y establecen una especie de feria. Hay más de 300 piezas de tela a bordo y además otras muchas mercaderías que, hasta que lo vi no hubiera podido creer que la galera fuera capaz de transportar tanta carga, además de los pasajeros y la tripulación. Sin verlo, nadie podría creer que los *galeotti* son tan obedientes como en verdad lo son, porque ante un silbido del *comito* todos los hombres levantan sus cabezas y preguntan: '¿Qué quieres?' Hay tres trompetas y buenos trompeteros y además de las mencionadas personas, 170 peregrinos entre hombres y mujeres, monjes, sacerdotes y ermitaños, ultramontanos e italianos y todos tienen lugares asignados para sus baúles en los cuales duermen si no hay bastantes habitaciones. Mucho más se podría decir sobre la mencionada galera pero lo dejaré para otra oportunidad y volveré al momento en que abordé la galera por primera vez". Para el equipaje de las galeras comerciales, ver Alberto Sacerdoti, "Note sulle galere da mercato veneziane nel XV secolo" en *Bolletino dell'Istituto di Storia della Società e dello Stato veneziano*, IV, 1962. Fondazione Giorgio Cini, Venecia, San Giorgio Maggiore, Neri Pozza editore, pp. 80-105.

[131] M. da Siena, p. 7. Ver *Compañía*.

Los pasajeros estaban en manos del patrono de la nave. Así les ocurre a Roberto da San Severino y a sus compañeros cuando quieren desembarcar en Ancona para cumplir con el voto que habían pronunciado en momentos de peligro, peregrinar al santuario de N. S. de Loreto. "Ma lo patrone che non si curava lasciarli in terra per che cagione se fusse". No se explican los motivos que pudo tener el patrono para actuar así, tal vez "per hauere questo honore et condurli luy ad vinegia..."[132].

Cualesquiera fueran esos motivos, lo cierto es que los viajeros se encontraban en una situación difícil puesto que, al no poder llegar a tierra, no tenían provisiones. Les faltaban pan, bizcochos, vino, agua, carne, queso, huevos, aceite, velas, uvas secas, almendras, higos, nueces, ajo, cebollas...

Tampoco el patrono los podía auxiliar porque tenía pocos alimentos, poco bizcocho "et quello pocho haueua era marzissimo et pieno di vermy"[133].

Tan desesperados de hambre se ven los viajeros que se proponen comer arroz y pensaban cocinarlo en vino del patrono "perchè de acqua, come dicto, non sperauano hauere, perchè non gli era in naue"[134].

Para convencer al patrono que los desembarcara en Ancona le ofrecieron veinticinco ducados. La oferta resultó grata al patrono quien, además, aprovechó la estada para acumular, al dinero ofrecido por el señor da San Severino, el que obtendría de los sueldos de los tripulantes. Hizo un pacto con ellos "facto fare per lo scriuano de la naue" y signado por diversos tripulantes "perchè tuti gli lassasero lo soldo per lo tempo ch'el staua in porto in anchona".

También el patrono fue persuadido de entrar en puerto por las palabras de un gentilhombre veneciano "lo quale haueua bona parte in dicta naue"[135].

Como vemos, de ordinario los viajeros se encontraban sometidos a la voluntad del patrono.

En general, la experiencia del capitán era larga. Cuando la galera en que navegaba Casola sufrió una tormenta, el patrono declaró que aunque había permanecido en el mar durante cuarenta y dos años "nunca había experimentado tormenta semejante en esa estación"[136].

Sabemos que el capitán era secundado por el *comito*[137].

---

[132] R. da San Severino, pp. 185-188.

[133] *Ib.*, p. 285.

[134] *Ib.*, p. 286.

[135] *Ib.*, p. 291.

[136] P. Casola, p. 183.

[137] Ver nota sobre galera. P. Casola. *Ut supra*.

Decide el patrono la contratación de los oficiales y técnicos que lo secundarán en el mantenimiento del orden y en el manejo y desplazamiento del navío.

Uno de ellos es el *armigerius* que ha de preparar la embarcación para la defensa y ofensa. La provee de bombardas, ballestas, arcos, lanzas, palos y espadas, corazas y escudos. La provisión de la nave está a cargo de los despenseros que disponen la cantidad de vituallas que han de llevarse: pan y vino, bestias para matar, etc. Estos oficiales son quienes determinan lo que diariamente deben tomar los cocineros para preparar las viandas que se deben ofrecer. Tal vez por esa supervisión severa son odiados en la nave "y si faltara bebida o comida solamente a él se imputa y contra él se murmura". El *califa* es un poderoso oficial que ha de tener en cuenta las fallas que pudieran existir en la galera, todo lo que estuviera roto, todo lo que pudiera impedir la navegación, el peso equilibrado del navío y su limpieza[138].

El llamado *pirata* —piloto—: "Conoce los itinerarios más seguros y directos", la navegación se realiza de acuerdo a sus consejos y disposiciones, "si alguna región le fuera desconocida solicita que se llegue a puerto y allí cede su oficio"[139].

Juan Adorno al referirse a la isla de Sapienza, dice que generalmente el navío se detiene en ese lugar para abastecerse y "para tomar un piloto". Probablemente la dificultad de esos pasos determinaba incorporar un piloto conocedor de la región[140].

Casola habla, en efecto, de los tramos que cumplieron los diferentes nautas. Uno de ellos, "una persona con mucha experiencia del mar" dirigió la nave desde Venecia a Parenzo, fue reemplazado allí por otro que llegó con ellos hasta Modone, el tercer tramo —con un nuevo piloto— alcanzó Jaffa[141].

A pesar de la experiencia de estos hombres, en ocasiones ellos también equivocaban el rumbo. Así nos lo dice el mismo narrador respecto del piloto que había tomado el mando en Parenzo: "había perdido el rumbo entre esas rocas de Dalmacia y había llevado a la galera hacia un lugar poco profundo, de tal manera que el timón saltó tres veces de las manos del timonel y se pensó que se había abierto la popa de la galera"[142].

---

[138] F. Fabri, t. I, p. 122.

[139] *Ib.*, t. I, p. 123. En las naves mercantiles —en el siglo XIV— los capitanes eran quienes elegían al primer oficial de ruta, de cada flota que zarpaba de Venecia, luego de 1430 ese oficial era elegido por votación del dogo y de otros altos magistrados de una lista de diez o veinte candidatos [Lane, *St. di Venezia.*, ed. cit., p. 396].

[140] A.-J. Adorno, p. 157.

[141] P. Casola, p. 170.

[142] *Ib.*, p. 170.

Al piloto le competía determinar los movimientos de la nave. La que transporta a Santo Brascha encuentra vientos adversos a poco de salir de Venecia. "Y puesto que al piloto y al práctico les pareció que ese día no debía pasarse el Fuxa a causa de los vientos contrarios, permanecimos en la galera, fuera de los dos castillos, hasta el día siguiente"[143].

El piloto —nos dice Fabri— se ve aconsejado por los expertos que examinan los astros y la dirección de los vientos, que interrogan el cielo y examinan el color del mar para conocer las futuras tempestades y calmas. Muchos signos les hablan: "La cantidad y movimiento de los delfines y de los peces voladores, según la dirección del humo del fuego y la exhalación de la sentina"[144].

Son ellos quienes gobiernan la nave pues "ningún piloto osaría mover el timón a menos de haber inspeccionado las estrellas del mar". Pero no sólo se guían merced a esta observación sino también poseen instrumentos mediante los cuales conocen todo lo que les interesa: "el curso de las estrellas y el aliento de los vientos". Las cartas en que se señala la latitud y la longitud también los auxilian, en ellas se dibujan más de mil líneas y las regiones están indicadas con puntos y los millares con cifras. Merced a esas cartas pueden conocer dónde se encuentran con certeza aunque "no pudieran ver tierra alguna y aunque no aparezcan las estrellas debido a las nubes". Fray Félix alude genéricamente a otros instrumentos con los cuales conocen los caminos del mar[145].

Un tercer oficial en el gobierno de la nave es el *comes*, que tiene su lugar bajo el castillo, en medio de los bancos superiores. Pone en obra los deseos del patrono: cuándo se deben echar y levantar las anclas, cuándo se deben colocar o retirar las velas, cómo se deben sacar los remos, cómo se debe remar... Transmite las órdenes o convoca a sus subordinados mediante el sonido del silbato de plata que pende de su cuello. "A éste, todos los inferiores le temen como al diablo", ya que puede castigarlos, "les pega con palos o con cuerdas". Fray Félix atestigua las "inhumanas crueldades" que sufren los galeotes de parte de este oficial y contra el cual ninguno se atreve ni siquiera a murmurar.

El *comes* transmite sus órdenes a través del *barón* que siempre está en medio de la galera. Allí donde no puede acudir el *comes*, llega el barón "pitando, gritando y estimulando al trabajo". Se preocupa especialmente porque las velas y las anclas estén siempre preparadas y dispuestas. Por debajo del barón se encuentra el *subpatrono*[146].

---

[143] S. Brascha, p. 52.
[144] F. Fabri, t. I, p. 123.
[145] *Ib.*, t. I, p. 124.
[146] *Ib.*, t. I, p. 125.

Había responsabilidades parciales ante los momentos de peligro, siempre que éstos no fueran tan terribles que concitaran el auxilio de todos. La nave de Clavijo se encuentra en medio de una tormenta frente a Sicilia. Luego de realizar oración, todos se fueron a dormir, "saluo el nauchel; e ciertos marineros que belauan despiertos..."[147].

En ocasiones, aunque la nave cumpliera muchas veces el viaje y llevara pilotos conocedores y avezados en cada tramo de la ruta, cundía la incertidumbre acerca del lugar en que se encontraban.

La galera en que regresan Roberto da San Severino y sus compañeros a Venecia, antes de llegar al puerto de Mello, se lo pasa "voltezando per mare" ("dando vueltas por el mar")[148] llevada por los vientos ya hacia Berbería, ya hacia Turquía[149]. Tantos vientos contrarios la impulsan que los tripulantes se muestran absortos, sin saber a ciencia cierta dónde se hallan. Es interesante destacar que, en tal caso, no es sólo el piloto quien estudia las rutas y decide. Se reúnen el patrono, el escribano, el piloto, "l'homo de consiglio" y los demás oficiales de la nave. Cada uno de ellos —nos dice el narrador— comenzó a consultar las cartas náuticas ("ad cartezare") y a poner por escrito su parecer "et niuno di loro fu acordante insieme"[150]. Muchas discusiones suscitó la naturaleza de lo que divisaron al anochecer del día siguiente, unos decían que era tierra, otros que se trataba de una nube[151].

Como vemos, se navegaba casi a ciegas y con una gran imprecisión.

Antes de llegar a Ragusa, la nave de Roberto da San Severino se encuentra con perspectiva de tormenta cerca de escollos. Se teme pues que pueda ser arrojada sobre ellos ("dubitando se'l vento fosse cressuto non hauesse gitato la Galea ne li schogli..."). Por tanto, se arrojó una barca al agua "y sobre ella subieron el cómitre y algunos compañeros para ver si, a

---

[147] R. G. de Clavijo, p. 15.

[148] R. da San Severino, p. 213.

[149] *Ib.*, p. 204.

[150] El "uomo di consiglio", "homo di conseio" era —según Lane [*St. di Venezia*, ed. cit., pp. 396 y ss.] un oficial no noble, el primer oficial de ruta. Era llamado "armiraio" en la nave comandante, "homo di conseio" en las demás galeras mercantiles venecianas. Acerca de sus capacidades y conocimientos, ver el autor citado. Tenía mesa aparte de la del capitán, en ella comían el "comito" que mandaba en popa, el "paron iurato" (que mandaba en proa), el escribano de a bordo, el "penese" (hombre anciano encargado de los aparejos), el carpintero y el calafate de a bordo, el jefe cañonero (cuando se agregaron los cañones) y unos 8 a 12 "nocchieri" o "compagni" [Lane, *ob. cit.*, p. 397]. El "uomo di consiglio" era diferente del piloto según aparece en este texto y en R. da San Severino, pp. 262-263, citado más adelante.

[151] R. da San Severino, p. 207.

la salida de los escollos mencionados, había agua para la galera ya que no querían volver por el camino que habían hecho para abreviarlo, encontraron buen fondo de agua y que no había peligro alguno en salir"[152].

Cada paso presentaba, pues, circunstancias inesperadas que la tripulación se esforzaba por superar con medios precarios y con experiencias en el mismo campo de los acontecimientos.

De todas maneras, los elementos técnicos que se empleaban, los procedimientos que se adoptaban en el curso de una tormenta eran sumamente precarios, según vemos[153].

Tan violenta era esa *fortuna* que temieron que los arrojase contra la costa ("perchè dubitauano tuti che la furia del vento gli butasse di nocte in terra") entonces comenzaron a arrojar plomos al agua para medir su profundidad, calcular a qué distancia se hallaban de tierra e intentar echar las anclas ("incominciarono ad scandegliare, cioè ad gitare in aqua soy piombi con mensure...").

A estas dificultades derivadas de una técnica balbuciente se agregaban otras, nacidas de errados comportamientos.

En el viaje de regreso de Roberto da San Severino la nave se encuentra en medio de una desesperante bonanza, seguida luego de algo de viento, "el pedota et l'homo di consiglio pariua mouere..."[154].

Esos pareceres diversos suscitaron ásperas disputas entre los oficiales. El narrador no sabe si las disensiones se habían originado en problemas técnicos o si habían surgido "per furia di vino". Los ánimos estaban excesivamente caldeados "che pocho gli mancho non se sanguinassero le camixe". Mucho molestó a los pasajeros tal disputa "porque no les parecía bien que entre sus oficiales naciesen tales discordias, quienes, si hubiese sobrevenido mal tiempo, no habrían podido actuar sin peligro de la nave".

Bajo el mando de estos oficiales se encuentran los llamados compañeros, en número de nueve. Entre ellos se cuentan quienes "saben correr por las cuerdas como gatos". Cumplen tan peligrosas tareas en todo tiempo aun en medio "de las más horribles tempestades"[155]. Todas sus labores son dificultosas —levantan anclas, las colocan en aguas profundas...— en ellas se ven ayudados por su agilidad y por su audacia pues las cumplen sin cuidar en absoluto de su vida y con riesgo constante de ella.

Luego se hallan los llamados marineros o galeotes que realizan —cantando— las durísimas labores que les son asignadas; son ellos quienes,

---

[152] *Ib.*, p. 30.

[153] *Ib.*, pp. 280-281.

[154] *Ib.*, pp. 262-263.

[155] F. Fabri, t. I, p. 125.

sentados en los bancos de remeros empuñan los remos y hacen avanzar la nave cuando las velas no son oportunas. Su número es elevado y "todos son gordos porque están dedicados a labores propias de asnos y se los estimula por medio de gritos, azotes y maldiciones".

Fray Félix expresa su desagrado por el tratamiento que reciben estos desdichados, "me disgusta escribir acerca de esto y me horroriza pensar en los tormentos y castigos de estos hombres. Nunca vi bestias tan atrozmente golpeadas"[156].

El trabajo de los galeotes era ciertamente duro y movía a compasión a los viajeros. Casola coincide con fray Félix en la conmiseración que despertaban tan fatigosas tareas.

Al encontrarse sobre Eslavonia, un viento adverso obstaculiza la marcha de la galera que se dirige a Sebenico pero no puede entrar debido a la estrechez del puerto[157].

La demora motivada por tan difícil acceso se expresaba en grandes inconvenientes para los peregrinos, en gastos para el capitán y en fatiga para los galeotes quienes debían desplegar las velas y arriarlas muy a menudo, echar y levantar las anclas.

Las tormentas exigían un gran esfuerzo de los tripulantes y de su pericia dependían la salvación de vidas y bienes. La coca de venecianos en que iba Poggibonsi sufrió los efectos de una tormenta al salir de Pafos. Afortunadamente, la nave era nueva y, además, los mercaderes a quienes pertenecía la mercadería, se mostraron prudentes, decidieron retornar 450 millas, hasta la isla de Sapienza adonde echaron el ancla. "Y luego los mercaderes

---

[156] *Ib.*, t. I, p. 125. F. Fabri, p. 125. Lane [*St. di Venezia*, p. 400] se hace eco de las opiniones de los peregrinos acerca de la condición de los remeros. Considera que cuando hablan de esclavos sólo utilizan una palabra que alude a hombres de condición mísera. A pesar de ello acepta que entre los remeros se encontrasen algunos que "eran en verdad esclavos del patrono". Muchas veces eran esclavos por deudas [*Le navi di V.*, p. 169]. Al parecer —en el siglo XV— los remeros eran reclutados en Grecia o en Dalmacia.
También eran nativos de las lagunas de Venecia. "Entre quienes se enrolaban en Venecia es probable que hubiese muchos dálmatas, albaneses y los isleños griegos inmigrados en fecha reciente y casi todos los años se armaba una escuadra en Creta con equipajes reclutados en la isla" [Lane, *Le navi di V.*, p. 179].
En la tripulación había una clara división de grupos, el superior constituido por hombres de actividades más especializadas, mejor pagados. Sus miembros, en su mayor parte venecianos; el grupo inferior, constituido por los remeros [*Le navi di V.*, p. 169]. Destaca Lane la libertad de que gozaban los galeotes de realizar un modesto comercio en los puertos que tocaba la nave. Por tanto, no se trataba de esclavos encadenados al banco. En todo caso, el empleo de esclavos sobre naves fletadas por el Estado "habría sido una flagrante violación de los decretos senatoriales y de los poderes conferidos al capitán" [*Le navi di V.*, p. 400]. [Ver Newett, *Casola's Pilgrimage*... Introduction, p. 58].

[157] P. Casola, p. 169.

ofrecieron a los marineros, por la buena actuación que tuvieron en esa tormenta, grandísimas pitanzas y dones de muchas cosillas"[158].

En general se trata de siervos comprados por el patrono o gentes de vil condición: fugitivos, expulsados, exiliados en general, "infelices que, en tierra, no pueden vivir ni nutrirse". De ordinario, son macedonios o naturales de Albania, Acaya, Lidia o Eslavonia; nunca hay entre ellos turcos o sarracenos. No sabemos si la siguiente afirmación está determinada por el espíritu patriótico del monje o si refleja la verdad: "nunca vi un alemán galeote porque ningún alemán puede soportar esas miserias". Llevan, en verdad, una durísima vida. Vestidos con una túnica o una camisa tomada con un cinturón, llevan los brazos y la espalda desnudos para poder ser golpeados por las correas y los látigos. Son, por cierto, castigados "como asnos". Constantemente insultados, comen de manera miserable y duermen sobre las tablas de los bancos. Siempre obligados a trabajar, durante las tempestades tienen que hacerlo en medio de las olas. Cuando no trabajan, juegan a las cartas por oro o plata en medio de terribles palabras y juramentos, blasfemias contra Dios y los santos. Pero también se consagran a otras ocupaciones. Durante los períodos de calma se dedican a diversas artesanías: unos confeccionan calzado, túnicas y camisas, otros son lavanderos y lavan las prendas de los viajeros a cambio de dinero[159].

Cuando la nave alcanza puerto, los galeotes bajan y exponen mercaderías para venderlas a los habitantes del lugar. Son políglotas, todos conocen, por lo menos, tres lenguas: la eslavona, la griega y la italiana. Y, en general, también turco.

Los galeotes realizaban trato comercial en pequeña escala en ciertos lugares. Fray Félix dice que al descender en Chipre realizaron una excursión. Al retornar al navío vieron que en el litoral se llevaba a cabo un gran mercado, "cerca de nuestra galera". Los marineros del navío habían aportado allí sus mercancías y "negociaban con los chipriotas"[160]. También habla de ello Casola, lo da como uso acostumbrado[161].

Entre ellos no hay igualdad, algunos tienen especial jerarquía: son prepósitos de proa o guardianes ya de babor, de estribor o de la popa.

Entre los tripulantes de la nave se encuentran tres o cuatro jóvenes que aprenden a correr por las cuerdas y a realizar otros trabajos peligrosos. También se cuentan los trompeteros que además —como tarea cotidiana—

---

[158] N. da Poggibonsi, pp. 150-151.

[159] F. Fabri, t. I, pp. 125-126. *Ib.*, t. IV, p. 295. Ver nota 156.

[160] F. Fabri, t. I, pp. 170 y ss.

[161] P. Casola, p. 191.

tienen la obligación de tocar siempre a la mañana, a la tarde, antes y después del almuerzo y al llegar a todos los puertos.

En la tripulación se cuentan los que manejan las bombardas[162].

Sabemos que los instrumentos musicales eran de la mayor importancia en la nave, constituían un elemento de sorpresa y una forma de atemorizar a los posibles atacantes a quienes, de tal manera, se les hacía creer que el barco agredido transportaba un gran número de tripulantes.

Poggibonsi narra de qué manera fueron asaltados por dos galeras armadas en la isla de Sapienza. Se aprestaron a defenderse. "E inmediatamente se llamaron a los trompeteros y al de la *ceramella* y al de las castañuelas, que acostumbraban a hacerlas sonar cuando los mercaderes se levantaban de dormir, cuando se sentaban a la mesa y cuando se levantaban de ella..."[163]. Al acercarse las galeras a la coca, cuando estaban a una milla de ella, "todos estos instrumentos comenzaron a sonar, que parecía que fuese una hueste de millares de caballeros"[164].

Otros hombres realizaban la limpieza y ornamento de la galera. A bordo había, por lo menos, dos barberos que formaban parte de la tripulación y oficiaban de médicos y cirujanos.

Uno de los oficiales más poderosos de la galera era el escribano quien anotaba los nombres de todas las personas que el navío transportaba, de quienes descendían o ascendían en los puertos, que ponía paz en las disputas que se suscitaban entre los peregrinos, de ordinario en el dormitorio consagrado a ellos. Esta era una tarea realmente difícil porque a veces los ánimos de los pasajeros se caldeaban demasiado, poniendo en peligro la integridad de quien intentara separarlos. A pesar de ello —reflexiona fray Félix— "es el que está más ocioso"[165].

---

[162] El pasaje ("praeter galeotas") de fray Félix me resulta oscuro. He hesitado en traducirlo ya "fuera del grupo de galeotes", ya "entre los galeotes, en situación principal...". Sin embargo creo que los artilleros, los músicos, los hombres de limpieza e incluso los barbero-cirujanos se contaban entre los galeotes.

[163] N. da Poggibonsi, p. 152, nota 11. *Ceramella* corresponde a *cennamella*, antiguo instrumento de viento.

[164] *Ib.*, p. 152.

[165] F. Fabri, t. I, p. 127.

Pero los viajeros —aun cuando prefirieran la vía marítima en su mayor extensión— habían de cumplir un tramo de su camino por tierra.

Quienes elegían realizar tránsito terrestre tenían que contar, naturalmente, con cabalgaduras y con la resistencia necesaria para cumplir con ellas el viaje, a través de caminos difíciles. Ludolf de Sudheim, ya sabemos, habla de los itinerarios; dice que quien así quisiera viajar encontraría —cuando su camino estuviera quebrado por lagos— la posibilidad de atravesarlos mediante balsas aparejadas para sortearlos con personas y caballos[1].

En algunos casos —como en el de los peregrinos— todo estaba previsto desde el momento de la salida. En los contratos establecidos con los patronos de las naves que los llevaban a Tierra Santa, el monto pagado comprendía también el transporte por tierra. Al desembarcar —y luego de haber cumplido las formalidades de la identificación y asentamiento en registros especiales a cargo de las autoridades musulmanas— emprendían el viaje que los llevaría a los lugares santos, caballeros en asnos.

Fray Félix Fabri nos hace conocer los habituales pormenores de ese tránsito. Al llegar a Tierra Santa ven llegar "un ejército que se dirigía a la ribera del mar"; aclara que en tal ejército no se encuentran caballos sino solamente asnos, "que habían sido reunidos, para nosotros, en las diversas aldeas"[2]. En realidad la asignación de un borrico para realizar la peregrinación por los Santos Lugares fue positiva para fray Félix quien fue bien servido por el borriquero. Este cuidaba que el monje no cayera en las vías ásperas o en los declives, le proveyó de su agua, lo convidó con sus galletas, le procuraba uvas y toda clase de frutas, en los huertos a los que llegaban. Aclara el fraile que todas estas atenciones no estaban determinadas por dinero alguno sino por la importancia de que el conductor le suponía

---

[1] L. de Sudheim, pp. 229-230.

[2] F. Fabri, t. I, p. 192.

investido. De todas maneras, tan cuidadoso trato no parece haber sido lo habitual porque "frecuentemente los peregrinos sufren muchas molestias de parte de sus borriqueros".

Esta cabalgata era inexcusable para quienes transitaban por Tierra Santa. Algunos peregrinos no deseaban ir montados debido al voto que habían hecho de marchar a pie. Pero no les era posible cumplirlo ya que no podían seguir el ritmo que imprimían a su marcha los demás y porque no soportaban, en tales condiciones, el camino arenoso.

Desmiente que esto sea debido a la negativa de los musulmanes de que los cristianos hollen con sus pies —que ellos consideran indignos— la tierra propia[3].

Lo que en verdad los musulmanes no aceptaban era que los peregrinos entrasen cabalgando a las ciudades y que esa entrada se hiciera de noche[4].

Los embajadores también tenían que prever los mejores medios de transporte. Dice Giovanni del Pian del Carpine cómo, al llegar a Kiev, se les aconsejó que no llevaran los caballos que tenían puesto que no eran apropiados para realizar un camino en que no encontrarían ni hierba ni pastos visibles, sólo caballos tártaros podrían descubrirlos. De manera que los viajeros dejaron sus caballos en manos de servidores y tomaron los tártaros[5].

De ordinario cabalgaban pero, en ocasiones, se veían obligados a emplear otro medio de transporte. Antes de llegar a Kiev, fray Giovanni, muy enfermo, hubo de ser transportado en carro en medio de la nieve y del frío[6].

Pero, cuando se encontraban en salud, debían cabalgar. En el imperio mongol estaban establecidas las etapas en que podían encontrarse caballos de repuesto. Evidentemente eran frecuentes porque, según dice fray Giovanni, cambiaban de caballo tres o cuatro veces por día. Al iniciar la travesía de regiones desiertas —en donde no habían de encontrar monturas— se les entregaban "caballos mejores y más fuertes" que podían soportar tan duro tránsito[7].

En realidad, la velocidad con que se viajaba dependía en gran parte de las distintas postas y de los caballos que se encontraban disponibles. Rubruck dice que, a veces, cambiaban de cabalgadura dos o tres veces por día, otras, en cambio, marchaban durante dos o tres días sin encontrar a nadie[8].

---

[3] *Ib.*, t. I, pp. 208-209.

[4] *Ib.*, t. I, p. 211.

[5] G. del P. del Carpine, p. 161.

[6] *Ib.*, p. 162.

[7] *Ib.*, p. 167.

[8] G. de Rubruck, p. 286.

El mismo autor —al comentar el tramo que le toca recorrer hasta Iconium (Konia, en Anatolia)— anota que lo hicieron "en cortas jornadas, viéndonos obligados a descansar en varios sitios porque no disponíamos de caballos con rapidez suficiente"[9].

Por diversos motivos, el camino así recorrido se hacía muy largo para los occidentales que, evidentemente, habían de adaptarse a formas que no les eran propias. Al llegar a la región que fray Guillermo de Rubruck llama Alania, dice que es tan extensa que emplearían dos meses en recorrerla cabalgando tan rápidamente como lo hacen los tártaros[10].

Según el mismo viajero, al ingresar al imperio tártaro les dieron a escoger entre los carros de bueyes para llevar sus pertenencias o caballos de montura. Los mercaderes de Constantinopla les aconsejaron entonces que tomaran los carros "como los que utilizan los rusos para transportar sus pieles" porque —al decidirse por los caballos— tendrían que cargar y descargar en cada etapa todo lo que llevaban.

Pero —reflexiona fray Guillermo al seguir el consejo que recibiera— "tardé dos meses en llegar a casa de Sartach lo que hubiera podido hacer en un mes si hubiera ido a caballo"[11].

En el viaje de regreso, el sacerdote dice que marcharon sin cesar, "sólo descansamos por falta de caballos"[12].

El problema no sólo consistía en procurarse cabalgaduras sino también en que éstas fueran apropiadas. Sabemos que Rubruck y sus compañeros siempre recibían los peores caballos porque eran extranjeros pero, a pesar de ello, siempre se procuraba un caballo fuerte al monje, dada su corpulencia. Resume así los muchos inconvenientes que sufrían a este respecto: "estábamos constreñidos a una penosa tarea, porque, muy a menudo, nuestros caballos se cansaban antes de que pudiéramos llegar a una etapa y entonces había que azotarles, colocar nuestros equipajes sobre los dos caballos de repuesto, o pasarnos de nuestros caballos a los de ellos, de forma que íbamos dos sobre un solo caballo"[13].

Cuando los viajeros han de cruzar el desierto, previamente tienen que contratar los guías, el intérprete y las cabalgaduras oportunas, que en este caso son camellos. Dice Juan Adorno que luego de asegurarse un guía o intérprete que sea fiel y de comprar provisiones necesarias para tan difícil proyecto, habrán de alquilar animales con conductores. Estos animales son

---

[9] *Ib.*, p. 357.

[10] *Ib.*, p. 259.

[11] *Ib.*, pp. 239-240.

[12] *Ib.*, p. 247.

[13] *Ib.*, p. 276.

camellos cuya peculiar naturaleza les permite estar tres o cuatro días sin beber y "que se nutren con poco"[14]. Se hace lenguas de su fortaleza y nos describe la singular manera de cabalgar, de a dos, suspendidos en cestos que penden de los flancos del camello.

En uno de los accidentes del camino, Anselmo Adorno casi cayó de uno de esos cestos[15].

Todos los viajeros que atraviesan el desierto utilizan "camellos [que] son los únicos que pueden cruzar el desierto", según dice Frescobaldi[16].

A pesar de estas palabras, inmediatamente nos hace saber que también compraron burros "para nosotros", puesto que los caballos no podían transitar por el desierto debido a la falta de forraje y, además, porque los sarracenos no les permitían cabalgar en ellos.

El mismo autor incorpora la copia del acuerdo que hicieron con los guías, escrito en italiano por el guardián del monte Sinaí: "Delante de los testigos, se realizó un acuerdo entre Alasso, guía y cinco peregrinos, a saber...". Luego de la mención, se compromete el guía a acompañar al grupo "diligentemente con sus mulas desde Jerusalén a Ramleh y de Ramleh a Damasco"[17]. Se fija luego el monto que corresponde entregar por cabeza, suma que permitirá al guía pagar a los oficiales que exigieran las compensaciones debidas.

Fray Félix transcribe el pacto que él y su grupo han establecido con el guía para cruzar el desierto.

> Artículo 1º) Que el mencionado don Sabathytanco, Calinus mayor, habría de conducirnos sanos hasta Egipto por los lugares mencionados y que, en persona, a sus expensas y coste, habría de llevarnos desde Jerusalén hasta Gaza. Y esto se los prometió, comprometiendo su fe.
>
> Artículo 2º) Que satisficiera por nosotros las alcabalas o tributos desde Jerusalén hasta Gaza. Y le exigimos esto porque sabíamos que, de otro modo, habríamos de ser gravados por los sarracenos en ese camino.
>
> Artículo 3º) Que cada peregrino dispusiese, para cabalgar, de un asno con sus conductores, que se llaman *almocrebes* y que esos borriqueros nuestros sean cristianos y que desde allí hasta Maratea de Egipto nos conduzcan y sirvan y que a los asnos y a ellos mismos se les den provisiones, a menos que los peregrinos quieran proporcionarlas espontáneamente.

---

[14] A.-J. Adorno, p. 211.

[15] *Ib.*, p. 477.

[16] L. Frescobaldi, p. 52.

[17] *Ib.*, p. 477.

Artículo 4º) Que todas nuestras cosas, es decir, vestimentas y alimentos, deben comprarse a sus expensas, en Jerusalén y en la mencionada Gaza, exceptuando el vino que hemos de comprar nosotros.

Artículo 5º) Que en Gaza nos provea de camellos, que lleven nuestras cosas hasta el monte Sinaí y de allí a Egipto, a Maratea y que disponga en Gaza de un hospedaje honesto y apropiado.

Artículo 6º) Solicitamos que dispusiese que uno de sus familiares nos llevara desde Gaza hasta El Cairo de Egipto. Y pedimos que enviara con nosotros a Elphallo que es llamado Calino menor, quien, a menudo, según es notorio, fue útil a los peregrinos en el desierto y que él realizara la provisión de trigo para nuestro sustento.

Artículo 7º) Que cada peregrino disponga un odre para llevar agua por el desierto pues, a menudo, durante muchos días no se encuentra agua en ese camino.

Artículo 8º) Que nos concediera licencia para comprar vino en Jerusalén a los cristianos orientales y que pudiéramos llevarlo en los camellos o asnos sin ser insultados por los sarracenos. Pues sin esta precaución acerca de la compra y transporte de vino, los peregrinos no estaban tranquilos.

Artículo 9º) Que se dispusieran para nosotros tres pabellones o tres pequeñas tiendas que, como aposentamientos, pudiéramos instalar en los lugares desiertos contra el ardor del sol.

Artículo 10º) Que cada uno de nosotros pagase a este trujamán 23 ducados por el salvoconducto, las alcabalas y cada una de las cosas arriba mencionadas, entregando la mitad de esa suma en Jerusalén, el resto en Gaza, luego que allí se nos proveyera de camellos y de las demás cosas de acuerdo al pacto y a la convención [establecidos].

Artículo 11º) Que todo este contrato sea redactado por escrito y que sea firmado y provisto con los sellos del señor prefecto de Jerusalén y del Calino mayor.

Artículo 12º y último) Que mientras permanezcamos en Jerusalén, nos sea lícito deambular fuera y dentro de la ciudad por los Lugares Santos y que nos lleven a la Anástasis cuando lo pidiéramos y que, dirigiéndonos hacia el monte Sinaí, nos lleven a Belén y allí nos dejen por algunos días y desde Belén a Hebrón, para ver el lugar de la creación de Adán y la doble caverna.

Estos son los artículos de la convención que establecimos. Tuvimos muchos litigios y dificultades antes de acordarnos y el pacto fue establecido por medio de un documento sellado ese día, antes que volviesen los peregrinos, nuestros compañeros, y depositamos dos ducados por el sello[18].

---

[18] F. Fabri, t. II, pp. 98 y ss.

Santo Brascha en su resumen final acerca del viaje de ida y vuelta desde Jerusalén a Santa Catalina y a El Cairo indica condiciones semejantes: que los 24 ducados que piden el guía y el trujamán para conducir a los viajeros los obligan a pagar todas las daciones y tributos y todo desembolso que sobreviniera "salvo los gastos de alimentos a los cuales es necesario que provean los peregrinos"[19].

Sólo en circunstancias especiales y por concesión de las autoridades, podían los viajeros liberarse del pago correspondiente. Pero Tafur recibe del sultán —ante su declaración de viajar hasta el monte Sinaí— la concesión de un trujamán y de tres camellos sin que "pagase nada"[20]. Siempre—cuando se trata de un personaje importante—reciben concesiones similares de los príncipes mientras se encuentran en sus Estados y cuando tienen que cumplir trayectos menores.

Prudencia, dinero, fortuna para lograr voluntades propicias, para evitar engaños, habían de acompañar a los viajeros también en el tránsito

---

[19] S. Brascha, p. 108.

[20] P. Tafur, pp. 90-91.

4. ASECHANZAS E INCONVENIENTES
PERIPECIAS DE CAMINO

Al hablar de las peripecias que acaecen a los viajeros de camino en pos de su meta, no hemos de detenernos en la anécdota que será más o menos dramática o risueña según las coyunturas, la capacidad narrativa del escritor y su talento connatural o momentáneo.

Esas peripecias nos hablan de las condiciones que deben afrontar quienes abandonan su ámbito conocido y familiar. Esas asechanzas e inconvenientes derivan ya de hombres, ya de circunstancias naturales, a veces imponderables, temidas, presentidas pero imposibles de conocer y de prever en toda su dimensión.

Parecería lógico que subrayáramos sólo las asechanzas que el endogrupo sufre en virtud de su relación con otro endogrupo opuesto y enemigo.

No ocultamos la importancia capital de este enfrentamiento pero también creemos que los inconvenientes derivados de una naturaleza extraña y hostil no son menos importantes para configurar su carácter de gentes que han dejado de lado el paisaje conocido cuyas características, peculiaridades, rigores o benignidad se soportan, se gozan, se prevén con todos los medios que la cotidianeidad y la experiencia permiten.

Los viajeros se preparan para el largo tránsito con vestimentas apropiadas, se precaven con la adquisición de alimentos, llevan medicamentos y dinero...

Pero no siempre aciertan por carecer de experiencia directa, ignorancia que les impide medir su resistencia y su temple frente a condiciones extremas y desconocidas.

Podríamos pensar también que parte de ese tránsito impone distancia e importa preparación; distancia y preparación necesarias para acceder al otro mundo en que intentan rescatar ciertos valores existenciales que su confesión les marca.

Pero, sin duda, son las gentes quienes lanzan contra el grupo coherente y vuelto sobre sí, el mayor número de ataques que les hacen aquilatar su desvalimiento en medio extraño.

A través de muchos y variados ejemplos veremos con qué aprensión los grupos se ponen en contacto, con qué malquerencia se expresan muchas veces.

No olvidemos, además, que el grupo de viajeros no puede sino sentirse realmente débil pues constituye una minoría.

Lógicamente, se evita el contacto y todo tipo de relaciones que impliquen familiaridad y amistad.

Esta premisa de abstención que reciben los viajeros —cualquiera sea su condición— no siempre es respetada. Por diversos motivos: por simple curiosidad o por necesidad de información.

Personajes tan ávidos de penetrar profundamente en los ámbitos que recorren, tan urgidos por conocer gentes que se presentan exóticas y casi inasibles como fray Félix o embajadores que como los franciscanos o como Clavijo necesitan información cierta, inmediata, para poder transmitir a sus señores, intentan siempre romper las barreras que se interponen entre ellos y ese mundo desconocido.

Pero, en general, sólo tratan con algunos individuos que constituyen nexo o puente entre las dos entidades: guías, trujamanes, camelleros, algunos proveedores...

Estos personajes-nexos casi nunca observan una conducta leal respecto de los extraños. Tendremos ocasión de ejemplificar esto abundantemente, en ello se expresa una enemistad, de ordinario encubierta, que se descubre y se manifiesta sin embozo alguno en las gentes que pueden expresarse libremente.

Esa expresión puede tomar múltiples formas: la agresión verbal, la burla, la determinación de ámbitos estrictos de residencia o tránsito, la estafa de la confianza depositada, la traición, el relegamiento a posiciones o situaciones desairadas, incómodas o peligrosas, el ataque físico, el intento de exterminio.

El endogrupo minoritario, si bien puede nutrir hacia el mayoritario idéntica hostilidad, tiene menores posibilidades de exteriorizarla.

Sólo situaciones extremas y desesperadas o una incorrecta apreciación de oportunidad de éxito puede hacerla estallar, como veremos que, en ocasiones, sucede.

La separación entre los grupos se revela en una frase dirigida por el trujamán mayor del sultán de Egipto a los Adorno. Pues había conocido a miembros de su familia y sabía de la importancia del linaje, les prometió tratarlos "non ut Francos se ut amicos suos" ("no como francos sino como amigos suyos")[1].

---

[1] A.-J. Adorno, pp. 108-109.

Dudamos en considerar a los naufragios o las tormentas soportadas entre los hechos inesperados que podían sobrevenir de camino.

Eran inesperados en su forma puntual, es decir en cuanto al lugar y al momento pero, ciertamente, eran acontecimientos temidos y esperados por los viajeros.

Fray Félix Fabri cuenta cómo —antes de embarcar en su segunda peregrinación— llegó, con los señores a quienes acompañaba en el viaje, hasta la cima de los Alpes. Desde allí, observaron el mar Mediterráneo temiendo —según dice— que fuera futura tumba para quienes emprenderían el camino: "Vimos el mar Mediterráneo ante cuya presencia mis señores, jóvenes y delicados, estaban como aterrados y contemplaban los peligros futuros"[2].

El fraile —al hablar genéricamente de las dificultades que comporta el viaje por mar— enumera las diversas molestias o reales peligros que acechaban a los peregrinos. Comienza su párrafo diciendo: "En el tránsito por el mar subyacen muchas incomodidades". En primer término enumera las perturbaciones que sufre el cuerpo: dolores de cabeza, vómitos y náuseas, carencias de apetito, alteración de todo el organismo, excitación de las pasiones. Todo ello determina muchos peligros para los viajeros y, en ocasiones, los lleva a la "amarguísima muerte".

"Los que navegan por el mar narran sus peligros, nosotros los vimos y nos admiramos. Estos son: de ordinario los que se trasladan sufren peligro en razón del mar, del aire o de la nave".

Esos peligros son innumerables y surgen ya "por la propia disposición debido a la mala compañía, en razón de la carencia de alimento y bebida, debido a los malos pilotos, en razón del calor o del frío o de las malas provisiones y cosas análogas, de tal manera que no hay palabras que los puedan describir".

Entre los peligros de ese tránsito se cuentan, en primer término, los escollos que ofrece el mar y las diferentes alturas o depresiones que pueden esconder las aguas y en las cuales puede caer o encallar la nave llevada por el viento "que transforma el mar, [lo hace] inquieto, tempestuoso, borrascoso, turbulento y tumultuoso". En tercer término, se cuenta la debilidad de las naves[3].

En cuarto término se puede considerar la inexperiencia, pereza o negligencia de la tripulación. Es necesario tomar en cuenta el peligro que implica el desembarco: el paso que ha de darse entre la barca y la galera puede provocar la caída al mar del pasajero debido al movimiento que

---

[2] F. Fabri, t. I, p. 79.

[3] *Ib.*, t. I, pp. 114-115.

imprime el viento a las embarcaciones. Pero si —como vemos— el viento parece producir tantos inconvenientes, la excesiva bonanza tampoco es positiva porque determina que todo lo que se encuentra en la nave se corrompa, de tal manera hace "el agua, fétida, el vino perjudicial, las carnes —antes secas— se llenan de gusanos y de improviso generan infinidad de moscas, mosquitos, pulgas, piojos, gusanos, ratones y [otros] roedores".

El efecto sobre los hombres también es extraordinariamente nocivo, puesto que los vuelve "perezosos, somnolientos, delgados a causa del calor, sujetos a las pasiones de tristeza, ira, envidia" y a todos los restantes riesgosos movimientos del ánimo. Los peligros que entraña la bonanza no son menos graves que los provocados por la tempestad pues, según afirma fray Félix: "Yo vi a pocos morir durante las tempestades, en cambio, durante las bonanzas, es decir, en las mencionadas quietudes del mar, vi a muchos decaer y morir"[4].

Enumera luego otros peligros del mar: *bythalassum*, *syrtis*, *charybdis*. Y explica lo que significa cada uno de esos términos. El primero —*bythalassum*— alude al lugar de confluencia de dos mares en donde —las olas que llegan de uno y otro lado— pueden hacer hundir la nave. Por *syrtis* se entiende el lugar en donde se encuentran bancos de arena, donde el mar se presenta desigual, de tal manera que, en un sitio el agua es profunda y muy cerca es vadeable o donde el mar oculta escollos en los cuales la nave que pasa puede encallar.

La mención de *Charybdis* da lugar al recuerdo clásico del escritor: "Caribdis era una vieja voracísima que, como hubiera robado los bueyes de Hércules, fue fulminada y precipitada al mar por Júpiter. Hasta ahora deambula en el fondo del mar, y atrae a sí las naves que transitan por él para ejercer las antiguas rapiñas". De esta leyenda nace el nombre que se aplica a aquellos lugares en que hay remolinos ocultos, como los que se encuentran vecinos a las islas Gazópolis. El mar encierra otros peligros. Uno es el llamado *Gulf*: los vientos salen de las cavernas excavadas en las laderas de los montes y hacen zozobrar las naves; otro es el denominado *grupp*: dos corrientes opuestas de vientos chocan y levantan las olas del mar. Por fin, el llamado *Troyp*, según el nombre de un pez pues éste —al conocer el paso de la nave— emerge del agua y roe o perfora la proa, a manera de taladro[5].

El mismo narrador nos dice —al hablar genéricamente de los propósitos y el ánimo con que se debe peregrinar— que muchos viajeros, a pesar de contar con la debida licencia y la lógica determinación inicial, no realizan

---

[4] *Ib.*, t. I, p. 116.

[5] *Ib.*, t. I, p. 116-117.

el camino pues desisten al considerar las rutas y lo pesado de los gastos. "Yo vi a quien obtuvo la licencia con mucho empeño, reunió el dinero de los gastos y se hizo confeccionar las vestiduras peregrinales. Pero cuando llegó el tiempo de partir, receloso, se resistió temiendo el debilitamiento de su vida y la pérdida de su bolsa".

A veces, los viajeros persisten en su propósito hasta el momento de embarcar pero, al reflexionar entonces sobre los peligros de la travesía, retroceden; no pocos se embarcan pero vuelven "fatigados por las incomodidades del mar"[6].

Frescobaldi también habla del difícil enfrentamiento con los inconvenientes de la vía marítima. Todavía en Venecia, cae enfermo. Afortunadamente es aposentado y cuidado en una mansión. Hasta allí se llega micer Remigio Soranzi quien se dirige así al viajero: "vosotros, florentinos, no estáis acostumbrados a las tempestades del mar como nosotros y otros del área marítima y aunque se gozara de la mayor salud del mundo, una travesía tal como la de aquí a Alejandría podría dañar el robusto cuerpo de cualquier marinero"[7].

Fray Félix, en su primera peregrinación, recibe noticias inquietantes acerca de las actividades de los turcos. Estas noticias hacen que se recomiende a los viajeros regresar a Venecia. Están en el puerto de Corfú y el funcionario delegado de la *Signoria* en el lugar recibe a los peregrinos que presentan las cartas que les ha concedido el Senado veneciano para su seguridad y protección. Ante ello, el funcionario les incita al retorno. Se reúnen los viajeros para deliberar y reflexionar sobre las palabras del Capitán del mar: "¿Qué necedad hay en vosotros que os queréis exponer a tan grave peligro, en lo referido al cuerpo y al alma, a la vida y a la substancia? Ved aquí el mar repleto de crudelísimos turcos de cuyas manos no os podéis evadir. Volved a Venecia, o permaneced en algún puerto de otro mar, hasta que oigáis mejores rumores". Ante estas inquietantes palabras, los peregrinos se reunieron para cambiar opiniones. Cada uno actuaba según su ánimo, unos se mostraban medrosos y se prepararon a regresar, otros, en cambio eran "fuertes e impertérritos". Entre ellos se encontraba fray Félix quien trató de levantar ánimo tan decaído y confortar a los hesitantes, predicando y citando las Santas Escrituras. Pero algunos de los amedrentados reaccionaron incluso violentamente. "Uno de ellos dijo: 'No es oportuno escuchar las palabras y exhortaciones de fray Félix. ¿Qué sabe él de la muerte y de la vida? El es un fraile observante y no tiene riqueza ni amigos ni honores ni ninguna de las restantes cosas del mundo, tal como

---

[6] *Ib.*, t. I, p. 13.

[7] L. Frescobaldi, p. 34.

nosotros tenemos. Para él es más fácil sufrir la muerte mediante la rápida espada de los turcos que envejecer en su monasterio padeciendo muchas muertes'". La mayor parte continuó su marcha, otros volvieron, dejando camino tan inquietante, que ponía tanta angustia en sus corazones[8].

El temor hacía presa de todos aquellos que penetraban en ámbito extraño y supuestamente hostil. Hemos citado las frases de Giovanni del Pian del Carpine al emprender su misión "a pesar de que temiéramos ser asesinados por los tártaros o por individuos de otras naciones o ser sometidos a un perpetuo cautiverio o ser afectados más allá de nuestras fuerzas por el hambre, la sed, el calor, los ultrajes y las fatigas, cosas éstas, que nos ocurrieron mucho más de lo que creíamos exceptuando la muerte y el cautiverio perpetuo"[9].

Cuando penetran en el territorio sometido a los tártaros lo hacen con lágrimas en los ojos "ignorando si íbamos hacia la muerte o hacia la vida"[10].

Pero decimos que todos los caminos —marítimos y terrestres, en el tramo europeo o en el asiático— eran de penoso transcurso.

Fray Félix Fabri, al comenzar su travesía por los Alpes, en abril de 1493, pidió al conde de Kyrchberg un servidor para que lo acompañara pues "ese tramo es bastante inseguro y yo temía cabalgar solo".

La descripción que nos ofrece el monje de los caminos de ese trecho de su tránsito nos revela lo penoso que podía ser.

El 10 de abril de 1493 sale de Ruti y asciende a los Alpes réticos. El ascenso tiene que hacerlo con lluvia, en medio del barro. Transita por mal camino puesto que el día anterior había llovido. A eso se agregó la nevada que cayó la noche posterior sobre el barro y que le impidió ver las lagunas y las hondonadas. "El caballo —que había de llevar del cabestro— a cada paso se sumergía hasta el vientre y yo, hasta las rodillas"[11]. Poco más adelante, al dejar la ciudad de Brixen (hoy Bressanone) recuerda que, hasta hacía dos años, ese camino era malo y peligroso, las gentes sólo podían pasar por él con dificultad, llevando el caballo de la brida. "Recuerdo con cuantas angustias transité por ese camino en mi primera peregrinación"[12]. La vía era angosta, a la izquierda se levantaban altísimas paredes de piedra, a la derecha se abría un valle profundísimo. Afortunadamente el duque de Austria, señor de la región, hizo quebrar las piedras mediante fuego y bombardas, sacar y remover las más grandes, de manera que

---

[8] Ver también *Piratería*. F. Fabri, t. I, pp. 37-38.

[9] G. del P. del Carpine., p. 159. Ver también *Personajes. G. del P. del Carpine*.

[10] *Ib*., p. 166.

[11] F. Fabri, t. I, p. 68.

[12] *Ib*., p. 71.

transformó esos ásperos caminos en vías llanas. Pero el pasaje por ese lugar no estaría libre de inconvenientes. El 24 de abril está en Feltre, llueve sin interrupción día y noche. A pesar de haber cesado la lluvia, cuando dejaron esa ciudad se encontraron que habían de cabalgar en medio de aguas crecidas "pues los pequeños riachos se transformaban en ríos rapidísimos y los torrentes secos abundaban en agua"[13].

La experiencia de Pero Tafur en el camino que lo llevó desde Milán a Alemania fue la misma. Realiza el recorrido de este tramo a fines de agosto, en el momento en que las nieves se deshacen: "é es muy grandísimo peligro". Para poder transitar, los naturales llevan un buey que arrastra una soga, luego aparece un trillo con un hombre sentado y finalmente va el caballo llevado de la rienda. Porque "el boezillo pasaríe el peligro", si lo hubiera. Cuando temen que se desprenda la nieve realizan disparos con una culebrina porque, de tal manera, la nieve se desploma con el estruendo. "En este tiempo cresçen mucho las aguas é las riveras por este desfazimiento de las nieves"[14].

Estas son algunas de las molestias que proporcionaban los caminos europeos. Imaginemos cuánto más penosos habían de ser los que habrían de rec.rrer peregrinos, embajadores o simples viajeros en Oriente. Dice Santo Brascha, al hablar del camino que separa Jerusalén del río Jordán, que es "fatigoso, áspero y montañoso". Más de la mitad de los peregrinos no quisieron recorrerlo y esperaron en Jerusalén a quienes lo intentaron[15].

Sufren en ese tránsito de enorme calor. Y además, luego de haber cabalgado en la primera jornada hasta las dos de la madrugada, al descabalgar reposaron sobre las piedras, envueltos en los gabanes que habían llevado para ese efecto, pero no pudieron descansar debido a los piojos del Faraón que "son grandes como garrapatas y tienen un aguijón y un mordisco muy áspero o, por mejor decir, envenenado". Continúan el camino, llegan a la llanura de Jericó donde encuentran mucho calor, el más elevado que pueda darse en toda Siria. Al desmontar, no podían asentar el pie dada la temperatura. Además, los viajeros estaban "siempre con la boca abierta resoplando como lo hacen los perros fatigados". Más adelante, reposaron al pie de la montaña de la Cuarentena en que Jesús fue tentado. Por allí corría un pequeño riacho y a él se arrojaron, rendidos los peregrinos "acezantes y jadeantes a causa del calor"[16].

Las temperaturas extremas, los malos aposentamientos, la comida insuficiente o extraña, las alternativas de salud que derivaban en gran

---

[13] *Ib.*, p. 79.

[14] P. Tafur, pp. 230-231.

[15] S. Brascha, p. 65.

[16] *Ib.*, pp. 109-110.

parte de todo lo anterior, las asechanzas de las poblaciones hostiles, enemigas, indiferentes o ansiosas de esquilmar a los transeúntes, las dificultades derivadas de rivalidades o conflictos políticos, las acciones piratescas, los pequeños o graves accidentes por imprudencia, ignorancia o mala voluntad de los guías son otros tantos elementos a tener en cuenta en el recorrido propuesto.

De los muchos ejemplos que nos hablan de la penuria sufrida por los viajeros citaremos sólo algunos.

Las condiciones de vida sobre las naves están descriptas por extenso y con detalle por fray Félix Fabri.

Uno de los capítulos del libro en que narra sus peregrinajes a Tierra Santa se titula *Ita homines deducunt tempus in Galêa*. Habla de cómo pasan su tiempo los viajeros sobre la nave, esas que él llama "longissimas et taediosissimas... horas"[17]. Cuando han acabado de almorzar, suben a cubierta y preguntan donde se vende el vino al mejor precio y se pasan todo el día junto a él. "Esto lo hacen de ordinario los sajones y los flamencos y otros inferiores. Otros viajeros juegan por dinero, aquellos en juegos de azar, éstos en juego de dados, otros con cartas, los restantes al ajedrez... Otros cantan acompañándose, a veces, con laúdes, con flautas, con clavicordios, cítaras u otros instrumentos. Otros disputan sobre asuntos mundanos, algunos leen sus libros, otros recitan padrenuestros, otros permanecen sentados y piensan, aquéllos, alegres, exclaman. Unos ríen, los otros gritan. Unos trabajan con las manos, los otros duermen, algunos pasan casi todo su tiempo durmiendo en su *cumba* o lugar que se les asignara. Unos corren por las cuerdas, otros saltan, algunos prueban su fortaleza levantando pesos o realizando otras tareas similares. Algunos están sentados y tanto en mar como en tierra piensan, escriben y confían esos pensamientos a sus cuadernos de apuntes. Dice: "Esta fue mi tarea cotidiana, luego de haber recitado las horas canónicas"[18].

A veces, circunstancias o celebraciones especiales proporcionaban particular regocijo al pasaje[19]. Al avistar Creta, la galera en que eran conducidos a Tierra Santa, fray Félix y sus compañeros, apresura su marcha. El patrono —Agustín Contarini— deseaba visitar al Patriarca de Constantinopla. Pero para que los peregrinos no murmurasen por la

---

[17] F. Fabri, t. I, pp. 134 y ss.

[18] *Clavicordio* (Paul Henry Lang, *La música en la civilización occidental*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, p. 191). Forma parte de los instrumentos de teclado. "El clavicordio, el más pequeño y delicado de los instrumentos de cuerdas heridas, por medio del teclado, es el más antiguo de su especie. Aparece durante el siglo XII, al aplicarse un teclado al monocordio, el antiquísimo instrumento experimental de los griegos".

[19] F. Fabri, t. I, p. 135.

espera, les entregó un paño de seda que valía 6 ducados, llamado *atlas*, para que se lo disputasen por medio del juego de cartas. Fue ganado por el señor Beer de Hohenrechberg, uno de los nobles que iban en compañía de fray Félix. "Y en la galera hubo mucha alegría a propósito de las alternativas del juego". Esto da ocasión al fraile para señalar los peligros de los juegos de cartas y de dados que empeñaban diariamente a los nobles que realizaban la navegación. Por medio de esos "grandes y criminales juegos" —como los llama el narrador— "ya perdía éste, ya ganaba aquél". Circunstancias que provocaban muchas disputas y, además, muchas ruinas. Dice el fraile que algunos jóvenes nobles tenían dinero suficiente como para ir hasta el santuario de Santa Catalina. Pero, debido al juego, muchos pronto se encontraron sin recursos. No habrían podido llegar siquiera a Jerusalén a menos que sus compañeros los hubieran auxiliado, además quedaron sin servidores propios[20].

Pero, subrayemos otras oportunidades de divagación que se daban en la galera. En un pasaje de su obra, fray Félix cuenta que el día de San Juan Bautista, al caer el sol, los marineros se dedicaron a encender los fuegos de San Juan. "Y lo hicieron de esta manera: tomaron más de cuarenta lámparas de leño y cuerno y habiéndolas encendido, las colgaron una tras otra en una larga cuerda". Estas lámparas colgadas iban desde proa a popa e iluminaban toda la galera. Tripulantes y peregrinos se reunieron para ver el espectáculo, se hicieron sonar las trompetas mientras los galeotes y restantes marineros daban gritos de alegría, cantaban a coro, saltaban y aplaudían. Ante esto, un clamor de gozo se levantó de entre todos los circunstantes y aplaudían para celebrar al precursor del Señor. Tanto regocijo duró hasta la medianoche[21].

A estos gozos se agregaban otras actividades menos placenteras.

Hay una ocupación necesaria para todos si bien no es demasiado agradable. Como dice fray Félix, "communis et necessaria et cotidana" ("común a todos y necesaria y cotidiana") que es "la persecución o captura de gusanos y de piojos". Puesto que si alguien no lo hiciera, no podría dormir tranquilo[22].

En realidad, los piojos perseguían y amenazaban a los viajeros en todos lados. Fray Félix y sus compañeros se limpian en un campamento del desierto, se lavan la cara y el cuerpo, se quitan los piojos, "nadie escapa [de ellos], por más noble que sea". Los piojos constituyen uno de los mayores males tanto en tierra como en el desierto. Reflexiona el fraile y se muestra

---

[20] *Ib.*, t. I, p. 166.

[21] *Ib.*, t. I, p. 166-167.

[22] *Ib.*, t. I, p. 170.

estupefacto por la espontaneidad de su generación pues lo que se limpia a la noche se lo encuentra nuevamente al día siguiente[23].

Como vemos, cada uno de los pasajeros se dedicaba a una actividad según sus propios intereses, capacidades o inclinaciones. Pero además, hay que contar con la particular influencia del tiempo sobre las sensibilidades. Fray Félix nos da a conocer su experiencia, dice que ciertos días todos se mostraban jocundos, risueños y buenos compañeros, en esos días nadie dormía, todos estaban alegres. Por el contrario "algunos días había tanto silencio, tanta quietud, que no se oía casi a nadie, todos dormían o estaban tristemente sentados". En ocasiones, en cambio, la galera se transformaba en un infierno a causa de las maldiciones y blasfemias que se alzaban, debido a las disputas que surgían entre los tripulantes. Como dice el narrador, "noté de manera manifiesta que toda pasión es más vehemente en el agua que fuera de ella"[24].

El reposo era también difícil y se veía alterado por muchísimas circunstancias. Luego de cenar y habiendo acabado de intercambiar opiniones, se dirigían al lugar común destinado al reposo nocturno. A medida que se aposentaban, surgían grandes disputas entre los pasajeros contiguos al tiempo que se levantaba mucho polvo. Fray Félix describe muy vívidamente la escena: "Pues uno culpa a su vecino que con su lecho ocupa parte del lugar que le ha sido destinado, el otro lo niega, aquel afirma, uno y otro llaman en su auxilio a los suyos y, de tal manera, todos se ofenden unos a otros". En ocasiones —y no infrecuentemente— las disputas se solucionan con la daga en la mano. Corresponde al escribano de la galera descender para calmar los ánimos. Pero no se atrevería a hacerlo en ocasión en que los espíritus se muestran demasiado alterados, porque él también podría ser destrozado. Pero no solamente se producen disputas por el lugar correspondiente. A veces, algunos tardan en dormirse y prolongan las conversaciones que molestan a los demás. "Yo vi a algunos impacientes peregrinos que arrojaban sus orinales contra las luces encendidas para apagarlas". Hecho que, por cierto, hacía surgir nuevas disputas. Aun apagadas las luces, hay quienes insisten en sus conversaciones. Esas disputas son más frecuentes —según fray Félix— cuando se encuentran a bordo "los ebrios flamencos". Tales y tantos son los inconvenientes que pueden alterar el reposo que, según el narrador, "hubo muchas noches en que no pude cerrar ojo"[25]. Pero, no sólo los circunstantes impiden un buen reposo. También contribuye a hacerlo penoso lo angosto del lugar asignado a cada uno de

---

[23] *Ib.*, t. I, p. 135.

[24] *Ib.*, t. II, pp. 151-152.

[25] *Ib.*, t. I, p. 135.

ellos, tan estrecho que nadie se puede mover sin tocar a su vecino; además todo el local está cerrado y es sumamente caluroso y se encuentra lleno de diversos y pesados vapores. Se agrega a esto la existencia de pulgas, de piojos, de ratas... Además, se oyen las exclamaciones que en sueños pronuncian algunos, los ronquidos de otros, las toses de los enfermos. Dice fray Félix que, en ocasiones, dejó tan terrible antro y subió a cubierta: "y me vi a mí mismo, como si hubiera salido de una tenebrosa cárcel". Además, hemos de recordar que sobre la cámara destinada a dormitorio de los viajeros se hallaba el establo de la nave, donde se encontraban los caballos y los mulos; por tanto, los pasajeros habían de soportar durante toda la noche el golpear de los cascos de las bestias contra el piso. Se agregaba a esto, el paso de los marineros en la cubierta, el sonido del mar... todo contribuía a hacer poco tranquilo el descanso de los pasajeros.

Al embarcar en Alejandría de regreso a Venecia, fray Félix, junto con Johannes, archidiácono de Transilvania, sufren muchas peripecias para lograr un lugar en la galera.

Han tardado en embarcar pues los musulmanes encargados de la aduana se han detenido para observar e inquirir sobre la singular carga del monje: piedras y ramos de palmera. Reían creyéndolo loco, preguntaban: "¿es que no hay piedras en Occidente, puesto que lleváis piedras de Oriente?" No se satisfacían con la respuesta de fray Félix: "nosotros poseemos piedras pero no vestigios sagrados de Nuestro Salvador y de sus santos, por ello los hemos recogido y los tendremos como carísimos [recuerdos] en nuestra tierra"[26]. Entre discusiones y explicaciones arribaron tarde para embarcar, por tanto, hubieron de transcurrir esa noche en el lugar de los pobres. Colocaron sus pertenencias en la proa y allí se sentaron, los galeotes les hicieron participar de su cena: pan, vino y carne. Así transcurrieron la noche sin poder extenderse puesto que "la proa y toda la galera estaban repletas de hombres". Por tanto, hubieron de permanecer sentados, "oprimidos y en estrechez" hasta que, al día siguiente, solicitaron una estancia. Bajaron con el escribano a la *carina* examinando todos los ángulos, por fin eligieron un lugar junto a la pared del celario. Era espacioso —"suficiente para seis hombres"— pero tenebroso e, incluso, sólo se podía permanecer allí de rodillas, "además era necesario entrar y salir curvados y [recorrer] con las rodillas flexionadas más de 15 pasos desde la puerta de la letrina hasta nuestro lugar". Por supuesto, en un primer momento los viajeros así alojados no se sintieron demasiado contentos de la ubicación pero, poco a poco, comenzaron a subrayar sus conveniencias. Era lugar espacioso, circunstancia muy agradable durante la navegación, era cálido y cuando "en la parte superior de la nave sentía el frío hasta dar diente con

---

[26] *Ib.*, t. I, pp. 137-138.

diente, "yo entraba a mi lugar y volvía a calentarme como en medio de la estopa". Por supuesto, además era tranquilo ya que no tenían vecinos, también seguro en lo que concernía a la entrada de las aguas de las tempestades. Además, por su cercanía del celario, los viajeros podían —incluso a medianoche— pedir y tomar lo que les fuera necesario y, a través de ese tabique, podían oír todo lo que sucedía en la galera. No gozaban de tantas envidiables condiciones ni siquiera los grandes señores a quienes se habían asignado una angosta residencia en la proa bajo el palo del trinquete, en la que —durante las tormentas— entraba el agua abundantemente, que habían de soportar el trasiego de velas y cuerdas aunque podían libremente entrar y salir erguidos y permanecer de pie en el lugar que se les habían concedido. Penetrar y permanecer agobiados en su estancia era la mayor incomodidad que sufrían fray Félix y su compañero pero existía además un gran riesgo; de producirse un golpe que implicara fractura en la nave, sus vidas hubieran corrido un peligro cierto.

Ventajas e inconvenientes se aunaban, pues, en la estancia marítima del fraile, subrayadas por factores humanos. En ese lugar hubieron de acomodar todas sus pertenencias que —si no eran costosas— eran molestas y difíciles de ubicar. Sobre los sacos con pertenencias y recuerdos, acomodaron los lechos, además de suspender la larga palma que transportaba fray Félix. Esa ubicación era excelente para estar en contacto con el celario. Apenas llegados, el cocinero "amigablemente nos saludó" prometiéndoles darles comida y alimento además de proporcionarles luz constantemente pues allí siempre ardía una lámpara. Para realizar tal servicio sacó los clavos que retenían una pequeña viga. La luz los confortó y posibilitó a fray Félix la lectura de su breviario, además el ventanuco permitió satisfacer su curiosidad durante todo el viaje pues el cocinero preguntaba a todos por las novedades de la navegación[27].

Muchos eran los inconvenientes que habían de sufrir los viajeros a bordo.

La higiene era sumamente precaria. Se detiene fray Félix en la consideración de los lugares destinados en la nave a responder a las necesidades naturales de los pasajeros. Cada uno de ellos estaba provisto de un orinal. Pero, puesto que el lugar era sumamente estrecho y oscuro y muchos los que deambulaban, era raro que durante la noche no tropezaran unos con otros. Además, si alguno de los durmientes se veía constreñido en las horas de reposo a ascender a cubierta, fácilmente volcaba unos cinco o seis de tales vasos. "Lo que determina un hedor intolerable". A la mañana, cuando los pasajeros se levantaban y deseaban atender a sus necesidades, tenían que ascender a cubierta donde había lugares especiales a una y otra parte de

---

[27] *Ib.*, t. IV, pp. 204-205.

la popa. Inmediatamente, se veían filas de trece o más personas ante tales lugares secretos. Reflexiona fray Félix que esto se asemeja a la espera que realizan en Cuaresma los hombres ante los confesores. Pero, si durante la noche, el infortunado pasajero debía dirigirse "ad loca secreta", había de pasar por sobre otros durmientes, por lo menos sobre 40 personas, por tanto había de tener cuidado de poner el pie de escaño en escaño y no sobre los que dormían porque, de otra manera, recibirían las maldiciones de los que así eran despertados.

Los "loca secreta" eran menos confortables aun durante las tempestades, ya que quien estaba dentro corría el riesgo de mojarse completamente, por lo que algunos optaban por despojarse de sus vestiduras antes de entrar. Se extiende luego el fraile en lo frecuente que es la constipación en el mar y en los modos de evitarla.

Para no hacer tan penosa la convivencia en tan estrecho e inhóspito lugar es necesario que los pasajeros se aseen todo lo posible. Considera fray Félix que debido a los muchos sudores y hedores crecen gusanos tanto en las vestiduras como en los pelos de la barba y de la cabeza. "Por lo tanto, el peregrino no debe dejar pasar un solo día sin limpiarse". Sucede, según el narrador, que quien no tiene un solo piojo en un determinado momento, a la hora siguiente tiene mil. Aconseja, por consiguiente, despojarse de la barba para realizar la travesía por mar. También es inútil conservar la cabellera, "como vi que hacen algunos nobles que no la quieren cortar, yo vi algunos de ellos cubiertos de piojos y llenaban con ellos a sus compañeros o se los hacían sufrir a todos los circunstantes..."[28].

Hay que lavar con frecuencia las camisas —los galeotes, al parecer, se ocupaban de ello— de la misma manera, el lecho y las sábanas han de estar limpios.

El viajero ha de soportar todas estas incomodidades e inconvenientes, que se agravan cuando el buen peregrino encuentra "un mal vecino, envidioso, impaciente, litigioso, inquieto, iracundo y sucio"[29].

La difícil higiene, única posible en la nave, la escasa pulcritud de algunos tripulantes hacían que la galera exhalara terrible hedor. Repite fray Félix, al respecto, las palabras de un caballero alemán, que para descubrir su terrible realidad, solía recurrir a "gruesas y poco educadas palabras alemanas": "hominis posteriora et anteriora, latrinae, sentinae, stercus et urina, caseus putridus, cadaver et inter pedicas rusticus, omnia haec sunt aromatica respecto illius foetoris" ("las partes posteriores y anteriores del hombre, las letrinas, las sentinas, el estiércol y la orina, el

---

[28] *Ib.*, t. IV, pp. 207 y ss.

[29] *Ib.*, t. I, pp. 139-140.

queso podrido, un cadáver y las partes interiores de los pies del rústico, todas estas cosas son aromáticas en relación a ese hedor")[30].

Ese hedor se hace más intenso en las galeras viejas que en la nuevas, la pintura de fray Félix —quien nos da con tono divertido el detalle de tantas miserias— es minuciosa, esa fetidez surge "de los orinales, de los vasos de los enfermos, de las cajas de los alimentos, de los quesos y de las carnes, de las aguas corrompidas, de los lechos y de las vestimentas traspasados por los sudores, del establo de las bestias, de la cocina, de la sentina, de los miserables galeotes, de todo ello se exhala un hedor como si fuera un hospital lleno de enfermos yacientes"[31].

Al desembarcar en las islas de Assaro, el religioso habla de las plantas odoríferas que allí se encuentran: la pequeña salvia "noble sin medida" y el *agnus castus*. Uno de los galeotes recoge hierbas y fray Félix lo imita. Llevan a bordo una hierba llamada *porcella* que nace en las hendiduras de las piedras. Dice el monje "que era de buen sabor, picante y aceitosa como el mastuerzo, y también grasa y substanciosa". Se admira fray Félix de cómo puede crecer el vegetal en el lugar en que lo hace a pesar de la sal que las olas hacen reposar en las piedras y del deslumbrante sol que cocina la sal. "Recogí, pues, esta hierba para llevarla a la galera. Tomé también ramos de *agnus castus*...". La llevó "para que repeliera de mi *cumba* el hedor de la nave". Al parecer el *agnus castus* no sólo tenía buen olor sino además —según la tradición clásica— la capacidad de incitar a la castidad "debido a que su calidez deseca el humor de la materia seminal y la ventosidad de los genitales que incita a la libidinosidad".

Según Pitágoras —dice el narrador— esta planta hace al hombre dulce y casto como un cordero. Según fray Félix, esa planta se encontraba en el convento de la Orden puesto que alguien que había participado del concilio de Basilea "la había plantado en nuestro huerto". Describe la planta y agrega que, al regresar a la galera al atardecer, llevó consigo *porcella*, beneficiosa para la salud, y *agnus castus* "para dar buen olor y para ornamento de mi *cumba*"[32].

Pero, si los navíos que surcaban el Mediterráneo eran incómodos, no lo eran menos las embarcaciones más pequeñas con las cuales los viajeros cumplían ciertos tramos de su camino, por ejemplo, el tránsito del Nilo. Juan Adorno[33] narra esa navegación realizada en una gerba[34]. Y dice que

---

[30] *Ib.*, t. I, p. 141.

[31] *Ib.*, t. I, p. 142.

[32] *Ib.*, t. I, pp. 157-158.

[33] A.-J. Adorno, p. 175.

[34] Ver *Piratería. Ladrones.*

era difícil encontrar lugar para colocar el equipaje puesto que la barca estaba totalmente cargada de mercaderías, de personas, de hombres, de familiares. "Aquí soportamos muchas miserias en razón de la exigüidad del lugar"[35].

Los europeos habían de ceder el lugar a los moros "aun a los más pequeños y miserables puesto que no nos consideraban como hombres sino como bestias"[36]. Además, algunos les quitaron el vino de Malvasía que habían descargado del navío en Alejandría y que llevaban para poder atravesar el desierto. Otros, los castigaron por haberse atrevido a llevar vino. Unico consuelo en tal penosa situación fue la actitud de las señoras musulmanas que ofrecieron a los cristianos algunas golosinas: jarabes, azúcar y miel y les mostraron sus joyas dirigiéndose a ellos con educación y bondad. Pero los viajeros no quisieron sostener por demasiado tiempo conversación con ellas por temor de los musulmanes que podrían haberse encolerizado por tanta familiaridad.

El barco iba tan cargado que —nos dice Juan Adorno— en ocasiones creyeron que se anegaba y los pasajeros fueron obligados a ganar tierra para aligerar el navío. A la mañana desembarcaron y hubieron de marchar durante medio día, con los pies descalzos, como los moros, pisando cardos sobre la tierra quemante; a veces, en cambio, tenían que ir a través de los brazos del Nilo con el agua hasta los hombros.

Pero volvamos a la descripción que hace fray Félix de la navegación que le tocó vivir en su segunda peregrinación. A todas las molestias mencionadas se agrega la acción de los vientos que, al mover la nave, provoca mareos y vómitos en los pasajeros. También el viento puede proyectar el humo de la cocina sobre el navío. Además, hay que contar con el hedor de la sentina, con las pulgas, las moscas y los gusanos, las ratas "que corren durante toda la noche y roen las cajas de los alimentos y los ensucian y destruyen las almohadas y los zapatos y caen sobre los rostros de los que duermen". Ya hemos mencionado su creencia que, según el viento, se generan en la nave pulgas, moscas, ratas y mosquitos. Pero advierte también acerca de una de las ventajas que la navegación comporta, jamás se encuentran sobre los navíos animales venenosos, ni escorpiones, ni víboras, ni sapos, ni gusanos venenosos, ni arañas.

No son estas las únicas incomodidades que los viajeros han de sufrir sobre el navío. Deben también guardarse de la rapacidad de los galeotes, nada se encuentra seguro ante ella. Por este motivo, los galeotes tienen

---

[35] A.-J. Adorno, p. 177.

[36] *Ib.*, p. 179.

prohibido descender a la cámara de los peregrinos, a menos que sean llamados.

Fray Félix da también consejo a los peregrinos para conservar la salud en medio de tantos inconvenientes. Recuerda las indicaciones de los médicos acerca de la dieta que es necesario observar. A pesar de lo cual dice que, algunos que las siguieron escrupulosamente, realizaron la peregrinación débiles y enfermos e incluso murieron. "Y, por el contrario, vi a otros, que tanto en mar como en tierra comían, bebían y hacían todo lo que deseaban, que no observaban dieta alguna, que se excedían de toda medida y que, a pesar de ello, jamás cayeron en el lecho sino, por el contrario, permanecieron siempre alegres y risueños".

Se ocupa también del cuidado del tránsito en la nave. Quien se desplaza siempre deberá ser cauteloso porque corre el riesgo de caer en el mar. También ha de ser cuidadoso en su trato con los galeotes puesto que no es oportuno "tener enemigos en la nave"[37].

No deberá sentarse en el costado de la embarcación, ni sobre las cuerdas puesto que una mutación del viento puede arrojar al peregrino por la borda, no debe colocarse tampoco en medio de los tripulantes, sobre todo cuando éstos se hallan realizando sus labores propias, especialmente en medio de la tempestad. Todo cuidado en el desplazamiento es poco; un noble, por haberse sentado en uno de los bordes de la nave perdió un rosario de piedras preciosas y fray Félix, un libro mientras leía las vigilias de los muertos. El peregrino debe, además, cuidar sus pertenencias, no las confiará ni a sus siervos ni a sus compañeros porque en la nave todos están inclinados al hurto, aun de las cosas más nimias, de paños, cuerdas o camisas. A esas asechanzas sobre la nave se agregan las que se encuentran en los puertos. Si el peregrino baja al hacer escala la nave y deambula solo, corre el riesgo de ser raptado por los piratas "y [caer] en perpetua y misérrima servidumbre, como a menudo ha sucedido". El viajero ha de precaverse, además, de otros riesgos como el que representan las mujeres de mala vida que los atraen al desembarcar, "esto implica un gran peligro no sólo para el honor y las pertenencias sino también para la vida"[38].

En esta larga descripción y en esta serie de consejos, que nos proporciona en su libro fray Félix, encontramos peligros de todo tipo, los que derivan de los elementos, de las alternativas del tiempo, pero también los que surgen del comportamiento de los hombres.

Todos los viajeros sufrieron, en mar y en tierra, inconvenientes sin cuento.

---

[37] F. Fabri, t. I, pp. 143-144.

[38] *Ib.*, t. I, pp. 145-146.

Los peregrinos que llegaban a Tierra Santa tenían que luchar también con las incomodidades del camino, con las hostilidades de los exactores, de las poblaciones extrañas, de los guías...

Fray Félix se hace eco igualmente de las desdichadas circunstancias en que son desembarcados los peregrinos y de su hospedaje posterior.

Antes de descender en Tierra Santa, luego de haber experimentado el enorme gozo de estar cerca de los Santos Lugares, vieron gran multitud de sarracenos que llegaban en caballos y en mulas y que fijaron en el litoral sus tiendas, accionando como si quisieran pelear. Los patronos preguntaron a los prefectos musulmanes a qué obedecía tamaña multitud, se les respondió que era para proteger a los peregrinos de los árabes del desierto que seguramente querrían expoliarlos y atacarlos[39].

El Padre Guardián del Santo Sepulcro saludó a los peregrinos —aún en la nave— y les dirigió una breve alocución en latín, incitándolos a la devoción, a la paciencia y a la conducta ejemplar. Les pidió que no llevasen armas, espada o arco consigo fuera de la nave, puesto que los peregrinos deben transitar inermes. Listos para desembarcar, los viajeros lo hicieron llevando sus sacos de viaje y dos frascos de vino que habían de ocultar a los musulmanes porque, en caso contrario, se aíran y los rompen. Desembarcados los peregrinos, fueron colocados en fila para que el escribano realizara su identificación, se inscribía el nombre propio y el de su padre. Luego fueron alojados en unas cuevas llenas de inmundicias: "nos colocaron a nosotros en círculo junto a las paredes que estaban desnudas y húmedas".

Fray Félix se duele de su suerte y exclama: "Extranjero fui yo en esa tierra, y peregrino, y cuando el primer día descendí de la divina profundidad del mar y del útero virginal de la nave a esta tierra, no fui recibido en un triclinio sino en un establo fétido..."[40].

Afortunadamente, los musulmanes pobres que acudieron a vender esteras, aliviaron de alguna manera la situación de los viajeros. De inmediato, se presentaron los mercaderes que llegaban desde Jerusalén y desde Rama con sus mercancías que tan bien olían, traían preciosísima agua de rosas de Damasco en frascos que vendían por un denario veneciano. Otros ofrecían bálsamo, almizcle, piedras preciosas, manojos de hilo candidísimo, mitras y otras muchas cosas preciosas y odoríferas. Puesto que los mercaderes no soportaban el hedor del lugar, encendieron aromas, entre otros tamiama arábiga[41].

También los viajeros lograron el consuelo de poder alimentarse ya que

---

[39] *Ib.*, t. I, p. 192.

[40] *Ib.*, t. I, pp. 193 a 196.

[41] *Ib.*, t. I, p. 193.

llegaron algunos sarracenos ofreciéndoles huevos fritos en aceite, productos lácteos, placentas de ovejas... Ya más confortados, se disponían a dormir, cuando un sarraceno a quien fray Félix califica de "salvaje" ("saevus") entró armado exigiendo un denario veneciano a cada uno de los circunstantes. Los peregrinos lo pagaron para verse libres de tal vejación. Los viajeros, para no ser molestados, también compensaron a dos sarracenos para que montaran guardia delante de la cueva. Pero, al día siguiente, se encontraron con la sorpresa de que nadie podía abandonar el lugar, a menos de pagar un denario al exactor. Cuando algunos de los peregrinos salieron para cumplir con sus necesidades naturales se vieron rodeados por "paganos armados". Nuevamente volvieron los mercaderes y los vendedores de alimentos "y tanto era el tumulto debido a los mercaderes y a los cocineros y al concurso de sarracenos que no pude completar las Horas sino con muchos impedimentos". Además todos cercaban a fray Félix al ver que leía un libro: reían, gritaban, inspeccionando las letras y admirándose.

Los peregrinos sufrían toda clase de vejaciones por parte de los naturales. Los jóvenes sarracenos los insultaban y ofendían de mil maneras. Un soldado musulmán, al ver el frasco de vino que un noble había suspendido en una pared, lo tomó y huyó con él. Un joven peregrino al verse convertido, en modo particular, en blanco de las bromas de los musulmanes, decidió esperar el regreso de sus compañeros, de su visita a los Lugares Santos porque no se sintió con ánimos para afrontar tales vejaciones[42].

Todos los viajeros se quejan por los insultos que han de sufrir en su tránsito. En Egipto y Tierra Santa —"especialmente en El Cairo, en Gaza y en Jerusalén"— recibimos —dice Gucci— los mayores disfavores e insultos de los mencionados sarracenos". Los ofendían tanto con palabras como con actos. Injurias y blasfemias por un lado, por otro tiraban las capuchas de sus cabezas, colocaban sus pies entre las piernas de los transeúntes, excitaban las cabalgaduras de los viandantes para que los caballos cocearan y mordieran. Desde las ventanas les lanzaban agua, los abofeteaban, les arrojaban polvo a los ojos y les tiraban piedras, los golpeaban con cañas, les daban puñetazos y manotadas[43].

Volvamos a las desdichas de fray Félix y de sus compañeros apenas desembarcados.

En espera de emprender su camino, los viajeros continuaron hacinados en las cuevas, pasando sus noches en la oscuridad mientras veían brillar las luces en las tiendas de los sarracenos. Parte de la tardanza estaba determinada por la disputa de los patronos venecianos de las naves que los

---

[42] *Ib.*, t. I, pp. 198-199.

[43] G. Gucci, pp. 143-144.

habían conducido. Cada uno de ellos quería constituir con sus pasajeros una comitiva que no tuviera contacto ni se reuniera con el grupo que había transportado la otra galera. Por fin, el cansancio se apoderó del grupo de los así confinados y salieron audazmente de la caverna. Con gran alegría llegaron a una fuente y bebieron con placer pues hasta ese momento no habían podido beber sino agua comprada. La inesperada libertad les proporcionó un espíritu jocunto y casi infantil, puesto que, narra fray Félix, recogieron conchillas "de las más múltiples y variadas formas... pues para nosotros eran hermosas y admirables".

Los sarracenos vendían en los alrededores sus mercancías, no siempre nobles. Un caballero compró a un musulmán una gema por cinco ducados, considerando que se trataba de una piedra preciosa. Al mostrarla a sus compañeros comprendió que no era gema verdadera sino falsa, de vidrio coloreado. Se produjo la consiguiente denuncia, el castigo resultante para el engañoso mercader y el rescate de los cinco ducados por parte del comprador. Fray Félix reflexiona: "De tal manera, ese día lo pasamos con menor tedio que los precedentes".

Los jóvenes, que el narrador llama etíopes, montaban guardia ante la cueva pretendiendo entrar para robarlos o vejarlos, los custodios se lo impedían pero no por ello abandonaban su lugar de guardia y pasaban toda la noche cantando, "ululantes, ladrando, gruñendo como bestias, perros y puercos. Todos los orientales tienen pésimas voces pues no pueden formar melodía, su canto es como los gritos de las cabras y de los terneros"[44].

Muchas y muy penosas circunstancias habrían de enfrentar los peregrinos en su tránsito por Tierra Santa. Para ayudarlos en su duro camino, el Padre Guardián del Monte Sión los reunió y les hizo conocer una serie de artículos que, de observarlos, los protegerían en su recorrido.

El artículo 1º requiere que todos ellos hayan de llegar a Tierra Santa con licencia papal.

Artículo 2º: ningún peregrino debe deambular solo sin un guía sarraceno. Fray Félix añade un comentario: "Este artículo, yo, fray Félix Fabri, mal lo observé como luego se mostrará".

Artículo 3º: los peregrinos no deberán pasar sobre los sepulcros musulmanes "pues consideran que nuestro tránsito enoja y perturba a los difuntos".

Artículo 4º: no responderán a las agresiones de que fueran objeto, sólo habrán de denunciarlas al Padre Guardián o al trujamán.

Artículo 5º: los peregrinos no tomarán partícula alguna del Santo Sepulcro ni de otros edificios.

---

[44] F. Fabri, t. I, pp. 200-202.

Artículo 6º: que los peregrinos nobles no estropeen las paredes pintando sus armas ni escribiendo sus nombres, que no utilicen instrumentos de hierro para escribir, en columnas o planchas de mármol, signos de su presencia. "Esto escandaliza enormemente a los sarracenos quienes tienen por tontos a quienes esto hacen".

Artículo 7º: que los peregrinos procedan a la visita de los lugares santos sin provocar tumulto ni disputa.

Artículo 8º: que los peregrinos deambulen por Jerusalén y los lugares santos con dignidad y tranquilidad, sin excesos. Que su conducta sirva de ejemplo para los sarracenos "pues siempre la risa y la alegría de los peregrinos es sospechosa para ellos".

Artículo 9º: que los peregrinos no jueguen con los sarracenos que se les acerquen puesto que, de esto, pueden surgir muchos males.

Artículo 10º: que no miren a las mujeres musulmanas ya que los sarracenos son sumamente celosos.

Artículo 11º: que el peregrino no acuda a ninguna invitación femenina, puesto que ésta puede ser realizada con dolo para que el cristiano, al entrar, sea expoliado e incluso privado de la vida.

Artículo 12º: que el peregrino cuide de no dar vino a los sarracenos que se lo pidan ya que, inmediatamente, se emborrachan e, incluso, pueden atacar al mismo peregrino.

Artículo 13º: el peregrino ha de conservar el asno que en el primer momento recibió de su borriquero y no mude, a menos que esto sea con el consenso del conductor, porque de otra manera surgen grandes perturbaciones.

Artículo 14º: los señores peregrinos nobles han de cuidarse de que los sarracenos no se aprovechen de su ingenuidad.

Artículo 15º: que los peregrinos no coloquen en su cabeza mitras blancas ni la envuelvan con blanco sudario o paño en presencia de los sarracenos porque ellos consideran que esto solamente es lícito para sí mismos y que es el signo que los distingue de otras gentes. Tampoco soportan que los cristianos usen vestimentas blancas porque esto es contra su Corán...

Artículo 16º: el peregrino no ha de llevar cuchillos ni arma alguna.

Artículo 17º: el peregrino no ha de actuar familiarmente con los musulmanes ni por juego toque su barba ni golpee su tocado aunque sea de manera jocosa y leve. Pues se aíran ante esto. Agrega fray Félix: "Yo, fray Félix Fabri, tuve experiencia de este hecho".

Artículo 18º: los peregrinos deben cuidar diligentemente sus pertenencias.

Artículo 19º: si el peregrino tiene un frasco de vino y le place beber, no lo haga estando presentes los sarracenos, oculte el frasco y beba en secreto.

Artículo 20º: no realice el peregrino comercio alguno con los sarracenos. También debe cuidarse de los judíos alemanes. Asimismo, debe precaverse

de los cristianos orientales en los tratos comerciales, pues no tienen conciencia alguna, aun menos que los judíos y los sarracenos y si pueden, engañan a los peregrinos.

Artículo 21º: los peregrinos que hagan contrato con los sarracenos no litiguen con ellos ni juren ni se enojen. El peregrino no debe blasfemar.

Artículo 22º: que el peregrino no ingrese en mezquitas, es decir, en templos y oratorios de los sarracenos.

Artículo 23º: el peregrino debe cuidar de no mofarse del culto de los musulmanes. Pues, de tal manera, ellos no impedirán ni se mofarán de nuestras oraciones[45].

Artículo 24º: si ocurriese que los peregrinos hubieran de detenerse en Rama o en otros lugares, que tengan paciencia y que no culpen al Padre Guardián, porque los sarracenos que intervienen en esto hacen lo que les agrada a ellos y no lo que es útil a nosotros.

Artículo 25º: que los peregrinos paguen lo debido pacíficamente. Que nadie dé dinero a los borriqueros pues ya han pagado todo al señor patrono; que nadie dé al borriquero un denario como liberalidad para forraje del asno.

Artículo 26º: que los peregrinos realicen algún donativo al hospitalario del hospital en el cual se alojarán, para poder restaurar y rehacer la casa en ruinas.

Artículo 27º y último: que los peregrinos socorran con sus limosnas el pobre convento de los frailes del Monte Sión en Jerusalén, por cuyo cuidado los peregrinos son hospedados y que favorezcan con sus limosnas el convento y socorran a los frailes, quienes allí moran entre los infieles para alivio de los peregrinos y [puesto que] están preparados para poder servir a los peregrinos y, si fuera necesario, sometiéndose a ellos. Y si algún peregrino no viera satisfechos su necesidad y su deseo, no lo impute a los frailes puesto que si se debiera satisfacer a todos suministrándoles vino y pan, luego de la partida de los peregrinos, no tendrían de qué vivir. También están preparados para cuidar, con todo esfuerzo y diligencia, a los peregrinos enfermos y débiles, a los cuales deben restablecer y tratar con caridad en su enfermería.

Estos artículos respondían, sin duda, a la experiencia ya observada y a acciones lamentablemente frecuentes entre los peregrinos. La conducta de quienes cumplían tan santo viaje dejaba mucho que desear. Entre los escándalos en que incurrían se contaba la falta de respeto hacia los lugares sagrados. "Vi allí a muchos peregrinos nobles y honorables —que en su tierra consideran el negocio con los mercaderes en las ferias públicas como

---

[45] *Ib.*, t. I, pp. 212-217.

cosa deshonesta y no conveniente a su condición— que allí, en lugar sagrado, continuamente realizaban negocios y reunían paños preciosos en medio de chanzas".

Otras de la licencias que se tomaban era la de grabar o escribir sus nombres o las armas de su casa en los templos que visitaban. Dañaban las paredes con instrumentos cortantes o con martillos. Llevados por el ansia de inscribir sus nombres en los lugares santos, muchas veces simulaban orar para cumplir su obra, "de manera oculta, con aguzadísimos instrumentos, esculpían escudos con signos, no digo de nobleza sino de tontería, en perpetua memoria de su fatuidad".

Fray Félix acusa sobre todo a los alemanes "como si en el mundo no hubiera nobles sino ellos".

Pero no sólo los nobles realizan tan insensatas acciones, también los hombres sin nobleza y de labor manual ("mechanici") "escriben con carbones sus ignotos nombres y ponen en la paredes los signos de su rusticidad"[46].

Muy grande es la indignación de fray Félix ante la agresión que sufren las paredes de los lugares santos. Pero él mismo no está exento de culpa, en verdad ha transgredido el artículo 6º. Al llegar al lugar en donde las santas mujeres encontraron la piedra del sepulcro desplazada, fray Félix dibujó una cruz, acompañada de una nota: "que dondequiera que tal pintura y signo se encuentre en el Santo Sepulcro y cuantas veces lo encontrases, has de saber que yo estuve en la iglesia del Santo Sepulcro durante una noche velando la tumba del Señor en mi segunda peregrinación. En la primera, estuve en ella tres noches. F. F. F. F. F."[47].

Los artículos mencionados fueron leídos a los peregrinos en latín y en alemán, pero como la alocución se prolongase, a juicio de los sarracenos que estaban en el atrio anterior, éstos, impacientes, comenzaron a golpear con piedras la puerta como si quisieran romperla. Otros subieron al techo de la casa "y miraban riendo y gritando hacia el patio donde nos encontrábamos". Sólo la severa actitud de los peregrinos les permitió retirarse de allí[48].

Episodios semejantes se repetirán para estos viajeros, compañeros de fray Félix como para tantos otros a lo largo del camino, sufrirán las asechanzas de los musulmanes, de los habitantes del desierto, de muchos otros.

Fray Paul Walther y su compañero sufren una importante agresión en el puerto de Alejandría, episodio que recoge también fray Félix en su

---

[46] *Ib.*, t. III, pp. 93-96.

[47] *Ib.*, t. I, p. 308.

[48] *Ib.*, t. I, p. 217.

narración. Quisieron visitar la nave que habían elegido para volver a Venecia pero no pudieron acceder a ella, se dirigieron entonces al castillo que protegía el puerto para hablar con el custodio, pero éste no los recibió ni permitió el paso. Por tanto, el compañero de fray Paul se dirigió por el camino cercano al litoral del mar que conducía a la mezquita y a los sepulcros musulmanes.

Continuaron su ruta, a pesar de la oposición de fray Paul quien suponía que acercarse a los sepulcros sería considerado por los musulmanes como una profanación. De improviso, un etíope negro tomó grandes piedras y se dirigió corriendo "como un perro rabioso contra mi compañero y le arrojó las piedras, alcanzándolo con una muy grande en el costado". Además, lo golpeó en la parte superior de la pierna. Mientras, el negro llamaba a grandes voces a otros musulmanes para que lo apoyaran. Entretanto, fray Paul gritaba a su compañero: "Huye, huye rápidamente". El negro arrojó entonces una gran piedra contra la cara de fray Johannes quien, de no haber interpuesto sus manos, hubiera muerto. "Inmediatamente se dio a la fuga, siguiéndome, mudado el color de la cara, totalmente alienado, comenzó a sentir dolor y a acusar la dolencia que le provocaba la lesión del costado, a tal punto que el médico y yo temíamos que muriera esa noche y por tanto, se proveyó a la confesión *in extremis* y estuvo enfermo durante muchos días"[49].

Esa partida no sólo conoció esta conmoción sino, además, se demoró por un episodio similar pero en el cual habían sido protagonistas los patronos de las naves venecianas. Estos gentileshombres habían discutido con los musulmanes acerca del movimiento de sus navíos. En medio de la discusión un sarraceno fue golpeado, el agresor huyó perseguido por una turba de musulmanes, finalmente los italianos fueron aprehendidos, golpeados y encarcelados. Además, todos los cristianos que se encontraban o habitaban en la ciudad fueron perseguidos y castigados "muchos galeotes llorando y gritando, castigados duramente, llegaron hasta el litoral refiriéndonos que la ciudad se encontraba muy perturbada y que en ella había una gran indignación contra los cristianos". Todo esto determinó una demora de muchos días para los europeos que, aunque embarcados en sus galeras, esperaban la liberación de los patronos[50].

Ya dispuestos a encaminarse a Jerusalén, fray Félix y sus compañeros, oyen acerca de las posibles agresiones de los árabes del desierto. De esos árabes a quienes el fraile define como "pueblo desnudo, misérrimo, bestial,

---

[49] P. W. de Guglingen, pp. 247 y ss.; F. Fabri, t. IV, p. 211.

[50] P. W. de Guglingen, pp. 249 y ss.; F. Fabri, t. IV, pp. 212-213.

prófugo, único habitante del inhabitable desierto, que a todos veja, perturba y domina, incluso al mismo rey, el sultán de Egipto".

A pesar de que muchas son las molestias que sufren los viajeros, algunas presentan visos risueños o, por lo menos, fray Félix las cuenta con buena gracia.

Nos narra una serie de anécdotas que protagonizan jóvenes musulmanes sumamente molestos. Habla de las "tribulaciones y bromas" que procuraron a los peregrinos. Uno de los casos que narra presenta a un peregrino noble y maduro quien vio cómo un joven musulmán se sentaba a sus pies. De improviso, éste le tomó uno de los pies, el noble lo retrajo entonces hacia sí y el joven tiró del otro con lo que el maduro señor cayó en tierra y luego de haber dado un puntapié en el vientre de otro musulmán, cayó con la cabeza hacia el suelo mientras daba vueltas en el pavimento "como un globo". Otro joven sarraceno hizo un gesto obsceno a un peregrino, recibió un bofetón de éste quien se salvó de la ira de los musulmanes sólo porque pudo esconderse[51].

Un noble peregrino —"para huir del tedio"— dibujó sus armas y las de sus compañeros, muy bellamente, en una pared. Cuando ya tenía su obra concluida, puesto que había trabajado en ella durante muchas horas, un sarraceno llegó y pasó por la pintura su mano estercolada y se alejó riendo[52].

Se queja fray Félix de los muchos sinsabores que hubo de sufrir en esta segunda peregrinación aunque, dice, no tanto como en la primera. En ella vieron cómo apresaron al capitán que los conducía de Joppe a Rama diciendo que no tenía autorización para conducir peregrinos por la tierra y que nosotros habíamos llegado a ese lugar sin salvoconducto. En tal circunstancia, hubieron de detenerse en Rama durante cuatro días, pues no podían volver a la galera ni llegar hasta el Santo Sepulcro.

Todo se transformó en inconvenientes puesto que hubieron de volver al hospedaje que habían pensado abandonar para realizar el viaje. Pero cuando quisieron emplear las esteras, que colocaban en el suelo para poder reposar, les fueron quitadas y negadas porque, según el musulmán, las habían alquilado sólo hasta el momento en que abandonaran tal posada. Por consiguiente tuvieron que dormir en el suelo[53].

El camino de los peregrinos por las estrechas calles levanta tal polvo que la capa negra de fray Félix se veía gris.

El encuentro con los habitantes del desierto inquieta a los viajeros. "No me acuerdo de haber visto jamás hombres semejantes". "Eran negros e iban

---

[51] F. Fabri, t. I, p. 220.

[52] *Ib.*, p. 221.

[53] *Ib.*, t. I, p. 222.

desnudos, estaban quemados por los ardores del sol, llevaban sólo un vilísimo paño sobre las partes pudendas, escudos pendientes al cuello y eran salvajes, iracundos y de terrible aspecto". Siempre con su buen sentido reflexiona: "En comparación con éstos, nuestros moros y sarracenos, que antes considerábamos inhumanos, ahora nos parecían domésticos, píos y casi iguales a nosotros".

De camino por las montañas de Judea tienen que dormir a campo raso y se enteran que, entre las piedras, hay escorpiones. A pesar de que los guías los tranquilizan diciendo que los escorpiones del campo no eran nocivos sino solamente los de las casas, nadie puede conciliar el sueño[54].

Continúan su marcha. "Caminamos pues por caminos ásperos y no vimos sino la tierra dura y pedregosa"[55].

Es verdad que, a veces, la imprudencia de los viajeros era la única responsable de ciertas condiciones dramáticas, en ocasiones desesperadas.

La curiosidad de Félix Fabri lo pone siempre en situaciones difíciles. De viaje por Egipto llegan a Magareth (Gebel el Hillal) adonde acampan. A lo lejos, el fraile ve "una montaña aislada, redondeada, alta y fácil de escalar. Yo deseé entonces escalar esta montaña para ver lo que había allí arriba y para contemplar todo el desierto". Confiesa que le es pesado realizar el ascenso solo pero que no tiene demasiadas esperanzas de encontrar compañero para cumplir la empresa. Se alejó entonces, como para orar en soledad. En realidad se puso en marcha, "caminando rápidamente, sin mirar nada". Al pie de la montaña comprendió que no se encontraba tan cerca del campamento y que era más grande y elevada de lo que le había parecido. A pesar de ello, emprendió el ascenso: "yo quise, no obstante, acabar lo que había emprendido"[56]. Llegó a la cima y, desde allí, contempló el panorama que se le ofrecía. El problema comenzó cuando, al descender, intentó dirigirse a su campamento: "pero no pude ver nada, ni humo, ni nuestro fuego y comencé a temblar de angustia, temiendo no encontrar la vía de mis compañeros, a través de ese terreno sin camino, ir de acá para allá, errando y que las tinieblas me sorprendieran —puesto si esto ocurriera, sería hombre muerto". Ingenuamente se consuela fray Félix. Había impreso sus trazas en las arenas. Pero comprobó que las huellas habían comenzado a ser barridas por el viento. "Yo había sido tan loco que ignoraba hacia qué lado me había dirigido". Las huellas aparecían aquí o allá pero sin continuidad porque habían sido borradas. "Me dirigía pues de un lado a otro, muy asustado". "No estaba lejos, en el colmo de mi tristeza, de arrancarme la barba, de arrojarme a tierra, la cara contra el suelo, y de

---

[54] *Ib.*, t. I, pp. 226 a 229.

[55] *Ib.*, t. I, p. 231.

[56] *Ib.*, t. III, p. 421.

golpearme violentamente el pecho" y de pronunciar las más exaltadas y dramáticas exclamaciones. Luego logró recordar las palabras del último de los siete Salmos penitenciales: "Señor, óyeme". No desconfiamos de la desesperación de fray Félix, pero en todo el relato aparece una cierta complacencia por la aventura vivida. Porque luego de aludir al Salmo anota: "Descubrí que era una plegaria bella y eficaz". De pronto reencontró sus huellas, no podían pertenecer a ningún árabe, puesto que eran las de un hombre calzado. Por fin, algo blanco apareció en medio del desierto consolándolo, eran las tiendas del campamento. "De rodillas, mirando en su dirección, di gracias a Dios y me prometí no abandonar jamás el grupo"[57].

Fray Félix correrá muchas de estas peripecias determinadas por su espíritu inquisidor.

En otro momento del camino por el desierto el dominico y algunos de sus compañeros pensaron que estaban cerca del Mar Rojo y se propusieron llegar a él para tomar un baño. El grupo estaba constituido por cuatro nobles, un archidiácono —por supuesto por fray Félix— un servidor y el cocinero de los señores. "Entonces el *cali*, al vernos, nos llamó con grandes gritos. Los árabes, los camelleros, los borriqueros y los demás peregrinos gritaban igualmente y nos suplicaban que nos quedásemos, pero nosotros hicimos como que no habíamos oído nada y nos alejamos". Ante tal actitud, el guía convocó a los peregrinos y les advirtió que el grupo que se alejara corría gran peligro. "Lo atestiguo y os tomo como testigos de que no he sido yo quien los ha enviado ni quien les ha dado la orden de ir allí, sino que los he llamado y les he prohibido alejarse. Ellos han rehusado escucharme. Si no han regresado antes de mañana, testimoniaréis por escrito acerca de mi actitud en este asunto, a fin de que todos sepan que soy inocente". Recuerda que en El Cairo las autoridades habrían de pedirle explicaciones en caso de que esos viajeros se extraviaran. "Yo he perdido así, en otra ocasión, a dos peregrinos, a causa de ello me encontré en grandes dificultades y he soportado las mayores humillaciones sin que hubiera mediado falta alguna de mi parte"[58].

Los temores del guía eran fundados, pues si bien los viajeros no encontraron la muerte, pasaron por alternativas inquietantes. No lograron alcanzar el mar tan fácilmente como pensaban, al llegar cerca del agua, ya oculto el sol, cayeron en un pantano en el cual los asnos se enterraban hasta la panza: "estábamos furiosos contra nosotros mismos puesto que nos habíamos expuesto a un peligro tan grande sin provecho alguno". Se lavaron las manos, se refrescaron y se preguntaron, muy inquietos, cómo

---

[57] *Ib.*, t. III, pp. 422-423.

[58] *Ib.*, t. III, pp. 523-524.

regresarían. Muy preocupados, "pues sentíamos que la muerte se acercaba de múltiples maneras".

Erraron en la noche por el desierto, pensando en la forma de subsistir, tratando de lograr una estrella que los condujera. "En medio de todo ello, llegamos a disputarnos muchas veces, pues uno quería esto y el otro, aquello"[59]. Fray Félix temía que los caballeros se agredieran con sus espadas. Sufrieron mucha angustia en esa larga noche, finalmente lograron orientarse hacia el campamento debido a los gritos de los camellos. "El *cali* nos recibió duramente; se mostró, en palabras y gestos, muy descontento de nosotros". "En toda mi vida, no había pasado una noche tan triste"[60].

Las experiencias de otros peregrinos y viajeros no son menos desagradables. Las marchas son penosas, los aposentamientos, insuficientes. Juan Adorno cuenta lo que les ocurrió en el trayecto de Damasco a Beirut. El camino estaba calculado en tres días pero "nosotros —dice el narrador— lo recorrimos a caballo en dos días y una noche". Al partir, abandonaron el *funduk* de los venecianos el día 27 de octubre con sus guías pero sin intérprete y se dirigieron a los suburbios de la ciudad para poder partir de madrugada, para ello hubieron de dormir "con nuestras mulas en un establo". El día 29, luego de cabalgar toda la jornada, llegaron a un *funduk* situado sobre una altísima montaña "donde los administradores nos maltrataron y nos atormentaron mucho". Todavía se encontraban a quince millas de Beirut. Recorrieron ese camino de noche bajo una fuerte lluvia en medio de relámpagos y truenos y "descendimos sin detenernos desde esas montañas elevadísimas y rocosas, muy peligrosas en razón de la obscuridad puesto que no había luna. En medio de la noche, fatigados, mojados y hambrientos, llegamos a Beirut. "Habíamos viajado a caballo casi 24 horas seguidas sin descender de la cabalgadura"[61].

Cónsules

El patrono del navío que conducía a los peregrinos siempre los protegía, por lo menos ésa era su misión y compromiso aunque no siempre los cumpliera y, a veces, partieran de él las asechanzas que hacían peligrar a los transeúntes.

El patrono era quien trataba con autoridades en el puerto de Jaffa, donde desembarcaban; era quien contrataba a los conductores de las monturas que habían de llevar a los viajeros a través de Tierra Santa.

---

[59] *Ib.*, t. III, p. 526.

[60] *Ib.*, t. III, pp. 529-530.

[61] A.-J. A., pp. 337-339.

Estos, en cambio, quedaban librados a su suerte cuando realizaban el trayecto hasta Santa Catalina, a pesar de que contrataban camelleros y guía y establecían previamente un contrato con ellos, pero siempre —según veremos— sufrían asechanzas debido a la poca honradez con que —especialmente los guías— cumplían sus tratos. Estos maquinaban traiciones, abandonos, entrega de los viajeros inermes en manos de las feroces, o por lo menos, inquietantes gentes del desierto. Tantas eran las asechanzas que los peregrinos debían sufrir que nos preguntamos si las naciones europeas de donde procedían, no habían pensado en ofrecer a los viajeros una protección permanente, en establecer algún recurso constante, en nombrar algún personaje que se encargara de la guarda de esos viajeros.

Sabemos que en el caso de los embajadores —Carpine, Rubruck, Clavijo— estaban protegidos por la palabra imperial aunque luego los guías y oficiales que encontraban de camino maquinaran astucias para incumplir esa palabra y cometer pequeñas raterías o exigir exacciones mayores que las debidas en perjuicio de los legados. Hemos anotado muchísimos ejemplos al respecto. Rubruck dice que, al retorno, recibieron una placa de oro que llevaba un mensaje y una orden inscriptas. Al presentarla, podían exigir lo que necesitaran en cualquiera de los lugares del imperio mongol[62].

Es decir, que la vida y la hacienda de los representantes de otro poder estaban a salvo. En cambio, no sucedía lo mismo con respecto de los viajeros comunes. Por cierto que esto variaba también según fuera su importancia y prestigio[63].

Por ello, los autores que han tratado el tema se han preguntado si no había consulados, es decir, funcionarios delegados de las naciones europeas que protegieran a sus ciudadanos de paso por otro ámbito, desconocido, extraño y muchas veces hostil.

W. Heyd ha hablado de ellos[64]. Cita menciones de un viajero que realiza su peregrinación en el año 1449 y que encuentra en Jerusalén un cónsul de Génova y otro de Venecia. El autor acepta estas palabras como verdaderas pero se pregunta acerca de la duración de esos consulados. Discuten los historiadores sobre de la autenticidad de documentos que hablan de la pretensión de Génova, que, en el siglo XV, deseaba tener la capacidad de nombrar un cónsul que protegiera no sólo a sus ciudadanos sino también a todos los europeos de viaje por lugares santos. Heyd considera cierta la existencia de un cónsul genovés a partir del siglo XIV en Tierra Santa que

---

[62] G. de Rubruck, p. 300.

[63] Ver *Posadas*.

[64] W. Heyd, "Les consulats établis en Terre Sainte au Moyen Age pour la protection des pèlerins". En *Archives de l'Orient latin*, París, Ernest Leroux, 1884, tome II, pp. 355-363.

tenía como misión proteger a los naturales de esa nación y también a todos los viajeros de cualquier nacionalidad transportados por naves genovesas.

El mismo historiador se pregunta por qué Venecia no hubo de pretender lo mismo. "Un consulado veneciano tenía mucha mayor razón de ser que un consulado genovés" porque la mayor parte de los navíos que transportaban peregrinos partían desde Venecia[65]. En realidad, hay pruebas —fechadas en el siglo XV— de que Venecia se preocupó por el problema de los viajeros robados por los oficiales musulmanes al llegar a Jerusalén. En el año 1415, el sultán permitió a los venecianos la presencia de un noble de la ciudad en calidad de cónsul. Hesita Heyd ante una frase poco clara, el documento dice "segondo le vostre usanze" y se pregunta a qué alude tal pasaje, si a consulados anteriormente establecidos en Tierra Santa o a los que —dependiendo de Venecia— existían en tierras que no pertenecieran al Islam. Esta concesión fue confirmada en 1422 por el nuevo sultán. A pesar de estos otorgamientos y promesas de protección, en el mes de septiembre de ese mismo año sabemos que fueron capturados los monjes franciscanos del Monte Sión y trece peregrinos. Todas estas eran alternativas, circunstancias que se transformaban fácilmente, según fuera el humor del soberano de turno.

Dos de nuestros viajeros anotan en sus crónicas de camino frases relativas a los cónsules o que pueden atribuirse a ellos. Uno de ellos es el señor d'Anglure, el otro, el señor de Caumont.

Cerca de Belén —rumbo a Santa Catalina— se aprovisionan de vino "qui nous fut delivré par le consuille de Jherusalem". En Beses, lugar donde se aprovisionan, hay buenas viñas y buenos vinos: "sabed que se les puede llamar buenos vinos"[66]. Asombra la mención de este vendedor o proveedor de vinos citado con el nombre de cónsul. No parece que se pueda confundir este aprovisionador con los cónsules propiamente dichos. Según dice Heyd, este vendedor es mencionado en relatos posteriores con los nombres de *gazello*, *gazelus*, *gasella*, cristiano jacobita que actuaba como guía e intérprete, autorizaba a los cristianos o a los judíos a vender vino a los peregrinos. Estos debían pagar una tasa al sultán por ese servicio[67].

Sin embargo, existían cónsules de condición superior en Jerusalén, funcionarios que recibían y protegían a los viajeros. Heyd cree que tales delegados existían en el año 1413. En ese momento también llegó a Tierra Santa el marqués Niccolò d'Este, fue recibido por los cónsules cristianos "che stanno lì in Soria"[68]. Eran dos, correspondían a las dos ciudades

---

[65] *Ib.*, p. 357.

[66] O. d'Anglure, p. 41.

[67] Heyd, *ob. cit.*, p. 359.

[68] *Ib.*

italianas navegantes e incluso nos hace conocer sus nombres: Zanni della Cecca era el delegado veneciano, nativo de Candia, micer Bartolomeo era el genovés, nativo de la metrópoli. En ese testimonio se detallan las funciones de estos delegados: reciben al marqués y a su comitiva en Jaffa, cuentan a los peregrinos en presencia del agente del sultán, por supuesto esto se hacía para salvaguardar los tributos debidos al soberano[69]. Luego, acompañaban a los viajeros al interior. En Jerusalén eran ellos quienes administraban —por lo menos en este momento— el hospital en que se alojaban los viajeros, a ellos debían entregar los cinco denarios por cabeza que correspondían al alojamiento. Luego, los cónsules debían escoltar nuevamente a los peregrinos hasta Jaffa.

El señor de Caumont también habla de funcionarios que acogen a los viajeros a su arribo a Tierra Santa. Veamos cuál es la frase con que lo dice. Antes de su descenso llegaron "ante mí uno de los frailes que guardan el Santo Sepulcro y otro hombre de los tres que allí habitan como cónsules de los cristianos, éstos me trajeron el salvoconducto del Sultán de Babilonia que es quien gobierna toda esta tierra de infieles"[70].

En la mención de Caumont, lo que llama la atención no es la existencia de cónsules, sino su número. Habla de tres cuando se espera que cite sólo dos, los acostumbrados de Génova y Venecia. Heyd cita otro viajero —Jean Bassenhanner— en cuyo testimonio —*Guide du Pèlerin*— se habla sólo de un cónsul. Este viaje tiene lugar en el año 1426. En viajeros posteriores —cuya nómina no incluiremos aquí pero cuyos viajes podemos fechar entre 1435 y 1476— se mencionan dos cónsules, algunos señores se hospedan en sus casas pues consideran tal albergue más apropiado que el hospicio común que acoge a todos los peregrinos. Se refiere Heyd al testimonio de un viajero alemán que ha dejado una crónica anónima y que dice que, luego de haberse aposentado en un principio en la hospedería general, cambió su residencia por la casa de un cristiano "calificado de cónsul y encargado oficialmente de aconsejar a los peregrinos, a quienes se hubiera hecho injusticia"[71]. El autor mencionado se pregunta entonces si se trataría de un verdadero cónsul o si, en realidad, este protector no sería un *gazello*. Heyd no se decide en su atribución. Nos dice que, luego de las citas efectuadas hasta aquí, en los viajeros posteriores no se encuentran menciones de cónsules, no hablan de ellos ni Jean Tucher (1479) ni Bernardo de Breydenbach ni Félix Fabri (1483). En ese momento, tampoco los cónsules administraban el albergue de los peregrinos, correspondía tal administración a dos funcionarios musulmanes, el grande y el pequeño *calinus*.

---

[69] Viaggio a Gerusalemme di Nic. da Este. Cit. por Heyd, *ob. cit.*, p. 360, nota 13.

[70] N. de Caumont, p. 46.

[71] Heyd, *ob. cit.*, p. 361.

Cree Heyd que la institución no sobrevivió a la Edad Media. Supone que su origen puede buscarse en el siglo XIV. Además considera que, puesto que no todos los peregrinos desembarcaban en Jaffa, era necesario mantener funcionarios en diversos puertos y lugares. Alejandría era una de esas ciudades. El señor d'Anglure habla de que en ella fueron alojados en un caravanserrallo. Allí se encontraba un cristiano, agente del sultán que conocía el monto de la tasa que el sultán debía exigir de cada peregrino. "Y éste es llamado 'cónsul' de Narbona y de los peregrinos".

Este funcionario no aparece gozando de las atribuciones de los cónsules y, además, depende del sultán. Dice el narrador "en ese *funduk* hay un oficial delegado por el Sultán..."[72].

Esta mención nos hace recordar otros pasajes que aparecen en Adorno. Al aludir a su llegada a El Cairo, habla de los trujamanes del sultán "pues hay cuatro trujamanes o intérpretes en lenguas extranjeras, tienen total jurisdicción y autoridad sobre los extranjeros". Poco más allá dice: "Los trujamanes están, en efecto, encargados de ayudar a los extranjeros, de hablar por ellos y de acompañarlos por la ciudad". Por estos servicios reciben una compensación de cinco monedas por persona[73].

Estos funcionarios son musulmanes según los nombres que menciona Juan Adorno. El primero de ellos se llama Zam Beg, el segundo, Cam Beg. Y además, no hay duda de que responden al sultán de Egipto. Precisamente un pasaje de Frescobaldi plantea dudas acerca de la identidad del personaje que el viajero llama "Console de' Franceschi e pellegrini"[74]. Ese individuo albergaba a los peregrinos en su casa, a razón de un ducado por cabeza. Al parecer, era un semi-renegado al servicio del sultán. Decimos semi-renegado porque tanto él como su esposa, bajo apariencia de cristianos, parecían poseer una fe poco segura. Según el *Itinerarium* de Breydenbach (1480) los peregrinos se alojaban en el caravanserrallo de los catalanes, cuyo cónsul estaba oficialmente encargado de proporcionar ayuda y protección a los viajeros.

En suma, no parece que la institución del consulado haya sido permanente en toda la Edad Media ni se dio en todas las ciudades a las que llegaban viajeros y peregrinos.

---

[72] O. d'Anglure, p. 78.

[73] A.-J. Adorno, p. 209.

[74] Cit. por Heyd, *ob. cit.*, p. 363.

Espera en puerto

El viajero intenta de ordinario realizar un camino recto y sin demasiadas esperas. Pero no siempre puede lograrlo. Muchas son las circunstancias que así lo determinan. En primer lugar, puede darse la espera en el puerto de embarque, por lo general, Venecia. Pero Tafur, que ha recorrido Italia antes de embarcar dice: "bolví á Veneja, é estuve en ella un mes esperando pasage, é fallé una nao que viníe en Ceçilia, é tomé todo lo que allí tenía, é sobí en la nao"[75].

Aunque el momento de la partida estuviera claramente indicado, no siempre el viajero podía hacer coincidir su llegada a la ciudad marítima con esa fecha. Por tanto, una vez allí, tenía que pensar en el empleo de su tiempo. Esto dependía naturalmente de los días de que pudiera disponer.

Un ejemplo de ello nos lo proporciona fray Félix Fabri.

En su segunda peregrinación, los señores alemanes y el fraile dominico tienen que esperar un mes antes de embarcar[76]. Entonces, luego de razonar en la situación de la ciudad y la condición de los viajeros, —como ya hemos dicho— se dedican a realizar pequeñas peregrinaciones, es decir diarias visitas a las múltiples iglesias de la ciudad, en las que, además de orar y ganar indulgencias, honrarían las santas reliquias en ellas conservadas y se prepararían espiritualmente para emprender tan peculiar viaje.

Lo mismo realiza el señor d'Anglure en su permanencia de tres semanas en Venecia, antes de partir el 29 de agosto[77].

Pero, al hacer camino, se presentaban otras circunstancias que impedían un tránsito continuado, que determinaban demoras. Los espíritus inquietos aprovechaban esta dilación inesperada para conocer ámbitos y gentes para ellos extraños. Llegan fray Félix y sus compañeros a Chipre. El patrono desembarcó con sus familiares y se hizo llevar a Nicosia pues deseaba visitar a su esposa que era camarera de la reina. Los peregrinos se quedaron en la galera, "mirando la esterilidad del puerto y las condiciones de la región". En ese paisaje ven el monte de Santa Cruz, el más alto del reino de Chipre, que distaba del lugar en que se hallaban cinco millas teutónicas. Fray Félix propone entonces una pequeña peregrinación que se realizaría durante la ausencia del patrono. Al principio, sus compañeros creen que bromea pero luego se organiza el grupo, contando con fray Félix como "motor". Los ocho compañeros llegan casi al anochecer a tierra. El fámulo de fray Félix se puso en contacto con un rústico que les proporcionó

---

[75] P. Tafur, p. 296.

[76] F. Fabri, t. I, p. 93.

[77] O. d'Anglure, pp. 2 y ss.

alimentos. Lograron ocho mulas sobre las que montaron para realizar el ascenso al monte. El gozador fraile se alegra del tránsito que pueden realizar bajo la luz de la luna. Todo lo satisface pues era "el tiempo hermoso, la provincia noble y el camino bueno". Así, realizaron el trayecto disfrutando del oloroso aire. Al llegar a la aldea de Santa Cruz descansaron durante la noche junto a sus bestias, ante la casa de un griego a quien pidieron que les preparara una buena comida para reconfortarse con ella al regreso. Hermoso es el paisaje que les acompaña en la subida aunque no por ello fuera ésta menos fatigosa. Llegados a un cierto punto, las bestias no pudieron continuar la marcha y hubieron de dejarlas atadas a los árboles y concluir el ascenso a pie, "con gran trabajo y con muchos sudores"[78]. Al llegar a la cima encontraron una iglesia cuya campana pulsaron para que acudiera su guardián o custodio. Era éste un clérigo ignorante de la lengua latina que les ofreció vetustísimos libros latinos y paramentos para celebrar la misa. Honraron allí una cruz que, según la tradición, correspondía al ladrón de la derecha de Jesús. La situación en que encuentran las reliquias y el clero de la isla llevan al dominico a extenderse en disquisiciones. Así por ejemplo, habla de un *plebanus* o cura que oficiaba tanto en la iglesia de rito oriental como en la de rito latino. Volvieron finalmente a la ribera donde encontraron un gran mercado y un gran concierto de hombres cerca de la galera. Esto se debía a que los marineros sacaban mercaderías y comerciaban con los chipriotas. Por fin, los excursionistas llegaron al barco en donde encontraron a los compañeros que allí habían quedado, "tristes et murmurantes". Durante todo el día se habían sentido presa del tedio y, al verlos llegar, se acercaron a ellos para oír el relato de lo que habían visto en esa breve peregrinación. "Luego de oír nuestras narraciones nos llamaban dichosos y se dolían de no haber venido con nosotros". Pero hubo aún de pasar otro día antes de que llegara el patrono. Al tedio de la espera se agregaba el temor de que la galera de Agustín Contarini se les adelantara puesto que, en tal caso, ellos habrían de permanecer en puerto hasta que los viajeros de la otra galera hubieran cumplido su peregrinación y hubiesen embarcado. "Y esto —dice el narrador— hubiera sido nuestra muerte, realmente algo intolerable para nosotros"[79].

En Chipre, el señor d'Anglure y sus compañeros hubieran podido permanecer durante más tiempo del previsto debido a la buena acogida del rey de la isla. Pero la muerte de Sarrebruck, presa de las fiebres, aceleró su partida. Con todo, permanecieron allí veinte días[80].

---

[78] F. Fabri, t. I, pp. 171 a 173.

[79] *Ib.*, pp. 178-179.

[80] O. d'Anglure, pp. 84 y ss.

Por supuesto, las malas condiciones climatológicas hacen que las escalas se prolonguen, los viajeros no se atreven a desafiar el mar tormentoso. Santo Brascha dice que —luego de una gran tormenta— hicieron escala en Lesina (hoy Hvar, Yugoslavia), ciudad litoral de Dalmacia en donde esperaron —a pesar de la carencia de alojamiento— que el mar se aquietase. Hubieron de hospedarse en el monasterio de los frailes observantes de San Francisco, posada que les proporcionó afecto pero no demasiadas comodidades. Los frailes —dice el viajero— "no son pobres, son paupérrimos, mucho más que los de nuestras regiones de Poniente. Pero hasta qué punto han recibido a los peregrinos y a todo otro forastero con corazón sincero y con mucho amor no se puede decir ni escribir, pues aunque no tengan sino un pan, lo comparten con el prójimo y muchas veces duermen sobre las mesas para ofrecer las celdas a los forasteros"[81].

Ya hemos visto que el señor de Caumont hubo de dejar su navío en Sicilia y esperar el buen tiempo para embarcar en otro. Así pasó en Sicilia un mes hasta que llegó una gran nave que lo llevó a Barcelona[82].

En ocasiones, la espera en puerto estaba determinada por desembarco forzoso[83] o porque el tramo que tenían que recorrer demandara una embarcación que no se podía conseguir a la medida de la voluntad.

Por un pasaje de Clavijo, sabemos que llegados a Constantinopla, el 1º de noviembre de 1403, los embajadores sólo lograron partir el 13 de ese mes, puesto que hasta ese momento "no pudieron fallar nao, nin otro fuste, en que pasasen en traspisonda"[84].

El señor d'Anglure y sus compañeros permanecieron en Rodas durante toda la Cuaresma a la espera de un navío que los trasladara[85].

Pero Tafur ha de esperar en la isla de Ténedos la reparación de su nave. Entonces aprovecha para explorar los alrededores, describe los testimonios del pasado, entre ellos, los edificios de Troya que "desde allí ansímesmo se paresçen..."[86].

---

[81] S. Brascha, p. 84.

[82] N. de Caumont, p. 101. Ver *Naves*.

[83] Andrea Calamai al hablar del viaje a Tierra Santa de Alessandro Rinuccini (*Il viaggio a T. S. di A. R. en Toscana e Terrasanta a cura di Franco Cardini*, Firenze, Alinea, 1982, pp. 248-249) alude a la tempestad y mal tiempo que obligó a los viajeros a permanecer un mes en Candia. Tan larga espera incidió sobre la bolsa de algunos de los peregrinos quienes debieron procurarse dineros vendiendo algunos efectos personales o mediante préstamos usurarios. "Particularmente significativo el caso de un conde alemán que logró un préstamo de 200 ducados con la cláusula de devolver 230 dentro de 4 meses, al interés de 45% al año. Se trataba de un interés altísimo, al punto que Rinuccini se apresura a señalar que los mismos judíos pretenden un interés menor a razón del 20% anual".

[84] R. G. de Clavijo, pp. 61-62.

[85] O. d'Anglure, p. 91.

[86] P. Tafur, p. 135.

Muchas eran, pues, las circunstancias que detenían a los viajeros en los diversos puertos, prolongando tedio y ansiedades, determinando urgencias que extendían el ya largo camino y la muy larga separación de gentes y lugares queridos.

Posadas y provisiones

No siempre los aposentamientos eran los ideales. El embajador ante Tamerlán, Ruy González de Clavijo y sus compañeros, luego de partir de Trebizonda, tiene que caminar sin la compañía del guía imperial puesto que éste teme a los enemigos del emperador. Al día siguiente "andudieron bien poco, e fueron durmir enl canpo". Mejor fortuna los acompaña cuando están en territorio de Tamerlán. Abandonada la ciudad de Tauris, se dirigieron a entrevistar a uno de los señores musulmanes, en cada lugar a que llegaban les ofrecían las viandas que necesitaban. Pero, de camino, un enviado del señor llegó para decirles que volviesen a Tauris hasta que él lo ordenara, "ca omnes que de tanto camino benian, menester auian de folgar". Además, mientras allí estuvieron, mandó que le diesen su *alafa*, es decir, un documento por el cual se les proveería de todo lo necesario[87].

A pesar de las previsiones que los viajeros o los peregrinos pudieran tomar, alojamiento y comida no podían ser determinados de manera constante en todo el trayecto. Sabemos que los peregrinos se aseguraban comidas regulares sobre el navío y, además, convenían con el patrono tocar los puertos en que pudieran aprovisionarse de aquello que por ser perecedero —comida y agua fresca— no podía ser embarcado en gran cantidad en el puerto de salida. Fray Félix narra cómo, en su segunda peregrinación, navegando sobre la costa de Dalmacia, el patrono envió a sus servidores en barca a buscar agua porque "la que habíamos traído de Robina ya faltaba y en las islas de Assaro no había una gota de agua potable"[88].

Fray Félix dice —refiriéndose a su primera peregrinación— que se encontraban en el litoral de Chipre, junto a Pafo. Además de haber soportado una pésima navegación, les faltaba pan, agua y los demás comestibles. Pueden aprovisionarse pero luego, antes de llegar a destino, sufren nuevamente inconvenientes del mismo tipo. Al tocar Rodas, una barca de galeotes trajo agua fresca a la galera. Ante su llegada, acudieron

---

[87] R. G. de Clavijo, p. 79 y pp. 109-110.

[88] F. Fabri, t. I, p. 160.

todos desde sus lugares asignados, con escudillas, jarros, frascos y toda clase de recipientes "mendigando agua a los galeotes y barqueros".

"Había tanta necesidad de agua, como jamás vi que se experimentara por vino o por pan". El agua fue repartida equitativamente. "Y con el gusto del agua fresca nos sentimos reconfortados". Ciertamente, les aguardan una serie de tribulaciones hasta llegar al puerto de Jaffa. El día del Viernes Santo no tuvieron ni lo necesario para cumplir el ayuno: panes frescos y agua clara, dulce y sabrosa. Sobre la galera no había otra cosa sino "agua pútrida y maloliente y si algún galeote poseía agua que no fuese fetidísima la vendía a los peregrinos a mayor precio que el vino, a pesar de que estaba tibia y blancuzca y no era en modo alguno clara". Las bestias que se llevaban a bordo para sacrificar también sufrían enormemente la falta de agua. Por ello, los animales —ovejas, cabras, mulos y puercos— que habían de quedarse sin beber durante muchos días, pasaban la lengua por las maderas, húmedas debido al rocío nocturno. Todo esto le hace reflexionar a fray Félix: "La falta de agua excede a todas las miserias del mar". Había otras muchas, aunque el monje prefiere callarlas. Menciona sólo, al pasar, "los panes descompuestos, las galletas llenas de gusanos, las carnes plagadas de moscas, los innombrables cocimientos, de todo ello estaríamos contentos con tal de tener agua no corrompida en abundancia y, si no para los sanos, por lo menos para nuestros míseros enfermos". La falta de agua hace caer en fantasías a fray Félix. Se imagina ya de vuelta en Ulm, ascendiendo a Blaubüren para beber a satisfacción en el lago que nace de lo profundo.

La sed los atenaza, aunque no faltaba vino en el navío. Pero los viajeros no podían tomarlo sin mezclarlo con agua, de otra manera les sabía demasiado áspero y tibio[89].

También en su camino terrestre fray Félix y sus compañeros sufren la sed.

En algún momento de su marcha por el desierto, al no encontrar agua, abrieron los odres que habían traído desde Gaza. Les habían dicho que los conservaran bien cerrados pero, al abrirlos, el líquido exhaló un terrible olor, a tal punto que ni los asnos quisieron beber.

Continúan la marcha en condiciones tan penosas. Presentan entonces sus protestas al guía quien les dice que, si bien no hay agua corriente, sí se encuentra en las rocas. La hallan pero es un líquido fétido, bituminoso, de color verduzco. La desesperada sed de los viajeros los impulsa a beber, beben el agua con todas sus suciedades y luego llenan los odres, colándola[90].

---

[89] *Ib.*, t. I, pp. 43 a 46.

[90] *Ib.*, t. II, pp. 145-147.

Fray Félix no es el único viajero que se queja de la falta de agua. El señor d'Anglure habla de la llegada al puerto de Castel Rouge (Miss-adassy, Armenia), cerca de Rodas. Antes de alcanzarlo, habían estado durante tres días sin beber vino y sin víveres. Sólo tenían una pequeña cantidad de agua descompuesta y otro poco de bizcochos llenos de gusanos[91]. Fray Mariano da Siena habla brevemente de molestias semejantes pero sus palabras —aunque escuetas— revelan una situación análoga a la descripta por los demás viajeros[92]. Menciona los afanes y disgustos en el mar, en el comer y en el beber, que implican "aguas pútridas y con gusanos, [y cómo] llegaron a ellos —hechos Dios sabe cómo— bizcochos de marineros".

Frescobaldi habla del retorno del monte Sinaí. De camino, llegan hasta unas dunas en donde habían ocultado bizcochos pero hubieron de marchar ese día y el siguiente sin encontrar agua. Al llegar a Santa Catalina pudieron obtenerla y se satisficieron con ella porque era buena. Aunque un poco salada, también la dieron a los animales. "Luego marchamos durante cuatro días sin encontrar agua y, habiéndola hallado, nos refrescamos, de lo cual teníamos mucha necesidad"[93].

Ruy González de Clavijo también se hace eco de la importancia del agua durante el tránsito marítimo y terrestre. Al llegar a Ténedos, la barca fue a la isla a buscar agua y leña[94]. Ya en tierra, atravesando el desierto, sufren el enorme calor de la zona. No hallan poblados y "con gran calentura que fazia en todo el camino e non auia agua". Al día siguiente, les sucede lo mismo, los caballos empiezan a dar signos de cansancio "quelos non podian mober". Pensaron que todos perecerían de sed, además, el camino era un arenal. Entonces un mozo, que tenía un caballo de mejor contextura que los otros, se adelantó y mojó en un río unas vestiduras que llevaba. Volvió y estrujando dichos vestidos pudieron beber sus compañeros "ca yvan muy desmaydos dela Sed y del grand sol que fazia"[95].

En otra ocasión, Clavijo y los suyos se encuentran en manos de un guía inexperto. Equivocó varias veces el camino y los llevó por lugares donde no había agua sino en sitios a los que llegaban al cabo de una jornada de marcha, en pozos que el embajador describe. Pozos excavados en la arena y con paredes de ladrillos y donde se recoge el agua de lluvia o de las nieves. En la última jornada no hallaron agua, de manera que, luego de marchar todo un día y una noche sin beber, al alcanzar unos pozos, bebieron ellos y las bestias con gusto[96].

---

[91] O. d'Anglure, p. 90.
[92] M. da Siena, p. 10.
[93] L. Frescobaldi, p. 65.
[94] R. G. de Clavijo, p. 29.
[95] *Ib.*, pp. 136-137.
[96] *Ib.*, pp. 219-220.

En general, las tierras asiáticas eran hostiles a los viajeros no sólo por sus climas extremos sino también por el desconocimiento que de ellas tenían. Los viajes de los embajadores Giovanni del Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck fueron particularmente penosos. Una vez que fray Giovanni y sus compañeros penetran en el territorio sometido a los khanes, deben ser conducidos ante Batu. Marchan entonces tan rápidamente como los caballos podían resistir[97]. Cambiaban de montura tres o cuatro veces por jornada, cabalgaban durante todo el día y, a veces, durante toda la noche. No olvidemos que el hombre que debe soportar este terrible esfuerzo —fray Giovanni— antes de llegar a Kiev ha sido transportado en carro en medio de la nieve y el frío porque se encontraba demasiado enfermo para trasladarse de otra manera[98].

Luego de entrevistar a Batu tienen que continuar su camino para ir a presentarse ante el emperador Küyuk, pero algunos de sus compañeros son retenidos en la corte de Batu. Los que parten, apenas podían cabalgar dada su debilidad. Sólo comían mijo con agua y sal y, como bebida, tomaban nieve fundida en un caldero. Debían cabalgar sin descanso. Afortunadamente se les proporcionaban constantemente caballos frescos y fuertes. Los diversos párrafos repiten siempre las mismas palabras, los embajadores marchan sin cesar y sin comer[99].

Tienen que recorrer la ruta de regreso durante el invierno, a veces durmiendo sobre la nieve, a campo raso. Fray Giovanni nos dice que, en ocasiones, se despertaban cubiertos de nieve.

En realidad, es milagrosa su supervivencia en tan inhóspitas regiones y razón tienen las gentes de Kiev cuando, enteradas de su regreso, salen a recibirlos alegremente y los agasajan "como si hubiéramos resucitado de entre los muertos"[100].

Análogas situaciones vive el embajador del rey San Luis, fray Guillermo de Rubruck. En algún momento de su viaje, desde que habían dejado Sudak (en Ucrania) para ir a casa de Sartach, "no habíamos dormido en camas en una casa o bajo una tienda, sino bajo el cielo o bajo nuestros carros"[101].

Siempre en ese camino, uno de los jefes entrega a fray Guillermo un guía para que lo conduzca ante Sartach y les dan —para alimento de las ocho personas que integraban la comitiva— una sola cabra. Tardan diez días en llegar al próximo campamento, no encuentran durante este trayecto agua,

---

[97] G. del P. del Carpine, p. 164.

[98] *Ib.*, p. 162.

[99] *Ib.*, p. 169.

[100] *Ib.*, p. 177.

[101] G. de Rubruck, p. 254.

sólo en los hoyos excavados en los valles. El clima con sus extremos —especialmente el calor— los atenaza en este tramo del recorrido. Penurias de todo tipo: "Cada día éramos ocho personas para comer nuestro pan, sin contar todos los que se agregaban a comer con nosotros; pues éramos cinco, más los tres que nos conducían, dos para los carros y uno que debía guiarnos hasta Sartach. La carne que nos daban era insuficiente y no hallábamos nada que poder procurarnos con dinero. Cuando nos instalábamos bajo nuestros carros para tener sombra, ya que el calor era enorme en aquella época, los tártaros, queriendo ver cuanto teníamos, nos rodeaban con tal impertinencia que nos aplastaban"[102]. Al intentar cruzar el Don, el barquero no quiere transportarlos a través del río a menos que le pagaran. Se ven obligados a permanecer durante tres días en el puente[103]. Más adelante —en viaje hacia la corte de Mangu—"fuimos conducidos a casa de otro huésped que debía procurarnos el albergue, la comida y los caballos pero, como no teníamos nada que darle, lo hacía de mal talante". Tan hambriento estaba el compañero de fray Guillermo que, llorando, suponía que ya no volvería a comer. Además, como no tenían caballos, habían de marchar a pie[104].

El guía que debía llevarlos ante Mangu Khan les dice que hasta la corte del jefe hay cuatro meses de camino de extremo frío. Cuando entran en el país de los cangles sufrieron a causa de los caballos puesto que les daban los peores por ser extranjeros. Además, a fray Guillermo le era difícil encontrar uno que conviniera a su peso[105].

Acerca de todo este trayecto es importante subrayar las palabras del franciscano: "Respecto al hambre y a la sed, al frío y a la fatiga no cabe decir nada. Tan sólo nos daban alimento durante la noche. Por la mañana nos daban de beber y mijo para comer, pero por la noche, nos daban carne, una espalda de cordero con las costillas y para beber, una cierta cantidad de caldo. Cuando nos ofrecían caldo de carne hasta la saciedad, nos recuperábamos estupendamente, bebida que me parecía deliciosa y nutritiva". Debían comer carne incluso el viernes, a riesgo de quedar sin alimento alguno. Por lo demás, el cocimiento de la carne no era completo, por tanto comían la carne medio cruda puesto que no podían hacer fuego en el campo o porque descabalgaban a la noche "y que entonces no podíamos recoger estiércol de bueyes o de caballos". Sólo, a veces, encontraban un espino para quemar[106].

---

[102] *Ib.*, p. 259.

[103] *Ib.*, p. 160.

[104] *Ib.*, p. 273.

[105] *Ib.*, p. 276.

[106] *Ib.*, p. 276.

En medio de ese frío, fray Guillermo —ya en la corte de Mangu Khan— ha de presentarse con las vestimentas de su Orden, por tanto llevaba los pies desnudos, lo que hizo pensar a los circunstantes que "éramos una especie de monstruos". No pudo mantener por mucho tiempo tal calzado pues, como dice: "Aquella mañana se me helaron los dedos de los pies de forma que no pude volver a andar con los pies descalzos". Se les dan vestimentas apropiadas: calzones y pellizas de piel de cabra y escarpines. Fray Guillermo acepta una sola. Tan duro había sido el camino que cuando son recibidos por el Gran Khan pide permiso para permanecer durante la temporada de fríos. "Mi compañero está tan debilitado que, de todas maneras, no puede salvar la vida si continúa cabalgando".

Aun en la corte de Mangu Khan no son hospedados de la mejor manera posible. Los condujeron a una gran casa "donde hacía frío y donde no había nada para encender fuego; estaba en ayunas y era de noche"[107].

Luego les dieron un nuevo alojamiento, no mucho mejor que el anterior. Se encuentran en una casa fría y vacía. Pero les proporcionaron camas y mantas, les dieron carne de corderos pequeños y delgados —que serviría como alimento a tres personas durante seis días—, a diario recibían un tarro de miel y un cuarto de cerveza de mijo. Puesto que el frío se hizo más intenso, el Khan les envió tres pellizas de piel de mono[108].

En oportunidad de cumplir visita a Mangu, el compañero de fray Guillermo cayó en la falta de tropezar con el umbral, fue retenido por los guardias. Fray Guillermo comenta: "Yo ignoraba lo que había ocurrido; sin embargo, cuando me volví y no le vi venir creí que lo habían retenido para darle trajes más ligeros ya que estaba muy débil y tan oprimido por las pieles que apenas podía caminar"[109].

El compañero de fray Guillermo siempre se queja del peso de las pieles[110].

Constantemente, el franciscano habla de los escasos y poco acostumbrados alimentos de que son provistos. Obtuvo de un monje armenio, residente en la corte del emperador, provisión de "harina, mijo con mantequilla, pasta cocida en agua con mantequilla o leche agria y pan ácimo cocido sobre un fuego de estiércol de buey o de caballo"[111].

Cuando el monje tiene que regresar a la Cristiandad, el compañero, al saber que debían atravesar nuevamente el desierto, es decir que habían de

---

[107] *Ib.*, pp. 292 a 298.

[108] *Ib.*, p. 302.

[109] *Ib.*, p. 306.

[110] *Ib.*, p. 314.

[111] *Ib.*, p. 313.

reiterar tantas penurias como las vividas en el viaje hasta la corte imperial, hace saber que no puede regresar pues su cuerpo no podría soportar tantas penurias[112]. El camino de fray Guillermo —en este regreso hacia la Cristiandad— no fue, en efecto, menos terrible que el anterior. Hasta llegar a la corte de Batu empleó junto a sus acompañantes dos meses y diez días, período en el que sólo encontraron un lugar habitado, un pequeño pueblo donde "no hallamos ni pan para comer". Sufren por falta de alimentos y por los fatigados caballos[113].

Frescobaldi describe las penurias de la marcha por el desierto. "El lugar —dice— estaba constituido por montículos de piedras calcinadas por el sol. Y cuando el viento sopla arrastra las arenas. Quienes se encuentran allí se hallan en peligro de muerte". "Diariamente armábamos una tienda y permanecíamos bajo ella pero, cada mañana, encontrábamos nuestros ojos, orejas y nuestros ollares llenos de arena". Además, hay poca agua para lavarse. Habla luego de los animales que se encuentran en la zona. Hay perdices y francolines —entre otros— pero nadie puede cazarlos. En el desierto, no hay grandes árboles sino esos arbustos que se encuentran cerca del agua y no hay casas para resguardarse. Nunca llueve y durante todo el día se está bajo los rayos del sol. Y si uno toma agua de los odres de cabra está más que tibia". Afortunadamente —agrega el viajero— "habíamos llevado jarabe de limón con el cual, a menudo, nos refrescábamos"[114].

Como vemos, no siempre los hospedajes eran apropiados. En ocasiones faltaban completamente. Como de costumbre, fray Félix es quien nos da la nota de mayor colorido que podamos encontrar en estas narraciones. Camino de Tierra Santa llegaron a la isla de Creta. Desembarcados, buscan un lugar para aposentarse. No encontraron ninguno, sólo una casa "que me avergüenzo en llamar prostíbulo, regido por una mujer alemana, señora de la casa, ante la cual fuimos llevados. Luego que hubimos penetrado todos —nobles, sacerdotes y religiosos— la señora limpió la casa y asignó una cámara a cada uno. Esta mujer era afable, respetuosa y discreta y nos proporcionó todo lo necesario, tuvimos una magnífica cena con vino crético". También encontraron allí uvas maduras —blancas y negras— en abundancia[115].

Cuando los viajeros transitan por Medio Oriente encuentran en su ruta lugares apropiados para aposentarse a cambio de dinero. Aposentamiento transitorio pues se continuaba el camino al día siguiente. Frescobaldi y sus

---

[112] *Ib.*, pp. 344-345.

[113] *Ib.*, p. 347.

[114] L. Frescobaldi, p. 57.

[115] F. Fabri, t. I, pp. 167-168.

compañeros se dirigen de Jerusalén a Damasco: "en esta jornada descansamos una noche en un caravanserrallo donde dimos al custodio un *dirhem* por el alojamiento de cada uno de nosotros"[116].

Sabemos que en Tierra Santa, por lo menos en las grandes ciudades, los hospedajes estaban previstos. Así, en Jerusalén, en donde existía un hospicio conveniente aunque, en el siglo XV, había perdido mucho de su antiguo esplendor.

Los viajeros pasaban —según hemos visto en las páginas anteriores— por muchas peripecias e inconvenientes, nacidos de la natural rudeza de los caminos, de la inamistosa actitud de los naturales, de las asechanzas "de la mar".

Pero, en muchas ocasiones, la importancia del viajero, su alta investidura, su sagrada condición o su dinero hacían que la acogida y el consiguiente alojamiento tuvieran otros visos.

Por supuesto, los embajadores —siempre que no hubiera contra ellos secreto desdén o enemiga— eran los que corrían mejor suerte.

Pero también los aristócratas podían contar con la benevolencia y amistad que les procuraba su condición.

Este puede ser el caso de Tafur, Clavijo, los Adorno, von Harff, Roberto da San Severino, los señores de Caumont y d'Anglure.

Pero Tafur ofrece un ejemplo claro. Atendido en Constantinopla por los mercaderes ricos de su nación, allí instalados, fue recibido en audiencia por el emperador para averiguar —como se refirió— qué había de cierto respecto de sus ascendientes, supuestamente miembros de la casa imperial bizantina. Ingresa pues en la corte, donde es tratado con las mayores consideraciones. El emperador lo invita a participar de sus jornadas de caza: "E sin dubda bien paresçio que me avíe voluntat de fazer toda honor é mercedes..." porque, en efecto, constantemente lo invitaba a cazar y tanto la emperatriz como el soberano "dezían que avían muy grant plaçer conmigo"[117]. El emperador se ausenta luego de la ciudad, pues ha de entrevistarse con el Papa. Pero Tafur pide entonces al déspota Dragas que lo aconseje para ir a Adrianópolis. El déspota solicita a los mercaderes genoveses que lo encaminaran a la ciudad. Una vez allí, el mercader los presentó al Gran Turco, quien también lo recibió con benevolencia y estima.

Tafur, al llegar a Caffa, fue objeto de buen recibimiento pues, como el podestá había vivido en Sevilla, fue bien tratado: "é resçibióme muy bien, rogándome que por las cosas que oviese menester le requiriese á que las faría de buen grado, por quél teníe grant amor é cargo de nuestra naçion,

---

[116] L. Frescobaldi, p. 83.

[117] P. Tafur, p. 151.

que viviendo en Sevilla fué muy bien tractado; é yo gelo agradesçí mucho"[118].

De ordinario, el viajero recibe particulares muestras de aprecio que se expresan también en la posada que se le asigna, a la cual se añaden provisiones o agasajos.

En Chipre, el almirante de la isla era mosén Suárez quien, "mostrándose ser castellano como yo"[119], insistió ante el rey que le permitiera hospedar a tan ilustre huésped. Aposentado en esa residencia durante cuatro o cinco días, el rey envió por el viajero, le prometió "aviamiento para el camino de Babylonia", además lo acogió a su mesa. Luego de partir, se encaminó al puerto de Bafa, allí el monarca había dispuesto su aposentamiento en una aldea de la montaña en previsión de la peste que imperaba en la ciudad: "é posé en casa de Diego Thenorio, escudero castellano, é ove mucho plaçer con él"[120].

Los grandes señores encuentran por doquier —por lo menos cuando se hallan en territorio cristiano— amigos u hospedadores diligentes, que toman en consideración la alta investidura o la noble condición de los viajeros. Al llegar Arnold von Harff a Roma fue acogido por micer Johann Payll, preboste de Wassenberg "quien me recibió honorablemente en su posada y con la ayuda de algunos cardenales y de sus amigos me mostró todo"[121].

Por supuesto, Brascha recibió gentil posada y excelente trato durante su espera en el puerto de Venecia. "Yo fui a alojarme en casa de micer Esteban y de los hermanos Archinti, los cuales me hicieron grandísimo honor"[122].

La nave de Brascha tiene que esperar en Chipre la llegada de micer Ambrosio Contarini, hermano del patrono, quien, luego de haber regido durante tres años la isla, regresaba a Venecia. También él —como fray Félix— desea visitar el lugar, aprovechando la espera. Se dirigen a Nicosia, situada a 140 millas de la costa. En su compañía se encontraba micer Manfredo del Boscho, quien había cumplido con ellos el viaje a Tierra Santa y retornaba a su residencia, pues era factor de la compañía Loredano en Nicosia.

Este señor "insistió enormemente para que me alojase en su casa; durante los cinco días que me detuve allí, me hizo tantos honores como

---

[118] *Ib.*, pp. 160-161.

[119] *Ib.*, p. 68.

[120] *Ib.*, p. 72.

[121] A. von Harff, p. 15.

[122] S. Brascha, p. 48.

corresponderían a un príncipe". También residía en la ciudad micer Niccolò Invidiato, de Lombardía, quien lo invitó a almorzar y cenar, brindándole toda clase de honras. Además, lo introdujeron ante la reina quien le entregó una espada de oro con su divisa.

Pero los peregrinos hubieron de retornar a la costa, en busca de su nave. El camino se hizo menos penoso merced al auxilio de micer Manfredo quien les proporcionó cabalgaduras, pabellones "para dormir durante la noche y también platería con alimentos honorables"[123].

Santo Brascha siempre es acogido con gentileza y encuentra ayuda para resolver los problemas de alojamiento que, en Tierra Santa, no siempre era agradable ni fácil de hallar. Al llegar a Jaffa, el patrono lo tomó bajo su protección puesto que "me amaba como a un hijo". Ya que tantos eran los inconvenientes que habían de soportar los viajeros, el patrono dijo que "quería librarme de todas estas molestias haciéndome dormir en su lecho, comer a su mesa y compartir la suerte que allí habría de sufrir". Como el patrono podía alojarse en el monasterio del monte Sión y llevar consigo a dos tripulantes, eligió como uno de esos compañeros a Santo Brascha. En verdad, el viajero se vio reconfortado. "Nos hicieron muchísimo honor, entre otras cosas tomé el vino más delicado del mundo..."[124].

Frescobaldi y sus compañeros se detienen un mes en Damasco donde "recibimos gran honor de ciertos venecianos y catalanes y especialmente de los cónsules"[125]. Como vemos, los delegados de las naciones acogían y solucionaban los problemas de los viajeros, especialmente de sus connacionales.

Cada uno de los viajeros es auxiliado, agasajado, aposentado, acompañado por los compatriotas que encuentra de camino. Casola, en su tránsito de Milán a Venecia, al llegar a Caravaggio, un lugar sumamente fértil, dice "fui alojado honorablemente por don Fermo dei Sichi"[126]. Luego, al alcanzar Padua, hemos dicho que se alojó en la casa del jefe de los correos de los mercaderes milaneses: "y fui tratado muy cortesmente"[127].

En Venecia, fue apoyado, ayudado por la compañía que le proporcionó el magnífico doctor caballero, señor Tardolo de Vicomercato, embajador ilustre de Milán ante la mencionada ciudad. "Recibí mucho más que la atención acostumbrada"[128].

---

[123] *Ib.*, pp. 118-119.

[124] *Ib.*, pp. 64 y 68.

[125] L. Frescobaldi, p. 87.

[126] P. Casola, p. 118.

[127] Ver *Personajes. P. Casola*.

[128] P. Casola, p. 125.

En general, todos los alemanes van a parar al *Fondaco dei Tedeschi*, los milaneses también utilizan un aposentamiento de tipo comercial para recibir a sus compatriotas que viajan por otros motivos[129].

Por supuesto —a pesar de los inconvenientes y penurias lógicos— Roberto da San Severino, dada su nobleza, recibe en su trayecto por tierras cristianas, en su navegación por el Mediterráneo, muestras de consideración y aprecio.

Luego de haber sufrido una tormenta en el mar, en Mello, se encuentra con el cardenal legado que retornaba a Roma "el quale lo vide et recholse con tanto amore tenereza et dolceza quanto dir se potesse...".

Se dolió de la dura prueba que habían tenido que soportar y les envió alimentos para confortarlos: "pane biancho, frescho vino, confecti de diuerse maynere et zuchero et molte altre cosse..."[130].

El almirante de Rodas, que había sido hombre de armas del duque de Milán, tío de da San Severino, los recibió también "con mille abrazamenti et infinite careze" y les proporcionó provisiones "confectione di diuerse maynere, pulli et altre charne..."[131].

Entre otros agasajos que se les ofrecieron se contó un almuerzo que les brindara el almirante "che fu molto honoreuole copioso et splendido, e non già disinare de marinari..." acota el narrador aludiendo, sin duda, a las viandas que cotidianamente habían de comer a bordo[132].

Los Adorno —por ser gentes de tan alta condición— siempre encuentran buena acogida.

Por cierto, en el lugar en que reciben los mayores honores es en Génova, patria de sus antepasados. Los Adorno se admiran ante esa magnífica ciudad y "nos regocijamos de haber tenido origen, en razón de nuestros lejanos abuelos, en una ciudad tan noble y tan renombrada".

Los notables ofrecieron recepciones en su honor, entre otros, Paolo Doria, padrino de Juan. Los Adorno tienen una visión muy particular de la ciudad, debido a su aristocracia y alta posición. Juan dice: "mi padre encontró en esta ciudad, mucho calor y amistad entre los ciudadanos nobles, muchos lo invitaron a comer y a almorzar". Los miembros de la casa Adorno también organizaron comidas suntuosas para agasajar a sus parientes flamencos, en ellas los alimentos se sirvieron en vajilla de plata, incluso platos y escudillas, los invitados espléndidamente vestidos, "todas las mujeres de la familia Adorno muy bien adornadas"[133].

---

[129] *Ib.*, p. 123.

[130] R. da San Severino, p. 218.

[131] *Ib.*, p. 221.

[132] *Ib.*, p. 226.

[133] A.-J. Adorno, pp. 450-453 y 483.

Esta recepción en la ciudad del linaje era lógica, pero la importancia de los viajeros les proporcionaba buen rato en ámbitos extraños.

Habla Juan Adorno de los trujamanes del sultán de Egipto. El primero y más importante de ellos —llamado Zam Beg— había conocido a "nuestra estirpe y familia Adorno" y pues había recibido de ella muchas atenciones, en Quíos y en Génova los trató "con gentileza y amistad y nos invitó a almorzar con él"[134].

Pero este tratamiento preferencial no se da de igual manera en todos los lugares ni en todos los tramos del camino salvo respecto de los embajadores y aun ellos tienen, a menudo, que probar duras actitudes y ásperos gestos.

Llegan los Adorno a un villorrio, situado en el camino a Nazareth. El señor del lugar recibió con grandes honores al señor Faccardin y su comitiva, señor musulmán con quien iban los Adorno, para librarse de los malos tratos de los nativos. En esa población: "Gracias al afecto de éste por nosotros, fuimos bien tratados en todos los aspectos, salvo en lo que concierne al alojamiento". Hubieron de dormir esa noche bajo la lluvia, al abrigo de un árbol, a la puerta del señor Faccardin pero —explica— "no debemos creer que fue una vejación pues su presencia nos permitió escapar de tribulaciones y angustias mucho más serias. Sin él hubiéramos debido soportar las injurias y las bromas de los rudos habitantes de esos lugares".

Continúan su camino y al llegar a Fandaqumiyya, merced a las cartas de recomendación que llevaban, fueron "bien recibidos y alimentados gratuitamente pues el sitio de nuestro aposentamiento era el lugar de los perros de caza del señor".

Más adelante —en otro pequeño villorrio— también fueron recibidos amicalmente, debido a las cartas del señor Faccardin. "Sin ellas, estoy persuadido que hubiéramos sido despojados de nuestros bienes y, tal vez, privados de nuestra libertad"[135].

Más adelante, hubieron de alojarse en un gran *funduk* cuadrangular rodeado de una muralla como si hubiera sido un castillo bien fortificado. De manera evidente, había sido un espléndido lugar ("una fortaleza o un bello palacio") pero, en el momento en que se hospedaron los Adorno estaba parcialmente en ruinas, de tal manera que no era sino "un hospedaje común para los viajeros, vacío, descuidado y desprovisto de todo"[136].

En otra ocasión de ese mismo trayecto —en la actual población de Jubb Yusuf— pasaron la noche en un *funduk* —"todo de mármol"— que se encontraba cerca de la ciudad[137].

---

[134] *Ib.*, pp. 208-209.

[135] *Ib.*, p. 309.

[136] *Ib.*, p. 311.

[137] *Ib.*, p. 323.

Tienen que probar las posadas más inusitadas, pues poco más allá, se alojaron en la casa de unos amigos de su guía, "quienes nos recibieron con afecto y humanidad, e igualmente en lo referente a alimento y conversación"[138].

Como vemos, las más diversas fortunas acompañan a los viajeros en su camino, los más diferentes hospedajes los acogen.

Para el señor d'Anglure y su comitiva, su importancia y dignidad servían de carta de presentación. Al llegar a Nisso, en Chipre, se alojaron en una mansión que pertenecía al rey. El monarca de la isla, apenas conoció la llegada del grupo a Limassol, envió caballos y bestias de carga para que realizaran el trayecto hasta Nicosia, lugar de la residencia. Allí se alojaron en el convento de los Frailes Menores pero el rey les hizo llegar, para su mayor comodidad, "sus propios lechos de su residencia, a saber, colchones de lana para yacer en ellos y tapices para colocar en los muros de nuestras cámaras". El día de Reyes, el rey les envió "cien piezas de aves, cuarenta corderos, dos bueyes, cuatro odres llenos de vino rojo y cuatro de buen vino de Marbos y una gran cantidad de muy buen pan blanco".

Evidentemente, los peregrinos no habrían de sufrir hambre en ese lugar pues el rey les hizo llegar —el domingo siguiente 9 de enero— sesenta liebres, cinco corderos salvajes, "algo muy hermoso de ver". Además, para demostrarles su amor, puesto que como dice el señor d'Anglure "le roy nous fist tresbonne chiere" ("nos acogió muy amablemente") les hizo llegar a su alojamiento los más bellos corceles para que se presentaran montados en ellos ante la corte. Acompañaron luego al rey en su jornada de caza. En ese momento cayó enfermo el señor de Sarrebrück que hubo de morir allí. El monarca lo colmó de honores y atenciones durante su enfermedad[139].

Compañía

Los viajeros tenían una relativa libertad para elegir a sus compañeros de camino.

Fray Paul Walther de Guglingen recibe permiso para visitar los Santos Lugares "con un compañero que él eligiese"[140]. Ese compañero será otro franciscano, Fray Johannes Wild, con quien pronto se enfrentará. Todavía en Italia, antes de llegar a Venecia, las disputas y mala voluntad se hacen presentes. Fray Johannes se siente acatarrado "y comenzó a entristecerse

---

[138] *Ib.*, p. 325.

[139] O. d'Anglure, pp. 85-86. Ver *Enfermedades*.

[140] P. W. de Guglingen, p. 5.

y a marchar lentamente detrás de mí, alejado". Al llegar a Verona, fray Paul lo incita a quedarse en el convento, a lo que se negó fray Johannes. Ya en Verona, increpa a fray Paul porque se apresura, "eres un hombre duro". "Yo callé, doliéndome de su impaciencia". "En el camino posterior, nos hablamos poco y casi separados caminábamos, uno delante y otro detrás, alejados en mente y en cuerpo, al punto que no siempre nos veíamos uno al otro. Y por esta discordia y rencor, me entristecí, y me quejé"[141].

Se dolía fray Paul de ciertas infidelidades de su compañero. Al entrar en Mantua y errar fray Johannes el camino, se encendió la disputa. "Y le eché en cara sus infidelidades". Ante esto, fray Johannes le pidió licencia para separarse, a lo que accedió fray Paul determinando que así lo harían no bien llegaran al próximo convento. Y así, "deambulaban, silenciosos por el rencor..."[142]. Finalmente —y luego de una difícil entrada en Verona que había sufrido peste— fueron acogidos en el convento de la ciudad, donde Dios tocó el corazón de fray Johannes quien pidió perdón a su compañero "postrado ante mí, casi llorando, reconociendo su culpa, desnuda y plenamente...". Esta actitud movió a benevolencia a fray Paul quien logró de tal manera buena compañía: "comenzó a servirme fielmente, a reverenciarme, a obedecerme con prontitud y a actuar, en todo, fielmente hacia mí"[143].

Ya en Tierra Santa, fray Paul se plantea si habría de servir a Dios permaneciendo en los Santos Lugares o quedándose en Italia o en su tierra natal. Su compañero, quien en un principio le había prometido acompañarlo, luego expresó su voluntad de realizar su labor en India. Fray Paul no quiso retenerlo. "Temí que si lo retenía o le encargaba alguna obra para que se quedara y le sucedía algo, me lo imputase". Además, temió que reaccionase de manera exagerada, "vehementemente sospechaba de su antigua inestabilidad, que yo ya había notado en él durante el camino". Por tanto, se apartaron, despidiéndose "con gran llanto, luego de disculparnos y de habernos reconciliado mutuamente"[144].

Luego de permanecer durante un año en el convento del monte Sión, fray Paul desea realizar la peregrinación con un grupo de alemanes, entre los que se cuenta fray Félix Fabri. El prior del convento le concedió las máximas posibilidades para realizarlo. Fray Paul había solicitado "muniatis me cum bonis litteris et socio probo, fideli et grato, qui michi fideliter minister"[145] ("proveedme de buenas cartas y de un compañero probo, fiel y

---

[141] *Ib.*, p. 22.

[142] *Ib.*, p. 23.

[143] *Ib.*, p. 26.

[144] *Ib.*, pp. 122-124.

[145] *Ib.*, pp. 171-172.

agradable que me sirva fielmente"). Tomás de Cracovia fue designado para acompañarlo.

Casola dirá: "Dios quiso que yo encontrara como vecino [en el dormitorio de la galera] a un lombardo que, aunque no intimamos, fue, sin embargo, un buen vecino para mí"[146].

Esta era una compañía circunstancial y, tal vez, Casola no se había visto demasiado inclinado a la amistad del lombardo puesto que él ya se había agregado a un grupo que había encontrado antes de partir y uno de cuyos miembros le era especialmente caro. Este era fray Francisco Trivulzio, franciscano, extraordinario predicador según las palabras de nuestro viajero y que tendrá ocasión, durante el viaje, de dar muestras de su elocuencia; llegó acompañado por fray Michele de Como, de su misma orden. A ellos se había agregado Giovanni Simone Fornado de Pavía y Giovanni Luchino de Castelnuovo. "Y yo deseé unirme a ellos". Su deseo se fundamentaba en su ansia de estar junto a un grupo que perteneciera a su tierra natal y también en vista de las excepcionales virtudes del franciscano.

Los embajadores salían, por supuesto, con un grupo selecto y elegido para que los apoyara en la misión que les había sido encomendada. También los peregrinos podían constituir un grupo, generalmente de connacionales que se sentían más unidos y defendidos en ámbito extraño, unidos en lengua y costumbres. Sabemos que fray Félix viaja, en su segunda peregrinación, con señores alemanes que lo eligieron como auxiliar espiritual[147].

Las galeras de peregrinos llevaban una cantidad considerable de pasajeros. Además de la tripulación —que era bastante numerosa según los testimonios (140 galeotes además de los restantes oficiales)— los peregrinos constituían un grupo considerable: 170, según Casola[148]. Los cálculos de fray Félix son 110 peregrinos en un total de 330 pasajeros[149]. Grupo variado puesto que en él se contaban hombres y mujeres, monjes y otros religiosos, tanto ultramontanos como italianos[150].

Entre ellos se podían anudar amistades o producirse roces y enemistades. Ya hemos visto que fray Félix habla del dolor que le produce dejar en Rodas a ciertos caballeros enfermos puesto que habían navegado desde

---

[146] P. Casola, pp. 161-162.

[147] F. Fabri, t. I, p. 65.

[148] P. Casola, p. 160.

[149] F. Fabri, t. I, p. 33.

[150] P. Casola, p. 160.

Venecia en amistad y camaradería. Pero no siempre era así y, muchas veces, se producían enfrentamientos[151].

Dos grupos de peregrinos habían partido de Jerusalén hacia Santa Catalina, en los cuales se encontraban fray Félix y fray Paul[152]. De camino se suscitaron disputas entre ambos. Uno de los grupos acusaba al otro de haber prometido dinero a los árabes para llegar más rápidamente a Santa Catalina. Los acusados respondían que habían entregado ese dinero para que marcharan más lentamente en razón de los peregrinos enfermos. De estas posiciones surgió el enfrentamiento de ambos grupos. Los caballeros, airados, descendieron de los asnos, desenvainaron las espadas y se agredieron. Hubieran resultado heridos o muertos de no ser por los moros que se interpusieron; a pesar de ello, no se calmaron los ánimos, continuaron los insultos. Fray Paul intervino entonces exhortándolos a no perder sus cuerpos y sus almas y recordándoles que no olvidaran que se encontraban en manos de enemigos quienes gozarían con su discordia.

No siempre se llegaba a estos extremos. Pero, en ocasiones, sin llegar a ello, algunos viajeros eran malqueridos por los demás. Tal era el caso de las señoras ancianas[153].

Fray Félix es quien nos cuenta que, al partir de Venecia, "antes de la salida del sol vino el patrono con sus servidores, traía con ellos a algunos peregrinos, entre otros un flamenco con su esposa"[154]. Este personaje perturbó la navegación. En primer lugar, molestó a los peregrinos puesto que era la única mujer en la galera que había elegido fray Félix, mientras que en el otro navío se había aceptado a todas las demás señoras que pretendían realizar el viaje.

De ordinario, las mujeres se limitaban a estar en sus cámaras pero la esposa del flamenco era de un estilo totalmente diferente. Su curiosidad extrema la impulsaba a examinar y a escuchar todo, vagaba por la galera y "se hacía muy odiosa a los tripulantes". Sólo la consideración hacia su marido, un hombre honesto, hizo que fray Félix callara[155].

Pero si la compañía casual podía ser molesta o grata, la impuesta siempre resultaba perturbadora y origen de muchos sinsabores.

---

[151] F. Fabri, t. I, p. 169.

[152] P. W. de Guglingen, p. 200. Cf. F. Fabri, t. II, pp. 107 y 445.

[153] F. Fabri, t. I, p. 56. En el viaje de Alessandro Rinuccini (1474) sobre cien pasajeros embarcaron once mujeres "y esta es una anotación muy interesante porque raramente es señalada la presencia femenina en estos viajes devocionales". Andrea Calamai, ob. cit., p. 241. Fray Mariano de Siena dice que al embarcar eran en total —entre peregrinos y tripulación— trescientas personas. "Non vi fu nessuna femina". M. da Siena, pp. 6-7.

[154] F. Fabri, t. I, p. 149.

[155] *Ib.*, t. I, p. 150.

De regreso a Europa, fray Félix alude a unos desagradables personajes que abordaran la galera en que viajaba con su compañero. Eran éstos un joyero y una mujer a quien éste había llevado y prostituido en Alejandría y con la que —luego de haber obtenido provecho— deseaba retornar a Venecia. Los patronos los aceptaron a bordo mediante el pago de una suma elevada y sometidos a ciertas condiciones. La mujer habría de permanecer siempre en el lugar que se le asignara, no habría de ascender a cubierta en ninguna circunstancia, no habría de proferir gritos, no sería gárrula ni procaz, no habría de admitir a nadie en su intimidad ni mostrarse sometida al lenón, vivir, por tanto, castamente durante todo el tiempo de la navegación. En caso contrario, "sin misericordia, ambos serían desembarcados y abandonados en la costa más próxima, tanto estuviera habitada como deshabitada, ya perteneciera a cristianos o a turcos".

Los patronos habían rogado al decano de la iglesia de Maguncia, que viajaba en la nave, "que recibiera en su estancia, si no a ambos, por lo menos a la mujer, pero el santo varón —prudentemente— se negó puesto que consideró inoportuno cohabitar con la serpiente y abrigar en su seno, incautamente, a un escorpión".

Se asombra el monje puesto que los mencionados compañeros de viaje se comportaron de manera totalmente opuesta a la que se había previsto: "en forma silenciosa, paciente, pacífica y disciplinada...". Resultaron pues honestos y púdicos circunstantes, al punto que concitaron el afecto de todos. Las palabras de fray Félix son sumamente elogiosas, presenta con los mejores colores a los peculiares viajeros: "...el aurífice era hombre joven, limpio, hermoso y prudente, respetuoso con todos, con quien nadie desdeñaba conversar, dada su afabilidad". En cuanto a la mujer "era hermosa, femenina y vergonzosa como si fuera virgen silenciosa y tranquila". Jamás ascendió a cubierta, "ni siquiera para sus necesidades", tampoco descendió en los puertos "sino, como monja, permaneció reclusa"[156].

En general, las mujeres no sólo se comportaban correctamente en la galera sino también con entereza durante el camino.

Pétreas, con profundos precipicios a su vera, eran las vías que habían de recorrer los peregrinos para llegar al Jordán. Los peligros eran innumerables en esas condiciones y, por ello, "admiraban las mujeres, nuestras compañeras, pues las mujeres que son naturalmente tímidas, en este caso actuaban con audacia"[157].

Las señoras, cuya presencia tanto había molestado a los caballeros nobles al embarcarse en Venecia, mantenían en toda ocasión un continente

---

[156] *Ib.*, t. IV, pp. 210-211.

[157] *Ib.*, t. III, p. 35.

digno y discreto. También en el Jordán pues, las mujeres peregrinas "alejadas de nosotros, entre las cañas, se bañaban con mayor pudor, silencio, devoción y madurez que nosotros"[158].

Es posible que sus muchos años las hicieran prudentes. No creemos, sin embargo, que fueran tan provectas como dice fray Félix.

Recuerda el fraile la tradición popular respecto de los efectos rejuvenecedores del Jordán. Las aguas surtían ese efecto en relación directa con el tiempo de inmersión. Y añade: "Nuestras compañeras hubieran necesitado ese baño durante 60 años para recuperar la juventud, pues eran octogenarias o incluso mayores".

Aunque el peregrinaje de von Harff tiene un objetivo espiritual, elegirá como compañía —según dijimos— mercaderes "con quienes es bueno viajar. Conocen las lenguas y las rutas. Actúan como escolta de uno a otro país y ofrecen buena compañía"[159].

Recordemos que los viajeros —embajadores o peregrinos— habían de recurrir, en los ámbitos extraños por donde transitaban, a guías e intérpretes.

Von Harff se precave y contrata un trujamán en Venecia. Sabemos que era un español llamado micer Vicente, renegado cristiano quien poseía muchas lenguas: latín, "lombardo, español, vendo, griego, turco y un excelente árabe". Había de compensarlo con cuatro ducados por mes, 100 ducados como regalo, además de proporcionarle alimento y bebida[160].

No siempre esos acompañantes eran de fiar y en más de una ocasión traicionaban a los viajeros o —a cambio de una siempre inestable fidelidad— exigían regalos o imponían exacciones.

En general, los guías merecen duras, dolidas o desencantadas reflexiones por parte de los viajeros. Se despiden del trujamán en Alejandría, "ese mal hombre que en nada nos había sido útil y que, por el contrario, no había sido sino el delator de nuestro dinero y un protector infiel". El trujamán había cometido muchas faltas a la fe empeñada; entre otras, negar a un caballero que le había entregado una importante medalla de oro de San Cristóbal para su custodia y que no quiso restituir sin previa entrega de una suma de dinero[161].

Los viajeros se encontraban inermes en manos de patronos, guías y trujamanes; habían de entregarse a ellos confiando en que su buena fortuna les permitiera topar con conductores honrados.

En espera de partir hacia Venecia, Roberto da San Severino y acom-

---

[158] *Ib.*, t. III, p. 41.

[159] A. von Harff, pp. 4-5. Ver *Personajes. A von Harff.*

[160] *Ib.*, p. 69.

[161] F. Fabri, t. IV, pp. 149-150.

pañantes "se infirmiarono di febre continua, grande et haspera". Temieron estar intoxicados, pues era asombroso que todos hubieran adolecido al mismo tiempo y presentaran las mismas características: "dolore di testa, di stomacho, di schena et de gambe cossí forte che non trouaueno requie"[162].

Durante días se ven asaltados por la fiebre, mejoran poco a poco pero se les plantea otro problema a su partida puesto que no encuentran las provisiones necesarias para enfrentar el viaje. No lograban "nè zucharo, nè confecti, nè alchuna buona cossa, per poterse medicare o restaurare, nè li in porto, nè per lo viagio".

A pesar de todos estos inconvenientes —la debilidad que les dejara la fiebre, la imposibilidad de encontrar provisiones— no se decidieron a descender y permanecer en tierra. De hacerlo hubieran tenido que quedarse en un caserío cercano a Acre, aposentamiento de mercaderes italianos que ya habían partido. Se habrían visto obligados a permanecer: "tra quelli porzi cani saracini" que no los hubieran provisto con facilidad de agua y de las viandas necesarias. Habrían corrido gran peligro puesto que "gli dicti saracini, cani miseri affamati, gli hariano tolto quanto gli havessero trouato et tagliati a peze...". Además, no hubieran podido abandonar el lugar, el camino implicaba un gran esfuerzo y ellos se encontraban "cossi afflicti extenuati e disfacti, che non sariano potuto andare in locho alchuno".

Y aunque hubiesen estado sanos ("Et quando pur fussero stati più galiardi del mondo") no hubieran podido acometer un camino que no conocían: "non sapendo le vie, come non sapeuano, nè hauendo alchuna guida, de chi se fussero potuto fidare..."[163].

La circunstancia descripta por Roberto da San Severino es sumamente expresiva y ratifica lo que hemos dicho acerca de la condición de los viajeros, gentes no integradas al ámbito en que se hallan, extraños en un mundo extraño, incapaces de incorporarse en poco tiempo al ambiente físico, a los hábitos, a la gestualidad, imposibilitados de adherir plenamente a un mundo con pautas esenciales diferentes de las propias.

Pocas veces los viajeros pueden hablar con reconocimiento de los guías. Fray Félix lo hace con respecto del guía que los había acompañado desde Jerusalén y que se despide al llegar a El Cairo. "Aunque extranjero, pagano y sarraceno obstinado, se había mostrado honesto y extremadamente fiel con respecto de esos cristianos y peregrinos que le habían sido confiados".

Los viajeros se despiden de él con lágrimas en los ojos pues "él era para nosotros como un padre"[164].

---

[162] R. da San Severino, p. 188.

[163] *Ib.*, p. 192-193.

[164] F. Fabri, t. IV, p. 32.

Dice Juan Adorno al mencionar el trayecto al monte Sinaí y alrededores, que realizaron ese trayecto en un solo día acompañados por micer Lorenzo "nuestro trujamán y de un árabe, colector del *gaphyr* o teloneo, quien nos confesó que había robado en esas montañas a muchos francos a quienes él había acompañado para guiarlos y protegerlos"[165].

Cuenta Frescobaldi lo acaecido al abandonar el monte Sinaí "a la mañana siguiente levantamos el campo al amanecer como es costumbre. Hacia la hora nona el intérprete se dirigió a nuestros camelleros diciendo que habíamos sido malos y que nos abandonaría"[166]. Así lo hizo, diciéndoles que podrían proseguir puesto que tenían el salvoconducto del sultán y el del señor de los árabes y que estaban a un día y medio de la ciudad de Gaza.

La necesidad de contar con guías e intérpretes durante su largo trayecto para llegar ante el Gran Khan acarrea muchas desdichas a los embajadores Giovanni del Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck.

Ya en el primer puesto de tártaros, la condición de embajador de fray Giovanni hace que se le atribuya un guía, pero éste —no sabemos si por mala voluntad— cabalgaba más rápidamente, lo que determinaba una gran ansiedad en los legados.

Los intérpretes son compañía indispensable pero también perturbadora. Giovanni del Pian y sus compañeros reciben cada uno, de la madre del emperador tártaro, una piel de zorro con el pelo para afuera forrada de algodón y un abrigo de escarlata. Los guías robaron un palmo de cada uno de ellos pero los legados se guardaron bien de decir nada[167].

Fray Guillermo de Rubruck también sufrió las impertinencias y exigencias de los guías. De vuelta de su viaje, llega a Iconium. Allí se encuentra con un mercader genovés, Nicolás de San Ciro. Al saber "que estaba hasta la coronilla de la compañía de mi guía, quien me molestaba constantemente para que le hiciera regalos, me hizo conducir hasta Curta, puerto del rey de Armenia"[168].

El monje no experimentó con menos disgusto la necesaria presencia de los intérpretes. Llegados a la corte de Shagatay tienen que sufrir las exigencias de un intérprete que no era el que los acompañaba sino el de la corte del señor[169]. Ya hemos dicho que les pide víveres y un vestido puesto que habría de traducir sus palabras[170]. Pero, a pesar de estas imposiciones,

---

[165] A.-J. Adorno, p. 237.

[166] L. Frescobaldi, p. 65.

[167] G. del P. del Carpine, p. 163 y p. 176.

[168] G. de Rubruck, pp. 357-358.

[169] *Ib.*, p. 255.

[170] Ver *Preparativos*.

no cumplió bien su cometido[171] ya que el monje quiso exponer ante el jefe tártaro los misterios de la religión cristiana pero el intérprete lo transmitió de manera incorrecta puesto que "no tenía ninguna inteligencia y elocuencia". De camino hacia la corte de Sartach, otro de los jefes tártaros, los embajadores hacían altos necesarios para el descanso, en esos momentos se veían rodeados por muchas gentes[172]. Fray Guillermo hubiera deseado predicarles pero el intérprete se negaba: "No me hagáis predicar, pues soy incapaz de traducir palabras de este estilo"[173]. Al pasar por territorio de iugures habla de sus costumbres y creencias y de la discusión que sostuvo con sus sacerdotes. Pero, en un determinado momento, el intérprete, cansado de traducir, mandó callar al monje"[174].

De ordinario, el intérprete no poseía una lengua tan fluida como para poder transmitir todos los datos que el viajero solicitaba. Era difícil conocer inclusive las palabras más comunes a través del intérprete, quien, por tanto, era incapaz de traducir parlamentos más sutiles. Dice Conti, al hablar de los árboles frutales que encuentra en Egipto: "Nos mencionaron muchos árboles no conocidos e inauditos. Pero, por la incapacidad del intérprete que sólo conocía la lengua de los árabes, no me resultaba fácil consignar [esos nombres], sólo escribí uno"[175].

Los monjes no desaprovechan oportunidad alguna para realizar su tarea de catequesis que iba unida a la diplomática. De camino hacia la corte de Mangu Khan hubieron de atravesar un peligroso desfiladero. Pasaron sanos y salvos, según fray Guillermo, debido a los cantos y oraciones que él entonó. Los tártaros le pidieron que escribiera en billetes esas milagrosas oraciones.

El fraile quiso enseñárselas y agregar a ellas más extensa instrucción religiosa. Pero el intérprete se negó a ello. Finalmente fray Guillermo se decidió a escribirlas, ya que, reflexiona, no podía actuar de manera diversa "pues había gran peligro en hablar de cosas de la doctrina a través de semejante intérprete, e incluso imposible, ya que no sabía nada de esto"[176].

El colmo de estas incapacidades llega en la entrevista que les concede Mangu Khan. El mensaje que pronuncia el embajador no llega a tener demasiada eficacia puesto que el intérprete estaba borracho.

La experiencia con los intérpretes es muy poco positiva. Por ello, fray

---

[171] G. de Rubruck, p. 256.

[172] *Ib.*, p. 160.

[173] *Ib.*, p. 260.

[174] *Ib.*, pp. 280 y ss.

[175] N. dei Conti, p. 190.

[176] G. de Rubruck, p. 288.

Guillermo pidió al hijo de un orfebre francés —instalado en Karakorum— que actuara como intérprete[177].

La curiosidad religiosa de los khanes, su interés por conocer las diferentes confesiones, determinó la voluntad del Gran Khan de organizar una gran controversia confesional en que intervinieron nestorianos, musulmanes y "tuinans"[178]. Pero era sumamente difícil explicar los misterios de la religión a través de intérpretes[179].

Ya en su camino de regreso, fray Guillermo se encuentra con cinco Hermanos Predicadores franceses quienes le piden consejos. Se internarían en territorio tártaro para realizar una tarea de predicación, pero "no tenían más que un criado enfermo que conocía el turco y algo de francés"[180]. Fray Guillermo les aconseja que se provean de paciencia y de razones para justificar su presencia en territorio tártaro puesto que no tenían dignidad de embajadores, de otra manera su labor no tendría utilidad alguna, sobre todo porque no llevaban intérprete.

Es casi obsesiva en Guillermo de Rubruck la insistencia sobre la conveniencia de contar con un buen intérprete al entrar en territorio asiático. Por ello, en las consideraciones finales de su extensa relación, pide que se proporcione al legado cartas, dinero y uno o varios buenos intérpretes[181].

En general, todos tratan de engañar a los peregrinos, aun aquéllos que deben trasladar a los piadosos viajeros y que han firmado un contrato de buenos servicios, es decir, los patronos de los navíos. También ellos tratan de sacar provecho de la difícil situación en que se encuentran en tierra extraña y lejana.

Fray Félix nos hace conocer muchos de esos engaños, rivalidades y enemistades. Sabemos que, cuando emprende su segunda peregrinación, ha podido optar entre dos embarcaciones, cuyos patronos habían pugnado en Venecia por atraer el mayor número de peregrinos —y naturalmente el grupo más calificado— a su propio navío. Se hallan en Modón (hoy Methoni en Mesenia) en donde desembarcaron. Ya la galera de don Agustín Contarini había llegado a puerto, los peregrinos de una y otra galera se encontraron con afecto "y tuvimos una buena y alegre compañía".

Esto no agradó a los patronos de las naves pues pensaban "que así como

---

[177] *Ib.*, pp. 296-299.

[178] Según la edición Kappler —en que se recoge la opinión de Grousset— los *tuinans* son los budistas chinos. El budismo chino estaba impregnado de taoísmo. El término *tuinans* derivaría de "tao-jen" o sea "los hombres de la Vía". Ed. Kappler, p. 39.

[179] G. de Rubruck, p. 331.

[180] *Ib.*, p. 356.

[181] *Ib.*, p. 360.

ellos tenían entre sí discordia y enemistad mutuas, también nosotros deberíamos inficcionarnos con ese veneno y rehuir la mutua conversación, pero nosotros no nos preocupamos por ello y juntos comimos y bebimos"[182]. Al llegar a Chipre no pueden desembarcar porque no tienen vientos propicios. Dice que la espera fue penosa para todos pero, en especial, para el patrono y sus gentes pues "temían que le fuera permitido a don Agustín —quien nos precedía con sus peregrinos— entrar en Tierra Santa antes de nuestra llegada". Si eso ocurriera, los viajeros de la galera de don Pedro Lando habrían de esperar en puerto que los otros realizaran su peregrinación y volvieran al mar. Si no los encontraban inmediatamente en el puerto de Tierra Santa les sería necesario volver a Chipre y allí esperar hasta su regreso[183].

Además de las rivalidades de los patronos, los peregrinos sufren otras asechanzas por parte de ellos. Ya en Tierra Santa, fray Félix manifiesta a los nobles —en cuya compañía y a cuyo servicio realiza la peregrinación— su propósito de dirigirse al monte Sinaí y al santuario de Santa Catalina. Además, desea invitar a otros peregrinos y para ello asciende a la nave de micer Agustín Contarini a fin de encontrar compañero en ese camino. Alegre volvió puesto que había hallado interesados, entre ellos el conde Johannes de Solms. Pero, al regresar, tuvo malas noticias que impedían ese proyecto, los mamelucos habían devastado Santa Catalina. Ese mismo día llegaron hasta ellos vendedores sarracenos que les traían panes frescos, agua y uvas, mientras realizaban su comercio confirmaron los inquietantes rumores. En un principio, fray Félix se entristeció ante tan desdichadas nuevas. Pero, luego, "al pensarlo, brotó en mí una esperanza. Sospeché inmediatamente que las mentiras las habían divulgado los prácticos de los patronos para que los peregrinos se aterrorizaran y dejaran de lado su propósito de realizar la peregrinación al monte Sinaí porque por cada peregrino a dicho monte se pierden 12 ducados y esta avaricia suya es, en verdad, intolerable porque piensan sutiles mentiras e inducen a confirmar sus falacias a los mentirosos sarracenos y apóstatas mamelucos". Ese mismo día, el mentiroso mameluco que había difundido estas equivocadas noticias se reunió con el patrono y otros en el castillo de la nave y allí bebió, "contra la ley de Mahoma". Ebrio, no pudo bajar desde la galera a la barca debido a los mareos que lo acometían. Por tal motivo, esa bestia maldita tuvo que pernoctar en la galera junto a nosotros"[184].

El peregrinaje hasta el río Jordán tampoco es visto por los patronos con

---

[182] F. Fabri, t. I, p. 165.

[183] *Ib.*, p. 178.

[184] *Ib.*, pp. 189-191.

buenos ojos. En general, trataban de disuadir a los viajeros de todo lo que implicara prolongación del tránsito terrestre pues esto comporta para ellos mayor cuidado y gastos evidentes.

Cuando fray Félix y sus compañeros quieren llegar al Jordán, los patronos les advierten de tres peligros:

1º) "que estaban ciertos que los árabes nos esperaban en el camino para atacarnos";
2º) "decían que en esos lugares no había ninguna iglesia, ninguna devoción, ninguna indulgencia";
3º) "decían que en ese camino no encontraríamos ni agua, ni pan, ni lugar apto para descansar y que el tiempo era calurosísimo y que el esfuerzo, en medio de calores tan extremos, era peligrosísimo y perjudicial para la vida humana".

A todos estos inconvenientes expresos, fray Félix agrega otro que, según dice taxativamente: "Esta cuarta razón no la decían sino nosotros la sospechábamos...".

En verdad, los patronos temían que los gastos aumentaran pues era su obligación pagar a los conductores y borriqueros en el tránsito por Tierra Santa, quienes exigían más cuando el objetivo a alcanzar era el Jordán.

De ordinario, este proyecto encontraba la oposición de los patronos porque fray Félix recuerda que, durante su primera peregrinación, se habían suscitado violentos altercados entre los viajeros y el patrono puesto que éste se negaba a llevarlos hasta el río santo.

Con su peculiar expresividad, fray Félix nos ofrece un vivísimo cuadro, dice que el patrono rechinaba los dientes furioso ante la insistencia de los viajeros mientras unos y otros se lanzaban "palabras oprobiosas, torpes objeciones y agresiones" ante la mirada absorta de los musulmanes quienes los escuchaban con creciente escándalo.

Las pasiones se enardecieron, violentos se mostraron sobre todo los franceses quienes, "hombres apasionadísimos, amenazaban con matar al patrono y querían incitar al rey de Francia contra los venecianos".

El patrono hubo de ceder, al fin, ante las inoportunidades de los viajeros pero dejó que fueran solos con los sarracenos. Evidentemente con ello los exponía a mayores peligros. "En esto actuó con poca fe, no como protector sino como traidor"[185].

En la segunda peregrinación también fue difícil convencer a los patronos, pero luego de dos horas de discusiones, permitieron el tránsito proveyendo de alimento y bebida al grupo.

---

[185] *Ib.*, t. III, pp. 29 y ss.

De todas maneras —aunque muchas veces molestos y perturbadores— guías, intérpretes, conductores eran necesarios o, por mejor decir, imprescindibles a quienes transitaban por tierras tan extrañas.

Entre los consejos que da Adorno a quienes quieran atravesar los desiertos se cuenta el de proveerse de un trujamán o intérprete "fiel y prudente que acompañe a los peregrinos, se ocupe lealmente de todos sus asuntos, los defienda y los guíe, como el buen pastor conduce sus ovejas".

Este *desideratum* se lograba pocas veces, "es una rara ave en esta región". Se encuentran pocos intérpretes y trujamanes "¡y menos aún fieles y buenos!". Cuando se halla uno que sea fiel y honesto no se lo dejará escapar, cualquiera sea el monto que pida por sus servicios. El grupo de los Adorno lograron un guía excelente en la persona de un monje del monte Sinaí, fray Lorenzo de Candia. Antes, habían contratado a un moro de Granada, Abdola, quien hablaba español y que engañó a los viajeros al comprar provisiones.

Prefirieron pagar a Abdola una suma para contentarlo y poder contratar a fray Lorenzo.

En otro momento del viaje, los Adorno sufren las exigencias de los camelleros y del trujamán, Elías, quienes los amenazaban con abandonarlos si no les entregaban una mayor cantidad de dinero. Pero no lograron sus propósitos "pues nosotros conocíamos sus maneras"[186].

Poggibonsi narra la desazón que se apoderó de él y de sus compañeros cuando —transitando por el desierto hacia Santa Catalina— perdieron el guía y la alegría que les produjo encontrarlo nuevamente. El intérprete fue retenido por sarracenos que querían llevarlo ante el sultán para que atestiguara que no eran espías. Continuaron el viaje con los árabes camelleros. "Y así, acongojados, caminamos dos días por el desierto". Al segundo día de tan atribulado camino vieron, a lo lejos, a una milla de distancia, la figura de un sarraceno que corría al encuentro del grupo. "Entonces el temor volvió a renovarse y nos encomendamos nuevamente a Santa Catalina". Al ver que era el guía perdido "corrimos hacia él haciéndole gran fiesta y demostrándole alegría y le dimos bien de comer, de lo cual tenía gran necesidad". Cuenta el musulmán "que los sarracenos le habían quitado la espada y el arco". De tal manera, marchamos con gran alegría como quienes han reencontrado a su guía, pues, sin él, finalmente lo habríamos pasado mal y, sin duda, habríamos perecido todos"[187].

Frescobaldi dice que, al dejar Alejandría, camino a El Cairo —fueron encomendados a un intérprete y a su hijo para que los llevara a esa ciudad.

---

[186] A.-J. Adorno, pp. 211 y 317.

[187] N. da Poggibonsi, pp. 119-121.

Suponemos que la condición de intérprete y de guía eran profesiones familiares que se ejercían durante mucho tiempo y que eran hereditarias[188].

Decimos que se realizaba de por vida y no circunstancialmente, según la narración de Sigoli que se refiere al intérprete y guía, que tenían en El Cairo: "Se llamaba Saetto, hombre anciano de unos 70 años que, a pesar de ser musulmán, era buen hombre y que decía que, durante su vida, había escoltado 77 veces a los peregrinos que se dirigían a Santa Catalina y al Santo Sepulcro, sin contar aquélla en que nos acompañaba a nosotros"[189]. Al parecer, este Saetto dice verdad puesto que es el mismo intérprete que ha acompañado en su peregrinación a Poggibonsi. Luego de perderlo en el desierto, acabamos de decir que vagaron "atribulados, sin pastor". Finalmente lo encontraron. Poggibonsi lo describe: era un "justo y buen hombre en su ley mahometana, se llamaba Saetta y vivía en Rama, fue intérprete de micer Uberto da Volterra cuando viajó a Jerusalén"[190].

Dice Sigoli —al hablar de Egipto— que el gobierno del sultán es tan severo que el transeúnte puede desplazarse tranquilo por doquier. "Aunque en verdad te conviene tener un guía que sea hombre de buena fama, así irás seguro a todos lados"[191].

También era importantísimo no abandonar el grupo ni en poblado ni, por supuesto, en desierto. Poco más allá del episodio recientemente mencionado, Poggibonsi narra la desaparición de un peregrino. Se hacen conjeturas, se envían a dos árabes hasta el Mar Rojo para buscarlo pero retornaron sin él a pesar de que, según dijeron, "continuamente marcharon por el desierto gritando para hacerse oír, a fin de poder encontrarlo"[192].

Entre las muchas aventuras corridas por fray Niccolò da Poggibonsi se cuenta su asalto a manos de ladrones. En esas alternativas perdió a su compañero. Luego de muchas peripecias, llega a la ciudad de Parenzo. Allí encontró a su hermano que llegara por mar. "Cuando lo vi, experimenté no poca alegría y con gran amor nos abrazamos y nos hicimos muchas demostraciones de cariño, él me narró sus desdichas y yo, a él las muchas que sufrí... las mías fueron realmente tantas que cuando lo recuerdo todavía me asalta el temor"[193].

En ocasiones, no podemos hablar de compañía constante sólo de acompañantes transitorios, que, sin embargo, podían transformar el viaje. A

---

[188] L. Frescobaldi, p. 42.
[189] S. Sigoli, pp. 90 y ss.
[190] N. da Poggibonsi, p. 120.
[191] S. Sigoli, p. 116.
[192] N. da Poggibonsi, p. 122.
[193] *Ib.*, p. 156.

veces, proporcionaban la alegría de reencontrar en ellos la imagen de la patria lejana, en otras ocasiones ofrecían ayuda, apoyo, hospedaje.

Vuelve Pero Tafur de Jerusalén. Llega a Venecia adonde ya estaba preparada la galera del Santo Sepulcro. Tafur pregunta si allí se encuentran algunos castellanos. Le responden afirmativamente, algunos de sus compatriotas se hallaban en la ciudad esperando partir hacia Jerusalén, adonde se dirigirían el día de la Ascensión, luego de escuchar misa y de recibir la bendición. Cita los nombres de sus connacionales "con los cuales yo uve muy grant plaçer, e non ménos ellos conmigo..."[194].

Poggibonsi en la travesía del desierto, de vuelta del monasterio de Santa Catalina, dice cómo encontraron lo que un códice llama "latinos francos" y otro "cristianos italianos" que se dirigían al mismo santuario, entre ellos iba un importantísimo personaje —"un gran conde"—. "Cuando ellos nos vieron a nosotros y nosotros a ellos, pues desde lejos nos conocimos, nos alegramos mucho y todos nos abrazamos con ternura y hablamos mucho juntos, preguntándonos ellos acerca de nuestro viaje y nosotros sobre el de ellos y si era seguro y también solicitándonos noticias de Occidente y especialmente de Italia, si había habido novedades y nos preguntaron otras muchas cosas"[195].

A veces, el encuentro con peregrinos o viajeros que intentaban el mismo camino determina una compañía circunstancial. Dice Poggibonsi que, a su regreso a Venecia, encontró en la ciudad a un fraile de Ferrara en cuya compañía partió en barca hasta Chioggia[196].

Fray Félix, en su primera peregrinación, deseaba llegar no sólo hasta Jerusalén sino continuar hasta Santa Catalina. Pero hubo de abandonar el propósito por falta de compañía adecuada. En realidad, halló a dos ingleses que deseaban hacer el mismo camino, con ellos habría marchado fray Félix "si hubieran conocido el alemán o el latín pero puesto que con ellos no podía hablar, no constituían para mí sociedad apta o conveniente"[197].

El mismo viajero —al regresar de esa primera peregrinación— queda solo y encuentra compañías circunstanciales. Luego de descansar enfermo en Venecia partió para su patria. De camino, encontró en el hospedaje a cuatro peregrinos ingleses que habían sido sus compañeros en Tierra Santa. Se disponían éstos a atravesar los montes y pidieron a fray Félix que los acompañara. Pero éste, debido al cansancio, prefirió quedarse hasta e

---

[194] P. Tafur, pp. 195-196. Ver también *Personajes. P. Tafur.*

[195] N. da Poggibonsi, p. 136.

[196] *Ib.*, p. 156.

[197] F. Fabri, t. I, pp. 41-42.

día siguiente. La fortuna lo acompañó en esta decisión puesto que, al proseguir su camino, encontró en otra de las hospederías a los ingleses heridos, golpeados y despojados de todas sus pertenencias, míseros, tristísimos y confusos. En un bosque cercano habían sido atacados por ladrones, los habían descabalgado mediante espadas y, como ellos quisieran defenderse, fueron heridos a punta de espada de los asaltantes quienes los ataron y los llevaron a lo más profundo de la selva, una vez allí los expoliaron infiriéndoles muchas injurias, escrutaron sus equipajes, los desnudaron tratando de descubrir si en los vestidos habían ocultado dinero. Para que se cubrieran les entregaron "vilísimas vestimentas"[198].

La compañía podía pues significar a veces confortación, apoyo, solaz..., en otras ocasiones, miserias y angustias derivaban de los encuentros prolongados o circunstanciales.

Lengua

Ya hemos visto cuántas barreras debían franquear los viajeros en tierra extraña, con cuántos inconvenientes habían de enfrentarse. Y hemos señalado que la ignorancia lingüística era un obstáculo muchas veces insalvable, siempre motivo de inconvenientes y sinsabores aunque, en la narración, la imagen de esa incomprensión se hace ridícula y risueña.

En una de sus muchas disputas, determinada por la desdichada relación con los camelleros, fray Félix y sus compañeros los insultaban en alemán, la respuesta —que no se hacía esperar— llegaba en árabe, "todos gritaban al unísono"[199].

Las disputas entre los viajeros y sus guías eran frecuentísimas, una y otra vez se repetían gestos e injurias en lenguas que no se comprendían pero cuyo tono y violencia eran elocuentes. "Esas disputas, como casi siempre, se debían a la diferencia de lenguas, nosotros no comprendíamos bien sus argumentos; ellos tampoco nos comprendían y nos injuriábamos mutuamente con grandes gritos apasionados"[200].

Ya hemos visto que fray Félix es engañado por los guías cuando pregunta por los nombres de los lugares por donde pasan[201].

A veces —aunque no haya mala voluntad del intérprete, guía o traduc-

---

[198] *Ib.*, pp. 58-59.

[199] *Ib.*, t. III, p. 408.

[200] *Ib.*, t. IV, p. 141.

[201] Ver *Testimonios*.

tor— su ignorancia hace que no pueda traducir o informar convenientemente a los viajeros.

Niccolò dei Conti quiere conocer detalles en su trayecto pero "solamente le pregunté acerca de la dimensión, es decir de la medida de caminos y lugares, puesto que las otras cosas que hacen placentera la narración fueron difíciles de conocer y de saber de él, porque el intérprete no conocía bien su lengua"[202].

De manera evidente, el intérprete no conocía las sutilezas de su propia lengua, circunstancia que le impedía dar informaciones precisas para satisfacer la curiosidad de su compañero.

Ya hemos mencionado una experiencia análoga de Conti, su afán por transcribir los nombres de los árboles chocó con la ignorancia del intérprete y sólo pudo lograr conocer uno solo[203].

Algunos viajeros conocen las lenguas de los lugares por donde pasan o —por lo menos— de una que constituya un medio de comunicación suficiente para entenderse con las poblaciones de camino.

El caso de Conti es peculiar ya que se supone que él —jovencito— aprendió el árabe porque había decidido dedicarse a comerciar[204].

Algunos viajeros que no tienen otro afán sino peregrinar entienden también la extraordinaria importancia de poseer un vocabulario mínimo para solicitar las cosas cotidianas, para comprar, pactar o satisfacer las necesidades más urgentes.

Arnold von Harff transcribe largas listas en que encolumna de un lado las palabras en árabe y en el otro, su transcripción al alemán.

Corresponde hacer un análisis de tales menciones para conocer cuáles eran los intereses de los viajeros.

Por supuesto, aparecen en primer término las palabras relativas a alimentos: pan, agua, vino, aceite, sal, pescado, vinagre, huevos..., las palabras que se refieren a las cabalgaduras, a lo que ven y a su calificación, a la ropa, al dinero...

También transcribe frases hechas y preguntas. Algunas nos parecen lógicas: "¿Cuánto cuesta?" "quiero comprar esto", "sed bienvenido", "buenos días", "buenas tardes", "Dios nos conceda buen viento". Pero otras nos asombran y nos hacen dudar sobre la santidad del viaje: "mujer ¿puedo dormir contigo?"[205].

Extraña que consigne esta pregunta en su vocabulario puesto que

---

[202] N. dei Conti, p. 185.

[203] *Los caminos. Ut supra.*

[204] N. dei Conti, p. 121.

[205] A. von Harff, pp. 129 y ss.

recorrer los Lugares Santos o dirigirse a ellos comportaba una aspiración de pureza absoluta.

Es interesante comprobar que esta pregunta aparece de manera constante en la transcripciones de las diversas lenguas de los lugares por donde pasan, así la leemos en lengua eslavona, griega o árabe.

El caballero von Harff también transcribe el alfabeto en esos idiomas y en otras lenguas que conoce de camino[206].

Las lenguas —expresión de una identidad nacional— provocaban también disputas entre los viajeros, disputas breves y graciosas.

Fray Félix había enseñado unas palabras en alemán ("Bübli, kum her su mir = ¡Muchacho! ¡ven aquí, a mí!") a un loro que era propiedad de un italiano: "Por este motivo, me enemisté con cierto italiano quien pretendía que yo había corrompido a su pájaro y lo había atraído a mí"[207].

La propia lengua, decimos, expresaba una identidad nacional que protegía al viajero quien adhería a ella como al propio ámbito.

Cuando fray Paul Walther de Guglingen penetra en Italia estampa estas palabras que hablan del ingreso en tierra extraña y el abandono de su propio lenguaje: "Aquí comienza Italia y dejamos nuestra lengua y oímos una lengua que no conocíamos"[208].

El monje desea viajar a Tierra Santa para reflexionar y analizar su vida dedicada a la religión, deseaba "perderme en mí mismo, en un lugar ignorado y obscuro, donde no fuera necesaria la lengua alemana, esconderme, allí someter mis pasiones, llorar mis pecados con amargura de corazón..."[209].

Fray Paul permanece en Tierra Santa, luego de separarse de su compañero fray Johannes, "quedé como un huérfano, solo en una tierra lejana entre hermanos desconocidos, turbas de infieles y oí diversas lenguas que no conocía"[210].

Su sentido de soledad se ve acrecentado por su incapacidad de comunicarse.

De camino, al llegar a Verona, fray Paul y su compañero quisieron entrar a la ciudad —que había sufrido peste— a través del lago. Tuvieron una serie de dificultades para realizar ese tránsito, se angustiaron al llegar la noche, sobre todo porque "no apareció casa alguna ni podíamos hablar italiano"[211].

---

[206] *Ib.*, p. 129, 151 y 160.

[207] F. Fabri, t. II, p. 419.

[208] P. W. de Guglingen, p. 18.

[209] *Ib.*, p. 8.

[210] *Ib.*, p. 124.

[211] *Ib.*, p. 24.

Siempre la ignorancia lingüística implicaba un despojamiento y una carencia que, a veces, llegaba a ser esencial.

Dinero

Carecer de dinero podía ser inconveniente insuperable para los viajeros que, además de tener que pagar los lógicos gastos de viaje, se veían asaeteados por las pedigüeñas poblaciones del camino o por los funcionarios cuyas jurisdicciones debían sortear. Conocemos lo que recomienda Santo Brascha a quien intente la peregrinación: "que lleve dos bolsas consigo, una llena de paciencia, otra con 200 ducados venecianos o, por lo menos, 150..."[212].

No disímiles son las palabras de fray Félix Fabri. Ya hemos dicho que se niega a dar montos y costos puesto que —según su opinión— son sumamente variables. Atribuye el éxito de una feliz peregrinación al hecho de llevar una bolsa llena y de tener una mano dadivosa[213].

Fray Mariano da Siena nos ofrece el detalle de los gastos que comportó su viaje por Tierra Santa. En esa minuciosa lista indica las entradas a los lugares santos, los tributos, las "cortesías", los salvoconductos, etc. Por supuesto, la suma más importante está representada por el pasaje y las provisiones "porque ni la galera ni la nave proporcionan nunca vituallas cuando los peregrinos tocan puerto ni cuando están en Tierra Santa...". Además, menciona los dineros que son necesarios tanto al pobre como al rico: "No vaya quien no tiene dinero. Sería destrozado o sería necesario que los demás peregrinos pagasen por él o que renegase nuestra fe". Coincide con Santo Brascha al decir: "Y además, es necesario llevar una bolsa de paciencia"[214].

A pesar de panorama tan poco halagüeño, Santo Brascha tranquiliza a los pobres. No han de temer hacer el viaje pues el patrono tomará en consideración sus escasos recursos para imponerles un monto menor. Aconseja también, en tal caso, una mayor parsimonia en las compras y recuerda que en la galera tendrán acceso a la cocina para preparar sus alimentos, lo que determinará un claro ahorro.

Los monjes siempre tienen inconvenientes cuando se trata de pagar, cuando hay que entregar sumas no previstas. Así le ocurre a fray Félix cuando ha de emprender, junto a sus compañeros, el regreso a Venecia.

---

[212] S. Brascha, p. 128.

[213] F. Fabri, t. I, p. 5. Ver *Personajes*.

[214] M. da Siena, pp. 129-130.

Huéspedes del cónsul en Alejandría, al retirarse, cada uno de los viajeros había de abonar seis ducados más, aparte de lo ya pagado.

Los caballeros los entregaron de inmediato pero "yo, pues tenía la bolsa vacía, no podía pagarlos"[215]. Discusiones, ruegos, intercesiones de unos y otros permiten, por fin, a fray Félix partir junto a sus compañeros.

Fray Paul, luego de larga permanencia en Jerusalén, desea ir a Santa Catalina. Ha llegado a la ciudad santa un grupo de peregrinos, procedentes, "la mayor parte, de la alta Alemania". Entre ellos se encontraba Bernardo de Breydenbach, canónigo y camarero de la iglesia de Maguncia, quien eligió como confesor a fray Paul. Además, ante la falta de dinero del franciscano, le proporcionó lo que necesitaba para cumplir el viaje. "Y si los otros no quisieron ayudarme, él solo quiso gastar lo necesario"[216].

La falta de dinero ponía en graves aprietos a los más altos señores. Clavijo y sus compañeros de camino hacia la corte de Tamerlán, encuentran a un señor que, supuestamente, defiende de los turcos el paso que atraviesan y les pide una "cortesía" en dinero. Los embajadores hacen protestas de insolvencia, declaran que sólo poseen los presentes que llevan para Tamerlán. El exactor insistió, diciendo que vivía de lo que le daban y que, en caso contrario, robaba. Ante ello, los señores le entregaron un trozo de escarlata y una taza de plata. El embajador de Tamerlán le entregó un ropón de escarlata forrado traído de Florencia y una pieza de lienzo delgado. A pesar de todo, no se sintió satisfecho por lo que hubieron de comprar a un mercader una pieza de camelote para entregársela[217].

El dinero favorecía el viaje y la estancia de los transeúntes pero no siempre solucionaba todos los inconvenientes.

Sabemos que en Acre se plantea para Roberto da San Severino y compañeros la posibilidad de ir a Beirut[218]. Para ello hubieran tenido que cambiar de nave. Desisten "che'l duo andare da Acri ad barutho era pur con spexa assay et grandisimo periculo, perchè de la spexa poco se curauano..." es decir que, incluso para tan alto y rico señor como el milanés, cuyos recursos eran sobrados, no era fácil ni tranquilizante permanecer en tierra extraña sin el apoyo de un grupo y de responsables del buen éxito del viaje.

Pero Tafur sufre la falta de dinero en Génova. Llegado a la ciudad, luego de haber soportado una tormenta que lo había dejado "bien cansado, é enojado, é mareado, é quito de toda ufanía", hubo de pleitar con los mercaderes en cuyas manos había confiado un depósito. Afortunadamente,

---

[215] F. Fabri, t. IV, p. 203.

[216] P. W. de Guglingen, pp. 175-177.

[217] R. G. de Clavijo, p. 80.

[218] Ver *Naves*. R. da San Severino, pp. 180 y ss.

su relación con el dux y con importantes señores, permitió que solucionara su problema, cobrara sus dineros con costas por el daño sufrido[219].

Este viajero experimenta en diversas ocasiones problemas análogos. Desde Arras vuelve a Brujas "é por quanto yo avía puesto allí çierta moneda en el cambio, ove de requerir á los que lo tenían, é fallé que todos los mercaderes eran ydos á la feria de Anvéres"[220]. De camino, le sucede algo parecido a lo que acabamos de mencionar. Llegado a Venecia, buscó al mercader a quien había dejado todos sus efectos. Afortunadamente, en este caso, el depositario arriba poco antes de la partida de su amigo para Sevilla[221].

Tampoco Casola ha llevado todo el dinero necesario consigo desde Milán. Parte desde Padua con uno de los correos de los mercaderes milaneses. Se hizo acompañar hasta Venecia, allí se dirigió a las casas de los mercaderes "porque yo tenía letras [de cambio] "que le proveerían de la suma apropiada para cumplir el viaje[222].

El dinero servía para huir de las asechanzas que surgían a cada revuelta del camino. Dice Sigoli, en marcha por el desierto, que el intérprete y los camelleros extraviaron el rumbo. Encontraron entonces gentes de a caballo y de a pie a quienes hubieron de entregar quince florines de oro, además les quitaron otras cosas por un valor de seis ducados de oro. De manera que, en total, perdieron veintiún ducados de oro[223].

Las desdichas por falta de recursos se hacían palpables en el caso de religiosos que viajaban con muy poco dinero o totalmente desprovistos. Fray Niccolò da Poggibonsi habla en su crónica del episodio que le toca protagonizar. Llegados a Jerusalén fueron conducidos ante el gobernador de la ciudad quien les pidió tributo en nombre del sultán. "Le hicimos decir a través de nuestro intérprete —agrega el fraile— que nosotros éramos pobres, que no teníamos dinero y que, como los frailes de Monte Sión, no llevábamos ni oro ni plata". Ante tales palabras el intérprete es castigado mientras el fraile es retenido por los esbirros del gobernador. La escena se desarrolla en medio de la violencia de los musulmanes y del temor del fraile ("allora non potevo stare ritto per la paura"). Por fin, lo conducen a Jerusalén, apresado, el intérprete le dice que lo llevan a prisión. Afortunadamente, de camino encuentra a un cristiano de Chipre a quien fray

---

[219] P. Tafur, p. 12.

[220] *Ib.*, p. 257.

[221] *Ib.*, p. 291.

[222] P. Casola, p. 124.

[223] S. Sigoli, pp. 128-130.

Niccolò había traído cartas. Al verlo en esa situación y al conocer la causa se comprometió a pagar la suma exigida, 72 dracmas que según el cálculo de fray Niccolò correspondían a cuatro florines por cabeza[224].

Pero no concluyeron aquí las desdichas del fraile. En otras oportunidades sufre análogas exigencias. Se encuentran en Thenesi, ciudad sobre la ribera del Nilo. Como la galera no podía entrar, el patrono llenó una barca de sarracenos para que lo ayudaran. Estos, que eran unos treinta, todos desnudos y negros, al punto que parecían diablos, atemorizaron a los viajeros. Es expresiva la palabra que emplea el narrador para indicar el estado de ánimo que se traslucía en sus rostros: "Gialli gialli" ("palidísimos"). Fueron así llevados al puerto ante el gobernador, quien les preguntó si tenían dinero para tomar el derecho de peaje "según su costumbre"[225]. Se liberan de la imposición "pues dinero no llevábamos ya que nuestra regla no lo permite".

Las exigencias de regalos acompañan a Giovanni del Pian del Carpine durante todo el trayecto que debe cumplir para entrevistar al Gran Khan[226]. Ya en el primer puesto de tártaros, luego de haber aclarado su condición de embajador, se le proporcionó caballos de alquiler y un guía. "Luego nos pidieron regalos, que les dimos: era importante hacer lo necesario de buen grado".

Por eso se alegra al anotar, refiriéndose al rey de Bohemia: "nos pagó los gastos en todas sus tierras y ciudades"[227].

Las visitas a los Santos Lugares llevan implícito pago y, a veces, compensaciones extras, coactivamente exigidas.

De camino, uno de los compañeros de fray Félix, Bernardo de Breydenbach, cae enfermo. Como era habitual en esos casos, se lo transporta en una canasta[228]. En un determinado momento baja de ella para atender una necesidad. Al volver a su canasto y unirse a la caravana, se dio cuenta que su dinero había desaparecido a pesar de las precauciones con que lo transportaba: "había desaparecido del saquito en el cual lo había colocado y que había cosido al cinturón con que se ceñía durante la noche a fin de conservar este dinero en un lugar seguro". Era una gran cantidad de ducados por lo que todos los compañeros se pusieron a buscar afanosamente aunque pensaban que algún árabe los había substraído. Al no encontrar la suma perdida, enfrentaron muy agitados a los camelleros y borriqueros. Por fin, mientras tan enojosa situación se prolongaba, un árabe —que se

---

[224] N. da Poggibonsi, pp. 9-10.
[225] *Ib.*, p. 225.
[226] G. del P. del Carpine, p. 163.
[227] *Ib.*, p. 160.
[228] F. Fabri, t. III, p. 543. Ver *Enfermedades*.

había agregado al grupo la noche anterior— se aproximó al guía para decirle que el dinero se había encontrado[229].

Todos esquilmaban a los viajeros y la bolsa de paciencia había de estar siempre unida a la que llevaba los dineros.

Fray Félix y sus compañeros se encuentran en El Cairo, antes de emprender la navegación por el Nilo. Se alojan en casa del trujamán Tanguardin —residencia obligada y coactiva— se quejan del enojo del huésped a un mameluco, éste los aconsejó: "Si queréis tener un patrón amable y si deséais partir en paz, abrid las bolsas, sacad el dinero, [entregad] una suma mayor que el precio solicitado por el alojamiento y dad prontamente y de buen corazón prueba de benevolencia por medio de un "adiós" [suma de dinero] para sus esposas, gentilezas y propinas para todos los intendentes de la casa".

Los viajeros aceptaron el consejo aparentemente de buen grado: "Luego que hubimos escuchado esto, con los rostros sonrientes pero con los corazones graves y tristes, apilamos un buen número de ducados"[230].

Tanguardin no sólo aloja a los viajeros sino también les proporciona las posibilidades de navegación por el río. Al despedirse del trujamán, fray Félix anota: "Nos instalamos en la barca, dichosos de haber podido salvar nuestra piel de este desollador, aun cuando nuestras bolsas se encontraban bien aligeradas. Más ligeras hubieron de verse en el transcurso por el Nilo pues fueron víctimas de una estafa. Al intentar desembarcar en el puerto de Roseta, los marineros les prohibieron tomar sus pertenencias puesto que declararon que no habían sido pagados. En verdad, los viajeros habían entregado esa paga al trujamán Tanguardin quien, evidentemente, la había guardado para sí. A pesar de las protestas y de los airados gritos que se cruzaron de una y otra parte, los europeos hubieron de pagar nuevamente el viaje[231].

En otro momento comprueban que, a veces, los cálculos que se hacen sobre los datos proporcionados por los anteriores peregrinos son incorrectos o, tal vez, se ven transformados por la mala fe de trujamanes, guías y transportistas.

Al llegar a Alejandría, el trujamán de la ciudad les exigió el pago de un tributo que comportaba el salvoconducto y la libertad de deambular por la ciudad. Cada peregrino había de pagar trece ducados.

Asombrados, los viajeros le dijeron que, según las "memorias de los

---

[229] F. Fabri, t. III, p. 544. Cf. con P. W. de Guglingen, p. 216.

[230] F. Fabri, t. IV, pp. 106-107.

[231] Fray Félix utiliza una palabra —*excoriatore*— que significa *desollador* pero que también puede traducirse por *estafador*. F. Fabri, t. IV, p. 108.

peregrinos que habían llegado allí antes que nosotros, no habíamos visto [que se pagara] más de seis ducados por persona". El trujamán desoyó las quejas y respondió a las reclamaciones con agresividad: "No me importa nada de vuestras memorias, yo me atendré a las instrucciones de mi registro. Pensad, en pagarme, pues, sin más discusiones..."[232].

De camino por el desierto, fray Félix y sus compañeros sufrían las agresiones de los conductores de sus cabalgaduras y de los cargadores quienes dejaban caer constantemente los objetos a fin de que los peregrinos les pagaran para que los recogieran. Tan frecuente se hizo la astucia que los viajeros, que al principio pagaban, luego simplemente ordenaban que levantaran lo caído.

La partida de los peregrinos del monte Sinaí reflejó agudamente la mala voluntad de quienes los servían, los camelleros descargaban los odres llenos de agua que los viajeros habían ubicado antes de partir. "Y no sin propinarnos golpes, nos tratábamos mutuamente de la peor manera, con grandes gestos furiosos".

Para pacificar la situación y cargar los odres hubieron de entregar un salario suplementario a los camelleros.

Pero los extranjeros eran burlados una y otra vez. Apenas se habían puesto de acuerdo sobre la compensación se reprodujo nuevamente la enojosa situación.

Uno de los cargadores había dejado en tierra, *ex-profeso*, un lecho de campo y una cesta. "El camellero rehusó cargarlo [al lecho] sobre el camello hasta tanto no le hubiera dado dinero"[233].

Por tanto, se hacía verdad la aseveración de fray Félix: "Teníamos pues, sin cesar, abiertas las bolsas, era necesario para librarnos de vejaciones"[234].

Cuando los viajeros llegan a Mataria, los camelleros pidieron licencia para volver al desierto, a su residencia habitual, puesto que habían concluido sus servicios. A pesar de todos los malos ratos que les habían hecho pasar, fray Félix tiene palabras de consideración para "esas pobres gentes" que así "volvieron a su miseria con sus camellos". Pena y alivio se mezclaban en esta partida puesto que había sido una compañía tan necesaria como enfadosa: "Su partida nos causó tristeza pero, en mayor medida, una gran alegría, como si nos hubiésemos liberado de un gran fardo y de una pesada carga"[235].

Pero no solamente los camelleros, los guías, los naturales de las regiones

---

[232] *Ib.*, t. IV, p. 152.
[233] *Ib.*, t. III, p. 510.
[234] *Ib.*, t. III, p. 508.
[235] *Ib.*, t. IV, pp. 2-3.

por donde pasaban esquilmaban y exigían dinero a los viajeros. También los monjes del convento de Santa Catalina pedían: "nos solicitaron, sin vergüenza alguna, un 'adiós' en dinero"[236].

En verdad, todo es motivo de pagos extra. La llegada de los peregrinos a Mataria los ejemplifica claramente. En esa aldea existía un jardín de bálsamo que los viajeros deseaban conocer. Al acercarse, vieron a los habitantes cerrar las puertas "pero se dieron cuenta de que abríamos nuestras bolsas; incluso antes de haber visto el dinero, abrieron ampliamente el portal"[237].

Fray Félix cuenta cómo, visitando la caverna del Monte Sión y la fuente de la Virgen María vieron llegar hasta ellos a "un sarraceno salvaje, [profiriendo] grandes gritos, enormemente irritado, expresando esto en su voz, en su rostro y en la ira de su ánimo, se dirigía hacia nosotros desde la cueva para que no descendiéramos a las aguas". Se produce una disputa de hecho entre un lombardo y el sarraceno. Ante tan peligrosa situación, otros caballeros ofrecieron algunos denarios al musulmán quien "apenas vio los denarios, se mudó en otra persona, pues su rostro se serenó y su voz se hizo más suave y sus actitudes se apaciguaron y se consagró con alegría a nuestro servicio"[238].

Los dineros eran necesarios para poder sobrevivir. Llegado Rubruck a la región dominada por el sultán de Turquía, el gobernador les informó que había recibido órdenes de no dar alimento a ningún franco o a embajadores del rey de Armenia y del emperador de Nicea, Juan III Ducas Vataces. Por consiguiente, los frailes hubieron de comprar lo necesario para subsistir. En esa última parte de su viaje fray Guillermo de Rubruck se ve constantemente importunado por el guía quien pide regalos sin cesar. Todas estas circunstancias llevan al narrador a cerrar su exposición diciendo que, quien vaya como embajador a la región de los tártaros, ha de ir provisto —entre otras cosas— "de mucho dinero para gastar"[239].

Pero estar abundado de dinero también implicaba el riesgo de ser robado en cualquier ámbito. Fray Félix Fabri —siempre propenso a la anécdota— narra lo que sucediera en una hospedería de los Alpes réticos. Allí encontró a un grupo de buscadores de plata "que jugaban, bebían y se dedicaban a las voluptuosidades". Fray Félix —desconfiado de tan poco tranquilizador concurso— pidió una cámara privada para reposar. Al día siguiente, al despertarse, asistió a un gran tumulto en la posada, pues dos carreteros habían sido robados. Los mineros les habían sacado las bolsas

---

[236] *Ib.*, t. III, p. 509.

[237] *Ib.*, t. IV, p. 2.

[238] *Ib.*, t. I, pp. 415-416.

[239] G. de Rubruck, pp. 356-360. Ver *Personajes. G. de Rubruck.*

que contenían sus dineros y que ellos habían colocado bajo su nuca. El fraile abandonó la posada —siguiendo su camino hacia Innsbruck— temeroso de que alguien lo asaltase, "pero nada malo me ocurrió"[240].

A veces, los viajeros imprevisores o aquellos que se dejaban llevar por sus pasiones —como los jóvenes que, según fray Félix se veían arrastrados por el juego— se encontraban a merced de la bondad de sus compañeros[241].

Los relatos de los viajeros están plenos de quejas sobre la avidez de los oficiales encargados de cobrar los peajes o de las poblaciones que —sin tener razón para ello— los exigían a los viajeros.

Habla Adorno de la ciudad de Tiberíades. "La ciudad no vale gran cosa y sus habitantes, que son pérfidos y ávidos de percibir los *gaphyrs* o teloneos, despellejan admirablemente a los viajeros". En el trayecto desde el mar de Galilea a Damasco, dice el mismo narrador, que "Elías, nuestro intérprete y nuestro guía llamado Abbas nos desplumaron tanto como pudieron a favor de las circunstancias, por medios y astucias diversas, nos atormentaron de muchas maneras y nos obligaron, constreñidos y forzados, a darles dinero"[242].

Enfermedades

Con las muchas penurias sufridas en los caminos, ya fueran marítimos o terrestres, estos embajadores, estos peregrinos, estos viajeros lógicamente habían de caer enfermos, a veces dejaban la vida en la empresa. No siempre la enfermedad estaba determinada por las condiciones del viajero pero sí en la mayor parte de los casos.

En algunas ocasiones, el camino se emprendía aun con la salud quebrantada, impulsados los viajeros por la fe y el ansia de visitar los lugares santos. Frescobaldi llegó a Venecia para embarcar a Tierra Santa. "En este lugar caí enfermo de fiebre continua y dos tercianas". Más adelante anota: "el tiempo de la partida se acercaba y los médicos se rehusaban a darme permiso para embarcar". Incluso decidieron, en consulta con otros poderosos mercaderes florentinos, que Frescobaldi habría de retornar a Florencia. La decisión del viajero se mostró inquebrantable, diciendo que no tentaba a Dios sino se colocaba bajo su protección. Ante tan férrea determinación, el patrono de la embarcación en que debían navegar hasta Alejandría le ofreció su cabina. Los médicos le señalaron un régimen de comidas y las

---

[240] F. Fabri, t. I, pp. 68-69.

[241] *Ib.*, t. I, p. 166.

[242] A.-J. Adorno, pp. 318-321.

medicinas apropiadas y gozó de un lecho "como el que tenía en mi cuarto en Florencia".

Luego, durante el trayecto, la fiebre lo asaltará nuevamente. Se hallan en Modón y, mientras permanecieron allí, "siempre tuve fiebre y comí pollo majado"[243].

Al parecer los patronos preveían las enfermedades de los viajeros embarcados en su navío y, para ello, incorporaban a su tripulación a quien pudiera atenderlos. Podemos suponer, sin embargo, que no siempre quienes tenían esta misión estaban capacitados para llevar a cabo su cometido.

En la galera en que regresaba a Venecia Roberto da San Severino y su grupo, el encargado de los cuidados médicos era un barbero, llamado Marco Schiavo quien había estado al servicio de Venecia para "medicare li amorbati" en los pasados años en que la peste había azotado a la ciudad "et adesso era salariato dal patrono de la dicta naue per quello viagio, come comuniter solano hauere tuti li altri patroni di naue o galee, che vano in viagio".

Lamentablemente, las capacidades del maestro Schiavo no eran muchas. Tal vez —supone da San Severino— tenía experiencia en curar heridas "ne haueua assay bona experientia, secondo vsanza de barberi" pero evidentemente sus conocimientos médicos no eran muy extensos ("senza scientia alchuna ui cyrorgia, ma de physica"). Roberto da San Severino piensa que, para curar enfermedad de fiebres, tenía tanta ciencia y estaba tan preparado "quanto vno asino del sonare de Ghitarino". En verdad, este barbero-médico prescribía siempre un solo y único electuario para toda clase de fiebres "fusse che febre se volesse, et fusse dicto infirmo de che natura et compressione se fusse..."[244].

El esfuerzo físico que implicaba el viaje está expresado por un pasaje de Juan Adorno[245]. Ya de vuelta, los Adorno dejaron en Pisa los caballos de que se habían servido en el último tramo del camino. Los entregaron a un mercader florentino para que los vendiera o los guardara. Tres de los cinco caballos murieron unos veinte días después de haberlos vendido. "Yo creo que fue la consecuencia de las fatigas" y de haber tenido que atravesar las

---

[243] L. Frescobaldi, pp. 34-37.

[244] R. da San Severino, pp. 200-201. A este personaje ridículo podemos contraponer la capacidad real que, de ordinario, correspondía al médico de a bordo. Por lo general, conocía también astrología y astronomía "tanto como el oficial de ruta. En Venecia no existía una neta distinción entre los cirujanos, expertos en el tratamiento de las heridas, y aquellos que eran llamados 'medici' porque estaban calificados por sus estudios para prescribir medicamentos o sea para practicar la medicina interna". No sólo en Venecia sino, en general, se diferenciaban ambas especialidades. Lane, *Storia di Venezia*, ed. cit., p. 397.

[245] A.-J. Adorno, p. 465.

colinas y montañas pedregosas de la región de Génova, puesto que los caballos eran de fuerte talla y, por tanto, poco aptos para tal camino.

Santo Brascha relata su regreso a la galera, luego de su amable visita a la ciudad de Nicosia[246]. Al volver encontraron a otros peregrinos muertos, según dice "debido al pésimo aire que reina en esta isla". Los restantes estaban todos enfermos, parecían intoxicados y el narrador diagnostica que padecían "fiebre frenética". Al parecer, estaban alterados pues narra la actitud de varios caballeros alemanes que habían actuado fuera de sí. Uno de ellos se hirió con su propio cuchillo y murió, al cabo, de esas heridas. Otro quiso hacer lo mismo y tuvieron que atarlo hasta que murió. Un oficial de la galera quiso arrojarse al mar pero pudieron retenerlo. El mismo Santo Brascha sufre durante seis días de fiebre continua y alta. A estas desdichas se agrega el calor extremo que hace que el agua se corrompa ("se puso podrida, pestilente y con gusanos dentro, de tal modo que no fue conveniente hacer la sopa de pan con esa agua"). Ni siquiera el agua cocida se salvó de la descomposición[247].

En Rodas quiere ver la destrucción de la ciudad realizada por los turcos. Tiene que hacer la visita cabalgando porque se encuentra aun muy debilitado por la enfermedad[248].

Al llegar de regreso a Venecia, se detiene algunos días "encontrándome cansado por el trayecto hecho desde Parenzo a Venecia en esa pequeña y vacilante barca"[249].

En todos los momentos, en todos los trayectos, la palabra que estampan constantemente los viajeros en sus cuadernos de viajes o en sus narraciones es *cansados*.

Frescobaldi al alcanzar el monte Sinaí dice que llegaron cansados[250]. Al regresar a Jerusalén anota: "tarde, ese mismo día y cansados, alcanzamos Jerusalén".

Al final del tránsito que los había llevado hasta el monasterio de Santa Catalina, fray Félix estampa estas palabras: "Por todo el oro del mundo no hubiéramos aceptado permanecer quince días más en el desierto aunque hubiera sido necesario, a tal punto nos parecía imposible soportar por más tiempo esta fatiga"[251].

El cansancio, las temperaturas extremas, las alternativas de la navega-

---

[246] S. Brascha, p. 119.

[247] *Ib.*, p. 120.

[248] *Ib.*, p. 122.

[249] *Ib.*, p. 126.

[250] L. Frescobaldi, p. 57.

[251] F. Fabri, t. III, p. 545.

ción o de la marcha contribuían a llevar a los viajeros a estados de postración. Juan Adorno habla de cómo embarcan en el puerto de Pisa para arribar con premura a Génova. Esa necesidad de llegar, los determina a hacerse a la mar aunque no esté en calma. Por supuesto, la tormenta los acompaña en toda la travesía. La fuerza de sus embates los dejó enfermos, sobre todo porque habían alquilado una barca pequeña y ligera. Se duele Juan Adorno de que Martino da Rapallo, el patrono de la embarcación, fuera el único en aprovechar las provisiones, alimentos y vino que habían cargado a expensas de los viajeros. Poco más allá, da detalles de los malestares que el viaje de mar le proporcionara. Llegan por mar a Rapallo y tienen que refugiarse en su puerto en razón de la tempestad, "que aumentara cada vez más, al punto que me fue imposible orinar, hecho que me causó un vivo dolor. Pero, apenas bajamos a tierra, inmediatamente oriné"[252].

En otro momento anota el mismo viajero que, de camino al monte Sinaí, su padre estaba tan enfermo que permanecía sentado o acostado en el cesto en que iba sobre el camello. Debido a sus condiciones físicas cayó de su montura, sólo logró salvarse del golpe mediante el auxilio de su hijo y de su compañero, Juan Gausin[253].

Bernardo de Breydenbach —uno de los ilustres compañeros de fray Félix— "había sido transportado a través de todo el desierto a lomo de camello, en un canasto, a causa de su delicadeza y de su debilidad"[254].

En un alto de su viaje por el desierto, fray Félix nos dice que, luego de comer, sacaron a los enfermos de los canastos de los camellos pues era preferible que descendieran la montaña a pie[255]. Fue una buena precaución puesto que uno de los animales —que iba cargado— cayó. Se perdió su carga —medicamentos— pero de haber llevado en sus cestos algún enfermo, mayor hubiera sido el daño.

El mismo narrador anota en qué estado llega a Venecia, de vuelta de su primera peregrinación[256]. Permaneció en la ciudad porque se sentía enfermo. No guardó cama pero "no pude caminar ni cabalgar hasta que estuve sano". Durante quince días, fray Félix permanece en Venecia en manos de médicos.

La situación de los viajeros enfermos —en la nave o en tierra— era siempre penosa, no sólo por el agobio mismo de la enfermedad sino,

---

[252] *Ib.*, t. I, pp. 466-469.

[253] *Ib.*, t. I, pp. 476-477. Ver *Los caminos terrestres. Fauna exótica. El camello.*

[254] F. Fabri, t. III, p. 543.

[255] *Ib.*, t. II, pp. 155-157.

[256] *Ib.*, t. I, p. 58.

también, porque no podían acudir al cuidado de su persona y a su subsistencia.

La condición de desvalimiento en que vivía el peregrino —como todo individuo que se desprendía de su ámbito habitual— se agravaba ante la enfermedad. Por ello, los viajeros preferían no intentar solos ningún camino. En caso de enfermedad podían así ser socorridos por sus compañeros, por sus connacionales, por sus amigos.

Los grandes señores se precavían llevando servidores que acudiesen a ellos en todo momento.

Al partir del puerto de Acre hacia Venecia, Roberto da San Severino y sus nobles compañeros emprenden el peregrinaje asistidos por varios servidores, tres llevaba el señor da San Severino, dos, Giovanni Mateo Butigella, cortesano ducal, Giovanni Martino da Parma, médico, llevaba uno solo, Carlo Bosso, cortesano de la duquesa de Milán, dos.

Cuando comienza el viaje de regreso, no sólo se encuentran enfermos Roberto da San Severino y el señor Giovanni Mateo sino también todos los servidores. Uno de éstos "tanto temeua el mare et ogni picholo mouimento de esso mare, o vero de la naue, che, como furon ad la vella, se infirmò anchora luy", por tanto, no podía servir a los demás ni a sí mismo. Había quedado en pie un solo servidor, Martino Todesco "el quale solo bisognaua gli facesse la cuxina, gli aparechiasse lo mangiare, lo dormire, et gli facesse de l'altri servuitij, che gli acadeuano et erano necesarij a loro et ad li altri famigli infirmi...".

Por fin, triunfó la buena naturaleza "se adiutarono quanto se pono et poterono, et furono lor medeximi l'infermi et li medici et che se curarono se stessi"[257].

El largo camino que debieron enfrentar los embajadores enviados por Enrique III de Castilla prueba, de manera extraordinaria, la resistencia de los viajeros. Varios de ellos murieron en la empresa. Anota Clavijo que "el maestro en theología e gomes de Salazar eran muy dolientes; e Ruy gonçales se sentía estonçes vn poco mejor; e pieça de Su gente delos dichos enbaxadores se sentían eso mismo dolientes; e este señor les enbió dezir que por [que] aquellas gentes eran muy dolientes, e que non peresçiesen enl camino que era luengo, quela dexasen ally"[258].

El 20 de julio llegan a Bastan. Un delegado del emperador los estaba esperando, les hizo enviar viandas a su posada puesto "que venían dolientes". Los embajadores solicitaron que se les permitiese permanecer allí pero el representante de Timur no se atrevió a retardar la llegada de los

---

[257] R. da San Severino, pp. 202-203.

[258] R. G. de Clavijo, pp. 120-121.

enviados a la corte. Por consiguiente, hubieron de partir pero "estauan tan flacos que eran más açerca dela muerte que dla vida"[259].

Como cabalgar les pesaba y casi no lo resistían, se colocaron unas maderas sobre los arzones, sobre éstos, almohadas y así cabalgaron "echados de pechos".

En verdad, estaban muy enfermos los miembros de la comitiva puesto que el 27 de julio murió Gómez de Salazar. El grupo había llegado a Nixaor (Nischapur) pero el enfermo había quedado "en vna aldea que non podía andar". Estaba tan abatido que hubieron de enviar por él y lo llevaron en parihuelas ("fezo fazer vnas andas"). Se le proporcionaron físicos "e quiso dios E ouo de finar aquí el dicho gomez"[260].

Fray Félix dice que el aire de Chipre se consideraba nocivo para los alemanes. Precisamente él realiza —por demora de la nave— una breve excursión al interior de la isla. En ella fue acompañado por algunos peregrinos pero otros se quedaron en la galera puesto que temían el aire del lugar, perjudicial, como decimos, para los alemanes "a menos que no sean de buena complexión y fuertes"[261].

Pero, evidentemente, la región no sólo era malsana para los teutones sin también para los peregrinos de otras nacionalidades. El señor d'Anglure alude a Chipre como "tierra malsana y que enferma a las gentes que no tienen costumbre de habitar en ella, pues allí se extiende una especie de fiebres que fácilmente atrapan a las gentes, de las cuales pueden morir, a menos que tengan la gran fortuna de librarse de ellas".

No tuvo tal suerte el señor Simón de Sarrebruck. Al comienzo lo atacó una fiebre leve, luego los accesos se fueron sucediendo hasta que hubo de entregarse a manos de los médicos, "se regía por el consejo de los médicos de la ciudad que decían a todos los señores peregrinos que lo visitaban durante esta enfermedad que el mencionado señor no tenía nada que pudiera acarrearle la muerte y lo mismo decía el mencionado señor, tanto a ellos como a sus gentes, que no se sentía demasiado mal, sólo que no podía dormir con tranquilidad". Tan mejorado se vio que ordenó que se preparara una litera para ser llevado a Limassol, pero de improviso, fue asaltado por un gran dolor de cabeza y un calor muy grande y pronto rindió su alma al Señor[262].

La muerte que sorprendía al viajero tan lejos de su patria, lo condenaba a una sepultura remota, a menos que no interviniera su familia.

---

[259] *Ib.*, pp. 124-125.

[260] *Ib.*, pp. 129-130.

[261] F. Fabri, t. I, p. 178. Ver *ut supra*.

[262] O. d'Anglure, p. 86. Ver también *Posadas*.

Un noble caballero, el conde de Solms, murió en Alejandría. Dos narradores recogen las alternativas de su muerte: fray Félix Fabri y fray Paul Walther de Guglingen. Este era su confesor y detalla en mayor medida las características y síntomas de su dolencia, preocupándose, además, por indicar la piedad de su ánimo hasta el fin[263].

Lo que nos interesa es que fue sepultado en la iglesia de San Miguel de esa ciudad luego de ofrecérsele un funeral en que los cristianos hubieron de sufrir agresiones por parte de los musulmanes. Nos extraña que señor tan importante haya sido depositado tan lejos de su patria. Fray Félix también se muestra perturbado: "Yo hubiera preferido que su cuerpo reposara hoy en el túmulo de sus antepasados o hubiera sido confiado a las ondas puras del mar antes que ser inhumado en una iglesia que, para mí, era sospechosa por muchos motivos y en una tumba abominable, no por sí misma, sino por la condición de los servidores de esta iglesia"[264].

En muchas ocasiones, la muerte en el mar, lejos de puerto, de tierra próxima y accesible imponía —como vemos— el lanzamiento del cuerpo a las aguas. Pero, en otros casos, era posible que se trajera el cadáver para que descansara entre los suyos. En Damasco murió Andrea de micer Francesco Rinuccini, compañero de Frescobaldi. Fue sepultado allí con pactos de depósito. Si sus hermanos deseaban sus restos habían de pagar una suma de dinero "que fue prometida por Andrea di Senibaldo da Prato, agente de los Fortinari en Damasco"[265].

Paul Walther de Guglingen se encuentra en Alejandría cuando muere Andrea Contarini, cónsul del *fondacco* de los venecianos, quien fue embalsamado y luego transportado a Venecia "en una capilla junto al mar fue eviscerado por medio de bisturíes, se lo llenó con materias aromáticas y se lo cosió nuevamente". La traslación del cuerpo de micer Andrea Contarini permite reflexionar al narrador acerca de la falacia de la aseveración que presumía que los cadáveres habían de lanzarse al mar puesto que la nave no podían sustentarlos. "Esto es verdad en lo que se refiere a los pobres que no pueden pagar una gran cantidad, por tanto sus cuerpos son arrojados al mar, en los casos en que la costa no se halle cercana".

Por tanto, a esos pobres se los envuelve en un sudario y se los echa al mar con piedras suspendidas a los pies[266].

El camino había de enfrentarse con buena salud puesto que, a medida que se desenvolvía, los acontecimientos previstos o inesperados, acumula-

---

[263] P. W. de Guglingen, pp. 144 y ss.; F. Fabri, t. IV, p. 199.

[264] F. Fabri, t. IV, p. 201.

[265] L. Frescobaldi, p. 87.

[266] P. W. de Guglingen, pp. 250-251.

ban fatiga, debilitamiento, molestias que hacían peligrar aun la mayor robustez. Vemos que, según se suceden las diversas etapas, es más difícil para muchos de los viajeros llevar el ritmo que el tránsito impone. En Gaza, antes de comenzar tramo tan duro como era el transcurso del desierto para llegar al monasterio de Santa Catalina, fray Félix y sus compañeros se encontraban casi todos enfermos, "nuestras tiendas permanecieron armadas, llenas de enfermos y su número era mayor que el de los sanos". Uno deliraba, otro, sostén hasta entonces de sus compañeros, "debió guardar cama, gravemente atacado. Yo mismo, sufriendo de migraña y de vértigos, ardía con una fiebre intensa en todo el cuerpo; sin embargo, no me acosté, sino serví a los enfermos mientras pude". Bernardo de Breydenbach había perdido la vista y el sentido a causa de la debilidad[267]. Al abandonar uno de los altos del camino, se levantan protestando; la fatiga del viaje comenzaba a hacerse sentir, especialmente para los enfermos[268]. Se suceden las alusiones a tan desdichada situación, "nuestros hermanos enfermos se quejaban de la fatiga y gemían"[269].

Esos enfermos retrasarán la marcha, pues solicitan a los sanos que los esperen[270].

El ascenso del monte Horeb presenta una difícil opción. El fraile franciscano que habría de guiarlo pasó revista a todos e, incluso, analizó las condiciones de cada uno de los peregrinos "prohibió absolutamente que nos acompañaran aquellos a quienes juzgó demasiado débiles pues, según dijo, el camino era duro y penoso incluso para gentes sanas". A pesar de ello, muchos peregrinos, aun enfermos, se negaron a permanecer a la espera de sus compañeros.

El monte de Santa Catalina sólo es intentado por diez peregrinos, los más robustos. Tal ascensión implicaba un enorme esfuerzo, al punto que uno de los caballeros se derrumbó. "Quebrado por esfuerzo tan violento", no pudo avanzar más cuando intentaba superar una pendiente durísima. Se encontraban en la mitad del ascenso, sus compañeros lo alentaron e intentaron ayudarlo pero se les caía una y otra vez. Por tanto, se optó por colocarle una especie de pañuelo alrededor de la cintura "unos lo tiraban del mismo, mientras que otros, tomando sus manos, lo arrastraban por los brazos, un tercer grupo, detrás, lo empujaban hacia la cima".

La alcanzaron por fin pero al esfuerzo lógico del ascenso se agregó la ayuda que brindaron al caballero, tarea "que nos agotó a todos"[271].

---

[267] F. Fabri, t. III, p. 375.

[268] *Ib.*, t. III, p. 427.

[269] *Ib.*, t. III, p. 439.

[270] *Ib.*, t. III, p. 453.

[271] *Ib.*, t. III, p. 461.

En la segunda ascensión al monte Santa Catalina la marcha es sumamente lenta, ritmo que imponen "las gentes débiles y los enfermos"[272].

Tan grande había sido el esfuerzo que había demandado el ascenso al monte de la Tentación que los peregrinos a veces no podían sostener las riendas a causa de su debilidad. Muchos de ellos caían en tierra y allí permanecían hasta que los musulmanes los recogían.

A pesar de todas las oposiciones que las mujeres peregrinas habían encontrado de parte de los hombres, eran las más resistentes, esas ancianas se mostraban más fuertes que los varones, realmente "infatigables".

"Si alguien estuviera en nuestra compañía, no encontraría ningún hombre fuerte, todos estaban quebrados por los trabajos y extenuados por la falta de comida, en cambio ninguna mujer estaba enferma, ninguna suspiraba, ninguna gemía a causa de los trabajos..."[273].

La dieta extraña, el régimen alimenticio irregular determinaba malestares en los viajeros.

En el monte Sión fray Félix es presa de altísima fiebre. Atribuye su dolencia a los melones —dulcísimos y carnosos— que había comido. A pesar de la extrema debilidad en que cayó, descendió del monte pues tuvo noticia de que algunos de sus compañeros, que habían quedado en Jerusalén, también se encontraban enfermos "y permanecí todo el día con ellos"[274].

Las extremas temperaturas que los viajeros habían de soportar los hacían desfallecer y, muchas veces, los enfermaban. De regreso de Jerusalén, luego de bañarse en el río Jordán, fray Paul Walther y sus compañeros fueron agredidos por un despiadado sol al punto que "muchos comenzaron a enfermar". Por tanto, hubieron de quedar en el camino[275].

Aunque fray Paul puede continuar su marcha, lo hace en estado de extrema debilidad, temiendo "exalare spiritum" ("exhalar el espíritu").

Suponemos que tal frase constituía un lugar común, un recurso literario, un *topos* o que el temor que determinaba la soledad, la lejanía de la patria o de la familia acrecía la dolencia a los ojos de los enfermos, dando a cada episodio visos de trance fatal.

Fray Paul estampa las mismas palabras cuando en Belén lo acometió "colica passione"[276], con tal severidad que lo atormentó durante tres días y tres noches, al punto que creyó también entonces exhalar su espíritu.

---

[272] *Ib.*, t. III, p. 463.

[273] *Ib.*, t. III, pp. 79-80.

[274] *Ib.*, t. III, p. 115.

[275] P. W. de Guglingen, p. 121.

[276] *Ib.*, p. 136.

De camino por el desierto, las rodillas de fray Paul comenzaron a hincharse enormemente "y diariamente crecía el tumor pero no logré médico ni consolación". También en esta circunstancia "timui perire" ("temí morir")[277].

De regreso a Venecia —durante la navegación— el monje es acometido por "colicam passionem", helados sudores lo asaltaban, también se helaron sus miembros. En esa circunstancia, "pensaba que me moría", "no veía ante mí sino la muerte", doliéndose más de la ausencia de un sacerdote que de la de un médico. En verdad, también aquí aparece alterada y exagerada la gravedad de la dolencia puesto que cede ante una purgación que se le suministra "et in duabus horis convalui" ("y en dos horas convalecí").

En general, la navegación enfermaba a los viajeros y, si regresaban salvos luego de una peregrinación o largo viaje, no desembarcaban demasiado sanos. Al zarpar de Tierra Santa para regresar a Occidente, luego de cumplida su primera peregrinación, fray Félix dice: "Cuando llegamos al mar estábamos casi todos enfermos por los trabajos, el calor, las vigilias y las penurias". En tal estado entraron en la nave que fue "casi un hospital repleto de hombres míseros y enfermos". En ocasiones, algunos se encontraban tan mal que no podían continuar el viaje. Ya hemos visto la situación del monje compañero de fray Guillermo de Rubruck, quien prefiere quedar en una tierra hostil y extraña como era la región de los mongoles antes que intentar el regreso a través de un inhóspito desierto. En el viaje de retorno descripto por fray Félix nos dice que en Chipre debieron dejar a los peregrinos más débiles. Los más sanos descendieron para realizar una visita a Nicosia, sede del reino de Chipre. Al volver del recorrido, encontraron a muchos peregrinos difuntos, otros en agonía, a algunos agravados. Habían empeorado en gran medida puesto que no tenían servidores que los atendieran. Ya hemos mencionado a las señoras ancianas que habían provocado el rechazo de algunos nobles al embarcar en Venecia quienes consideraban desdoroso realizar el viaje en su compañía. "Dios los confundió" pues ninguna de ellas estaba enferma y, además, sirvieron a los dolientes: "iban por la galera de uno a otro enfermo y servían a quienes las habían escarnecido, mientras éstos estaban postrados en sus lechos".

De camino, llegan a su fin las vidas de varios caballeros que tuvieron que ser arrojados al mar unos, otros pudieron ser enterrados en el litoral de Chipre[278].

Fray Niccolò da Poggibonsi llega a Venecia luego de su viaje. Al ver la ciudad, los peregrinos la saludaron dando gracias a Dios "con muchas

---

[277] *Ib.*, p. 196.

[278] F. Fabri, t. IV, pp. 199 y ss.

lágrimas, puesto que Jesucristo nos había liberado de muchos peligros tanto por tierra como por mar, al punto que sería cosa larga de escribir. Y en todos estos viajes sólo yo logré salvarme junto con un compañero. Y de los siete frailes que me acompañaron, todos murieron por el camino, salvo uno que llegó antes"[279].

Al dirigirse al monte Sinaí, Frescobaldi y sus compañeros encontraron una caravana de peregrinos franceses, entre ellos se contaban cinco que tenían espuelas de oro[280]. "Nos preguntaron cuántos de nosotros habían muerto. Yo repliqué que sólo uno". Este era un sacerdote que quedó en Modón, a unas mil millas de Venecia. En cambio ellos dijeron que veinte caballeros habían salido en su compañía y que habían muerto once, algunos habían sido enterrados en la arena.

Aun los viajeros menos parleros, que no nos dejan descripciones tan completas como fray Félix, hablan de los malestares de la navegación. Fray Mariano da Siena —al hablar de su partida de Tierra Santa, ya de regreso— afirma que, continuamente, sufría de mal de estómago[281].

Pero decíamos que los que no podían continuar el viaje debían quedar en el camino. Fray Félix habla de los que debieron permanecer en Rodas. "Dejamos en la ciudad a algunos buenos y probos caballeros que, puesto que estaban enfermos no podían continuar el viaje, entre ellos se contaba el señor Jeroteo de Ratzenhusen y un cierto Juan, que habían venido con nosotros desde Venecia y que habían sido alegres y buenos compañeros nuestros, por cuya separación nos sentimos perturbados. En la nave se establece una familiaridad amable y alegre, como ocurre en los estudios y en los baños y la separación muchas veces es penosa"[282].

Las enfermedades se producían tanto en el tránsito asiático como en el camino europeo. Pero Tafur atraviesa el marquesado de Moravia, para alcanzar Viena. Durante ese recorrido sufrieron grandes fríos y heladas, hubieron de atravesar dos ríos sobre carros "é estava toda el agua elada"[283]. Reflexiona "grandissimo trabajo es cavalgar por tal tierra en invierno" puesto que, por el frío se le cayeron todas las muelas y los dientes. Otras alternativas de salud ha sufrido con anterioridad en su recorrido asiático. Camino de Nicosia, se detiene en una aldea. Allí le acometió un gran dolor de cabeza que luego se extendió al pecho, al estómago, al vientre, a las

---

[279] N. da Poggibonsi, p. 157.

[280] L. Frescobaldi, p. 56.

[281] M. da Siena, p. 121.

[282] F. Fabri, t. I, p. 169.

[283] P. Tafur, p. 280.

caderas y a los muslos; así estuvo esa noche y el día siguiente hasta hora de vísperas "que pensava, si cada uno me turara tres oras, muriera"[284].

Aparte de las alternativas de salud de cada uno de los viajeros, existía para todos —de manera constante— el peligro de la extensión de las pestes a veces localizadas en determinados puntos del recorrido. La sospecha de casos de peste, sobre la nave o en las poblaciones que ésta debía tocar, determinaban muchas precauciones. Santo Brascha dice cómo, en viaje a Tierra Santa, un galeote comenzó a sentir los efectos de la peste que, evidentemente, había contraído en Venecia. El mal le atacó el brazo y murió, inmediatamente fue arrojado al mar con gran recelo del patrono y de los peregrinos que temían que el caso se repitiera. A la mañana siguiente se encontraron navegando sobre Zara[285]. Los peregrinos hubieran deseado hacer escala "pero nos abstuvimos a causa de la peste que cundía". Lo mismo les ocurre en Candia. El patrono toma las previsiones necesarias antes de que desembarquen los pasajeros, envía un esquife que, tripulado por el escribano, se dirigió a tierra para saber si no había peste. Al fin pudieron desembarcar puesto que llegaron a ellos muchos ciudadanos desde la ciudad para informarles que, si bien habían muerto unas 20.000 personas de peste, desde hacía un mes no había fallecido nadie y se podía entrar libremente[286].

Juan Adorno, al narrar las alternativas sufridas por los viajeros en el monte Sión y sus alrededores, dice que fueron hospedados por los franciscanos "humanitariamente", esto los confortó, alejaron de sí todos los temores, sólo uno persistió, el temor de la peste puesto que 18 o 19 días antes "casi cuarenta peregrinos —de los cuales cuatro habían sido nuestros compañeros hasta Rama— habían muerto súbitamente". "Esto nos hizo temblar de miedo puesto que no podíamos evitar residir en los mismos lugares en que esos peregrinos habían muerto y satisfacer allí todas nuestras necesidades naturales, pero la gracia de Dios vino en nuestro auxilio como en el caso de los demás peligros"[287].

Sabemos que Niccolò dei Conti es uno de los viajeros que mayor tiempo pasa en Oriente y que sufre los mayores extremos —al punto de tener que abjurar de su fe. En El Cairo, Conti pierde a su mujer y a dos de sus hijos debido a la peste[288].

No sólo en Oriente se cernía sobre los viajeros el fantasma de la peste. También en Europa. Pero Tafur desde Arras hubiera deseado pasar a París

---

[284] *Ib.*, p. 67.

[285] S. Brascha, pp. 54-55.

[286] *Ib.*, p. 62.

[287] A.-J. Adorno, p. 273.

[288] N. dei Conti, p. 160.

y a Rouen "é era tam grande la mortandat, que ove de dexar mi camino, é bolvíme á la çibdat de Brújas en Flandes..."[289].

El 16 de mayo de 1483 fray Félix y sus compañeros se encuentran en Venecia esperando la partida a Tierra Santa. Muy de mañana, puesto que los peregrinos todavía se encontraban en sus lechos, oyeron los llantos de la familia de su huésped. El señor Johannes —el hospedero— había muerto durante la noche. Algunos de los viajeros se preocuparon y considerando que tal muerte había sido determinada por la peste, alquilaron barcas y se marcharon a Padua y allí permanecieron unos días. Fray Félix y los que quedaron en Venecia se dirigieron a la iglesia de San Roque para invocar su protección contra el mal[290].

Accidentes

A veces los males físicos estaban determinados por pequeños o graves accidentes que se producían durante la navegación o camino haciendo.

Así por ejemplo, el descenso del navío se hacía por medio de barcas, había que tener el paso firme so pena de caer al agua o de sufrir otros inconvenientes. Fray Félix describe de qué manera debe realizar el viajero ese salto, que debe ser bien considerado puesto que, si no fuera así, caería "al lado de la galera y sería llevado por las olas". Como anota inmediatamente "éste es uno de los mayores y más frecuentes peligros para los peregrinos". Para las mujeres, tales desembarcos eran más penosos aún y más terribles se hacían cuando el litoral era rocoso y lleno de piedras[291].

Se encuentran en Rodas y deben descender y luego regresar a la embarcación. A las dificultades lógicas de ese traslado se añade —según dice el jocundo fraile— "la ingestión del vino crético, dulce y deleitable pero que provoca mareos". En este puerto, el trámite se veía facilitado por la existencia de escalones de piedra en el litoral "por los cuales era necesario descender para ir a la galera y entrar en la pequeña barca y, llegando junto a la galera, ascender por otros escalones a ella". Al parecer, el vino crético tenía en verdad la culpa de muchos desaciertos en este paso. Por lo menos, era más difícil evitar los accidentes a la tarde, de regreso a la galera, en ese momento era necesario acompañar a los viajeros desde los escalones a la barca y desde ésta a los lugares que se les había asignado en la nave.

Narra, al respecto, anécdotas graciosas. El siervo de algunos señores, cargado de panes y vino, provisiones para sus amos, "curvado por el peso",

---

[289] P. Tafur, p. 257.

[290] F. Fabri, t. I, p. 101.

[291] *Ib.*, t. I, p. 159.

intentó descender a la barca cuando, repentinamente, cayó al mar profundo. Por fortuna, los barqueros lograron rescatarlo pero "los panes y demás cosas que llevaba sobrenadaban y ya no servían para nada"[292].

La nave era lugar donde podían ocurrir numerosos accidentes debido a las incomodidades de desplazamiento, puesto que el accidente de que es testigo termina sin consecuencias dolorosas. Dice que un dálmata se quedó, una noche, charlando con un compatriota junto al hueco del descenso de la cámara de los peregrinos. De noche se retiraba la escala para descender. El dálmata no se dio cuenta de este detalle y cayó por el hueco. "Toda la galera tembló puesto que era hombre grande y gordo". Se levantó ileso de inmediato y, con lengua balbuciente, preguntó quién le había sacado la escalera de improviso porque había creído bajar tres peldaños. Las explicaciones se cruzan pero eso no acalla la indignación del golpeado dálmata. Fray Félix anota: "yo me reía muchísimo, sobre todo porque nada malo había pasado". Entonces el dálmata dijo: "Realmente creo, fray Félix, que tú sacaste la escala de mis pies, me vengaré". Reflexiona el dominico ante la cólera del accidentado dálmata: "Pero el sueño sanaba la debilidad que provocaba el vino crético en los hombres mareados e indispuestos". Piensa que este peregrino, sin vino, hubiera sufrido mayores golpes, probablemente en la nuca y se hubiera quebrado las piernas, "de ordinario los ebrios en los casos peligrosos son más afortunados pero no más prudentes"[293].

Los accidentes son frecuentes aunque suponemos que no siempre se trataba de ebrios. Dice fray Félix que, aun no desembarcados en Tierra Santa, llaman a almorzar, entonces, un sacerdote, "grave, honesto y añoso tenía su *cumba* al lado de la mía", en su apresuramiento cayó de la escala que llevaba a la cámara de los peregrinos y quedó como muerto en su lecho, hasta que fue curado[294].

A veces, los accidentes eran fatales como en el caso del siervo de uno de los caballeros alemanes, compañeros de fray Paul de Guglingen. El servidor, incautamente, se adentró en el río Jordán para lavarse en las santas aguas junto a los demás peregrinos y, pues no sabía nadar, se ahogó a pesar de los esfuerzos de los circunstantes. Su señor pagó para que lo extrajeran y lo sepultaran en el monasterio de San Juan Bautista, cercano al río[295].

---

[292] *Ib.*, t. I, pp. 49-50.

[293] *Ib.*, t. I, pp. 49-50.

[294] *Ib.*, t. I., p. 184.

[295] P. W. de Guglingen, p. 120.

Rivalidades políticas. Piratería. Ladrones

Hemos dicho que los viajeros habían de luchar no sólo contra la hostilidad de los elementos naturales sino también contra la enemiga y agresividad de las poblaciones por entre las cuales pasaban o que encontraban de camino. A través de las narraciones ya mencionadas, hemos podido espigar algunos ejemplos, jocosos los unos, dramáticos otros.

Los caminos —terrestres y marítimos— representaban la enemistad de las gentes por rivalidades políticas, aun circunstanciales, por el ejercicio de la piratería y el bandidaje, por la xenofobia que despertaban los transeúntes a su paso.

A los episodios ya anotados podemos agregar otros.

En realidad, tendríamos que considerar también la xenofobia no sólo de las poblaciones por entre las cuales transitaban los viajeros sino también la de éstos, en sus diversos grados, a veces se manifestaba sólo en desconfianza —generalmente justificada— en otras ocasiones se volvía un claro enfrentamiento.

Los textos no sólo consignan la desconfianza ante las exóticas poblaciones orientales sino también la hostilidad que separaba al transeúnte de los pueblos europeos cuyo territorio recorría en su desplazamiento. A veces, esa condición de extranjería se expresaba sólo en curiosidad, en asombro, en la consideración de lo extraño, diferente o peculiar de tierras y gentes por entre las cuales se transitaba.

Fray Félix Fabri nos da testimonio de la enemistad tradicional que separaba a italianos y alemanes. Los viajeros, en Venecia, se desprenden de los caballos que ya no les son necesarios, antes de embarcar. Llegaron los italianos al hospedaje de los peregrinos "pues deseaban ver y comprar nuestros caballos, acerca de cuya venta existía un notable litigio entre los mismos italianos"[296]. Las rivalidades para realizar la compra se expresaron de manera violenta pues, dice el narrador, "se maltrataban con palabras oprobiosas y varones ancianos, ricos y honrados disputaban como si fueran niños". Para realizar su objetivo y superar al contrincante ofrecían más y más dinero por los caballos en venta. De todo esto salieron gananciosos los alemanes pues, como dice fray Félix, en la disputa ofrecían más de lo que la mercadería realmente valía.

En ocasiones el fraile, si no es tan crítico respecto de los italianos, consigna, por lo menos, la singularidad de algunas de sus costumbres.

Los señores en cuya compañía se halla, presentan al dux de Venecia una carta del duque Segismundo de Austria. Luego de haberla hecho leer ante

---

[296] F. Fabri, t. I, p. 81.

toda la audiencia, por medio del intérprete, ofreció su protección a los señores peregrinos y, habiéndolos llamado ante sí uno por uno, "atrayéndolos a sí, los besó según la costumbre italiana"[297].

Pero, en la mayor parte de los pasajes de la obra, se vislumbra la poca simpatía que mediaba entre italianos y alemanes. Habla de la ciudad de Trento. Luego de mencionar su antigüedad y sus fundadores dice que está situada en amenísimo, claro y sano lugar y constituida por dos partes que "son casi dos ciudades, inferior y superior, debido a dos diversas poblaciones". En la superior, habitan los italianos y en la inferior, los alemanes. "Y entre ellos, hay división debido a la lengua y a las costumbres. Muy raramente hay paz entre ellos y, a menudo, antes de nuestra época, la ciudad se vio desgarrada, ya por el odio de los italianos a los alemanes, ya por el desdén de los alemanes hacia los italianos"[298]. Expresa, de inmediato, su orgullo nacional cuando dice que, hasta hace pocos años, los alemanes de la ciudad eran pocos y sólo huéspedes en ella mientras que en la actualidad "son ciudadanos y jefes de la ciudad".

En Venecia, fray Félix y sus compañeros se hospedaron en una casa regida por los alemanes. "Todos en la casa, tanto el huésped como los hospedados, y todos los servidores y doncellas eran de lengua alemana, allí no se oía palabra alguna de italiano. De esto teníamos gran placer puesto que es muy penoso convivir con hombres con los cuales no se puede conversar". Su agrado por hallar esta comunidad alemana en tierra italiana aparece disfrazado con un sentido de conveniencia. Pero debajo de este pretexto de comodidad en la comunicación vislumbramos una clara xenofobia. Dice que, ante su llegada, los perros del hospedero dieron múltiples muestras de cariño y contento, "como los perros suelen hacer con aquellos que les son conocidos". Porque —agrega—"estos perros reciben a todos los alemanes, que procedan de cualquier parte de Alemania, de esta misma alegre manera". En cambio, se muestran airados ante la llegada de italianos, lombardos, francos, eslavos, griegos o gentes de cualquier otro lugar que no sea Alemania. Insiste en la irascibilidad de los perros: "se los podría creer rabiosos". Su reacción es benigna cuando llegan al hospedaje mendigos alemanes, no así cuando se trata de italianos. "Yo muchas veces liberé a los pobres de las fauces de estos perros". Y reflexiona que los animales, en realidad, expresan la total y permanente enemistad de unas y otras gentes "pues los alemanes nunca se reúnen con los italianos con pleno corazón, ya que su enemistad está enraizada en su naturaleza. Pero puesto que la bestia carece de razón y es movida por las pasiones,

---

[297] *Ib.*, t. I, p. 95.

[298] *Ib.*, t. I, p. 75.

incesantemente pelea con los italianos, ante la instigación de la naturaleza. Los hombres, en verdad se reprimen merced a la razón y suprimen la pasión de la enemistad, que está en la naturaleza"[299].

Muy diversas eran las asechanzas que el camino deparaba a los viajeros y peregrinos.

Desembarcados fray Félix y sus compañeros en el puerto de Corfú fueron conducidos —los peregrinos de Suabia y Baviera— a una casita ("domunculam") en la cual comieron y se alojaron. Allí los sorprende un incendio pero no sólo corrieron el peligro de morir quemados sino también de ser agredidos por los naturales, "puesto que son muy enemigos de los alemanes y fácilmente se levantan contra ellos"[300].

De camino por el Mediterráneo, uno de los terrores más evidentes de los viajeros era caer en manos de piratas cuando transitaban por el mar o toparse con los árabes salvajes cuando atravesaban el desierto.

Un pasaje de Juan Adorno resume todas esas asechanzas. Se encuentran en Ramleh. Allí, "fuimos alojados en una gran casa común, donde los peregrinos generalmente son bien albergados. Esta casa está bien construida pero desprovista de todo lo necesario. Nuestra paciencia fue probada durante quince días por tribulaciones y temores". A renglón seguido enumera cuáles son éstos. En primer término temían a la peste, pues hacía apenas catorce días que algunos peregrinos habían muerto allí debido a una enfermedad contagiosa.

Además, temían la hostilidad de la población musulmana, puesto que habían sido apostrofados por los habitantes quienes decían "que merecíamos la muerte". Para colmo de males, mientras permanecían en la ciudad, dos trirremes de piratas cristianos bordeaban la costa. Esos bandidos cometían todos los días una serie de delitos, de piraterías, de raptos. Atacaban sobre todo los navíos musulmanes y mataban a quienes se les resistían o se defendían de ellos. Como respuesta a esos ataques, la población pensó en vengarse esclavizando a los viajeros. Afortunadamente, se libraron de tan triste suerte merced a la intervención de un oficial del sultán. Pero la presencia de los trirremes piratescos determinó un cambio en los planes de los peregrinos. Hubieran querido continuar por vía marítima puesto que la consideraban más segura que la terrestre, peligrosa debido a las asechanzas de los árabes, pero evidentemente, luego del episodio de los piratas, cambiaron el rumbo, hubieron de ir por tierra, a pesar de que todos lo desaconsejaban. Reflexiona: "Pero los desconocidos y los extranjeros no eran los únicos que nos infligían temores y tormentos

---

[299] *Ib.*, t. I, p. 84.

[300] *Ib.*, t. I, pp. 36-37.

pues nuestro trujamán, en quien habíamos depositado nuestra confianza, no cesó de engañarnos, de la misma manera que nuestros almocrebes que nos retuvieron en Ramleh contra nuestra voluntad y allí nos hubieran demorado durante mucho más tiempo si no hubiéramos tenido, por la gracia de Dios, como protector al señor Faccardin..."[301].

El señor d'Anglure cuenta un lance que les ocurrió mientras se hallaban en una barca en el Nilo, de camino a Babilonia. Fueron asaltados por otra barca de sarracenos, hacia la medianoche. En especial sufrió daño un caballero de Picardía, llamado Pierre de Morqueline, quien fue herido en la cabeza; también fueron alcanzados algunos marineros. Afortunadamente pudieron zafarse de tal ataque, pero al partir "vimos nuestra barca completamente traspasada por grandes flechas...".

Recuerda que mientras ellos realizaban su camino por el desierto, once barcas de sarracenos fueron apresadas y robadas y muchos de ellos, muertos. Es decir que no sólo los viajeros y peregrinos sufrían las asechanzas de los asaltantes sino también los propios musulmanes[302].

La extranjería era una difícil condición —sobre todo la extranjería de confesión diferente— para desplazarse tranquilamente por tierras extrañas. De manera constante se estaba sometido a la malquerencia de las poblaciones del camino que, a veces, se expresaban con mayor violencia ante hechos determinados. Ya sabemos que aun los embajadores —como por ejemplo fray Guillermo de Rubruck— sufrían su condición de extranjeros. Cabalgaban por la región de los cangles pero no obtenían buenas cabalgaduras porque "Entre los veinte o treinta caballos nos daban siempre el peor porque éramos extranjeros"[303].

La malquerencia que cae sobre los extraños hace que se los culpe de diversos males.

Fray Félix narra la salida del grupo de peregrinos de Belén para retornar a Jerusalén. En el momento en que partían los peregrinos era transportado el cadáver de una mujer musulmana, seguido por un cortejo de hombres y mujeres que lanzaban "asombrosos y horribles clamores y aullidos mientras se mesaban los cabellos". Los peregrinos llevaban sobre las vestiduras el signo de la cruz. Al verlo, los miembros del cortejo fúnebre comenzaron a apedrearlos "para complacer a la difunta". "Porque consideran que sus muertos son para nosotros los mayores enemigos y que nuestra peregrinación por la Tierra Santa es, para ellos, pena en la otra vida"[304].

---

[301] A.-J. Adorno, pp. 303-307.

[302] O. d'Anglure, pp. 74-75.

[303] G. de Rubruck, p. 276. *Ut supra*.

[304] F. Fabri, t. I, p. 480.

Otros viajeros experimentan actitudes semejantes por parte de las poblaciones musulmanas. Simone Sigoli habla del camino de Jerusalén a Damasco, "apenas entramos en uno de los barrios de la ciudad, se produjo una grande y tupida pedrea que nos cayó encima, como si hubiésemos sido perros"[305].

Adorno cuenta cómo —en el trayecto de Nazareth al mar de Tiberíades— llegaron a un burgo llamado Reyna. Lugar muy poblado pero "sus habitantes, ellos también muy malos, nos atormentaron de diversas maneras, nos injuriaron y llegaron incluso a perseguirnos con arcos y armas. Nuestro trujamán, Elías, que habría debido, por lo menos, defendernos con buenas palabras conciliantes, había huido"[306].

Frescobaldi habla del monte Sión y del monasterio que allí se encuentra perteneciente a los Hermanos Menores. En ese convento viven sólo el Padre guardián con ocho o más frailes, puesto que dos Hermanos se hallan en el Santo Sepulcro y otros seis en la Iglesia de la Natividad de Belén. Suponemos que su exiguo número y la agresividad de los habitantes determinaban su prudencia. En efecto, dice el narrador que "cuando recitan el oficio siempre cierran las puertas por temor a los sarracenos"[307].

La extranjería y los problemas confesionales eran, como decimos, origen de muchas desdichas. Félix Fabri nos proporciona una anécdota sumamente ilustrativa al respecto. Detenidos en Rama por un problema con el salvoconducto, sentados a la puerta de su albergue se llegó hasta ellos "un pobre y mísero sarraceno" llevando, en una espuerta, frutas y racimos de uvas para vender. Los peregrinos tomaron esos frutos y le dieron pan al vendedor quien se sentó a comerlo con ganas. "Llevaba en la cabeza un casquete rojo con un signo musulmán". Explica fray Félix que el vendedor, al ver su aspecto ingenuo, se quitó el tocado de la cabeza y fingió que le producía náuseas, escupió luego el signo musulmán y mirando hacia todos lados dio signos evidentes de que rechazaba todo ello, mientras trazaba con el dedo pulgar de la mano izquierda el signo de la cruz para luego besarlo y llorar al par que se explicaba con un discurso para ellos incomprensible. A pesar de la ignorancia de la lengua, éstos entendieron que quería expresarles que había sido cristiano y que se había visto constreñido a abjurar de su fe y "que no era sarraceno sino un pobre mameluco"[308].

En muchas ocasiones podemos comprobar que los cristianos residentes ocultaban su condición porque, de manera evidente, no gozaban de la

---

[305] S. Sigoli, p. 137.

[306] A.-J. Adorno, p. 317.

[307] L. Frescobaldi, p. 75.

[308] F. Fabri, t. I, pp. 222-224.

simpatía de los nativos musulmanes. Fray Félix narra la partida de los peregrinos desde Rama hacia las montañas de Judea. Evidentemente, los viajeros constituían un espectáculo para los habitantes: "las calles estaban llenas de gente de uno y otro sexo que querían vernos". En el tumulto que todo esto produjo, el fraile se vio apretado junto a la pared de una casa y pudo mirar al interior a través de las ventanas. Allí vio a una mujer junto a unos niños que formaban cruces con los dedos mientras las besaban "y me daban muestras de que eran adoradores de la cruz, me miraban y lloraban". Reflexiona el fraile que es sumamente triste, para quien habita la tierra en la cual el crucifijo impera, no atreverse a llevar el signo de la cruz[309].

Para los árabes del desierto, cristianos o no, los viajeros constituían, en general, una buena presa. Constantemente, los narradores describen a estas gentes y hablan del temor que su vista les infundía debido al acoso de que eran víctimas.

Además, los viajeros se habían de enfrentar con poblaciones agresivas sin contar con el auxilio seguro de sus guías. Juan Adorno da noticia de una de esas terribles experiencias. Se aprestan a realizar el trayecto desde Alejandría a El Cairo. Iban acompañados por un mameluco y un trujamán, además llevaban cuatro mamelucos a caballo armados con arcos y flechas "que debían velar por nuestra seguridad hasta el Nilo a causa de los árabes que, según se decía, se encontraban en la región y alrededor de Alejandría". Para evitar ese ataque marcharon durante la noche, eligieron el camino que bordeaba el mar por el mismo motivo. A pesar de ello, los mamelucos avanzaban con cierto temor, "pero era necesario tomar este camino ya que era el mejor, puesto que el otro estaba ocupado por los árabes". Luego, al llegar a Rosetta, sobre el Nilo, alquilaron una barca para siete personas, las cinco que constituían la comitiva de peregrinos, el guía y el trujamán. Realizaron una navegación sumamente agradable en medio de poblaciones situadas en una abundosa región, donde se veían toda clase de frutos. Llegaron a la ciudad de Fua y los marineros atracaron para que los viajeros pudieran bajar para visitar la ciudad con el mameluco. Al volver, los peregrinos asistieron a una disputa protagonizada por los propios marineros que altercaban con otros. "Se arrojaban mutuamente agua, lanzaban grandes gritos y cambiaban golpes". Puesto que ignoraban el significado de todo ello, los europeos permanecieron silenciosos y "dulces como inocentes corderos". Finalmente, los marineros que habían conducido a los Adorno fueron vencidos por los otros, ascendieron entonces a la barca y la alejaron de la ribera, remando mientras conducían a los azorados peregrinos. Era de noche, nada podían ver, esto hacía más penosa la situación, el mameluco

---

[309] *Ib.*, p. 226.

y el trujamán no les eran de auxilio alguno puesto "que callaban como si estuvieran tristes, irritados y descontentos de lo que sucedía". Por supuesto, los más negros pensamientos hicieron presa de los viajeros, creían que habían sido vendidos y pensaban que sus conductores fingían estar tristes para disimular. De esta manera, llegaron a un navío mayor adonde fueron transportados los equipajes. Allí encontraron a mercaderes africanos que habían realizado con los europeos la travesía desde Túnez a Alejandría y quienes los tranquilizaron diciéndoles que el dinero que habían pagado a los tripulantes de la barca serviría para realizar el viaje a bordo de este navío que tenía privilegio del sultán de partir en primer término. Por supuesto, se alegró el corazón de los peregrinos que sólo continuaron preguntándose acerca de la razón de la actitud del trujamán "¿no había comprendido lo que pasaba o lo había comprendido y no había podido o no había querido decírnoslo en italiano?"[310].

El camino por el Mediterráneo era peligroso por diversos motivos. En este caso, no sólo contaba la extranjería sino, además, las rivalidades políticas. Sabemos que, en muchas ocasiones, los viajeros, ya embarcados, ante noticias que recogían en los puertos del trayecto, regresaban al lugar de embarque o esperaban en el puerto secundario nuevas noticias más tranquilizadoras. Conocemos la narración de fray Félix. En su primer viaje, los peregrinos convinieron precio con don Agustín Contarini y esperaron la preparación de la galera. Cuando ésta estuvo a punto de zarpar, llegó una nave que trajo tristes nuevas. Que el príncipe de los turcos había atacado la isla de Rodas, tanto por mar como por tierra. Por tanto, ese año no sería posible llevar peregrinos a Tierra Santa. Dice el autor que "no es fácil narrar todas las turbaciones, las divisiones y los litigios que surgieron de estas noticias entre los peregrinos". Los viajeros germanos y los franceses se dividieron por tal motivo. Los alemanes se dirigieron entonces ante el Senado veneciano y pidieron a los señores que concedieran a la galera que habría de transportarlos, un salvoconducto, para que el navío y los tripulantes se viesen liberados de las asechanzas de los turcos. Se les respondió que la galera tenía libertad de navegación "debido al pacto que los turcos habían establecido con los venecianos" pero que no podían garantizar la libertad de los peregrinos ni aconsejaban el tránsito por mar durante ese año. Pero que, si no querían permanecer en Venecia, podían llegar hasta Corfú, lugar en donde se encontraba el capitán de la armada veneciana quien los aconsejaría. Así lo hicieron los peregrinos con singular ánimo. Llegados que fueron a Parenzo, ciudad de Istria, en Dalmacia,

---

[310] A.-J. Adorno, pp. 175-177. Ver *ut supra*.

recibieron de boca de los habitantes terribles noticias de los turcos, les dijeron que no podrían llegar hasta la isla de Corfú puesto que los turcos se habían extendido hasta el Mar Adriático y "capturaban y expoliaban a todos los que encontraban". No pueden quedarse mucho tiempo allí puesto que saben de la peste que está asolando la región. De camino por el mar encuentran una galera veneciana. Al llegar junto a los viajeros, los pilotos de la recién llegada galera preguntaron a los oficiales de la nave de fray Félix por qué pasos habían navegado. Al responder que habían sufrido la acción de los vientos contrarios que los habían arrojado junto a la montaña, respondieron "benditos sean esos vientos, puesto que os han arrojado a lugares ocultos". Ya que, si en otra latitud se hallaran, hubieran sido presa de la armada de guerra turca que se dirigía contra los cristianos. Liberados de tal peligro, nuestros viajeros continuaron su camino, llegaron a Kursula, ciudad de Iliria bajo dominio veneciano. Los habitantes de la ciudad se mostraron aterrorizados ante las noticias de las presas que cotidianamente realizaban los turcos y, además, se admiraban de ver el ánimo con que estos peregrinos enfrentaban tamaño peligro. "Y prudentemente nos aconsejaban el regreso. Pero no les hacíamos caso en lo más mínimo". Llegados a Ragusa, los Hermanos Predicadores les ofrecieron alimento y luego, compañía para visitar la ciudad. Al conversar con los habitantes nuestros viajeros preguntaron por qué temían tanto a los turcos si les pagaban tributo que, evidentemente, habría de liberarlos de sus asechanzas. A esto les respondieron que lo hacían "porque sí [el turco] hoy es amigo, mañana será enemigo"[311].

"Además, argüían que nosotros éramos sumamente imprudentes puesto que en tan peligroso momento osábamos navegar". Llegados a Corfú, el capitán de la armada veneciana allí apostada les aconsejó que regresaran a Venecia. Fray Félix incorpora al relato las inflamadas palabras del funcionario veneciano, éste los interroga sobre la falta de prudencia que ve en ellos pues, de tal manera, exponen sin discriminación el cuerpo y el alma, la vida y la fortuna. "Aquí el mar está repleto de crudelísimos turcos, de entre cuyas manos no os podréis escapar. Volved a Venecia o permaneced en algún puerto de mar hasta que escuchéis mejores rumores". Todos quedaron turbados ante las palabras preocupadas del capitán del mar, que ciertamente conocía de cerca los peligros a que aludía. Se reunieron entonces los viajeros a deliberar acerca de la actitud a tomar. Recordemos que fray Félix comenzó a confortar a sus compañeros de camino alegando los textos de las Santas Escrituras que los afirmaran en la esperanza del divino auxilio. Se produjeron entonces disensiones y disputas entre los

---

[311] F. Fabri, t. I, pp. 33-35.

peregrinos y fray Félix fue atacado por algunos de ellos. A pesar de todo, la mayoría persistió en su propósito de continuar el viaje. El capitán "al vernos obstinados en nuestro propósito no intervino más"[312]. Muchos de los peregrinos decidieron quedar en Corfú. Estas cuarenta personas retornaron a Venecia. "Y luego, al regresar, divulgaban que nosotros habíamos sido capturados por los turcos. Esto lo decían en las diversas ciudades de Italia, Galia y Alemania. Lo hacían porque querían disimular su timidez por medio de nuestros infortunios"[313].

De camino, no sólo conocen las asechanzas de los turcos sino, además, los temores de las naves y de las poblaciones cristianas que se precaven y que, a veces, llegan a la agresión al no conocer exactamente con quién se enfrentan o quién se acerca. Fray Félix y sus compañeros se encuentran ante Rodas. La nave comienza a entrar en puerto. Ante el clamor de los marineros que realizaban la maniobra, "se encendió una luz en las torres y comenzaron a circular por los muros pensando que éramos adversarios turcos y dispararon una gran bombarda cuyo sonido nos aterrorizó". Asustados ante la posibilidad de ser atacados, "encendimos muchas luces y nos situamos en las partes superiores de la galera implorando que no nos hicieran mal porque éramos cruzados". Afortunadamente, los custodios oyeron esto y detuvieron las máquinas que preparaban contra los recién llegados. Ante la noticia, toda la población de la ciudad acudió para ver a los peregrinos cristianos, conformaban éstos espectáculo singular puesto que "no habían visto ninguna nave cristiana desde que habían expulsado a la armada turca". No desembarcados todavía y puesto que los de Rodas, aunque sabían que los recién llegados eran cristianos no conocían con precisión su procedencia, preguntaron "quiénes éramos y de dónde veníamos". A esto respondió uno de los galeotes, "somos venecianos y la galera es propiedad de San Marcos". El patrono, ante esta declaración, dio un golpe en la boca del galeote y otro comenzó a gritar que "esta galera viene de Jaffa y aquí no hay peregrinos de Jerusalén y comenzamos nuestra navegación en Italia". Esta alternativa era debida a que el patrono temía que si se declaraba veneciano, tal como en verdad lo era, no sería bien acogido por los rodios puesto que éstos no amaban demasiado a los venecianos en razón de los pactos que ligaban a éstos con los turcos. Los rodios tomaron sus precauciones a pesar de la identificación efectuada por los peregrinos, saludaron pacíficamente a los recién llegados, permitieron que las naves anclaran pero resolvieron que no entraran a puerto pues temían algún engaño. Sólo al día siguiente pudieron desembarcar. Pre-

---

[312] *Ib.*, t. I, p. 38.

[313] *Ib.*, t. I, p. 30.

viamente, las autoridades de la ciudad llegaron a la galera para examinarla y ver a los peregrinos, con ellos descendieron en las barcas hacia la ciudad, "en medio de los cadáveres de los turcos; el litoral estaba cubierto de ellos porque el mar los había arrojado". Además de este terrible espectáculo —expresión de la lucha habida entre los atacantes y la ciudad— vieron a ésta destruida por medio de los proyectiles —piedras redondas, grandes y pequeñas— que los turcos habían arrojado por medio de máquinas. Al regresar a la galera, los acompañaron algunos que habían estado cautivos en Turquía muchos años y que, incorporados en el ejército contra Rodas, habían aprovechado esa circunstancia para huir. Algunos eran judíos, entre los demás se encontraba un noble de Austria a quien "mi señor recibió junto a sí y acompañó a Alemania y a quien, misérrimo, encontramos"[314].

Santo Brascha, al describir los temores de la navegación mediterránea menciona los pactos de venecianos con turcos a que hemos aludido hace un momento.

La nave se acerca a Valona donde había 100 velas del Turco puesto que era su apostadero. Al acercarse al promontorio de Saxina "se levantó el siroco y aparecieron dos velas de los turcos que habían salido de la mencionada Valona". Se inquietaron los viajeros porque —como dice el narrador— a pesar de la paz realizada por el Turco con los venecianos "me parece que nadie se siente seguro si no es de su región". El pacto comportaba la obligación de los navíos venecianos de arriar las velas cuando así fuera exigido por el capitán de la armada turca. Pero, a pesar de tales pactos, la navegación por el Mediterráneo —que conocía en ese momento tan inquietantes señores— era evidentemente peligrosa. Santo Brascha y sus compañeros reciben el mismo consejo que se le ha dado a fray Félix Fabri. El capitán de la armada veneciana establecido en Corfú los incitó al retorno y se maravilló de que, al pasar por Valona, no hubieran sufrido daño. "Con mayor razón puesto que el día precedente habían pasado por allí 64 velas de los turcos para ir a engrosar esa armada de la Valona". El capitán sabía que en Rodas estaba apostada la gran armada turca de 350 velas. Ante sus incitaciones, algunos peregrinos retornaron —entre ellos algunos obispos— unos veintidós en total. No así nuestro relator quien da los motivos que lo indujeron a esa persistencia. "Yo, al ver que ya había hecho buena parte del viaje, que había pagado al patrono, que había pasado bastantes penas a causa de las agitaciones del mar y sintiéndome ya acostumbrado a él, considerando, además, que el peligro estaba tanto en el retorno como en la ida y confiando que la misericordia de Dios, que nos había librado del

---

[314] *Ib.*, t. I, pp. 46-48.

primer peligro de la Valona, nos habría también de liberar del segundo de Rodas, me dispuse a ser del número de aquéllos que querían continuar". A pesar de ello no reanudaron el viaje inmediatamente, permanecieron allí siete días en espera de la galera que habría de venir de Candia. Este navío informó que dos naves de la *Signoria* de Venecia habían sido apresadas por los turcos en Rodas porque no habían querido arriar velas "pero que luego habían sido liberadas".

La *Signoria* vigilaba su territorio marítimo y trataba de proteger, de todas maneras, las galeras de peregrinos que viajaban con su bandera. Al llegar a Corfú, la nave de romeros fue avistada por "una galera de la guardia la cual vino a nuestro encuentro según el uso y, luego de saludarnos, nos acompañó hasta Corfú...".

Al abandonar el mismo puerto "fuimos acompañados honrosamente por tres galeras que nos remolcaron unas tres millas más allá de la ciudad".

Pero, como bien dice Santo Brascha, abandonar un puerto era entregarse a la ventura, habían de entrar en el mar "confiándonos en la divina protección"[315].

Pero Tafur, en sus relaciones de viaje, alude a cautivos que ellos encuentran desamparados. Al navegar cerca de los Dardanelos "unos onbres nos fazían señas que nos llegásemos á la ribera". El patrono no se mostró dispuesto a auxiliarlos pero, a ruego de Tafur, envió un esquife al agua entre cuyos tripulantes se contaba el embajador. Todo se complicó en un momento. Al llegar a tierra ven acercarse a los turcos que perseguían a los cautivos que, sin duda, habían huido recientemente. Al ver esto, el patrono envió una barca de veinte hombres y algunas ballestas y truenas. Los cristianos lograron su objetivo, volvieron a la nave con los prisioneros pero Tafur fue herido en un pie[316].

Los navíos piratas también constituyen una asechanza constante.

No siempre eran musulmanes. Tafur cuenta —recogiendo una narración del trujamán mayor de Babilonia— el caso de Pedro de la Randa que era corsario. Hecho prisionero por los musulmanes, fue rescatado por un catalán quien le prometió darle una buena fusta con la condición de que guerreara contra moros y no contra los cristianos. Se aliaron para realizar el corso por el Mediterráneo. "E tanta fué la fama destos dos, que ansí estavan los moros amedrentados, como si dos prínçipes los mayores de xpianos anduvieran sobre la mar". El episodio concluye con un *exemplum*. Prisioneros ambos, se plantea el problema de renegar la fe, finalmente

---

[315] S. Brascha, pp. 58-60.

[316] P. Tafur, pp. 186-187. Ver *Testimonios*.

muerto el catalán, Pedro de la Randa es constituido gobernador de los cristianos que vivían bajo el gobierno del sultán[317].

Pero hemos de dejar los problemas de convivencia para ocuparnos de los asaltos de los piratas en el mar.

Pero Tafur y sus compañeros parten de Nicosia y llegan a Aherines donde los esperaba el navío para ir a Rodas. Allí, en efecto, encontraron un gripo. Ya en el golfo de Satalia vieron que una galera de turcos se allegaba "contra nosotros por nos tomar é despedazar", como represalia, debido a que los catalanes habían apresado una fusta en el puerto de Chipre. Se apresuraron las dos naves, una para huir, la otra para acercarse, avivaron la navegación merced a la vela y a los remos. Tan difícil situación duró toda la noche. En la oscuridad, los cristianos avanzaron remando, "bogando muy quedo que non sonasen los remos, é la galea pasó bien çerca de nosotros que non nos vido"[318].

De vuelta Pero Tafur, cerca de las islas Lípari, la nave en que se encontraba no podía avanzar por la calma del mar. En esa situación llegaron hasta ellos dos galeras y dos galeotas "de un moro que andava en cosso, é llegó á nosotros, pero non osó conbatirnos"[319].

Los Adorno también sufren ansiedades por causa de navíos enemigos. Se encuentran en el golfo de Cartago. Los navíos piratas frecuentan esas cercanías dadas las condiciones propicias del lugar. Por ese motivo, el cabo de Cartago está guardado con extrema severidad[320]. Allí, una fusta de moros, muy armada, se dirigió hacia ellos, "lo que nos causó gran temor". Afortunadamente, contaban con el salvoconducto correspondiente, de otra manera "hubiéramos sido hechos prisioneros para remar sobre las fustas". Por ello, como colofón, agrega Adorno su consejo de no navegar jamás sin el correspondiente permiso. Fray Niccolò da Poggibonsi cuenta en su libro cómo, encontrándose cerca de la isla de Chipre, un panfilo se acercó a ellos con aire belicoso. Ante su aparición, todos vistieron las armas y subieron a las gavias preparados para dar el combate si hubiera sido necesario. Tenían incluso "infinitas armas y todos los elementos [que guardaba] la cámara de las armas se encontraban fuera. Yo no creo que hubiera castillo que tuviera tantas armas como las que vi aparecer de improviso en aquella nave"[321]. Se preparan a enfrentar los acontecimientos, incluso el posible choque de las dos naves. El patrono se dirige al timonel y le dice: "Tenlo con

---

[317] *Ib.*, pp. 112-115.

[318] *Ib.*, p. 124.

[319] *Ib.*, p. 199.

[320] A.-J. Adorno, pp. 99-100.

[321] N. da Poggibonsi, p. 6.

fuerza y no lo sueltes sino tómalo con seguridad puesto que la nuestra es nueva y más fuerte que la de ellos, de manera que podrás aplastarlos". Ante la actitud bélica de la nave de nuestros viajeros, el panfilo dio señales de que venía en son de paz y se declaró amigo por medio de señales. El patrono pensó que tal actitud derivaba sólo de la fuerza que habían demostrado. Pero, de tal manera, pudieron salvarse y continuar su camino.

Poggibonsi y sus compañeros sufrieron otra alternativa similar en la isla de Sapienza. Hasta ellos llegó un enviado que hizo llamar al patrono y a los mercaderes. El señor de la región les comunicaba que la guardia que vigilaba el mar había avistado dos galeras armadas que se dirigían hacia los viajeros. El patrono y los mercaderes declararon no temer a las naves que llegaban puesto que estaban bien armados. Y de inmediato se prepararon para la defensa y el ataque. Los preparativos son similares al episodio anterior: todas las armas fueron sacadas y distribuidas, el patrono colocó hombres sobre el palo mayor y sobre las gavias, distribuyó a la tripulación en ocho grupos, a cada uno de ellos asignó un lugar y una tarea, prohibiéndoles abandonarlos. Cayó la noche y el patrono envió una barca para conocer los movimientos de las galeras. Al acercarse las naves que estaban a una milla de la coca de nuestros peregrinos hizo llamar a los trompeteros; todos los instrumentos comenzaron a sonar "de manera que parecía que hubiese una hueste de millares de caballeros". A pesar de ello, las galeras continuaron acercándose mientras todos los tripulantes de la coca se mostraban armados. Se entabló un diálogo entre la coca y las galeras, luego de mantener éstas un largo silencio. Se declararon amigos pero su actitud no lo revelaba así, pues "comenzaron a decir palabras agresivas". Ante ello, los tripulantes de la coca iniciaron la lucha: lanzaron tiros de ballesta y arrojaron piedras desde lo alto de la gavia. Respondieron de la misma manera los de las galeras y se entabló así una dura batalla que continuó durante veinte millas. "Los de las galeras, al ver que no podían perjudicar la coca, se alejaron [luego de haber sufrido] mucho daño pues tuvieron muchos heridos e incluso muertos. Y nosotros quedamos alegres cuando partieron"[322].

A veces, las agresiones no iban dirigidas directamente a los viajeros sino los alcanzaban los enfrentamientos entre grupos o poderes. Tanto en Europa como en Asia, los viajeros tienen que realizar rodeos para evitar zonas en conflicto.

Pero Tafur se dirige desde Albania a Ancona. La ciudad sospechaba un ataque. Sus habitantes se aprestaban a la defensa. El asalto se llevó a cabo con mala fortuna para el atacante, Francesco Sforza. En este caso, los

---

[322] *Ib.*, p. 153.

viajeros sólo deben tomar precauciones, a veces, en cambio, todo su itinerario sufre modificaciones o viven momentos dramáticos[323].

Clavijo nos dice cómo, ya cerca del campamento de los señores musulmanes ante quienes habían de cumplir su embajada, "fallaron enl camino vnos omnes que les dixieron que adó yuan, que enla hueste del señor auia grand vollição". Se habían enfrentado dos de los príncipes. Llegó entonces hasta ellos un enviado que ordenó a los embajadores que regresaran a Tabriz[324].

Las asechanzas que los viajeros sufrían en tierra no eran, pues, menos inquietantes que las que les presentaba el mar.

En general, las poblaciones nativas se mostraban hostiles a los viajeros. En cuanto a los peregrinos eran, a veces, servidos por esos naturales, que les ofrecían alimentos, que oficiaban de guías o intérpretes, que les conducían de manera más o menos fiel pero casi siempre eran hostigados por grupos más salvajes o que querían obtener provecho por medio del temor o de la agresión. Casi todos los peregrinos están concordes en expresar ese recelo.

Juan Adorno habla de su camino desde Beirut a Rodas, de regreso de su viaje por Tierra Santa. En el puerto libanés encontraron un navío presto a partir. Se alegraron puesto que deseaban escapar "de las manos rapaces de esos hombres pérfidos y crueles". Tantos habían sido los malos tratos que "nos parecía estar desde hacía mil años en la región de los moros". No es una frase que anota al azar sino que continúa desarrollando el tema. Dice que siempre los habían tratado con gran desprecio, que constantemente se habían encontrado en peligro de muerte, enumera los ultrajes, los tormentos, los malos tratos que han debido sufrir. Asegura que cada día inventan pretextos para perjudicar "a los francos", es decir a los europeos, que no gozan de ningún momento de seguridad pues constantemente los acechan para apoderase de sus bolsas y, si las tienen vacías, de sus personas.

Reconfortados los viajeros por haber encontrado medio de alejarse de tan peligrosas gentes, se aprestaban a subir a la barca que los conduciría al navío cuando fueron detenidos por los mamelucos del emir. Les piden garantías, que bien interpretaron los viajeros como una solicitud de dinero. Prestamente entregaron una suma que les permitió partir. Lo hicieron llenos de alegría "como una liebre que ha dejado atrás a los perros feroces"[325].

En este caso se ven atormentados por las exigencias de funcionarios que

---

[323] P. Tafur, p. 193.

[324] R. G. de Clavijo, pp. 227-228.

[325] A.-J. Adorno, p. 351.

hubieran debido protegerlos, en otras ocasiones sufren las asechanzas de las misérrimas poblaciones que encuentran por el camino o de las bandas organizadas para despojar a los viajeros.

Al realizar el trayecto entre el monte Sinaí y Gaza, los guías les aconsejaron que permanecieran en el desierto porque se veían trazas de, por lo menos, veinte bandidos. Aunque emprendén el camino con confianza, las peripecias se suceden, cada vez más inquietantes. El tercer día de marcha llegó hasta ellos un árabe, al parecer exhausto, para pedirles un poco de sucarón —suerte de remedio a base de azúcar y de hierbas medicinales— con que auxiliar a sus compañeros a quienes había dejado enfermos en la montaña. Juan Adorno piensa entonces que se trata de un espía que quiere conocer las fuerzas de los caminantes. Para evitar el ataque, abandonaron el camino que llevaban y hubieron de atravesar una alta montaña. En medio de todos estos inconvenientes, el guía declaró que no los conduciría por la suma que había estipulado y acto seguido se marchó. Sus antecedentes no lo hacían demasiado recomendable, había sido ribaldo y bandido y, por tanto, los viajeros pensaron que se trataba de una de las acostumbradas artimañas con que solía acechar el contenido de su bolsa. Como los camelleros manifestaron que no sabían continuar a menos que se retomara el camino recto, eso fue lo que se hizo.

Por fin, se produjo el desagradable y temido encuentro. Se toparon con árabes a quienes los camelleros mintieron. Dijeron que los viajeros eran monjes para que los dejaran pasar tranquilos. Pero no pudo lograrse tan fácilmente el tránsito. Arabes armados —unos diecisiete— les impidieron el paso —y luego de haberles quitado sus espadas y dagas— tomaron de uno de los camellos que llevaban víveres, la carga y la silla. Los viajeros se libraron de mayores daños porque el intérprete conocía a un viejo, miembro del grupo, a quien supo convencer y que intervino ante sus compañeros. Pero los caminantes temían otro peligro cercano pues árabes de la misma tribu que habitaban en las cercanías, exigían un tributo de paso a todos los que transitaran por la zona. "Su costumbre es hacer tributar incluso a los hombres importantes de su región. En cuanto a los francos, los persiguen de manera inhumana y matan, a menudo, a quienes no tienen nada que dar". Para escapar de tamaño inconveniente decidieron "avanzar esa noche ocultos y sin hacer ruido"[326].

Así pues, los ataques y agresiones de los hombres se sumaban a las muchas peripecias que habían de sufrir los viajeros.

---

[326] *Ib.*, pp. 237 y ss.

Tormentas

Las tormentas eran los más dramáticos acontecimientos que habían de afrontarse en el mar junto a la posible agresión, por enemistad política o por predación piratesca. Conmocionaban a toda la tripulación, y por consiguiente, al pasaje.

Las descripciones son muchas y vívidas. A veces, lo mejor que podía ocurrirle al navío era ser llevado lejos de su camino. En el mejor de los casos, se perdía tiempo en esta circunstancia, en ocasiones más graves en la peripecia se dejaban vida y bienes. La nave podía salir ilesa de la tormenta y con graves averías que, a veces, la obligaban a recalar en puertos cercanos, con la consiguiente demora, para realizar las reparaciones necesarias.

Las descripciones de fray Niccolò da Poggibonsi son numerosas y dramáticas.

Parten de Pola, puerto de Eslavonia, el día del Viernes Santo. Apenas entraron en el mar, se levantó un viento contrario que los impulsaba contra la tierra ("e menavaci a rompere a terra"). Ante esto, el patrono y los marineros comenzaron a gritar: "¡Santa María, ayúdanos!". Si atemorizados estaban los tripulantes —más acostumbrados a atravesar por tales alternativas— los pasajeros caían en la desesperación. Con vívidas palabras fray Niccolò narra cómo algunos argumentaban tratando de buscar soluciones, cómo otros lloraban al ver el destino de la nave lanzada contra la tierra "y yo, al ver esto, perdí el coraje!" ("e io, vedendo questo, il cuore tutto venne meno!"). Ya perdido el control y al ver que la tierra sólo estaba a dos tiros de ballesta, "inmediatamente me quité el manto, me arremangué, arrollé el hábito en torno a mi cuerpo y me acerqué a proa. Miraba para ver quién se arrojaba en primer término al mar, para seguirlo porque yo también esperaba salvarme".

Poco después —superado ya este peligro— el 1º de mayo sufrieron otra tormenta, tan fuerte que "nueve navíos fueron destrozados en el golfo del mar de Venecia". Tal era el movimiento que nadie podía estar sino de pie, no podían yacer "sin que la tormenta los arrojase al otro lado de la nave". Todos los pasajeros se encontraban bajo cubierta, sólo los marineros se hallaban arriba".

Entre los pasajeros se levantaban gritos y llantos mientras se golpeaban el rostro diciendo: "¡Donde hemos venido a morir!". El escribano de la nave descendía a menudo para tranquilizar a tan desesperada gente, que imploraban y se perdonaban unos a otros, se confesaban aunque "ninguno podía hablar claramente por las muchas lágrimas" que derramaba.

Al día siguiente —pasada la tormenta— "uno al otro se miraban como entontecidos. Todos parecíamos salir de la sepultura, a tal punto estába-

mos desfallecientes y amarillos. Y todo esto debido al temor"[327].

Esa tormenta los arrastró unas 150 millas en una noche y un día y haciéndolos retroceder los llevó al golfo de Venecia. El relato de este autor abunda en descripciones de "fortuna di mare". El viajero parte desde Beirut para Alejandría en Egipto. Ya en alta mar comenzó a soplar un viento garbino, la tormenta duró mucho, a la noche siguiente arreció "y se hubiera creído que todo el mar era presa de la tempestad, la galera se inclinaba debido a la gran tormenta y parecía que se rompería al punto que ninguno fue tan fuerte como para mantenerse en pie en la galera"[328]. Tanta fue la furia de los elementos que rompió el árbol de popa y la vela cayó al agua. La proa de la galera comenzó a abrirse y los tripulantes no podían extraer el agua que entraba. Se rompieron también las claves del puente de tal manera que ya no les quedaba otra posibilidad sino dejar que la galera marchase "per disperata" ("al garete"). Y "ningún remedio teníamos sino recomendarnos a Dios". Por fin, luego de haber pasado cuatro días, vieron llegar hasta la galera numerosísimas aves que les indicaban que la tierra estaba cerca, tierra que alcanzaron al cabo de otras tantas jornadas[329].

Las tormentas que tiene que soportar este viajero —semejantes a las que aterrorizaron a todos los viandantes medievales que se aventuraron en el mar— son siempre narradas por él con gran detalle.

Embarcado en el puerto de Famagusta, se dirigió hacia Occidente pero un viento garbino, contrario al rumbo que tenían, los llevó al mar de Satalia; llegaron a Turquía pero antes de poder alcanzar puerto se produjo una gran tormenta al punto "que estuvimos todos por ahogarnos. Y aunque yo había escapado de muchas tormentas, no creí escapar de ésta". Semejantes consideraciones se repiten con frecuencia, parece que el nuevo terror experimentado supera al anterior y hace pensar que la última tormenta es la más terrible de todas.

Poco después —dirigiéndose a Trípoli, en Berbería— sufrieron otra tormenta: "Jamás soportamos una tempestad tan peligrosa como ésta". La descripción de la nave batida por las olas, indefensa ante ellas, está realizada de manera particularmente feliz. "Dejamos que la coca marchase como pudiera, lo hacía como un hombre enfermo cuando quiere caminar y no puede sostenerse en pie; así ya parecía que caía hacia un lado, ya al otro y no podía mantenerse erguida en modo alguno". A la desesperación de los viajeros se sumaba el desorden de las mercaderías que se estropeaban o se perdían. "Las cajas de las mercaderías que estaban en cubierta se ataban

---

[327] N. da Poggibonsi, pp. 3-5.

[328] *Ib.*, pp. 97 y ss.

[329] *Ib.*, p. 98, nota 1.

unas a otras para que no cayeran al mar pero las cajas de la mercancía y los toneles del vino y del agua se rompieron y casi todo se derramó". Por supuesto, las personas no se encontraban mejor que las mercaderías. Afortunadamente, la nave pudo resistir los embates porque era nueva y porque llevaba una carga favorable, algodón y azúcar. A pesar de todo, los mercaderes a quienes pertenecían los efectos, consideraron que para salvar bienes y personas habían de retornar sobre sus pasos. Así lo hicieron, echando el ancla en una isla llamada Sapienza. Allí, los mercaderes agasajaron a los marineros por el buen desempeño que habían tenido en la emergencia, les ofrecieron buenos alimentos y otros dones.

Poggibonsi es —al parecer— uno de los viajeros más probados por estos acontecimientos. En efecto, en otro tramo de su viaje parte de Grecia hacia Eslavonia. Sufrieron los efectos de una tromba marina, en medio de la tempestad navegaron 600 millas, tan fuerte era el embate que no podían alcanzar puerto. Apenas lograda la ansiada tierra, en el puerto de Parenzo, tomaron otro rumbo: "y el mar estaba tan alterado y grueso que estuvimos en peligro de anegarnos y por esto nos dirigimos a tierra y quien lo deseaba podía descender; mi compañero y yo quisimos ir por tierra"[330].

Fray Félix Fabri también sufre tormentas en el mar durante su trayecto de ida y vuelta de Tierra Santa y narra sus alternativas con la vivacidad que le es habitual.

Su navío se dirige hacia Creta pero no puede llegar por impedírselo un viento contrario. Echaron entonces el ancla, "en lugar estéril y desierto". A la noche siguiente, el viento que azotaba fue tan violento que tuvieron que liberar el ancla. Sacudidos por la tempestad, "se hicieron muchos votos a Dios. Muchos prometieron ayunar durante toda su vida. Todos estábamos enfermos y vomitábamos"[331].

En otro pasaje, el fraile logra un tono de gran dramatismo, narra la tormenta que los sorprende en el Mediterráneo, a partir de Lesina (hoy Hvar). El viento los arrojó a un áspero lugar en que los escollos y la oscuridad de la noche hacían peligrar la integridad del navío. Por tanto, anclaron pero esto determinó que la embarcación comenzara a girar y a acercarse peligrosamente a la rocas. Gritos de galeotes y terror de los pasajeros, quienes se precipitaron a las barcas cuyas cuerdas fueron cortadas para que cayeran al mar. Nadie se hubiera salvado de haber saltado porque se hubiera estrellado.

Caos y confusión se hacían cada vez mayores, los galeotes impedían por medio de cuchillos entrar en las barcas, cortaban dedos y manos de todos

---

[330] *Ib.*, pp. 151-154.

[331] F. Fabri, t. I, pp. 50-51.

aquellos que se tomaban de las barcas, los desdichados se hundían en el mar.

Los elementos calmados, la tranquilidad renació. No por mucho tiempo. Entre Escila y Caribdis intentaron entrar por medio del canal, la navegación hubo de detenerse en la oscuridad, trataron de echar el ancla pero ésta no encontraba rocas, arenas o piedras donde hincar su diente. Finalmente se logró y permanecieron allí toda la noche, descansando los peregrinos, velando el patrono con toda la tripulación, "esperando a cada momento su fin y el nuestro"[332].

Los viajeros, en el mar; temían constantemente, se veían permanentemente acechados por peligros reales o imaginados. En la nave de fray Félix, los galeotes cambian la vela en un determinado momento para capear un fuerte viento, los peregrinos que estaban descansando en sus *cumbae* fueron arrojados de sus lechos, el terror se apoderó de ellos aunque en cubierta no había peligro alguno[333].

La tormenta y las malas condiciones climatológicas creaban siempre situaciones penosas. Ruy González de Clavijo cuenta su partida de una ciudad de Turquía llamada Samastro. Zarpan y, a poco, se encuentran en medio de niebla cerrada; hacia la hora tercia, un viento muy fuerte levantó grandes olas. El temor de la tormenta que se avecinaba los hizo buscar puerto, estaban cerca de un castillo en la costa de Turquía pero allí no lo había y debieron continuar su navegación. Hacia vísperas, los envolvió nuevamente la niebla y, al llegar la noche, no sabían dónde estaban, "e vnos dezian que auian pasado el puerto, e otros que non". En medio de estas dudas oyeron ladrar un perro, gritaron entonces a quienes estaban en tierra, éstos "sacaron lumbres de çima de este Castillo". Puesto que allí había puerto, quisieron penetrar en él pero no conocían la entrada "e estauan en peligro". Se recurrió entonces a un expediente heroico; "vn galeote que se lançó anl agua anado, fué atierra, e tomó vna lanterna, e alunbró los de manera quela galeota fué aperto en Saluo"[334].

En la tormenta, los pasajeros se acongojaban, la nave se destrozaba o quedaba averiada. Roberto da San Severino describe una nave que encuentran en el puerto de Mello: "La qual ben demonstraua ch'er (sic) stata quella nocte grande fortuna, perchè la gionse con le velle meze perdute et scarpata tutta afflicta e conquassata"[335].

El accidente sufrido por la nave de Caumont en el golfo de Lyon también la deja averiada.

---

[332] *Ib.*, t. I, pp. 56 y ss.

[333] *Ib.*, t. I, p. 163.

[334] R. G. de Clavijo, pp. 70-71.

[335] R. da San Severino, p. 217.

El patrono trató de apresar un delfín de los muchos que allí se hallaban, la maniobra hizo que se desacordara la marcha de la nave con la de las otras dos que la acompañaban, un fuerte golpe de viento precipitó un navío contra otro, el impacto destruyó las *cámaras secretas*, además de arrastrar otras planchas, el agua comenzó a entrar. Algunos viajeros saltaron —aterrorizados— de una nave a la otra, por supuesto, todos "invocaban en alta voz a Dios y a la Virgen María"[336].

Los peligros que tenían que soportar los viajeros en el mar eran objeto de narraciones y conversaciones en las escalas que reunían a los viajeros. Frescobaldi se halla en Beirut esperando una embarcación para volver a su casa y a su familia. En esa espera, llegan micer Nicoletto Riccio y micer Pieruccio Malipieri, nobles venecianos quienes cuentan sus desventuras marítimas. En el golfo de Satalia los sorprendió una tempestad que rompió la vela cangreja y que la arrolló en el mástil, además de llevarlos a las costas de Berbería. Allí encontraron calma. Pero ésta tampoco era favorable a la navegación puesto que podía inmovilizar el barco impidiéndole arribar en un tiempo prudente a puerto donde descansar y aprovisionarse. En este caso, las alternativas de la tormenta y de la calma los mantuvieron durante catorce días sin ver otra cosa sino "aire y agua", con gran peligro de la vida. Por fin, pudieron alcanzar la isla de Chipre donde pudieron abastecerse y cargar agua fresca, "de lo cual teníamos gran necesidad"[337].

La calma excesiva también perturbaba la navegación. Santo Brascha cuenta cómo —en el golfo de Satalia— estuvieron en bonanza durante dieciséis días. El patrono —ante tal situación— hizo que los peregrinos le entregaran toda el agua que, tomada del río Jordán, transportaban en pequeñas vasijas y la arrojó al mar "porque se dice que mientras el agua del Jordán se halle en la galera, el agua del mar se encuentra en bonanza"[338].

A este recurso —que podemos denominar mágico— se agregan precauciones de tipo moral: el patrono ordenó que ni los galeotes ni otros jugaran a cartas ni a dados.

Los viajeros siempre se entregan, en los casos extremos, en manos de la Divina Providencia. Juan Adorno recoge varias dramáticas anécdotas de navegación. Cerca de la isla de Citerea (hoy Cerigo) se elevaron las borrascas de un viento furioso "que hicieron titubear nuestro navío e inclinarse hacia un costado, como si hubiese estado conducido por la mano de un hombre ebrio"[339].

---

[336] N. da Caumont, pp. 33-34.

[337] L. Frescobaldi, p. 89.

[338] S. Brascha, p. 79.

[339] A.-J. Adorno, p. 369.

A veces, problemas técnicos se mezclan con la violencia de los elementos. Se hallan los viajeros en el golfo de Venecia. Los marinos que gobernaban el navío, "españoles presuntuosos en su arte y demasiado confiados en sí mismos", izaron por encima de la gran vela la boneta, para aprovechar el viento favorable. Pero durante la noche —sin que los hombres de guardia hubieran podido preverlo dada la oscuridad— sobrevino un viento violento que ellos llaman *group*, tan fuerte que desgarró la gran vela y rompió los cordajes del mástil y del ancla. La tormenta llegó, de manera evidente, con gran violencia pues el autor habla de los crujidos del navío que hicieron pensar a todos que habría de quebrarse en pedazos. "Comenzamos a invocar al Señor con voz miserable como si hubiéramos llegado al término de nuestra vida y a orar con fervor, pues ya no esperábamos socorro alguno si no era la gracia de Dios".

Todos pensaban que habían llegado sus últimos momentos. "¡Qué dolorosos fueron entonces nuestros gritos! Cada uno de nosotros miraba a su vecino con angustia bajando los ojos. Mi padre tomó mi mano como si quisiera decirme '¡Hijo! Este es mi deseo, muramos juntos'"[340].

Por fin, liberados de tan penosa situación, llegaron al puerto de Brindisi.

El señor de Caumont también tiene que soportar tormentas que narra con su moderación habitual. Es menos expresivo que los italianos pero, a través de su discreción, se adivina el mal trance soportado. Tan grave fue la tormenta que hubieron de sufrir cerca de Medina que "los marineros y otros, al ver nuestra perdición y que la nave se destrozaría, comenzaron a desvestirse y a descalzarse...". El narrador intercala una de las pocas frases expresivas de su relato pues se vuelve al lector y dice: "Et que vous en diroie je?". Simplemente que —pues no contaba ya con la salvación de su cuerpo— pensó en salvar su alma.

Agrega la oración que correspondía dirigir al Creador para lograr la salvación de las terribles aguas. Todos actuaban de la misma manera: "S'estoient toux comfessés" aunque, evidentemente, no desdeñan rescatar su cuerpo puesto que "todos habían previsto atarse fuertemente a tablas y a palos"[341].

Pasos

Aunque la tormenta era una circunstancia fortuita, sin embargo, los pasos por determinados lugares implicaban un riesgo mayor que otro, pasos que eran esperados con angustia por los viajeros.

---

[340] *Ib.*, p. 367.

[341] N. de Caumont, pp. 95-96.

Así, por ejemplo, Juan Adorno dice que los marineros experimentaban verdadero horror al pasar por el golfo de Satalia[342].

El paso que separa las islas de Cerdeña y Córcega es recto y peligroso, según Clavijo[343].

Los peligros se acentuaban según las épocas. En el mismo pasaje, reflexiona Adorno que el hecho de haber logrado atravesar sanos y salvos el golfo de Satalia fue considerado asombroso "porque estábamos en invierno"[344].

Ruy González de Clavijo y sus compañeros se encuentran en Pera en noviembre de 1403[345]. Desean encontrar un navío para recorrer el mar Mayor. El invierno había entrado y las embarcaciones —aun cargadas— no osaban partir y regresaron a invernar "porque este mar Mayor es muy peligroso", debido a que es redondo y no hay entrada ni salida de él, salvo la boca que está cerca de Pera. Además, se encuentra cercado por altas sierras, sus márgenes no tienen playas y en él desembocan muchos ríos. Se pone tormentoso ante el viento más leve. Destaca Clavijo que la navegación es sumamente riesgosa cuando los navíos se acercan a la boca pues es difícil de conocer y, por tanto, encallan fácilmente. Si al acercarse a la boca se levanta viento se corre gran peligro. A pesar de tantos temores, los embajadores lograron fletar una galeota de 19 bancos, la hicieron preparar mediante una buena suma de dinero y se lanzaron al mar Mayor en marzo, siendo ésta la primera embarcación que penetró antes de la época oportuna. La premura de los embajadores estaba determinada por el deseo de llegar hasta Tamerlán antes que partiese del lugar en que invernaba.

Accidentes en navegación

Las alternativas que planteaban las tormentas no sólo producían momentos de angustia que podrán superarse pasado el fenómeno, sino también la nave podía sufrir averías y desperfectos que había que reparar. Estos inconvenientes en el navío podían estar determinados por otros motivos, además de la furia del mar. Todos ellos constituían los imprevistos con que habían de enfrentarse los viajeros.

Por supuesto, la posibilidad de salir sanos y salvos de las asechanzas del mar dependía, en gran medida, de las condiciones de la embarcación.

---

[342] A.-J. Adorno, p. 357.

[343] R. G. de Clavijo, p. 9.

[344] A.-J. Adorno, p. 359.

[345] R. G. de Clavijo, p. 67.

Narra Frescobaldi el viaje desde Venecia a Alejandría. Aún en el golfo de Venecia los sorprendió una pequeña tempestad. Dice el cronista que el barco en que iba la soportó bien pues era nuevo y grande pero no así una vieja galera que volvía de Tierra Santa cargada de peregrinos, naufragó y se ahogaron 200 peregrinos quienes, "para pagar poco, habían navegado en tal navío pues, como a menudo ocurre, estos malos contratos son para los pobres"[346]. Se tranquiliza el autor al pensar "que ellos están a los pies de Cristo".

Cuenta Clavijo la difícil entrada en el mar Mayor de la nave en que iba. Relata que era muy angosta la boca que tenía, a la derecha, Turquía y a la izquierda, Grecia. Una vez que penetraron en el mar, a la hora tercia, se quebró la antena del navío, circunstancia que los obligó a llegar a tierra para repararla. Pero sus desdichas no concluyeron allí, pues fueron presa de la tormenta que no sólo atacó a ellos sino a otras embarcaciones.

Los embajadores navegaban en una galeota, sorprendida ésta por la tormenta y sin poder volver a puerto ni avanzar. Los tripulantes echaron dos anclas; a pesar de ello, el viento batía a la embarcación y la acercaba peligrosamente a unas rocas "ca si tocara en ellas, luego fuera desfecha". El viento seguía arreciando. "E la galeota trauajaua mucho, e fazía mucha agua". Inclusive, cerca de ella, una carraca de genoveses había sido desecha, "que non fincó della nada". La gente pudo salvarse pero perdieron todos sus efectos "e el timón e el bauprés". Restos de la carraca pasaron junto a la galeota y, de haberla tocado, la hubiera hundido.

La galeota "fazía mucha agua" de manera que los tripulantes habían de achicar activamente pero como "los más dellos estauan más cerca dela muerte que dela uida" no podían hacerlo con vigor. Afortunadamente, el viento cambió y los llevó a las costas de Turquía. Maravillados quedaron todos al verlos llegar sanos y salvos. A pesar de esa milagrosa salvación la galeota salió tan abatida que "no tardó mucho quela dicha galeota fuese desfecha". Los elementos que de ella quedaron fueron llevados a un monte y el cómitre de la misma informó a los embajadores que los turcos los tomarían para su señor como derecho de naufragio[347].

Otras veces, la tormenta no deja tan maltrecha la nave, de manera que puede repararse. La nave de Pero Tafur se detiene en la isla de Ténedos puesto que, poco antes, habían sufrido una tormenta, tan grande "que se abrió nuestro navío". Durante la estancia en la isla procedieron a un arreglo total para poder continuar tranquilos la navegación[348].

---

[346] L. Frescobaldi, pp. 35-36.

[347] R. G. de Clavijo, pp. 63-66.

[348] P. Tafur, p. 135.

La nave que conducía al señor de Caumont es sorprendida por una tormenta en el golfo de Creta. Además de la oscuridad y el fuerte viento que los envolvió, de improviso escucharon un "grant bruyt espaventable" ("un horrible ruido"), tan poderoso resonó a los oídos de los viajeros, que el narrador anota "que no hay en el mundo bombarda ni cañón de tal poder que pudiera provocar ruido tan grande". Parecía como si hubieran chocado cielo y tierra. Luego del estrépito, cayó una cosa "que nadie sabía qué era", sobre el gran árbol de la nave "que sostenía las velas", lo rompió en muchos pedazos, lo incendió y destruyó gran parte del castillo que estaba bajo el mástil mencionado. Los trozos fueron lanzados al mar, algunos cayeron sobre veintiocho personas, hubo nueve heridos y un muerto. Luego, "laditte chose" penetró en la nave. Todos estaban absortos y aterrados, algunos decían "que habían visto descender una cosa negra cargada de fuego y llama".

Por supuesto, muchos consideraban que era castigo infernal. Todos se habían provisto de tablas para tratar de salvarse, además de haber confesado. Pues estaban en medio del mar, "íbamos de acá para allá por el mar, como perdidos, con temor e inquietud...". Por fin, superada la tormenta, los marineros trataron de arreglar el daño o, por lo menos, componer el árbol provisoriamente hasta llegar a puerto ligándolo con grandes tablas "y el mencionado fuego fue combatido con agua, aceite de oliva y vinagre"[349].

Pero no pudieron entrar en puerto y fueron sorprendidos por otra tormenta cerca de Mesina. Los tripulantes temían que el árbol de la nave, tan probado poco antes, concluyera por quebrarse. Así fue. Hubieron de pasar un mes en puerto para lograr reparar el árbol y la nave en general.

El navío del señor d'Anglure encalla al llegar a Rodas y fue necesario que lo auxiliaran otros tres para zafarse de su varadura. Afortunadamente, la encalladura se había producido en la arena, de manera que el navío no sufrió mayor daño[350].

Simone Sigoli narra de qué manera arribaron a Venecia. En tal estado se encontraba la coca en que navegaban que "hacía durante el día y la noche unos cien botes de agua", cada tres horas se turnaban siete hombres para achicarlos[351].

Algunas reparaciones tenían que realizarse en puerto.

Suponemos que existía en tierra personal especializado. Poco nos dicen de esto los viajeros. En todo caso, había buzos que podían sumergirse para realizar las necesarias reparaciones. Fray Félix Fabri detalla cómo se

---

[349] N. de Caumont, pp. 91-96.

[350] O. d'Anglure, p. 8.

[351] S. Sigoli, p. 152.

averió en Rodas la galera en que navegaba. La nave —pues se habían roto las amarras— sin gobernalle, fue a dar contra los escollos. Reflexiona fray Félix que si el navío hubiese dado con la proa contra esos escollos, se hubiera destrozado "y nosotros hubiéramos perecido". Entonces describe la actividad del que llama "uir aquarius". "Se sacó las vestiduras hasta quedar en calzoncillos y habiendo tomado clavos, martillo y tenazas se zambulló en el mar, se lanzó a las profundidades para [solucionar] la ruptura del timón y así, bajo el agua, trabajó sacando algunas barras y colocando otras. Y luego de un largo rato, una vez que hubo reparado todo, emergió de las profundidades y llegó hasta nosotros, subiendo por un costado de la galera. Esto lo vimos pero ignoro de qué manera el artífice respiraba bajo el agua y cómo podía golpear con el martillo y cómo, durante tan largo tiempo, podía permanecer en lo profundo de las aguas saladas"[352].

Pero Tafur habla sobre navíos y transportes que conoce en la ciudad de Venecia y también del enfrentamiento naval que opuso por entonces a venecianos y milaneses. Dice que los venecianos traían entre sus gentes "un onbre que se çabulle so el agua" y que, por medio de un barreno, horadaba los barcos enemigos. Mediante este artificio, los lombardos perdieron tres galeones.

Por tanto —ya para destrucción o para reparación— el buzo, el "uir aquarius" existía entre el personal de los puertos o flotas importantes. Y en los casos en que nos preocupa especialmente, reparaba los barcos averiados[353].

La pericia de la tripulación era fundamental para evitar accidentes que pudieran afectar a los pasajeros, a los marineros o a la misma nave. Santo Brascha narra acerca de la desdichada maniobra que ejecutaron los encargados de proa y otros oficiales de la galera. Dejaron deslizarse las jarcias muertas y la antena cayó con tanta fuerza sobre el cómitre que lo mató, "tenía fama de ser tan buen marinero como se pudiese lograr. Y con su muerte sufrimos bastantes dificultades"[354].

La capacidad de la tripulación debía evitar accidentes también en el ingreso a los puertos. Era esencial el conocimiento de la posibilidad de los mismos de recibir naves de un determinado calado o tipo. Habla Pero Tafur del ingreso a La Esclusa que es el puerto de Brujas. Según dijimos, la entrada es trabajosa pero luego los navíos quedan seguros, aunque posados en un arenal grande cuando a la hora del menguante el mar se retira[355].

---

[352] F. Fabri, t. I, p. 48.

[353] P. Tafur, p. 219.

[354] S. Brascha, p. 120.

[355] P. Tafur, pp. 255-256.

Era prudente pues —según hemos visto hacían los viajeros cuya bolsa podía permitírselo— elegir el navío más seguro, más nuevo y mejor mantenido que fuera posible para intentar la siempre peligrosa navegación puesto que esa fortaleza permitiría superar las muchas asechanzas del mar.

Voto

Una costumbre frecuente en la Edad Media era —en casos en que se desesperaba de la salvación— ofrecer la realización de un peregrinaje expiatorio a algún santuario afamado. Tal peregrinación podía ser realizada personalmente o por interpósita persona. En las tormentas, de ordinario, todos los viajeros se ponían de acuerdo para encomendar a uno de ellos —a quien proveerían del dinero necesario para el camino— la realización del voto.

Lo dice clara y minuciosamente Roberto da San Severino que, en peligro de una tormenta: "Et fecero generalmente tuti quanti voto di fare vno peregrino (sic) ad la nostra donna di monte Artone in paduana, ad le spexe di tutti quelli erano in naue, li quali se offersano tuti pagare, che vna quantitate di dinari, chi vn'altra, come li piacque; lo qual pelegrino, giunta fusse la nave ad Vinegia, subito se metesse in camino"[356].

Santo Brascha se refiere a la tormenta que los sorprendió en Corfú. Dice que "los peregrinos yacían todos como muertos con tantos vómitos y tanta ansiedad que ninguno podía socorrer al otro". Ante tal emergencia, "el patrono hizo que todos juntos votásemos para constituir un peregrino a Santa María de Casoppo. Y hecha la recolección de dineros, apenas llegamos a tierra fue enviado dicho peregrino"[357].

A veces se habla simplemente de voto. Adorno, al mencionar la importancia del santuario y de la advocación de Nuestra Señora de los Mártires, cuenta una anécdota sobre tormentas. Un navío había perdido su mástil, su timón y otros aparejos en la tempestad. "A instigación del patrono que prometió la mitad de su navío a Nuestra Señora de los Mártires, quienes se encontraban a bordo y que esperaban conservar la vida, hicieron voto a la Virgen". Apenas pronunciado, se apareció la imagen a los viajeros, se cumplieron otros milagros; por ejemplo, la liberación de un judío de la lepra que lo afligía a cambio de su conversión y, por fin, se calmó la tormenta y el navío entró al puerto de Corfú[358].

---

[356] R. da San Severino, p. 210.

[357] S. Brascha, p. 124.

[358] A.-J. Adorno, p. 391.

Pero Tafur, al hablar de su navegación por el Negroponto, dice que a medianoche les sorprendió una "gran fortuna de mar". Desesperados por su vida, los viajeros prometen peregrinajes "al Levante y al Poniente"[359].

Luego de abandonar el puerto de Nápoles, fray Paul y sus compañeros sufren una tormenta en el mar, que postró a los pasajeros, "todos los mercaderes estaban enfermos, vomitaban lo mismo que yo...", al punto que durante tres días no pudo tomar bocado. Ante tal circunstancia, "el patrono con los demás mercaderes hicieron voto de peregrinar a diversos lugares santos..."[360]. La nave de Casola sufre tormenta sobre las costas de Apulia tan fuerte que el agua llega al lecho de los peregrinos. La galera crujía, todos —hombres y mujeres de las más diversas nacionalidades— gritaban pidiendo misericordia. En esa circunstancia, "Cada individuo —incluidos los marineros— hizo muchos votos públicos y secretos"[361].

Ya hemos visto que en la emergencia que significaba la tempestad se hacían votos que debían cumplirse a largo plazo o más o menos inmediatamente[362].

Se pide sobre todo a los viajeros que se abstengan de blasfemias y de juegos de azar que, de ordinario, originaban disputas en que se ofendía a los santos.

---

[359] P. Tafur, p. 189.

[360] P. W. de Guglingen, pp. 155-156.

[361] P. Casola, p. 182.

[362] Ver *Tormentas*.

III. LAS GENTES Y LAS TIERRAS EXTRAÑAS

Soledad tengo de tí
tierra mía do nací

El camino pone a los viajeros en contacto con ámbitos y con gentes extrañas. Por supuesto, Oriente les ofrece, en mayor medida, oportunidad de asombro. Todo allí es exótico, las ciudades y su arquitectura, sus pobladores, las costumbres, las gentes comunes y los príncipes. Pero los que recorren, en Occidente, países diferentes al suyo —tanto a la ida como al regreso de su viaje oriental— también se topan con lo desconocido o, por lo menos, con lo inusual.

La descripción de todo esto depende de intereses y talantes. Ya hemos dicho que algunos viajeros que se dirigen a Tierra Santa declaran su voluntad de anotar solamente lo que pueda interesar a los futuros peregrinos. Dejan, pues, de lado los lugares que no corresponden a ese piadoso propósito.

En general, la manera de describir, la prolijidad, el detalle, la insistencia en uno u otro aspecto, depende de formación, cultura, curiosidad del viajero. A veces, también de los del comitente, puesto que, en ocasiones, son enviados y, por tanto, a su propósito personal, se agregan otros que derivan de la voluntad de los altos señores con quienes están en relación. De ordinario, esos objetivos adicionales tienen un carácter político-militar.

Por supuesto, los monjes-embajadores —Giovanni del Pian del Carpine y Guillermo de Rubruck— son los mejores exponentes de misiones con un objetivo político pero también viajeros que parten —como el señor de Caumont— para visitar Tierra Santa reciben el encargo de observar las posibilidades bélicas que ofrecen los lugares por donde pasan.

Si nos asomamos a las características personales de los viajeros podemos comprender también que las descripciones pueden ser múltiples y orientadas según curiosidad y gusto y logradas merced a dotes de observación y capacidad expresiva.

Tenemos, también, que estar alerta y cuidarnos de recibir las descripciones que se nos ofrecen como si fueran, siempre, de primera mano.

Recordemos que muchos de los viajeros-cronistas han conocido, leído,

anotado anteriores narraciones, que las han llevado consigo, que éstas han podido influirlos en alto grado, que, a veces, las han tomado al pie de la letra e incluido en su propia narración.

Recordemos también que algunos viajeros-escritores —como Arnold von Harff— han caído en la falacia de imaginar recorridos que no han cumplido y de dar noticia de ellos, con evidente engaño.

Como los ámbitos que recorren los narradores son muchos, hemos esbozado una división para poder dar un cuadro coherente.

Tomaremos ciertos ámbitos geográficos: Europa, Africa, el Mediterráneo, Constantinopla, Tierra Santa, Medio y Extremo Oriente. Y en ellos —sin demasiada separación de temas para no atomizar al infinito— veremos los aspectos físico, político, urbanístico, social y étnico.

En algunos de esos ámbitos, las formas urbanas se impondrán al viajero con mayor rigor, en otros, lo más atractivo estará constituido por el paisaje natural y sus gentes.

Recoger todas las descripciones puede derivar en fatigosa enumeración, por tanto tomaremos algunos ejemplos de cada región, que sinteticen su carácter y condición y la impresión que ejerció en el ánimo de los transeúntes.

En este capítulo trataremos de lograr preferentemente la visión que el viajero tiene en esos ámbitos cuando su ánimo puede tomar cierta perspectiva y distancia, como si estuviera frente a un cuadro que le agrada o disgusta pero que no se mezcla a su existencia de manera activa.

En otro apartado hemos visto a los viajeros inmersos en esos medios extraños e inhabituales, conviviendo con gentes y naturalezas que les son desconocidas y que se muestran de ordinario agresivas, en ocasiones indiferentes y, en menor medida, benevolentes y hospitalarias.

EUROPA

En lo que se refiere a Europa, hay algunas ciudades que atraen la atención en mayor grado puesto que su ámbito y panorama se imponen de manera lógica a los viajeros. Esas ciudades son las de Italia, sobre todo aquéllas que constituyen el punto inicial de la partida para Tierra Santa, donde se embarcaban los viandantes. Por tanto, Génova y Venecia son las que más frecuentemente aparecen en esos relatos. Ya sabemos que casi todos los peregrinos preferían partir desde Venecia. Por consiguiente, ésta es la que conocemos a través de mayor número de testimonios.

Italia, en general, concita la admiración de los extranjeros. Dice el español Pero Tafur que "Italia es singular cosa de ver"[1].

Venecia

En cuanto a Venecia, la considera "ciudad muy próspera", poblada por "gente muy verdadera".

Los señores venecianos son altos y hermosos. Astutos y sutiles en sus negocios y tratos, están siempre "con sus ojos y oídos bien abiertos". Prudentes, modestos, frugales en sus casas, "fuera de ellas se muestran muy liberales". Cuando nace un veneciano se dice "E le nato un Signore al Mondo"[2].

Han adoptado una larga vestimenta de tipo único, aunque de color diferente según el gusto personal. Cuando se realizan embajadas, sus vestiduras son espléndidas, en ellas se emplean escarlata, terciopelo o brocado[3].

---

[1] P. Tafur, pp. 21 a 35.
[2] P. Casola, p. 143.
[3] *Ib.*, p. 144.

No mencionaremos por lo menudo la apariencia de las venecianas. Todo en ellas revela cuidado y artificio, pues gustan —tanto las humildes como las señoras importantes— "ser vistas y mirar".

Llevan los vestidos generosamente escotados y lucen alrededor de sus cuellos espléndidos collares, sobre todo de perlas. Rubíes y diamantes adornan sus dedos. Con sutiles afeites tratan de embellecer sus caras. Tanta preocupación por agradar hace que no se oculten demasiado cuando encuentran a un hombre por la calle, "inesperadamente". Son pequeñas y por ello utilizan una especie de coturnos que las hacen aparecer gigantescas y que les quitan estabilidad al caminar, para no caer tienen que ser auxiliadas por esclavas en las que se apoyan[4].

Muchas llevan pelucas que se venden sobre todo en Piazza San Marco. El falso cabello o el propio es peinado con rizos que caen sobre los ojos[5].

Pero volvamos a la descripción de la ciudad.

Poggibonsi alaba el puerto al que cree "il più reale porto al mondo"[6], allí se encuentran toda clase de navíos para cualquier necesidad.

Fray Félix la califica de "maris magni dominam" ("señora del mar mayor")[7]. Para lograr conservar este poderío marítimo, lógicamente ha de contar con buenas embarcaciones construidas en su propio ámbito. En consecuencia, en ella "está una ataraçana, la mejor que ay en el mundo nin de más artellería é cosas neçesarias al mareaje..."[8].

El arsenal completa la labor de los astilleros pues guarda todos los armamentos necesarios para la defensa y ofensa de la conquistadora potencia marinera: "allí vimos el admirable aparato bélico de la república y los armamentos para la guerra naval, ecuestre y pedestre"[9].

Pero Tafur nos dará la descripción de numerosas ciudades de Italia puesto que —llegado a Venecia, al informarse sobre el pasaje a Jerusalén— conoce que el navío sólo partirá al cabo de tres meses. Por tanto, en la espera, decide visitar Italia[10].

Pero, entre otras cosas, Venecia atrae especialmente su atención. Dice que es una ciudad populosa, que tiene una gran extensión rural a su alrededor. El número de casas corresponde a una gran población, puesto que se calculaba habitada por 70.000 vecinos. Por cierto, su condición de

---

[4] *Ib.*, p. 145.

[5] *Ib.*, p. 144.

[6] N. da Poggibonsi, p. 3.

[7] F. Fabri, t. I, p. 83.

[8] P. Tafur, p. 214.

[9] F. Fabri, t. I, p. 101.

[10] P. Tafur, p. 20.

puerto hacía que en ella se encontrara siempre gran cantidad de extranjeros. Dada la calidad de las familias que la poblaban, los servidores eran numerosísimos y —nos informa Tafur— eran especialmente esclavos.

Este viajero detalla también el aspecto de las casas a las que califica de "notables", puesto que son altas, con muchas chimeneas, con ricas portadas y ventanas que se asoman a la calle, labradas en oro y azul. Las fachadas de esas residencias presentan la calidad y adorno de los mejores mármoles. Estas mansiones implican la existencia de ricas familias. Allí habitan poderosísimos linajes, muchos de ellos nobles, se pueden mencionar al marqués de Chipre, al de Ferrara, al de Monferrato "y a otros señores y caballeros que tenían allí sus magníficas casas"[11].

Casola lamenta que el palacio de los Sforza esté inconcluso pues "estoy seguro que el palacio sería magnífico si estuviera acabado"[12].

Fray Félix Fabri dice que recorrieron la ciudad admirando "las grandes construcciones que los señores venecianos han hecho hacer. Y nos asombramos de tantos gastos porque del mar y de las aguas surgen grandes muros. Y allí existen muchos nuevos cimientos"[13].

Todo es maravilla por esa ciudad "que se alza admirablemente sobre las aguas, que cuenta con altísimas torres y excelentes iglesias, con casas y palacios eminentes".

"Nos asombraba ver moles tan pesadas y tan altas estructuras alzadas sobre las aguas"[14].

Poggibonsi también se hace lenguas de la nobleza de las numerosísimas moradas: "la ciudad está colmada de bellísimas casas y posee muchos campaniles y algunos —puesto que están inclinados— parece que caen, debido a los malos fundamentos, ya que en razón del mar no se pueden hacer mejores cimientos"[15].

En general, todos los viajeros aparecen impresionados por la riqueza de la ciudad. Tafur insiste en el hecho de que, en ella, vive gente muy rica y alude a la fiesta de Carnaval que se celebra en el palacio del *dux*. Describe los disfraces, las ricas vestimentas de los asistentes, "que fizieron momos, é venían dos galeas por mar, é fingieron que la una traya al Emperador, é en la otra un maestre de Rodas, vestido de velludo negro...". Las damas

---

[11] *Ib.*, p. 209.

[12] P. Casola, p. 128.

[13] F. Fabri, t. I, p. 102.

[14] *Ib.*, t. I, p. 83.

[15] N. da Poggibonsi, pp. 2-3.

recibían a tan peculiar comitiva "é ciertamente yo vi tal que mudó tres vestidos en aquella fiesta..."[16].

El mismo tiempo de celebración se impone a los restantes viajeros puesto que todos llegan en el momento de Carnaval. "Asistimos a menudo a danzas públicas y a banquetes privados y públicos porque era tiempo de Carnaval".

Otra de las celebraciones que atraen a los extranjeros es la fiesta del desposorio del *dux* con el mar. Esa es, en verdad, una grandísima fiesta, en que la ciudad muestra sus tesoros, mientras que los habitantes ostentan sus mejores joyas y ropajes.

Dice Von Harff: "Entonces vi algunas mujeres muy jóvenes hermosamente adornadas con espléndidas vestiduras y joyas. Un comerciante, que me mostró la esposa de un joven y rico ciudadano que tenía cuello y manos cubiertos con costosas y hermosas joyas, me dijo que, en su opinión, valían más de 600.000 ducados. Esto fue confirmado por otros, en caso contrario no lo hubiera creído".

"Estas mujeres pintan sus rostros con colores de manera que a la noche aparecen feas, cuando el calor hace desaparecer esos afeites. Las doncellas cubren sus rostros con una tela negra transparente. Además, las mujeres caminan con altas suelas cubiertas con tela, de una altura de tres de mis dedos, por esto marchan con tal dificultad que uno tiene piedad de ellas. Tanto doncellas como mujeres van así por las calles"[17].

Por supuesto, grande es la magnificencia del atuendo del *dux* y de la fusta que lo llevará al lugar en que debe arrojar el anillo que simbolizará la unión de Venecia con el mar. El navío —el Bicentauro— es mayor que otras fustas, un tercio más larga y dos veces más ancha. Sus remeros —trescientos hombres— no se ven, puesto que están ocultos, bajo cubierta[18]. El adorno de toda la galera es excepcional, los toldos están constituidos por ricos paños de oro, la nave se muestra pintada a la manera de un tabernáculo, el piso está cubierto de hermosas tapicerías[19].

Los hombres importantes —y los extranjeros especialmente dignos de nota— suelen llevar cruces y pendones labrados en oro en la procesión que acompaña, con la solemnidad debida, al *dux*.

Tal es la cantidad de embarcaciones que navegan junto al navío del *dux* —más de cinco mil naves más pequeñas— que el mar desaparece[20]. La

---

[16] P. Tafur, p. 210.

[17] A. von Harff, pp. 64 y ss.

[18] Ver *Naves*.

[19] P. Casola también describe esta fiesta con cuidado, P. Casola, pp. 146 y ss.

[20] P. Tafur, p. 198.

solemnidad del momento está precisamente subrayada por la gran cantidad de embarcaciones que se apretujan por "el ruido de las bombardas y el sonido de las trompetas y de las voces de los que cantan, al punto que parece que el mar se mueve"[21]. Según fray Félix, en este espectáculo no se encuentra mujer alguna "pues se trata de un asunto de hombres"[22].

Luego de realizarse la bendición del anillo del dogo, toda la ciudad celebra tan fausto acontecimiento con múltiples juegos. Algunos cronistas describen con cuidado las procesiones y celebraciones a que daba lugar.

Gran golpe de gente acompaña a la procesión constituida por el patriarca, los miembros del clero, todas las congregaciones religiosas, por el *dux* y su senado, por todas las agremiaciones. Procesión en que cada uno de sus miembros aparece con estandartes, luminarias, relicarios, cruces y que, desde la iglesia de San Marcos, se dirige al mar.

Los viajeros se muestran siempre asombrados por esa ciudad que surge del mar, en la que los navíos andan por sus calles. Sólo en las más estrechas la gente transita a pie y, donde los navíos no pueden entrar, hay puentes[23].

El señor d'Anglure —además de alabar su belleza— dice que Venecia está "toute assise en mer"[24].

Tafur compara —como siempre, el ámbito que ve con su Castilla natal— y dice que, así como en ésta cada habitante tiene una bestia para cabalgar, aquí tiene barco y paje para que reme. Esas embarcaciones llevan estrado y sillas y tienen lugar para una o dos personas. Son pequeñas, puesto que los canales no permiten el paso de grandes embarcaciones[25].

La costumbre de atar los navíos a la puerta de las casas de los señores asombra a algunos narradores. Fray Félix detalla su entrada en la ciudad por el canal mayor, a través del cual se dirigieron al Rialto mientras miraban las casas "estupendas tanto por su altura como por su belleza". Describe el camino a través de los canales hasta llegar a su hospedería, llamada de ordinario de San Jorge, pero vulgarmente denominada, en lengua alemana, *zu der Fleuten*. Anota de qué manera eran los embarcaderos: "descendimos de la barca y del mar y por sesenta escalones de piedra ascendimos a nuestras cámaras..."[26].

Venecia es una ciudad que necesita abastecerse de elementos fundamentales para la vida, de los cuales carece.

---

[21] Ver *Naves*.

[22] F. Fabri, t. I, p. 98.

[23] P. Tafur, p. 204.

[24] O. d'Anglure, p. 3.

[25] P. Tafur, p. 204. También P. Casola, p. 141.

[26] F. Fabri, t. I, p. 83.

"La barca va a tierra firme para las cosas necesarias e, incluso, para el agua"[27]. Tafur describe las embarcaciones que cargan agua dulce. Traen la necesaria para la vida de la ciudad aunque también en ella se hallan cisternas en cada casa e incluso fuentes comunales[28]. A pesar de la necesidad de procurarse en otras partes del mundo los elementos de subsistencia, es ciudad colmada de todos los bienes de la tierra: "Por çierto, tal es este regimiento, que yo no vi tierra tan abastada nin tan grant mercado de los bevires; é paresçe que la fruta, que nasçe en España, que allí está tan fresca é tan de barato, é ansimesmo la que viene de la Suria, ó si quier de la India, porque éstos navegan por el mundo, é trayendo sus mercadurías, traen otras cosas para el bivir de la gente..."[29]. Por cierto, Venecia es un emporio. Allí se acumulan mercaderías de toda clase en cantidades inestimables. Algunos comestibles y el grano se vendían en lugares especialmente destinados a ellos. Existía un *Fondacco della Farina* desde 1493, los panaderos se encontraban sobre todo en la plaza de San Marcos y, además, por cierto, a través de toda la ciudad. El pescado —abundantísimo— se concentraba en San Marcos y en Rialto, lo mismo que la fruta y la verdura de toda clase, muy barata a pesar de que llegaba de una distancia de treinta y cinco millas[30].

El momento de embarcar coincidía con la época en que se vendían muchas perdices. Allí se encontraban diversas variedades de queso y manteca, lo mismo que de vinos: griegos, blancos y rojos. En cambio, la carne era poca y mala[31].

Pero, además de los comestibles, en ese emporio se hallaban: tapicerías, brocados, cortinados de todo tipo, manteles de toda suerte, infinidad de especias y drogas...[32].

Todos los escritores hablan de la gran cantidad de iglesias que adornan la ciudad. El señor d'Anglure se refiere a ellas —y como los demás, en particular fray Félix Fabri— a las "plusieurs sainctes reliques..."[33].

Entre las iglesias, la principal es la de San Marcos. Tiene capillas a la griega, con coberturas de plomo, en el interior el adorno implica el fino mosaico en las paredes, el suelo es también de mosaico pero más grueso y de colores.

---

[27] P. Tafur, p. 205.
[28] Ver también P. Casola, p. 132.
[29] P. Tafur, p. 209.
[30] P. Casola, p. 131.
[31] *Ib.*, p. 130.
[32] *Ib.*, p. 129.
[33] O. d'Anglure, pp. 2 y ss. También P. Casola, pp. 134 y ss.

Tafur se muestra admirado por el tesoro de esa iglesia, sobre todo por el retablo llamado la Palla[34].

Menciona los cuatro caballos que se trajeron de Constantinopla y la plaza que se encuentra junto a la iglesia. La compara con la de Medina del Campo, dice que es mayor que ésta. La describe, enladrillada, a su alrededor se encuentran casas con portales. Allí se celebra todos los jueves un mercado "mejor que el de Torre del Campo, aldea de Jaén"[35].

A un costado de esta plaza, se ve una torre "tan alta como la de Sevilla", de gran belleza. En esa plaza —como en todas las de las ciudades italianas— la vida está reglada por las campanas. Según sean sus toques, se sabe que llaman a misa, a oración o a una reunión política. También en ese ámbito se hallan dos columnas "muy gruesas y muy altas", sobre una de ellas se encuentra la estatua de San Jorge y el dragón, sobre la otra, San Marcos. "También las trajeron de Constantinopla".

Suntuoso es el palacio del *dux* y de su familia, suntuosas las diversas estancias de la residencia. Salas muy ricas, decoradas con mármoles y con exóticos adornos como son los cueros "de esas bestias llamadas cocatrices [cocodrilos] que el sultán de Babilonia mandó a la *Signoria*". "Es notable palacio"[36].

Fray Félix nos hace penetrar en el palacio ducal. Puesto que los señores a quienes acompaña traen cartas de presentación del archiduque de Austria, se dirigen al palacio del *dux*. Pasan por salones diferentes hasta llegar al lugar de reunión del dogo y de los senadores. Allí, uno de los señores presentó —de acuerdo a la etiqueta cortesana— la misiva, según dijéramos[37].

Casola habla con detalle tanto del exterior del palacio —con sus pórticos de hermosas columnas de mármol y las cortes de los tribunales de justicia que allí sesionan— como del interior. En éste se suceden los salones riquísimamente decorados, muros y cielorrasos alternan mármoles de diversas procedencias y pinturas: la sala en que aparece la historia de Federico Barbarroja y de Alejandro IV, el gran salón del Consejo o *dei Pregadi*, en donde se encuentra el trono del dogo "mucho más alto que los otros". Inclusive las habitaciones privadas son de gran riqueza, la decoración emplea mármol, pórfido y madera tallada. Palacio admirable pues, "me aventuro a decir que es el más hermoso de Italia", dice Casola quien aclara, que ha visto muchos otros palacios principescos, sin que ninguno pueda comparársele[38].

---

[34] P. Tafur, p. 200.

[35] *Ib.*, p. 206.

[36] Ver *Fauna exótica*.

[37] Ver *Piratería*.

[38] P. Casola, p. 127.

En general, la ciudad de Venecia se presenta como un lugar limpio, bien embaldosada y enladrillada, no hay en ella bestia alguna, no hay lodo ni polvo. La ciudad está tan bien canalizada que, "aunque llueva mucho, nunca se la ve fangosa"[39]. "La mar crece y mengua y saca las suciedades de los lugares". "A veces, dicen que se infecta el aire, por ello queman fuegos, perfumes, traen consigo muchos olores y se muele especiería por la calle"[40].

Los viajeros anotan casi siempre los mismos tópicos de maravilla y asombro. Adorno dice que hay "tres cosas dignas de admiración en esta ciudad: 1º, la plaza de San Marcos, 2º, el tesoro de la ciudad, 3º, el arsenal". Al describir la plaza de San Marcos, repite los mismos temas que han analizado otros. Los caballos "que han traído de Constantinopla", el palacio "realmente bello" y que comporta muchas hermosas salas. La plaza frente al palacio y las columnas de mármol que —aunque no lo menciona— sustentaban las estatuas de los santos patronos de la ciudad[41].

Venecia cuenta con diversas instituciones de caridad, entre otras, hospicios para viejos marinos[42]. Además, los gobernantes llevan a cabo una política de ayuda y socorro respecto de las gentes modestas y de los extranjeros. "En el regimiento público se tienen esta manera: vino é pan, farina é açeyte, é otras cosas que son para mantenimiento, non las puede comprar çibdadano ninguno, salvo la gente extrangera é la gente pobre, é á éstos se les da á tal preçio, que paresçe que non ganan nada los que lo traen de cabo del mundo, porque la Señoría lo paga porque aya factura, é, como dixe, los pobres é los estrangeros non ayan mengua"[43].

De manera evidente, la ciudad impresiona a todos aquellos que la visitan, que en ella esperan el navío que los trasladará a Oriente en peregrinación o por negocios.

Fray Félix tiene tiempo de escudriñar la ciudad minuciosamente dado que pasa un mes en ella, antes de la partida de su nave. Además, lo hace con su particular sentido del detalle y con su capacidad de curioso interés. Puesto que se han propuesto —él y sus compañeros— aprovechar el tiempo de que disponen de manera piadosa, diariamente visitan un templo diferente. Por supuesto, realiza el elenco cuidadoso de las reliquias que se encuentran en cada uno de ellos.

Ese propósito estaba determinado por su condición de peregrinos pero también —como explica en otro lugar— la situación de Venecia impide toda excursión a prados, selvas o huertos y su piadoso empeño no permite

---

[39] *Ib.*, p. 128.

[40] P. Tafur, p. 211.

[41] A.-J. Adorno, p. 483.

[42] *Ib.*, p. 485.

[43] P. Tafur, pp. 208-209.

torneos ni competencias guerreras. Entre los templos que visitan se encuentra el de San Pedro Mártir, en Murano. Esto les da oportunidad de ver los talleres de vidrios "en los cuales, merced a un arte sutilísima realizan instrumentos vítreos, multiformes. Y en todo el mundo no hay artífices vidrieros tales como éstos. Hacen preciosos vasos de cristal, allí se ven también otras cosas admirables"[44].

Pero si fray Félix y sus compañeros admiran la labor de los vidrieros, también se interesan por los trabajos de artesanos más modestos cuyos productos alimentarán los largos días de navegación que les esperan. Visitan, en efecto, los hornos de los pasteleros donde se confeccionan las galletas que han de embarcar los navíos para alimento de tripulación y pasajeros[45].

Algunos viajeros muestran curiosidad e interés por el regimiento de la ciudad. Así, por ejemplo, Pero Tafur quien habla de la condición del *dux* y de la manera de gobierno de la ciudad.

"Los veneçianos tienen por ley de non fazer Duçe, nin dar ofiçio de regimiento sinon fuere hidalgo de natura, é perpétuo sinon faze por que gelo quite..."[46]. El *dux* recibe ocho mil ducados para su mantenimiento, "esto es, se entiende, para su familia, que todo el otro estado la Señoría lo paga aparte..."[47]. Habla de cómo se dan a conocer las resoluciones tomadas y las novedades políticas, cada domingo, tañe la campana "de plegaria, que es ayuntamiento" y reunidos los gentileshombres —que él llama, según su uso español, "fidalgos"— se da noticia de lo acontecido, salvo de las decisiones del consejo secreto. Alaba la magnificencia de ese palacio —que refleja el poderío de la ciudad— al decir "é allí paresçe una corte real, é á las puertas del palaçio tantos barcos é pajes bien ataviados como acá bestias..."[48].

Rumbo, pompa, riqueza, abundancia... tal es la imagen que Venecia deja en los viajeros-testigos; en sus narraciones aparecen, indudables, la admiración y el asombro.

---

[44] F. Fabri, t. I, p. 93. Ver *Preparativos*.

[45] *Ib.*, t. I, p. 97.

[46] P. Tafur, p. 208.

[47] *Ib.*, p. 216.

[48] *Ib.*, p. 208.

Génova

Otra de las ciudades italianas que los narradores presentan con detalle es la de Génova. Clavijo, que llega desde España, describe previamente la costa de la ciudad. Desde seis leguas antes de llegar a ella se la ve bien poblada, con hermosas casas y vergeles[49].

Sabemos que los Adorno —contra lo que era habitual en los peregrinos— decidieron partir desde Génova hasta Tierra Santa. Anota Juan Adorno: "Me ha parecido la más ilustre y la más bella de las ciudades de Italia. No sé si nuestros sentimientos hacia nuestro lejano abuelo, Opicino Adorno, nativo de Génova, nos engañan y nos inducen a error pero no creo haber visto ciudad de aspecto tan amable, a excepción de Damasco". Recordemos que esos Adorno, aunque ya no genoveses, tenían el tronco familiar en la ciudad.

Sus elogios son absolutos: "ninguna ciudad de Italia es tan fuerte", por ello los italianos la llaman Génova la soberbia, la magnánima y la fuerte, mientras atribuyen otros calificativos a las demás ciudades. Milán, es la populosa y la grande, Florencia, la bella, Venecia la rica y admirable, Nápoles, la elegante y noble, Ravena la antigua[50].

Su visión es positiva, dice que "quien ascienda a la torre del faro tendrá una vista de conjunto de esta ciudad agradable y riente". Se hace lenguas de su gran antigüedad, en lo que coincide con la opinión de Pero Tafur[51]. Según Adorno, la ciudad nació 227 años antes de la fundación de Roma.

Génova está encerrada en una doble muralla —antigua y nueva—. Grande es la belleza de sus mansiones, de mármol con puertas de hierro, "todo en la ciudad sirve a su embellecimiento"[52].

Entre los magníficos edificios que las murallas protegen hay numerosas iglesias y, entre ellas, la catedral, de mármol, que cuenta con quinientas columnas, "no existen en el mundo tantas columnas ni tan bellas". La ciudad tiene un "admirable camposanto"[53].

La estructura urbana ofrece calles angostas, "estrechas y exiguas". Adorno excusa esa aparente contradicción con las excelencias que ha mencionado, diciendo que "no contribuyen a su belleza, pero que son útiles a su defensa"[54].

En ellas se levantan casas, que en verdad son torres de cuatro o cinco

---

[49] R. G. de Clavijo, p. 246.

[50] A.-J. Adorno, p. 43.

[51] P. Tafur, p. 12.

[52] A.-J. Adorno, p. 51.

[53] *Ib.*, p. 43.

[54] P. Tafur, p. 12.

pisos. Las plazas que la adornan son de pequeñas dimensiones y siempre están muy limpias, "en todo el invierno no hay traza de barro"[55].

En cada plaza y en cada calle hay una fuente que recibe el agua canalizada artificialmente y que la distribuye por medio de tubos y de conductos.

Fuera de las mencionadas murallas —a distancia de cuatro o cinco millas— se ven casas, muy altas y vastas, que más parecen "castillos que casas". Son propiedad de los ciudadanos ricos. Los habitantes son "gente de gran industria y poco viciosa". Pues la tierra no permite el excesivo deleite, esos hombres son "serios y razonables"[56].

Tierra pobre y mar sin peces, han determinado que esas gentes acudieran a otras actividades para sobrevivir. Es gente muy pujante en el mar, "riquísima y bien ordenada". Esa riqueza se logra merced a su comercio marítimo, mediante sus excelentes naves, "especialmente sus carracas son las mejores del mundo".

Su poder se extendería por doquiera, si no fuera por los bandos políticos que separan a sus ciudadanos que han elegido regirse comunalmente.

Ese poderío marítimo está, por supuesto, en relación con su ubicación y con su puerto que es un "buen puerto con muelle, torre y faro".

Extendido y de gran profundidad, recibe a grandes navíos, tan "grandes como castillos". Tres escolleras penetran en el mar como puentes sin bóvedas ni pilotes. Están construidos en mármol y en piedra muy costosa. Sobre un promontorio rocoso que cierra la otra extremidad del puerto se eleva una altísima torre llamada Capo del Faro, sobre la cual luce una linterna —alimentada con aceite— para guiar a los navegantes que buscan el puerto en la noche.

Esa posibilidad de dominar, por medio del mar, le ha conquistado un importante imperio territorial, "posee muchas ciudades e islas, en Constantinopla tienen una ciudad llamada Pera". También les pertenece Cafa "una vez y media mayor que Sevilla". En Tana y en Turquía poseen castillos.

Pero Tafur —cuidadoso y observador— describe las características físicas de los genoveses, gente "muy hermosa de color pero no de facciones". Son muy altos y esa altura implica belleza puesto que —según dice— la mujer más alta es la que logra mayor dote. Las mujeres son castas y las viudas no realizan un segundo matrimonio[57].

Génova aparece a los ojos de los viajeros muy sólida y poderosa pero, ciertamente, menos bella y ostentosa que Venecia.

---

[55] A.-J. Adorno, p. 51.

[56] *Ib.*, p. 47.

[57] P. Tafur, pp. 12-14.

MEDITERRÁNEO

El tránsito por el Mediterráneo —viaje peligroso y angustiante, lleno de imprevistos acontecimientos— llevaba a los viajeros por numerosos puertos del Mediterráneo, escalas previstas unas, otras impuestas por las circunstancias.

Esos itinerarios conocen hitos más o menos fijos pero, como analizar todos sería demasiado prolijo, elegiremos algunos de esos puntos. En general, los viajeros mencionan —al arribar a un lugar determinado— situación política, descripción de ámbito físico y urbano, mención de las características de los habitantes, agregando a todo esto, las peripecias e impresiones personales.

Por cierto, las islas jalonan el itinerario y se presentan, con su rica y feraz naturaleza, como verdaderos paraísos a los ojos de los viajeros-narradores[1].

Rodas

Es uno de los puntos a que obligatoriamente arriban los viajeros. "Isla pétrea en el litoral pero buena y fértil en el centro"[2]. En ella el clima es temperado, propio a la meditación, "propter aerem bonum ad ingenia hominum confortatem..." ("porque el aire es propicio para estimular el ingenio...")[3].

Posesión anterior de los turcos, en el siglo XIV pertenece a los Caballeros del Hospital de San Juan.

La ciudad, no muy grande, está situada en llanura, junto al mar. Tiene una puerta grande y muy hermosa, además de estar muy bien guardada.

---

[1] F. Fabri, t. I, p. 153.

[2] L. de Sudheim, p. 23.

[3] A.-J. Adorno, pp. 360-361.

Y su puerto está provisto de dos muelles "e entre medio de amos lados, es puerto do están las fustas"[4]. En esos muelles hay catorce molinos de viento[5]. En los alrededores de la ciudad hay huertas que producen numerosos frutos: cidras, limas y limones. Las opiniones de los viajeros están divididas al respecto. Según Adorno, los frutos son pocos, tal vez por la hostilidad y la agresión que los turcos ejercen continuamente contra los agricultores[6]. El vino se da en mayor abundancia[7], las carnes son raras, sólo se obtienen perdices y otras aves de caza[8].

El señor d'Anglure subraya sus bellos huertos plenos de frutos, con higueras especialmente[9]. El señor de Caumont nos la describe plena de bienes[10].

Rodas constituye escala de mercaderías que llegan de todos lados pues ningún navío puede ir a Alejandría ni a Jerusalén si no pasan por esta isla. La región se encuentra muy cercana a Turquía —que se divisa desde ella— y sus habitantes son griegos[11].

Hay un castillo separado del ámbito urbano. Se encuentra también la fortaleza de los caballeros de San Juan donde habitan el Gran Maestre y sus hermanos. Dentro, se encuentra el convento y una hermosa iglesia y también el hospital donde se acoge a los enfermos[12].

Tierra bella pero desdichada pues. Todas las desventuras que se abaten sobre ella están determinadas por esos "nephandissimi hostes" ("enemigos execrables") que son los turcos, siempre agresivos y merodeadores.

Chipre

Chipre es otro de los puntos señalados en el itinerario habitual de los viajeros que transitan por el Mediterráneo.

Chipre "nobilísima entre las islas" rica en vino, trigo, frutas, carnes, peces, fertilísima[13].

---

[4] L. de Sudheim, p. 21.

[5] Este dato de L. de Sudheim aparece modificado por N. de Caumont quien habla de dieciséis molinos, p. 82.

[6] A.-J. Adorno, pp. 360-361.

[7] P. Tafur, p. 49; O. d'Anglure, p. 8.

[8] A.-J. Adorno, p. 361.

[9] O. d'Anglure, p. 9.

[10] N. de Caumont, p. 81.

[11] O. d'Anglure, p. 8; R. G. de Clavijo, pp. 21-22.

[12] R. G. de Clavijo, pp. 21-22; N. de Caumont, pp. 83 y ss; O. d'Anglure, p. 9; A.-J. Adorno, pp. 365 y 479.

[13] L. de Sudheim, p. 335.

En ella hay muchas ciudades, fortalezas, villas. A un día de navegación de Egipto, Siria, Grecia, Turquía, Armenia menor y Sicilia "que están casi en círculo", tiene una circunferencia de setenta millas.

La isla posee "las viñas más nobles del mundo". Hay plantas de vid tan grandes "que un hombre no podría rodearlas con los brazos". Los vinos son excelentes, rojos al principio "comienzan a hacerse claros al cabo de un año y se transforman en blancos y perfumados a medida que envejecen"[14].

En ella crecen numerosas hierbas y frutos: limones, cinamomo... Las hierbas que allí se dan son extraordinariamente aptas para "varie mirabilesque mixture" ("variadas y admirables preparaciones"). No hay palmeras ni bálsamo. Hay carneros silvestres, cabritos y ciervos y diversos tipos de bestias feroces. Los numerosos nobles de la región practican la caza con perros, halcones y leopardos[15].

Hay en la isla mercaderes que ofrecen paños de oro y de seda, oro, gemas, perlas y preciosas reliquias.

El autor estampa su recuerdo de cuatro preciosas piezas: carbunclo, perla, esmeralda y zafiro que vio allí y que fueron vendidas al sultán por sesenta millones de florines[16].

Entre las ciudades que ostenta la isla se cuenta, por supuesto, Nicosia. Otrora floreciente, se muestra decaída a los ojos de Adorno[17]. Tiene salida al mar por el puerto de Salinis (Larnaca) ya que está situada en el interior. Marítima en cambio es Famagusta "que tiene un puerto óptimo, allí confluyen mercaderías de griegos, armenios, turcos, sirios, egipcios..."[18]. Además cita a Satalia, en donde se llevan a cabo importantes celebraciones religiosas.

Sudheim dice: "Narrar acerca de otras excelencias de Chipre sería muy largo de contar. Creo que bastan estas pocas"[19].

Fray Félix pasa varios días en la isla pues el patrono tiene que realizar una visita a Nicosia[20]. Como dijimos, algunos viajeros aprovechan la espera para realizar una excursión propuesta por el religioso. Ello les da oportunidad de conocer la isla. Luego de muchas peripecias —que hemos recordado en otro apartado— volvieron al puerto a tiempo para asistir al mercado y trato de los galeotes con los naturales.

---

[14] *Ib.*, p. 336.

[15] A.-J. Adorno, pp. 352-353.

[16] L. de Sudheim, pp. 336-337. Ver *Personajes*.

[17] A.-J. Adorno, pp. 354-355.

[18] L. de Sudheim, p. 336.

[19] *Ib.*, p. 337.

[20] F. Fabri, t. I, pp. 170 y ss. Ver *Los caminos*.

Recuerda también la existencia de salinas en el litoral de Chipre: "y la reina de Chipre recibe mucho dinero de los mercaderes de sal"[21].

Ya vimos que casi todos los alemanes permanecieron en el navío "pues temían el aire de Chipre" ya que, según la opinión común, es nocivo para los germanos[22].

Fray Félix, como alemán, se hace eco de esta conseja. Juan Adorno no cree que el efecto dañino se ejerza sólo sobre los alemanes. En efecto, habla de esa isla en la cual todo es dulce y perfecto, "salvo el aire, pesado, nocivo y pernicioso para todos aquellos que no estén habituados a él, sin hablar del viento, cálido, muy peligroso, que sopla en verano"[23].

---

[21] *Ib.*, t. I, p. 178.

[22] Ver *Enfermedades*.

[23] A.-J. Adorno, pp. 352-353.

AFRICA

Cuando los viajeros dejan Europa, encuentran paisajes y gentes diametralmente opuestos a los habituales, ingresan en un ámbito que, por tan extraño, se les antoja, de ordinario, hostil.

Algunos autores sólo se refieren a las ciudades africanas que tocan al realizar su camino, otros, en cambio, hablan del continente en general. Así por ejemplo, Juan Adorno, quien recuerda a Africa como una de las tres partes del mundo conocidas por los antiguos y la describe, seguramente de acuerdo a conocimientos de información libresca. Aunque, por consiguiente, estos datos no sean elementos logrados *de visu*, nos interesan por representar el saber de un tiempo. Nos referiremos brevemente a esa descripción.

Africa—nos dice Adorno—es desierta parcialmente, puesto que algunas de las regiones que la componen son fértiles. Produce abundante aceite, miel, trigo, vinos y ganado. Entre otros, se encuentran caballos, bueyes, camellos... Animales salvajes pueblan la región desierta, arenosa a veces, otras cubierta de bosques. En ellos, en efecto, se hallan osos, leones, puercos salvajes. Al lado de estos animales existentes indica la presencia de bestias imaginarias, tales como los grifos[1].

En otros viajeros encontramos la descripción del desierto africano, sobre todo de la extensión que lleva al monte Sinaí, que algunos llaman desierto de Babilonia, de esas arenas muertas en donde —como ingenuamente dice Tafur— se "hace" la momia[2].

La descripción es, en general, escueta y se reduce sobre todo a las dificultades de la marcha y a la carestía de provisiones y de refugio. Por supuesto, el paisaje, en su monotonía, no ofrece a los viajeros oportunidad de descripciones detalladas.

---

[1] A.-J. Adorno, p. 65.

[2] P. Tafur, p. 91.

Las palabras de Sigoli son ejemplares: "y anduvimos durante doce días por este desierto sin encontrar ni casa ni techo. Todo este desierto es estéril puesto que allí no nace nada, no hay ni árbol ni hierba viva". En la extensión de este gran desierto alternan llanuras con montañas grandísimas, todas estériles, en algunos lados se encuentra "una gran llanura de arena blanca sutilísima y mórbida como si fuera seda". El mismo viajero habla de las características de las dunas del desierto que se suceden unas a otras y de la condición del suelo que obliga al viajero a trasladarse montado: "no se puede andar a pie puesto que constantemente te enterrarías hasta las rodillas, de manera que en seguida te cansarías..."[3].

Las molestias del tránsito son muchas, sobre todo la carencia de albergues y provisiones que ha señalado Sigoli y de que se hace eco también Tafur: "non ay poblado, é conviene levar los camellos todas las cosas nesçesarias ansí para las gentes como para ellos"[4].

Nilo

Entre las muchas peculiaridades geofísicas de Africa, los viajeros destacan especialmente el río Nilo. Casi todos hablan del desconocimiento de sus fuentes y de la feracidad de sus orillas. Admiración y un sentimiento de misterio aparece en los narradores cuando se refieren al río que es —en la concepción aceptada sin reservas— uno de los cuatro ríos del Paraíso terrestre[5].

Adorno dice que su agua es bastante oscura, como la del Tíber en Roma pero que, luego de reposar, se transforma en líquido dulce, nutritivo, digestivo y de maravilloso sabor[6].

Decimos que todos coinciden en hablar de su efecto benéfico sobre las aguas ribereñas. En general, están de acuerdo con las palabras de Ibn Battuta: "El Nilo aventaja a los ríos todos de la Tierra en dulzura y sabor, en la anchurosidad [sic] de su curso y en provecho para los ribereños, pues ciudades y aldeas en sus orillas se alinean sin tregua y no hay parejo en los países habitados"[7].

---

[3] S. Sigoli, p. 125.

[4] P. Tafur, p. 92.

[5] A.-J. Adorno, p. 179; S. Sigoli, p. 89; N. da Poggibonsi, p. 106.

[6] A.-J. Adorno, p. 179.

[7] Ibn Battuta, *A través del Islam*, ed. Serafín Fanjul y Francisco Arbós, Madrid, Editora Nacional, 1981, p. 136. Ver también N. da Poggibonsi, p. 106; A.-J. Adorno, p. 179.

Las gentes dependen de sus aguas pues "si se quitara el agua, la tierra quedaría despoblada"[8].

La navegación que lleva a los viajeros por el río Nilo les ofrece paisajes, fauna y flora exóticos. En medio de su curso se hallan islas cuya circunferencia puede llegar a varias millas. En ellas se encuentran extrañas especies vegetales y minerales, exóticos animales, entre otras cosas: bosques de áloe, hierbas de las que se extrae gran cantidad de índigo[9]. Los frutos son innumerables: higos, naranjas, sandías, limones, manzanas... A estas especies conocidas se agregan otras cuyos nombres no se han podido transcribir puesto que son totalmente ignorados en Occidente, el intérprete no ha sabido traducirlos en lengua conocida[10].

En las islas abundan las piedras de cornalina. Además, se encuentran animales venenosos "ad modum serpentum" ("a la manera de las serpientes") como el cocodrilo[11]. También otras más gentiles criaturas, grandes y blancos pájaros que, por la descripción, parecen cacatúas, aves del paraíso de muchos colores[12].

En general, las ciudades africanas que reciben mayor atención son El Cairo y Alejandría. Pero, también, hay otras a las que se refieren los viajeros. Una de ellas es Ceuta, mencionada por el español Tafur[13]. Permanece allí un día porque tiene que seguir la ruta de carga del navío que lo transporta. "E estuvimos este día en Çepta, é yo anduve mirando la çibdat éfuera della, la qual me paresçio mucho bien, é muestra aver seydo grant pueblo...". A pesar de ser tierra áspera y montañosa, podría ser "una de las nobles cosas del mundo" puesto que tiene buen puerto "é muchas tierras, é frutas, é aguas". Ciudad fortificada, está rodeada de sierras en las que se encuentran muchas bestias peculiares para los ojos del europeo: "se crían más leones reales que en parte del mundo, é puercrespines, éximios, é onças, é ossos, é puercos infinitos..."[14].

---

[8] P. Tafur, pp. 108-109.

[9] S. Sigoli, p. 91.

[10] A.-J. Adorno, pp. 182-183; N. dei Conti, p. 190.

[11] A.-J. Adorno, pp. 180-181.

[12] N. da Poggibonsi, p. 101.

[13] P. Tafur, p. 7.

[14] *Ib.*, p. 8.

Cairo-Alejandría

Pero decimos que son sobre todo El Cairo y Alejandría las ciudades que se llevan las palmas en lo que se refiere a concitar la atención de los viajeros.

En cuanto a El Cairo se considera —según los narradores— de manera diversa, ya formando una unidad con Babilonia, ya como separada y diferente de ella. Aquí las trataremos como si constituyeran una sola entidad.

Para Adorno, Cairo y Babilonia son, en realidad, dos ciudades que se tocan. Frescobaldi asevera: "llegamos a El Cairo y Babilonia que es casi una misma cosa..."[15].

Para Tafur, Babilonia está dividida en tres partes: una, Babilonia, la mayor, la segunda, Cairo, la tercera, Mistre.

Es una ciudad que —en la antigüedad— poseía "muchas casas notables é muchos jardines, é aún ençima de los terrados, é de grandes árboles, é muchas cuevas, é muchas çisternas que traen el agua del Nilo"[16].

Poggibonsi considera que hay dos Babilonias. Describe las murallas que rodean el primer conjunto y sus características. Es —en la actualidad del viajero— una ciudad desierta[17]. En cambio en la otra —en realidad se trata de El Cairo— "àcci tanta gente ch'è uno stupore a dire"[18].

En la narración de Adorno-da Santo Stefano se cita como "Chayro, cità di Babilonia" y dicen que la ciudad, con la corte del sultán, era "non manco bella... che quella di Roma"[19].

Frescobaldi también compara Cairo-Babilonia con otras ciudades italianas. Venecia y Ancona no son puertos tan importantes como la ciudad africana, en ella se hallan barcos de gran tonelaje, un tercio de todos los navíos que allí se encontraban tenían, por lo menos, cuatrocientas toneladas[20].

Cairo —según Tafur— "es la más poblada y la más rica de las ciudades"[21]. También Sigoli habla "de la noble ciudad de El Cairo"[22].

Según el señor d'Anglure es "ciudad maravillosamente grande" y muy

---

[15] L. Frescobaldi, p. 44.
[16] P. Tafur, p. 89.
[17] N. da Poggibonsi, p. 110.
[18] *Ib.*, p. 112.
[19] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 216.
[20] L. Frescobaldi, p. 46.
[21] P. Tafur, p. 89.
[22] S. Sigoli., p. 109.

poblada tanto de musulmanes como de otras gentes. Alude a la malquerencia que los europeos despiertan en la población, puesto que, dice, entraron de noche para no ser perturbados por los sarracenos.

Elogia las construcciones de esa ciudad. Son las mejores casas que han visto de camino y describe sus trazas: de techos planos, generalmente construidas con madera, piedra y yeso[23].

Los viajeros hablan también de los baños existentes en la ciudad[24], de las sesenta mil tabernas donde se ofrecen viandas cocidas. Todo en la ciudad es agradable pues posee "bellas fuentes, bellos jardines, bellos árboles..."[25].

Rica es por la gran cantidad de mercaderías que a ella arriban "en particular toda clase de especiería"[26]. Llegan desde las dos Indias (mayor y menor) y —luego de atravesar el Mar Rojo— son descargadas en el puerto de Santa Catalina, al pie del monte Sinaí. Posteriormente, a lomo de camello llegan a El Cairo, cumplidas las trece jornadas del desierto en donde "no se encuentra casa ni techo algunos, todo es sólo montañas y llanuras de arena, piedras y grava".

Rica es también la ciudad por las piedras preciosas que allí se venden: perlas y esmeraldas, rubíes, turquesas, topacios "y otras muchas joyas"[27].

Uno de los viajeros italianos —micer Francesco Rinuccini— compró allí una joya para su mujer que —muerto él en Damasco— sus compañeros se encargaron de hacérsela llegar.

Esta visión de riqueza y abundancia es repetida por casi todos los viajeros. También Pero Tafur escribe que la mayor cosa para ver en Cairo-Babilonia es su alcaicería en donde se encuentran los variadísimos productos que llegan de India ("é quien podríe dezir quantas cosas deçienden de la India é se reparten por todo el mundo"): perlas, piedras, especiería, perfumes "e toda cosa odorífera", sedas y lienzos...[28]

El viajero habla de la alhóndiga de Babilonia, que le parece especialmente atractiva, "donde se albergan los xpianos, é sacamos todo lo nuestro del navío é aquella noche reposamos en aquella casa"[29].

En la ciudad, los productos almacenados se mercan al por menor y al por mayor.

---

[23] O. d'Anglure, p. 59.

[24] F. Fabri, ed. Masson, t. II, p. 511.

[25] P. Tafur, p. 60.

[26] S. Sigoli, p. 110.

[27] N. da Poggibonsi, p. 103.

[28] P. Tafur, p. 117.

[29] *Ib.*, p. 77.

Tan grande es el trato que se reúne en esa ciudad que cada grupo de mercaderes extranjeros tiene su propio *funduk*, especialmente importante, el de los sirios[30].

Los francos cristianos —en cambio— no poseen *funduk* porque no acostumbran a negociar allí.

Entre los comerciantes —lo destacan los narradores con curiosidad— se cuentan mujeres que realizan grandes negocios, sobre todo en caballos[31].

A tal punto llega el tamaño de la ciudad, que Adorno dice que no ha podido evaluar ni sus dimensiones ni la cifra de sus habitantes[32]. Para Frescobaldi en El Cairo hay mayor cantidad de gente que en toda Toscana "y en una calle más gente que en Florencia"[33].

El joven Adorno aporta los datos que le ha proporcionado uno de los trujamanes del sultán. Para calcular la población, se refiere a la peste que azotó el año anterior a la ciudad, en dicha ocasión "morían diariamente de veinte a veintidós mil personas"[34]. A pesar de ello, la cantidad de habitantes es tan grande que no hay casas suficientes para alojarlos. Y, por este motivo, cada noche muchísimas personas tienen que dormir en las calles y ante las puertas de las casas[35].

Se trata de calcular la población de El Cairo a través de las pérdidas que las diversas pestes ocasionaran. En 1476 durante tres meses una epidemia se abatió sobre la ciudad, se calcula que en ese momento —según un exagerado dato recogido por fray Félix— murieron entre 16.000 y 24.000 personas diariamente[36]. Por tanto en tres meses se habrían perdido 124.000 hombres. Durante la peste de 1492 que azotó a la ciudad dos meses y medio, murieron 1.700.000 personas[37].

A tal punto llega el tamaño de la ciudad que Adorno dice que no ha podido evaluar ni sus dimensiones ni la cifra de sus habitantes[38]. Fray Félix se afana por lograr datos ciertos de su extensión. Compara su tamaño con otras ciudades: "es siete veces más grande que la ciudad de París" considerando a ésta en su totalidad. Unas trece veces mayor que Colonia, siendo

---

[30] A.-J. Adorno, p. 188, nota 2.

[31] L. Frescobaldi, p. 46.

[32] A.-J. Adorno, p. 185.

[33] L. Frescobaldi, p. 49.

[34] A.-J. Adorno, p. 185.

[35] F. Fabri, t. IV, p. 100.

[36] *Ib.*, t. IV., pp. 102 y ss.

[37] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 216.

[38] A.-J. Adorno, p. 185.

ésta tres o cuatro veces mayor que Ulm, su propia ciudad[39]. En cifras, cree que tiene unas tres millas alemánicas de largo y una y media de ancho[40]. "Un caballo podría, sin duda, caminar cuatro horas sin detenerse para atravesar la ciudad y diez horas al galope para contornearla"[41]. Su tamaño lo abisma y cree que es la ciudad más grande del mundo, sólo ha encontrado —"en mis lecturas de relación de viaje"— otra que pueda excederla, en una gran isla del Oriente, Sypantya (Cipango); "se dice" que existe "una ciudad tres veces más grande que nuestro Cairo"[42].

Calcula Juan Adorno la extensión de la ciudad por el tiempo que tardaron en recorrerla, partieron acompañados por el guía dos horas antes del amanecer y hubieron de correr para alcanzar su propósito al mediodía.

Fray Niccolò da Poggibonsi anota que "puesto que he llegado a El Cairo quisiera hablar de la nobleza, belleza y magnificencia de la ciudad". Como todos los demás, se hace lenguas de su extensión y gran cantidad de población[43].

El perímetro de la ciudad está calculado en treinta y dos millas, es tan extensa que un correo sólo logra recorrerla en tres días[44].

Sigoli considera que ese perímetro mide treinta millas. La ciudad, sin muros, está protegida por el Nilo en dos lados, en el tercero la limitan un foso "y altísimas casas de ciudadanos en lugar de muros"[45].

Quien desee andar por la ciudad contratará asnos y mulos que llevan sillas y cinchas como los caballos. Tales bestias —numerosísimas— se encuentran en las plazas y en las calles. Suponemos que el número de personas y la cantidad de animales que se agolpaban en la ciudad hacían difícil el tránsito por las estrechas callejas. Porque a esos animales —que podían alquilar los viajeros— se agregaban los camellos que llevaban agua para vender[46] ya que en la ciudad había pocas cisternas y ninguna fuente[47].

Poggibonsi y Adorno nos ofrecen cifras sobre población, bestias, etc. que pensamos están sumamente alteradas o son exageradas.

---

[39] F. Fabri, t. IV, p. 81.

[40] Una milla germánica = 7.407 m.; una milla alemánica = 8.368 m. Félix Fabri, *Voyage en Egypte en 1483 de...*, ed. Jacques Masson, S. J., Le Caire, Institut français d'archéologie orientale, 1975, vol. 2, p. 526, n. 712 y 713.

[41] F. Fabri, t. IV, p. 81.

[42] *Ib.*, t. IV, p. 83.

[43] N. da Poggibosni, p. 102.

[44] *Ib.*, p. 103.

[45] S. Sigoli, p. 109.

[46] A.-J. Adorno, p. 189; N. da Poggibonsi, p. 104.

[47] A.-J. Adorno, p. 193.

Esta ciudad —verdadero conglomerado— acoge a tanta gente "que no se puede caminar por las calles sino hombro con hombro"[48].

Si contamos sólo la guardia del sultán pueden encontrarse quince legiones de caballeros, que corresponden a cien mil caballos. En verdad —aunque no creamos en la verdad de las cifras— lo que importa es la opinión del viajero sobre el gran número de habitantes de la ciudad.

La guardia del sultán es peculiar. "E yendo por las calles veia muchas gentes de una parte é de otra, é dixiéronme que aquellos son los mamalucos, que acá llamamos elches renegados, una grant muchedumbre de gente..."[49]. Estos constituían la guardia del sultán, esclavos que se islamizaban y, a la tercera generación, "quedan moros de natura"[50].

Esos mamelucos, que formaban parte de los cuadros de guardia de los sultanes, de ordinario llegaban a constituirse ellos también en príncipes[51].

Dice Sigoli que el sultán que gobierna en el momento en que él se encuentra en El Cairo "es griego y cristiano renegado y fue esclavo en Siria"[52]. Narra luego de qué manera ascendió hasta el sultanato, historia en que se mezclan crueldades, traiciones y homicidios.

Adorno alude al príncipe que encuentra a su llegada a Cairo. "Como todos los sultanes reside de ordinario en el castillo de El Cairo, de allí sale muy raramente por temor de que, en su ausencia, el poder le sea arrebatado, como él lo quitó a otros por la fuerza".

Lo describe con admiración, lo pinta con breves y certeros trazos. "Es un hombre esbelto, de talla elevada, tan audaz como un león. Es delgado y tiene los cabellos blancos, no hay entre los mamelucos hombre de su edad más valeroso en el combate. Escita de nación, nació en una ciudad cristiana de la gran Sarmantia, cerca de Rusia"[53].

Del mismo modo, Adorno los define como esclavos —ya comprados, ya capturados— que pertenecen al sultán. Al parecer, también eran propiedad de los emires[54].

Según el viajero, eran los amos del país pues elegían de entre ellos quien había de ser el soberano supremo.

De cierta manera constituían una suerte de *magistri militum*, señores de la situación en virtud de su poder militar.

---

[48] N. da Poggibonsi, p. 102.

[49] P. Tafur, p. 80.

[50] P. Tafur, p. 81; A.-J. Adorno, pp. 197 y ss.; S. Sigoli, p. 108.

[51] F. Fabri habla largamente de los mamelucos. F. Fabri, t. IV, pp. 92 y ss.

[52] S. Sigoli, p. 116.

[53] A.-J. Adorno, pp. 197-199.

[54] *Ib.*, p. 198, nota 2.

Así lo dice Adorno más adelante: "y gobiernan todo según su voluntad, sometiendo a los moros a su autoridad"[55].

Los musulmanes están en sus manos pues estos renegados les arrebatan, con frecuencia, bienes y mujeres. "En efecto, los mamelucos son, en general, hombres grandes y bellos, son extranjeros entre los cuales se cuentan muchos griegos, italianos, albaneses, eslavos, rusos y otros cristianos renegados y apóstatas". Al parecer, en el transcurso de los muchos años en que dominaron Egipto y Siria, los mamelucos llegaron desde diversos lugares. Hacia el 1300 eran, sobre todo, turcos, circasianos, griegos, kurdos, turcomanos traídos desde Crimea[56]. En el momento en que Adorno transita por esas regiones eran fundamentalmente de origen siciliano, aragonés o eslavo. Los mercaderes turcos —luego de la dominación otomana de los Balcanes— comerciaron sobre todo con húngaros y albaneses. Húngaros son la mayoría de los que encuentra fray Félix[57].

Adorno continúa con la descripción de sus costumbres y de su aspecto con palabras en que se mezclan la condena y la admiración.

Habla de su destreza en la carrera. "Hemos visto a menudo a los mamelucos recoger sus flechas del suelo sin descender del caballo, continuando su rapidísima carrera con elegancia y nobleza". Constantemente van armados, ya en la ciudad, ya cuando salen de ella. Dentro de los muros ciudadanos llevan una maza y un látigo "con el que golpean a menudo a los moros que encuentran en su camino".

Según la opinión del viajero, viven de la población del país y llevan una existencia de placer. "La vestimenta de los mamelucos es pesada, larga hasta los talones y soberbia. Es diferente de la de los moros, sobre todo por el tocado". Ese tocado conoce mayores o menores complicaciones según sea el rango de quien lo viste. Por supuesto, el del sultán y los de sus dignatarios son especialmente cuidados y ricos.

Algunos —no sabemos si por afán de lujo o por reminiscencias patrias— llevan tocados que no condicen con el caluroso ámbito pero que expresan soberbia y ostentación: "algunos de entre ellos llevan altos bonetes rojos guarnecidos de pieles"[58].

Los naturales también recorren la ciudad en cabalgaduras diferentes, según su condición. Los ciudadanos notables montan asnos y mulas bien enjaezados, sólo los mamelucos emplean caballos. Las mujeres de todas las

---

[55] A.-J. Adorno, p. 199.

[56] *Ib.*, p. 199, nota 2.

[57] F. Fabri-Masson, *ob. cit.*, t. II, p. 551, nota 778.

[58] A.-J. Adorno, p. 201.

condiciones utilizan mulas y asnos, "se sientan, no de costado, sino a la manera de los hombres"[59].

Los musulmanes —según Sigoli— son hombres altos ("molto più di noi") además de ser muy bellos, llevan largas barbas y entre ellos se encuentra gran cantidad de ancianos, que superan los ochenta años y que, sin embargo, se mantienen muy bien "che paiono una maestà a vedere" ("que es una gloria verlos")[60].

Otras muchas peculiares gentes pululan por las calles de Cairo-Babilonia. Por ejemplo, los barberos. Unos, son hombres que llevan un espejo colgado al cuello "que rapan las cabeças é los colodrillos á los moros". Además, hay "otros negrillos de fasta diez años ó doze, é van ansí mesmo dando voçes: quién quiere rapar?, é éstos son los que sirven á las dueñas en aquello que ellas en los baños secretamente suelen alimpiar"[61].

Se mezclan pues los gritos y pregones de quienes ejercitan diversos oficios: "fasta los coçineros traen colgado un brasero é fuego é ollillas de guisado para vender, ótros platos con frutas, é ynnumerable gente que anda á vender el agua ansí en los camellos como en los asnos é ótros á cuestas, porque la gente es mucha é non ay otra agua synon de aquella rivera..."[62].

Fray Félix también habla de los portadores de agua y de los mercaderes ambulantes de El Cairo[63].

Todos los viajeros mencionan a los cocineros que realizan sus menesteres en la calle, día y noche cocinan en calderos de cobre[64]. Esa comida comprada, a veces se consume en la calle, en las peculiares posiciones que adoptan los musulmanes, con las piernas cruzadas o acuclillados.

El calor extremo afecta los ojos de las gentes "é mucha gente andan como alcoholados, que fallan en aquella meleçina grant reparo...". A pesar de esos inconvenientes es una tierra sana, "por buen ayre é buen agua é buenas viandas"[65].

Hay lámparas que guían el camino de quienes transitan por la ciudad, se prohibe hacerlo cuando esas lámparas dejan de lucir[66].

---

[59] *Ib.*, p. 193.
[60] S. Sigoli, p. 95.
[61] P. Tafur, p. 117.
[62] *Ib.*, p. 117.
[63] F. Fabri, t. IV, pp. 101 y ss.
[64] L. Frescobaldi, p. 49; F. Fabri, t. IV, p. 568.
[65] P. Tafur, p. 118.
[66] A.-J. Adorno, p. 193.

Recostada sobre el Nilo, la ciudad ofrece en esa ribera, numerosas casas de gran belleza y ornato "cuyo aspecto es más el de altivos palacios que de casas"[67]. Según la moda oriental, esas mansiones son más bellas y preciosas en el interior que en el exterior. Describe los riquísimos materiales empleados en esas construcciones: mármol y mosaicos. Sin ventanas hacia el exterior, las salas y cámaras del piso bajo reciben luz de aberturas en el techo. En el centro de la casa, una alberca cuadrada de mármol ofrece agua fría o caliente para el baño según los deseos del dueño de casa. Las cámaras del piso alto tienen, en cambio, grandes ventanas "protegidas por enrejados de madera", "a la manera de nuestras grandes ventanas de hierro forjado". Allí es donde, de ordinario, se duerme por lo fresco del aire. Esas casas ricas, por lo común tienen altas torres de madera con plataformas donde las gentes suben a la mañana y a la noche para gozar del fresco, luego de los grandes calores[68]. Esas casas con techo a cielo abierto son apropiadas para ese clima, "si en nuestras regiones no se temiera ni la lluvia ni la nieve, las construcciones serían de un estilo diferente, más ligero"[69].

Luego de describir así las mansiones ricas, Adorno vuelve sobre el aspecto de la ciudad, que no tiene ni puertas ni murallas. Evidentemente, a la manera de toda ciudad musulmana, posee adarves, de acuerdo a la descripción que nos da: cada calle o plaza está cerrada por puertas propias. Dos de estas puertas se hallan cerca de la gran mezquita. Como casi todos los viajeros, Adorno —para hacer su descripción más vivaz y comprensible para un europeo— recurre a comparaciones con sitios conocidos. De esas puertas dice que son "semejantes a dos de las puertas de París: la del Petit Pont y la del Chastelet"[70]. Se encuentran en la ciudad una gran cantidad de mezquitas, construidas en mármol pulido, provistas de altas torres ornadas con medialunas[71].

Esas mezquitas llaman la atención de Poggibonsi pues tienen los que él denomina campaniles sin campanas pero desde los cuales, a la hora de tercia, se llama a la oración[72].

Sigoli las describe con cuidado, así como el llamado del almuecín. En la parte superior de la mezquita hay una especie de balcón corrido desde donde los que él llama sacerdotes se asoman para anunciar la hora del rezo: "e vanno intorno a questo ballatoio tre volte gridando ad altissime boci

---

[67] *Ib.*, p. 185.

[68] *Ib.*, p. 187.

[69] F. Fabri, t. IV, p. 529.

[70] A.-J. Adorno, p. 187.

[71] Ver también F. Fabri, t. IV, pp. 81-82.

[72] N. da Poggibonsi, p. 104.

ch'egli e nona, raccontando ancora della disonesta vita di Macometto, e de' suoi cattivi compagni i quali dicono suoi apostoli"[73] ("y caminan alrededor de este balcón gritando tres veces, con grandes voces que es hora de nona, narrando acerca de la deshonesta vida de Mahoma y de sus malos compañeros que llaman sus apóstoles"). Luego —dice con escándalo el narrador— el almuédano indica lo que los musulmanes deben realizar, algo "che sarebbe disonesto a scrivere" aunque ellos lo dicen claramente— ; para crecer y multiplicarse: "Appresso grida: Fate la tale cosa..."[74].

Habla de ciertas prácticas religiosas musulmanas. Dice que no observan, durante el año, fiesta alguna, salvo tres días durante el mes de enero, en memoria del sacrificio ofrecido por Abraham[75]. Menciona el rezo del viernes y la cuaresma que comienza en la primera luna nueva luego del mes de septiembre. Después de ayunar todo el día, el hombre religioso de los diversos lugares atraviesa el villorrio al son del tamboril llamando a cada habitante por su nombre e incitándolo a no dormir y a comer y además dice: "fate la tal cosa scolpitamente, cioè di lussuria, acciochè la legge di Macometto si acresca; e a questo modo vivono bestialmente"[76] ("haced esta cosa desembozadamente, es decir, el acto de lujuria, a fin de que la ley de Mahoma se acreciente y, de esta manera, viven bestialmente").

Durante las oraciones, ningún cristiano osaría salir "sin grandísimo peligro de muerte; y esto lo hacen [los musulmanes] para que los demás no se burlen de ellos"[77].

En general, los cristianos consideran a los musulmanes excesivamente lujuriosos. A veces llegan a estampar —a este respecto— palabras que suenan ridículas.

Al hablar de la gran cantidad de habitantes de la ciudad, Sigoli dice que no hay que extrañarse de ello "porque las mujeres se esfuerzan, todo lo que pueden por complacer a los hombres en lo que se refiere a lujuria, no se avergüenzan por esto, ya que su ley les ordena que cumplan toda clase de maldades. De tal manera viven, bestialmente, de manera deshonesta"[78].

Tal vez esta tendencia a la sensualidad determine su gusto por materias olorosas. Hombres y mujeres compran hierbas, rosas y agua de rosas... que

---

[73] S. Sigoli, p. 93.

[74] *Ib.*, p. 93.

[75] S. Sigoli, p. 102.

[76] *Ib.*, p. 96.

[77] *Ib.*, p. 109. F. Fabri habla detalladamente sobre templos, hospitales, escuelas coránicas, alfaquíes, almuecines y sobre los deberes religiosos de los musulmanes y de la oposición del Islam y el cristianismo. F. Fabri, t. IV, pp. 83 y ss. Destaca la importancia de El Cairo como centro religioso y la de su Universidad, *Ib.*, p. 543.

[78] S. Sigoli, p. 124.

"se le mettono in seno". Esto lo hacen todos los días. El monje calcula el precio a que puede llegar ese placer de los sentidos puesto que lo que compran cuesta tres mil besantes de oro; en relación con la moneda italiana, cada besante corresponde a un florín y cuarto[79].

Sigoli alude a las siete esposas que el sultán tiene junto a sí, pero que no son sus únicas mujeres: "E anche tiene altre femmine per la terra". Cada esposa posee para su servicio y guarda, cuatro esclavos eunucos "los cuales jamás abandonan a estas mujeres dondequiera que vayan, de tal manera que no pueden avergonzar a su marido"[80].

Elogia el gobierno del sultán que permite, a todo aquel que transita, "andare con oro in mano". Se hace temer y su justicia es tal que "no hay lugar por selvático y áspero que sea a través del cual no puedas caminar seguro"[81].

El Cairo se presenta —en general todo el Oriente aparece así— como ámbito exótico y de maravilla. Sigoli se hace lenguas sobre el regalo que el administrador de Damasco envió al Sultán. Lo describe según la narración que le hiciera un mercader de Candia "che disse l'avea veduto"[82]. El obsequio consistía en cien camellos cargados de monedas de oro y de plata y de telas de seda trabajadas en oro y plata. Además, los camellos iban cubiertos por telas de seda que llegaban hasta el suelo, telas de los más diversos colores: blanco, azul, verde, rojo, turquesa "y quienes los guiaban estaban vestidos de la misma manera, que eran unas cincuenta personas, todos con las mismas libreas que llevaban los camellos"[83]. La magnificencia del sultán hizo que distribuyera este espléndido presente entre los cortesanos, al punto que, en una hora, repartió toda la carga recibida.

En la ciudad hay numerosas iglesias cristianas[84].

En algunas de ellas se conservan reliquias santas, por ejemplo, el cuerpo de Santa Bárbara.

En este ámbito se produce una clara simbiosis —como en todos aquellos en que conviven gentes de raza y religión distintas— se ven allí numerosos cristianos de la cintura y gentes de otras sectas cismáticas. "Se han asimilado completamente a los moros, de los cuales no se distinguen sino por la fe y la vestimenta"[85].

---

[79] *Ib.*, p. 123.

[80] *Ib.*, p. 112.

[81] *Ib.*, p. 116.

[82] *Ib.*, p. 114.

[83] *Ib.*, p. 115.

[84] A.-J. Adorno, p. 187.

[85] *Ib.*, p. 189.

Gentes diversas pululan pues en sus calles: tal vez unos 22.000 cristianos orientales griegos; 15.000 judíos, 20.000 moros... Se mezclan musulmanes, árabes, tártaros, etíopes, egipcios, samaritanos, turcos...[86].

Los naturales de la ciudad se muestran más hostiles a los francos cristianos que a los moros —ya sabemos que por francos se entiende todo europeo—. Adorno recomienda no confiar en ellos a pesar de que encontraron asistencia y ayuda en uno de ellos, rico comerciante.

Por tanto, en Cairo no sólo viven musulmanes sino —además de los renegados mamelucos— una cantidad de gentes de diferentes razas y religiones "grupos divididos por lengua, escritura y vestimenta"[87].

Se encuentran los cristianos separados: georgianos, jacobinos, armenios, cristianos de la cintura... que aunque ellos así lo afirman "noi non crediamo che siano veri Cristiani...". También hay turcos, hindúes, tártaros, hebreos, samaritanos, árabes, bereberes... Las vestimentas son tan variadas que permiten diferenciar fácilmente esos grupos: "quien lleva vestido de lino, quien paño de pelo de camello y otros, telas de seda, algunos, telas de oro..."[88].

En ese ámbito tan cosmopolita también habitan judíos "pero no son tan queridos como los cristianos de la cintura"[89]. Pero, además de estos grupos apartados por raza y religión, la ciudad presenta a sus naturales, dedicados a mil industrias y tratos comerciales. En esa población hay pocos artesanos y obreros pero, en cambio, muchos comerciantes y hombres de negocios.

Los alrededores de Cairo-Babilonia también atraen a los viajeros.

Las frutas de la región son excelentes, "frutas de verano muy suavísimas"[90].

Los frutos que allí se encuentran en gran cantidad —dátiles, naranjas, limones...— les hablan de extraordinaria prosperidad, es "veramente nobile paese e vago quanto dire si potesse" ("verdaderamente noble región y feraz en gran medida")[91].

Cairo-Babilonia se presenta enorme, atractiva, compleja...

---

[86] F. Fabri, t. IV, p. 100.

[87] N. da Poggibonsi, p. 105.

[88] *Ib.*, p. 105.

[89] A.-J. Adorno, p. 189.

[90] P. Tafur, p. 117.

[91] S. Sigoli, p. 125.

Alejandría

Otra de las importantes ciudades de Africa es Alejandría. Adorno cuenta su fundación por Alejandro el Grande. Considera que no hay ninguna mejor fortificada[92].

Al parecer, está muy bien defendida por una gran cantidad de hombres de armas: unos 50.000, contando sarracenos, judíos, cristianos de la cintura y samaritanos[93].

El viajero aparece impresionado al contemplar la ciudad desde el navío "porque se descubre la belleza de sus muros y de sus puertas, las múltiples torres de sus iglesias que son muy elevadas..."[94].

Alejandría "se halla sobre el mar y tiene un bellísimo y grande puerto pero, si estuviera en manos de cristianos, sería más hermoso"[95].

El italiano Frescobaldi la compara con Florencia y cree que son equiparables[96].

Ibn Battuta menciona —entre las ciudades de Egipto— a Alejandría, que "posee un puerto grandioso y nunca vi entre todos los del mundo otro como él, excepto los puertos de Hawlam [Quilon] y Qaliqut [Calcuta] en la India, el de los Genoveses en el país de los turcos [Crimea] y el puerto de Zaytun [Tshiuan-Tcheu-Fu] en China...". Destaca también las características del faro, "comprobé que uno de sus flancos estaba en ruinas"[97].

Pero Tafur estuvo tres días en ella y dice "que es una notable çibdat". Durante ese tiempo visitó las casas "donde Santa Catalina fué natural é martiriada", luego de describir la rueda-reliquia de Santa Catalina, resume su impresión de la ciudad diciendo que "es grant puerto de mar é tiene grant cargo é descargo con los xpianos"[98].

La altanería de la ciudad vista desde el exterior desaparece en el interior, las ruinas testimonian allí sus desdichadas experiencias. Además, junto a ella, se ven dos colinas constituidas "por el depósito continuo de inmundicias que los habitantes colocan en esos lugares"[99].

Pero, en general, la imagen es positiva. Según Sigoli, tiene un perímetro de cuatro millas "y es tierra muy hermosa y posee vías bellísimas y espaciosas".

---

[92] A.-J. Adorno, pp. 162-163.
[93] S. Sigoli, p. 82.
[94] A.-J. Adorno, p. 163.
[95] S. Sigoli, p. 84.
[96] L. Frescobaldi, p. 40.
[97] Ibn Battuta, *ob. cit.*, pp. 117-118.
[98] P. Tafur, p. 119.
[99] A.-J. Adorno, p. 163.

Todos los viajeros se muestran admirados al recorrer la ciudad, ante sus edificios —algunos realmente notables— ante sus iglesias y hablan con curiosidad y detalle de sus habitantes y en particular del importante trato comercial que en ella se da: "è mercatantesca d'ogni ragione cose" ("en ella se comercia todo tipo de cosas")[100].

Es una de las ciudades orientales que tiene mayor comercio de especias, llegan a ella desde India. Desembarcan en diversos puertos del Mar Rojo para —desde allí— ser transportadas a lomo de camello hasta Alejandría o Damasco. Esas caravanas eran importantes, según el testimonio de Adorno. Podemos convenir en ello aunque pensemos que sus cifras son exageradas. Pues dice que, mientras permaneció en la ciudad, llegó hasta allí una caravana de 20.000 camellos con una carga de especias de un valor de 100.000 millares de ducados[101].

Pero Tafur —que estuvo tres días en el monasterio de Santa Catalina— asistió a la llegada de una de esas caravanas "la qual traya muy muchos camellos, tantos que yo non lo escrivo porque non paresca fablar demasiado". Esta enorme caravana comportaba una gran carga: "esta es la que trae toda la espeçiería, é perlas, é piedras, é oro, é perfumes, é lienços, é papagayos, é gatos de la India, é otras muchas cosas que se reparten por el mundo..."[102].

Los navíos hindúes en que se cargaba tanta riqueza tenían una gran capacidad puesto que —según Adorno— uno solo de ellos transporta un cargamento "más importante que tres de nuestros navíos"[103].

En los mercados se agolpan, por tanto, las más diversas mercaderías: especias, azúcar, sedas...

Los europeos tienen importantes *funduks* en esta ciudad o lonjas de mercaderes "latinos y de otras naciones"[104].

"Cada *fondacco* tiene un patrono perteneciente al país con el cual se realiza el comercio de mercaderías. Este patrono es llamado cónsul". Establece las atribuciones del cónsul del *fondacco*: atender diversas consultas, entre otras, acerca de tasas, aconsejar sobre lo más propio para el comercio de la nación que representa, mantener la paz entre sus connacionales[105].

El de los genoveses es el mayor y el más bello, según Adorno[106]. Fray Félix lo describe como un gran patio en que se hallaban plantas exóticas y en que

---

[100] S. Sigoli, p. 78.
[101] A.-J. Adorno, p. 167.
[102] P. Tafur, pp. 94-95.
[103] A.-J. Adorno, p. 167.
[104] N. da Poggibonsi, p. 99.
[105] F. Fabri, t. IV, pp. 162 y ss.
[106] A.-J. Adorno, p. 167.

se acumulaban mercaderías sin cuento. La estructura de todos los *funduks* era similar. Un patio central, alrededor del cual se encontraban habitaciones, "como un monasterio"[107].

Adorno menciona un solo *fondacco* de venecianos, que son numerosos, unos sesenta más o menos[108]. Fray Félix ha visitado dos *funduks* venecianos, uno mayor que el otro, en los cuales, además de los sacos y canastas de mercaderías, se veían los más extraños y exóticos animales: leoncillos, leopardos, monos de diverso tipo, avestruces, papagayos de los más variados colores...[109].

También se hallan florentinos, catalanes, anconitanos, franceses, genoveses, castellanos, aragoneses, chipriotas, napolitanos, marselleses, habitantes de Candia y de Narbona[110].

El señor d'Anglure dice que se alojaron en el *funduk* de Narbona "en ningún otro se pueden albergar los peregrinos porque en ese *funduk* hay un oficial del sultán, un cristiano que sabe cuánto debe pagar cada peregrino"[111].

Cada *funduk* tiene su capilla. Fray Félix —dados sus intereses religiosos— describe con breves trazos las capillas del *fondacco* de los venecianos "graciosamente decorada", de los genoveses "bellísima y vasta capilla". Menciona sin añadir detalles, la de los catalanes[112].

Así pues, el *funduk* era una factoría con autoridades y regimiento propios además de mantener el culto religioso.

Hay otras naciones, no cristianas, que tienen *funduks* en Alejandría, el más importante pertenece a los turcos y a los que Adorno llama bárbaros, entendiendo por tales probablemente a pueblos de la estepa y que él denomina persas, tártaros, etc.

Fray Félix se escandaliza ante el *funduk* de los tártaros en donde se venden esclavos y describe minuciosamente su venta y condición con palabras reprobatorias[113].

Hay en la ciudad cristianos cismáticos o cristianos de la cintura que —asimilados en sus costumbres a los musulmanes— se diferencian de éstos por su tocado pues llevan bandas azules alrededor de la cabeza[114].

También los numerosos judíos que habitan la ciudad se distinguen por

---

[107] F. Fabri, t. IV, p. 163.

[108] A.-J. Adorno, p. 167.

[109] F. Fabri, t. IV, p. 163. Ver también P. W. de Guglingen, pp. 240-241.

[110] O. d'Anglure, p. 78.

[111] *Ib.*, p. 78.

[112] F. Fabri, t. IV, p. 162.

[113] *Ib.*, t. IV, p. 164.

[114] A.-J. Adorno, p. 165; S. Sigoli, p. 83.

el tocado, turbantes amarillos o color limón. Los samaritanos llevan turbantes rosas[115].

Otro de los tópicos que atraen la atención de los viajeros se refiere a los frutos y al agua que abastecen la ciudad.

Alejandría está construida sobre fuentes, ha sido hecha así puesto que toda la región es arenosa y seca "desprovista de fuentes y, además, no llueve"[116]. Tal vez la escasez de agua determina la riqueza con que se presentan las fuentes, en general construidas en mármol.

El grupo de Adorno se encontraba en la ciudad cuando ésta experimentó falta de aprovisionamiento de trigo "y de toda clase de víveres al mismo tiempo".

Habla entonces de lo que ofrece la región: corderos "de calidad bastante buena" pero poco numerosos y cabras "de larguísimas y anchas orejas". Debido a la falta de aprovisionamiento, se vieron obligados a comer —lo mismo que los demás habitantes de la ciudad— carne de camello. Aclara Adorno: "nosotros la comimos sin saberlo"[117].

Los *fondacchi* de los mercaderes extranjeros estaban provistos de manera especial, pues dice el señor d'Anglure que en los *funduks* mencionados encontraron buen vino[118].

Sigoli considera que la ciudad "è così copiosa di ogni ragion vettuaglia, di carne, di frutte delle buone del mondo"[119].

Además de los naturales productos de la tierra, Sigoli alaba el buen pan que allí se encuentra "mucho más barato que entre nosotros". Consigna también los precios de la carne de diversos tipos, la de los castrados es "delle buone carne del mondo a mangiare"[120].

También hay tiendas en que se vende carne de caballo, de asno o de camello, cruda o cocida "y son carnes blanquísimas"[121]. Abundan los puestos de pollos y de codornices. Detalla Sigoli los precios y, sobre todo, el modo en que el vendedor sacrifica a los animales, circunstancia que lo asusta un tanto. Las codornices se exhiben en jaulas, el comprador elige las que le agradan "le più grasse che tu vuogli" y por seis dineros "di nostra moneta, e ancora il pollaiuolo te le pela" ("de nuestra moneda y [por ese precio] el pollero también te las pela")[122].

---

[115] *Ib.*, pp. 166-167; *Ib.*, p. 83.
[116] *Ib.*, p. 167.
[117] *Ib.*, pp. 168-169.
[118] O. d'Anglure, p. 79.
[119] S. Sigoli, p. 78.
[120] *Ib.*, p. 80.
[121] *Ib.*, p. 81.
[122] *Ib.*, p. 82.

El mar proporciona toda clase de peces.

Los frutos que produce Egipto no son muy numerosos, según Adorno "pero los que crecen son perfectos"[123].

Tanto él como otros viajeros se hacen lenguas de los maravillosos frutos que la región ofrece. Enumeran los diversos géneros y tipos que allí se encuentran.

Para Sigoli, la región abunda "di frutte delle buone del mondo": granadas "grandísimas, parece que dentro tienen sangre de macho cabrío y [son dulces] como el azúcar". También peras, manzanas, ciruelas, uvas —muy buenas y de grandes racimos—, higos excelentes pero pequeños, deliciosos melones blancos. Sigoli describe los melones de la región: "amarillos por dentro con granos entre rosa y amarillo y, en verdad, la lengua del hombre no podría encontrar suavidad mayor"[124].

Hay también una especie peculiar de manzanas —aunque más largas y delgadas que las que conocemos— "e sono dilicati a mangiare, sono molti teneri, e il uso sapore è strano dalle nostre cose..."[125].

A pesar de ello, cuando el paladar se acostumbra, tanto le gusta que "dejaría por ellas toda otra cosa"[126].

Para Frescobaldi los muchos jardines y huertos de la ciudad ofrecen toda suerte de frutos: dátiles, limones, naranjas, higos del faraón que fructifican siete veces al año. "Alrededor de Alejandría hay frutos muy dulces especialmente sandías porque se plantan donde la caña de azúcar ha crecido". Cita también la fruta que —a manera de pepino y más dulce que el azúcar— de acuerdo a la tradición, fue la que hizo pecar a Adán.

Según el narrador, al cortarla aparece una cruz en su interior[127].

Entre los árboles y arbustos se cuentan palmeras datileras, casias, alcaparras "las mejores y las más grandes del mundo que no crecen en los árboles, sino sobre pequeños arbustos en los campos e incluso, a veces, sobre viejos muros"[128].

Casi todos los transeúntes hablan también de la fauna exótica del lugar que detallaremos en otro apartado[129].

Cada uno de los grupos sociales de la ciudad utiliza diversas monturas. Sólo los mamelucos pueden cabalgar sobre caballos o jumentos, como

---

[123] A.-J. Adorno, p. 169.

[124] S. Sigoli, p. 78.

[125] *Ib.*, p. 78.

[126] *Ib.*, p. 79.

[127] L. Frescobaldi, pp. 42-43.

[128] A.-J. Adorno, p. 169.

[129] Ver *Fauna exótica*.

prerrogativa que les corresponde por constituir la guardia del sultán. Los musulmanes importantes sólo emplean mulos o asnos. Los cristianos y judíos no tienen derecho a cabalgar dentro de la ciudad en montura alguna. La preferencia por los asnos como cabalgadura hace que se los engualdrape muy ricamente, con coberturas ornadas.

Puesto que el comercio de la ciudad es muy importante la población está constituida no tanto por artesanos y gentes modestas sino por ricos comerciantes.

Adorno se preocupa también por las vestimentas tanto masculina como femenina. Destaca los turbantes de los hombres, más voluminosos que los que se utilizan en Túnez o colocados, de manera peculiar, en pliegues más gruesos. Todos llevan vestimentas largas, hasta los pies, ya en seda, en camelote, en paño o en lino, "cada uno según su condición"[130].

A pesar de este cuidadoso atuendo —que evidentemente correspondía a las clases superiores pero no se daba en las gentes comunes— también según Sigoli, en la ciudad se encuentran "unos tres mil hombres que no llevan nada encima salvo un trozo de tela alrededor de las partes pudendas, esto es debido al gran calor que allí hace en verano"[131].

Adorno y Sigoli dedican largos párrafos a la descripción de las vestimentas de las mujeres, quienes "son más cuidadosas y ornadas en sus vestidos que las de Túnez"[132].

Elegiremos las palabras de uno u otro de esos autores porque son casi totalmente coincidentes.

Cubren su cabeza con un tocado a manera de tamboril y se envuelven literalmente al salir de su casa con una gran falla o manto de lino muy blanco.

Tal atuendo obedece al secreto de su persona, que han de mantener rigurosamente. "E per questa cagione quelli che possono non le lasciano mai uscire di casa per gelosia ch'elle non vadano facendo cattività" ("Y por esta razón, los que pueden, no las dejan salir jamás de casa por temor de que cometan malas acciones")[133]. Sabemos, sin embargo, a través de diversos testimonios, que también las musulmanas procuraban ser vistas y admiradas.

El tocado, de ordinario está ornado con seda y piedras preciosas. También ornatos y piedras se ven sobre las capas. Debajo de éstas llevan vestimentas largas hasta los pies "y muchas piedras preciosas alrededor de

---

[130] A.-J. Adorno, p. 171.

[131] S. Sigoli, p. 83.

[132] A.-J. Adorno, p. 171.

[133] S. Sigoli, p. 84.

la cabeza". Testimonia Adorno, cómo las señoras acostumbran a acudir a las plazas y lugares públicos para comprar joyas, oportunidad que aprovechan para mostrarse, entreabriendo sus capas y mantos. "Ellas vienen en efecto, a esos lugares, como nuestras mujeres, para ver y ser vistas". Llevan sus rostros cubiertos por finísimos velos de lino o seda con aberturas que corresponden a los ojos. Visten pantalones de lino y polainas de cuero perfumado que llegan hasta las rodillas "como las de los catalanes, portugueses o españoles". Calzan pantuflas doradas. Todo el conjunto se nos aparece —como bien dice Adorno— correspondiente a mujeres "muy elegantes y cuidadas..."[134].

Por supuesto, este atuendo y continente corresponde a las señoras de la ciudad, no a las campesinas cuya apariencia es mucho más modesta si bien no menos exótica a los ojos de un observador occidental. También van veladas, pero el detalle que atrae en mayor medida a nuestro narrador es la manera de retener sus cabellos, por medio de una cadena de hierro o de otro metal —a veces cobre o incluso plata—. "Esta moda nos ha parecido sumamente asombrosa, pues no hemos visto jamás nada igual y es difícil dar razón de su extrañeza"[135].

Sigoli describe las bodas musulmanas. Detalla los regalos que recibe el nuevo hogar. A la noche, a la luz de las antorchas, es costumbre que la novia se dirija a la casa del marido acompañada por todos sus parientes y vecinas. Estas la desvisten puesto que es necesario que todo el cuerpo de la joven sea pintado. Surgen así —sobre el pecho, las piernas, los muslos, los brazos— lebreles y cabritos, pájaros, árboles y plantas. Luego vuelven a revestirla, esta vez con siete vestidos, de riqueza en consonancia con "la posibilidad y la importancia del marido". Los indumentos están, en este caso, confeccionados con bellísimas telas blancas de algodón "che sono a vedere delle belle cose del mondo, tutti chiari e dilicati e lucenti che propriamente paiono drappi di seta..." ("que se cuentan entre las cosas más hermosas del mundo, tan claras, delicadas y lucientes que parecen realmente telas de seda..."). Menciona el precio de tales telas, tan alto que, evidentemente, demuestra que son preciados tejidos[136].

Prosigue luego con la descripción de las ceremonias nupciales, que comportan una serie de actitudes pautadas como, por ejemplo, la entrega de una cimitarra de parte de la esposa al marido[137].

Ubicada luego la novia en un alto estrado, constituido, al parecer, por

---

[134] A.-J. Adorno, p. 171.

[135] *Ib.*, p. 173.

[136] S. Sigoli, pp. 97 y ss.

[137] *Ib.*, p. 99.

ocho colchones encimados y cubiertos con hermosas colchas de damasco, las mujeres presentes que desean bailar lo hacen, una por una ante ella, ofreciéndole el regalo que desea o puede, ya un besante de oro o un anillo que la novia ubica en la cabeza "con una certa cosa que tiene fermo" ("con algo que lo sostiene")[138].

De esta manera la novia, así reverenciada y a la que se hacen tales presentes, puede recoger bienes por valor de centenares de besantes de oro.

El narrador describe la danza que, evidentemente, lo ha maravillado. Con ingenuidad dice —luego de describir los movimientos de la danzarina que ya salta, ya se acuclilla, ya levanta los paños laterales de su vestimenta—: "così alzando i panni non possono mostrare nulla vergogna di loro, perch'ell'hanno tutti panni di gamba co'gambuli insino giuso alle scarpette..." ("y alzando así las vestimentas, no pueden mostrar nada vergonzoso puesto que tienen pantalones que llegan hasta las babuchas...")[139].

Estas ceremonias nupciales no son exclusivas de la ciudad de Alejandría, son propias de las costumbres musulmanas y se dan en diversos lugares del Islam. La ley permite el divorcio cuando el marido ya no gusta de su esposa[140].

Al llegar a Alejandría, Sigoli considera que es el momento de hablar de lo que él llama *Alcaliffo* o Papa, de sus cardenales y de sus obispos. También se interesa por la cantidad de esposas que los musulmanes pueden tomar según la ley: "Todos estos pueden y deben tomar siete esposas y así debe hacer cada sarraceno"[141].

Sigoli y sus compañeros fueron recibidos por el gobernador de la ciudad. Nos dice sobre el continente de personaje tan importante: "sedeva in su uno tappeto con le gambe sotto come istanno i sarti a cucire" ("estaba sentado sobre un tapete con las piernas debajo [del cuerpo] como se colocan los sastres para coser")[142]. Interrogó a los viajeros acerca de sus propósitos y objetivos. Por supuesto, éstos hubieron de acercarse con los zapatos en la mano, hubieron además de prosternarse ante él y besar la tierra "e cosi facemmo tre volte"[143].

Gentes, costumbres, naturaleza, todo asombra, fascina y llama a los más curiosos a testimoniar y a indagar.

---

[138] *Ib.*, p. 99.

[139] *Ib.*, p. 100.

[140] *Ib.*, p. 87.

[141] S. Sigoli, p. 86.

[142] *Ib.*, p. 86.

[143] *Ib.*, p. 85.

CONSTANTINOPLA

De entre nuestros viajeros, los dos españoles —Pero Tafur y Ruy González de Clavijo— son los únicos que dedican largos párrafos a la presentación de Constantinopla.

Sabemos que Pero Tafur suponía que su familia estaba emparentada con la noble casa reinante en Bizancio, por ello Constantinopla le atrae especialmente.

Dice que —recibido por el emperador— y preguntando por la razón de su viaje, "le dixe, como yo venía aí por visitar su persona é casa é ver sus tierras é señoríos, é principalmente por saber verdaderamente la raçon de mi linaje..."[1].

Por supuesto, ha de describir también la ciudad de Pera donde encuentra a muchos mercantes castellanos. Luego de haber recorrido Trebizonda y Caffa, vuelve a Constantinopla y pide al déspota —ausente el Emperador— que le hiciese mostrar la ciudad. Por cierto, el primer monumento que quiere visitar es Santa Sofía. Iglesia "la qual es tan grande, que dizen que, quando Constantinopla prosperava, avíe en ella seys mil clérigos". Los alrededores de la iglesia están muy destruidos pero el templo mismo "de tal manera está, que oy paresçe que se acaba de fazer"[2]. Describe la labor de mosaico que se alza del suelo hasta la altura de una lanza, más arriba se ven mármoles, pórfidos y jaspes, muy ricamente labrados. Además, detalla las imágenes que allí se encuentran y la estructura de la iglesia: "aquí se puede ver toda quanta gentileza é riqueza pudo caber ne la geumetría"[3]. Habla también de las reliquias que se conservan en el templo. Este le ha atraído sobremanera: "tanto que en Constantinopla estuve, nunca erré dia que non fuese allí, porque çiertamente es cosa de grant maravilla"[4].

---

[1] P. Tafur, p. 140.

[2] *Ib.*, p. 171.

[3] *Ib.*, p. 172.

[4] *Ib.*, p. 175.

Menciona las iglesias y monasterios de la ciudad, describe plazas y monumentos.

Por supuesto, en una ciudad como ésta, se impone la descripción de esos edificios notables, sobre todo los religiosos.

Clavijo también detalla las iglesias —numerosísimas— que se encuentran en la ciudad y además, las reliquias que en ellas se conservan.

El embajador agrega la descripción del que él llama el campo de *torneamento*, donde se acostumbraban a celebrar justas y torneos[5]. Amplio campo delimitado por murete de mármoles blancos terminados por arcos. Allí se encontraba el sitial imperial, además de un lugar especial desde donde las señoras solían observar las justas.

La estructura de la ciudad también los ocupa: "La çibdat de Constantinopla es fecha en triángulo, las dos partes en la mar é la una en la tierra, é muy notablemente murada a grant maravilla"[6]. "La çiudat de Costantinopla es muy bien çercada de alto muro e fuerte e de fuertes torres"[7].

Entre otros edificios principales se cuenta el palacio del emperador, casa que "muestra aver sydo magnífica, pero agora no está ansí, que ella é la çibdat bien paresçe el mal que an pasado é pasan de cada día..."[8].

El lugar cuenta con una ataranza que también ha perdido en la actualidad el antiguo esplendor aunque "aun agora es suficiente casa de navíos"[9].

En dirección a Pera —y tan cerca que se la alcanzaría con dos tiros de piedra— se encuentra un muelle en que se atan los navíos que, posteriormente, se dirigirán a Pera a cargar mercancías y que deben pagar previamente, en Constantinopla, "çierto tributo". Es un puerto lleno de naves "por el grant cargo é descargo que allí se faze"[10].

La ciudad no se presenta bien poblada "ca en medio della ha muchos oteros e valles que han labranças de panes, e de vinas, e muchos huertos...", "lo más poblado della es enlo baxo, arrayz dela çerca que ba junto con el mar...". La mayor densidad de población se halla cerca de las puertas en dirección a Pera "por las fustas e nabíos que ally llegan adescargar, e por quelos dela vna çiudat e dela otra pasan afazer sus mercaderías..."[11].

Pero Tafur describe también las ceremonias cortesanas puesto que, dada su alta alcurnia, ha sido recibido por el emperador. Menciona las

---

[5] R. G. de Clavijo, p. 41.

[6] P. Tafur, p. 179.

[7] R. G. de Clavijo, p. 55.

[8] P. Tafur, p. 180.

[9] *Ib.*, p. 182.

[10] *Ib.*, p. 182.

[11] R. G. de Clavijo, p. 57.

costumbres cinegéticas de los príncipes, grandes cazadores con halcones, azores y galgos. Se cobran muchos faisanes, francolines, perdices y liebres. La partida de caza puede llevarse a cabo ya que la tierra es muy llana y permite cabalgar bien.

En general, la ciudad aparece muy mal poblada, sólo la costa tiene mayor número de habitantes. No se ve a la gente bien vestida, "mas triste e pobre" mostrando el mal que tienen, aunque non tanto quanto devían, por ser gente muy viçiosa é embuelta en pecados"[12].

Pera muestra su característica de emporio, tiene unos dos mil vecinos, está murada y provista de foso y barrera.

El embajador Clavijo recoge la tradición que habla de qué manera obtuvieron los genoveses esta ciudad de Pera: "conpraron de un enperador aquel solar quanto un cuero de bue abastase, fecho correas..."[13].

En ella también hay buenos monasterios e iglesias. Por supuesto, posee muy buena lonja. Las casas son de calidad, con buenos sobrados, altos, a la moda genovesa. Porque, aunque la mayoría de la población es griega, la gente que gobierna esta ciudad-emporio son genoveses.

Clavijo la describe casi con las mismas palabras: "La çiudat de Pera es una çiudat pequena, e bien poblada, e de buen muro, e de buenas casas. E bien fermosas; e es de genoveses, e del señorio de genoa; e está poblada de genoeses e de griegos".

Por supuesto, en ese ámbito se desarrolla un gran comercio, allí se almacena y se trafica con las mercancías que traen desde el Mar Mayor, como con lo que llega de Oriente, de Siria y Egipto. Sus habitantes son todos muy ricos.

Pera "junta está con el mar; entre el mur e la mar non ha más anchura de quanto vna carraca podría yr, poco más; e la çerca ba junta con el mar aluengo..."[14].

Tafur puede describir con detalle las ciudades de Constantinopla y Pera puesto que luego de su retorno al Mar Mayor —es decir el Mar Negro— ha pasado dos meses visitándolas[15].

Ambas ciudades se asoman pues al mismo mar, que constituye puerto para las dos: "E tengo que sea el mejor, e más fermoso e el más seguro ca es seguro de tormenta de todos vyentos; otrasy es seguro, que desque los nabíos ally Son, están seguros de nabíos de enemigos quelos non pueden

---

[12] P. Tafur, p. 181.

[13] R. G. de Clavijo, p. 59.

[14] *Ib.*, p. 58.

[15] P. Tafur, p. 158.

enpesçer Sy amas las ciudades fueren en vno; e él es muy fondo, e linpio, e claro, que la nao mayor o la carraca mayor del mundo puede llegar fasta el muro, e poner plancha en tierra commo si fuesen galeas..."[16].

Aunque no he tomado en consideración a viajeros musulmanes pienso que es interesante incorporar a esta estampa la impresión que la ciudad ha provocado en Ibn Battuta, quien se encuentra en Constantinopla en noviembre de 1334[17].

En la parte que está en la orilla oriental del río se encuentra la residencia real "y el resto de la población bizantina. Sus calles y zocos son anchos y están enlosados; la gente de cada oficio tiene en ellos un sitio aparte, sin mezclarse con los demás. Todos los zocos tienen puertas, que se cierran por la noche. La mayor parte de los artesanos y vendedores son mujeres"[18].

Considera que la ciudad es inexpugnable "pues nadie puede subir por la parte del mar"[19].

La otra parte de la ciudad se llama Gálata. La compara con Rabat "por su proximidad al agua". Menciona la presencia, en este sector de la ciudad, de "cristianos francos, que son de varios sitios: genoveses, venecianos, romanos y gentes de Francia". Están bajo la autoridad del emperador de Constantinopla, a quien deben entregarle tributos. "Son todos comerciantes y su puerto es de los más grandes que hay". Dice que ha llegado a contar en él cien navíos entre galeras y otras naves grandes, "los pequeños no pueden ni contarse, a causa de su número". Los zocos de esta parte son sucios, "atravesados por un riachuelo inmundo. Las iglesias son también sucias y no hay nada bueno en ellas".

Por supuesto, dedica un largo párrafo a Santa Sofía: "Es una de las mayores iglesias de los rumíes; rodeada por una muralla, como si fuera una ciudad, y tiene trece puertas"[20].

Constantinopla siempre impresiona a los viajeros por el rumbo y fasto de sus ceremonias palaciegas, por su tráfico enorme. En ella se conjugan grandeza y decadencia pero el enorme prestigio de su pasado impone admiración y asombro.

---

[16] R. G. de Clavijo, p. 59.

[17] Ibn Battuta, *ob. cit.*, p. 28.

[18] *Ib.*, p. 442.

[19] *Ib.*, p. 442.

[20] *Ib.*, p. 443.

TIERRA SANTA

Cuando los viajeros llegan a Tierra Santa —o mejor, a los Santos Lugares— adoptan un peculiar continente, una actitud especial, alejada de la realidad circundante. Penetran en un mundo místico, es como si su tiempo real desapareciera, como si vivieran en dimensión atemporal.

Fray Félix lo expresa muy claramente. Nos dice que, al entrar al lugar del Santo Sepulcro en Jerusalén, los peregrinos se postran. Cada uno de ellos adopta actitudes diversas, unos lloran, otros suspiran, otros se arrodillan en silencio. Las mujeres gritan, ululan y lloran como parturientas. Todo ello es efecto y virtud de los lugares, algo que no logran ni las pinturas ni las figuras que se contemplan ni los ejemplos que se escuchan. Algunos, sin embargo, no se emocionan y, por supuesto, los jóvenes musulmanes se ríen[1].

Estas emociones eran experimentadas casi de igual manera por todos aquellos que llegaban a Jerusalén. Según Mariano da Siena al entrar, en procesión, a la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, todos prorrumpían en llantos de alegría[2]. Palabras semejantes anota poco más allá, al ingresar a la capilla del Monte Calvario, todos parecían locos y borrachos debido a la gran emoción[3]. Riccoldo da Monte di Croce describe cómo, al penetrar en la sala del Cenáculo todos lloraban, sumamente turbados, por supuesto debido al enternecimiento pero también, anota, "e temendo fortemente di esser morti dai sarracini"[4].

Entendemos ese temor pues —según el señor d'Anglure— "cuando los sarracenos ven que un cristiano se dirige al templo, gritan contra él"[5].

---

[1] F. Frescobaldi, t. I, pp. 238-239.

[2] M. da Siena, p. 27.

[3] *Ib.*, p. 81.

[4] R. di M. di Croce, p. 42.

[5] O. d'Anglure, p. 41.

Fabri habla de los objetivos que conducen a los peregrinos a Tierra Santa[6]. Dice que van "no solamente para visitar los lugares santos y lograr las indulgencias que allí se otorgan sino también para ver ejemplos de virtud y lograr una enmienda de su vida"[7].

A pesar de todo, no siempre eran tan hondos y piadosos los sentimientos de los peregrinos. En el Santo Sepulcro se suscitaban disputas por diversos motivos.

En primer lugar —según el dominico— debido al excesivo celo religioso, que el autor califica de "indiscreto", "puesto que no tiene ni discreción ni santidad"[8].

Muchos sacerdotes pronunciaban voto de celebrar una o dos misas en el Santo Sepulcro y disputaban para lograr el cumplimiento de su promesa. Otra causa de disputa estaba determinada por el pedido de los caballeros que ofrecían dinero para que se celebrara misa. Por otro lado, grande era la excitación de quienes habían recibido el encargo de ofrecer misas en el Santo Sepulcro y en otros santos lugares, de parte de aquellos que no podían viajar personalmente. Por tanto, ansiosos por cumplir lo que se les había encomendado "timent perjurium, ac festinant et litigant" ("Estos, temiendo ser perjuros, se apresuran y litigan"). Otros quieren decir, con verdad —al retornar a su país de origen— "yo celebré misa en el Santo Sepulcro"[9].

Además de todos estos motivos que entrañan la necesidad de celebrar lo que han prometido o lo que se les ha encomendado, hay otros "de carácter supersticioso". Se cree que la misa celebrada en el Santo Sepulcro libera ciertamente las almas del Purgatorio. Lo mismo se piensa de las que se ofician en las catacumbas de Roma. "Y los que creen esto, se apresuran para su detrimento y ofensa de los frailes y escándalo de los seculares; contienden por socorrer las almas".

También algunos consideran que las misas celebradas en el Santo Sepulcro son más eficaces tanto para sí como para los demás vivos y difuntos y que con ellas se obtienen, en mayor grado, las gracias impetradas[10].

La concupiscencia y la irreverencia de los peregrinos que no saben tener paciencia es también causa de disputas. Un motivo importante para pedir la celebración de gran número de misas en el Santo Sepulcro es que los peregrinos no pueden permanecer tres noches en el mismo, a menos de obtener tres misas.

---

[6] F. Fabri, t. I, p. 479.

[7] *Ib.*, t. I, p. 471.

[8] *Ib.*, t. I, p. 313.

[9] *Ib.*, t. I, p. 313.

[10] *Ib.*, t. I, p. 314.

Las disputas se producían por los más diversos motivos, aun por los más piadosos temas. En viaje por Tierra Santa, luego de haber dejado Roma, se produce una riña entre dos peregrinos, "ambos eran seculares, uno era muy rudo, el otro muy agudo". Uno decía que la Tierra Santa era áspera, el otro que era óptima. Tercia fray Félix asegurando que era una buena tierra que manaba leche y miel. Pero luego de haber hablado así —por supuesto de acuerdo a los textos sagrados— anota: "pero yo no veo los campos de trigo ni las viñas de que se logre vino ni los huertos, ni los verdes prados, ni los manzanares. Todo es pétreo, adusto y árido". De manera evidente, estos pensamientos perturban al fraile: "y mientras rumiaba conmigo estos pensamientos, inmediatamente se me ocurrió la respuesta, que la dureza, la aridez y la aspereza de esta tierra es la maldición de Dios debido a la transgresión del Deuteronomio". Pero —según anota más adelante— a pesar de la infidelidad y de la maldad de los habitantes de la tierra, germinan copiosamente los bienes necesarios para la vida. "Así pues, vimos en las laderas de los montes entre cercados de piedra, vides, olivos, trigo, cebada y otras cosas"[11].

Fray Félix Fabri dice que él logró celebrar el oficio antes de la salida del sol y luego, a la hora octava. Apenas había concluido cuando llegaron los sarracenos para expulsarlos. "Antes de separarnos de tan dulces lugares corrimos por todos lados, besándolos"[12].

Ese espíritu piadoso no acalla, sin embargo, el sentido crítico de observación aguda y certera. Al hablar de otro lugar sagrado y de otras reliquias —el sitio de la dormición de la Santa Virgen— fray Félix reflexiona "que las piedras están sumamente sucias debido a los besos, a las bocas de los peregrinos, en razón de la grasa de sus labios que queda en las piedras besadas"[13].

Por supuesto, es casi siempre fray Félix quien, a pesar de estar muy emocionado al llegar a los Santos Lugares, no pierde su buen humor, su afán por el detalle y por la anécdota. Dice que al arribar al lugar de la Natividad, los peregrinos ofrecen dones realmente regios, algunos oro, otros plata, aquéllos, anillos de oro, otros cera. Uno de los caballeros que iba en su compañía arrojó un ducado sobre la piedra como otros muchos habían hecho antes que él. Un caballero oriental que lo seguía se inclinó para besar el lugar santo y, al mismo tiempo, substrajo la moneda. Por supuesto, se suceden —en la narración del hecho— una serie de imprecaciones contra quien ha osado perturbar de esa manera la santidad del lugar[14].

---

[11] *Ib.*, t. I, p. 232.

[12] *Ib.*, t. I, pp. 314-315.

[13] *Ib.*, t. I, p. 384.

[14] *Ib.*, t. I, p. 460.

Pero en general, podemos decir que lo que impera en las narraciones del recorrido por Tierra Santa es el espíritu místico, alejado de los afanes terrenos o, por lo menos, eso es lo que anotan preferentemente los narradores.

Por ello, cuando transitan por Palestina, los testimonios recogen en mucha menor medida los detalles cotidianos, sobre todo, cuando se encuentran en los lugares santos. En general, en cada lugar sagrado recuerdan los textos bíblicos. Sólo los narradores más vivaces tienen la capacidad de alternar esa dimensión mística con la anécdota que llega hasta ellos, con la realidad cotidiana que los alcanza.

Fray Félix Fabri puede hablar de las pulgas que halla en el Santo Sepulcro[15].

En las descripciones de los lugares de Tierra Santa elegiremos los aspectos más vivaces e inmediatos. Ese tránsito lleva a los viajeros a ciertas ciudades fundamentales en la historia sagrada y al recorrido por lugares ciertos, ámbitos esenciales para el cristiano. Por supuesto, la ciudad de Jerusalén es el primer hito importante con que se topan los transeúntes, muchos de ellos la describen y nos la presentan con las características habituales de una ciudad musulmana. Es una ciudad muy grande, fortificada y rodeada por triple muro que tiene múltiples torres, está edificada sobre dos colinas[16].

Para Santo Brascha aunque Jerusalén está edificada "sobre los montes, sin embargo, en su mayor parte es llana, como Pavía, y bella, pero no fuerte"[17].

Todos están de acuerdo en la descripción de sus calles abovedadas, con arcadas, en donde se venden alimentos y telas. En la actualidad —dicen— ya no se muestra tan bella como antes, no posee fuentes, a excepción de la llamada de Siloé, tiene acueductos y cisternas. Hacia el N., la ciudad está menos defendida. El terreno en que está asentada muestra colinas, montes y valles; fértil, produce abundantes árboles frutales. Considera Sigoli que su ubicación es óptima pues, desde cualquier parte "que tú llegues, es necesario subir". Su región "es tan grande como Pistoya aunque mejor provista de casas y tiene muchos habitantes y, en verdad, es antes mayor que menor en relación a Pistoya"[18].

También los viajeros describen las calles y las plazas. En ellas, aunque

---

[15] *Ib.*, t. I, p. 346.

[16] A.-J. Adorno, p. 251.

[17] S. Brascha, p. 68.

[18] S. Sigoli, p. 135.

llueva, no hay fango pues está "amattonata di marmo" ("empedrada con mármol").

"Las calles están todas, o la mayor parte de ellas, cubiertas o con techos o con arcadas y tienen ventanas que permiten el paso de la luz, de manera que cuando llueve, las calles permanecen secas, hay un gran mercado de pan y de toda clase de carnes, mucho mayor que aquí. La ciudad de Jerusalén posee un terreno comunal pobre y carece de buenas aguas"[19].

Muchas de esas calles están estructuradas como recovas "como cuevas pero más altas"[20]. En ellas se encuentran poyos. También en Jerusalén existían —como en toda ciudad musulmana— adarves pues sabemos que en la parte opuesta de la llamada escuela de María "hay una pequeña calle sin salida, en el extremo de la cual se encuentra la casa de Herodes..."[21].

En ella —como en otras ciudades islamitas— los habitantes no acostumbran a cocinar, por tanto hay tiendas en que se preparan alimentos "como se hace en la tienda de carnes asadas de Milán"[22].

Venden todas sus vituallas al peso, "tanto sean melones, sandías o berenjenas, como toda otra cosa"[23].

En la ciudad, por supuesto existe una hermosa mezquita —ornada con mármol— con una alta torre, frente a la iglesia del Santo Sepulcro. Junto a la mezquita se encuentra una "scuola puerorum" ("una escuela para niños") en la cual los pequeños musulmanes aprenden la ley de Mahoma, que tienen que repetir en voz alta, porque en esto actúan como los judíos ("sicut Judaei faciunt etiam in suis orationibus"). Es interesante destacar que fray Félix Fabri transcribe la música y las palabras de ese canto. Las cárceles de la ciudad "in quibus includunt malefactores" ("en las cuales se encierran a los malhechores") atemorizan a los peregrinos, son pequeñas casitas, casi pequeños hornos[24].

Habla también fray Félix del antiguo hospedaje que daba anteriormente albergue a los peregrinos —había sido una gran casa con un hermoso huerto— se reconocen todavía en sus paredes el paso de los antiguos huéspedes puesto que en ellas estaban pintadas las armas de nuestros nobles ("quia parietes erant depicti cum armis nobilium nostrorum")[25].

---

[19] Para todo esto, ver N. da Poggibonsi, pp. 30 y 10; A.-J. Adorno, p. 251; O. d'Anglure, p. 41; S. Sigoli, p. 137.

[20] S. Brascha, p. 69.

[21] *Ib.*, p. 72.

[22] *Ib.*, p. 69.

[23] *Ib.*, p. 70.

[24] F. Fabri, t. I, p. 322.

[25] *Ib.*, t. I, p. 323.

El testimonio de los viajeros se consagra más a la mención y descripción de iglesias que a la estructura de la ciudad. A pesar de ello, hay datos que nos permiten darnos una idea de la fisonomía de la ciudad y de las costumbres de sus habitantes.

Sabemos que hay una fortificación sobre las murallas, en dirección al monte Sión, en el extremo de la puerta que viene de Belén[26]. Según Santo Brascha, dentro de la ciudad no hay otra fortaleza "sino un pequeño castillo, muy débil, que hicieran construir los pisanos en el tiempo en que dominaron Tierra Santa". El cuerpo de la ciudad está constituido por bellísimas casas, muchas de ellas antiguas y que posee muy hermosas calles de artífices que mantienen muy limpias sus tiendas, por lo que es un placer verlas[27].

Las casas no están cubiertas de tejas y no tienen techo con caída de agua "como las nuestras", son aplanadas. Eso provee de un ámbito en donde pueden realizarse fiestas "y allí bailan las mujeres con las mujeres al son de tamboriles y otros instrumentos músicos muy disímiles de los nuestros". Los hombres se limitan a mirar pues no es costumbre que intervengan en la danza.

Todos los viajeros alaban las tiendas de la ciudad: "son bellísima cosa de ver"[28].

Hay bazares de diferentes gremios, "separados unos de otros", zapateros y sastres que venden vestimentas ya confeccionadas, mercaderes de joyas, de confituras, de sedas, de algodones...[29].

Por cierto, las vestimentas y atuendos de los habitantes de Jerusalén llaman la atención de los extranjeros como ha ocurrido en las demás ciudades musulmanas. "Sus ropas y vestimentas, tanto de hombres como de mujeres, son muy disímiles de las nuestras". El tocado de los hombres es descripto cuidadosamente. Llevan turbantes "o sea envoltorios de paño de lino en la cabeza, tan largos que con uno de ellos podría hacerse un par de sábanas". Las vestiduras son, de ordinario, de color blanco. Santo Brascha parece contradecirse al asegurar que: "Van descalzos pero llevan en el pie, según su moda, [ciertos] calzados o chinelas". Tal vez su frase surja de la libertad que la chinela proporciona al pie[30].

La razón de su calzado sin talón está dada por el hecho de que, cuando entran en una casa en donde se encuentre su padre o algún pariente de más

---

[26] S. Sigoli, p. 136.

[27] S. Brascha, p. 68.

[28] *Ib.*, p. 69.

[29] *Ib.*, p. 69.

[30] *Ib.*, p. 69.

edad, "Así como nosotros nos descubrimos, ellos dejan el calzado en el umbral y se dirigen descalzos a la sala o habitación". Hacen lo mismo cuando entran en una mezquita. "Comen en el suelo, sobre tapetes, siempre sentados con los talones debajo del cuerpo como hacen nuestros sastres cuando cosen"[31].

Las mujeres, que también usan vestimentas blancas, llevan un tocado a manera de caja. Cubren sus rostros, con un velo negro que no deja ver "ni los ojos ni siquiera un pedacito de su piel como el tamaño del negro de la uña, de manera que parecen diablos del infierno". Dato curioso para los narradores, las mujeres llevan pantalones, mientras que los hombres no. Todo en ellos es peculiar, sus formas de conducta y actitudes. No beben vino en público. "Y si lo pueden obtener, beben más que nosotros"[32].

Hay una plaza central en Jerusalén ahora muy destrozada pero que muestra aun su belleza de otros tiempos. Allí, en la parte superior, se encontraban las casas donde se albergaban peregrinos cristianos.

Al parecer, esa residencia estaba instalada en el palacio que anteriormente había pertenecido a los Templarios, cerca de la iglesia del Santo Sepulcro. Pueden alojarse allí mediante el pago de un denario veneciano, si alguno cayere enfermo, durante un año no pagará nada más.

Fray Félix Fabri dice que, llegados a Jerusalén, fueron conducidos al hospedaje donde hallaron a otros peregrinos entre los cuales se encontraban nobles de Suecia y reflexiona: "En mi primera peregrinación no fuimos conducidos a ese hospicio". Apenas instalados, los vendedores musulmanes les ofrecieron panes, cebada cocida y frutos y el Padre guardián trajo al hospital dos frailes suyos, hombres religiosos, uno de la Orden de los Predicadores, de la provincia de Francia, otro de Nápoles, de la provincia de Sicilia. Más tarde "fuimos llevados al monte Sión, al convento de los Hermanos Menores y alojados en una celda"[33].

Este narrador describe así el alojamiento de los piadosos viajeros en Jerusalén: llegaron al hospital de San Juan "donde los peregrinos duermen y comen". Otrora este lugar estaba anexado al gran palacio y solemne habitación de los señores caballeros de San Juan. Recuerda la anterior costumbre por la cual, a cambio de dos marcos venecianos, el peregrino ingresaba al hospital y "sin molestias lograba libre hospedaje, aun si quería permanecer en Jerusalén durante un año".

Este hospital fue magnífico, al punto que si hubieran llegado mil peregrinos todos hubieran podido hospedarse sin apretujamientos, en

---

[31] *Ib.*, p. 70.

[32] *Ib.*, p. 70.

[33] F. Fabri, t. I, p. 241.

cambio en la actualidad se encuentra muy arruinado, semiderruido pero, a pesar de ello, es lo bastante amplio como para hospedar a quinientos peregrinos[34]. En ese momento, también está en ruinas el antiguo hospital de los Caballeros Teutónicos, que otrora había hospedado a "honorables peregrinos de Alemania". También en otro tiempo se alzaba, confortable, la casa contigua, en que se albergaban las mujeres peregrinas[35].

En el momento en que escribe Ludolf de Sudheim el hospedaje de los peregrinos estaba custodiado por Margarita de Sicilia. Procuraba a los peregrinos lo necesario, a cambio de dinero[36].

El peregrino —por cuatro florines— puede adorar el Santo Sepulcro, permanecer allí durante el día y la noche. Si alguien quiere verlo de noche, da a los custodios georgianos un dinero veneciano, eso le da derecho a permanecer hasta el día siguiente en que se ve compelido a salir. Si alguien entrara sin haber entregado el óbolo de los cuatro florines, sería golpeado y se lo encarcelaría hasta ser redimido por sus compañeros. Los habitantes de la tierra pueden entrar gratuitamente dos veces por año.

Frescobaldi visitó el Santo Sepulcro el 24 de noviembre de 1348, entraron a la hora de nona y permanecieron hasta el día siguiente, hasta la hora de vísperas. Por un monto de seis ducados por cabeza, se puede permanecer allí veinticuatro horas. Si uno quiere entrar más veces debe pagar cuatro *dirhems* o cuatro monedas de plata veneciana que serían cuatro sueldos y medio de la moneda florentina[37].

Los cristianos no están autorizados a entrar libremente en la iglesia del Santo Sepulcro, a menos que entreguen una suma al intérprete del sultán. Pueden hacerlo gratuitamente en Pascua, Navidad y en la fiesta de la Santa Cruz.

Sabemos que en la iglesia hay distintos puestos para diferentes grupos de cristianos: jacobitas, armenios, sirios, nestorianos, latinos llamados francos[38].

Por supuesto, los viajeros describen las diversas capillas, la piedra negra en que fue colocado Cristo muerto y también hablan de los sepulcros de Godofredo de Bouillon y de su hermano Balduino[39].

Podemos pensar que el comportamiento de los peregrinos en todas las iglesias —tanto de Jerusalén como de las demás ciudades o lugares santos

---

[34] *Ib.*, t. I, p. 321.

[35] *Ib.*, t. I, p. 322.

[36] L. de Sudheim, pp. 250 y 254.

[37] L. Frescobaldi, p. 76.

[38] A.-J. Adorno, p. 269.

[39] L. Frescobaldi, p. 77.

de la Tierra prometida— consistía en lo que anota Riccoldo da Monte di Croce, respecto de la sala del Cenáculo: "celebramos y predicamos". De ordinario, hay formas procesionales, cánticos y luego meditación individual, rezos, a veces colectivos.

Los peregrinos tratan de describir, de la mejor manera posible, los lugares santos para testimoniar sobre ellos, para información de los futuros viajeros y de aquéllos que no pueden realizar la santa peregrinación.

Fray Niccolò da las medidas de la iglesia del Santo Sepulcro, además de describirla y de destacar los mosaicos con que está ornada, transcribe incluso las inscripciones que en ella se encuentran[40].

Fray Félix Fabri se remite —además de contar con su comprobación personal— a la descripción realizada en el año 1479 por Johannes Tucher, ciudadano de Nuremberg, "o sea un año antes de mi primer viaje, que estuvo muchos días en Jerusalén y que con las manos, los pies, los dedos y extendiendo los brazos logró sus medidas"[41].

Además, alude al dibujo que realizara del Santo Sepulcro Bernardo de Breydenbach, "que fue mi compañero en mi segunda peregrinación"[42].

Jerusalén es una ciudad que puede ser descripta en su aspecto material, en su planimetría y en sus gentes pero —recordemos— fundamentalmente es un ámbito de dimensión espiritual en que el peregrino vive un tiempo mítico.

Belén

El viaje de los peregrinos a través de Tierra Santa consta de una permanencia bastante prolongada en la ciudad de Jerusalén en donde llevan a cabo la visita de los sagrados lugares que guarda la ciudad —que es lo que se llama el *santo circolo* o circuito sagrado—, luego salen de ese ámbito para realizar la recorrida de las demás ciudades menores de la historia sagrada, de la historia bíblica, para luego volver a embarcar en el puerto de Jaffa, lugar en que arribaran a la Tierra prometida.

Por supuesto, en esa recorrida hay, además de la descripción de Jerusalén y de sus iglesias, la de esas ciudades menores y también de la travesía por el desierto, en el caso de aquellos que deseen llegar hasta Santa Catalina, al pie del monte Sinaí.

En realidad, vamos a agregar algunos esbozos de ciudades; en cuanto al

---

[40] N. da Poggibonsi, p. 71.

[41] F. Fabri, t. I, pp. 327-328.

[42] *Ib.*, t. I, p. 329.

tránsito por el desierto, ya hemos detallado, en otro apartado, ese difícil camino en sus muchas peripecias.

Por supuesto, una de las ciudades que atraen en mayor medida a los viajeros es Belén que —aunque en la antigüedad era grande— en el momento del paso de los peregrinos que mencionamos está muy destruida, "ahora es muy pequeña" "no llega a ser del tamaño de Prato y, en su mayoría, las casas están reunidas en caseríos". Posee, sin embargo, un buen suelo con muchos olivos. No está ubicada en una llanura, el terreno está estructurado, "como el nuestro", "con colinas y pendientes"[43].

La iglesia de la Natividad ha sufrido mucho, luego del triunfo de los musulmanes, ya que éstos destruyeron los altares y las imágenes esculpidas. Esas violencias fueron acompañadas por hechos milagrosos que castigaban a los profanadores. Ante esos acontecimientos admirables, el sultán abandonó su primer propósito de total destrucción ("mutato proposito a destructione cessaverunt et recesserunt")[44].

Luego de muchos ruegos y solicitaciones, los frailes del monte Sión se instalaron allí y trajeron artífices venecianos para reparar la iglesia. La madera —que venía desde los Alpes— fue transportada desde la galera a lomo de camello, se quitó la antigua —de cedro y ciprés del monte Líbano— y se colocaron las maderas de pino "de nuestros montes"[45]. Era muy difícil llevar hasta allí los cedros debido a los gravámenes, tantos y tan pesados que resultaba más conveniente llevar el material necesario desde los Alpes. La reparación del techo se hacía imprescindible porque la madera del mismo estaba totalmente podrida. Cuando la tomaban con instrumentos o con las manos se deshacía en minúsculas partículas[46].

Tal reparación urgía, además, porque estaba lleno de palomas y de otros pájaros, de aves diversas que estropeaban el precioso pavimento. Luego, se trajeron tejones y martas que espantaron los pájaros. Pero, testimonia fray Félix, cuando "permanecí solo durante la noche, oía correr por el techo a los tejones y me sentía muy atemorizado"[47].

Gaza

Se la describe como "una grande y bella ciudad que posee muy hermosas regiones y muy nobles terrenos con hermosos árboles frutales de todo tipo".

---

[43] S. Sigoli, pp. 134-135.
[44] F. Fabri, t. I, p. 475.
[45] *Ib.*, t. I, p. 477.
[46] *Ib.*, t. I, p. 475.
[47] *Ib.*, t. I, p. 478.

Está ubicada en llanura, es zona calurosa porque, tanto en invierno como en verano, las temperaturas son sumamente altas. Los peregrinos —por lo menos el grupo de Sigoli— permanecen allí varios días (siete) porque es la ciudad que marca el confín entre Siria y Egipto[48].

Más adelante, el mismo viajero insiste sobre la belleza de la región pero dice "es una lástima que esté poseída por gente tan fea". Ya hemos citado su frase: "La mayor parte del tiempo que pasamos en Gaza permanecimos dentro de la casa porque están muy poco acostumbrados a ver a nuestros semejantes y nos hacen grandes villanías"[49].

Rama

Sobre la ciudad de Rama casi todos los viajeros están de acuerdo en que es una bella y buena ciudad, poblada por comerciantes[50]. Se encuentran muchas mercaderías a buen precio. Como vemos, constantemente, al pasar por una ciudad los viajeros anotan si en ella hay provisiones o no. Porque —en efecto— según dice Mariano de Siena —en Rama estuvieron dos días y partieron de allí hacia Jerusalén— "Siempre tratamos de marchar todos juntos, todos unidos", partieron hacia las 10 de la noche a causa del calor y "siempre procuramos llevar de comer y beber". Es decir que, evidentemente, tenían que aprovisionarse en las ciudades por las cuales pasaban[51].

Para fray Félix, la ciudad de Rama es más poblada y mayor que Jerusalén. Pero no está demasiado bien defendida, tal como las demás ciudades musulmanas carece de muros. Hay en ella muchas mezquitas, tanto en su interior como en sus alrededores, está ubicada en un lugar sumamente ameno y fertilísimo. Pero está habitada por muchos malos etíopes, moros "et alia gentes irationabiles" ("y otras gentes irracionales")[52].

En Rama —que está a 40 millas de Jerusalén— se inspecciona la lista que el gobernador de Jaffa ha confeccionado en el momento de desembarcar los peregrinos, lista en que éstos aparecen con sus nombres, sus datos y señas personales ("e come sono fatti, e di che grandezza, e di che pelo, e tutti i segni che puote avere per la persona...")[53].

---

[48] S. Sigoli, p. 131.

[49] *Ib.*, p. 133. Ver *Personajes. Sigoli*.

[50] O. d'Anglure, p. 12; N. da Poggibonsi, p. 8.

[51] M. da Siena, p. 20.

[52] F. Fabri, t. I, p. 211-212.

[53] N. da Poggibonsi, p. 8.

En el Mar Negro, Caffa es la ciudad-emporio más importante. Depende del imperio tártaro pero es totalmente genovesa, puesto que mercaderes de esta nacionalidad "avieron licençia de poblar aquel lugar"[1].

Pero Tafur habla de ella como ámbito totalmente murado y provisto de foso: "cava en torno bien pequeña, pero bien fornida de grant ballestería é bombardas, é truenos, é espingardas, é culebrinas é de toda artellería defensiva..."[2].

Es grande —tanto o más que Sevilla— y su población —"çerca de dos tantos"— está compuesta por cristianos católicos y ortodoxos, "é todas las naciones del mundo"[3].

Realmente en esa ciudad se encuentran gentes sumamente exóticas al punto que Tafur puede decir: "Çiertamente si non fuese por los ginoveses que allí están, non paresçe que los otros non tienen parte con nuestra naturaleça, tantas é tan diversas naçiones, é tantos trajos en el vestir, é en el comer, é en el uso de las mugeres..."[4]. A este respecto llega a decir que en la posada donde se hospedaban les ofrecían mozas vírgenes por un azumbre de vino.

La ciudad no produce por sí, "an carestía, é de toda fruta, é áun de pan..." aunque en ella existen todos los bienes posibles pues los proveen los mercaderes. Se acumulan allí toda clase de productos: especiería, oro, piedras preciosas, perlas, pieles que pueden comprarse muy baratas.

Además, se realiza venta de personas. "Aquí se venden más esclavos é esclavas que en todo lo otro que queda del mundo"[5].

Tafur compra dos esclavas y un esclavo "que oy tengo en Córdova e generaçion dellos"[6].

---

[1] P. Tafur, p. 160.
[2] *Ib.*, pp. 162-163.
[3] *Ib.*, p. 161.
[4] *Ib.*, p. 163.
[5] *Ib.*, p. 161.
[6] *Ib.*, p. 162.

Describe cómo se realiza esa compra. Desnudan a los esclavos ("fázenlos desnudar en cueros tanbien al macho como fembra...") y les ponen unos gabanes de fieltro, se propone un precio, les quitan entonces las prendas que los cubren y los examinan desnudos. Si dentro de los sesenta días de realizada la compra los esclavos murieran de pestilencia, el vendedor devolverá el dinero. Si el esclavo ofrecido fuese tártaro, logrará un precio un tercio mayor que los otros "porque el tártaro nunca hizo traición a su señor".

Aclara que los cristianos tienen bula papal para comprar y mantener cautivos a cristianos "porque non acampen en mano de moros é renieguen la fe"[7].

Se venden como esclavos gentes de muy diversas naciones, entre los que se cuentan circasianos, búlgaros, armenios...

Consignemos que en la ciudad se levanta un monasterio de franciscanos[8].

Desde Caffa puede verse el Tana, el gran río —el Don— del que se dice llega del Paraíso Terrenal. Por él navegan las mercaderías hasta llegar al Mar Mayor (Mar Negro). Sobre sus márgenes se encuentran dos castillos, uno de genoveses y otro de venecianos "a dó resçiben sus mercadurías"[9]. Los navíos que las transportaban sólo podían llegar durante el buen tiempo, ya que "Esta çibdat de Cafa es tan fría en el invierno, que las naos se yelan dentro en el puerto"[10].

El río proporciona muchos peces, especialmente esturiones "que acá llamamos sollos". Esos pescados son llevados —tanto frescos como salados— a Occidente, "é fasta Castilla é aún en Flandes los e visto traer"[11].

También en ese río se encuentran unos peces muy grandes llamados *merona*, con sus huevos "finchen toneles é tráenlos ávender por el mundo". Este manjar —llamado caviar— se consume especialmente en Grecia y Turquía. El narrador nos hace conocer su aspecto, "como xabon prieto" ("como jabón obscuro"). Si se echa caviar en el fuego, se endurece y "muéstrase como son, huevos de pescado; es cosa muy salada"[12].

Los habitantes de la ciudad llevan vestimentas atractivas. Hombres y mujeres van vestidos de seda delgada "é de labores menudas como estas

---

[7] *Ib.*, p. 162.

[8] *Ib.*, p. 160.

[9] *Ib.*, p. 165.

[10] *Ib.*, p. 169.

[11] *Ib.*, p. 165.

[12] *Ib.*, p. 166.

moriscas". Los hombres visten gabanes de fieltro delgado como paño, sin costuras. Van armados con cimitarras, arcos, flechas y porras.

Caffa, por la presencia de los genoveses, es el último eslabón tranquilo entre el mundo occidental y el inquietante ámbito oriental. En efecto, Tafur intenta ir a Tartaria desde Caffa pero se le aconseja no hacerlo debido a la inseguridad que las gentes de esas zonas implicarían para los transeúntes ("pero fuí consejado que no lo devía fazer, porque non sería seguro de las gentes que andan por los campos, sueltos, sin obediençia de Señor")[13].

Llega, sin embargo, hasta la ciudad que llama "Çorcate" (sin posible identificación) que constituía el más importante asiento fijo de los tártaros en el siglo XV. Finalmente Tafur se decide a retornar a Caffa y, desde allí, pasar a Grecia.

"E mucho quisiera yo tenerme en estas tierras mas por ser gentes bestiales é por los mantenimientos no ser conformes a mi naturaleça..." retornó. Insiste en la bestialidad y deformidad de las gentes, tanta que "yo abrí mano del deseo que tenía de ver adelante..."[14].

Este es —anota el narrador— el camino que siguieron los embajadores del rey don Enrique de Castilla, es decir, la misión de Clavijo que llegó a la corte de Tamerlán. Para alcanzarla hubieron de recorrer una distancia igual a la que separaba Caffa de Castilla[15].

Más allá de Caffa se encontraba el extraño e inquietante ámbito del corazón asiático.

Damasco

Dos son las ciudades de Medio Oriente que se presentan con particular detalle en los relatos de los viajeros: Damasco y Beirut.

Damasco aparece en las narraciones de Poggibonsi, de Adorno, de Sigoli, de Niccolò dei Conti, de Frescobaldi...

Según Poggibonsi, Damasco es una gran ciudad, no comparable a ninguna otra. Los franceses dicen que Damasco tiene más habitantes que París. Las calles están iluminadas por medio de lámparas para poder transitar por ellas durante la noche. Las casas son altísimas, construidas en madera, su parte inferior trabajada en mosaico[16].

---

[13] *Ib.*, p. 166.

[14] *Ib.*, p. 169.

[15] *Ib.*, p. 165.

[16] N. da Poggibonsi, pp. 89-90.

Las casas parecen estructuradas como en otras ciudades musulmanas. Poco atractivas en el exterior, cómodas en el interior, de ordinario las habitaciones dan a un patio central, en el cual se encuentra una fuente de agua. Sigoli, luego de describirnos de tal manera las características de las mansiones, reflexiona: "della nobiltà di questa città non si potrebbe tanto iscrivere a pieno quanto egli è, vi e più" ("Y en cuanto a la nobleza de esta ciudad no se podría escribir todo lo que ella es y aún más")[17]. Expresa su maravilla al decir que "ella è ben grande come Firenze innanzi che meno, contando i borghi di fuori" ("es grande como Florencia, tal vez más, contando los barrios exteriores")[18].

"La ciudad de Damasco está totalmente amurallada pero no tiene fortaleza salvo en ciertos lugares, es una ciudad grande y antigua y tiene amplios suburbios con más gente que la ciudad misma y en muchos lugares las casas de los suburbios están junto a los muros de la ciudad y los suburbios no tienen ni murallas, ni fortalezas ni vallados"[19].

La ciudad encierra un castillo cuadrado, muy hermoso, construido en mármol blanco, tallado en puntas de diamante. Allí reside el castellano que el sultán mantiene permanentemente para guarda de la ciudad.

Las mezquitas se ven ornadas por altas torres. Recuerda Adorno una leyenda a propósito de los muros de la ciudad: fueron construidos por un florentino que —enamorado de la hija del emir— se hizo musulmán para poder desposarla. Asegura que sus armas y las de Florencia se ven todavía esculpidas en las murallas[20]. La ciudad se eleva sobre una llanura en sus dos terceras partes, la restante está asentada sobre la costa, sobre una playa más alta que la de San Miniato de Florencia.

Es una ciudad muy populosa. "En muchas calles había más gente que cuando se corre el palio de San Juan".

Es ámbito que desborda de toda clase de mercaderías y víveres[21]. Allí pueden encontrarse especias de India, piedras preciosas, seda en cantidad, innumerables aromas que llegan desde Bagdad y desde otras partes de Oriente, de India, de Persia, de Armenia, a lomo de camello y de otras bestias de carga. Es un enorme centro de concentración y desde ella los mercaderes distribuyen esos productos a las demás partes del mundo. No hay ninguna ciudad de Oriente que supere a Damasco en cuanto a comercio y negocios.

---

[17] S. Sigoli, p. 145.

[18] *Ib.*, p. 139.

[19] L. Frescobaldi, p. 86.

[20] A.-J. Adorno, p. 331.

[21] *Ib.*, p. 327.

Ese trato comercial, de ámbito internacional, también se expresa en la posibilidad que tienen los habitantes de la ciudad de ofrecerse comodidades y bellos objetos. Son refinados y cosmopolitas pues alternan con toda clase de gentes que allí tienen instalados sus bazares.

Al pasar por esas tiendas, las mujeres siempre compran algo para su afeite y cuidado, "derrochan y gastan el dinero con mucha mayor facilidad que nuestras mujeres"[22].

En la ciudad hay numerosos artesanos.

Los gremios —como era habitual en las ciudades musulmanas— estaban agrupados en diversas calles o barrios.

Cada uno de los grupos de comerciantes y artesanos tiene su tienda en diferentes lugares de la ciudad, tal como sucede con la guilda del comercio de la lana en Florencia.

El ámbito que congrega a los artesanos de un mismo gremio se llama bazar o zoco. Es una calle cubierta, plena de tiendas "donde no se vende nada a excepción de los productos de ese gremio".

También numerosas plazas cuadradas ofrecen —en diversas tiendas— las más variadas mercaderías[23].

La ciudad posee un gran mercado de oro y especias[24]. "En cuanto a las mercaderías, yo creo que no hay nada que no se pueda encontrar allí"[25]. Adorno suponía que había un mercado diario pero que los más importantes se celebraran los lunes, miércoles y viernes. Los restantes días, los musulmanes tienen la costumbre de transcurrirlos en distracciones, en paseos, acompañados por sus esposas, en jardines y baños.

Numerosos viajeros hablan de los ubérrimos alrededores de Damasco. Fuera de la ciudad se encuentran bellísimos jardines, extraordinariamente frondosos, en los cuales "gli uomini e le donne vi pigliano grandissimi piaceri" ("los hombres y las mujeres logran gran placer")[26].

Allí se fabrican, sobre todo, objetos de hierro y de acero con gran perfección[27].

Hay en la ciudad una gran concentración de madera.

Entre las especialidades comerciales se encuentran las confituras, por ello hay muchos maestros de confitería que elaboran dulces con azúcar, manzanas, jengibre y otros elementos.

---

[22] *Ib.*, p. 333.

[23] *Ib.*, p. 329.

[24] S. Sigoli, p. 90.

[25] A.-J. Adorno, p. 329.

[26] S. Sigoli, p. 140.

[27] A.-J. Adorno, p. 329.

Muchas tiendas venden flores, violetas y rosas más olorosas que las europeas. Allí se confecciona la mejor agua de rosas del mundo[28].

Como en otras ciudades musulmanas que se encuentran en tierras cálidas, en Damasco se acostumbra a emplear la nieve de las montañas para refrescar bebidas y alimentos.

La nieve se conserva todo el año en la ciudad con ese objetivo y se envía inclusive hasta El Cairo.

Se coloca, de ordinario, nieve sobre la fruta, "de tal manera que las frutas están tan frescas que es delicioso comerlas"[29].

Damasco se presenta ubicada en una planicie muy fértil que produce trigo, también abundante pasto para alimentar a las ovejas. Es tierra regada por numerosas fuentes y donde se produce buen vino[30].

Todas las opiniones describen la ciudad como un lugar paradisíaco y dotado de los mayores bienes del mundo.

La ciudad marítima más cercana a Damasco es Beirut, bastante pequeña y rica rodeada de prados y de campos muy fértiles en que se da una gran abundancia de frutos. Entre ellos, grandísima cantidad de olivos y mucha leña. Hay "buona e grande derrata d'ogni cosa" ("buena y gran abundancia de toda clase de cosas")[31].

No sólo abundancia de productos naturales sino también de pan y vino "que es el mejor del mundo".

Sigoli alaba de esta manera el vino y, además, da el precio que se paga por un barril de vino trebiano. También se compra a buen precio toda clase de pescados y "carni d'ogni ragione" ("carnes de todo tipo")[32].

Está murada, aunque no del lado del mar. Allí se levanta una pequeña fortaleza provista de grandes torres. Según Sigoli, la ciudad no está murada y no tiene fosos, aunque sí posee una fortaleza[33]. No sabemos si cada uno de estos autores refleja la realidad del momento en que conocen la ciudad.

Considera Sigoli que el mejor tiempo de la ciudad fue aquel que la viera cristiana "pues cuando los musulmanes la arrebataron a los cristianos, deshicieron todo"[34].

Los alrededores de Beirut ofrecen un espléndido panorama, pues los

---

[28] S. Sigoli, p. 140; L. Frescobaldi, p. 86.

[29] S. Sigoli, p. 143; L. Frescobaldi, p. 87.

[30] A.-J. Adorno, pp. 327 y ss.

[31] *Ib.*, p. 339; O. d'Anglure, p. 10.

[32] S. Sigoli, pp. 148-149.

[33] A.-J. Adorno, p. 339.

[34] S. Sigoli, p. 147.

montes del Líbano, "Son rientes, poblados, plenos de riquísimas casas". Ofrecen además numerosos frutos, fuentes y maderas extraordinarias: cedros, cipreses y diversas plantas odoríferas[35].

Los monjes-embajadores precursores de Marco Polo en la penetración del Asia Central —fray Giovanni del Pian del Carpine y fray Guillermo de Rubruck— tienen menor oportunidad de describir ciudades que otros viajeros porque ellos han de transitar por un ámbito que casi no presenta formas urbanas. De ordinario, los mongoles tienen ciudades-campamentos, es decir, instalan en ciertos lugares tiendas que luego desplazan según la conveniencia del tiempo y de las pasturas.

Por tanto, estos narradores tienen mayor posibilidad de describir pueblos y ámbitos naturales que urbanos.

Pueblos asiáticos sometidos por los gengiskhanidas, gentes indomeñables sobre todo los que habitan en el norte helado o individuos que, procedentes de distintos sitios de Europa, viven en ese exótico y lejano ámbito integrados y desempeñando actividades para sus señores mongoles. De algunos, los viajeros dan testimonio por conocimiento directo, de otros sólo pueden hablar por haber recogido informaciones que presentan muchas veces el aspecto de tradiciones legendarias o consejas.

Sabemos sobre qué fuerzas está asentado el poder del emperador y de los príncipes mongoles. Hay una obediencia total hacia el emperador y éste, fundamentalmente, está sostenido por un poderoso ejército que le permite dominar a su pueblo, a otras gentes sometidas a él y a vecinos que desean su benevolencia. El ejército tiene una estructura decimal, se encuentra bien armado con arcos, aljabas y cuerdas, llevan corazas y armaduras, también los caballos van acorazados. Portan lanzas y escudos[36]. Los jefes cruzan los ríos en odres de cuero. Saben realizar el sitio de la fortaleza, conocen el fuego griego.

Para mantener sometidos a los pueblos que conquistan, recurren, de ordinario, a la deportación de grupos, mantienen junto a sí a los artesanos que son sumamente considerados, realizan empadronamiento e imponen obligaciones impositivas a los vencidos, en general tributos de pieles; el que no paga, por supuesto, cae en esclavitud. Esas poblaciones se ven sumamente coaccionadas porque sufren imposiciones por voluntad del Emperador y otras, por parte de los jefes locales.

Hay pueblos y regiones sometidos y países que buscan la amistad o, por lo menos, que tratan de no malquistarse con los tártaros. Fray Giovanni del

---

[35] A.-J. Adorno, p. 347.

[36] G. del P. del Carpine, pp. 205-206.

Pian ha visto a los príncipes de Rusia en el *kuriltai*, el príncipe Ieroslav de Suzdal, también a los hijos del rey de Georgia y al embajador del califa de Bagdad. En esa reunión coincidieron más de cuatro mil enviados.

Según fray Giovanni en el ámbito del dominio mongol "no hay pueblos ni ciudades sino una sola, según se dice, bastante importante, Karakorum. No la hemos visto, pero nos aproximamos a ella en una media jornada de camino, cuando nos encontrábamos cerca de Syra-Horda, que es la gran corte del emperador"[37].

Karakorum es descripta por fray Guillermo de Rubruck como ciudad amurallada provista de cuatro puertas y con mercados especializados en el exterior (los hay para venta de granos, de cabras y corderos, de caballos...)[38]. En general la presenta como un ámbito pobre, "no vale lo que el barrio de Saint-Denis". A pesar de ello, menciona también la iglesia "que es bastante grande y bonita y cuyo interior está recubierto de tela de oro. Y a la que no quiso entrar el emperador puesto que a ella se había llevado muertos"[39].

Dice que allí hay dos barrios separados, uno de sarracenos en el cual se concentran los mercaderes y otro de catayos, es decir chinos, que son todos artesanos.

Por supuesto, las construcciones más importantes corresponden al palacio del khan y a las mansiones de los secretarios de la corte.

Hay doce templos de idólatras y también dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Pero decimos que lo que describen en mayor medida los monjes-embajadores son las regiones por donde pasan y las costumbres de sus habitantes.

Fray Giovanni habla de las características del suelo del Asia central, una parte presenta bosques poco poblados, otra carece totalmente de ellos. Las enormes posesiones de los khanes son fértiles sólo en una centésima parte, zona que no produce frutos y que sólo está regada por el agua de escasos riachuelos. También los ríos son raros. Se refiere al clima general del extensísimo ámbito que recorren diciendo que el aire es desigual, que en verano hay grandes tempestades, que los rayos del sol matan a los hombres y que también hay grandes nevadas y soplan vientos muy fríos que provocan tormentas. Cuando sucede esto es difícil cabalgar, el viento impide ver debido al gran polvo que levanta. Jamás llueve en invierno pero

---

[37] *Ib.*, p. 178.

[38] G. de Rubruck, p. 325.

[39] *Ib.*, p. 320.

sí en verano y también se producen grandes granizadas. Durante el invierno en ciertos lugares caen enormes nevadas, en otros ámbitos apenas se conoce la nieve.

Entre los pueblos que interesan a los embajadores, por supuesto se encuentran, en primer término, los tártaros. Se describen, con pocos y claros trazos, sus caracteres físicos. Grandes pómulos, nariz ancha y corta, párpados que llegan hasta las cejas, muy poca barba, llevan cabellos afeitados y tienen pies bastante pequeños[40].

Por supuesto, si el aspecto físico y las costumbres de los orientales aparecen exóticos a los ojos de nuestros viajeros y narradores, también ellos semejan seres peculiares a la observación de los naturales. Fray Guillermo de Rubruck es considerado un monstruo porque llevaba —según lo determina su Orden— los pies descalzos[41].

En verdad hay asombro y rechazo recíprocos. Fray Guillermo dice, al llegar a un campamento tártaro, que todos parecían leprosos "hasta tal punto eran horrendos"[42].

Los embajadores también anotan las peculiaridades en cuanto a creencias, costumbres familiares, formas matrimoniales, conductas de hombres y mujeres y también los cotidianos usos de alimentación.

Puesto que estos embajadores son sacerdotes, se interesan enormemente por las creencias de los tártaros. Creen en un solo Dios, creador de todo lo visible e invisible. Pero no realizan culto, no le ofrecen oraciones. También tienen ídolos de fieltro que son los guardianes de los rebaños. En todas las casas de Mangu Khan, antes de beber, arrojan *cosmos* sobre esos ídolos[43].

Adoran también otros ídolos confeccionados con tela de seda. Realizan sacrificios de ovejas, queman sus huesos, como forma adivinatoria[44].

Junto al khan hay sacerdotes idólatras o adivinos bajo cuya vigilancia se encuentran los carros que transportan los ídolos[45]. Conocen la astronomía, predicen los eclipses de sol y luna y determinan una conducta pautada en cada caso, purifican todo lo que es enviado a la corte por medio del fuego. Prevén el futuro, realizan adivinaciones y, según dice taxati-

---

[40] G. del P. del Carpine, p. 180.

[41] G. de Rubruck, pp. 293 y ss.

[42] *Ib.*, p. 258.

[43] *Ib.*, p. 32.

[44] G. del P. del Carpine, p. 181.

[45] *Ib.*, p. 182.

vamente fray Giovanni, los tártaros hubieran caído nuevamente sobre Hungría si estos consejeros no se lo hubieran prohibido. Consagran todas las yeguas el 9º día del mes de mayo con ceremonias en que se derrama el *cosmos* nuevo, "como se hace en otras partes: en nuestro país con el vino, en ocasión de la fiesta de Bartolomé o de Sixto y, con los frutos, en la fiesta de Cristóbal o de Santiago"[46].

Los adivinos predicen el destino de todo recién nacido, por supuesto, en particular de los hijos del khan. Agrega fray Guillermo que los adivinos perturban el aire con sus encantamientos y, como hace tanto frío, buscan personas a las cuales se pueda culpar de estas inclemencias[47].

Otros adivinos invocan a los demonios, por medio de encantamientos y utilizando carne cocida, se reúnen todos en una casa para obtener la respuesta que necesitan[48].

Son supersticiosos. Sabemos que los embajadores tienen que retornar por un camino diferente al que transitaron a la ida porque sería de mal augurio actuar de otra manera[49].

Fray Guillermo dice que dan el mismo nombre a los sacerdotes que a los adivinos. El encontrará en la corte de Mangu una serie de sacerdotes de diferentes confesiones, con los cuales incluso tendrá que sostener una discusión religiosa. En otro pasaje, dice que los más importantes son los sacerdotes idólatras porque el soberano es pagano aunque sabemos que los nestorianos tienen gran importancia y predicamento en la corte.

Fray Giovanni informa sobre la manera de realizar adivinaciones y de purificar sus culpas. Su concepto de pecado difiere del nuestro. Para ellos pueden ser acciones pecaminosas: sumergir el cuchillo en el fuego, matar pájaros jóvenes, romper huesos, orinar en su tienda (para ser habitada nuevamente tendrá que ser purificada), escupir dentro de esa tienda, etc.

En cambio no consideran pecado: asesinar, invadir, fornicar, injuriar.

Entre sus buenas costumbres se cuentan: ser sumisos a su amo, poco mentirosos, muy cordiales entre sí, aunque tengan pocos víveres los comparten, son muy resistentes para soportar el frío y el calor, no son delicados, no envidian, no son desavenidos entre sí, sus mujeres son castas, no se oye hablar de su impudicia, aunque son borrachos no se suscitan peleas entre ellos. Pero si miramos el reverso de la moneda, podemos decir que son orgullosos, se consideran superiores a todos los demás, montan fácilmente en cólera, su indignación es muy violenta, pueden mentir...

---

[46] G. de Rubruck, p. 338.

[47] *Ib.*, p. 340.

[48] *Ib.*, p. 341.

[49] *Ib.*, p. 327.

Tienen una apariencia de blandura pero que es engañosa, puesto que de improviso muerden como el escorpión, son sutiles y astutos, inmundos en el beber y el comer, borrachos, ávidos y avaros, son poco dadivosos y la muerte del extranjero no representa nada para ellos. Los robos importantes se penan con la vida.

Las peleas entre los hombres son libremente respetadas pero pueden apelar a la corte del señor. Hay una serie de penas capitales para ciertos delitos, por ejemplo, el homicidio así como toda relación con una mujer que no sea la propia o que no sea su sirvienta porque, por supuesto, el señor puede disponer del esclavo.

Creen en una vida posterior a la muerte, ya que tienen ritos funerarios. Realizan funerales en los cuales gritan con vehemencia. Dice Rubruck refiriéndose al enterramiento de los nobles: "No he podido saber si entierran los tesoros junto a los difuntos". En todo caso, levantan montículos sobre ellos y erigen estatuas que miran hacia el Oriente[50].

Hay diverso tipo de sepulturas. Para los más ricos se usa construir una especie de pirámides o pequeños edificios terminados en punta.

Hay un cementerio especial para los emperadores, los jefes, los nobles. Los monjes pueden testimoniar acerca de las características de este cementerio puesto que su condición de embajadores les ha permitido el acceso.

Cuando alguien está enfermo no entra en la tienda nadie más sino aquél que lo sirve porque temen que algún mal espíritu o viento penetre con los visitantes. Los tártaros consideran que las pertenencias del muerto han sido mancilladas por la muerte misma.

Las bodas son múltiples porque cada individuo puede tener tantas esposas como le sea posible mantener —cien, cincuenta o diez— esposas que compran a un alto precio. Sólo existe la prohibición de desposar a la propia madre, a la hija y a las hermanas de una misma madre[51].

La viuda no puede volver a casarse porque se considera como pertenencia del marido que ha de servirlo en la otra vida. Cuando las familias se han puesto de acuerdo sobre el precio de la joven, se organiza un banquete, la muchacha se esconde en casa de sus padres o en otro lugar y el padre de la desposada dice al novio que debe encontrarla y entonces éste se apodera de su novia, a veces violentamente. La conduce luego a su futura morada.

Las mujeres son extraordinariamente gordas y uno de los cánones de belleza es que tengan poca nariz.

---

[50] *Ib.*, p. 252.

[51] G. del P. del Carpine, p. 180.

A ellas les corresponden una serie de tareas sumamente duras, confeccionan las pellizas, los trajes, los zapatos, las botas y toda clase de artículos de cuero, preparan las pieles, hacen un hilo con nervios de animal, ordeñan las vacas, hacen manteca, conducen y reparan los carros, colocan y bajan de ellos las casas, cargan los camellos[52].

Todas llevan pantalones y son arqueras. Montan a caballo, galopan y llevan aljabas y flechas.

Como hemos dicho, los tártaros pueden tener muchas esposas pero cada mujer habita una tienda separada. Los hombres hacen flechas, cuidan los rebaños, cazan, todos son arqueros desde niños; son muy ágiles, llevan estriberas cortas y cuidan mucho los caballos.

La riqueza de los tártaros se mide por el número de cabezas de ganado que poseen: bueyes, corderos, cabras y caballos.

Tienen muchas yeguas porque sabemos que la bebida más preciada para ellos es el *cosmos*, leche de yegua fermentada. No poseen cerdos.

Ambos narradores hablan extensamente acerca de las costumbres alimenticias de estos pueblos. Ellos tendrán que sufrir durante su larga permanencia en tierras tártaras esas peculiares viandas. Comen de todo, incluso animales ya muertos: zorros, caballos, carne secada al sol, pellejos de bueyes y, si es necesario, también carne humana. Si se produce un sitio, uno de cada diez habitantes es comido. También gustan de la placenta de yegua, piojos y ratas. Por supuesto, no hay exquisitez ni delicadeza en la mesa, no hay manteles ni servilletas, no hay pan ni verdura, sólo comen carne y muy poca. Cuando tienen las manos sucias por la grasa de la carne, se las limpian en el pasto o en las botas.

No lavan los recipientes —como tampoco sus vestimentas—, no dejan nada de comida ni de bebida en ellos.

Una de sus bebidas preferidas es el mencionado *cosmos*, también toman leche de oveja, de cabra, de vaca o de camella. No desdeñan el vino, el hidromiel o la cerveza pero los consumen sólo si se los envían. En invierno, sólo los ricos pueden tomar *cosmos*. Otra bebida que acostumbran ingerir está constituida por mijo cocido, cada uno toma uno o dos tazones por la mañana y por la noche, caldo y un poco de carne. En el verano comen menos carne y leche y, a veces, algún pájaro u otro animal.

Reparten la comida con la punta del cuchillo. El estilo de éstos es semejante a aquéllos que "nosotros usamos para comer peras y manzanas cocidas en vino"[53]. Si el dueño de casa ofrece a alguien un trozo especial,

---

[52] G. de Rubruck, p. 250.

[53] *Ib.*, p. 245.

quien lo recibe debe comerlo solo puesto que así lo indica la etiqueta y si no lo concluye, lo coloca en el bolso que posee para guardar cosas, porque es costumbre poner en ese saco los huesos que no ha roído hasta el final.

Las comidas de los ricos que tienen granjas son más variadas pues obtienen mijo y harina que almacenan para el invierno, los pobres, al parecer, carecen de terreno y, por lo tanto, se dedican solamente a la cría, cambian corderos y pieles por esos productos. También comen ratones puesto que hay una serie de especies muy diversas en la región. No comen ratones de cola larga pero sí lirones y toda especie de cola corta. También comen marmotas, hay conejos de cola larga como los gatos. En la región, fray Guillermo no ha visto ciervos, sí pocas liebres, muchas gacelas, asnos salvajes en gran cantidad y mulas. Por cierto, los príncipes y los señores se dedican a la caza pues tienen halcones, gerifaltes y milanos que llevan posados sobre la mano derecha. Esa carne de caza sirve de alimento a los nobles. Con los cuernos retorcidos de un carnero llamado *arcal* confeccionan unas grandes y pesadas copas que apenas se pueden levantar con una sola mano[54].

Visten[55] túnicas de bucarán, de púrpura y escarlata, dobladas en dos sobre el pecho, con las ataduras en el lado izquierdo, a diferencia de los turcos[56].

Por supuesto, este atuendo lo visten para salir al exterior; en el interior, llevan algo más delgado. Todos usan vestimentas forradas con piel, incluso los pobres, en este caso, con pieles de perro o de cabra. Además, los ricos forran sus trajes con una estopa de seda, flexible, ligera y caliente, los pobres con lino, algodón o con el vellón más fino que pueden sacar de la lana en bruto.

Con la lana realizan el fieltro con el cual cubren sus casas y sus cofres, también la utilizan para sus colchones, hacen cuerdas mezclando lana con crin de caballo. Con fieltro confeccionan abrigos, los bajeros de la silla de montar y capas para la lluvia.

Llevan abrigos de pieles que, según hemos visto, también les han sido proporcionados a los embajadores.

Los tártaros reciben, de la zona norte, pieles preciadas, que "jamás he visto en nuestras regiones"[57].

---

[54] *Ib.*, pp. 247-248.

[55] G. del P. del Carpine, p. 181; G. de Rubruck, pp. 248 y ss.

[56] *Bucarán*. Al parecer, tejido originario de la ciudad de Bucara. En el siglo XII era una fina tela de algodón. Guillaume de Rubrouck, *Voyage dans l'Empire mongol*. Traduction et commentaire de Claude et René Kappler, París, Payot, 1985, p. 174, nota 28.

[57] G. de Rubruck, p. 248.

En invierno llevan abrigos constituidos por lo menos por dos capas de pieles, una con el pelo vuelto hacia adentro y otra hacia afuera para protegerse del viento y de la nieve. Llevan pieles de lobo, de zorro y de papiones, monos cinocéfalos[58].

Las vestimentas de las mujeres difieren según sean casadas o solteras. Las vírgenes y jóvenes no casadas se visten de manera análoga a los hombres.

Fray Guillermo habla del tocado de las mujeres que él llama *bocca*, es un armazón, recubierto luego con tejidos de seda, etc. Es un tocado muy alto, sostenido por medio de una cofia. Por ello dice que, cuando se ve desde lejos a varias damas cabalgando juntas, se creería que son guerreros con cascos en la cabeza y lanzas en ristre, por los penachos que lleva el tocado. De esto deducimos que las mujeres cabalgan como los hombres, es decir, con una pierna a cada lado del caballo.

Su morada circular, está edificada en forma de tienda, con cañas y varas muy finas, la recubren con fieltro blanco, según hemos dicho; en la parte superior tiene un orificio redondo que permite el paso de la luz y a través del cual sale el humo del fuego que se enciende en el centro de la tienda. Pueden ser edificios más grandes o más pequeños, según sea la capacidad económica del propietario. Algunas se montan y se desmontan y se trasladan sobre carros de diversos tipos, en general, cada carro es tirado por veintidós bueyes.

Los ricos pueden tener de cien a doscientos carros. Hay maneras particulares de ubicar los lechos dentro de las casas y éstas sobre los carros.

Aunque no tan detalladamente, los embajadores aluden a los demás pueblos que habitan las zonas por las que atraviesan y que están sometidos a los mongoles.

Guillermo de Rubruck dice que en el Tibet se encuentran hombres muy deformes, grandes y negruzcos. También en esa zona habitan los iugures que son de estatura mediana "como la nuestra". Los langues y los solangues, "son pequeños y morenos como los españoles". Visten túnicas semejantes a las de los diáconos pero con las mangas más estrechas y llevan una especie de mitras y alrededor de las sienes unas bandas largas, tejidas con el mismo material de las mitras, que flotan al viento[59].

Los naturales de Catay son gentes industriosas que fabrican las mejores telas de seda que se conozcan. Según la descripción de fray Guillermo son

---

[58] *Ib.*, p. 375, nota 318.

[59] G. de Rubruck, pp. 284-285.

hombres pequeños y que, al hablar, aspiran mucho por la nariz. Y, "como generalmente ocurre con todos los orientales, tienen los ojos pequeños"[60].

Fray Guillermo elogia su capacidad de artesanos y su talento para diagnosticar por el pulso; al contrario de los médicos occidentales, emplean muy poco la uroscopía para determinar las enfermedades. Los que viven en Karakorum ejercen de manera hereditaria el oficio de sus padres.

A los embajadores les interesan características físicas, costumbres, vestimentas de esos pueblos.

Las mujeres rusas "adornan su cabeza igual que las nuestras pero ornan sus trajes con marta zibelina o gris, desde las rodillas hasta los pies" dice fray Giovanni. Compara las capas de los hombres con las que visten los teutones, llevan en la cabeza birretes de fieltro que culminan en larga punta[61].

Los sacerdotes idólatras, vestidos con túnica amarilla, atada con un cordel, rapados, se le antojan a fray Guillermo, franceses, debido a sus barbas rasuradas[62].

Ya hemos dicho que los monjes —a pesar de que quieren dar testimonio de lo que han visto con sus propios ojos— aluden con frecuencia a lo que conocen de oídas sobre seres particulares, o costumbres inusuales que practican las gentes de las regiones por donde pasan o cercanas a ellas[63].

Así por ejemplo, respecto de los samogedos —a quienes fray Giovanni ubica en Cumania— "se dice tienen cara de perro"[64].

Más adelante —al mencionar una empresa de Ogadai khan— habla nuevamente de los samogedos. De manera clara se trata de esquimales, según la descripción: "Estos hombres, según dice, no viven más que de la caza, y sus tiendas, al igual que sus vestidos, tan sólo están hechos con pieles". Más hacia el N. se hallan monstruos, seres con forma humana pero cuyos pies son de buey, la cabeza es de hombre pero la cara, de perro. Articulan dos palabras, a la tercera, ladran[65].

Durante esa misma expedición, los tártaros encontraron a los kirguises, paganos que tienen, como costumbre peculiar, la de expresar su dolor fúnebre, arrancándose una tira de piel, de oreja a oreja. En los desiertos, descubrieron seres con un solo brazo, provisto de una mano, que emergía del centro del pecho y un solo pie. Cuando estaban cansados de correr,

---

[60] *Ib.*, p. 286.

[61] *Ib.*, p. 261.

[62] *Ib.*, p. 282.

[63] Ver *Personajes y testimonios*.

[64] G. del P. del Carpine, p. 167.

[65] *Ib.*, p. 202.

daban vueltas, "casi en círculos". Fray Giovanni habla de ellos merced al testimonio de los clérigos rusos que vivían en la corte del Emperador. Según la versión, estos seres peculiares habían llegado en embajada ante el khan[66].

Al sur de Cumania se encuentran una serie de pueblos, entre otros, los brutacos "que se dice son judíos y que tienen la cabeza rapada"[67].

Fray Giovanni historia en algún momento, expediciones bélicas de Gengis khan. Al regresar, el ejército llegó a una región donde —"según formalmente nos decían los clérigos rusos y otros cuando estábamos en la corte del Emperador"— encontraron unos monstruos con apariencia femenina. Interrogados por medio de intérpretes, tales seres respondieron que en ese lugar las mujeres tenían forma humana pero los hombres, en cambio, aparecían con cara de perro[68].

Al desarrollar el mencionado tema de las campañas de Gengis alude al Tibet y al hábito allí imperante de comer al padre muerto. En este caso, parecería que testimonia *de visu* la siguiente costumbre: "No tienen barba, llevan un hierro en la mano, con el cual, según hemos visto, se depilan la barba, si por azar les crece algún pelo"[69].

Habla también de un extraño pueblo de gentes que viven encerradas en las montañas, bajo tierra[70].

El pueblo que fray Guillermo denomina *mucs* —tal vez los *mungs*, habitantes de la provincia china de Yun-nan, fronteriza al Tibet[71]— cuando recibe a un extranjero lo encierran en sus casas porque si lo dejaran deambular, los animales —al olerlo— huirían[72].

Muy peculiares son ciertas criaturas que se encuentran en las montañas del oriente de Catay pues tienen rodillas que no se doblan, avanzan a saltos y sólo miden un codo de altura, su cuerpo está cubierto de pelos.

Los cazadores los capturan dejando cerveza a su alcance. Puesto que estos seres salen de sus cuevas gritando: "¡Chin, chin!", ése es el nombre con que se los conoce. No los apresan sino para tomar de su cuello tres o cuatro gotas de sangre, con ellas colorean la púrpura[73].

Entre los pueblos no sometidos a los tártaros se encuentran los alanos

---

[66] *Ib.*, p. 202.

[67] *Ib.*, p. 167.

[68] *Ib.*, p. 195.

[69] *Ib.*, p. 196.

[70] *Ib.*, p. 197.

[71] G. de Rubruck, p. 378, nota 384.

[72] G. del P. del Carpine, p. 185.

[73] *Ib.*, pp. 312-313.

que habitan una zona situada entre el campo de Batu y Sarai, es decir, la zona de la Horda de Oro. Los khanes les encomendaban la custodia de los desfiladeros de las montañas.

Son buenos artesanos de hierro y, sobre todo, especialistas en la confección de tahalíes, arcos y chaquetas de cuero.

Describe fray Guillermo una fortaleza de alanos. "Encontramos allí por primera vez viñas y bebimos vino"[74]. Luego llegaron a la Puerta de Hierro que había mandado construir Alejandro de Macedonia, ciudad cuyo extremo oriental se encuentra sobre el mar, tiene murallas —de grandes y pulimentadas piedras— pero no fosos.

Al salir de allí encontrarán en cada ciudad, barrios de judíos. "En todas las ciudades de Persia hay muchos judíos".

Largas y minuciosas descripciones pues, para que Occidente conociera el poderoso imperio tártaro y los riesgos que de él podrían derivar.

---

[74] *Ib.*, p. 351.

EXTREMO ORIENTE

La descripción del Extremo Oriente, de India e Insulindia está expresada, sobre todo, por los siguientes narradores: fray Odorico da Pordenone, Niccolò dei Conti y Girolamo Adorno-Girolamo da Santo Stefano.

Es difícil aunar las imágenes que nos dan estos viajeros que llegan a tan lejanas tierras llevando bagages culturales diferentes, con objetivos y propósitos diversos. Además, Oriente es demasiado disímil de todo lo que han conocido para que puedan verlo siempre con claridad. Bracciolini dice que el camino recorrido por Conti lo llevó a conocer "sì separate genti" ("gentes tan diversas")[1]. Una diversidad que comprendía tanto naturaleza como criaturas de toda especie: particulares, absurdas, a veces increíbles para los europeos.

Por lo demás, todos los viajeros acceden a ese ámbito con un gran acervo de tradiciones, consejas y leyendas que allí confirman o creen confirmar. En muchas ocasiones no interpretan rectamente lo que se presenta ante sus ojos o no pueden verlo, cegados como están por lo aprendido y transmitido por los siglos anteriores.

En realidad, de entre los viajeros mencionados, quienes podrían acercarse en mayor medida por características personales son Conti y Adorno-da Santo Stefano.

Los tres testimonios mencionados están separados por gran distancia cronológica. Recordemos que el viaje de fray Odorico tiene lugar entre 1316 o 1318 y 1330, el de Conti —a pesar de las muchas discusiones al respecto— se ubica entre 1415 y 1439. Y el de Adorno-da Santo Stefano se realiza en 1491.

A pesar de ello, puesto que los atraen temas comunes —las costumbres, los ritos, los paisajes, las producciones, la naturaleza en general— creemos que es lícito agruparlos y tomarlos como testigos de mundos tan extraños a su sensibilidad de europeos.

Ya hemos dicho que fray Odorico escribe unas aparentes *Mirabilia* pero

---

[1] N. dei Conti, p. 120.

que, en realidad, nos encontramos con datos ciertos tras esas noticias supuestamente imaginadas.

Hay diversos ámbitos que atraen, en particular, la atención de nuestros viajeros: India, China y las grandes islas del Océano Indico.

Niccolò dei Conti se extiende con gran detalle sobre India, topónimo en el cual comprende, en realidad, todo el ámbito que se extiende entre Persia y China, dividido en tres partes.

China es la última de ellas. Dice Conti: "la tercera está más allá [del río Ganges], en cuanto a riquezas, gentes y delicadezas es más importante que las demás e igual que nosotros en cuanto a vida civil y a costumbres". Elogia las casas en su suntuosidad y limpieza. Sus habitantes están alejados "de todo tipo de vida bárbara y bestial"[2].

Cuando fray Odorico habla de la provincia de Mansi —China meridional— dice: "Pregunté noticias acerca de esta India a los cristianos..."[3].

Conti mezcla datos de India y China evidentemente, aunque es posible que los párrafos subsiguientes aludan a China meridional. Dice que sus habitantes son hombres riquísimos que se dedican al comercio. Estos —relata— acostumbran a comer "como nosotros" utilizando mesas, manteles y vasos de plata[4]. A renglón seguido dice que los hindúes no carecen de vides ni de vino. Aunque éste es muy peculiar porque lo obtienen del arroz mezclado con agua y con el jugo de ciertos árboles.

Casi todos los viajeros mencionados mezclan datos de diversas partes de tan extenso ámbito. Así, por ejemplo, fray Odorico cuando habla de los naturales de las islas Nicobar los describe con características y costumbres que corresponden a lo que la tradición narraba de diversas regiones cercanas. Los imaginan con cara de perro, con un dibujo en la frente que representa al buey que constituye su dios. Su rey lleva como ornamento un gran rubí.

La cara de perro se atribuye a los habitantes de las islas Andamán, las miniaturas de toros son consideradas por Marco Polo como propias de los habitantes de Malabar, el gran rubí —según el mismo viajero y otros narradores entre los que se cuentan Jordan de Sévérac e Ibn Battuta— correspondería al rey de Ceilán. También menciona fray Odorico el escudo que llevan en la guerra y con el cual se cubren completamente. Esta no sería una característica propia de los naturales de estas islas sino de todos los del archipiélago[5].

---

[2] *Ib.*, p. 160.

[3] O. da Pordenone, p. 175.

[4] N. dei Conti, p. 161.

[5] Se supone que fray Odorico se refiere a las islas Nicobar. Pero las características que atribuye a los pobladores de ellas —salvo la común desnudez— no parecen ser propias de esa zona. Fray

Conti también mezcla todos esos ámbitos puesto que en un pasaje de su relato describe los tocados de los habitantes de India: "las [mujeres] no acicalan [su cabello] sino las que habitan el Catay"[6]. También comprende varios ámbitos cuando, poco más allá, dice que la primera parte de la India excede a todas las demás en cuanto al cuidado y a la magnificencia de las sepulturas.

Hay pues un englobamiento pero, para Conti, la India actual es la que proporciona, en mayor medida, material a la descripción.

Conti se da cuenta de la gran extensión del ámbito descripto y de su enorme variedad puesto que estampa frases como la siguiente: "Las vestimentas son disímiles, según la variedad de las regiones"[7]. Pero —como decimos— en Conti la descripción corresponde en mayor medida a India que a China.

Los habitantes son más oscuros ("más baços") que los europeos, los más atezados se encuentran en el sur. Todos son más morenos que las gentes de Etiopía[8].

En cuanto a estatura y expectativa de vida se asemejan a los occidentales.

Como hemos visto, se los considera civilizados en extremo, gozan de una vida plena de refinamientos. Según Conti, algunos hindúes llaman *francos* a los occidentales, otros los llaman *ciegos* puesto que los creen poco prudentes, los consideran gentes que miran con un solo ojo mientras que ellos pueden contemplar el mundo con los dos[9]. Menos sutil es la consideración que encontramos en Adorno-da Santo Stefano quienes se han visto despreciados como si fueran apestados[10].

Los naturales no usan vestiduras de lana, se visten con paños de lino y de seda. Los vestidos están de acuerdo a las altas temperaturas, lo mismo que el calzado que está constituido por sandalias con tiras de oro "como vemos en las estatuas de los antiguos". Usan como ornamento círculos de oro en torno a los brazos, al cuello, a las manos y a las piernas. Los hombres no usan barba y llevan los cabellos largos, a veces tomados con una cuerda de seda, así van a la batalla[11].

Odorico habría mezclado peculiaridades de diversas regiones. Nota al capítulo XVI de: Odorico da Pordenone, *Relación de viaje*. Introducción histórica, traducción y notas por Nilda Guglielmi, Buenos Aires, Biblos, 1987.

[6] N. dei Conti, p. 165.

[7] *Ib.*, p. 163.

[8] P. Tafur, p. 110.

[9] N. dei Conti, p. 179.

[10] G. Adorno-G. da Santo Stefano, pp. 223-226.

[11] N. dei Conti, p. 163-164.

Los tocados son variadísimos, ya hemos mencionado algunos, hojas pintadas con que cubren la cabeza; en algunos lugares se utiliza "un fazzoletto tessuto d'oro"[12] ("un pañuelo tejido en oro"), en otros se usa llevar el cabello envuelto alrededor de la cabeza, construir una especie de pirámide sostenida por un alfiler de oro del que se desprenden cadenitas de oro...[13].

En todos los elementos de vestido y ornamento aparecen exotismo y riqueza que se imponen a la curiosidad y admiración de los viajeros.

Alude —Conti o su transcriptor Bracciolini— a la libidinosidad de los hindúes, tópico común en quienes se ocupan de esas regiones. Las mujeres públicas se muestran prestas a satisfacer a quien las desee e incitan la concupiscencia de los hombres por medio de afeites y amables gestos. Concluye que esa fácil satisfacción que encuentran hacen que "è a loro non conosciuto l'usar con li maschi" ("les sea desconocida la relación con los varones")[14].

En la parte central de India sólo se acostumbra a tomar una esposa, "la mayor parte del resto de la India se deleita con gran cantidad de mujeres, que toman según su lujuria". Constituyen excepción a esta regla los nestorianos que —dispersos a través de todo el ámbito mencionado— sólo tienen una esposa[15].

También habla de un peculiar uso de los hindúes, los hombres introducen sonajeros en la piel de su miembro viril. "Questo fanno per satiare la luxuria delle donne" ("Esto lo hacen para saciar la lujuria de las mujeres")[16]. El mismo tema aparece en Adorno-da Santo Stefano; consideran que es costumbre extendida, aceptada por los jóvenes al llegar a los quince años. Se detienen largamente en detalles que aquí obviamos[17].

Se hace mención a la obligación de la esposa de acompañar al marido en la muerte y se describe con detalle la ceremonia y la participación que en ella tienen sus sacerdotes a los que se llama *baccali*[18].

Esos sacerdotes se abstienen de todo animal en su alimentación, en particular del buey, "consideran que matarlo o comerlo es cosa maldita". Se nutren en cambio de arroz, de hierbas, de legumbres y de frutos[19].

---

[12] Ver *ut supra*.

[13] N. dei Conti, p. 164.

[14] *Ib.*, p. 164.

[15] *Ib.*, p. 165.

[16] *Ib.*, p. 140.

[17] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 231.

[18] N. dei Conti, p. 166; P. Tafur, p. 104; O. da Pordenone, p. 139.

[19] *Ib.*, p. 168.

Templos y celebraciones religiosas de India también son motivo de referencia, sobre todo las autoinmolaciones que se ofrecen a un ídolo, de tamaño enorme. Fray Odorico lo compara por ello con la representación de San Cristóbal[20].

Los fieles se ofrecen a este ídolo arrojándose debajo del carro que lo transporta. Otros se colocan una cuerda alrededor del cuello y se hacen arrastrar por el carro, ahorcándose por consiguiente. Hay muchas variantes de esta ceremonia de su autoinmolación, pues los fieles se consagran de manera similar a diversos ídolos[21].

Los temas más dispares aparecen en la pluma de estos viajeros para describir lugar tan exótico. Fray Odorico se siente atraído sobre todo por los rituales y las ceremonias religiosas.

Los brahmanes, según Conti, son filósofos de santa vida que se dedican a la astronomía y a predecir las cosas futuras. Entre ellos ha encontrado algunos que han alcanzado los trescientos años[22].

También se destaca que esos refinados habitantes de la India son excelentes y ricos comerciantes. Se da el caso de que uno solo posea una flota de cuarenta naves. Esos navíos son más grandes que los occidentales, de unas 2.000 toneladas y de cinco velas, a las que corresponden otros tantos árboles. Conti las describe constituidas por compartimientos estancos que permiten a la nave cumplir su viaje aun cuando sufriera alguna avería.

Navegan guiados por las estrellas pues no conocen la brújula[23].

Emplean gran variedad de monedas y modos de cambio. En algunos lugares utilizan piedras llamadas ojos de gato, en otros, documentos escritos. A veces, corren como moneda propia los ducados venecianos, también se encuentran monedas de oro de un valor doble al de los florines italianos, otras, en cambio, son unidades menores de plata y cobre. En algunos lugares el oro, reducido a un peso determinado, circula como moneda[24].

Adorno-da Santo Stefano esbozan —al hablar de Calcuta— una división de los grupos sociales de India: los sacerdotes, los guerreros señores de la región y los que llaman *Inseni* "que son quienes suben a los árboles para tomar la pimienta, las nueces y los demás frutos". Estos son individuos despreciados. El motivo que dan los narradores es el siguiente: "Estos, por exponer su vida a peligro, son despreciados por los demás", circunstancia

---

[20] O. da Pordenone, p. 143.

[21] N. dei Conti, pp. 173 y ss.

[22] *Ib.*, p. 169.

[23] *Ib.*, p. 171.

[24] *Ib.*, p. 178.

que impide toda relación con los restantes grupos, quienes los tratan como si fuesen "smorbati" ("apestados")[25].

Malabar

Fray Odorico, en cambio, cita a Malabar como lugar de producción de pimienta y detalla —lo mismo que Adorno-da Santo Stefano— cómo se logra el fruto[26]. Todos concuerdan que en esas regiones no nace el trigo y que la alimentación de los naturales se basa en arroz, leche, manteca, frutos, hierbas y cosas similares[27].

Los viajeros mencionados hablan de diversas ciudades o ámbitos de India, a veces de difícil ubicación. Así, por ejemplo, fray Odorico, antes de llegar a Ormuz, dice que arribó a "aquella parte de la India que es tierra firme" de posible identificación como el *Hind* de los musulmanes, zona cercana a la desembocadura del Tigris y del Eufrates.

Dice que sus habitantes son bellos y que sólo comen dátiles, los que se venden muy baratos[28].

Conti alude específicamente a varias ciudades o regiones. A algunas llega impulsado por sus intereses comerciales, a otras circunstancialmente, llevado por las alternativas de la navegación. Así, por ejemplo, menciona la desembocadura del río Tenasserim en India. Una sola frase dedicada a la región nos dice que abundan en ella elefantes y una especie de palo brasil. Luego remonta el Ganges, describe los campos de cañas —grandes y extraordinariamente gruesas— ("los internódulos son iguales a la estatura de un hombre"). Menciona los cocodrilos que viven en el río y las diversas clases de peces "que nosotros no conocemos"[29]. En sus orillas se ven huertos y villas sumamente agradables.

Por supuesto, alude a los frutos: "un fruto llamado *muse*, más dulce que la miel y semejante a los higos; allí también nacen nueces que nosotros llamamos de India y además de esto, varios frutos"[30].

A renglón seguido menciona cuatro ciudades que no pueden ser identificadas. A ellas llega a través del río, de campos y montañas. La descripción

---

[25] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 226.

[26] O. da Pordenone, pp. 133 y ss.

[27] G. Adorno-G. da Santo Stefano, pp. 224-225.

[28] O. da Pordenone, pp. 107-108.

[29] N. dei Conti, p. 136.

[30] *Ib.*, p. 137.

comporta —como siempre— la mención de piedras preciosas, de vegetación, de comercio o de costumbres, tópicos que se presentan según el particular orden de importancia que les concede el autor.

No guardan los asuntos equilibrio alguno pues, en este momento, más que costumbres o naturaleza, Bracciolini describe largamente los usos prematrimoniales de los hombres de la región, según ya hemos mencionado.

Todos los viajeros que pasan por India llegan a Mailapur, en las cercanías de Madrás, en donde se creía que estaba sepultado Santo Tomás[31]. Según Conti era honrado por los heréticos nestorianos, minoría dispersa en la India "como están los judíos entre nosotros"[32].

Pero ya sea que los viajeros hablen de una ciudad o región particular de India o de la zona en su totalidad, siempre se refieren a un lugar colmado de riquezas, su naturaleza ofrece frutos exóticos, abundancia de piedras preciosas...

Tanto el trato comercial como los propios recursos, acumulan en India toda suerte de bienes, sobre todo la tan preciada especiería.

Riqueza y exotismo constituyen las notas esenciales con que aparece el ámbito a los ojos de los europeos.

Son muchas las consejas sobre prodigios. Niccolò dei Conti narra los sacrificios que se ofrecieron a ciertos dioses sobre una nave que había encontrado excesiva calma en medio del mar. Un árabe poseído por "spirito overo demònio" ("espíritu o demonio") pidió beber la sangre de un gallo recién sacrificado. Luego del tercer día les prometió viento favorable que, en efecto, obtuvieron. Luego de su predicción "cayó en tierra como muerto y olvidó todas las cosas que había hecho y dicho"[33].

Todo en este ámbito es, pues, para los occidentales, mágico, prodigioso, de gran riqueza y de extraordinario exotismo.

El único de estos viajeros que haya llegado a Tibet es fray Odorico da Pordenone. Mucho han discutido los críticos si en verdad el franciscano conoció esta región o si la describe de oídas. Dice que confina con India, que está sometida al Gran Khan y que allí habita el que llama *Abassi*, "es decir, según su lengua, el Papa"[34]. Menciona las tiendas de fieltro negro en que viven los habitantes del país aunque su ciudad principal está empedrada y rodeada por muros blancos.

---

[31] P. Tafur, p. 102.

[32] N. dei Conti, pp. 129-130.

[33] *Ib.*, p. 170.

[34] O. da Pordenone, p. 232.

Describe a las mujeres que llevan trenzados los cabellos en cien trenzas y "tienen en la boca dos dientes tan largos como los del jabalí". En realidad se ha pensado que —de haber estado en la región el franciscano— lo que vio y tomó como dientes propios han sido adornos que colgaban de la cabeza a manera de dientes de marfil y que llegaban hasta la altura de la cintura.

Algunos críticos han pensado que la mención de los dientes podría ser confusión con la figura de una diosa (Prasrinmo) cuya representación comporta dientes de jabalí.

Se sospecha también de la descripción *de visu* del narrador debido a la atribución de cereales y vino a un país que carece de ellos.

Uno de los célebres viajeros que describieron Tibet fue Marco Polo que la presenta como tierra desolada, poblada de grandes y extensos cañaverales, lugar poco propicio al viajero pues, en las veinte jornadas de extensión que es necesario recorrer para abarcar la región, no se encuentran hospederías ni alimentos y, por tanto, el caminante tiene que llevar provisiones, tanto para sí como para sus bestias. "Sin embargo —dice— hay castillos y aldeas". Considera que sus habitantes son idólatras y malos, anota que viven de la caza, de las bestias y de los frutos de la tierra. Emplean un lenguaje particular. Visten pobremente, con mucha frecuencia con pieles de animales, aunque es provincia que fabrica camelote y telas de oro y de seda y produce muchas especias "desconocidas en nuestro país". Considera que allí se encuentran los mejores encantadores y astrólogos, quienes realizan los mayores encantamientos y las más asombrosas maravillas.

Alaba los perros de caza de la región así como los excelentes halcones de uso cinegético[35].

Fray Odorico alude más extensamente a costumbres funerarias en que el hijo —en honor del padre muerto— corta el cadáver y lo expone para que las águilas lo coman pues creen que estas aves son ángeles y que, por consiguiente, lo llevan al cielo[36].

Estos datos en que se mezclan tantos elementos diversos presentan una misteriosa región a la que pocos viajeros medievales llegaran.

---

[35] "Poseen enormes perros mastines, grandes como asnos y muy buenos para cazar bestias salvajes. Tienen también muchas especies de perros de caza, como también buenos halcones bornfes hembras, muy buenos para el vuelo y la caza". Marco Polo, *ed. cit.*, p. 346.

[36] O. da Pordenone, p. 233.

Ceilán

Conti describe a Ceilán como una isla de tres mil millas de circuito. En ella se encuentran rubíes, granates "y los que se llaman ojos de gato"[37]. También produce cinamomo, que describe en sus características.

La región está señoreada por los brahmanes, "que son considerados como más sabios que todos los demás". Durante toda su vida "se dedican a la astrología y a la filosofía, consagrándose a una vida honesta"[38].

Equivocado como el anterior es el cálculo de la circunferencia de la isla que aporta fray Odorico, quien le atribuye dos mil millas. Alude luego a los animales de la región: "infinitas serpientes y otros muchos animales selváticos en gran número, sobre todo elefantes"[39].

Conti menciona la existencia, en el centro de la isla, de un lago[40]. A él se refiere también fray Odorico. Agrega una explicación mítica, leyenda que recoge a pesar de no darle crédito: "la gente del lugar dice que son lágrimas que derramaron Adán y Eva. No se debe creer que esto sea verdad porque esta agua surge del fondo del mismo lago"[41].

Pero, luego de esa explicación lógica, pierde inmediatamente el rumbo pues agrega que el fondo del lago está cubierto de piedras preciosas y el agua llena de sanguijuelas. Asegura que dos veces por año el rey permite a sus súbditos sumergirse y adueñarse de las piedras que logran tomar[42].

Adorno-da Santo Stefano hablan de las cañas que nacen en la isla y de la gran cantidad de piedras preciosas que allí se encuentran. La enumeración coincide con la de Conti: rubíes, zafiros, jacintos, granates y ojos de gato "piedras que se recogen en una roca bajo tierra"[43].

Ormuz

El puerto de Ormuz era, en el siglo XIV muy importante, en él se encontraba un gran centro de comercio de perlas[44].

---

[37] N. dei Conti, p. 131.

[38] *Ib.*, p. 131.

[39] O. da Pordenone, p. 167.

[40] N. dei Conti, p. 131.

[41] O. da Pordenone, p. 167.

[42] *Ib.*, p. 160.

[43] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 228.

[44] *Ib.*, p. 235 y nota 1.

Sabemos que la potencia comercial de Ormuz decayó luego de la conquista portuguesa (1514).

Fray Odorico describe la ciudad circundada por muros y —al igual que los demás viajeros— la presenta como gran centro comercial.

Los narradores nos dan la razón de gobierno y pueblo de la región. El señor es musulmán, como casi todos los habitantes, aunque entre ellos también se cuentan judíos e idólatras. Según fray Odorico, los musulmanes gobiernan la región luego de haberse apoderado de ella por la fuerza pero, la mayoría de los nativos, son idólatras y adoran "el fuego, las serpientes y los árboles"[45].

Lugar de tráfico ("de gran trafego"), se comercian allí mercaderías que arriban de India y de otros lados.

El lugar carece de agua potable "pero todos los días, por medio de barcas se lleva agua desde la tierra firme, que está a una distancia de unas cinco millas"[46].

Varios viajeros aluden a los barcos que allí se utilizan y cuyas partes están unidas sin emplear hierro[47].

Hay abundancia de pan y vino, gran profusión de árboles[48].

Las perlas las obtienen buzos acompañados por barcas, "el hombre se mantiene [debajo del agua] mientras puede contener el aliento, luego sube. Así, diariamente, descenderán uno después de otro, por espacio de seis u ocho días, según les duren las vituallas"[49].

Fray Odorico describe con detalle una enfermedad que ataca a los hombres de la región y que provoca la deformación y exagerado tamaño de los testículos. Este último tópico —que ocupa demasiado espacio en la escueta referencia a la ciudad— parecería totalmente imaginado. En cambio no es así. Los autores discuten acerca del agente que puede provocar tal enfermedad que, indudablemente, existe en esas regiones. La elefantiasis puede llegar a mayor tamaño que la descripta por nuestro viajero[50].

---

[45] O. da Pordenone, p. 112.

[46] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 236.

[47] Ver *ut supra*.

[48] O. da Pordenone, p. 51.

[49] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 236.

[50] "La enfermedad a que alude fray Odorico no es imaginaria. Según Yule [(Colonel Sir Henry), *Cathay and the way thither being a collection of medieval notices of China*. Translated and edited by Colonel Sir Henry Yule. New edition, revised throughout in the light of recent discoveries by Henri Cordier, 4 volúmenes, Taipei, Ch'eng-Wen Publishing Company (Repr.), 1966, t. II, p. 112, nota 4] estaría provocada por el *gusano de Guinea* mientras que Pullé [*Viaggio del Beato Odorico da Pordenone*. A cura di Giorgio Pullè, con introduzione, note, bibliografia,

Sumatra

Fray Odorico da Pordenone es quien, por primera vez, menciona de manera inteligible el nombre de Sumoltra o Sumatra. Es probable que se trate de la región que Marco Polo denomina *Samara* o *Samarcia*. Fue llamada Java menor en oposición a Java mayor. Los chinos la denominaron *Sumen-ta-la*.

El franciscano dice que en la isla vive "una casta de gente singular que usan marcarse la cara con un pequeño hierro caliente en doce partes". Tal costumbre era practicada por hombres y mujeres[51].

El circuito de la isla tiene —según el cálculo de los viajeros— unas tres millas. Gobernada por diversos señores, produce pimienta, jengibre, canela, alcanfor, se dan seda y oro y otras muchas cosas.

Sus habitantes son mahometanos. Entre ellos, algunos "nacen con cola de puerco y comen carne de hombres"[52].

Fray Odorico menciona la región de Lamori como lugar de hábitos peculiares, se la ha ubicado en el N. O. de Sumatra. Como siempre, se detiene en mayor medida en la descripción de costumbres. Lo asombra la desnudez de hombres y mujeres aunque supone que es debido a las elevadas temperaturas. "Se burlaban mucho de mí porque decían que Dios había hecho a Adán desnudo y que yo, contra su voluntad, quería vestirme"[53].

Destaca las costumbres matrimoniales pues las mujeres son poseídas en común y la paternidad es atribuida, por la madre, a quien quiere reputar como padre. Algo similar a esto cuenta Niccolò dei Conti respecto de las mujeres de Calcuta. En esta región existe, en cambio, la costumbre de la poliandria: "Le donne in questa regione pigliano quanti mariti a loro piace, a X o più secondo la loro luxuria..." ("Las mujeres en esta región toman cuantos maridos les place, diez o más según su lujuria..."), maridos que —todos— aportan su cuota para subvenir sus necesidades. Pero, como en Sumatra, la paternidad es atribuida por la mujer: "I figli che ne nascono sono di chi l'arbitrio della donna vuole, i quali non succedono nelle eredità paterne, ma i nipoti [succedono]" ("Los hijos que nacen son de quien desea

---

carte e incisioni. Milán, Alpes, 1931, p. 110, nota 7] considera que se trata de la *Filaria Bancrofti* o *Filaria sanguinis hominis* un nematodo que se localiza en los ganglios linfáticos y provoca diversas enfermedades. La *Filaria Bancrofti* es vehiculizada por algunas especies de mosquitos. Una de las dolencias que puede provocar la *Filaria* es, en efecto, la elefantiasis del órgano masculino, incluso en mayor medida que la descripta en este pasaje". Nota al capítulo VII de Odorico da Pordenone, ed. Nilda Guglielmi, *ed. cit.*

[51] *Ib.*, p. 149.

[52] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 232.

[53] O. da Pordenone, p. 148.

el arbitrio de la mujer, éstos no reciben la herencia paterna, sino los sobrinos")[54].

Según Adorno-da Santo Stefano en India "Las mujeres pueden tomar hasta ocho maridos vivos y cada uno de ellos está obligado a proveerle quien una cosa, quien otra y sus hijos, cuando ellos mueren no son herederos pues no pueden conocer de cierto de quien son hijos, únicamente hereda el hijo de la hermana de quien muere y si no posee hermana que tenga hijos, sucede el hijo de la pariente más cercana que tenga y, si no hay pariente cercano, sucede el Señor y dentro de esta misma ley y grado se encuentra el Señor"[55].

Fray Odorico, prosigue su relación acerca de Lamori, lugar en que las tierras se poseen en común; fértil, produce gran cantidad de granos y de arroz. En ese ámbito se encuentra también mucho oro, gran cantidad de áloe, de alcanfor.

Pues los naturales son antropófagos, a ese lugar llegan mercaderes de lejanas tierras para vender hombres como alimento.

Según Conti, los antropófagos también se encuentran en las islas Andamán, muy cercanas a Sumatra. En cuanto a ésta, dice que tiene un circuito de seis millas y que en ella se realiza "nobilissimo mercato". Nos informa acerca de la naturaleza y costumbres de los habitantes y de la producción de la isla.

Considera que los nativos son hombres crueles y ásperos, adornan sus grandes orejas con grandes trozos de oro ornados de gemas. Sus vestimentas llegan hasta las rodillas, confeccionadas de seda y de algodón. Viven en casas bajas para soportar las grandes temperaturas y todos son idólatras.

Como vemos, escuetas y sucintas son las noticias que nos da. Rápidas también son las consideraciones sobre la producción de la isla: pimienta, por sobre todo, alcanfor y mucho oro. Se extiende un poco más en la descripción del árbol de la pimienta y de sus frutos.

Considera que los antropófagos sólo viven en una parte de la isla. Comen a los adversarios que toman prisioneros y, como moneda, utilizan los cráneos "y si compran algo gastan una o más cabeza según sea su valor y quien mayor número de cabezas tiene en su casa, éste es considerado el más rico"[56].

---

[54] N. dei Conti, p. 157.

[55] G. Adorno-G. da Santo Stefano, p. 226.

[56] N. dei Conti, pp. 133-134.

Java

Java es llamada Java la mayor[57]. Según fray Odorico tiene una circunferencia de unas tres mil millas. Exagera su extensión puesto que acepta los datos de los viajeros musulmanes aunque éstos nunca visitaron el sur de la isla. El topónimo Java, Jawi, fue empleado por los geógrafos árabes quienes lo aplicaron tanto a todo el archipiélago, cuanto específicamente a Sumatra.

Las restantes noticias que nos proporciona fray Odorico reúnen —de manera poco organizada— datos sobre la producción de la isla, pero especialmente del poderío del monarca y de su palacio.

Afirma que el rey de la isla tiene bajo su dominio unos siete reyes coronados.

No sabemos si las afirmaciones de fray Odorico son verdaderas puesto que se conoce poco de la historia de Java. En el siglo XIII existía un rey poderoso que se proclamaba señor de otros muchos soberanos y que gobernaba la isla. Kubilai Khan, en 1292, envió un embajador para someter a tributo al monarca. Marco Polo alude a esta circunstancia: "El gran Khan nunca pudo apoderarse de esta isla debido a su alejamiento y a los peligros del mar"[58].

Palabras semejantes anota fray Odorico. En efecto, dice: "El khan de Catay guerreó a menudo con el rey de esta tierra y siempre fue vencido por él"[59].

La descripción del palacio del monarca por el franciscano se parece al que describe Marco Polo como existente en Cipango (Japón): "Quiero describiros el maravilloso palacio del señor de esta isla, así como nuestras iglesias y nuestras casas están techadas con plomo, de suerte que con mucha dificultad se podría estimar su valor. Por otra parte, todo el pavimento del palacio y los pisos de las cámaras —que son numerosísimas— son totalmente de oro. Todas las restantes partes del palacio, la sala y las ventanas, también están ornadas de oro. Ese palacio es de una riqueza tal que nadie podría apreciar su valor"[60].

Frases similares a las que emplea fray Odorico en su descripción. La escalinata tiene un escalón de oro y otro de plata, en el pavimento se alternan baldosas de los mismos metales, el muro está cubierto de láminas doradas. Adosados a él se ven —esculpidos— "caballeros de oro que alrededor de la cabeza tiene un gran círculo de oro como de ordinario llevan

---

[57] *Ib.*, p. 147.

[58] Marco Polo, *ed. cit.*, p. 387.

[59] O. da Pordenone, p. 154.

[60] Marco Polo, *ed. cit.*, p. 380.

nuestros santos, pero [en este caso] el círculo está totalmente [cubierto] de piedras preciosas". El techo también es de oro puro. Todo en él es tan admirable y suntuoso que el franciscano asegura "que este palacio es más rico y más bello que cualquier otro que pueda existir en el mundo"[61].

Fray Odorico menciona algunos de los productos más característicos de la isla de Java. El alcanfor fue muy apreciado en la Edad Media, a él aluden Marco Polo y Abulfeda (N. 1273- 1331).

También la isla producía pimienta que se usaba como condimento en las recetas de cocina y que tenía un uso medicinal como antiséptico de las vías urinarias. También cita la canela, aunque no sabemos qué especie se daba en la región. Las nueces moscadas se producían en la isla de Banda aunque se comercializaban, sobre todo, en Java[62].

Niccolò dei Conti habla de un árbol particular que encierra en su interior un sutilísimo hierro. Quien lleve una partícula de ese hierro estará libre de toda herida provocada por metal[63].

China

Fray Odorico habla extensamente de China, "que nosotros llamamos India Superior"[64]. En realidad, él emplea el topónimo Mansi que parecería ser deformación de Man-tsu o región meridional de China. Kitai es la parte septentrional. Marco Polo también distingue los reinos de Catai y de Mangi.

Man-tsu significaría *bárbaros*, se aplica a las gentes del sur por representar una civilización más tardíamente desarrollada.

El franciscano describe a Mansi como ámbito en que hay numerosas ciudades —unas dos mil— y gran cantidad de gentes.

Las ciudades —dice— son tan grandes que ni Treviso ni Vicenza pueden compararse con ellas.

Región abundosa: pan, vino, carnes, peces, arroz "y de todas aquellas vituallas que los hombres usan en el mundo".

En verdad, en esto coincide con la opinión de Ibn Battuta para quien China "es un territorio inmenso, con toda clase de productos, frutos, cereales, oro y plata. Ninguna otra tierra se le puede comparar"[65].

---

[61] O. da Pordenone, p. 154.

[62] N. dei Conti, p. 149.

[63] *Ib.*, pp. 181-182.

[64] O. da Pordenone, pp. 175 y ss. En lo que respecta a China pocos son aquellos de nuestros narradores que han llegado a conocerla y describirla. Por ello citamos otros autores que —aunque no son los viajeros elegidos por nosotros— permiten una confrontación.

[65] Ibn Battuta, *ed. cit.*, p. 720.

Sus habitantes son artesanos y mercaderes. Bellos hombres "aunque son pálidos", con escasa y rala barba. Reputa a sus mujeres como las más hermosas del mundo.

Fray Guillermo de Rubruck habla por experiencia directa de China. Describe las características físicas y las capacidades de sus habitantes[66].

Para Ibn Battuta, "Los chinos son los mejor dotados y los más hábiles de todas las naciones para las artes". Recuerda su capacidad de pintores que les permitía reproducir las figuras de los viajeros musulmanes con precisión y maestría. Destaca también la excelencia y modo de fabricación de la porcelana china, que, aun siendo de calidad, se vende a bajo precio. Sin duda el musulmán la conoce pues: "Se transporta a la India y a los restantes países hasta llegar a nuestra tierra del Magreb"[67].

Según Rubruck, son excelentes médicos, que practican la uroscopía y conocen las virtudes de las hierbas[68].

La narración de fray Odorico sobre China se extiende sobre ciertos particulares exóticos y, en cambio, habla escuetamente de ciudades, producciones o características naturales[69].

El musulmán Ibn Battuta, por el contrario, se detiene no sólo en la mención de frutos y productos, sino también en la comparación con los que se hallan en el Islam: "... cuantas frutas hay en nuestros países se encuentran en China y aún mejores"[70].

El franciscano cita la ciudad de Cescala que podría identificarse con la moderna Catín, gran puerto que ha sido descripto por una serie de viajeros cristianos y musulmanes.

Dice que es tres veces más grande que Venecia, dista del mar una jornada de viaje y "está sobre un río cuyas aguas nacen cerca del mismo mar". Posee más navíos que toda otra ciudad. Luego de decir, al pasar, que todos sus habitantes son idólatras, se extiende sobre las ocas de la región, que considera las más hermosas del mundo y que describe con su hueso rojo sobre la cabeza y la piel colgante de la garganta. Destaca también la existencia de serpientes que los naturales comen, considerándolas un plato especialmente escogido[71].

Menciona diversas ciudades que se han identificado en el relato de otros

---

[66] G. de Rubruck, pp. 285 y ss.

[67] Ibn Battuta, *ed. cit.*, p. 721.

[68] G. de Rubruck, p. 286.

[69] Ver Odorico da Pordenone e la Cina. *Atti del Convegno storico internazionale a cura di Giorgio Melis*, Pordenone, Edizioni Concordia Sette, 1983.

[70] Ibn Battuta, *ed. cit.*, p. 720.

[71] O. da Pordenone, pp. 108-109.

viajeros, algunas de las cuales tienen importancia aun hoy. Así, por ejemplo, Zaytón que sería Tshuan-chu-fu, en la provincia de Fu-kien; Fuco o Fu-chau en la misma región; Camsai (la actual Hang-chow), Chilefo que corresponde a Kiening-fu o Taido.

Al describir la región de Zaytón habla de los conventos de su Orden en Oriente. Dice, en efecto, "donde nosotros, frailes menores, tenemos dos monasterios". A ellos lleva los despojos de los franciscanos que habían sufrido martirio en Tana. Alaba la riqueza de productos de la zona pero se extiende especialmente en la descripción de los monasterios que allí se encuentran y en donde —según el narrador— se ofrecen alimentos calientes a los ídolos, de manera que el humo llegue a ellos. El alimento propiamente dicho es tomado, luego, por los oferentes.

Dice verdad fray Odorico cuando menciona la riqueza del puerto de Zaytón. Producía tejidos: damascos de terciopelo y sedas.

Ibn Battuta alude a la riqueza en seda de China. Dice que, abunda a tal punto, que se visten con ella aun los más desposeídos. En verdad, una vestimenta de algodón es más preciada: de ordinario se trueca por muchas de seda. El precio de ésta se eleva sólo debido a la demanda de los mercaderes[72].

También Rubruck se hace lenguas de las excelencias de las telas de seda de Catay[73].

En la descripción de Marco Polo aparece como importante ámbito comercial. "Este es el puerto que abordan todos los navíos de la India, con muchas preciadas mercaderías, piedras preciosas de gran valor y perlas grandes y buenas. Es el principal puerto de Mansi, es maravilloso ver la gran cantidad de mercaderías y de piedras que allí llegan y que desde allí son distribuidas por toda la provincia de Mansi. Y debéis saber que, por un navío de pimienta que llega a Alejandría o a otro lugar para ser transportada a la región de los cristianos, llegan cien a este puerto de Aiton (Zaiton) pues es uno de los dos mayores puertos del mundo"[74].

En Fuco, fray Odorico habla de las gallinas sin plumas, que en cambio tienen lana como las ovejas[75]. También Marco Polo se ha referido a esta ciudad. Según él, es la capital del reino "llamado Choncha, una de las nueve partes de la provincia de Mansi. En esta ciudad se realiza gran comercio y gran industria. Los habitantes son idólatras y dependen del Gran Khan. Hay allí gran número de gentes de armas, pues en este lugar hay muchos

---

[72] Ibn Battuta, pp. 721-722.

[73] G. de Rubruck, p. 285.

[74] Ibn Battuta, *ed. cit.*, p. 379.

[75] O. da Pordenone, pp. 185 y ss.

ejércitos del Gran Khan ya que, a menudo, en esa región se rebelan ciudades y villorios, y desde el momento en que se tiene noticia de una rebelión, los hombres de armas se dirigen a someter a los revoltosos, destruyen la ciudad, luego vuelven a su estación en Fugui". Menciona también el río y la construcción de navíos que permiten navegar por él. Habla de la abundancia de azúcar, del comercio extraordinario alimentado por los navíos de la India que llegan hasta ese lugar con múltiples mercaderías. Es región que proporciona todo "lo que es útil a la vida, allí se encuentran deliciosos jardines de buenos frutos. Es una ciudad tan bella y buena, que es una maravilla de ver..."[76].

Otra de las ciudades descriptas es Camsai, la llamada por Marco Polo, Quinsai, el término correspondería a la transformación del vocablo chino King-tse o sea *capital* o *residencia de la corte*. En efecto, esta ciudad fue residencia de la corte entre 1127 y 1276. Es la actual Hang-Chow.

La presenta como muy populosa, incluso su población aparece hacinada puesto que, dice, "no hay palmo de tierra que no esté habitada y, muy a menudo, hay casas que alojan por lo menos diez o doce familias"[77]. Además de los habitantes que se encuentran dentro de los muros, una cantidad aun mayor puebla los suburbios.

La región posee numerosas ciudades muy cercanas unas de otras, hay muchas que se encuentran a ocho o diez millas de Camsai, "más vastas que Venecia y Padua".

Fray Odorico encarece la extensión de dichas poblaciones, al decir que, caminando por esos burgos de seis a ocho días, uno "apenas se da cuenta de haber entrado".

Constantemente el franciscano compara con su ámbito italiano, puesto que dice, a renglón seguido, que Camsai está situada "sobre las aguas de una laguna, como sucede con Venecia"[78].

Precisamente uno de los lados de la ciudad está bordeado por un curso de agua, como ocurre en Ferrara. Hay una descripción muy completa y más ordenada que ésta, realizada por Ibn Battuta. La considera la mayor ciudad de China, con hermosas casas de madera, con setecientos templos "que parecen castillos fortificados, presenta 64 plazas circundadas por casas uniformes. Hay trescientos sesenta puentes en la ciudad (número que fray Odorico atribuye a la ciudad de Nanking) y una innumerable cantidad de barcas de todo tipo que sirven para las comunicaciones. Por cierto, la ciudad concentra gran número de extranjeros llegados de todas

---

[76] Marco Polo, *ed. cit.*, p. 378.

[77] O. da Pordenone, pp. 190-191.

[78] *Ib.*, p. 192.

partes. Es ciudad industriosa. El viajero árabe —con la característica exageración de los testigos medievales y sobre todo musulmanes— calcula que en ella se cuentan unos 30.000 tintoreros de telas. La gran cantidad de población hace que el tributo que proporciona la ciudad sea muy elevado, diariamente unos setecientos dinares de oro pagados en papel moneda.

Marco Polo también pinta la ciudad con los mejores colores. Según el veneciano, cuenta con 1.200 puentes de piedra, tan elevados que, debajo de la parte más alta podría pasar un navío de alto bordo. No hay que maravillarse por el número de puentes —agrega el viajero— puesto que la ciudad está edificada sobre el agua[79].

Es posible que no hubiera abundancia de mercaderes cristianos puesto que fray Odorico afirma que, además de los naturales, se encuentran en la región algunos cristianos, mercaderes y transeúntes. "Me maravillé de qué manera tantos seres podían vivir juntos"[80].

Fray Odorico incorpora en ese pasaje uno de los tantos episodios maravillosos que gusta recoger y referir. En un monasterio —probablemente situado en las cercanías de la ciudad— asistió a un hecho asombroso,

---

[79] "Camsai, Cansay o Camsay es la Quinsai de Marco Polo. En la edición de Yule [*ed. cit.*, t. II, p. 192] se agrega, luego del topónimo "un nombre que significa 'la ciudad del Cielo'". En realidad parece corresponder al vocablo chino *King-Tse*, o sea *capital* o *residencia de la corte*. En efecto, esta ciudad fue capital entre los años 1127 y 1276, cuando el emperador de la dinastía Sung se vio obligado a dejar su ciudad de *Kai-fung*. Es mencionada con jerarquía de capital por Marignolli, Pegolotti, Ibn Battuta y otros escritores musulmanes. En la actualidad se llama Hang-Chow.
Ibn Battuta dice: "Khanzai es la mayor ciudad de China, pues tiene cerca de veinticuatro parasangas de perímetro. Sus casas son de madera, adornadas con hermosas pinturas. Desde un extremo a otro hay una distancia de tres etapas. La mayoría de las calles tienen una longitud de tres parasangas. La ciudad contiene sesenta y cuatro plazas circundadas por casas uniformemente construidas. El producto del tributo de la sal llega diariamente en setecientos *balish* de papel moneda. Se puede juzgar del gran número de artesanos por el de los tintoreros de telas, estos son treinta mil. La guarnición llega a siete *tumans* (setenta mil). El censo hace saber que hay setenta *tumans* de familias tasadas. Hay setecientos templos, que parecen castillos fortificados, todos con gran cantidad de monjes. Hay trescientos sesenta puentes (el número que Odorico asigna a Nanking). Una innumerable cantidad de barcas de toda especie sirve para las comunicaciones. Se encuentra un enorme concurso de extranjeros de todas las regiones de la tierra, mercaderes y otros. Tal es la capital".
Marco Polo afirma [ed. Charton, pp. 371 y ss.]: "la ciudad de Kinsay tiene unas cien millas de circunferencia, posee mil doscientos puentes de piedra, bajo la parte más elevada de éstos podría pasar un navío de alto bordo. Y nadie debe maravillarse de que haya tantos puentes pues toda la ciudad se encuentra sobre el agua que la rodea por todas partes; por tanto se requieren muchos puentes para circular. Sobre cada uno de los mil doscientos puentes hay una guardia de diez hombres, quienes velan noche y día sobre la seguridad y la tranquilidad de la ciudad". Nota al capítulo XXII de Odorico da Pordenone, ed. Nilda Guglielmi, *ed. cit.*

[80] O. da Pordenone, p. 193.

cuando fue introducido por un poderoso hombre de la región convertido al cristianismo por los Hermanos menores.

Ante el sonido del címbalo, acudieron al jardín del monasterio unas tres mil criaturas semejantes a monos pero con rostro humano a quienes se les dio alimento. Luego de haber comido, ante un nuevo sonido del címbalo, volvieron a sus lugares. Se proporcionó una explicación a fray Odorico, ésta pretendía que tales seres eran "las almas de los hombres nobles que nosotros nutrimos por amor de Dios".

Nanking—llamada por el franciscano, Chilenfu—es otra de las ciudades que atrajeron su atención. Era ciudad de gran tradición puesto que había sido capital del imperio en diversas oportunidades —siglos III y IV, posteriormente en el siglo XII— también conoció esta dignidad luego del paso de fray Odorico, entre 1368 y 1406. En este último año, el emperador Yung-lo decidió trasladar la sede de su gobierno a la Capital del Norte o sea Pekín. Fray Odorico alude a esa condición de ciudad real puesto que dice: "Aquí, en los primeros tiempos, estuvo la sede del rey Mansi pues en ella solía habitar". Suscintamente dice de ella "que está bien situada y hay gran abundancia de todas las cosas buenas"[81].

Fray Odorico menciona otras ciudades. Entre ellas, una, de identificación incierta es por él denominada Tocara, sobre el río Talay. Esta población —tal vez Kao-tang— tiene una población dedicada al trabajo del algodón. Son hombres de elevada estatura, generan hijos sumamente pequeños que "son bien formados, de acuerdo a su estatura. Los hombres se casan al quinto año. Y estos pigmeos tienen un alma racional como nosotros"[82].

La ciudad por él nominada Iamsai podría ser Yang-chau-fu, situada en el canal norte del Kiang, en la actualidad Hang Chung fu. Marco Polo anota: "Micer Marco Polo fue señor de esta ciudad durante tres años"[83]. En ella existía un convento de franciscanos, además de tres iglesias de nestorianos, cristianos separados mucho más numerosos que los católicos en esa región y, en general, en Oriente. Ciudad "noble y grande" según el

---

[81] *Ib.*, p. 198.

[82] *Ib.*, p. 199.

[83] M. Polo, *ed. cit.*, p. 365.
"*Iamsai*. Hay diversas lecturas. Se trata de una grande y populosa ciudad a la cual fray Odorico llega por el río Kiang, al parecer se trata de Yang-chau-fu, situada por el canal norte del Kiang. Actualmente es llamada Hang Chung fu. Marco Polo la llama Yangui, en ella fue —supuestamente— gobernador por espacio de tres años. Dice el texto de este viajero [ed. Charton, p. 365]: 'Micer Marco Polo fue señor de esta ciudad durante tres años'.
La región producía algodón, seda, arroz. Se supone que la ciudad llegó a contar con un millón y medio de habitantes".
Nota al capítulo XXV de Odorico da Pordenone, ed. Nilda Guglielmi, *ed. cit.*

viajero, con numerosos fuegos, es decir, unidades familiares que proporcionan rentas al señor.

De camino, conoce otras ciudades asentadas sobre agua, como la no identificada Mensu que, si se corrige la posición que indica el narrador, sería la de Tsin-kiang-fu, situada al norte del Nanking, en el lugar en que el Yang-tse-kiang se reúne con el canal imperial[84]. Posee —según el franciscano— la mayor flota del mundo. No sabemos de cierto si fray Odorico pasó por todos estos lugares pero, en verdad, nos da datos exactos. Así, por ejemplo, cuando describe las naves chinas "blancas como la nieve, pintadas con yeso"[85]. En efecto, sabemos que los chinos utilizaban, para pintar sus naves, una mezcla de cal y de materias resinosas y grasas. Cuando se secaba, parecía sólo constituida por cal[86].

Menciona brevemente la ciudad de Cambalech que considera muy antigua y de la que dice que fue tomada por los tártaros. Esta Cambalech es la actual Pekín y su nombre implica su condición real porque sería *Khan Bali* o Ciudad del Khan. Marco Polo dice: "En este lugar existía anteriormente una antigua, grande y noble ciudad, llamada Cambaluc, que es, como si dijéramos en nuestra lengua 'la ciudad del Señor'". Pero nos informa que los astrólogos anunciaron al monarca que la ciudad habría de rebelarse y perjudicar la autoridad imperial. Por consiguiente, determinó abandonar ese emplazamiento y construir otra que se denominó Taidu.

Esta ciudad dejó de ser residencia real luego de la expulsión de la dinastía mongola en 1368.

Taidu es también mencionada por fray Odorico, en ella —dice— el Gran Khan tiene su sede, reside en un gran palacio. Describe en particular su interior, donde todo aparece como surgido de un cuento maravilloso. Testimonia la veracidad de su deslumbrante narración al decir: "Yo, fray Odorico, viví por lo menos tres años en esta ciudad y muchas veces presencié estas fiestas, porque nosotros, Frailes menores, teníamos un puesto reservado en su corte y debíamos acudir para dar al rey nuestra bendición"[87]. Menciona el lugar de la residencia de verano del khan y todo

---

[84] "Yule [*ob. cit.*, t. II, p. 211, nota 3] considera correcta la expresión 'en la cabecera de este río' aunque contraría nuestros usos idiomáticos. Marco Polo dice del gran río 'Y en longitud hasta donde tiene su cabeza en el Mar Océano'. Encontramos en otros viajeros expresiones semejantes".
Nota al capítulo XXV de Odorico da Pordenone, ed. Nilda Guglielmi, *ed. cit.*

[85] O. da Pordenone, p. 203.

[86] "Los chinos usaban, para pintar sus naves, una mezcla de cal y materias resinosas y grasas —algunas procedentes del árbol llamado *tongshu* y okam de bambú—. Al secarse parece estar constituida sólo por cal". [Yule, *ob. cit.*, t. II, p. 212, nota 1/.

[87] O. da Pordenone, p. 210.

su aparato de viaje. Lo impresiona el hecho de que el príncipe —cuando viaja— lleva sobre el carro, doce gerifaltes, de manera que puede cazar cuando la oportunidad se presenta. Habla de la organización del imperio y de la fuerza militar de que dispone el señor. Las doce partes en que está dividido el imperio ponen a disposición del viajero comodidades de hospedaje porque hay casas que proporcionan albergue y vituallas. Estos hitos permiten al Khan conocer rápidamente las novedades de su reino, puesto que, de tal manera, se establece un servicio de postas, que cabalgan con diversas monturas o que van de a pie. Cada mensajero está provisto de un cinturón de campanillas o sonajeros que hace sonar al acercarse a la casa de postas para que se prepare el correo que lo reemplazará.

Unas tres millas separan una casa de posta de otra.

Bastante espacio ocupa, en la narración de fray Odorico, la descripción de las partidas de caza del príncipe y, sobre todo, de las fiestas que se celebran en el palacio. En ellas todo es suntuoso y causa asombro. Las vestimentas de los cortesanos evidentemente eran ricas, vestidos de un color determinado según la jerarquía. Dedica un breve capítulo a hablar de la escudilla llena de vino que, dando vueltas por el aire se acerca a las bocas de los circunstantes. Evidentemente en la corte china, las artes de magia amenizaban las reuniones.

A través de esta descripción de China —que, a pesar de habernos llegado merced a uno solo de los autores elegidos, con la corroboración de Marco Polo y de Ibn Battuta, no hemos querido dejar de lado dada la importancia de la región— conocemos las riquezas y prosperidad del reino bajo la dinastía mongola.

No sabemos si el franciscano desconoció u obvió los problemas político-sociales que vivía la China de los Yuan.

En realidad, era un conglomerado racial con predominio político de los mongoles que, por supuesto, constituían una clase privilegiada.

En ese conglomerado, los grupos autóctonos constituían clases inferiores duramente sometidas al imperio de una ley no igualitaria.

Tal vez este malestar social que nuestro viajero no menciona —unido a otros problemas, entre los cuales se contaban las luchas dinásticas— determinó el ocaso de la dinastía mongola de los Yuan[88].

---

[88] Yang-Na, Le contradizioni sociali della Cina nella prima metà del XIV secolo, en *Odorico da Pordenone e la Cina*, *ob. cit.*, pp. 185 y ss.

FAUNA EXÓTICA

Sabemos que Leon Battista Alberti en su obra *Los libros de la familia* figura un diálogo entre los Alberti, prestigiosa y poderosa familia florentina que contó con numerosos hombres ilustres en sus filas. Uno de ellos, Gianozzo, habla con los jóvenes de su casa y los aconseja acerca del buen empleo de los dineros, de la buena economía. Menciona los gastos útiles, enumera los dispendiosos e inútiles.

Entre éstos se cuenta mantener animales exóticos como son los dragones "u otros animales más terribles, crueles y venenosos que éstos". Uno de sus interlocutores pregunta: "¿Tal vez tigres?"[1].

Estas reflexiones nos hablan de la costumbre —que la Edad Media conoció y que se acentuó en el Renacimiento— de poseer parques zoológicos privados en que se reunían exóticas bestias, desconocidas en su ámbito. Esas colecciones zoológicas, pertenecientes a príncipes y señores, implicaban formas de ostentación y prestigio. Recordemos que el emperador Federico II se desplazaba con sus animales peculiares y con sus tropas musulmanas para estupor y escándalo de la Europa cristiana que veían en sus excentricidades, manifestaciones del Anticristo.

Pero nos preguntamos cuáles eran los animales exóticos que Occidente veía con curioso asombro.

Nuestros viajeros medievales, que transitaron caminos del Medio y del Lejano Oriente, dan testimonio de muchas de esas bestias desconocidas, algunos se demoran en su descripción que une lo fantasioso con lo real. No sabemos si en verdad los han conocido o si repiten testimonios de otros viajeros u observadores.

Entre los mencionados con mayor frecuencia se cuentan: los elefantes, las jirafas, los camellos, los cocodrilos, los avestruces...

---

[1] Leon Battista Alberti, *I libri della famiglia*. A cura di Ruggiero Romano e Alberto Tenenti, Turín, Giulio Einaudi, 1969, p. 258.

El elefante

El elefante era bestia exótica y desconocida en Europa. Muchos testimonios nos lo prueban. Sabemos que Harun al-Rashid —el califa abasí tan familiar para nosotros debido a su presencia en *Las mil y una noches*— envió a su amigo Carlomagno un elefante como regalo peculiar tan valioso como los tejidos y los aromas que le hiciera llegar por medio de sus legados[2]. Las representaciones que de este animal aparecen en el arte románico hablan, en efecto, de ese desconocimiento. Su figura se ve modificada según la fantasía del escultor quien, de manera evidente, no tenía grandes conocimientos zoológicos. Sobre todo, no sabía cómo resolver el problema de la trompa, que, a veces, se transforma en un pico curvado, otras, desaparece, en ocasiones adquiere enorme longitud.

Siempre se agrega a la representación el pequeño castillo que, para transporte de pasajeros portaba en su lomo, a veces llegaba a ser una construcción de proporciones desmesuradas.

Decimos que fue bestia exótica para los europeos y, de manera evidente continuó siéndolo a través de los siglos. Fray Félix Fabri dice que en Venecia vio un elefante —"bestia grande y horrible"— exhibido por un hombre mediante el pago de una compensación, cinco ducados; "lo vimos y nos quedamos admirados por bestia tan grande como disciplinada". Cuenta el fraile que luego fue exhibida en Alemania con gran éxito. Al ser llevada a Britania para ser mostrada allí —sorprendido el barco en que iba por una tormenta en el canal de la Mancha— los marineros hubieron de arrojarla al agua para aliviar el peso[3].

Las descripciones son muchas. Pero Tafur traza la imagen de los elefantes que ve en Babilonia[4]. Son negros —dice— más grandes que camellos, sus brazos y sus piernas son tan fuertes que parecen mármoles, la mano redonda y con uña fuerte, los ojos chiquitos y colorados, la cola corta como de oso, la oreja como una adarga, la cabeza como una tinaja de seis arrobas, los colmillos de cuatro palmos, la boca muy chica, en el labio de arriba tiene una trompa de unos seis palmos, trompa que encoge o alarga a voluntad y con la cual puede tomar agua según lo desee. Reflexiona luego sobre el supuesto entendimiento de estos animales: "tantas burlas fazen" pues echan agua con la trompa sobre aquellos que quieren, juegan con una lanza arrojándola por los aires "é otros muchos juegos". Habla de su dura piel "tienen el cuerpo muy duro" que impide toda herida a menos que sea producida detrás de la oreja.

---

[2] Eginhard, *Vie de Charlemagne*. Ed. Louis Halpen, París, Les belles lettres, 1947, & 16.

[3] F. Fabri, t. I, p. 99.

[4] P. Tafur, p. 88.

Recoge costumbres de la India respecto de los elefantes. Allí los proveen de castillos en que pueden ir hasta dieciséis hombres y, para combatir, forran sus colmillos con acero. Los alimentan con paja y cebada como a los caballos.

Fray Niccolò da Poggibonsi lo describe negro, sin pelos "tan grande que era una maravilla verlo". Coincide en otros detalles con Tafur, menciona sus orejas "a modo de alas de dragón". Habla también del castillo que, supone, puede llevar treinta hombres dentro, provistos de armaduras, piedras y otros elementos para combatir. Se hace lenguas sobre la medida y peso de un colmillo que había comprado un mercader veneciano por treinta y seis florines de oro, "era tan pesado que yo no lo pude levantar del suelo"[5].

Según Simone Sigoli, su piel es como la del búfalo, es más alto y más grande que uno de los bueyes europeos utilizados para arrastrar carros. Siguen los detalles de su aspecto físico. El viajero se detiene sobre todo en la descripción de la trompa, con la cual —dice— ha extraído más de un barril de agua "en menos de lo que tú bebes medio vaso"[6].

El elefante tiene la capacidad de derribar los árboles que encuentra a su paso. El animal es guiado por un hombre que lo gobierna y dirige pero que no puede hacer que se arrodille "puesto que tiene la pierna hecha de un solo trozo".

La descripción de Frescobaldi sigue los cánones acostumbrados, agrega que su pata —sin articulaciones— tiene el tamaño de la cintura de un hombre normal. Compara con un púlpito el castillo que, de ordinario, se le colocaba encima[7].

En las fiestas que Tamerlán ofreciera a Ruy González de Clavijo participaron los que el narrador llama "marfiles" realizando juegos y destrezas. Los hacían correr tras los caballos y tras las gentes "que era grand plaser" pues cuando se desplazaban todos juntos parecía que la tierra se derrumbaba en aquel lado. Y no hay caballo ni animal alguno que ose enfrentarlo, pues su fuerza es tan grande que equivale en batalla a mil hombres. Su tamaño correspondía a cuatro o cinco toros grandes. Y tienen el cuerpo mal hecho —dice— sin talle, como si fuera un gran costal que estuviera lleno. Describe con gracejo el resto del animal de acuerdo a las características que ya hemos visto. "E es animalia muy entendida" y cumple de inmediato lo que le ordena el guía. Agrega: "Su andar es a saltos, commo de oso"[8].

---

[5] N. da Poggibonsi, p. 107.

[6] S. Sigoli, p. 104.

[7] L. Frescobaldi, pp. 48-49.

[8] R. G. de Clavijo, pp. 190-191.

Al describir las tierras de Indochina, Niccolò dei Conti habla de la abundancia de elefantes en esa región, animales que el rey posee en gran número —diez mil— para emplearlos en la batalla. Por supuesto, menciona el castillejo que con ocho o diez combatientes permite lanzar ballestas desde lo alto. Y se extiende en la manera de capturarlos, según las afirmaciones de Plinio en su *Historia natural* (lib. 8, & 23 y ss.). También explica cómo domarlos y alimentarlos. Los pertenecientes al monarca reciben arroz y manteca, los demás se nutren con hierbas y árboles. Lo más importante en esta descripción es la insistencia en su inteligencia: "A tal punto este animal puede ser amaestrado que cuando ve venir un dardo, extiende la pata para proteger a quien está encima de él. El rey de Indochina lo usa como montura de ceremonia, el animal elegido para ello es blanco y se presenta adornado con una cadena de oro y gemas alrededor del cuello"[9].

Oriente cargó al elefante con variada simbología: portador del universo, principio y fin, fue símbolo de estabilidad y de lo inmutable. En la tradición occidental se subrayó su temperancia. El *Fisiólogo*, el primer bestiario medieval, habla de ello y, además, de su simbolismo espiritual: macho y hembra son imágenes de Adán y Eva pues así como el elefante cuando cae, no puede levantarse —ya que "no tiene coyunturas en las rodillas"— así tampoco el cristiano, presa del pecado, puede hacerlo a menos que llegue a él "el santo y espiritual elefante" que es Cristo[10].

A pesar de estas consideraciones pensamos, sin embargo, que los que aparecieron en el bestiario esculpido en las iglesias de Occidente sólo tuvieron la intención de presentar una criatura exótica y que atraía la imaginación de las gentes.

El cocodrilo

Juan Adorno, al narrar el desplazamiento de su grupo a través del Nilo menciona —entre otros animales— a los *cocatrices*, es decir a los cocodrilos. Su descripción nos presenta una inquietante y peligrosa criatura: "Son grandes animales venenosos que tienen forma de serpiente, cuatro patas cortas como el oso y una larga cola en la cual se concentra toda su fuerza. Devoran todo lo que encuentran". Se asombra y maravilla el viajero del orden de la Naturaleza que permite a un pequeño pájaro que penetre en la boca del cocodrilo y coma el exceso de los alimentos que éste ha ingerido.

---

[9] N. dei Conti, pp. 140-142.

[10] *El Fisiólogo. Primer bestiario medieval*. Introducción y notas de Nilda Guglielmi, Buenos Aires, Eudeba, 1961, pp. 61 y ss.

Aunque el narrador deforma los motivos, atestigua la compañía del pájaro, compañía que en verdad se daba y de la cual ya hablaba Heródoto. El pájaro que liberaba al cocodrilo de las sanguijuelas y que, con sus gritos le hacía conocer los peligros que lo acechaban[11].

Al hablar del Ganges, Niccolò dei Conti menciona la existencia de cocodrilos pero no los describe[12].

Pero Tafur sitúa —al igual que Adorno— en el Nilo al cocodrilo, al que también llama cocatriz. Considera que son "unas bestias que se crian dentro del agua". Y que en ella no hay hombre ni bestia que lo puedan alcanzar, sólo huye del búfalo[13]. Por tal motivo, las gentes pasan el río a lomo de estos cuadrúpedos. Se los puede cazar, hiriéndolos en el costado, donde su cuero es más delgado. Según hemos dicho en otro apartado, quienes logran capturar un ejemplar de estas bestias "lévanla por las villas é lugares, demandando como fazen en Castilla el que mata el lobo"[14]. Para dar una idea acabada de su apariencia dice: "Esta es en todo fechura de lagarto" y concluye describiendo la estructura de sus dientes con los cuales traban las cosas que aprehenden.

Al parecer, el cuero del cocodrilo era apreciado como objeto rico que podía servir de ornato. Pero Tafur en el puerto de Damieta, a la espera del navío que había de llevarlo a Chipre, pidió al trujamán mayor (intérprete) "que si tenía algunt cuero de cocatriz, que embiase al rey de Chypre que le avíe á rogar". Le ofrecieron uno perteneciente a una bestia que acababan de matar "é estava fresca é olíe muy mal, tanto que mejor fuera aver traydo una fija del Adelantado muy fermosa quél allí teníe, quel cuero de la cocatriz" dice el viajero[15].

De regreso a Venecia, en el palacio de la *Signoria*, ve cueros "de aquellas bestias que dizen cocatrizes, quel soldan de Babylonia, por cosa monstruosa, embió presentados a la Señoría".

En el Nilo, Ludolf de Sudheim, describe los muchos animales que allí se encuentran, entre ellos se hallan los *cocodrulli*, "animales grandes, fortísimos y veloces" que pueden vivir tanto en agua como en tierra, que devoran a los hombres y que pueden sumergir pequeñas naves. Pero este fuerte animal puede ser aniquilado por un pequeño gusano, su enemigo, que perfora sus entrañas[16].

---

[11] A.-J. Adorno, p. 181.

[12] N. dei Conti, p. 136.

[13] P. Tafur, p. 74.

[14] Ver *Personajes y testimonios*.

[15] P. Tafur, p. 119.

[16] L. de Sudheim, p. 344.

De bestia salvaje y horrible lo califica fray Félix. Su forma es de lagarto aunque su talla sea enorme[17]. Habla de su generación, cita la autoridad de Alberto el Grande en su *De animalibus*.

Cree que su mordedura es venenosa, la mordedura de esa "prodigalidad de dientes"[18].

Su agresividad aumenta también merced a sus garras "que cortan tanto como sus dientes de sierra". Lo protege su rugosa piel grisácea, azafranada en los flancos que se adelgaza en el vientre. Según fray Félix, los peces de dientes agudos agreden su vientre y lo matan. También pueden perforarlo un gusano enorme llamado *emaros* que come con las hierbas, así como los pequeños pájaros que se deslizan por su boca mientras duerme.

Durante la noche permanece en el agua; el fraile en viaje por el Nilo, cerca de Fua "no pudo dormir debido a los gruñidos producidos por los cocodrilos" pero de día sale a buscar la comida que su voracidad le exige "come tanto y se llena a tal punto que queda allí, acostado, dando vueltas y rueda hasta el agua como si gimiera"[19]. Sus alimentos son variadísimos, come peces, hierbas pero, sobre todo, trata de sorprender al hombre; lo mata apenas lo alcanza —merced al esfuerzo de sus patas cortas— "luego se lamenta sobre el cadáver mancillado y habiéndolo llorado, lo devora"[20].

Recuerda también su condición sacra para los egipcios quienes lo veneran como a un dios, así dice fray Félix citando a Eusebio de Cesarea en su *Preparación evangélica*[21].

La descripción del cocodrilo difiere según los autores. Probablemente sea *de visu* pero en ella aparecen elementos tradicionales que los autores clásicos legaron a la Edad Media.

Plinio había aludido en su *Historia Natural* (libro XXVIII) a las numerosísimas fábulas que corrían sobre el cocodrilo. Y para tratar de acallarlas habla de las dos especies existentes y de sus cualidades curativas. Cada parte del animal permite remediar una dolencia: fiebres, cataratas, enfermedades de la piel, dolores lumbares...

A pesar de todo, sus conocimientos zoológicos no parecen muy firmes, puesto que en el parágrafo dedicado al hipopótamo dice que entre ambos animales existe parentesco ya que "ambos habitan en el mismo río y llevan también una existencia doble".

---

[17] F. Fabri, t. IV, p. 133.

[18] *Ib.*, t. IV, p. 134.

[19] *Ib.*, t. IV, p. 112.

[20] *Ib.*, t. IV, p. 134.

[21] *Ib.*, t. IV, p. 135.

El camello

Los viajeros medievales que recorren caminos de Medio y Lejano Oriente se topan, por supuesto, con camellos. Estos no se presentan a la contemplación de esos caminantes como animales desconocidos aunque fueran exóticos, pertenecientes a regiones lejanas y de infrecuente contemplación.

El cortejo de los Reyes Magos obligó a los pintores y escultores a dibujar sus trazas y, por tanto, acostumbró a los ojos de los viandantes a su figura caracterizada por su giba. Los camellos y los asnos eran los primeros animales que los peregrinos encontraban al llegar a Tierra Santa y en todos los tramos de su recorrido. Aquellos viajeros que deseaban intentar el cruce de desiertos en sus viajes a Oriente habían de servirse de ellos con montura o bestias de carga, pues "los camellos son más apropiados para los desiertos que los caballos"[22].

Los que Adorno encuentra en Damasco presentan aspecto excepcional, son camellos peludos y, al compararlos con los comunes, evidencia que éstos eran para él perfectamente conocidos: "En este mismo lugar, hemos visto seis camellos de una talla extraordinaria, peludos como leones en el cuello y en el pecho; parecían monstruosos al lado de los otros camellos"[23].

Al avanzar en su relato, alude a la manera de utilizar los camellos como montura. Su padre, Anselmo Adorno, muy enfermo, durante cierta parte del trayecto, "permaneció sentado o acostado en el cesto sobre el camello"[24].

Ludolf de Sudheim diferencia camellos de dromedarios. Según sus cálculos, el tránsito entre el Monte Sinaí y Beersheba puede realizarse en trece días si se emplean camellos. Con mayor celeridad se recorrían las distancias si se utilizaban dromedarios, puesto que "el dromedario camina más en un día que el camello en tres"[25].

La misma diferencia establece fray Félix. Dice que tal vez el nombre de *dromedario* deriva de *dromedus* tanto en el sentido de carrera como en el de curvado. Considera que los camellos "son mucho más pequeños y rápidos que los camellos árabes". Describe con minucia al camello, bestias "que serían consideradas entre nosotros como monstruos pero que son extremadamente comunes en las regiones de Ultramar"[26].

De ordinario, los viajeros simplemente aluden a su existencia y utilidad.

---

[22] L. de Sudheim, p. 345.

[23] A.-J. Adorno, p. 333.

[24] Cit. en *Enfermedades* y en *Los caminos terrestres*.

[25] L. de Sudheim, p. 350.

[26] F. Fabri, t. III, pp. 379 y ss.

Frescobaldi, al hablar de El Cairo, dice que allí llegan toda suerte de bienes "en caravanas de camellos"[27]. En la misma ciudad menciona la existencia de gran número de camellos cargados con agua del Nilo que se vende a través de toda la ciudad"[28].

Cuando se prepara con sus compañeros a atravesar el desierto, fray Niccolò da Poggibonsi encuentra ocasión de hablar de esos animales. Realizan el pacto acostumbrado con los camelleros quienes dejan sus bestias a una milla de la ciudad "porque eran tan salvajes que no hubieran podido entrar en ella". Y luego se extiende en consideraciones acerca de la abstinencia y la fortaleza de los camellos pues pueden estar seis días sin beber y uno o dos sin comer "y no reposarán ni de día ni de noche si es necesario". Su naturaleza es —según el narrador— muy melancólica, de manera que cuando sus conductores desean "que caminen rápidamente, ejecutan para ellos algún instrumento y les cantan algo y entonces ellos caminan fuertes, contentos y alegres, al punto que no se detienen ni un momento"[29].

Su fortaleza es también notable puesto que pueden llevar una carga de vituallas para que cuatro personas se alimenten durante dos meses y medio: pan y carne, peces, vinos... utensilios para cocinar y un lecho para dormir —a veces tapetes— además de soportar el peso de una persona. A todo esto se pueden agregar dos grandísimos odres de agua necesarios para el camino. El narrador lo sabe de cierto puesto que "Al conversar con el intérprete, llegamos a la conclusión de que un buen camello lleva una carga correspondiente a diez asnos"[30].

Más adelante anota detalles que permiten comprobar que sus palabras eran acertadas. Al llegar al Mar Rojo encontraron, por fin, agua que, aunque no demasiado dulce y cargada de sulfato, les permitió llenar los odres y dar de beber a los camellos "que desde Babilonia —y hasta aquí eran cinco jornadas— no habían bebido nada"[31].

En la tradición occidental, las representaciones del camello en pinturas y bajorrelieves no aparecieron cargadas de simbolismo, por lo menos a los ojos del observador común, a pesar de las palabras del Levítico (XI, 4): "...el camello porque rumia pero no tiene pezuña hendida, lo tendréis por inmundo".

Sin embargo, para muchos pensadores religiosos, el tránsito del desier-

---

[27] L. Frescobaldi, p. 41.

[28] *Ib.*, p. 47.

[29] N. da Poggibonsi, p. 115.

[30] *Ib.*, pp. 116-117.

[31] *Ib.*, p. 118.

to, realizado merced al auxilio del animal, tomó carácter espiritual y, por supuesto, las bestias mismas conocieron una transposición simbólica. El camino de los Reyes Magos que los utilizan para llegar hasta el Niño Jesús simbolizó la llegada al centro, a la esencia. Honorio d'Autun considera que los camellos son los "servidores de los reyes" en sentido espiritual.

En la catedral de Amiens la figura que representa la virtud de la Obediencia tiene en sus manos un escudo ornado con un camello arrodillado. También se lo ha considerado como símbolo de la humildad, así Rabano Mauro dijo: "El camello significó la humildad de Cristo". En general representó las capacidades de sobriedad y docilidad.

La jirafa

Tan peculiar como el elefante, tan asombrosa para los europeos como este peregrino animal, aparece la jirafa que en la visión de los viajeros medievales a Oriente no siempre halla palabras claras y exactas que puedan describirla.

Según Pero Tafur es tan grande como un ciervo tiene los brazos del tamaño de dos brazas y las piernas tan cortas como un codo. Todo su aspecto es como el de una cierva pero en su pelaje aparecen ruedas blancas y amarillas, el cuello es alto como una razonable torre. Muy mansa, cuando le dan de comer pan en la mano baja la cabeza y hace un gran arco con el cuello. Dice que vive mucho tiempo pues supone que la que él ve se encontraba allí desde hacía más de doscientos años[32].

La visión que tiene de la jirafa Simone Sigoli es particular. Para él es como el avestruz salvo que su cuerpo no tiene plumas sino lana —blanquísima y fina— y cola de caballo. Menciona la diferente altura de sus patas delanteras y traseras. "Tiene pie de caballo y pierna de ave, el cuello delgado y largo más de tres brazos. La cabeza es como la de un caballo, rubia, con dos cuernos como de carnero, come cebada y pan como un caballo". Concluye su descripción diciendo que "verdaderamente es cosa muy contrahecha"[33].

Frescobaldi recurre a comparaciones con una serie de animales para describirla. Es corpulenta como un camello común, mansa como una oveja y tiene la piel como un ciervo. Su pie está hendido como el de una vaca. Se extiende sobre la sólita indicación de medida de las patas y dice, por fin, que sus cuernos están cubiertos por piel como los de un corzo[34]. Su compañero

---

[32] P. Tafur, p. 88.

[33] S. Sigoli, pp. 102-103.

[34] L. Frescobaldi, p. 48.

de viaje, Giorgio Gucci, también alude a esos cuernos y, por supuesto, a sus peculiares extremidades, dice "que es de la raza y de la naturaleza del camello", y que sus patas son "como las del camello o del buey". Come —añade— forraje y paja como los caballos. En El Cairo ha visto muchas, algunas de ellas grandes y adultas, otras pequeñas y jóvenes[35].

Niccolò dei Conti no la conoce de manera directa puesto que alude a ella diciendo: "éstos me refirieron" que en esas regiones (Etiopía) existe un animal —cuyas medidas indica— "que tiene los pies hendidos como el buey, el cuerpo del grosor de un codo, con pelos semejantes al leopardo, con cabeza de camello, el cuello de cuatro codos de largo, con la cola pilosa. Los pelos de éstos se compran a alto precio, las mujeres los llevan suspendidos a los brazos ornados con diversas gemas"[36].

Fray Félix la llama *serpah*, es decir *zarafa* de acuerdo a la transcripción de la palabra árabe. Según su visión, es más grande que un camello, de mayor estatura. No deja de aludir a la desigualdad de sus patas y a su incapacidad de llevar a alguien o algo sobre su lomo.

El resto del cuerpo es descripto por analogía con otros animales: su cola se asemeja a la del perro, no demasiado peluda, presenta casco hendido como el del buey. Su piel es de color rojizo con manchas blancas en forma de estrellas.

A pesar de su largo cuello no puede tomar su alimento del suelo en razón de la longitud de sus patas. Según la costumbre de los viajeros, para dar idea clara de su tamaño la ubica imaginariamente en la plaza de Ulm. Si se encontrara en ella, ante la casa de los señores síndicos de la ciudad y se levantara en toda su altura podría tomar su alimento en una cacerola que estuviera en la ventana.

Se extiende sobre las características peculiares de la gestación de los pequeños que se desprenden de la matriz como un fruto maduro cuando se cumple el plazo y el desamor de la madre que trata, incluso, de matarlos[37].

Como vemos, la jirafa es uno de los animales cuyas trazas resultan más extrañas a los viajeros que recorren caminos inusitados.

Grande es el esfuerzo que habían de hacer esos caminantes para que sus ojos y mente —cargados con tradicionales conocimientos y visiones— se adaptaran a las realidades que les ofrecía su peregrinar.

---

[35] G. Gucci, p. 104.

[36] N. dei Conti, p. 194.

[37] F. Fabri, t. IV, pp. 30 y ss.

El avestruz

Los viajeros que recorren los caminos de Medio y Extremo Oriente no cesan de encontrar a su paso criaturas fabulosas y extrañas para ellos, aunque estén citadas en viejas páginas.

> "¿Diste tú hermosas alas al pavo real,
> o alas y plumas al avestruz?"
> (Job, XXXIX, 13-14)

Uno de los viajeros que describen el avestruz es fray Niccolò da Poggibonsi. Vio este —para él— insólito animal en la corte del conde de Jaffa. Inmediatamente nos proporciona su descripción. Lo califica de "uccello" (pájaro) y dice que era más alto que un caballo y de la misma corpulencia. Su gran tamaño le impide volar y "supe que podía llevar a un hombre a horcajadas". Habla de los grandes huevos de este pájaro "que nosotros colocamos en lo alto de las iglesiàs y tiene las plumas más suaves que yo jamás haya visto"[38].

Juan Adorno se encuentra en Susa, ciudad del N. de Túnez y habla de dos animales que todavía no conocía. Una de esas criaturas era una gacela, "pequeño animal semejante a un cervato", con dos cuernos en la frente y cuyas patas, delgadísimas y sutiles, estaban reputadas como las más rápidas de entre todos los cuadrúpedos. Otra de las "animalias", ignoradas por él hasta ese momento, es el avestruz "que come hierro, pero también trigo, centeno y toda clase de alimentos comestibles". A pesar de su aparente voracidad, indica que no toma jamás sino un grano por vez "aunque le pongan delante una vasija llena". Lo compara con la grulla a la cual —dice— se asemeja tanto por su cuerpo como por las plumas pero se diferencia de ésta por el tamaño —mucho mayor— y también por sus patas "mucho más largas y más gruesas. Los pies son nervudos y carnosos, el pico más largo, como si fuera de un cisne o de una oca". Es tan fuerte —según el narrador— que puede llevar a un hombre sobre su lomo, tal como lo hace el caballo. Más adelante —en su trayecto entre el Monte Sinaí y Gaza— Adorno describe los animales con que se topa de camino, entre ellos, se encuentran avestruces[39]. Niccolò dei Conti, al pasar revista a la fauna de Oriente, habla del avestruz pero la descripción que ofrece le ha sido referida. "Decían que existía un pájaro cuya altura era de seis codos, de patas delgadas y pies de oca, la cabeza y el cuello pequeños y el pico

---

[38] N. da Poggibonsi, pp. 108-109.

[39] A.-J. Adorno, pp. 143 y 145.

semejante al de una gallina, que vuela poco, pero que, al correr, avanza con la velocidad de los caballos"[40].

Fray Félix conoce los avestruces en Egipto, en casa del trujamán. Es interesante su descripción del animal pues mezcla en ella su propia observación con los elementos que le aportan los autores tradicionales.

Ya habían visto sus trazas en el desierto —pues en los lugares desérticos tiene su residencia según el testimonio de Isaías (cap. 13 y 34)— pero sólo ante las jaulas de Tanguardin pueden ver su aspecto "mitad pájaro, mitad animal". Recuerda las palabras de Vincent de Beauvais en su *Speculum Naturale* acerca del tamaño, "casi de la talla de un asno" y anota que los ejemplares que tenían ante los ojos no eran tan grandes, "eran como ovejas"[41].

Destaca que tiene plumas pero que no puede volar con sus pequeñas alas. Sólo puede correr levantándolas. Su carrera es extraordinariamente veloz, logra aventajar a los caballos, sus adversarios, "a causa de una enemistad natural".

Su pie es hendido, su estómago resiste cualquier alimento, incluso el hierro.

Puede quedarse calvo pero, aun sin plumas, soporta muy bien el frío.

Por fin, habla de qué manera pone sus huevos que oculta en la arena pero que deja librados a su suerte y, por tanto, abandona a sus pequeños. Esto determinó que sobre él cayera juicio adverso, según veremos.

Los pintores y escultores medievales representaron el avestruz con características diferentes. En el album de apuntes de Villard d'Honnecourt aparecen dos avestruces enfrentados. En el basamento del portal central de la catedral de Sens se figura un avestruz con un hombre a horcajadas.

En los viajeros, el intento es de descripción zoológica. En ningún momento se carga al animal aludido con simbología alguna. Sin embargo, en las diferentes tradiciones, el avestruz recibió —como casi todos los animales simbólicos— contenido contradictorio. Por un lado, se lo consideró imagen de la tontería, puesto que pensaba ocultarse cuando en realidad sólo lograba esconder su cabeza; también de la glotonería, puesto que era capaz de comer alimentos poco digeribles, como por ejemplo, el hierro[42]. Pero también recibió connotaciones positivas. En Egipto, fue símbolo de la justicia, de la equidad, de la verdad. Maat —diosa de la justicia y de la verdad— llevaba una pluma de avestruz como tocado; una pluma de avestruz también servía como peso en la balanza del juicio de los muertos.

---

[40] N. dei Conti, p. 195.

[41] F. Fabri, t. IV, p. 27.

[42] Louis Charbonneau-Lassay, *Le bestiaire du Christ*, Milán, Arché, 1980, p. 473.

Además, se las utilizaba para confeccionar los espantamoscas que acompañaban a los faraones y a los altos dignatarios y que aludían a la obligación de observar la justicia en sus decisiones.

En todo Medio Oriente, el avestruz fue considerado animal favorecido por influencias astrales y que poseía elementos celestes en sí.

La tradición cristiana lo tomó y vio en él símbolo cristológico, a pesar del legado del Antiguo Testamento que lo consideraba animal impuro. Dice el Levítico (XI, 13-16): "He aquí entre las aves las que tendréis por abominación y no comeréis por ser cosa abominable...". Entre ellas se menciona el avestruz. Este animal fue fustigado también en el Libro de Job (XXXIX, 13-19) pues desampara sus huevos y los deja, sin pensar que los puede aplastar el pie de quien pasa y "se endurece para con sus hijos como si no fuesen suyos". Las *Lamentaciones*, 4, 3, exclaman: "La hija de mi pueblo se ha hecho cruel como el avestruz del desierto".

Entre los musulmanes también era sospechoso de condición demoníaca puesto que se creía que servía de montura a los *jinns*, es decir, a los demonios.

El huevo de avestruz constituyó —en la Edad Media— una las imágenes litúrgicas del Salvador. Y se supone que pertenecen a este animal los huevos que aparecen suspendidos sobre la cabeza de la Virgen, preservados por una conchilla, en muchas pinturas medievales. En el Islam —Túnez musulmán— se suspendían sus huevos sobre el lecho de la mujer en trance de dar a luz.

Al parecer en las tradiciones religiosas primitivas, el huevo fue símbolo de vida, de comienzo, de esencia de los seres vivos[43]. Por tal motivo, los autores cristianos hicieron de él símbolo de la esperanza.

De alguna manera la simbología cristiana tomó la noción egipcia puesto que convirtió al avestruz en imagen del hombre prudente y justo.

Rafael recogió esa idea ya que, en el Vaticano, en la sala de la Signatura, representó a la Justicia con la balanza en una mano, mientras acaricia un avestruz con la otra.

Pero no sólo fue símbolo del hombre justo sino también fue emblema cristológico. Se supuso que los pequeños no podían salir del huevo a menos que el progenitor los bañara previamente con miel, luego hubo de regarlos con su sangre, que se consideró la sangre redentora de Cristo. Esta imagen acercó al avestruz —en la simbología cristiana— al pelícano que también se desgarra el pecho para alimentar a sus polluelos.

Lejos de estas consideraciones simbológicas, los viajeros se hallaban, al transitar por caminos extraños, ante esta peculiar criatura que atrajo sólo su curiosidad y asombro.

---

[43] *Ib.*, p. 667.

Otras bestias

Los caminos de Oriente presentaban, a los ojos de los viajeros, muchos animales desconocidos para Occidente o que aparecían con características diferentes, que se utilizaban para realizar trabajos inusitados o para alegrar los ocios de príncipes o poblaciones. En Egipto "vimos en ese palacio [del hijo del rey de Sicilia] bellísimas bestias, monos de especies raras y animales que nos eran desconocidos, del estilo, pienso de sátiros, faunos..."[44].

Podríamos recordar las palabras de Niccolò dei Conti quien dice: "Hanno varie generationi d'animali" ("Tienen varias especies de animales"). Y pasa revista a esos insólitos bueyes "gibosos como camellos", cuyos cuernos son tan grandes —tienen tres codos— que en ellos se puede colocar un jarro de vino. Recuerda también a los elefantes, a los leones domesticados, a los enormes perros, "mayores que nuestros asnos"[45].

Una de las especies que atraen su atención es el rinoceronte que da lugar a una peculiar descripción: "... una especie de bestia de varios colores similar al elefante, excepto que le falta la probóscide. Tiene los pies de camello y dos cuernos con la punta aguzada del tamaño de un codo, uno en la frente y otro en la nariz"[46]. Vemos que esta figura es dificultosamente lograda por el narrador, debido, sin duda, a las encontradas corrientes que confluían en esa descripción. El viajero se encuentra con la bestia real pero a esa imagen inmediata se superponían las trazas legendarias que correspondían al gentil unicornio. Recordemos las palabras de Marco Polo quien se asombra pues "es una bestia muy fea de ver"[47].

En una poesía perteneciente al grupo de los *Carmina Burana* encontramos expresión de esta doble corriente. El poeta habla del poder del amor: "Amor atrae a los blandos/ como el más suave lazo;/ a los inflexibles y ásperos/ doblega con duro vínculo;/ al rinoceronte se le aprehende/ por el abrazo de una virgen"[48]. El que se apresaba de esta manera era, según la tradición, el unicornio.

Las dudas se expresan en su denominación, en su descripción. Al hablar de Indochina, Niccolò dei Conti dibuja al rinoceronte de la siguiente manera: "tiene cabeza de puerco, cola de buey y un solo cuerno a semejanza de un animal llamado unicornio, pero el cuerno es más breve, porque solamente se extiende un codo. Y este animal es, por tamaño y color,

---

[44] F. Fabri, t. IV, pp. 33-34.

[45] N. dei Conti, p. 193.

[46] *Ib.*, pp. 193-195.

[47] Marco Polo, *ed. cit.*, t. II, p. 389.

[48] *Carmina Burana*. Trad. Lluis Molés, Barcelona, Seix Barral, 1981, p. 147.

semejante a los elefantes con los cuales lucha continuamente. Y con la embocadura del cuerno se cura el veneno y se logra buen precio"[49].

Como vemos, para él el animal que se presenta a sus ojos se asemeja pero no corresponde perfectamente a la imagen que se ha trazado del unicornio. No mencionaremos las muchas tradiciones que existían sobre el unicornio, imaginada bestia. Símbolo de la virginidad, sólo podía ser apresada cuando acudía al llamado de una doncella, como ilustra *La chasse à la licorne*, la tapicería del siglo XV que se conserva en Nueva York. En uno de sus paneles, el unicornio hunde el cuerno en las aguas del arroyuelo para librarlas de todo veneno y para que puedan beber allí las bestezuelas del bosque. En tal caso, fue símbolo cristológico. Y por ser antídoto estuvo presente en las muestras callejeras que señalaban las tiendas de apoticarios o farmacéuticos. Muchos príncipes se vanagloriaban de poseer un cuerno de este fabuloso animal. Para no mencionar sino uno de los muchos ejemplos posibles, recordamos que el obispado de Comminges fue llamado "el obispado del unicornio" puesto que un cuerno de esta bestia —en realidad defensa de un narval— servía de cruz a su titular. Aun hoy puede verse tan raro objeto en Saint-Bertrand-de-Comminges[50].

Los hipopótamos —"los caballos del Nilo"— según fray Félix acechan a los navíos durante la noche y los dan vuelta pues gustan de la carne humana[51]. Es "un monstruo enorme y feroz", de piel tan dura y coriácea que ninguna lanza puede atravesarla[52]. Sólo puede ser capturado mediante redes de acero y muerto a golpes de martillo.

Pero Tafur desea llegar a la que llama India mayor, es decir a India. Espera sobre el mar Rojo, a media legua del monte Sinaí, a la caravana que llegaba de India para recabar información acerca de tierras que lo atraían pero que desconocía y que a la vez temía y deseaba recorrer. En esa caravana llegaba un viajero experimentado que se había internado durante largos años en Oriente, es decir Niccolò dei Conti. Este le desaconseja el viaje que intenta y le narra sus experiencias. Entre otras cosas dice "que vido un asno, que truxeron al Preste Juan, poco mayor que un podenco é de quantas colores se podien dezir; e que vido onicornios, é muchas animalias que serie largo de escrevir..."[53]. De camino por el desierto, fray Félix y sus compañeros ven una bestia en lo alto de la montaña. No se ponen de acuerdo

---

[49] N. dei Conti, p. 144.

[50] Para todo esto ver: Robert Beer Rüdiger, *Unicorn. Myth and Reality*, Mason/Charter, Nueva York, 1977.

[51] F. Fabri, t. IV, p. 109.

[52] *Ib.*, t. IV, pp. 135-136.

[53] N. dei Conti, p. 107.

en su identificación hasta que el guía les dijo que era un rinoceronte o unicornio "mostrándonos el único cuerno que salía de su frente".

Se hace luego eco de todas las tradiciones que la Antigüedad y la Edad Media habían creado o conservado sobre tan particular bestia. "Es un animal, de cuerpo equino, de patas como de elefante, cola de puerco, color de boj, de horrible mugido"[54].

Lo presenta como enemigo del elefante a quien puede vencer por medio de su cuerno. Recoge también la conseja de su captura por medio de una virgen.

En verdad, largo sería escribir acerca de todas las exóticas criaturas que —existentes unas, imaginadas otras— aparecen en las páginas de los viajeros. Fray Félix habla del onagro, "asno salvaje" "libre, insumiso y lascivo" que vive en las montañas y lugares desérticos, más rápido en la carrera que el oso, el lobo y el león. El monje describe luego sus costumbres en que se mezclan elementos de observación y de tradición[55].

En las que narran las peripecias de Niccolò dei Conti se habla de las enormes hormigas —del tamaño de un cangrejo— que los habitantes de Indochina comen condimentadas con pimienta, de las molestísimas serpientes —de la corpulencia de un hombre— de seis pies de largo, sin extremidades y que también constituyen —asadas— un delicado plato para los indígenas[56]. En Indochina también encuentra una serpiente particular a la que dedica un largo párrafo. Grandes y pacíficas —según el narrador— si no son agredidas, se deleitan mirando a los niños "y cuando son agredidas, se alzan, dilatan la cabeza y, en la parte anterior, muestran una cara de hombre pintada en varios colores". Habla también de la manera de apresar esta serpiente —que para algunos se trata de un pitón y para otros de la *Naja tripudians* o cobra de anteojos— por medio de encantamientos. Describe muchas otras especies de serpientes —o las que él considera tales— así, por ejemplo, las que "tienen cuatro patas y una larga cola a semejanza de perros". Algunas serpientes de esas regiones "tienen alas como los pájaros, con siete cabezas colocadas ordenadamente en el cuerpo". También se encuentran allí gatos selváticos —algunos suponen que sean los denominados "vampiros de las Indias"— con membranas que se extienden entre las patas anteriores y posteriores, sólo pueden capturarse cuando —cansados— caen a tierra. Muchas de estas criaturas son reales pero no siempre la visión del viajero capta exactamente sus características, a veces la imaginación o una observación breve o

---

[54] F. Fabri, t. III, pp. 441 y ss.

[55] *Ib.*, t. III, p. 511.

[56] N. dei Conti, pp. 144 y ss.

defectuosa hacen aparecer imágenes inexistentes. Así Niccolò dei Conti habla de los peces que salen del agua ante los fuegos que encienden los pescadores "y no sé si llamarlos peces o monstruos". "Muchos que los han aprehendido este año dicen que no hay diferencia alguna con el aspecto humano y que son hombres y mujeres como los seres humanos"[57].

Por supuesto, aparecen en las páginas de los viajeros muchas aves como el ave del paraíso, "siempre está posada en los árboles y su carne no se come, se estiman como preciosas la piel y la cola y se usan como ornamento de la cabeza". Los papagayos —en sus diversas especies— son descriptos en sus variedades y colores y en sus capacidades para emitir sonidos semejantes al "habla humana, que imitan maravillosamente, de manera que responden a quien les pregunta".

Habla fray Félix de los loros y papagayos confundiéndolos: saludan espontáneamente a los emperadores diciendo *ave* o *xaire* en griego, aprenden también otras palabras. "Tiene una admirable habilidad para excitar la risa de los hombres. Besa a aquellos que lo han domesticado pero, a veces, simulando un beso os muerde con su pico".

Lo define como un pájaro sensual que bebe con gusto vino y llega a emborracharse[58]. Son interesantes sus ideas acerca del origen del animal porque mezcla ingenuas afirmaciones tradicionales con dudas que le sugieren sus lecturas. Recoge la conseja que considera a los loros, pájaros del Paraíso. Cuando caen los pequeños del nido, el Nilo los transporta hasta Etiopía. Afirma con vigor nuestro viajero: "Esto es pueril" y sustenta sus palabras sobre el testimonio de Diodoro Sículo para quien los loros son originarios de la Arabia Feliz. Asombra esta afirmación de Fabri puesto que no hay pasaje de Diodoro en que se hable de este origen[59].

Juan Adorno habla con asombro de la pesca de una tortuga con cuya caparazón se podría hacer el más espléndido escudo para el más robusto guerrero[60]. Y fray Niccolò da Poggibonsi cuenta que, encontrándose en Damieta, vio que un mercader latino (es decir, no musulmán), llevaba varias caparazones de casi tres brazos y medio. "Y el hueso a saber, la cobertura que lleva sobre el lomo, es muy caro, puesto que los sarracenos hacen con él escudos y es tan fuerte que ningún hierro puede herirlo. Y yo vi cómo lo golpeaban con un hacha tomada con las dos manos y nada la rompía, por el contrario, llevaba la peor parte el hacha, no el hueso"[61].

---

[57] N. dei Conti, p. 155.

[58] F. Fabri, t. IV, p. 28.

[59] F. Fabri-Masson, *ed. cit.*, t. 2, p. 420, nota 538.

[60] A.-J. Adorno, p. 145.

[61] N. da Poggibonsi, p. 142.

El beato Odorico da Pordenone vio en el reino de Zampa (en la costa de Annam) "un caparazón cuya circunferencia es más grande que la cúpula de la iglesia de San Antonio de Padua"[62].

Una criatura realmente peculiar es exhibida por el trujamán Tanguardin en El Cairo ante los ojos de fray Félix y sus compañeros. Se trataba de una civeta o gato de algalia, del tamaño de un zorro aunque de patas más cortas y cuya cabeza era como la de un gato, su coloración se asemejaba a la del lobo[63].

El animal fue excitado por Tanguardin con un palo, la picó y la incitó con gritos para que expeliera el civeto. Según los datos de fray Félix, sólo la hembra puede expulsarlo mientras, en verdad, sabemos que el macho también lo produce, en menor cantidad y de mejor calidad. Se trata de una materia odorífera empleada en perfumería que, según el narrador, producía "un perfume muy dulce, como de almizcle"[64].

En las menciones de bestias se establecen enumeraciones que comprenden a animales existentes y a otros imaginados, entre ellos, los dragones[65]. Los viajeros no pudieron liberarse fácilmente de las antiguas tradiciones, no supieron identificar los animales que veían o recogieron, crédulamente, antiguas leyendas.

Dice fray Niccolò da Poggibonsi que, al llegar al mar Rojo, vieron muchas cosas nuevas. "Mi compañero vio un pez con la cabeza como de un hombre y la cara como de una persona y el resto como pez"[66]. Estos seres monstruosos —probablemente animales con características antropomórficas que confundían a los viajeros— aparecen en el relato de casi todos ellos. Recordemos la narración de fray Giovanni del Pian sobre el encuentro por parte del ejército de Gengis Khan con un pueblo cuyas mujeres nacían con aspecto humano —aunque él habla de "unos monstruos parecidos a una mujer"— mientras que los hombres tenían cara de perro[67]. Relata que el ejército fue derrotado en ese lugar por los perros que, luego de haberse arrojado al agua, se cubrieron de polvo, de tal manera, que se formó sobre ellos una espesa capa de hielo, de modo que las flechas de los tártaros chocaban contra esta especie de caparazón como si hubiera sido de piedra[68].

También de oídas describe el fraile la apariencia de las gentes que

---

[62] O. da Pordenone, p. 162.

[63] F. Fabri, t. IV, pp. 23 y ss.

[64] *Ib.*, t. IV, p. 24.

[65] *Ib.*, t. IV, p. 183.

[66] N. da Poggibonsi, p. 118.

[67] Ver *China*.

[68] G. del P. del Carpine, pp. 195-196.

habitan el norte de la Gran Hungría, no sabemos si eran seres humanos o animales cuya imagen podía confundirse. Se trata de seres que tienen el pecho y la boca muy pequeños, de manera que no pueden comer carnes sino que sólo aspiran el humo[69]. Al llegar al océano encontraron unos monstruos que "tienen toda la forma humana, excepto los pies, que los tienen de buey y la cabeza de un hombre pero la cara de perro". Articulaban las dos primeras palabras en forma humana pero la tercera era sólo un ladrido. Otros monstruos aparecen en la descripción, como los individuos que tienen un solo brazo, con una mano en el centro del pecho y un solo pie. Por supuesto, la tradición se mantiene con mayor fuerza en estas consejas repetidas de generación en generación. Pero los viajeros quieren bucear en ellas y descubrir la parte de verdad separándola de lo imaginado. Al mencionar la región de Albania, fray Guillermo de Rubruck trae a colación las palabras de San Isidoro, según el cual, en la región existían perros "tan grandes y tan feroces que vencen a los toros y matan a los leones". Y busca la verdad: "Lo que hay de cierto en ello, según he podido saber a través de gente que me ha explicado, es que en los alrededores del océano del Norte, la gente hace arrastrar los carros por perros a causa del tamaño y fuerza de éstos"[70].

Con mucha dificultad se abría paso la realidad a través de la maraña que la tradición ofrecía, estos viajeros lucharon pues con tan importante corriente y abrieron el camino a comprobaciones ciertas.

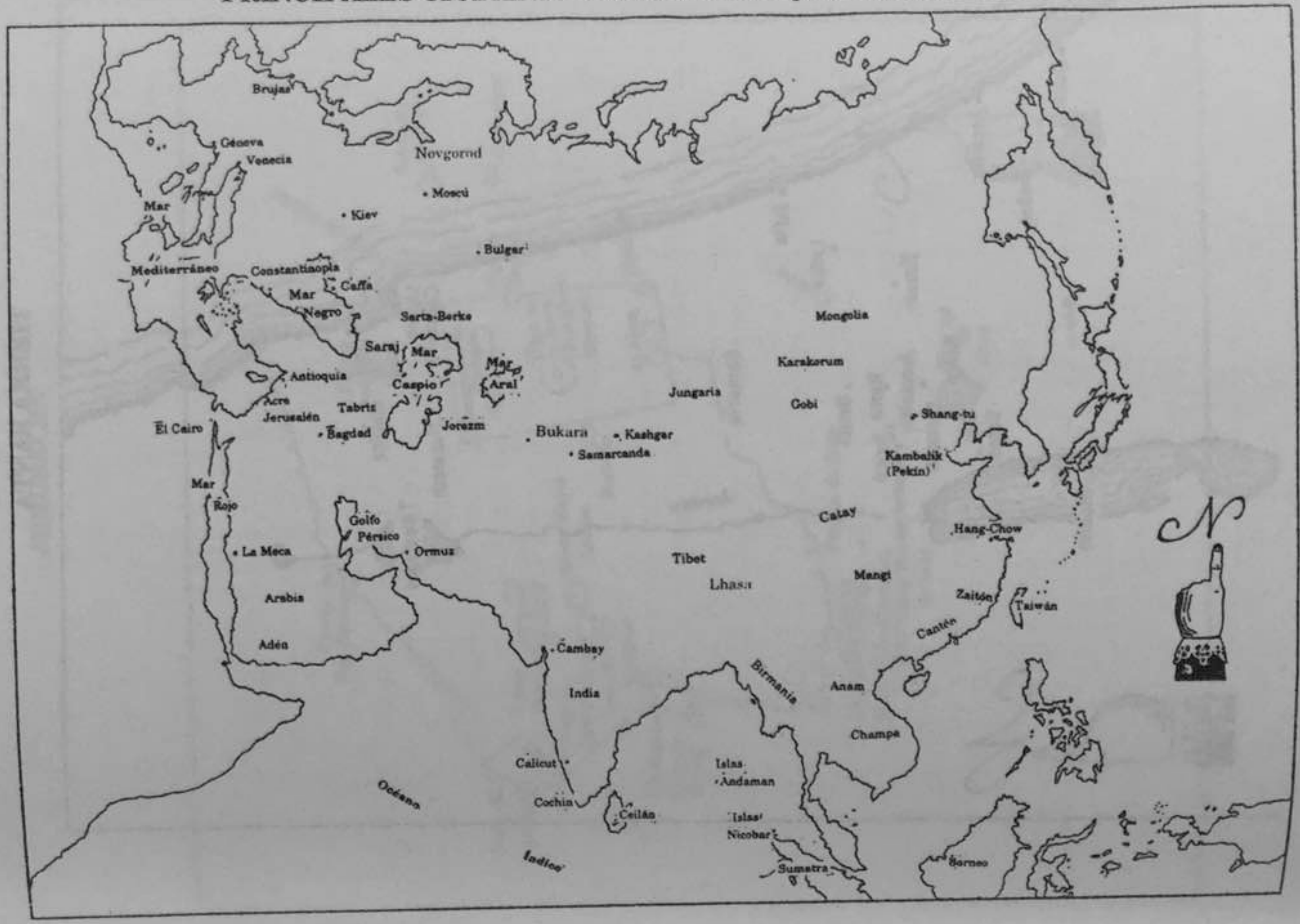
---

[69] *Ib.*, pp. 195 y ss.

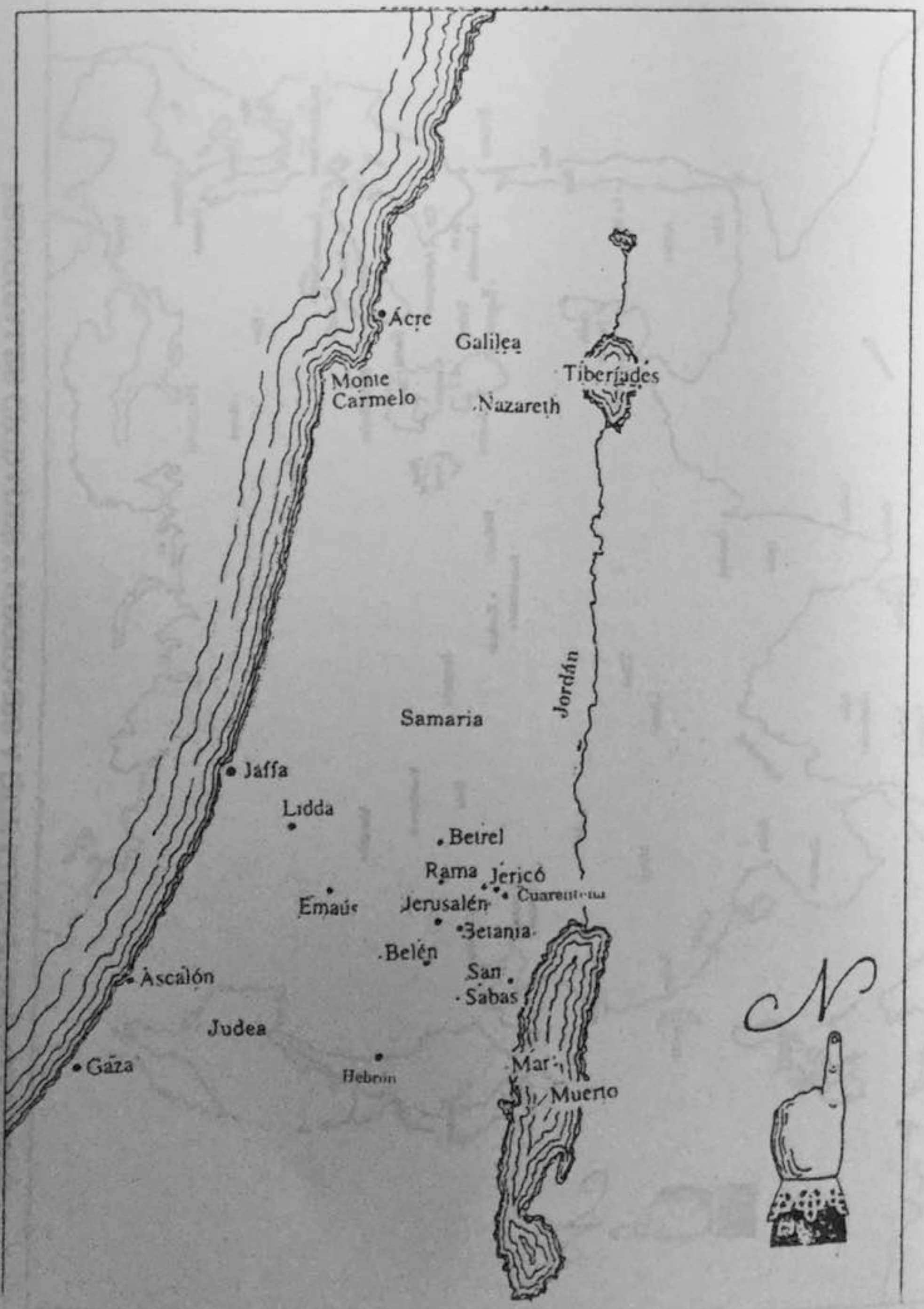
[70] G. de Rubruck, p. 270.

CRONOLOGÍAS Y SINOPSIS

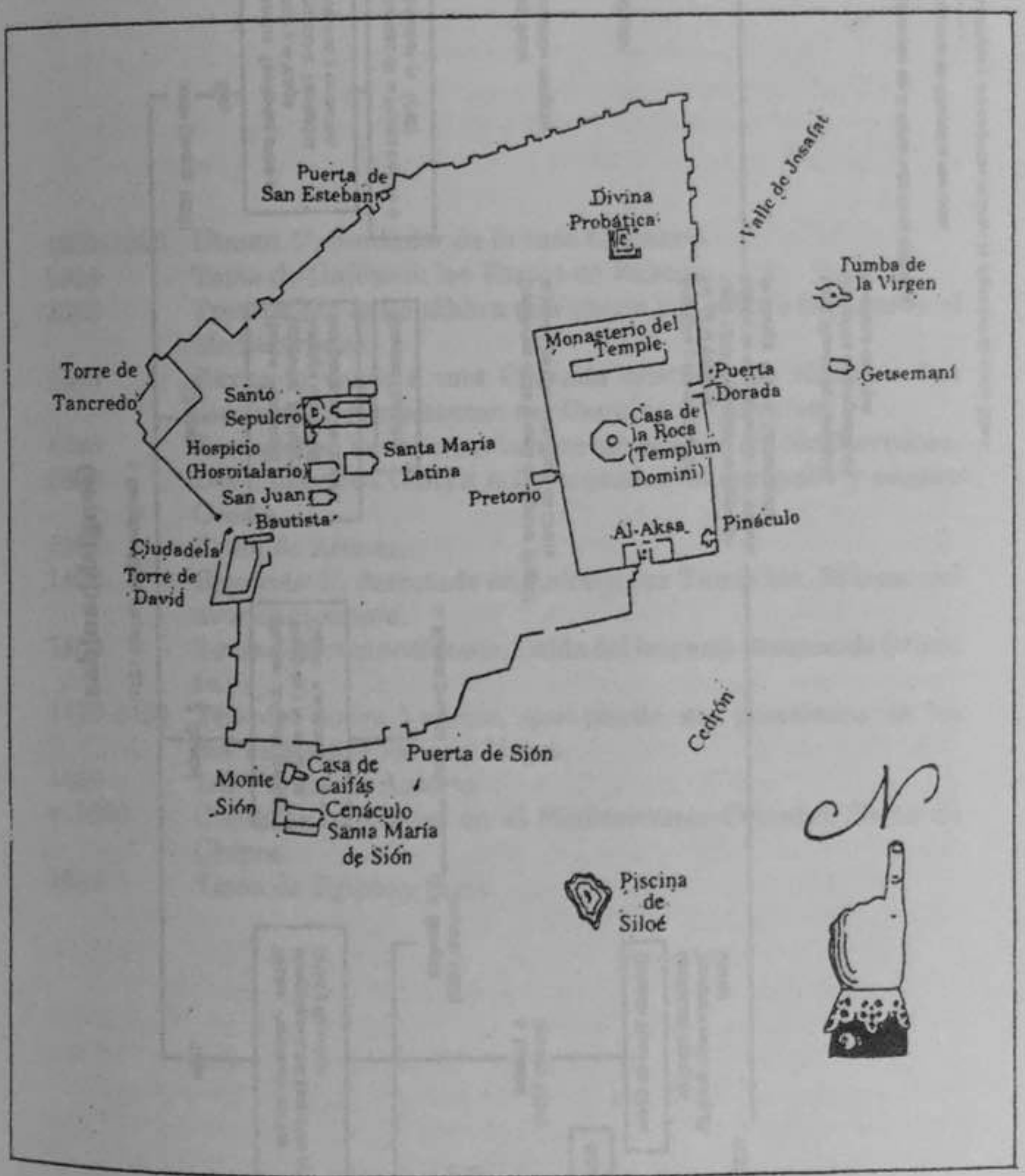
PRINCIPALES CIUDADES Y REGIONES A QUE LLEGAN LOS VIAJEROS



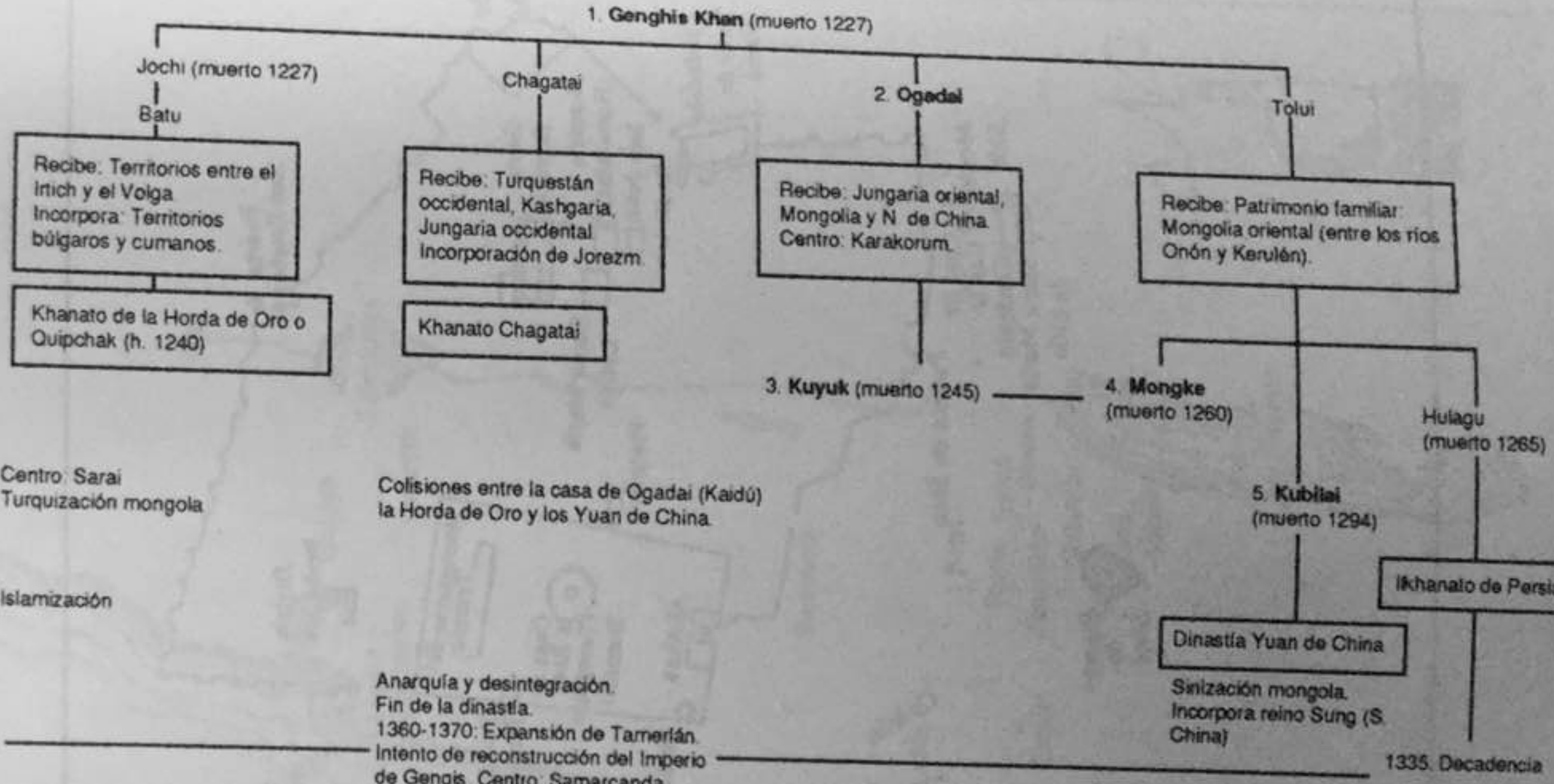
TIERRA SANTA



JERUSALEN


Puerta de San Esteban
Divina Probática
Valle de Josafat
Tumba de la Virgen
Monasterio del Temple
Puerta Dorada
Getsemaní
Torre de Tancredo
Santo Sepulcro
Casa de la Roca (Templum Domini)
Hospicio (Hospitalario)
Santa María Latina
San Juan Bautista
Pretorio
Al-Aksa
Pináculo
Ciudadela
Torre de David
Cedrón
Puerta de Sión
Monte Sión
Casa de Caifás
Cenáculo Santa María de Sión
Piscina de Siloé

Gengiskhanidas



1250 Centro: Sarai. Turquización mongola.

Colisiones entre la casa de Ogadai (Kaidú) la Horda de Oro y los Yuan de China.

1300 Islamización

1350 Anarquía y desintegración. Fin de la dinastía. 1360-1370: Expansión de Tamerlán. Intento de reconstrucción del Imperio de Gengis. Centro: Samarcanda.

1400 1405. Muerte de Tamerlán. Comienza disgregación en Khanatos menores.

Intensificación de la expansión turca otomana.

1450 Disgregación en Khanatos menores.

Nota: Los números arábigos y las negritas indican la dignidad de Gran Khan.

TURCOS OTOMANOS

1281-1326	Utman 1º, fundador de la casa Otomana.
1354	Toma de Gallípoli: los Turcos en Europa.
1382	Tratado con la República de Venecia por el libre tránsito en el Mediterráneo.
1389	Bayaceto vence a una Cruzada cristiana en Kossovo. Los dominios turcos abarcan del Danubio al Eufrates.
1390	Tratado con Venecia por la libre navegación del Mediterráneo.
1396	Los Otomanos vencen a los cruzados en Nicópolis y ocupan Grecia.
1397	Toma de Atenas.
1402	Bayaceto 1º, derrotado en Ankara por Tamerlán. Retraso del avance otomano.
1453	Toma de Constantinopla. Caída del Imperio Romano de Oriente.
1470-1490	Triunfos sobre Venecia, que pierde sus posesiones en los mares Mediterráneo y Negro.
1480	Los Turcos en Austria.
c. 1500	Continúa el avance en el Mediterráneo Oriental. Toma de Chipre.
1516	Toma de Egipto y Siria.

MAMELUCOS

Los mamelucos (de mamluk, pl. mamalik = poseído) fueron esclavos, de preferencia turcos, que constituyeron una dinastía en Egipto-Siria. Se opusieron al avance de los grupos mongólicos de Hulagu y de Timur Leng y, a la vez, borraron en Siria todos los restos de las Cruzadas.

Gobernaron entre 1250 y 1517, fueron derrotados por el otomano Salim I.

Los sultanes mamelucos se distinguen de ordinario en dos dinastías, la Bahri (1250-1382) y la Burij (1382-1517).

Los primeros o bahríes (veinticuatro sultanes) constituyeron la guardia del último ayyubí, al-Salih. El término de bahríes podría traducirse como marinos, según algunos porque custodiaban las fortalezas marítimas, según otros, porque estaban acantonados junto al Nilo. Eran, es especial, turcos y mongoles. El sultán ayyubí había cifrado en ellos su esperanza de oposición victoriosa contra San Luis. Pero en este caso sucedió lo que otras muchas veces, a la muerte de su señor, la guardia se apoderó del trono.

Este período se caracteriza por una turquización en diversos niveles pues se expresó en la lengua, en la cultura en general, en la estructura militar, en el sistema de feudalidad.

Los buryíes (veintitrés sultanes) también tienen su origen en un cuerpo de guardia, su nombre deriva de Burg = torre, puesto que su cuartel, al parecer, se elevaba al lado de una torre. En su mayoría eran esclavos cristianos circasianos, fuertemente turquizados.

Esta última dinastía no respetó el principio sucesorio, en realidad, el trono perteneció al más fuerte o al elegido por los amires.

Su gobierno se considera mucho más cruel que el de los sultanes bahríes.

Entre los buryíes, uno de los más destacados príncipes fue Barsnaï (Pantera rica) (r.: 1422- 1438), se destacó por su genio militar por medio del cual restauró el prestigio exterior de Egipto: triunfos sobre Chipre (1426), contra los turcomanos del Carnero blanco, en Siria y en Mesopotamia.

A pesar de que los mamelucos eran extraños al ámbito que les tocó gobernar, sin embargo su misma carencia de patria a la cual referirse como entidad política, dio a su régimen coherencia y regularidad.

Se convirtieron en campeones del Islam frente a los mongoles, algunos de cuyos grupos se islamizaron tardíamente. No olvidemos que en El Cairo existía una dinastía de califas abbasíes a los cuales los mamelucos concedían prestigio religioso reservándose ellos el poder político.

Esa dinastía había tenido comienzo con un tío de al-Mustasim, quien había huido de Bagdad en 1261 (entrada de Hulagu). Se entronizó como califa con el nombre de al-Mustansir aunque, el gobernante era en 4º sultán mameluco, Baybars (1260-1277). Cuando los otomanos tomaron El Cairo encontraron un representante de este linaje, al-Mutawakkil lo llevó consigo a Constantinopla pero luego se le permitió volver a Egipto, donde murió en 1543.

En tanto musulmanes y en virtud de sus intereses económicos, hostigaron constantemente la Siria ocupada por los principados cristianos fundados por los cruzados. El segundo sucesor de Baybars —Qalawun (1279-1290)— se apoderó de las últimas fortalezas cristianas en la costa de Palestina. Por ello tomó el *lakab* (sobrenombre) de al-Malik al-Mansur (rey victorioso). Sólo Akka —entre las plazas importantes— quedó por conquistar. Cayó (mayo 1291) bajo el embate de su hijo y sucesor al-Ashraf (1290-1293). A la caída de Akka se sucedieron: abandono de Tiro (18 de mayo de 1291), Sidón (14 de julio), capitulación de Beirut (21 de julio), ocupación de Antartus (3 de agosto), destrucción del castillo de Athlith perteneciente a los Templarios (*Castrum peregrinorum*, Castillo de los peregrinos).

Los poderes europeos protectores de la colonización franca en Oriente los consideraron sus enemigos por antonomasia, sólo estuvieron en relación amical con los Hohenstaufen de Sicilia.

El gobierno mameluco se mantuvo merced a su favorecimiento del mercado internacional. A Egipto afluyeron comerciantes europeos de todas partes, especialmente italianos, provenzales y catalanes. Sin embargo, su economía ya no puede ser tan floreciente como otrora, puesto que comienzan a agotarse las minas de oro de Nubia y las del Sudán occidental son captadas por los europeos a través del Magrib. También los descubrimientos de los portugueses y la conexión directa que establecieron con India dieron un golpe de muerte a las corrientes comerciales que llegaban a su territorio.

Por lo demás, hubieron de emplear importantes sumas para poder enfrentarse victoriosamente con poderosos enemigos como Timur quien arrasó Siria y comprometió la economía egipcia. Esa debilidad los dejó a merced del embate otomano, ante el cual sucumbieron.

A pesar de todos los inconvenientes, Egipto fue, durante todo este período, un centro cultural y artístico de importancia. Florecieron las escuelas teológicas y de jurisprudencia. Aunque no demasiado creativa, esta época fija una serie de obras fundamentales. Inclusive en este momento se estructuró definitivamente *Las mil y una noches*, obra de

recopilación con aporte de todo el mundo musulmán. También se forjó el prototipo del héroe a través de composiciones literarias que, aunque tradicionales, tomaron por entonces su forma definitiva.

Los mamelucos fueron constructores, se expresaron en mezquitas, madrasas, tumbas, monumentos complejos algunos, como por ejemplo, las mezquitas-madrasas-tumbas. También en este momento surgen una serie de hospitales, conventos de sufíes, caravanserrallos, baños públicos. A su utilidad se une la belleza de sus líneas y adorno, pues perpetúan el legado de la época fatimí incluso en las artes industriales, trabajo de madera, de vidrio, de metales.

Esta dominación musulmana de Egipto también fue importante en lo que se refiere a extensión del Islam en India del Norte, en Java, Sumatra, Malaca y Molucas. Este florecer del Egipto mameluco trajo como consecuencia el repliegue del reino copto de Etiopía. Como hemos dicho, Salim venció a los mamelucos y convirtió Egipto en una provincia otomana. Sin embargo, los mamelucos continuaron siendo poderosos ya que el poder efectivo estuvo en las manos de un diwan o consejo, compuesto por mamelucos. La administración local estaba encabezada por veinticinco beyes; aunque, teóricamente, todo dependía de las órdenes de un bajá delegado por el príncipe otomano, los mamelucos se comportaron con bastante independencia.

JERUSALÉN

Uno de los lugares —meta de los viajeros cuyos testimonios hemos reunido en este libro— es Jerusalén. Por tanto corresponde un párrafo a esta ciudad y a su complicada historia.

Los caminantes que allí llegan —entre los siglos XIII a XV— encuentran la ciudad santa en poder de los musulmanes. Estos la habían conquistado en 638, bajo el califa Umar. A partir de ese momento y durante mucho tiempo vivió como ciudad de provincia pues los califas no establecieron en ella su residencia. Ramleh fue luego capital de Israel.

Algunos de esos príncipes se interesaron en ella dada su condición de ciudad santa. Umar echó los fundamentos de la que sería luego su célebre mezquita. Muawiya —el fundador de la dinastía omeya— fue proclamado califa en el 660, algunos monarcas abasíes la visitaron (al-Mansur en 758 y 771, al-Mahdi en 780).

La ciudad fue perdiendo importancia ya que no fue cabeza de administración, ni hubo en ella fuertes guarniciones o centros de producción importantes.

Su población estaba compuesta por judíos, cristianos, musulmanes a pesar de que algunos testimonios nos dan a conocer que los judíos se vieron excluidos de su ámbito durante el último período de dominación bizantina y el primer momento de gobierno musulmán.

Urbanísticamente sufrió muchas alternativas pero, en general, fue decayendo. El último califa omeya —Marwan— hizo arrasar sus muros como respuesta a una rebelión; durante el reinado del abadí al-Mutasim (833-842) los miembros de una revuelta campesina cayeron sobre la ciudad, atacaron y destruyeron barrios y templos de distintas confesiones.

Desde el año 878 Jerusalén —con el resto de Israel— pasó a formar parte del reino egipcio de Ahmad ibn Tulun. Por tanto, fue gobernada desde El Cairo hasta la conquista otomana (1516) con excepción del período en que se desenvolvieron las cruzadas y durante otros momentos que mencionaremos.

Recordemos que Egipto cayó bajo el poder de la dinastía fatimí en el año

696. Al parecer, bajo los primeros gobernantes de esta casa, Israel gozó de paz y prosperidad, pronto quebradas por los luchas de los fatimíes y sus antagonistas (1º, los qarmatianos, poderosos en algunas regiones de Siria, 2º, los Bahu Jarrah, jefes de una gran tribu beduina).

La extensión del poder naval fatimí por el Mediterráneo determinó la prosperidad de las ciudades costeras y de aquellas que constituían etapas obligadas de las rutas comerciales. Jerusalén quedó fuera de esa renovación económica.

La ciudad y sus monumentos sufrieron con la persecución de los nocristianos por el califa fatimí al-Hakim (1009). Fue destruida la iglesia del Santo Sepulcro (luego reconstruida en 1048 debido a la contribución económica del emperador bizantino), la iglesia de la Resurrección fue restaurada, no así la basílica de Constantino.

Hacia mediados del siglo XI, Ramleh estaba en decadencia, por consiguiente, Jerusalén hubiera podido gozar de un nuevo apogeo a pesar de verse disminuida en su área pues, por ejemplo, toda la zona del monte Sión se encontraba fuera de los muros.

Pero acontecimientos bélicos impidieron ese renacimiento. En 1071 Jerusalén fue tomada por el general salyuquí Atsiz. Algunos años después, los salyuquíes nombraron príncipe de Jerusalén a un oficial turcomano, Urtuq.

En 1091, Urtuq dejó la ciudad a sus hijos Suqman e Itghazi quienes sólo gobernaron cinco años. En 1098 Jerusalén cayó nuevamente bajo el poder de los fatimíes. Al año siguiente fue conquistada por los cruzados.

Antes de la llegada de éstos, los geógrafos árabes describen sus poderosos muros, abiertos por ocho puertas, bellos y altos edificios, limpios bazares.

Habitada por gentes de las tres confesiones, al parecer el elemento más importante era el grupo cristiano (fines del siglo XI), los judíos eran numerosos y ocupaban dos barrios. Entre los musulmanes se encontraban adeptos a diferentes sectas, entre las que se contaba la sufí.

El dominio de los principados creados por los cruzados se extendió entre 1099 y 1187, momento en que fue asediada y tomada por Saladino, se mantuvo en manos de los musulmanes hasta 1229.

El período de dominio cruzado significó un momento de esplendor para la ciudad y, por supuesto, un claro predominio cristiano, El flujo de peregrinos fue muy grande e implicó un aumento de población pues muchos de ellos se establecieron en la ciudad.

Luego del acuerdo firmado entre Malik al-Kamil y Federico II Hohenstaufen, Jerusalén fue dividida entre cristianos y musulmanes. Pero este segundo período de permanencia no fue tan favorable para los cristianos.

En 1244 la ciudad fue asaltada por turcos khwarizmianos que habían sido llamados por los gobernantes de Egipto. Sufrió entonces gran daño, se recobró cuando el gobierno de los ayyubíes en Egipto fue reemplazado por el de los mamelucos en 1250. Jerusalén se mantuvo 260 años bajo este dominio.

La historia de los mamelucos en Egipto ha sido objeto de otro apartado. Seguimos ahora ocupándonos de la suerte de Jerusalén bajo sus nuevos señores.

Ya dijimos que gobernaron Egipto y Siria hasta su derrota por los otomanos en 1516-1517.

Antes del triunfo de los mamelucos sobre el ayyubí sirio (comienzos de 1260), los mongoles invadieron Israel. Los mamelucos los vencieron en septiembre de 1260 y, por tanto, se convirtieron en señores de Siria. Jerusalén, luego de la retirada de los mongoles, no fue muy floreciente pues sus nuevos amos no se preocuparon ni de fortificarla ni de repoblarla.

Tampoco favorecieron su producción expresada especialmente en la industria del jabón de aceite de oliva pues ejercieron fuertes monopolios. Tampoco la gran cantidad de peregrinos que llegaron a ella modificó su condición de ciudad pobre.

Su historia bajo el dominio otomano excede los términos cronológicos que nos hemos señalado.

BIBLIOGRAFÍA

SIGLAS Y EDICIONES DE LAS FUENTES UTILIZADAS

1) **G. Adorno-G. da Santo Stefano** = Girolamo Adorno-Girolamo da Santo Stefano.
Viaggi in Persia, India e Giava di Nicolò de' Conti, Girolamo Adorno e Girolamo da Santo Stefano. A cura di Mario Longhena, Milán, Alpes, (Viaggi e scoperte di navigatori ed esploratori italiani, 6).
2) **A.-J. Adorno** = Anselmo y Juan Adorno.
Itinéraire d'Anselme Adorno en Terre Sainte (1470-1471). Texte édité, traduit et annoté par Jacques Heers et Georgette de Groeer, París, Centre National de la Recherche Scientifique, 1978 (Sources d'historie médiévale par l'Institut de Recherche et d'Historie des Textes).
3) **S. Brascha** = Santo Brascha.
Viaggio in Terrasanta di Santo Brascha 1480. A cura di Anna Laura Momigliano Lepschy, Milán, Longanesi et C., 1966.
4) **P. Casola** = Pietro Casola.
Pilgrimage to Jerusalem in the year 1494... M. Margaret Newett, éd., Manchester, 1907 (Publications of the University of Manchester Historical series Nº V).
5) **N. de Caumont** = Nompar de Caumont.
Voyaige d'oultremer en Jhérusalem, par le seigneur de Caumont, l'an 1418, publié pour la première fois d'après le manuscrit du Musée britanique, par le Mis. de La Grange... París, A. Aubry, 1838.
6) **R. G. de Clavijo** = Ruy González de Clavijo.
Embajada a Tamorlán. Estudio y edición de un manuscrito del siglo XV por Francisco López Estrada, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Nicolás Antonio. Nueva colección de libros raros o curiosos dirigida por Joaquín de Entrambasaguas, volumen I, Madrid, 1943.
7) **N. dei Conti** = Niccolò dei Conti.
Viaggi in Persia, India e Giava di Nicolò de'Conti, Girolamo Adorno e Girolamo da Santo Stefano. Ver 1.

8) **O. d'Anglure** = Ogier d'Anglure.
Le Saint Voyage de Jhérusalem du seigneur d'Anglure publié par François Bonnardot et Auguste Longnon, París, Firmin Didot et Cie., 1878.

9) **F. Fabri** = Fray Félix Fabri.
Fratris Felicis Fabri Evagatorium in Terrae Sanctae... Ed. C. D. Hassler, Stuttgart, 1843-1849, 3. vol. in-8º (Bibliothek des litterarischen Vereins in Stuttgart B-2-4).

10) **L. Frescobaldi** = Leonardo Frescobaldi.
Bagatti (Belarmino), Frescobaldi (Lionardo di Niccolò), Gucci (Giorgio) et Sigoli (Simone).
Visit to the Holy places of Egypt, Sinaï, Palestine and Syria en 1384, by Frescobaldi, Gucci and Sigoli. Translated from the Italian by... Theopilus Bellorini and... Eugene Hoade... Preface and notes by B. B..., Jerusalén, Franciscan press, 1948 (Publications of the Studium biblicum franciscanum, Nº 6).

11) **G. Gucci** = Giorgio Gucci.
Ver 10.

12) **P. W. de Guglingen** = Fray Paul Walther de Guglingen.
Fratris Pauli Waltheri Gugligensis.
Itinerarium in Terram Sanctam et ad Sanctam Catharinam, Tübingen, Herausgegeben und mit Erläuterungen Versehen von M. Sollweck, 1892 (Bibliothek des Litterarischen Vereins in Stuttgart CXCII).

13) **A. von Harff** = Arnold von Harff.
The pilgrimage of Arnold von Harff knight from Cologne, through Italy, Syria, Egypt, Arabia, Ethiopia, Nubia, Palestine, Turkey, France and Spain, which he accomplished in the years 1496 to 1499. Translated from the German and edited with notes and an introduction by Malcolm Letts, F. S. A., Londres, printed for The Hakluyt Society, 1946.

14) **R. da M. di Croce** = Riccoldo da Monte di Croce.
Itinerario ai paesi orientali di Fr. R. da M. di C. domenicano scritto del XIII secolo dato ora in luce da Fra Vincenzo Fineschi sacerdote dello stesso ordine, Florencia, MDCCLXXXIII.

15) **G. del P. del Carpine** = Fray Giovanni del Pian del Carpine.
Viaje de Juan del Plano Carpino en A. T'serstevens (ed.), *Los precursores de Marco Polo*, Barcelona, Ayma, 1965.
Viaggio a'tartari di frate Giovanni da Pian del Carpine (Historia Mongalorum) a cura di Giorgio Pullè, Milán, Alpes, 1929 (Viaggi e scoperte di navigatori ed esploratori italiani, 5).
Voyages faits principalement en Asie dans les XIIe, XIIIe, XIVe et XVe

siècles, par Benjamin de Tudele, Jean du Pian-Carpin, N. Ascelin, Guillaume de Rubruquis, Marc Paul Venitien, Haiton, Jean de Mandeville et Ambroise Contarini accompagnés de l'histoire des sarasins et des tartares et precedez d'une introduction concernant les voyages et les nouvelles découvertes des principaux voyageurs par Pierre Bergeron, La Haya, chez Jean Neaulme, M DCC XXXV, 2 vols.

16) **N. da Poggibonsi** = Fra Niccolò da Poggibonsi.
Fra Niccolò da Poggibonsi, Libro d'Oltramare (1346-1350). Testo di A. Bacchi Della Lega. Riveduto e riannotato da P. B. Bagatti O. F. M. a ricordo del sesto centenario, Jerusalén, Tipografia del PP. Francescani, 1945 (Pubblicazioni dello Studium biblicum franciscanum Nº 2).

17) **O. da Pordenone** = Fray Odorico da Pordenone.
Viaggio del Beato Odorico da Pordenone a cura di Giorgio Pullè, Milán, Alpes, 1931.
Les voyages en Asie au XIVe siècle du Bienheureux frère Odorico da Pordenone publiés par Henri Cordier, París, E. Leroux, 1891.
The Eastern parts of the world described by Friar Odoric the bohemian, of Friuli, in the province of Saint Anthony en Cathay and the way Thirther, translated and edited by Colonel Sir Henry Yule. New edition, revised... by Henri Cordier. 4 vols., vol. II. Odoric da Pordenone.
Nota: En realidad he trabajado con la edición preparada por mí pero puesto que como no había aparecido aún cuando trabajé en este libro, las citas se harán por la primera de las indicadas, confrontada con las restantes.

18) **G. de Rubruck** = Fray Guillermo de Rubruck.
Ed. T'serstevens, ver 15.
Guillaume de Rubrouck, *Voyage dans l'Empire mongol*. Traduction et commentaire de Claude et René Kappler, París, Payot, 1958.
Ed. Bergeron, ver 15.

19) **R. da San Severino** = Roberto da San Severino.
Viaggio in Terra Santa fatto e descitto per Roberto da San Severino. Ed. Gioacchino Maruffi. Scelta di curiosità letterarie inedite e rare dal secolo XIII al XIX, Dispensa CCXXIX, Boloña, Commissione per i testi di lingua, 1969.

20) **M. da Siena** = Mariano da Siena.
Mariano da Siena, Viaggio in Terrasanta pubblicato per cura del canonico Moreni, Florencia, 1822.

21) **S. Sigoli** = Simone Sigoli.
Simone Sigoli, Viaggio al Monte Sinai, per Giovanni Silvestri. Biblioteca scelta di opere italiane antiche e moderne, vol. 427, seconda

edizione, Milán, 1841.

22) **L. de Sudheim** = Ludolf de Sudheim.
Lodulphus de Sudheim, De itinere Terre Sancte. Archives de l'Orient latin publiés sous le patronage de la Société de l'Orient latin, tome II, pp. 307-376, París, Ernest Leroux, 1884.

23) **P. Tafur** = Pero Tafur.
Andanças é viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439), Madrid, 1874.

Nota: Se indican en esta lista sólo las ediciones utilizadas, no se realiza una enumeración exhaustiva. Cuando se mencionan más de una, significa que las citas se hacen por la primera de ellas que ha sido confrontada con las restantes.

Otras ediciones consultadas

Fabri, Felix, *Voyage en Egypte*, Ed. Jacques Masson, El Cairo, Institut français d'archéologie, 1975, 3 v.

Odorico da Pordenone, *Relazione del viaggio in Oriente e in Cina (1314?-1330)*, Pordenone, Camera di Commercio, Industria, Artigianato e Agricoltura, 1982.

Oderic da Pordenone, *Le livre de sa pérégrination de Padoue àPekin au Moyen Age*, Ed. Michel Alby. s. 1, Hots, 1982.

Otras fuentes consultadas

"Di Virgilio Bornato, viaggiatore bresciano nel secolo XV". Ed. L. Rivetti, *Archivio Storico Italiano*, 33, 1904, pp. 156-171.

Bernhardi de Breydenbach opusculum sanctarum peregrinationum ad sepulcrum Christi venerandi, Maguncia, 1486.

Brancacci, Felice, "Diario". Ed. D. Castellaci, *Archivio Storico Italiano*, IV, 1881, pp. 160-185 y 326-334.

Charton, Edouard, *Voyageurs anciens et modernes*. Ed. ..., Tome deuxième: Voyageurs du Moyen Age depuis le sixième siècle de l'ère chrétienne jusqu'au quatorzième, París, Aux bureaux du Magasin Pittoresque, 1855.

Dawson, Christopher (ed.), *The mongol mission*. Narratives and letters of the franciscan missionaries in Mongolia and China in the thirteenth and fourteenth centuries. Ed. ..., Londres-Nueva York, Sheed and Ward, 1955.

Euphrosine, Princesse de Polotsk, "Pèlerinage en Palestine de

l'abbesse...". Ed. Mme. B. de Khitrowo, *Revue de l'Orient latin*, III, 1895, pp. 32-35.

"Un guide du pèlerin de Terre Sainte au XVe siècle". Ed. Régine Pernoud, *Cahiers d'histoire et de bibliographie*, nº 1, 1940.

Jean de Mendeville, "Recueil ou abregé des voiages et observations du Sr. ..., chevalier et proffesseur en Medicine, faites dans l'Asie, l'Afrique, etc.", en Bergeron, Pierre, *ob. cit.*, T. II, pp. 1-26.

"Nicolai de Marthono, notarii. Liber peregrinationis ad loca sancta". Ed. León Le Grand, *Revue de l'Orient latin*, París, T. III, 1895, pp. 566-669.

Jean de Monte Corvino, *Letters*, Londres-Nueva York, 1955.

Varthema, Lodovico di, *Itinerario di...*, Ed. Alberto Bacchi Della Lega, Boloña, G. Romagnoli, 1885.

Jacobi de Verona, "Liber peregrinationis fratris...". Ed. R. Röhrich, *Revue de l'Orient latin*, París, T. III, 1895, pp. 155-302.

Orientación bibliográfica

Abel, A., "Réflexions comparatives sur la sensibilité médiévale. Autour de la Méditerranée aux XIIIe et XIVe siècles", *Studia Islamica*, XIII, 1960.

Amat di San Filippo, Pietro, *Bibliografia del viaggiatori italiani ordinata cronologicamente ed ilustrata da...*, Roma, s. e., 1874.

Auletta, Gennaro, *Pellegrini e viaggiatori in Terrasanta*, Boloña, L. Capelli, 1963.

Berlière, Urmser, "Les pèlerinages judiciaires au Moyen Age", *Revue bénedictine*, VII, nº 11, 1890.

Bredero, Adriaan, "Jerusalem dans l'Occident médiévale", en *Mélanges offerts à René Crozet*, Poitiers, Société d'Etudes Médiévales, 1966, t. 1, pp. 259-271.

Cahen, Claude, *Orient et Occident au temps des Croisades*, París, Aubier Montagne, 1983.

Cardini, Franco (ed.), *Toscana e Terra Santa nel Medioevo*, Florencia, Alinea, 1982.

Chomel, Vital, "Pèlerins languedociens au Mont Saint-Michel à la fin du Moyen Age", *Annales du Midi*, t. 70, nº 42, avr. 1988, pp. 231-239.

De Vallon, Ludovic, "Les pèlerinages expiatoires et judiciaires de la Belgique a Rocamadour au Moyen Age", *Bulletin trimestrel de la Société des études littéraires, scientifiques et artistiques du Lot*, t. 58, 1937, pp. 1-37.

Fick, Bárbara W., *El libro de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1976.

Foreville, R., "Pèlerinage, croisade et jubilé au Moyen Age", *Amis de Saint François*, nouv. série, t. 7, 1966, pp. 48-61.

Ganshof, F. L., "Pèlerinages expiatoires flamands à Saint-Gilles pendant le XIVe siècle", *Annales du Midi*, t. 78, nº 23, 1966, pp. 391-407.

Garrison, F., "A propos des pèlerins et de leur condition juridique", *Etudes d'Histoire du Droit Canonique*, 1965, t. II, pp. 1.165-1.189.

Grabois, A., "Le pèlerin occidental en Terre Sainte à l'époque des croisades: la relation de pèlerinage de Jean de Wurtzbourg", en *Mélanges offerts à E. R. Labande*, Poitiers, C.E.S.C.M., 1974, pp. 367-376.

Gregorini, Alberto, *La relazioni in lingua volgare dei viaggiatori italiani in Palestina nel secolo XIV*, Pisa, Studio bibliografico Adelmo Polla Avezzano, 1896.

Heyd, W., "Les consulats établis en Terra Sainte au Moyen Age pour la protection des pèlerins", *Archives de l'Orient latin*, t. II, 1884, pp. 355-363.

Hubert, Jean, "Les routes du Moyen Age", en *Les routes de France depuis les origines jusqu'à nos jours*, París, 1959.

Labande, Edmond-René, "'Ad limina': le pèlerin médiéval au terme de sa demarche", en *Mélanges offerts à René Crozet, cit*, t. 1, pp. 283-291.

Id., "Les pèlerinages chrétiens à travers les ages", en *Mélanges offerts à E.-R. Labande, cit*.

Id., "Les pèlerinages au Mont Saint-Michel pendant le Moyen Age", en *Millénaire monastique du Mont Saint-Michel*, 1974.

Lamy-Lasalle, Colette, "Quelques enseignes de pèlerinage", *Bulletin de la Société des Antiquaires de France*, 1967, pp. 282-285.

Lane, Frederick, *Le navi di Venezia*, Turín, Einaudi, 1983.

Id., *Storia di Venezia*, Turín, Einaudi, 1978.

Leclercq, H., "Pèlerinages aux Lieux Saints", en *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et Liturgie*, París, 1925.

Melis, Giorgio (ed.), *Odorico da Pordenone e la Cina. Atti del Convegno Storico Internazionale Pordenone*, Pordenone, Concordia Sette, 1983.

Mollat, Michel, *Grandes voyages et connaissance du monde* du milieu du XIIIe siècle à la fin du XVe. Première partie: Voyages en Asie (XIIIe-XIVe s.), París, Sorbonne-Centre de documentation universitaire, 1966.

Momigliano Lepschy, Anna Laura, "Santo Brasca: the language of his 'Viaggio'", *Italian Studies*, XXI, 1966, pp. 31-41.

Oursel, Raymond, *Les pèlerins du Moyen Age*, París, Fayard, 1963.

Pellegrinaggi e culto dei santi in Europa fino alla 1a. Crociata. Convegni del Centro di Studi sulla Spiritualitá Medievale IV, Todi, Accademia Tudertina, 1963.

Prescott, Hilda F. M., *Le Voyage de Jerusalem au XVe siècle par...*, Grenoble, Arthaud, 1959.

Rapael, F. et al., *Les pèlerinages de l'Antiquité biblique et classique à l'Occident médiévale*, Estrasburgo, Université des Sciences Humaines, 1973.

Riant, P., "Pièces relatives au passage à Venice de pèlerins de Terre Sainte", *Archives de l'Orient latin*, t. II, pp. 237-239.

Richard, Jean, *La papauté et les missions d'Orient au Moyen Age (XIIIe-XVe siècles)*, Roma, Ecole française de Rome, 1977.

Id., *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, Brepols, 1981.

Id., "La vogue de l'Orient dans la littérature occidentale du Moyen Age", en *Mélanges offerts à René Crozet, cit.*, t. 1, pp. 557-561.

Romani, M., *Pellegrini e viaggiatori nell'economia di Roma dal XIV al XVII s.*, Milán, Vitale Pensiero, 1948.

Roussel, Romain, *Les pèlerinages*, París, P.U.F., 1956.

Roux, Jean-Paul, *Les explorateurs au Moyen Age*, París, Seuil, 1961.

Sacerdoti, Angelo, "Note sulle galere da mercato veneziane nel XV secolo", *Bolletino dell'Istituto di Storia della Societá e dello Stato veneto*, IV, 1962, pp. 80-105.

Salvador y Conde, José, *El libro de la peregrinación a Santiago de Compostela*, Madrid, Guadarrama, 1971.

Sigal, P., *Les marcheurs de Dieu*, París, Armand Colin, 1974.

Sottas, Jules, *Les messageries maritimes de Venise aux XIVe et XVe siècles*, París, Société d'éditions géographiques, maritimes et coloniales, 1938.

Travers, Emile, "Deux pèlerinages en Terre Sainte au XVe siècle (Les princes d'Orange, Louis Guillaume de Chalon)", *Revue historique, nobiliare et biographique*, nº 1, 1869, pp. 253-259.

Vieillard, J., "Pèlerins d'Espagne à la fin du Moyen Age", en *Homenatje a Antoni Rubio Lluch*, Barcelona, 1936, t. II, pp. 265-286.

Quête, pèlerinage dans la littérature et la civilisation médiévales, Aix-en-Provence, Université-CUERMA, 1976.

Vaultier, R., "Les enseignes de pèlerinage de Notre-Dame de Chartres", *Sanctuaires et pèlerinages*, nº 12, 1958, pp. 40-44.

INDICE

Advertencia 9
Introducción 11

I. Personajes y testimonios
Personajes 25
Testimonios 26
Estructura y procedimiento 30
Veracidad 39
Testimonios: objetivos 44
Apéndice 46

II. Los caminos
1. Aprestos de viaje 128
2. El mar y las naves 140
Puertos 169
Tripulantes 170
3. Medios de transporte terrestres 180
4. Asechanzas e inconvenientes. Peripecias de camino 186
Cónsules 212
Espera en puerto 217
Posadas y provisiones 220
Compañía 232
Lengua 247
Dinero 250
Enfermedades 257
Accidentes 269
Rivalidades políticas. Piratería. Ladrones 271
Tormentas 286
Pasos 291
Accidentes de navegación 292
Voto 296

III. Las gentes y las tierras extrañas
Europa 303
Venecia 303
Génova 312

Mediterráneo 314
Rodas 314
Chipre 315
África 318
Nilo 319
Cairo-Alejandría 321
Alejandría 332
Constantinopla 340
Tierra Santa 344
Belén 352
Gaza 353
Rama 354
Medio Oriente 355
Damasco 357
Extremo Oriente 372
Malabar 377
Ceilán 380
Ormuz 380
Sumatra 382
Java 384
China 385
Fauna exótica 393
El elefante 394
El cocodrilo 396
El camello 399
La jirafa 401
El avestruz 403
Otras bestias 406

Cronologías y sinopsis
Apéndice cartográfico
Principales ciudades y regiones a que llegan los viajeros 415
Tierra Santa 416
Jerusalén 417
Gengiskhanidas 418
Turcos otomanos 419
Mamelucos 420
Jerusalén 423

Bibliografía
Siglas y ediciones de las fuentes utilizadas 429
Otras ediciones y fuentes consultadas 432
Orientación bibliográfica 433

Esta edición
se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos Segunda Edición
Gral. Fructuoso Rivera 1066, Buenos Aires
en el mes de marzo de 1994.

ña), de Paris-Sorbonne, de Niza (Francia), de las Universidades de Florencia, Roma, Bologna, Génova (Italia).

Es investigador principal en el Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Directora del Programa de Investigaciones Medievales de dicha institución, ha fundado la revista *Temas Medievales* y la colección de monografías *Temas y Testimonios*. Su tema central de investigación sobre alógenos y marginales en la Edad Media ha determinado una serie de estudios, entre los que se cuentan las páginas de esta *Guía*, ya que se entiende como marginales o marginalizados a los viajeros, alejados -voluntaria o involuntariamente- de su ámbito natural.

Dice una poesía del acervo anónimo español: "El triste que quiere / partir y se va, / adonde estuviere / sin sí vivirá". Aun transitoriamente, quien se aleja de la tierra natal se verá expuesto a vivir sin parte de sí, de su esencia. Identidad y meollo que pueden expresarse en ámbito, paisaje, afectos, leyes, costumbres propios y conocidos. Quien se desplace, quien se aleje de gentes y espacios acostumbrados, verá peligrar identidad y amparo, disfrutará o sufrirá de exotismos y novedades, el asombro -gozoso o dolido- le serán cotidianos.
Aventura, curiosidad, intereses de diverso tipo -también piedad- serán motores de las gentes que abandonan Europa para realizar viajes a Oriente, al más cercano o al casi impensable corazón del Asia.
Preparativos afanosos, viaje marítimo pleno de incomodidades y también de anécdotas risueñas, melancólicas o dramáticas y, por fin, el ansiado puerto.
Estos viajeros -más de una veintena- que transitan mares, que recorren tierras extrañas y lejanas, dejarán testimonio de sus peripecias, de sus impresiones, de sus gozos y temores. Recelos y ansias los acompañan siempre en este *descubrir*.
Tal vez ese descubrimiento no sea sólo exterior; en una aventura en que no siempre valen riqueza y alto nacimiento, los temples se endurecen o flaquean, las situaciones límites los alcanzan constantemente y los prueban. Diversas serán las respuestas según quienes las ofrezcan sean místicos, embajadores, monjes llevados por afán de catequesis o curiosidad, laicos más o menos piadosos... Todas nos interesarán. Y veremos a los personajes, ya inmersos en un espacio peculiar y extraño, ya -tomando distancia- para ofrecernos paisaje y descripción. Hoy nos brindan sus vivencias -escritas según el talante y características de cada uno- que dejaron para guiar a sus contemporáneos en el ingreso a un mundo exótico y que nos permiten, a nosotros, adentrarnos en tiempo y gentes, tan vitales que las sentimos inmediatas.
Experiencias de cielo ajeno, fructuosas, sin duda, pero que no borraron en la mayor parte de ellos la nostalgia de cielo, de aire, de tierra propios. "Pues en esta tierra / no tengo a nadie, / aires de la mía, / vení a llevarme."

ISBN 950-692-021-4